

Sissi

*Emperatriz
rebelde*

ALLISON PATAKI



Lectulandia

Verano de 1868. Tras su apoyo a la causa húngara, que culminó con su coronación como reina de Hungría, la emperatriz Isabel de Austria — conocida por todos como Sissi— ha encontrado su propia voz, como mujer y como soberana del Imperio más antiguo y vasto de Europa.

Instalada en el palacio de Gödöllő a las afueras de Budapest, por primera vez puede disfrutar de uno de sus hijos, la pequeña Valeria, y recibir al conde Andrassy, el hombre del que está secretamente enamorada. Hasta que unas cartas que llegan de Viena la obligan a enfrentarse de nuevo a su eterno dilema: mantener a su familia unida y salvar el Imperio, o huir de un matrimonio y unas obligaciones sofocantes. Ignora que las sombras de un futuro turbulento la acechan.

La tumultuosa, romántica y trágica historia de una mujer que luchó por liberarse de la jaula dorada en que la habían encerrado.

Allison Pataki

Sissi, emperatriz rebelde

Sissi - 2

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2020

Título original: *Sisi: Empress on Her Own*

Allison Pataki, 2016

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo & María del Mar Rodríguez Barrena

Mapa: Jeffrey L. Ward

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

*Para Dave. Eres la razón de que pueda
escribir sobre el amor*

*Quiero estar en movimiento siempre;
cuando veo un barco zarpando,
me abrume el deseo de ir a bordo.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA-HUNGRÍA

*La emperatriz me parece... como la niña protagonista
de un cuento de hadas. Las hadas buenas llegaron y le
concedieron un deseo en la cuna: belleza, dulzura,
elegancia..., dignidad, inteligencia e ingenio. Pero
después apareció el hada mala y dijo: «Veo que te lo
han concedido todo, pero yo volveré esas cualidades
en tu contra y no te traerán felicidad. Hasta la belleza
será una fuente de pesares y jamás encontrarás la
paz».*

CONDESA MARÍA FESTETICS,
dama de compañía de la emperatriz Isabel,
Sissi, de Austria-Hungría

IMPERIO AUSTROHÚNGARO, 1868



Introducción

La emperatriz Isabel de Austria-Hungría, conocida como Sissi, acaba de cambiar su imperio para siempre.

A su alrededor, las grandes dinastías monárquicas se desmoronan, los reinos más poderosos del mundo se enfrentan a sublevaciones internas y a la inestabilidad externa. Pero ese no es el caso de Austria-Hungría, gracias a Sissi. La amada emperatriz ha sido la artífice en la sombra del compromiso por el cual Hungría, un territorio insatisfecho pero crucial del fracturado Imperio austríaco, ha decidido permanecer en el reino y permitir que los Habsburgo conserven sus dominios a lo largo y ancho de Europa... sin disparar ni una sola bala.

Mediante este golpe de efecto, Sissi revalida no solo su derecho al trono sino también el lugar que le corresponde junto a su marido como líder de la corte de los Habsburgo. Ha demostrado a rivales y a críticos que ya no es la muchacha ingenua y cándida de quince años de quien el emperador Francisco José se enamoró apasionadamente. Es la madre del príncipe heredero, una activista amada por su pueblo y por su emperador y, por fin, será ella quien dirija su propia vida.

Sin embargo, los peligros y las exigencias de la corte de los Habsburgo aumentarán a medida que Sissi intente ampliar su papel en ella. ¿Cuántos enemigos, conocidos o desconocidos, se ha ganado a lo largo del camino? En la Viena de mediados del siglo XIX, donde en los majestuosos salones de palacio y en los dormitorios no solo reinan los valeses y el champán, sino también las tentaciones, los rivales y las constantes intrigas, Sissi se enfrenta a un sinfín de peligros y adversarios, nuevos e inesperados. ¿Podrá la hermosa, encantadora y obstinada reina de las hadas superar estas vicisitudes? ¿O está destinada a convertirse en el último sacrificio realizado en el altar del imperio más poderoso del mundo?

Prólogo

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

Aparece de repente y es tal y como todos la han descrito: una belleza que se diría que no es de este mundo. Cuando la ve, la mira con los ojos entrecerrados, totalmente concentrado en ella. La emperatriz. Isabel. Sissi.

Desciende con elegancia los escalones del lujoso hotel, el Beau Rivage, aferrando su sombrilla mientras el brillante sol de principios de otoño ilumina la avenida. Cerca del hotel se ha congregado una pequeña multitud que se emociona al reconocer a la emperatriz.

—¡Ahí está!

—¡Emperatriz Isabel!

—¡Sissi!

O no oye los gritos o prefiere no reaccionar, pues sigue caminando con pasos largos y rápidos, alejándose del hotel. Él se separa un poco de la multitud, se niega a que su cháchara y sus gritos lo distraigan.

La emperatriz avanza por el muelle en dirección al embarcadero y al barco de vapor que la aguarda; su dama de compañía hace lo posible por seguirle el paso. Su apariencia la distingue del común de los mortales: su piel luminiscente del color de una perla; su estilizada figura con una ajustada chaqueta de cuello alto, una falda larga y un sombrero negro que oculta parte de su abundante pelo castaño. Ese pelo —tan famoso que hasta él ha leído acerca de su pelo—, oscuro, ondulado y salpicado de hebras plateadas. Observa un instante su desharrapado aspecto y chasquea la lengua, disgustado, al reparar en la suciedad incrustada bajo sus uñas y en el bajo descosido de sus pantalones.

Está tan cerca que la ve parpadear con la expresión asustada de un animal perseguido. Y eso es lo que es, por supuesto: una presa. No solo la persigue él, sino todo el mundo. Ella, como él, es una corredora. Se ha pasado la vida acosada y perseguida, desgarrada y recompuesta de nuevo, asumiendo la identidad que la gente necesitara ver en ella. Su forma de

aferrar la sombrilla, que lleva inclinada hacia un lado, le indica que es más una protección contra las miradas y las palabras de la gente que contra los tibios rayos del sol. Para él esa sombrilla puede suponer un problema.

Se coloca detrás de ella y la sangre se acelera en sus venas, su cuerpo se llena de una emoción y una euforia embriagadoras. A varios cientos de metros de allí, el barco de vapor la espera flotando en el cercano embarcadero mientras expulsa una columna de humo negro que se eleva hacia el claro cielo azul. Introduce la mano en el bolsillo y sus dedos rozan la hoja, la acarician con ternura, como acariciaría la mejilla de un bebé. Es muy pequeña, apenas mide diez centímetros. Sin embargo, sabe que con ese diminuto estilete su destino quedará ligado para siempre al de la emperatriz Isabel, la mujer más hermosa y más querida del mundo. Todos aquellos que la aman tendrán que recordarlo también a él.

Primera parte

Capítulo 1

*Palacio de Gödöllő
Verano de 1868*

Sissi podría haber dado un sinfín de explicaciones de por qué era tan distinto. Si alguien le hubiera preguntado, le habría resultado muy fácil dar una respuesta. Pero ¿cuál era la verdad?, pensaba. ¿Por qué el ocaso en Gödöllő, su residencia oficial a las afueras de Budapest, le parecía tan diferente del ocaso en Viena?

Podría haber dicho que por el paisaje: el salvaje, indómito y acogedor paisaje. Allí, a la tenue luz de la inminente noche, los campos se extendían ante ella en suaves ondulaciones de color verde claro hasta encontrarse con miles de hectáreas de bosques vírgenes. Las flores silvestres salpicaban los valles, nada que ver con los prados y los jardines imperiales de Viena, donde los correctos y elegantes tulipanes delimitaban unos jardines tan simétricos y tan bien cuidados que daba la sensación de que el hombre había sometido a la naturaleza por completo. Y, por supuesto, así había sido en Viena.

¿O era por los sonidos de Gödöllő a la hora del crepúsculo? Al ponerse el sol resonaban los ladridos de sus perros pastores; las carcajadas alegres de los mozos de cuadra húngaros mientras cepillaban sus caballos; los cantos de los grillos y de las ranas que se despedían del sol desde los pastos, la orquesta de la naturaleza afinaba sus instrumentos para la sinfonía nocturna. Era un conjunto de sonidos del todo distintos a los de Viena, donde Sissi podía oír el paso marcial de la guardia imperial mientras hacía la ronda por los patios, el traqueteo de los carruajes al atravesar las puertas del palacio de Hofburg, los gritos de la muchedumbre vienesa congregada a las puertas del palacio a todas horas, suplicando que les diera un florín o les permitiera atisbar su afamada figura, sus legendarios peinados.

Tal vez era el aroma que flotaba en el aire. Allí, la brisa traía una amalgama de olores dulces: la sutil fragancia de las rosas silvestres y las acacias; el almizcle terroso de los establos; el intenso perfume de la hierba crecida, la paja y el barro. Era un ramillete de olores muy agradable y natural,

distinto de lo que se respiraba en Viena, donde inhalaba el asfixiante olor del agua de colonia de los serviles cortesanos; el hedor de tantos cuerpos y tantas bacinillas llenas en el palacio de Hofburg; el miedo de los aristócratas siempre vigilando, calculando cómo trepar o derribar a un rival. Sí, el miedo podía olerse. Sissi, después de tantos años en Viena, lo sabía.

Pero no, no era el paisaje, ni los sonidos ni el olor lo que hacía que el ocaso en Hungría fuera tan distinto del ocaso en Austria. No se trataba de algo fuera de ella o alrededor de ella; era algo que llevaba dentro. Era cómo se sentía ella cada anochecer lo que hacía que Gödöllő fuera tan distinto a Hofburg.

En Viena, a esas horas, Sissi estaría agotada. Le dolería la cabeza por alguna desagradable discusión con su marido o con su obcecada suegra. Tendría el estómago revuelto, notaría una opresión en el pecho por la ansiedad de llevar todo el día intentando separar los cotilleos y los rumores de la verdad, de asimilar la opinión o la desaprobación que creía ver en la cara de cada uno de los cortesanos. Estaría preparándose para soportar una noche en la corte imperial..., una tediosa noche envuelta en el damasco y el oropel de las estancias oficiales, el sonido de los violines apagado por el parloteo sobre escándalos triviales. Pasaría las horas viendo cómo las mujeres rondaban a su marido y forzando una sonrisa cuando los hombres le regalasen los mismos cumplidos que empleaban noche tras noche. Los días en Viena eran largos, pero las noches eran interminables... y Sissi se arrastraba de regreso a sus aposentos agotada, exhausta. Tan cansada que temía el día siguiente antes de que llegara.

En Gödöllő también se sentía cansada, pero de la mejor manera posible. Como un recipiente vacío, ligera y sin cargas. Ese día, al igual que todos los días en su residencia húngara, Sissi había sido libre. Llevaba en el exterior desde las cinco de la mañana, pues se había despertado a las cuatro. Siguiendo su rutina diaria, había cabalgado largo y tendido y había regresado para un almuerzo ligero a mediodía. La tarde la sorprendió de nuevo a lomos de su caballo, de vuelta a los prados y los bosques, donde practicaba saltos, galopaba hasta quedarse sin aliento y se reunía con su simpático vecino, el príncipe Nikolaus Esterházy, para cazar zorros y galopar por aquel indómito paisaje.

Por eso el ocaso en Gödöllő era siempre tan diferente. Cuando el sol comenzaba a ponerse sobre los campos al oeste, hacia donde se encontraba Budapest, el cuerpo de Sissi se quejaba de un cansancio placentero y bien merecido. Sus mejillas, relucientes por el limpio aire campestre y el ejercicio

físico, lucían un intenso rubor. Tenía el corazón contento; el ánimo, alegre; el cuerpo, fuerte.

Y así era como se sentía Sissi esa calurosa noche estival, cuando entregó las riendas de su caballo a un mozo húngaro y le sonrió con dulzura. Echó a andar hacia el palacio, cuya cúpula rojiza creaba una silueta ensoñadora contra el cielo. Incluso ese edificio, caprichoso y sin pretensiones, contrastaba con la sólida y majestuosa residencia imperial en Viena, el palacio de Hofburg. Mientras recorría con la mirada la fachada de color rosa y crema, sus ojos volaron a la segunda planta y se posaron en la ventana del ala este. Sonrió y aceleró el paso. Casi había esperado ver la carita de querubín mirándola desde la ventana junto a una vela recién encendida; y de repente no pudo contener las ganas de entrar en el palacio, ese lugar donde había creado su hogar, donde había erigido un refugio de tranquilidad y libertad lejos del asfixiante poder de Viena y de la corte imperial.

—Hola, Shadow. —Su perro preferido, un animal descomunal de pelo rizado y blanco, saltó y le dio un lametón de bienvenida cuando llegó a la puerta principal—. ¿Me has echado de menos? —Sissi acarició al enorme sabueso, saludó con un gesto de la cabeza a un criado y entró en el vestíbulo con el perro, que hacía honor a su nombre y la seguía como su sombra.

—Emperatriz Isabel. —Ida Ferenczy, dama de compañía de Sissi y vieja amiga, hizo una reverencia cuando la vio entrar.

A su lado roncaba el otro perro de la emperatriz, un rechoncho san bernardo llamado Brave. Su suegra odiaba los perros grandes. La archiduquesa Sofía solo tenía perros lo bastante pequeños para sentarlos en su regazo. Tal vez por eso, allí, en Gödöllő, Sissi se había rodeado de bestias enormes y cariñosas.

—Hola, Ida. —Sissi tiró los guantes de montar a una silla cercana y atravesó el espacioso vestíbulo de techo alto hacia su dama de compañía—. Enseguida me cambio de ropa. He echado de menos a mi pequeña. ¿Va todo bien en la habitación de la niña?

—La archiduquesa Valeria se encuentra en perfecto estado de salud esta noche, gracias a Dios.

—¿Ha llorado hoy?

—Solo lo normal en cualquier niño de su edad. Según la niñera, la archiduquesa se ha tomado la leche sin incidentes y debería estar de buen ánimo para la visita de Su Majestad Imperial a su habitación.

—Bien. Me cambio y voy a verla.

—Por supuesto. ¿Ha disfrutado hoy Su Majestad Imperial de su paseo a

caballo?

—Sí. —Sissi se dirigió a la amplia escalinata que conducía al piso superior y a sus aposentos—. Ha sido un día maravilloso. El zorro creyó que había encontrado un refugio seguro en los bosques meridionales, pero Nicky lo obligó a salir y casi... —Se detuvo en los escalones; su mente iba en varias direcciones a la vez—. Ida, acabo de acordarme de que en la cena de esta noche seremos cuatro en vez de tres. Nicky..., bueno, el príncipe Esterházy, prácticamente me ha suplicado que lo invitara y he sido incapaz de decirle que no. Se reunirá con nosotras dos y con la condesa María.

—En ese caso, señora, creo que seremos cinco en vez de cuatro. —Ida esbozó una sonrisa tímida pero no añadió nada más.

—¿Quién? —preguntó Sissi, aferrándose a la esculpida balaustrada de la escalinata—. ¿Quién más viene? —¿Acaso Francisco había decidido presentarse sin avisar? Se le formó un nudo en el estómago; la presencia del emperador, aunque rara vez se producía, conseguía romper la frágil paz que a ella tanto trabajo le había costado crear.

Como respuesta, Ida le entregó una bandejita dorada con un montón de papeles.

—La correspondencia privada de Su Majestad Imperial.

—Gracias. —Sissi revisó el contenido de la bandeja—. ¿Has mandado todas las peticiones formales a mi secretario en Viena?

Ida asintió con la cabeza.

Los ojos de Sissi se clavaron en la única tarjeta de visita, en su letra inclinada y elegante... y conocida. No, no eran noticias del emperador. Era algo que llevaba tanto tiempo anhelando que el corazón le dio un vuelco en el pecho, dolorido ahora por un rayito de esperanza. ¡Andrássy! Pero ¿podía ser verdad? ¿Había regresado Andrásy a Hungría? Miró interrogante a su dama de compañía y supo que el deje ansioso de su voz la traicionaba cuando preguntó:

—¿Ha... ha venido hoy el conde Andrásy?

Ida se inclinó hacia delante y susurró:

—El conde Andrásy ha venido cuando estaba montando a caballo. Dijo que volvería para la cena.

Sissi se aferró a la barandilla con la sensación de que, aunque ella permanecía inmóvil, el corazón le iba a salir rodando escaleras abajo.

—En fin, menuda sorpresa. Una sorpresa de lo más agradable. Vamos, tengo que vestirme enseguida.



Mientras se arreglaba para la cena, Sissi repasó el resto de su correspondencia, aunque su mente vagaba cada poco hacia Andrásy. ¿La había echado de menos todos esos meses tanto como ella a él? ¿Cuánto tiempo se quedaría? ¿Sería todo igual entre ellos? Parpadeó y se obligó a concentrarse en las noticias de su familia. Disponía de poco tiempo para leer las cartas y visitar la habitación de la niña antes de la cena. Antes de que él llegase.

Había varias cartas de Baviera, adonde su adorada hermana, Elena había regresado hacía poco para vivir con sus padres en Possenhofen.

—Pobre Nené.

Sissi casi podía ver las lágrimas de su hermana viuda mientras escribía la misiva. Elena, la mayor y la única de las Wittelsbach que había disfrutado de un matrimonio feliz, había conocido al que sería su marido, el agradable príncipe de Thurn y Taxis, ya con cierta edad. Se había casado a los veintitantos y, sin embargo, había perdido a su esposo pocos años después de la boda. Elena le hablaba de cómo se estaba deteriorando su salud, de la tristeza que la embargaba todos los días, pero también de que su fe era cada vez más fuerte. Ella, que en otro tiempo ansió entrar en un convento, le decía que las oraciones diarias le proporcionaban «el único alivio contra el dolor en el caótico ambiente de nuestra casa natal».

Sissi suspiró, con el corazón apesadumbrado por Elena, y cogió la siguiente carta de su familia. Era de su encantadora hermana pequeña, Sofía Carlota.

Mi queridísima Sissi:

¡Voy a casarme! No puedes hacerte idea de lo feliz que soy. O tal vez sí puedas, y en ese caso comprenderás lo dichosa que me siento. Yo era demasiado joven cuando te enamoraste de tu marido y aceptaste su proposición.

Sissi apartó la vista un momento y parpadeó para asimilar la sorprendente noticia. Si la carta de Nené estaba impregnada de tristeza y resignación, la reflexiva aceptación de una viuda de que sus sueños nunca se harían realidad, la carta de Sofía Carlota rezumaba alegría juvenil, exuberancia pura e ingenua, un optimismo inquebrantable y al mismo tiempo tan frágil y desventurado como una copa de cristal en las manos de un niño. Sissi regresó a las palabras de su hermana.

Ay, hermana querida, tú conoces a nuestro primo Luis tan bien como yo. Tal vez incluso mejor, porque siempre dice que eres la única de las hermanas (¡salvo yo, por supuesto!) que lo conoce y lo quiere. ¡Y cómo corresponde él a ese amor! ¡Cómo te admira! No sabes lo feliz que me hace cuando afirma que yo, de todas nosotras, soy la que me parezco más a ti en belleza y en

sensibilidad.

Ay, Sissi, me encuentro sumida en un burbujeante estado de felicidad y dicha. ¡Luis, rey de Baviera, va a ser mi marido!

Es un hombre incomparable. Por favor, mira sus palacios. Tal es su buen gusto y su elegancia que hace que me sienta tonta. Por no mencionar lo guapísimo que es. Sé que todas las muchachas de Baviera se mueren de envidia, como es normal. ¡He conseguido el mejor marido de todo el país! ¡Tal vez de todo el mundo! (Sin contar a tu querido Francisco José, por supuesto.)

Vendrás a Baviera para la boda, ¿verdad? Le diré a Luis que vendrás... ¡La promesa de verte seguro que hace que fije una fecha para la ceremonia!

Se despide tu más devota y amante hermana, que lo será siempre,

SOFÍA CARLOTA

Sissi dobló dos veces la carta de Sofía Carlota, presa de una inexplicable inquietud. Le sorprendió que una noticia tan buena despertara en ella tales recelos. Su hermana tenía razón: quería a Luis. Era su primo y, aparte de Nené, era su compañero de juegos más querido. Luis y ella habían pasado juntos mucho tiempo durante la niñez, en Baviera, correteando libres por los campos que rodeaban Possenhofen y compartiendo fantásticos sueños acerca del presente y el futuro. Tal vez Luis incluso se hubiera enamorado un poquito de la joven Sissi. Le había lanzado bastantes indirectas al respecto.

Pero... ¿Luis marido de Sofía Carlota? La idea no le causaba la alegría que semejante noticia debería haber suscitado. ¿Hacían buena pareja? Seguro que su madre, la duquesa Ludovica, estaba emocionadísima ante semejante enlace, entusiasmada por el hecho de que su hija menor fuera a vivir tan cerca de su casa, de Possi. Y no había duda de que Sofía Carlota estaba eufórica. Sissi guardó la carta de su hermana en el escritorio, decidida a retomar ese asunto más adelante. No quería quitarle a su querida hermana menor la dicha propia de la novia, pero en esos días no tenía una opinión demasiado optimista acerca del matrimonio. Debía pensar muy bien la respuesta.

Solo le quedaban dos cartas y las miró fijamente. La que estaba encima lucía el sello de ARCHIDUQUESA GISELA, PRINCESA IMPERIAL DE AUSTRIA Y HUNGRÍA. Gisela, su hija de doce años, le escribía desde Viena, desde la corte imperial. Gisela rara vez escribía. Sissi y ella no tenían una relación estrecha; nunca les habían dado la oportunidad de forjarla. Gisela, desde sus primeros días en el mundo, había preferido a su abuela, la archiduquesa Sofía, la mujer que de alguna manera era capaz de ser tan dulce y maternal con sus nietos, como fría y dominante con su nuera.

Sissi miró la carta y se removió inquieta en el asiento. Pensar en su hija mayor le provocaba un dolor lacerante en un lugar recóndito del corazón, ese punto que el tiempo y la distancia eran incapaces de curar, incapaces de cerrar

la herida con la cicatriz de la aceptación y la determinación. «No, ahora no», pensó. No después del día tan estupendo que había pasado. No cuando estaba a punto de recorrer el pasillo para entrar en la habitación de la niña y ver a su querida hija. No cuando faltaban minutos para que él, Andrásy, llegara al palacio para la cena. No quería llorar. Se enderezó en el asiento y se guardó la carta de Gisela en el bolsillo interior de la bata. La leería más tarde. Después, cuando pudiera saborear las inusuales palabras de su hija. Cuando pudiera derramar las lágrimas y el oscuro manto de la noche la envolviera con su intimidad, donde llorar pasaría desapercibido, donde nadie vería cuán grande era su anhelo y su desesperación por haber perdido a sus dos hijos mayores.

Enderezó los hombros y cogió la última carta. Conocía la letra y el sello de color púrpura. Se le formó un nudo en el estómago que también conocía muy bien. Era una inquietud distinta a la que había provocado la carta de Gisela, un desasosiego quedo, un dolor sordo, mientras que con la carta de su hija había sentido como una puñalada. Aun así, contuvo el gemido y rompió el sello. Era de Francisco José. Su marido, su emperador. A eso se reducía su relación conyugal por entonces: se escribían con regularidad entre Hungría y Austria, pero llevaban meses sin verse.

Las cartas de Francisco José eran igual que él: directas, razonables, vacías de cualquier indicio de sentimentalismo o imaginación. Descripciones desapasionadas de su rutina diaria en las que le contaba las interminables horas que pasaba sentado a su escritorio, rodeado de documentos de trabajo, peticiones y ministros, y siempre resumía el recuento de horas con una aseveración: «Pero así es como debe ser. Hay que trabajar hasta caer exhausto». Incluía breves apuntes sobre Gisela y Rodolfo. A Sissi el corazón siempre le daba un vuelco al ver sus nombres escritos en el papel. «Gisela.» «Rodolfo.» Los dos hijos a los que nunca le habían permitido amar. Los dos hijos que, al nacer, le habían arrebatado de los brazos para instalarlos en la zona imperial de los niños, donde pasaban cada minuto bajo el intenso y ansioso escrutinio de su abuela paterna, la archiduquesa Sofía.

Los dos niños se encontraban «en buena forma», le aseguraba Francisco en la carta. Por supuesto. Se esperaba que todos los integrantes de la familia imperial estuvieran siempre «en buena forma». Sofía se aseguraba de que en el brillo de la ordenada, perfecta y respetable casa imperial no apareciera ninguna mancha. En la Casa de Habsburgo, las costumbres, el orden y la tradición dictaban una rutina inquebrantable diaria, la maquinaria imperial funcionaba sin sobresaltos y cada uno sabía qué se esperaba de su persona. Sofía se había encargado de ello hacía años, pues, si bien Francisco José lucía

la corona de emperador, en la corte imperial mandaba su madre.

Sissi rara vez se comunicaba con su suegra de forma directa, pero Sofía estaba presente en todas las cartas que le mandaba Francisco. Sobrevolaba las palabras escritas de su hijo, de la misma manera que sobrevolaba las idas y venidas diarias de la corte. Cualquier mención de la vida vienesa incluía, por fuerza, a Sofía, la consejera más fiel del emperador y la presencia dominante en su vida y en la de los hijos de Sissi. Gimió, hizo una bola con la carta de Francisco y la lanzó al otro extremo de la habitación.

Sin embargo, consiguió controlar sus pensamientos antes de que su mente enfilara ese oscuro y desolador pasillo... esa súbita agonía contra la que luchaba tan a menudo. «Valeria.» Pronunció el nombre en voz alta para desterrar los demonios que la acechaban, para tranquilizarse con sus sagradas sílabas. Su preciosa hija pequeña. La niña que estaba a salvo en su habitación de Gödöllő. La niña cuya concepción había decidido a Sissi de una vez por todas a abandonar Viena, a su suegra y a la corte imperial al completo. A ir allí, a Hungría, donde tal vez pudiera librarse de la autoridad de Sofía y criar por lo menos a uno de sus hijos sin interferencias, dar por fin rienda suelta a los anhelos maternos que brotaban de su alma.

—¿Hemos terminado? Estoy deseando abrazar a mi Valeria.

Sissi se removió en el asiento con la vista clavada en la imagen de la peluquera imperial, Franziska Feifalik, en el espejo; la mujer daba los últimos retoques al recogido trenzado. Otro detalle agradable de su vida lejos de la corte: podía llevar su famosa melena en trenzas sueltas con coronas de flores silvestres en vez de los formales y pesados peinados, con tiaras de piedras preciosas, que lucía en la corte y en actos formales. Peinados que le provocaban dolor de cabeza al llegar la noche.

—Un segundo, emperatriz. —Franziska entrelazó con dedos diestros un último ramillete de flores silvestres con los mechones castaños—. *Et voilà!* ¡Listo! Otra obra de arte, si me permite decirlo.

Sissi se levantó y se dirigió al vestidor, donde escogió el ceñido vestido de satén de color crema ribeteado con flores bordadas con hilo de oro. Se puso perlas en el cuello, las orejas y las muñecas, a juego con el vestido y los fragantes pétalos blancos del pelo. Mientras sus damas de compañía se afanaban a su alrededor, abrochando botones y ajustando los pliegues de la tela, Sissi asintió satisfecha al ver su reflejo en el espejo.

—Bien —dijo—. Creo que hemos terminado.

Casi pudo oír los suspiros de alivio de las tres mujeres que la atendían: Franziska, la peluquera polaca; Ida, su dama de compañía húngara, y María

Festetics, la condesa húngara que formaba parte de su séquito desde hacía mucho tiempo. Ni una sola persona del círculo más íntimo de la emperatriz austríaca era austríaca. Así lo prefería Sissi.

—Un poco excesivo para la habitación de la niña, pero tal vez a mi querida Valeria le gusten estas espléndidas perlas.

Sonrió y se giró a uno y otro lado mientras examinaba su figura por última vez en el espejo de cuerpo entero. Siempre era muy estricta en lo referente a su vestimenta y su peinado. No se había ganado la reputación de ser «la mujer más bella de su tiempo» —más bella incluso que esa encantadora Eugenia, la emperatriz de Francia— por ser descuidada. Pero esa noche tenía una importancia especial, esa noche Andrásy cenaría con ella.



Y por fin llegó la hora preferida de Sissi.

—¿Va todo como debería?

Sissi entró en la habitación de la niña; las paredes estaban pintadas de un alegre azul, un tono que ella misma había escogido, libre de las opiniones no deseadas de su suegra. Fue derecha a la cuna, levantó a la pequeña en brazos y respiró su olor a polvo de talco y leche. Dejó un reguero de besos en sus mejillas. La niña respondió con un suave sonido gutural y Sissi la abrazó aún con más fuerza, abrumada por una nueva oleada de amor embriagador e interminable por su hija.

—Así es, emperatriz; hoy la archiduquesa está sonrosada y contenta. —La niñera era una muchacha británica de voz dulce llamada Mary Throckmorton. Apacible y tranquila, la señorita Throckmorton era todo lo contrario a Sissi, que sentía deseos de responder a cada sonido y gímoteo de la niña con la mayor alarma y diligencia.

—¿Ha dejado de llorar? ¿Y ha comido lo suficiente? —preguntó Sissi, que cambió de postura a Valeria para poder recorrer con la mirada cada centímetro de su cuerpo regordete y rosado. Perfecta, sí, así era su niñita. Su angelito.

—Creo que lloraba por esto. —La señorita Throckmorton se inclinó hacia delante, separó con destreza los diminutos labios de Valeria y dejó a la vista un solitario diente.

—Su primer diente —murmuró Sissi, al tiempo que empezaba otra ronda de besos en las mejillas de la niña—. ¡Ay, mi pequeña! ¡Mi precioso angelito! Qué rápido creces. ¡Ya le están saliendo los dientes! Ay, pobrecita mía. Señorita Throckmorton, encárguese de darle a la archiduquesa cualquier cosa

que pueda calmarla mientras le estén saliendo los dientes. ¿Me ha entendido?

—Por supuesto, emperatriz —contestó la niñera en un tono de voz neutro.

—¡Mi niña! —exclamó Sissi con orgullo maternal.

Como respuesta, Valeria soltó otro gorjeo y su regordeta mano buscó la cara de su madre. Sissi se sentó con la niña en el suelo de la habitación. Allí jugaron, tan absortas la una en la otra que era difícil saber quién estaba más concentrada. Valeria estaba deslumbrada por el espectáculo de las ondas del pelo de su madre, el brillo de las perlas y su enorme sonrisa. Y Sissi estaba embobada, hechizada por todos y cada uno de los detalles de su adorada hija. Su «única hija», como solía decir de Valeria cuando hablaba con Ida y con María Festetics. La única receptora del torrente de amor maternal que había contenido durante años en su interior y que se había ido secando como la leche con la que nunca pudo amamantar a sus primeros amores.

Por supuesto, Sissi todavía amaba a Gisela y a Rodolfo. Y, por supuesto, había querido a su primogénita, la princesa Sofía, que murió de fiebre tifoidea cuando apenas tenía dos años. Una parte de ella nunca se recuperó de ese golpe. Pero todo se resumía en que, con los dos otros hijos instalados en la habitación de los niños de Viena, nunca había podido establecer ningún tipo de vínculo especial con ellos. Nunca había podido darles el pecho ni consolarlos, nunca habían podido conocerla como madre, y nunca le habían permitido adorarlos como anhelaba. Sus visitas a la habitación de los niños, cuando eran autorizadas por su suegra, siempre fueron rápidas y restringidas por el protocolo. Acompañada por los ministros de la archiduquesa, por su cortejo y por la propia Sofía. Visitas llenas de críticas, de censura y de recordatorios apenas velados acerca de lo inadecuada que era Sissi. Sabía lo que su suegra había dicho cuando nacieron sus hijos; había oído los cuchicheos y le habían llegado los comentarios mordaces de Sofía. «Claro que Sissi no debería criar a los niños. ¡Si ella misma no es más que una niña!» Y teniendo en cuenta que los afectos de sus hijos, con el tiempo, se habían volcado en su abuela Sofía, pensar en ellos le provocaba tanta angustia y tanto dolor como calidez y amor materno. Hasta que llegó Valeria. Su cuarta y última hija. Una sorpresa, un inesperado regalo del cielo y la oportunidad, por fin, de ser «mamá».



Después de acostar a Valeria y cuidar de que no tuviera calor ni frío mientras dormía, Sissi salió de la habitación de la niña y fue a reunirse con la condesa María y con Ida para la cena.

Mientras descendía la escalinata, con el corazón rebosante de felicidad tras el rato que había pasado con Valeria, vio una figura alta en el vestíbulo, una silueta apenas oscurecida por las sombras allí donde no llegaba la luz de las velas. Sissi se detuvo e intentó controlarse. O eso o volaba escaleras abajo hasta sus brazos... una reacción que no era apropiada.

Andrássy debió de oírla bajar, porque se dio la vuelta en ese instante y sus ojos oscuros se clavaron en ella.

—Mi reina. —Cruzó el vestíbulo hacia la escalinata. Siempre la llamaba con el título húngaro de «reina» en vez de con el austríaco de «emperatriz». Sissi pertenecía a su tierra, a su pueblo. Y a ella eso le encantaba.

—Andrássy.

—Sissi.

Se obligó a descender despacio los últimos escalones hasta él pero fue incapaz de contener la sonrisa que apareció en sus labios.

—Cada vez que te veo, me deslumbras. —Andrássy extendió la mano, le cogió las suyas y se las llevó a los labios.

«Qué manera de saltarse el protocolo...», pensó Sissi. Nadie, a excepción de las damas de compañía que la vestían, podía tocarla. Y, desde luego, ningún hombre salvo Francisco se atrevería a besarle la mano. Pero lo peor era que no llevaba guantes y los labios de Andrásy le rozaron la piel desnuda, la superficie imperial más sagrada. ¡Ay, cómo adoraba estar en Hungría!

—¿Cómo estás? —preguntó él en voz baja, como si estuvieran solos en el enorme vestíbulo. Y bien podrían estarlo, pues María e Ida, expertas ambas en el arte de la discreción, se habían retirado a un aparte para charlar.

—Estoy muy bien. Y ahora incluso mejor. —Lo miró con una sonrisa—. ¿Qué tal el viaje desde Viena?

—Largo. Pero me esperaba algo al final del camino. —La miró a los ojos más tiempo de la cuenta y luego descendió la mirada por su vestido y su cintura, recorriéndola por entero. Sonrió en señal de aprobación y Sissi sintió que el rubor le subía por la columna hasta las mejillas. Y luego, porque él la conocía muy bien, le preguntó—: ¿Y cómo está Valeria?

Sissi no pudo contener una sonrisa todavía más ancha.

—Ahora mismo vengo de su habitación. Le ha salido el primer diente.

—¡Ya el primer diente! Por favor, ¿tanto tiempo he estado fuera?

—Has estado fuera demasiado tiempo —contestó ella, mirándolo fijamente a los ojos. Tenerlo delante, su presencia indiscutible después de tan larga ausencia, la consumió por entero, calmándola, de la misma manera que

la relajaban los ungüentos que sus damas de compañía aplicaban a sus músculos doloridos después de cabalgar más de la cuenta o el aceite de almendras con el que la peluquera le masajeaba el cuero cabelludo y domaba sus rebeldes rizos. Estaba allí, una vez más, delante de ella. Su mente, sus palabras y su añorada figura, tan alta y tan viril. Soltó el aire despacio antes de añadir—: Estuve tentada de usar mi poder imperial para obligarte a volver a casa. No sabía cuánto más iba a poder soportarlo.

Andrássy sonrió relajado, distendido.

—En fin, ya estoy aquí. Y me alegro.

Daba igual que las malas lenguas en Viena y en toda Austria susurraran que Valeria era hija de Andrásy. Daba igual que la gente dijera que él le había dado el palacio de Gödöllő como un obsequio del Parlamento húngaro para así contar con un lugar donde poder tener sus encuentros privados. Daba igual que algunos llamaran a la princesa «la niña húngara» y que comentaran que era normal que la madre hubiera decidido criarla en Hungría, ya que era la tierra de su padre. Tanto Sissi como Andrásy sabían que era mentira. Y el emperador también. Los ojos azules de Valeria y su tez de alabastro atestiguaban claramente la paternidad de Francisco, no había nada en ella de la morenez de Andrásy. «Pero todo eso da igual», pensó Sissi. Mientras a Francisco no le inquietasen los rumores, ella se limitaba a reírse de su crueldad y a dar gracias por la distancia que la separaba de sus críticos.

—Hace una noche espléndida y tú estás espléndida. ¿Salimos? —Andrásy se colocó el brazo de Sissi en el suyo y la llevó por las puertas francesas a los jardines traseros, donde los envolvió la luz índigo de la impenetrable noche de Gödöllő. María e Ida los seguían a una distancia prudencial.

—¿Te quedarás? —preguntó Sissi.

Sus pasos sonaban acompasados en la terraza; en el cercano establo, un caballo soltó un largo y lastimero relincho.

—Confieso que nada me gustaría más que quedarme. Pero supongo que, para evitar cualquier insinuación de escándalo, tal vez debería instalarme en Budapest.

—No —dijo Sissi con voz firme—. Les dices que te quedas en Budapest. Pero te quedas aquí. Al menos durante unos cuantos días. ¿Sí?

Andrásy se detuvo y, todavía con los brazos entrelazados, miró a Sissi de reojo mientras sopesaba su petición. Su figura con el atuendo de gala era imponente.

Sissi suspiró.

—Que murmuren. Que cotilleen. Te quiero aquí.

Andrássy seguía mirándola con expresión pensativa.

Sissi, consciente del poderoso efecto que ejercían esos ojos oscuros en su estómago, se obligó a respirar con normalidad.

—Además —continuó—, no es la gente de Budapest la que da pábulo a esos rumores, sino los vieneses.

Andrássy echó a andar de nuevo.

—Eso es verdad. Los húngaros nunca dirían una mala palabra sobre ti, su reina. Su Sissi.

—Ni sobre ti. Su adorado primer ministro.

Andrássy ladeó la cabeza y pensó en ello.

—Así que te quedarás.

Los labios de Andrásy dibujaron una sonrisa renuente mientras asentía.

—Si eso es lo que ordena mi reina, ¿quién soy yo para desobedecer?

—Bien —dijo Sissi, que sonrió y miró al frente, hacia el sendero que tenían delante.

Le gustaba que Andrásy le permitiera salirse con la suya en asuntos que para ella eran importantes. Le encantaba que respondiera a sus sentimientos y los alimentara con semejante ternura. Era algo que Francisco nunca había estado dispuesto a hacer.

—Confieso que salgo perdiendo —prosiguió Sissi—. Gracias a mi apoyo en Viena, te nombraron primer ministro de Hungría. Y ahora, precisamente por ese cargo, estás obligado a viajar a Viena muy a menudo o a quedarte encerrado entre los muros del Parlamento de Budapest mientras yo estoy aquí sola.

—Somos una pareja que no termina de encontrarse, ¿verdad?

Andrássy acortó sus zancadas para que ella pudiese caminar despacio.

—Adoro al estadista que hay en ti... y al mismo tiempo lo detesto. —Sissi suspiró—. Supongo que debería preguntarte qué tal por Viena.

Andrássy se lo pensó un momento antes de contestar.

—El consejo de tu marido se ha renovado por completo en los últimos meses. Como a buen seguro ya sabes.

—Te sorprendería lo poco que estoy al tanto de los asuntos de Viena.

—Pero Francisco... esto, el emperador y tú os escribís con regularidad, ¿no es cierto?

—Ah, me pone al día de los progresos de los niños. Y de todos los detalles insignificantes de su vida, como qué cenó la víspera o qué obra se está representando en el teatro Imperial. —Hizo una pausa y dejó vagar la

mirada por los cada vez más oscuros jardines, donde grillos invisibles llenaban la noche con su dulce y bucólica melodía—. A Francisco nunca le ha gustado que hable de algo que vaya más allá de lo que es una conversación cortés e insustancial, y eso sin duda excluye la política. Solo estuvo dispuesto a escucharme en un asunto político: Hungría.

Andrássy se acercó más a ella y Sissi percibió su olor a colonia, a jabón de afeitar y a humo de tabaco. Con los labios casi rozándole la oreja, él susurró:

—Hungría. La causa más importante para ti.

—Desde luego.

Se percató de que Andrásy le sujetaba el brazo con más fuerza, un gesto tan sutil que podría haberle pasado desapercibido, pero era imposible que no se diera cuenta del escalofrío en todo el cuerpo que le provocó su caricia.

La voz de Andrásy se tornó seria de repente.

—Y precisamente por eso el consejo del emperador ha sufrido tal transformación.

—¿Por su voluntad de garantizar la autonomía de Hungría? ¿Porque firmó la creación de la monarquía dual austrohúngara dentro del Imperio austríaco?

Andrásy asintió con la cabeza, y Sissi reflexionó y al final se encogió de hombros.

—Viena necesitaba sangre nueva desde hacía mucho tiempo. Francisco sabe que el Compromiso austrohúngaro fue lo correcto, por mucho que ahora sus ministros protesten. Era el único camino para evitar una revuelta abierta en Hungría, para conservar las fronteras de su imperio. No quería que una guerra civil asolase sus tierras, una guerra que tal vez hubiera implicado a toda Europa. Sobre todo, tan seguido de las terribles derrotas contra Prusia e Italia. No, Europa no puede sufrir otra guerra.

—Así lo entiende él y así lo ha declarado —convino Andrásy con gravedad.

—Los ministros de mi marido son como las malas hierbas —dijo Sissi—. Si cortas una, otras dos saldrán y ocuparán su lugar.

Andrásy se detuvo y se inclinó hacia ella.

—Vaya, ¿en tan poca estima me tienes?

Sissi se volvió hacia él con una sonrisa traviesa.

—Fuiste mío antes que suyo. Tú eres distinto.

—Eso espero...

Cuando echaron a andar de nuevo, Sissi estuvo tentada de preguntarle qué aristócrata o qué vulgar actriz habían encontrado sus ministros para calentar la

cama de Francisco esos días, pero se tragó ese amargo pensamiento. El tiempo con Andrásy era sagrado, no iba a permitir que las viejas heridas de su matrimonio destrozado mancillaran ese momento. Además, los días en que ese asunto le importaba de verdad habían pasado. Ya no era la muchacha ingenua con la que Francisco José se había casado, la inocente provinciana de dieciséis años que había confundido el enamoramiento con el amor verdadero y las promesas con hechos. La jovencita que no había comprendido «cómo se hacen las cosas» en la corte imperial y que acabó destrozada cuando llegó el momento de aprenderlo.

Francisco ya no podía hacerle daño, no como entonces. Su corazón, dolorido por los incesantes golpes primero de su suegra y después de su marido, así como por la muerte de una hija y la pérdida emocional de los otros dos, había renacido en los últimos años. De alguna manera, lenta y obstinadamente, el corazón que Sissi había creído muerto y yermo había seguido latiendo. Había cerrado las heridas con una gruesa cicatriz y se había negado a ceder. Y así había decidido vivir de nuevo. Con sus propias reglas. Y con esa decisión llegaron la aceptación y un poder renovado... y la libertad. Francisco estaba muy lejos de ella en ese momento, una distancia que no solo era la que ella había puesto entre los dos, sino que también estaba marcada por el escudo que ella había levantado para protegerse. Francisco ya no podía hacer nada para causarle más dolor.

Además, en su matrimonio no había habido contacto amoroso en años... casi una década, ahora que lo pensaba. Salvo por la breve reconciliación cuando regresó al lecho conyugal mientras trabajaba con Francisco José para forjar el Compromiso austrohúngaro. Un breve encuentro que, milagrosamente, le había dado a Valeria, así como el reino de Hungría.

Y en ese momento Andrásy estaba delante de ella —sus ojos oscuros tenían una mirada tan suave como el terciopelo negro— y un glorioso anochecer había caído sobre Gödöllő. De modo que Sissi desterró de su mente a Francisco y todos los años que habían pasado haciéndose daño mutuamente. Había intentado superar el hecho de que Francisco había permitido que le arrebatasen a sus tres primeros hijos, haciendo que se sintiera una yegua de cría y una apestada en su propia corte, y lo había logrado hasta cierto punto. Superar el hecho de que su vida con Francisco nunca les había pertenecido, sino que había estado compartida con demasiadas personas, sometida a demasiadas obligaciones, eclipsada por la exigencia de su papel como emperador. El hecho de que la hubiera desatendido, de que le hubiera ocultado sus emociones y de que nunca hubiera puesto ningún empeño en

saber lo que ella sentía. El hecho de que Francisco hubiera preferido la compañía de sus ministros, de sus generales, de su madre y de otras mujeres a la suya. El hecho de que se hubiera alejado de su matrimonio... Pero ¿qué más daba todo eso? En ese momento era ella la que se había alejado, ¿no?

Andrássy interrumpió sus silenciosas cavilaciones al levantar un dedo para acariciarle la frente.

—Parece como si estuvieras batallando.

—Lo estoy.

—¿Quién gana?

Ella le regaló una media sonrisa.

—Yo.

—Bien. —Se inclinó y la besó en la frente. Era un gesto muy atrevido para un lugar tan público como los jardines, pero las últimas luces del día ya habían desaparecido y la oscuridad los envolvía.

Un sonido llegó al patio desde una ventana abierta: la carcajada de una criada en la cocina. Andrásy apartó los labios de su frente.

—Supongo que deberíamos entrar a cenar.

—Supongo que tienes razón. —Sissi suspiró, y ambos emprendieron el camino de vuelta al palacio—. Te advierto que Nicky..., el príncipe Esterházy, cenará con nosotros.

Andrásy gimió y se detuvo.

—En fin, no sabía que ibas a venir —dijo Sissi, divertida ante sus celos aparentes—. Si me hubieras escrito, me habría asegurado de que él...

—Me gusta sorprenderte, ya lo sabes. La expresión de alegría que aparece en tu cara hace que el dolor de la separación valga la pena.

—Ah, pero llegaste cuando yo estaba dando un paseo a caballo con Nicky, así que la sorpresa se estropeó.

Andrásy se inclinó de nuevo para susurrarle al oído y sus palabras fueron una caricia.

—En ese caso, tendré que encontrar otra manera de provocar esa expresión de alegría en tu preciosa cara.



El príncipe Esterházy los esperaba en el comedor. Estaba de pie, con pose formal y expectante, muy parecida a su impecable postura en la silla de montar. Al igual que Andrásy, lucía un frac, y parecía relajado y saludable tras haber pasado el día cazando zorros.

—Ah, reina Isabel, no está sola. —La cara de Esterházy reflejó su

decepción, y la misma frustración que Andrásy acababa de manifestar—. Andrásy —saludó con fingida satisfacción mientras apretaba los dientes—. Me alegro de verlo.

—Lo mismo digo, Esterházy.

Se estrecharon las manos.

—¿Ha vuelto de Viena hace poco?

—Hoy mismo —contestó Andrásy.

Esterházy enarcó una ceja oscura.

—¿Y ha abandonado tan pronto Budapest para compartir la cena con la reina? ¿No tiene asuntos pendientes en la ciudad?

—¿Qué asuntos podrían ser más importantes que presentarle mis respetos a nuestra soberana y pedirle consejo tras mi reciente viaje?

Esterházy frunció el ceño y toqueteó las mangas de su frac.

—Debo felicitarle, Esterházy —siguió Andrásy con fingida camaradería—. Parece que ha cuidado usted muy bien de nuestra reina..., tengo entendido que ha sido su más fiel acompañante mientras yo he estado ausente. No ha carecido de la hospitalidad húngara gracias a usted.

Sissi fue incapaz de contener la sonrisilla cuando ocupó su lugar en el centro de la mesa, tras lo cual indicó a los hombres que se sentaran uno a cada lado. Siguió deleitándose con su rivalidad mientras intercambiaban pullas durante la cena. Los celos de Nicky no la sorprendieron: era un aristócrata simpático, rico y atractivo. Damas de toda Hungría iban detrás de sus sonrisas y su fortuna familiar. El hecho de que poseyera las caballerizas más grandes de purasangres de todo el país y de que su propiedad lindara con el palacio de Gödöllő había hecho del príncipe Nikolaus Esterházy un acompañante muy agradable para Sissi durante esos últimos meses. Por no mencionar que tal vez fuera el único jinete del país capaz de mantener su ritmo, ya que era una amazona legendaria.

A Andrásy pareció sorprenderle la arrogancia de Nicky, la familiaridad con la que se dirigía a Ida y a María, la cantidad de tiempo que su rival había pasado sentado a esa mesa, en presencia de Sissi, durante su ausencia. Era una crueldad por parte de Sissi, y ella lo sabía, pero observó a Andrásy fruncir el ceño y removerse inquieto durante toda la cena y tuvo un sentimiento parecido al alivio, incluso rayano al placer. Los celos de Andrásy eran una señal inequívoca de que sus sentimientos hacia ella no habían cambiado durante la separación. Seguía deseando su compañía —necesitándola— con el mismo anhelo que ella la suya. Así las cosas, mientras la cena seguía su curso y los criados desfilaban con una variedad interminable de platos y bandejas,

Sissi bebió de su copa de vino y se permitió embriagarse un poquito con la comida y con la compañía.

—En ese caso, conde Andrásy, supongo que volverá a Budapest esta noche, después de la cena. Con la condesa Andrásy. —Esterházy fumaba durante el postre, se dirigía a los criados por su nombre de pila y pidió que le rellenasen la copa en numerosas ocasiones.

—Le he pedido al primer ministro que se quede en Gödöllő —terció Sissi, consciente de que la tensión que reinaba en la mesa podría alcanzar cotas indeseadas con ese último comentario.

Andrásy clavó la vista en su plato de postre y soltó un sonoro suspiro. Detestaba cualquier mención a su esposa, de la que se había separado hacía mucho aunque legalmente siguieran siendo marido y mujer. Sabía, de la misma manera que Sissi, que los dos estaban casados. Que el amor que se profesaban estaba mal..., aunque a ellos no se lo pareciera. Detestaba que le recordasen a Sissi la existencia de la condesa Andrásy. Como de todas las cargas, esa era otra preocupación de la que intentaba proteger a Sissi.

—Le he pedido al conde Andrásy que se quede —repitió ella con voz calmada y firme. Probó un bocadito de su postre preferido, un helado de violeta hecho especialmente para ella por uno de los heladeros de Budapest—. Solo durante unos días. Llevo meses sin pisar Viena y quiero que me ponga al corriente de todo.

Esterházy se volvió hacia Sissi y sus labios se fruncieron bajo el espeso bigote negro. «Estos húngaros... ¿dejarse esos bigotes es un requisito de clase?», pensó ella. Se los veía muy atractivos cuando sonreían, pero también muy enfadados y temibles cuando fruncían el ceño.

—Y ahora... —Sissi se levantó y desvió la conversación—. ¿Una partida de cartas o charadas esta noche? ¿O tal vez mejor disfrutamos de un poco de música y poesía?

Tras la cena el grupo se trasladó al salón para tomar una copa y pasar a los entretenimientos, y la noche en Gödöllő recuperó su ritmo sereno y habitual. Allí las últimas horas del día se pasaban junto a una acogedora chimenea, mientras Ida leía en voz alta al poeta húngaro Mihály Vörösmarty o María interpretaba al piano una sonata de Franz Liszt. Todo el mundo tenía libertad para irse o quedarse, para proponer lo que quisiera. Shadow y Brave se adueñaban del trozo de alfombra que quedaba a los pies de Sissi. Ida se sentaba a la izquierda de la reina con una sonrisa, dulce y sumisa, siempre dispuesta a hacer lo que el grupo o, mejor dicho, lo que Sissi quisiera. Mientras tanto, María Festetics, siempre solícita, revoloteaba por la estancia,

inquieta por si Sissi se había sentado demasiado cerca de una ventana abierta y podía resfriarse o preguntándose en voz alta si, sentada como estaba tan cerca del fuego, Su Majestad Imperial pasaría calor. Sissi se limitaba a sonreír a su dama de compañía y decía:

—Estoy de maravilla.

En Viena incluso la reunión familiar más íntima quedaba sujeta a siglos de rígida tradición Habsburgo y al protocolo imperial. Las interacciones más naturales se convertían en algo incómodo y artificial debido a la intransigente necesidad de rendir tributo a esa entidad divina: la etiqueta. Incluso en el salón familiar, cuando solo estaban Sissi, los niños, Francisco y su madre, nadie podía hablar a menos que el emperador le dirigiese la palabra en primer lugar. Nadie podía sentarse a la mesa sin guantes. Nadie podía levantarse antes de que lo hiciera Su Majestad Imperial. Nadie podía comer una vez que Su Majestad Imperial hubiera terminado de hacerlo. Las reglas eran interminables e inquebrantables; tanto era así que los miembros de la familia solo mantenían conversaciones muy cortas e insustanciales acerca de los sucesos del día.

En Gödöllő, como anfitriona, Sissi pretendía crear el ambiente contrario. Mientras se acomodaba en el mullido sillón, con la copa de *tokaji* dulce en sus manos sin guantes, dio gracias por enésima vez por encontrarse tan lejos de la capital imperial. Por estar allí, donde Valeria dormía a salvo en su habitación y las noches eran alegres y relajadas, pródigas en vino, risas y conversaciones sinceras.

Al menos solían ser alegres y relajadas. Esa noche el ambiente era mucho más tenso. Dándose cuenta de que la charla podría acabar en discusión si se llevaba al terreno personal, Sissi condujo la conversación hacia la política, un territorio bastante más seguro en comparación. Al parecer, por mucha animosidad que existiera entre Esterházy y Andrásy, estaban de acuerdo en algo: los dos detestaban a su vecino del norte. Prusia, bajo el mandato del canciller Bismarck, empezaba a fortalecerse y a militarizarse hasta suponer una amenaza. Tras haber derrotado a Austria unos años atrás, Bismarck quería convertir a Francisco José en su aliado. Y después, una vez que contara con la lealtad —o la sumisión— de Viena, parecía que el puño de hierro de Bismarck pretendía golpear a Francia, donde se acusaba al nuevo emperador Napoleón III de preocuparse más por sus lujosos palacios y la sugerente figura de la emperatriz Eugenia que por los asuntos de Estado. Andrásy y Esterházy eran del mismo parecer: si Prusia se enfrentaba y derrotaba a Francia, rompería el equilibrio de poder en Europa.

—Creo que la reina y sus damas de compañía están ya cansadas de nuestro debate político, Andrásy. —Esterházy, que parecía más relajado que durante la cena, se inclinó hacia delante en su asiento y miró a Sissi—. Hablemos del tema preferido de Su Majestad Imperial: montar a caballo. Hoy casi atrapamos a ese zorro, ¿no es cierto?

Sissi se animó al recordarlo.

—¡Cierto! Por Dios, Nicky, cuando saltó ese último seto a todo galope, estaba segura de que acabaría en el suelo.

Esterházy soltó una carcajada estentórea, el tipo de risa que no era necesariamente fruto del verdadero placer sino más bien una afectación ufana. Como si aquel que se reía quisiera que los demás vieran que tenía motivos para reírse.

—¿Tan poca fe tiene en mis habilidades como jinete después de todo el tiempo que llevamos cabalgando juntos, reina Isabel?

Sissi tendió la copa a Ida para que se la rellenase y soslayó la expresión ceñuda de Andrásy. Antes de que pudiera contestar, un criado apareció en la puerta e hizo una reverencia; sus manos enguantadas sostenían la bandeja de plata del correo.

—¿Sí? —Sissi se incorporó en el sillón y dejó la copa en una mesita cercana—. Adelante. ¿De qué se trata?

El criado hizo otra reverencia, se acercó a Sissi y bajó la mirada antes de enseñarle la bandeja en la que llevaba un telegrama. Sissi lo abrió enseguida. Era de Gisela... Qué raro recibir dos notas de su hija el mismo día. Lo leyó a toda prisa.

Estimada señora, Su Majestad Imperial STOP ¿Ha recibido Su Majestad la carta? STOP Se solicita inmediata respuesta STOP Asunto de suma urgencia STOP Atentamente a su servicio, Gisela STOP

Sissi se puso muy tensa. La carta... la carta de Gisela. La había guardado, se la había metido en el bolsillo de la bata para leerla más tarde. Estaba tan ansiosa por reunirse con Valeria, por ver a Andrásy, que se había olvidado de ella.

—¿Majestad? —María se inclinó hacia ella.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien? —Andrásy se acercó a Sissi con el ceño fruncido.

—Lo siento mucho, tengo que... —Sissi miró de nuevo el telegrama, aturrida. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un hilo de voz—. Disculpenme. Les deseo... les deseo buenas noches. —Tras decir eso, Sissi se levantó del

sillón y salió del salón, seguida por sus damas de compañía y sus perros.

En la planta alta, mientras Sissi cenaba, una criada había recogido sus aposentos, había preparado la cama de la reina y había colgado la bata en el vestidor. Sissi atravesó la amplia estancia con paso firme en busca de la bata mientras María e Ida ordenaban que encendieran más velas. Sissi rebuscó entre los pliegues de la prenda hasta dar con la carta de Gisela dentro del bolsillo donde la había metido.

Se sentó a su escritorio, abrió la carta y sus ojos se posaron en la elegante y pulcra letra de su hija.

A mi estimadísima y admirada madre, Su Majestad Imperial Isabel de Austria por mandato divino y reina consorte de Hungría.

Sissi no pudo contener un suspiro al leer la presentación. Gisela siempre se había parecido a su padre: consciente de sus deberes, pendiente de las reglas de Sofía y obediente del protocolo de la corte, de modo que hasta el saludo a su madre se convertía en algo rígido y antinatural. A diferencia de Rodolfo, Gisela no había heredado nada de la sensibilidad y la imaginación de su madre. Sissi siguió leyendo.

Querida señora:

Rezo para que esta carta las encuentre a usted y a mi hermana, la archiduquesa Valeria, con buena salud. Debo empezar con una disculpa: ojalá el motivo de mi misiva fuera un asunto feliz, pero de hecho esta carta os porta unas noticias inquietantes.

Sissi se puso rígida. ¿Qué noticias inquietantes podría transmitirle Gisela? Retomó la lectura.

Como tal vez ya sepa, mi hermano, Rodolfo, el príncipe heredero del Imperio austrohúngaro, lleva un tiempo bajo la supervisión y la tutela del conde Leopold Gondrecourt, militar de carrera. El conde es un hombre estricto y exigente, cualidades que no tienen por qué ser negativas en sí mismas. Sin embargo, no todo es como debería ser en la relación entre el conde y mi hermano, el príncipe heredero.

Llevo meses con el corazón en un puño, apesadumbrada por lo que veo que sucede, pero sin los medios necesarios para corregir la situación en absoluto favorable de la que soy testigo. No sabía a quién confesarle mi carga. Papá se desentiende de mi preocupación y la abuela me reprende cada vez que saco el tema a colación. Pero, querida señora, el conde Gondrecourt somete a mi querido hermano menor a todo tipo de penalidades en aras de la «educación».

Lo que el conde Gondrecourt, papá y la abuela llaman «educación» yo lo calificaría de tortura. Y las consecuencias son evidentes cada vez que miro a Rodolfo: mi pobre y querido angelito se va consumiendo ante mis ojos. (No es que lo vea a menudo..., pocas veces está libre de sus «lecciones». Sin embargo, cuando lo veo, me entristece tanto su paulatino deterioro que lloro durante horas.)

Sé que es pecado discutir con un progenitor y no quiero faltarle el respeto a mi padre, Su Excelentísima Majestad Imperial y Real. Ni a mi queridísima abuela, la admirable archiduquesa

Sofía, modelo de excelencia para todos nosotros. Pero, sea como fuere, debo confesarle mis preocupaciones. Lo que para mí es una muestra de la sensibilidad y el encanto del carácter amable y compasivo de Rodolfo, para mi padre, mi abuela y el conde Gondrecourt son los obstáculos y los límites de las capacidades de un niño pequeño que un día asumirá el cargo de emperador. El conde cree que mi hermano, con apenas diez años, debe someterse a los rigores de la instrucción militar para librarse de lo que la abuela y papá llaman su «débil constitución».

Sé que el conde ha sacado a rastras de la cama a mi hermanito en mitad de una noche invernal para obligarlo a marchar, descalzo, por los helados jardines de palacio. El conde lleva a Rodolfo al zoo privado de la familia, un lugar destinado para la diversión, pero lo encierra en el mismo lugar que los leones y le grita que o mata a las bestias o lo matan. Lo saca de la cama todos los días antes del amanecer y lo mete en una bañera de agua con hielo, a veces hasta lo convence de que lo van a ahogar. Dispara armas de fuego apuntando cerca del tembloroso cuerpo del príncipe heredero. Si Rodolfo grita de miedo o retrocede por el pánico, el conde repite la actividad y apunta todavía más cerca de él.

Estimadísima señora, siempre intento obedecer a mi bendita abuela y a Su Majestad Imperial mi padre, pero me destroza ver lo que sucede. Sé que evita Viena. No entiendo los motivos y mi padre frunce el ceño cada vez que pregunto por qué no está aquí, pero le escribo para suplicarle ayuda: por favor, por el bien de su hijo, que cada vez está más demacrado y pálido, por favor, vuelva a Viena y cerciórese de lo que digo. Si usted, como mi abuela y mi padre, llega a la misma conclusión de que toda esta «educación» es una parte esencial del proceso por el que mi hermano, un alma sensible y dulce, se convertirá en un hombre digno de ser emperador, no me quedará más remedio que cesar en mis protestas. Entenderé que así es como se hacen las cosas y me someteré encantada a la sabiduría de mis mayores.

Pero si usted, al igual que yo, ve estas prácticas y decide que son crueles e innecesarias, tal vez esté en su mano acabar, por fin, con el despropósito que supone el sufrimiento de este pequeño.

Su súbdita más devota y fiel,

GISELA

Sissi dejó la carta en el escritorio, todo su cuerpo temblaba por una mezcla de angustia y rabia. Cada palabra la había golpeado como un mazazo, como un latigazo que reabría viejas heridas, sin embargo se obligó a leerla una segunda vez, una tercera, y así más de una docena de veces, hasta que hubo absorbido tan terribles palabras. El mensaje le provocaba una oleada de espanto en cada ocasión. Despachó a sus damas de compañía con un gesto seco, no respondió a sus preguntas ni a sus miradas de preocupación, y se quedó allí sentada, con la horrenda carta delante, llorando. Intentó encontrar algún sentido, alguna explicación para esas palabras incomprensibles, pero no la había. ¡Torturar a un niño pequeño con agua helada, terror y privaciones físicas!

Sissi se apartó del escritorio. Todavía ataviada con el vestido de gala que había lucido en la cena, salió del dormitorio y descendió por su escalera privada hasta el pasillo que comunicaba sus aposentos con el patio junto al establo.

Sabía que lo encontraría allí. Nunca se reunían de noche, solos, dentro del palacio. A él jamás se le pasaría por la cabeza acudir al dormitorio de la reina.

Era demasiado arriesgado en una casa llena de criados que podrían darse cuenta o cuchichear. La propiedad de Esterházy estaba justo tras la lejana linde del bosque, y más allá había otra propiedad, y otra tras esta, así hasta Budapest. Sin duda, los criados de las casas solariegas se conocían, estaban al corriente de las novedades y se transmitían chismorreos, como los eslabones de un collar que llegara hasta la capital húngara. Desde allí, el salto hasta Viena era muy fácil.

Sin embargo, allí fuera, bajo la inmensidad del cielo nocturno, sin farolas ni más luces que las brillantes estrellas, Sissi conocía un lugar secreto, lejos de los ojos de los criados y de sus juicios de valor. Podía parecer de lo más vulgar: un sendero flanqueado de castaños de Indias conducía a un bosquecillo de cornejos cuyas frondosas ramas relucían a la luz de la luna. Se escondían detrás del establo, cerca de donde dormían los veintiséis caballos de Sissi, y a una distancia segura del palacio. Los dos consideraban ese lugar un refugio.

Y en ese momento, esa noche, ella corría hacia allí como una aparición atormentada en busca del alma que podía ayudarla, que podía consolarla después de la tortura que habían supuesto las palabras llegadas desde Viena.

Oyó su voz antes de atisbar su alta figura en las sombras.

—Sissi.

Respiró y su cuerpo entero se relajó.

—Andrássy.

El sonido de su propia voz la sorprendió, jadeante y ronca... cargada de desesperación y desesperanza. Su cuerpo estaba delante de ella y él la abrazó en la oscuridad. Ella se abandonó en sus brazos y él se inclinó para besarla.

—Ay, cariño. —Tomándola de la barbilla la instó a levantar la mirada; la débil luz de la luna y las estrellas iluminaba sus rostros—. ¿Qué ha hecho que salieras corriendo de esa manera? ¿Qué ha pasado?

No le contestó, se limitó a ponerle la carta en las manos. Él sacó del bolsillo de sus pantalones el encendedor que solía usar para sus puros y leyó la nota con la ayuda de su titilante llama. Sissi permaneció en silencio. Un rayo de luna iluminó el rostro de Andrásy cuando el viento agitó las ramas sobre su cabeza. Sissi vio que su semblante se ensombrecía a medida que asimilaba las palabras de Gisela.

Cuando terminó de leer, Andrásy bajó la carta y la miró fijamente sin pronunciar palabra. Salvo por el gruñido que reprimió a duras penas, no emitió sonido alguno, sino que empezó a andar de un lado para otro, recorriendo en poco tiempo el espacio delimitado por los castaños de Indias y

los cornejos. Su silencio, sospechaba Sissi, indicaba una ira más potente que si se hubiera puesto a gritar y a despotricar. Al final, se detuvo, se volvió hacia ella y dijo con voz baja y firme:

—Tienes que volver.

Sissi sintió que se le tensaba el cuello y se le formaba un nudo en la garganta; tragó saliva en vez de contestar. Era lo que había esperado que dijese.

—Tienes que volver a Viena. —Andrássy se dio la vuelta y golpeó con un puño el cornejo que tenía más cerca; Sissi vio lo tenso y furioso que estaba—. Esto no puede continuar. ¿Así tratan al príncipe heredero? ¿A un niño? No.

Sissi le quitó la carta de las manos y miró de nuevo las horrendas palabras. Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas. Apenas había dejado de llorar desde que las leyó por primera vez. Bajó la carta y cerró los ojos a tan espantoso mensaje. Al hecho de que ella, como madre, le había fallado por completo a su hijo. Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, acalorada y cubierta por una fina capa de sudor aunque el aire de la noche era frío.

—Pero ¿qué podría hacer allí? —Miró a Andrásy—. Durante años intenté sin éxito enfrentarme a Francisco y a su madre. Nunca conseguí nada. No tengo la menor influencia en la corte.

—Eso no es verdad, Sissi. —Andrásy de nuevo se puso a andar de un lado a otro en el pequeño claro, sus pies se hundían en la húmeda tierra.

El patio era una amalgama de los olores que Sissi adoraba: los cercanos caballos, la tierra húmeda, la hierba y las flores silvestres. Pero esa noche tal exuberancia le resultó abrumadora y repulsiva. Parpadeó intentando poner orden en sus pensamientos.

—Gisela escribe que ha intentado razonar con ellos —dijo—. ¿Qué esperanzas tengo de imponerme cuando ella ha fracasado?

—Eres más fuerte de lo que crees —repuso Andrásy—. Mira, estás aquí. Estás aquí porque te enfrentaste a ellos. Ganaste para ellos la nación húngara y luego reclamaste a Valeria como tuya.

Ese último comentario hizo que le diera vueltas la cabeza y tuvo que apoyarse en un cornejo para mantener el equilibrio. ¡Valeria!

—¿Y si regreso y ella me quita a Valeria? —dijo con voz temblorosa—. No, no puedo correr ese riesgo. La única manera de conservar a mi hija es mantenerla alejada de Sofía.

Andrásy negó con la cabeza.

—No permitirás que eso suceda.

—Pero ¿cómo puedo estar segura? ¿Cómo puedo protegerme? Antes no

pude...

—Porque ahora eres más fuerte de lo que jamás lo has sido. ¿No te das cuenta?

—¿Cómo puedes decir algo así, Andrásy? —Solo era fuerte porque estaba lo bastante lejos para sentirse invulnerable.

—Ahora eres más fuerte porque tienes lo único que el emperador desea sobre todas las cosas. —Andrásy se detuvo y se pasó las manos por el pelo ondulado, alborotándose todavía más—. Tienes en tus manos concederle o negarle su más ansiado deseo.

Sissi lo miró y frunció el ceño, desconcertada.

—Lo que más ansía —continuó Andrásy.

—¿De qué... de qué se trata?

Andrásy se cruzó de brazos y soltó un hondo suspiro antes de contestar.

—Tú. —Tras decirlo, se apoyó sin fuerzas en el árbol que estaba delante de Sissi y su tronco soportó el peso de su cuerpo—. Francisco José te desea a ti. El emperador quiere recuperar a su esposa. Es una constante fuente de humillación para él que lo abandonaras. Pero más que vergüenza, le provoca dolor. Te echa de menos, Sissi.

Ella sopesó esas palabras, pero no replicó.

—Es algo obvio para todo el mundo —prosiguió Andrásy, con la voz de un confesor atormentado—. Tu retrato cuelga en cada una de sus estancias. Es lo primero que ve por la mañana al despertarse y lo último al cerrar los ojos cada noche. Y el retrato para el que posaste, el que herr Winterhalter pintó hace unos años... —Dejó las palabras en el aire, como si le costara demasiado terminar la frase.

Sissi se ruborizó. Sabía a qué cuadro se refería Andrásy. Era el retrato más íntimo, más seductor y más atrevido de los que le habían hecho. Había posado para el que sería el regalo que le hizo a su marido hacía unos años, cuando Francisco y ella se habían reconciliado, brevemente, mientras trabajaban por la autonomía húngara. Aparecía de perfil, con el largo pelo suelto a la espalda, en una pose que solo su marido tenía derecho a admirar. Llevaba un delicado vestido blanco, los pliegues de la tela parecían a punto de deslizarse de sus hombros desnudos. Era una escena tan íntima que el emperador se había quedado sin palabras cuando se lo entregó. Lo colgó en su gabinete privado, justo encima de su escritorio, donde solo él podía verlo. En fin, tal vez él y sus consejeros más cercanos, dado que Andrásy parecía haberlo visto también.

Andrásy retomó la palabra y sacó a Sissi del torbellino de sus

pensamientos.

—Mira tu retrato como si deseara, por decreto imperial, poder reemplazar la copia por el original. Eres el único súbdito que ha desafiado sus deseos imperiales... y, sin embargo, está totalmente indefenso ante ti. Francisco José haría cualquier cosa que le pidieras, Sissi, con tal de recuperarte. Por el amor de Dios, ¿qué hombre no lo haría? —La voz de Andrásy había adquirido un deje atormentado, pero continuó—. Quiere a su esposa, quiere conocer a su hija pequeña.

Sissi meditó sobre esas palabras un instante. Francisco José seguía amándola... ¿Estaría Andrásy en lo cierto? Era evidente que a él no le complacía admitir lo que acababa de decir. Extendió los brazos y le tomó las manos. Él se dejó hacer pero evitó mirarla a los ojos.

—Andrásy... sabes que mi corazón te pertenece, ahora y para siempre.

A la luz de la luna, vio que el rostro de Andrásy se tensaba y sus facciones se ensombrecían. Tomó una honda bocanada de aire y la respuesta se hizo esperar. A la postre, la miró a los ojos y dijo:

—Cuando pienso en todos los motivos por los que no deberías quererme... En todos los motivos por los que yo no debería quererte, Sissi... En todos los motivos por los que es una estupidez, una estupidez muy peligrosa, que te quiera... Por favor, piensa en lo celoso que es Esterházy. Y en los rumores que ya circulan... —Apartó las manos de las suyas como si ni siquiera allí estuvieran a salvo.

Ella se inclinó hacia delante para abrazarlo, pero él rechazó el gesto.

—Andrásy, ¿qué sentido tiene que te tortures de esta manera? —preguntó al tiempo que se pegaba a él—. Sabes que te quiero. He intentado no quererte. Los dos lo hemos intentado, pero hay cosas más fuertes que nosotros.

Al final, su voluntad se quebró, la estrechó entre sus brazos y ella se rindió gustosa a su beso. Andrásy le recorrió el pelo con los dedos y se pegó a ella, los dos apoyados en el tronco de un cornejo. Sissi oía su propia respiración, jadeante, acompasada con la de Andrásy. Sus cuerpos y su respiración se amoldaban y confluían en la oscuridad con el lenguaje sin palabras más natural y necesario. En los brazos de Andrásy, Sissi miró las estrellas y en su interior creció un fulgor que igualaba su brillo. Pero terminó casi nada más empezar.

—No —dijo él meneando la cabeza y retrocediendo—. ¿Y si nos descubren? ¿Cómo podremos explicar la situación? Pensar que yo pueda ser la causa de tu ruina... No, nunca me lo perdonaría...

—Pero aquí estamos a salvo —repuso ella, que intentó sin éxito parecer segura al tiempo que lo buscaba una vez más—. Aquí somos libres.

—¿Libres? ¿Aquí? ¿Cómo puedes decir algo así? —Andrássy se pasó las manos por el pelo—. ¿De verdad podemos engañarnos hasta ese punto? ¿De verdad podemos permitirnos el lujo de suponer, erróneamente, que no habrá consecuencias por...? —Agitó las manos adelante y atrás.

Sissi sintió que el corazón le latía rabioso en el pecho al darse cuenta de la determinación que transmitían sus palabras. Cuando habló, su voz sonó hueca:

—Andrássy, no querrás decir que...

—Sissi, mi único deseo ha sido liberarte de tus cargas. Ser tu consuelo. Traerte alegrías, tal como tú has hecho para mí. Y sin embargo, ¿acaso no sabemos los dos que no somos libres... para querernos?

—Andrássy, amor mío. —Clavó la mirada en su rostro, en sus facciones demudadas por la angustia. Lo besó, y se sintió destrozada cuando él se apartó y rechazó su afecto—. ¿Cómo evitarlo si nos queremos?

—Sissi, es tal como has dicho: hay cosas más fuertes que nosotros. Los dos sabemos que tu lugar está en Viena. Con tu familia. Con el príncipe heredero, que te necesita.

Sissi sintió que se quedaba sin fuerzas y supo que sus palabras tampoco la tendrían en caso de protestar, porque Andrásy tenía razón. Lo sabía. ¿Podía quedarse allí sabiendo que su hijo sufría? ¿Podía escoger las necesidades de su corazón en lo que a Andrásy se refería por encima de las necesidades absolutas de su hijo? ¿Acaso no había ido a ese lugar para encontrar la paz? Pero allí ya no podría tener paz sabiendo lo que estaba sucediendo en Viena. Aunque se alejara mil kilómetros más de la corte imperial, la frágil barrera de tranquilidad y libertad que tanto le había costado erigir se había derrumbado. No encontraría la paz, no habría separación. La llamada de su familia, de su capital y de su deber era demasiado fuerte. Más fuerte incluso que su deseo de amar y de vivir en libertad.

Andrásy la miró de reojo e intentó sonar optimista.

—Voy a menudo a Viena —dijo—. De hecho, tú misma has dicho que voy demasiado a menudo. En fin, aún tendré que ir más.

Ella meneó la cabeza y trató de convertir sus atormentados pensamientos en algo que pudiera comprender y aceptar. Encontrar la forma de volver para salvar a Rodolfo y a la vez conservar su libertad, conservar a Andrásy.

—Sabes que no es lo mismo. Tú y yo... Es imposible que allí vivamos como aquí. Allí no soy libre.

Andrássy acercó una mano a su mejilla. Ella se la acarició con la nariz, ansiaba su contacto y estaba convencida de que no podría vivir sin eso. La cara de Andrásy se había suavizado y la expresión atormentada se había convertido en tristeza. Resignación.

—Mi Sissi, ¿alguna vez hemos sido realmente libres? —preguntó con un suspiro; en sus ojos oscuros relucía la luz de la luna—. No quiero renunciar a ti... Antes renunciaría a mi corazón, si pudiera. Créeme. Pero hay cosas más fuertes que nosotros. No podemos permitir que nuestro amor nos vuelva egoístas.

Sin embargo, eso era lo único que Sissi quería. Como emperatriz, ¿no se suponía que podía conseguir lo que quisiera?

II

*Razón y amor no suelen hacer
buenas migas en estos tiempos.*

WILLIAM SHAKESPEARE,
Sueño de una noche de verano,
la obra preferida de Sissi

Capítulo 2

*Viena, Austria
Verano de 1868*

La reacción de Sissi, mientras el carruaje imperial recorría las amplias avenidas de Viena hacia el palacio de Hofburg fue visceral e involuntaria. La vista al otro lado de las ventanillas hizo que se echara a temblar como cuando llegó a Viena por primera vez, una novia de dieciséis años en la capital y aterrorizada por la corte —por la vida— que la aguardaba.

Se percató de lo mucho que había cambiado la ciudad durante su ausencia. Tal como Francisco le había explicado en sus cartas, la muralla medieval había sido demolida y reemplazada con la Ringstrasse, una amplia avenida circular que rodeaba el centro de la ciudad y que la abría para futuras expansiones y nuevas edificaciones. Las calles eran más espaciosas, más anchas y modernas. El teatro de la Ópera, en la Ringstrasse, parecía casi terminado después de años de trabajos. Su magnífica fachada blanca era tan elaborada como la creación de un maestro repostero, elegante e imponente como el imperio al que dentro de poco entretendría.

Se fijó en que también había algo distinto en las mujeres que transitaban por las calles. Ya no llevaban el pelo *à la Sissi*, como antaño; no se peinaban con trenzas sueltas para imitar el estilo de su amada y joven emperatriz. No, abandonadas por esta, las vienesas se habían decantado por un estilo más práctico: un moño en la parte posterior de la cabeza y unos cuantos tirabuzones cuales racimos de uvas a ambos lados de la cara. El estilo que su suegra había impuesto en la corte, recordó Sissi.

Sin embargo, muchas cosas parecían no haber cambiado en la *Kaiserstadt*, la capital del imperio: sus calles ruidosas y abarrotadas, sus majestuosos salones y su constante tráfico. Mientras contemplaba la ciudad, su ciudad, le asombró que, pese a los años que había residido en Viena, no la sentía cercana. Al contrario, seguía sintiéndose forastera. Insegura de su posición. Aún notaba el temblor en las manos y el hormigueo en el estómago de cuando contempló la grandiosidad del trono imperial de su marido.

Las avenidas estaban plagadas de vendedores curiosos y de peatones que observaban, entre el caos y el tráfico, el avance del carruaje imperial hacia el palacio de Hofburg. Mientras los miraba, Sissi comprendió por qué los vieneses creían vivir en el centro del mayor imperio europeo. El escenario por el que se movían todos los días era una ciudad inmaculada llena de nuevos edificios gubernamentales, de flamantes teatros y museos de fachadas blancas. Su emperador gobernaba por mandato divino, era el último de una familia que había llevado las riendas del poder durante siglos. ¿Qué mejor destino en ese mundo lleno de países revolucionarios y de inflamable liberalismo que ser un súbdito, sano y salvo, del seguro y estable imperio de Francisco José de Habsburgo?

No obstante, pensaba Sissi, ¿acaso dicho estatus no estaba constantemente en peligro? ¿Acaso no sabían, como ella, que existían fuerzas que derribarían alegremente a Austria de su pedestal imperial? ¿Acaso desconocían los peligros de contar con un líder cuyo lema era *Ich weiss nicht ändern*? «Yo no cambio.» ¿Cuántas veces había oído a Francisco y a su madre, Sofía, repetir ese lema? ¿Y cuántas veces ella había pensado que en un futuro, donde el cambio era necesario e incluso inevitable, eso se traduciría en problemas?

La multitud era más densa en las calles, sinuosas y estrechas, que se internaban en el centro de la ciudad, en dirección al palacio imperial. Algunas personas gritaban para expresar su alegría, para dar la bienvenida a la emperatriz tras su larga ausencia. Otros la abucheaban y silbaban. Eran muchos los que no estaban dispuestos a olvidar que hacía un año su emperatriz los había abandonado para forjar la monarquía dual y recibir la corona de Hungría, y que no había disimulado su preferencia por Budapest, la ciudad hermana, que ellos consideraban menos grandiosa y menos digna.



En el interior del palacio de Hofburg, los abucheos y los silbidos eran apagados, sutiles. Susurros detrás de las manos enguantadas, habladurías compartidas detrás de las puertas cerradas.

—Es una conducta horrible, de verdad —comentó Sissi mientras se acomodaba en sus antiguos aposentos en el ala de Amelia del palacio de Hofburg.

En esas dependencias se había instalado con mucha pompa y esperanza cuando era una joven novia. En esas dependencias había concebido y alumbrado a sus hijos y después había maquinado cómo luchar para conservarlos a su lado. En esas dependencias Francisco y ella habían

enloquecido juntos, primero por la ternura y la pasión de su amor y después por la furia de sus discusiones en los últimos años. De nuevo en sus aposentos, contempló el lujo que la rodeaba (el damasco rojo, los jarrones de porcelana, los relucientes candelabros dorados) y se le agolparon los estremecedores recuerdos de los años que había vivido en ellos.

—Es una conducta horrible —repitió pensando en los cortesanos con los que se había cruzado en los pasillos poco antes.

El asombro y la curiosidad en sus rostros. La impaciencia por cuchichear y exclamar a sus espaldas antes incluso de que se alejara. Más educados y mejor vestidos que el populacho, los cortesanos se habían contenido algo más que la gente en las calles, pero la diferencia no era mucha.

—Se burlan de mí y me desprecian, así que me mantengo alejada —dijo Sissi mientras observaba a María y a Ida rebuscar en uno de los numerosos baúles llenos de ropa—. Pero cuanto más tiempo paso alejada, más me desprecian y más se burlan. Es imposible ganar. Por eso precisamente decidí darme por vencida.

Ida y María se miraron con inquietud. Sissi, sentada en el canapé de seda con Valeria dormida en sus brazos, no se percató de la preocupación de sus damas de compañía, sino que contempló la tranquila expresión de su hija.

—Pero ahora... no sé cuánto tiempo vamos a estar aquí, cariño mío —añadió en voz baja y neutra al tiempo que aferraba con más fuerza a la pequeña.

María, que siempre trataba de aligerar el ambiente en torno a la emperatriz, lo intentó con una réplica alegre.

—Estoy segura de que los cortesanos en palacio que se alegran del regreso de Su Majestad Imperial son más que los que la desprecian.

—Bueno, ¿qué más da de todas formas? —replicó Sissi con un suspiro—. No he vuelto por ellos.

Y con esas palabras se puso en pie y llevó a Valeria a la cuna que había colocado junto a su cama. Después de dejar a su hija segura y tranquila tapada con la manta, atravesó la estancia en dirección al escritorio y cogió el retrato de su hijo, el que mandó pintar cuando el niño empezó a andar. Limpió el polvo del marco y contempló ese rostro de delicadas facciones. Era su hijo en más de un sentido. Los brillantes ojos castaño verdoso, el pelo ondulado y castaño. Pero sobre todo en su carácter sensible, tan evidente en su forma de mirar al retratista. Una expresión franca que delataba lo que Francisco siempre había tildado de «constitución débil».



Lo primero que hizo Sissi después de acomodar a Valeria y de instalarse en sus aposentos fue ir a visitar a su hijo. Antes de salir, ordenó a María y a Ida que no se alejaran en ningún momento de Valeria. La niña no debía salir por ningún motivo de las dependencias de la emperatriz. Y la archiduquesa Sofía no tenía permiso para entrar en ellas.

Sissi llegó a los aposentos del príncipe heredero poco antes de la hora de la cena con la esperanza de que el pequeño príncipe hubiera vuelto y estuviera descansando después de un largo día. Se llevó una sorpresa cuando el guardia uniformado le dijo que Rodolfo seguía fuera con su tutor.

—¿Cuándo regresará? —le preguntó al hombre, cuyo rostro le resultaba desconocido.

—No lo sé, majestad.

Sissi cruzó los brazos por debajo del pecho, frustrada por la escasa información que le estaba proporcionando el guardia.

—Bueno, ¿a qué hora suele regresar?

—El príncipe heredero Rodolfo suele regresar a sus aposentos sobre las ocho de la tarde, majestad.

—¿A las ocho de la tarde? —Sissi frunció el ceño—. ¿A qué hora sale por la mañana?

El hombre titubeó un instante, como si no supiera si podía darle esa información. La expresión seria de Sissi debió de convencerlo de que no responder ocasionaría más problemas, porque contestó:

—El príncipe heredero Rodolfo y el conde Gondrecourt salieron de estos aposentos sobre las cinco de la mañana, majestad.

—¿Quince horas de estudio?

Sissi entrelazó las manos y empezó a caminar de un lado a otro del pequeño recibidor, delante del guardia. ¿Quince horas de estudio en un niño de apenas diez años? Era una locura.

—No es solo estudio, señora. El príncipe hace instrucción militar, marcha y... —De repente el guardia recordó su posición y guardó silencio al tiempo que enderezaba la espalda y adoptaba de nuevo una expresión neutra.

—Lo sé muy bien —dijo Sissi—. Los esperaré en sus aposentos hasta que regresen. —Hizo ademán de avanzar hacia la puerta que la llevaría al dormitorio de Rodolfo, pero el guardia siguió plantado delante de ella. Le bloqueaba el paso y la miraba como si hubiera sugerido entrar a hurtadillas—. ¿Qué sucede? —preguntó, consciente del amago de irritación en su voz.

—Es que... —El hombre cambió el peso del cuerpo de una reluciente bota a la otra, la mirada fija en el suelo de madera—. Nadie puede entrar en

los aposentos del príncipe heredero sin una cita previa, majestad. Son órdenes del conde Gondrecourt.

—Me importan un comino las órdenes del conde Gondrecourt.



Aunque la hora de la cena llegó y pasó, Sissi no tenía apetito. La oscuridad de la noche se coló por las ventanas del dormitorio del príncipe heredero y la emperatriz echó un vistazo a su alrededor mientras el espacio se sumía en la penumbra. No parecía en absoluto el dormitorio de un niño. Ni tambores de juguete, ni trenecitos, ni libros para colorear. Ni un alegre fuego en la chimenea ni una cena caliente esperaban al príncipe después de su largo día. Ni siquiera había soldaditos de juguete. Solo una cama, un escritorio y una silla, y unas cómodas sencillas. Era un lugar espartano y triste.

La puerta se abrió por fin y entraron dos figuras. Una de hombros anchos, cuyos pasos resonaban con fuerza, y otra pequeña y débil; el cuerpo de un enfermo diminuto. La imagen de su hijo estuvo a punto de arrancarle un grito de angustia. Gracias a la carta de Gisela sabía que Rodolfo no gozaba de buena salud, pero la realidad que veían sus ojos era mucho peor que lo que había imaginado. Rodolfo vestía uniforme militar, el mismo atuendo almidonado y rígido que llevaba su padre pero confeccionado con las proporciones de su menudo cuerpo. Tenía diez años pero no aparentaba más de siete. Su pelo, que antaño tenía las mismas ondas castañas de su madre, caía lacio y deslustrado a ambos lados de su macilento rostro. Tenía los ojos hundidos y los párpados entornados. Su ceño fruncido reflejaba agotamiento y ansiedad. Tenía el cuerpo de un niño pequeño y el rostro de un adulto embargado por las preocupaciones.

Al reparar en la presencia femenina y desconocida que lo aguardaba en su dormitorio, el niño retrocedió de un salto a causa del miedo. Una respuesta instintiva condicionada por el entrenamiento diario y la exposición a sustos y sobresaltos.

«Dios mío, el pobrecillo debe de echarse a temblar cada vez que entra en una habitación», pensó Sissi. Nunca sabía qué terrible tormento o espectáculo le había preparado su tutor al otro lado de cualquier puerta.

—Rodolfo. —Sissi pronunció su nombre con toda la suavidad que pudo, no quería asustarlo aún más. Se acercó a él y se puso de rodillas—. Rodolfo.

Lo tomó de las manos y sintió la frialdad de sus dedos y los estremecimientos que lo asaltaban. Le besó una palma. Pero él seguía mirándola con desconfianza. Sus ojos, tan familiares por su forma y su color,

eran idénticos a los suyos salvo por la mirada frenética y atormentada.

—Rodolfo, soy yo, mamá. Ay, Rodolfo, cariño mío.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Sissi, que se echó hacia delante para abrazarlo. Siempre había sido un niño menudo. Había heredado la constitución delicada de su madre. Sin embargo, en ese momento tuvo la impresión de que el más delicado de los abrazos podría quebrarlo, tan delgado y frágil era su cuerpo.

—Mi niño precioso. No pasa nada. Todo irá bien. Estoy aquí.

—Emperatriz Isabel. —El conde Gondrecourt se cernió sobre ellos y apoyó una mano con gesto posesivo en el pequeño hombro de Rodolfo, cubierto por el uniforme.

—Conde Gondrecourt. —Sissi soltó a Rodolfo, se levantó y miró al tutor de su hijo a la cara, redonda y severa. Parecía que esos labios no habían dibujado una sonrisa en la vida. Miró de nuevo a su hijo y, conteniendo un estremecimiento, logró decir con voz dulce—: Cariño, voy a hablar con tu tutor en la habitación contigua. Después regresaré y cenaremos juntos.

El pequeño negó con la cabeza al tiempo que miraba nervioso a su tutor como si le suplicara: «Por favor, no me castigue por las infracciones de esta mujer».

Sissi contuvo el impulso de echarse a llorar. No lloraría. No le provocaría esa incomodidad añadida a Rodolfo... o ese placer añadido al sádico que tenía delante. Se volvió de nuevo hacia el tutor.

—Gondrecourt, me gustaría hablar con usted fuera.

Pero el hombre no hizo ademán de seguirla. Permaneció inmóvil como un roble.

—Me encargaré de que el príncipe heredero cene, se lave y rece. Una vez haya finalizado mis obligaciones diarias, hablaré con usted, si así lo desea el emperador. —Y después, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, añadió—: Emperatriz Isabel.

Sissi sintió que todo su cuerpo se ponía rígido.

—No, Gondrecourt. Va a salir al pasillo conmigo y vamos a hablar ahora mismo.

La firme autoridad de su voz la asombró incluso a ella, y el tutor claudicó, no sin mirar con el ceño fruncido al niño mientras seguía a la madre hasta el pasillo.

Una vez en la antesala, Sissi trató de hablar en voz baja. No quería incomodar a Rodolfo. Además, creía que la antipatía que sentía por el tutor quedaría más patente si hablaba con voz clara y firme que si se liaba a gritar y

despotricar.

—Conde Gondrecourt, está despedido. Sus servicios ya no son requeridos.

El rostro del militar se mantuvo impassible, su expresión era una máscara inescrutable. Sissi siguió:

—Se marchará ahora mismo. Si necesita ayuda para encontrar alojamiento, un asistente del palacio le buscará uno fuera de los muros del palacio de Hofburg. Ni se le ocurra acercarse al dormitorio del príncipe heredero. A partir de ahora ya no tendrá contacto con él. ¿Entendido?

Gondrecourt cruzó los brazos por delante del pecho, pero su rostro no reflejó emoción alguna. Cuando habló, lo hizo con el tono impaciente de quien se dirige a un niño medio tonto.

—Emperatriz Isabel, estoy al servicio de Su Majestad Imperial Francisco José.

—Ya no —lo corrigió Sissi meneando la cabeza e intentando mantener la serenidad—. Está despedido.

Entonces él sonrió. No era el tipo de sonrisa que Sissi habría esperado ver en el rostro del hombre que trabajaba con su hijo, sino una sonrisa aburrida, una forma condescendiente de decirle que sus palabras carecían de valor para él.

Sissi apretó los puños con fuerza, pero después relajó las manos y se obligó a hablar con voz serena.

—¿Tiene alguna pregunta? ¿O debo llamar a la guardia para que lo eche?

Los ojos del conde regresaron a la puerta del dormitorio, como si estuviera listo para retomar las sádicas obligaciones que lo esperaban al otro lado. Al cabo de un momento, preguntó con voz desafiante:

—Si me marchó, ¿quién va a supervisar los estudios y la disciplina del príncipe heredero?

Sissi no había pensado en ese asunto, pero su respuesta fue inmediata:

—Yo lo haré.



Cuando regresó al dormitorio de su hijo, el niño había desaparecido.

—Rodolfo, cariño, ¿dónde estás?

Prendió varias velas y llamó a una criada para que encendiera el fuego en la chimenea de porcelana. Ordenó que les llevaran dos cuencos de sopa y un tazón de chocolate, y que prepararan un baño caliente —enfaticando «caliente»— para su hijo.

Entonces descubrió a Rodolfo escondido detrás de un enorme armario en

un rincón del dormitorio. Ver su cuerpo hecho un ovillo y la expresión de pánico que apareció en su rostro cuando lo encontró, como un animal maltratado, bastó para que el corazón de Sissi se partiera de nuevo, pero se contuvo para no demostrarlo. Ya habría tiempo para llorar. Ese no era el momento. No delante de su hijo, que necesitaba su fuerza más que sus lágrimas. Además, ¿acaso no entendía ella su afán por esconderse? ¿Cuántas veces se había visto asaltada por ese mismo deseo? ¿Por el deseo de huir de las habitaciones de ese palacio?

—Ven, cariño. —Le tendió una mano, pero el niño no la cogió—. Ven. Estás a salvo, te lo prometo. Ese hombre... tan espantoso se ha ido.

Al oírla, Rodolfo se puso en pie lentamente y la siguió, pasito a pasito desde el rincón, pero aún sin aceptar la mano que ella le tendía. Sus ojos recorrían la estancia iluminada por la luz de las velas como para comprobar que lo que ella había dicho era verdad.

—Es muy tarde. ¿Tienes hambre?

El niño no contestó, pero por cómo miró a los criados que entraron con las bandejas de la cena que Sissi había ordenado estaba claro que tenía apetito.

—¿Quieres cenar conmigo, cariño? —Se sentaron a una mesita de madera y Sissi se llevó una cucharada de sopa a la boca para probarla.

—Espera —dijo Rodolfo al tiempo que levantaba una mano enguantada.

—¿Qué? —preguntó Sissi, que detuvo la cuchara antes de llevársela a los labios.

—El conde Gondrecourt dice que siempre debo rezar antes de empezar a comer.

—Ah, sí, por supuesto —dijo Sissi. Pronunció una plegaria con rapidez mientras se preguntaba cómo era posible que ese hombre se atreviera siquiera a hablarle a Dios cuando trataba de esa manera al niño que tenía delante—. Y ahora, cariño, come.

El niño procedió a comerse la sopa de forma educada y comedida, pero sus exquitos modales en la mesa no podían disimular el hambre que lo atenazaba.

—¿Cuándo comiste por última vez? —quiso saber Sissi, que lo observaba desde el otro lado de la mesita.

Rodolfo la miró y después miró alrededor, como si estuviera seguro de que el conde Gondrecourt estaba escondido y fuera a reñirle por hablar con esa mujer desconocida que había aparecido de repente para desestabilizar la importantísima rutina imperial.

—Cariño —dijo Sissi al tiempo que empujaba su cuenco de sopa hacia el

niño—, te has acabado la sopa. Cómete la mía.

Él la miró y enarcó las cejas, mudo por la sorpresa.

Una vez que dio buena cuenta del segundo cuenco de sopa y del tazón de chocolate, Sissi lo intentó de nuevo.

—Rodolfo, cariño mío, el hombre malo se ha ido.

El niño la evaluó con la mirada, no sabía si podía confiar en ella. ¿Cuántas jugarretas le había hecho Gondrecourt con la intención de impartirle alguna enseñanza moral? Seguramente Rodolfo pensaba que aquella era otra de esas pruebas. ¡Que Gondrecourt regresara sería la más cruel de todas!

—Rodolfo, puedes confiar en mí. Soy tu madre. —Sissi tragó saliva mientras buscaba algo entre los pliegues de su falda—. ¿Ves? Este eres tú. Cuando eras pequeñito. Siempre lo llevo conmigo. —Acercó el retrato en miniatura para que el niño lo viera. Rodolfo lo miró, pero no aceptó su invitación de cogerlo. Sissi se lo guardó de nuevo en el bolsillo—. ¿Ves este? —Sacó otra miniatura—. También llevo este.

—Gisela —dijo Rodolfo, y en sus labios asomó una leve sonrisa al pronunciar el nombre de su hermana.

—Rodolfo, he estado fuera un tiempo. Pero ya he vuelto. Y te prometo que jamás volverás a ver a ese hombre. ¿Sabes lo que es una promesa?

El niño no contestó.

—Una promesa —procedió a explicarle ella— es cuando alguien dice que hará algo, y tú sabes que lo hará. Porque puedes confiar en esa persona.

El rostro de Andrásy apareció en su mente, pero se obligó a no pensar en él, a no pensar en el anhelo que sentía por ese hombre. A no recordar que le había dicho esas mismas palabras cuando más dolida se sentía. «Quiero demostrarte que puedes confiar de nuevo, Sissi.» Unió las manos sobre la mesa y miró a su hijo a los ojos.

—Rodolfo, te prometo que ya no tendrás que ver a ese hombre.

Después de cenar lo convenció de que se quitara el uniforme militar y, al percatarse de su timidez, desvió la mirada.

—Cariño, el agua está caliente. Te lo prometo.

Su hijo se acercó a la bañera con desconfianza, estaba claro que no la creía. Tras introducir una mano en el agua y comprobar que, efectivamente, el agua estaba caliente, la miró con sorpresa.

Rodolfo se sentó en la bañera unos instantes, sin moverse, y Sissi recordó, mientras el corazón le daba un vuelco en el pecho, que los días de baño en Possenhofen siempre eran alegres y revoltosos. Recordó que Nené y ella jugaban, cantaban y convertían el acontecimiento semanal en un caos. Qué

distinta esa despreocupación del niño que ahora estaba sentado en la bañera como un bloque de hielo que necesitaba derretirse.

Una vez que Rodolfo se puso el camisón, Sissi lo metió en la cama y se acurrucó a su lado, rodeándolo con los brazos y aspirando el olor a jabón de su pelo ondulado y recién lavado.

—¿Ves por las noches a papá o a la abuela? —le preguntó.

—Las noches que tengo lección no —contestó él.

La respuesta surgió de sus labios con tal suavidad que la pilló por sorpresa. ¡Por fin le había hablado!

—¿Cuándo los ves?

—Por la mañana, majestad.

—Por favor, cariño, por favor, llámame «mamá».

Rodolfo la miró extrañado, como si no estuviera seguro de haberla oído bien. Ella asintió con la cabeza para animarlo, pero no logró convencerlo del todo.

—¿Decías que los ves por la mañana?

—Sí, majest... —Rodolfo se interrumpió para corregirse. Estaba más que acostumbrado a seguir las órdenes de los adultos—. Durante una hora. Cuando soy bueno.

Sissi se mordió el labio inferior mientras meditaba al respecto. No debería sorprenderle. Luego habló de nuevo, cambiando de estrategia para ganarse la confianza del niño.

—¿Te gustaría que te hablara de la granja donde vivo en Hungría?

Rodolfo no contestó.

—Tengo caballos —siguió ella—. Y gallinas. Y perros. Perros grandes.

—La abuela tiene perros, pero los suyos son pequeños.

«Las ratas esas a las que les ha enseñado a gruñirme», pensó Sissi.

—Dice que no le gustan los perros grandes —añadió Rodolfo.

—Exacto —convino Sissi, que se calló lo que pensaba en realidad: «Exactamente por eso los tengo yo»—. ¿Y sabes otra cosa, Rodolfo? —siguió en tono alegre—. Tienes una hermana que se llama Valeria.

—Tengo una hermana que se llama Gisela.

Sissi dio un respingo y guardó silencio un instante.

—Eso es verdad, Gisela es tu hermana mayor. Pero también tienes una hermana pequeña que se llama Valeria. A lo mejor no la recuerdas bien; es muy pequeñita, y nació en Hungría, pero ahora la verás a menudo. Tiene unos ojos enormes y azules. Y ya le ha salido el primer diente. ¿Te gustaría ir algún día a la granja de mamá con Valeria?

Rodolfo reflexionó un momento y luego preguntó a su vez:

—¿Los perros son buenos?

Sissi frunció el ceño. La llenaba de pena ver el miedo que había en lo que en cualquier otro niño habría sido una pregunta inocente.

—Porque el conde Gondrecourt me dijo que iba a llevarme a ver unos perros que parecían lobos. Unos perros que persiguen a los niños en el bosque y que si el niño no es lo bastante valiente y fuerte...

—No, Rodolfo, estos perros no parecen lobos. Si te dan miedo, los encerraremos. Pero te prometo que son... muy buenos. Lo único que querrán será darte besos y lamerte.

Le tocó la punta de la nariz con un dedo y él sonrió. El leve asomo de una sonrisa. Un gesto fugaz que Sissi habría pasado por alto de haber parpadeado y que se le antojó la estampa más bonita que había visto en la vida. Salvo, quizá, por las sonrisas inocentes de Valeria.

—Bien —dijo tratando de no reaccionar con demasiada emoción por temor a sobresaltar al asustadizo niño—. Bien, entonces algún día iremos a Hungría. Pero antes tengo que hablar con tu padre.



El emperador había salido esa noche, ya que tenía previsto asistir al teatro con una delegación de ministros franceses. Y a Francisco José jamás se le ocurriría cancelarlo.

Sissi se dirigió a sus aposentos a la mañana siguiente a primera hora, bañada, vestida y con el mejor aspecto que pudo dadas las circunstancias. No había pegado ojo esa noche, ni siquiera había mirado la bandeja del desayuno y sabía que sería incapaz de probar bocado hasta tener la certeza de que Francisco quería salvar a Rodolfo.

Estaba al tanto del programa de actividades del emperador, y sabía que era la última persona que habría cambiado su rutina durante su ausencia. Al fin y al cabo, se regía por el lema: «Yo no cambio». Primero se lavaría y rezaría sus oraciones; luego llenaría la mañana sentado solo a su escritorio con los informes ministeriales, las cartas y el interminable papeleo. Sissi sabía que el emperador no permitía visitas durante esas horas y que nadie, salvo tal vez su madre, se atrevía a acercarse a su gabinete sin invitación o sin haber concertado una cita.

—Debo hablar con el emperador —anunció Sissi, que se plantó delante del impassible guardia, cuyo semblante era tan rígido como el almidonado uniforme militar que llevaba—. Sé que está ahí. Dile que su esposa desea

hablar con él.

El guardia titubeó un instante, inseguro de si debía obedecer la orden o no, pero al final dio media vuelta y fue a transmitir el mensaje. Al cabo de unos minutos la pesada puerta chirrió al abrirse y Sissi entró en el gabinete de su marido acompañada por un pequeño ejército de criados ataviados con la librea negra y dorada de los Habsburgo. Cuando se anunció su presencia, el emperador Francisco José se puso en pie tras su escritorio y asintió mientras su mujer hacía una genuflexión.

—Majestad —dijo Francisco con cautela para que su voz no revelara la profunda emoción de verla después de tanto tiempo.

—Majestad —dijo Sissi a su vez con la vista clavada en el bajo de su vestido.

—Bienvenida a Viena de nuevo —siguió él—. Es un placer verte. Por favor, por favor..., levántate. —Sissi se incorporó. Francisco hizo un leve gesto con la cabeza para despachar a sus asistentes y solo quedaron ellos dos en la estancia. Marido y mujer, a solas. Alzó una mano enguantada y preguntó —: ¿Te apetece beber algo? ¿Ordeno que traigan café? ¿Dulces? Estás delgada.

—No, gracias. —Sissi observó el escritorio, plagado de documentos, y después miró el canapé y las sillas, tapizadas en damasco rojo, a juego con las cortinas y la alfombra. Se llamaba «rojo Habsburgo» a causa de la preferencia de su marido (o, para ser más exactos, de su suegra) por ese color a la hora de decorar. Señaló el canapé con una mano—. ¿Nos sentamos?

No estaba dispuesta a sentarse frente al escritorio, como si fuera un ministro o un burócrata con una petición. Era su esposa. La madre de Rodolfo. Y estaba allí para discutir un tema tan importante como la supervivencia de su hijo.

—Sí, sí, claro —respondió él, que alzó una mano para invitarla a que tomara asiento.

Se sentaron en el borde del canapé, a unos centímetros de distancia y con el cuerpo ladeado hacia el otro. Sissi observó la cara de su esposo, al que hacía tanto que no veía. El tiempo que habían pasado separados se reflejaba en su físico. Le había clareado el pelo en la parte superior de la cabeza, con lo que parecía que la frente se le hubiera ensanchado. Lucía una barba muy poblada que se unía a las patillas en un revoltijo rubio cobrizo y de canas plateadas..., tenía más canas que la última vez que lo había visto. Sus ojos azules seguían siendo los mismos, igual de claros, luminosos y penetrantes, pero estaban rodeados por arruguitas. Parecía luchar contra la fatiga, aunque

jamás admitiría semejante debilidad humana.

—Tienes muy buen aspecto, Isabel.

—Gracias, Francisco. —¿Acababa de leerle el pensamiento acerca de su envejecimiento?—. Tú también.

—No hace falta que mientas —replicó él con una media sonrisa. Se colocó las manos en las rodillas y miró al frente—. Me alegro de verte. Me alegro mucho de verte.

—Yo también.

—¿Qué acabo de decir sobre las mentiras?

Sissi se echó a reír en contra de su voluntad. Alzó la vista y vio que su retrato, la obra de Winterhalter que ella le había regalado, seguía colgado sobre su escritorio. A su lado había otro retrato también de Winterhalter, tan íntimo como el anterior pero con Sissi luciendo una sonrisa seductora en vez de clavar la vista en la lejanía. Otros retratos pequeños de ella decoraban el escritorio, junto con miniaturas de cada uno de sus hijos. Así que Andrásy había dicho la verdad: su marido contemplaba su imagen todos los días. Sissi se movió y separó las manos que mantenía unidas en su regazo.

—¿Cómo van las cosas en Hungría? —preguntó Francisco.

—Bien.

—¿Gödöllő sigue complaciéndote? ¿La casa necesita algo?

—No.

—¿Me dirás si necesitas algo para que tu estancia en ella te resulte más cómoda?

—Francisco, sé que una separación tan larga como la nuestra exige una conversación educada sobre temas sin importancia. —Ladeó el cuerpo para mirarlo de frente al tiempo que agitaba una mano—. Pero hay un asunto muy importante del que debo hablar contigo.

Francisco la miró a los ojos. Él no había cambiado, pero en ese momento comprobó que ella tampoco lo había hecho.

—Me han dicho que has tratado de despedir a Gondrecourt —dijo con voz serena.

—No he tratado de despedirlo —replicó ella, y sintió un nudo gélido en la boca del estómago a causa del pánico. ¿Estaba ese hombre horrible de vuelta en el palacio, atormentando a Rodolfo en ese mismo instante? ¿Convirtiéndola en una mentirosa cruel después de haberle prometido que Gondrecourt se había marchado para siempre?—. Ese hombre debe irse.

El emperador se removió en el asiento y suspiró mientras se alisaba una inexistente arruga en la almidonada pernera del pantalón. De manera que

seguía llevando todos los días el uniforme militar: chaqueta de color crema y pantalones rojos, el atuendo que ya lucía cuando era un joven oficial de la caballería austríaca. El atuendo diario que le había granjeado el apodo de «Pantalones Rojos» en algunas partes del imperio.

—Isabel, has estado mucho tiempo fuera.

—Lo sé. Pero he vuelto porque me han informado de lo que ese hombre tan espantoso le estaba haciendo a nuestro hijo.

—No parece muy apropiado que aparezcas de repente y perturbes el curso de...

—Es peor de lo que imaginaba. Después de ver a Rodolfo, estoy convencida de que es crucial para su salud mental, física y emocional, para su bienestar, que pongamos fin a esta locura.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te ha enviado esos informes tan exagerados y dramáticos?

—No importa quién me lo haya dicho. —Y no importaba. Además, jamás traicionaría la confianza de Gisela. Sería un secreto compartido con su hija, el primer secreto que compartían—. Lo que importa es que la situación es tan desesperada que las noticias me han llegado hasta Budapest.

—Isabel, has estado lejos. Pero debes tratar de comprender que las cosas se hacen de una manera determinada, y que no puedes llegar y pretender...

—Las cosas se hacen de una manera determinada. ¿Obligando a un niño pequeño a someterse a curas de agua y a sufrir un miedo perpetuo? ¿A tácticas de choque sacadas directamente del campo de batalla? Es incomprensible.

—Es entrenamiento militar. Yo pasé por lo mismo. Mi madre me vestía con el uniforme cuando tenía cuatro años.

—Pues se equivocaba. Eso no significa que debamos someter a Rodolfo a la misma tortura. Todavía es un niño. ¡Está aterrorizado! Está enfermo a causa del miedo.

La voz de Sissi se caldeaba, pero Francisco mantenía la suya serena, bajo control, como si ella fuera una niña desobediente que necesitara entrar en razón.

—Es un niño de constitución débil —dijo rascándose las patillas y clavando la vista en el otro extremo del gabinete, evitando mirar a Sissi—. Se espera que algún día asuma su legítimo papel como gobernante del Imperio austrohúngaro. Un cargo que requiere fuerza, tanto mental como física, para continuar con la dinastía. Para liderar a nuestro ejército en la batalla. La única forma de fortalecer a Rodolfo es...

—¿De fortalecerlo? Pero ¿tú lo has visto? ¡Nuestro hijo está enfermo! Sufre malnutrición. Tiembla como si padeciera epilepsia. Se despierta por las noches aterrorizado.

Francisco suspiró.

—En ese caso tendremos que redoblar los esfuerzos para fortalecer su constitución. Gondrecourt sabe lo que está haciendo. Él se encargará de que el príncipe heredero...

—Gondrecourt es un sádico y un imbécil, y no voy a permitir que vuelva a acercarse a mi hijo.

—Isabel. —Francisco hizo una pausa, estaba cansado de sus interrupciones, de sus apasionados argumentos, tan opuestos a sus comedidas afirmaciones—. Es un niño demasiado sensible. No tiene madera de emperador. Debemos reconducirlo mediante la práctica y la disciplina para convertirlo en lo que por naturaleza no es. Rodolfo no es como... Se parece demasiado a...

—¿A su madre? —dijo Sissi con amargura—. ¿No es como su estoico padre? Ah, cuánto le gusta repetir eso a tu madre, ¿verdad?

Francisco no respondió, pero su silencio fue más elocuente que cualquier afirmación.

Sissi exhaló, exasperada.

—Francisco, he visto a nuestro hijo. He hablado con él.

—Visito al príncipe heredero con regularidad. Si la situación fuera tan dramática como tú afirmas, lo sabría. Rodolfo me habría hecho llegar sus quejas. O a su abuela. Está muy unido a la archiduquesa.

Sissi apretó los dientes con fuerza pero se obligó a no desviarse.

—El niño está aterrorizado. Es casi mudo. Hazme caso, vuestros esfuerzos por fortalecerlo con este régimen de brutalidad han tenido el efecto contrario. Se ha convertido en...

Sus palabras se vieron interrumpidas por la aparición de una figura en la puerta. Tuvo que tragarse el resto de la frase y su cuerpo se puso rígido por la necesidad instintiva de protegerse con esa especie de armadura. Ambos miraron hacia la puerta.

La archiduquesa Sofía se detuvo y su mirada se cruzó con la de su nuera. Ninguna de las dos se movió, y Sissi pensó en ese momento: «Es verdaderamente asombroso lo mucho que pueden decirse dos mujeres sin mediar palabra».

—Isabel.

—Sofía.

—Francisco —dijo la archiduquesa, que clavó sus acerados y claros ojos en su hijo.

Sissi vio que el cuerpo de su marido se tensaba mientras se ponía de pie.

—Hola, madre.

Francisco odiaba la sensación de encontrarse atrapado entre esas dos mujeres. Era algo que había sucedido cientos de veces, y seguía sin saber cómo manejar la situación. Él, el hombre que gobernaba un imperio fragmentado, había sido incapaz de llevar la paz a su propio hogar.

«Salvo cuando yo me encuentro a cientos de kilómetros», pensó Sissi.

—Me alegro de verte, Isabel. Tu presencia alegra mucho a tu vieja tía Sofía. —La archiduquesa entró en el gabinete, y Sissiladeó la cabeza para observar a su suegra con un gesto que decía que no la creía. Sofía ignoró la mirada de Sissi y añadió—: Me reconforta ver que por fin has comprendido que tu lugar como esposa y madre, y como emperatriz, está aquí. No en esa granja húngara de caballos.

Sissi apartó la mirada y no replicó. Francisco, que seguía de pie, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—¿Cómo está la niña? ¿Valeria? —preguntó Sofía, que pronunció el nombre de forma exagerada. Era la única de sus nietos cuyo nombre no había elegido ella.

Sissi sintió que se le aceleraba el corazón, abrumada por el instinto de salir corriendo o de luchar. No le gustaba oír a su suegra pronunciar el nombre de su hija.

—Muy sana —respondió Sissi, y se obligó a encontrarse con la mirada de la archiduquesa sin titubear.

—Dios es bueno —dijo Sofía al tiempo que entrelazaba los dedos por delante de las abultadas faldas de su vestido—. Rezo por ella... y por ti... y por todos mis seres queridos. Todos los días.

—De hecho —repuso Sissi con voz serena—, he regresado a causa de mi hijo. La salud de Rodolfo es preocupante. He venido a rescatar a mi hijo de las garras de ese bárbaro que habéis instalado en palacio.

Sofía se dirigió directamente a su hijo:

—Supongo que has intentado explicarle qué es lo mejor para Rodolfo...

Francisco José asintió en silencio y miró a su madre y a su esposa con expresión sombría.

—Sigo sin ver los méritos de vuestra forma de hacer las cosas —comentó Sissi.

Sofía estaba a punto de replicar, pero la interrumpió un ataque de tos.

Francisco gritó que trajeran un vaso de agua que ella se negó a beber mientras meneaba la cabeza.

—Estoy bien, estoy bien. —Carraspeó y se le llenaron los ojos de lágrimas; inhaló despacio y de forma entrecortada, su pecho lleno de manchas subía y bajaba con cada respiración. Colocó una mano en el escritorio de su hijo, pero la retiró al punto, como si tratara de ocultar que necesitaba apoyarse.

—Madre. —Francisco atravesó la estancia para acercarse a ella y le puso una mano en un brazo—. Por favor, al menos siéntate.

—Francisco, no te preocupes por mí. Bastantes preocupaciones tienes encima, querido hijo.

Sofía se esforzó por que pareciera que se había recuperado, pero Sissi se percató de que le costaba respirar. En ese momento cayó en la cuenta de lo mucho que la archiduquesa había envejecido. Esa mujer, que antaño era tan robusta y oronda a causa de los dulces, los grasos estofados y los succulentos filetes de ternera, que caminaba por los salones de los Habsburgo dando órdenes y marchando por delante de la guardia imperial, ahora tenía dificultades para mantenerse en pie. Esa mujer que tenía delante, tosiendo y resollando, había cambiado muchísimo.

Se permitió olvidar la antigua fuerza de su suegra y la miró con renovados ojos para comprobar que, efectivamente, el cuerpo de Sofía había menguado y parecía débil. Tenía mal color. La suegra de Sissi, su tía, se había convertido en una anciana. El cambio pilló a la emperatriz totalmente desprevenida. Era como si el tiempo hubiera concedido a la formidable mujer una tregua durante muchos años y después, de repente, se la hubiera cobrado con creces.

Sissi miró de nuevo su retrato, el que adornaba la pared situada detrás del escritorio de su marido, y en ese momento se percató de algo que jamás había creído posible: era más fuerte que Sofía. Sí, la razón era la diferencia de edad, energía y fuerza física que existía entre ambas, pero independientemente del motivo, ella, Sissi, contaba con una ventaja: viviría más que esa mujer. Lo sabía. Y Sofía lo sabía. Y su marido también tenía que saberlo.

Francisco se disponía a romper el silencio, pero Sissi lo interrumpió alzando una mano.

—Francisco, querido, he regresado. He venido por mi hijo. Y he venido para quedarme. Seré su madre y seré tu esposa. —Habló con firmeza y autoridad, y se percató del repentino interés que aparecía en el rostro de su marido cuando volvió la cabeza para mirarla, abandonando así la preocupación por su madre. Antes de que Sofía pudiera intervenir, Sissi

añadió—: Pero no me quedaré si a ese hombre se le permite continuar aquí. No permitiré que eso suceda mientras yo esté aquí. Así que tienes dos opciones: o se va Gondrecourt o me voy yo.

Y de esa manera quedó claro para los presentes que lo que Sissi había dicho en realidad era: «O se hacen las cosas como las quiere tu madre o se hacen como las quiero yo».



Las hojas de los árboles de Viena pasaron del verde a un impresionante despliegue de colores (rojos intensos, amarillo mostaza, cálidos dorados y ocre suaves) antes de desprenderse de las ramas y alfombrar las avenidas imperiales. Ese otoño y ese invierno, a medida que los días se acortaban y se enfriaban, Sissi estableció una rutina regular, si bien no alegre, en la capital. Como siempre, descubrió que los días pasaban más deprisa cuando se mantenía ocupada, de manera que llenaba las horas con los problemas y las tareas domésticas y con sus hijos.

Su primer propósito fue seguir los pasos del conde Gondrecourt tras su despido. Aunque llegaron a sus oídos habladurías de lo que iba diciendo el agraviado militar («Lo único que he hecho es seguir las órdenes exactas del emperador y de su madre. Pero, claro, la emperatriz nunca ha entendido cuál es su lugar...»), Sissi no hizo el menor caso de la polémica que Gondrecourt trataba de fomentar y ni siquiera se dio por enterada de sus calumnias.

Sissi sustituyó a Gondrecourt por el coronel Joseph Latour, un hombre de voz suave, sonrisa afable e ideas liberales acerca de la educación de los niños. Latour, al igual que Gondrecourt, era un militar de carrera, pero Sissi le ordenó claramente que no se comportase como tal con su hijo.

—Debe usted encontrar a los mejores tutores, Latour, sin importar su linaje o su posición social en la corte —dijo Sissi cuando el coronel la visitó en su gabinete para hablar de la nueva agenda del príncipe heredero.

—Pero, emperatriz... —Latour dudaba—. Le recuerdo humildemente que las reglas de los Habsburgo para la contratación de personal, vigentes desde hace siglos, estipulan que solo a los oficiales militares, a los miembros de la aristocracia y a los clérigos les está permitido relacionarse y tutelar la educación de un príncipe heredero.

—Tendrá que pasar por alto esas reglas arcaicas —replicó Sissi agitando la mano con gesto decidido. En respuesta a la evidente incredulidad, ¿o era malestar?, del hombre, añadió—: Estas son sus nuevas reglas. Yo me encargaré de lidiar con cualquier oposición que se le presente. Lo único que

me interesa es el carácter y la formación académica de los tutores del príncipe heredero. De hecho —susurró—, los miembros de la burguesía y del pueblo llano serán perfectamente aceptables, si no preferibles, porque espero que mi hijo disfrute de una educación liberal. Así me educaron a mí y ese es el sistema que he defendido desde que mi hijo nació.

Bajo la atenta mirada de su madre, de su amable tutor, y del nuevo médico de la corte, un caballero de carácter afable llamado Widerhofer, Rodolfo se adentró despacio y con cautela en un nuevo estilo de vida. Empezó a comer de nuevo y ganó peso. Ya no se echaba a temblar cada vez que entraba en una estancia, como si temiera algún terrible sobresalto. Oír la risa del niño se convirtió en algo habitual. Nadie debía pronunciar el nombre de Gondrecourt en su presencia, y al cabo de poco tiempo las únicas consecuencias que persistían de su antiguo entrenamiento eran las pesadillas ocasionales y la dificultad para conciliar el sueño. De vez en cuando, Sissi lo sorprendía con la mirada perdida y el rostro demudado por la angustia, como si rememorara algún tormento pasado o temiera algún futuro acontecimiento. Cuando eso sucedía, Sissi sentía que se le partía de nuevo el corazón y recordaba que había abandonado la paz y la libertad de Gödöllő para estar al lado de su hijo.

Cuando no seguía los progresos de Rodolfo o no estaba considerando las lecciones propuestas por el coronel Latour, Sissi dedicaba el tiempo a Valeria, hacía lo posible para que la transición de Gödöllő al palacio de Hofburg fuera suave para la niña. La protegía con la ferocidad de una loba y no permitía que saliera de sus aposentos a menos que ella misma la acompañara. Aunque Sofía las había invitado a ambas a tomar el té en sus dependencias o a pasear por los jardines imperiales, Sissi ni aceptó ni devolvió la invitación a su suegra.

Valeria era una niña sana con los típicos problemas de cualquier bebé: dolores a causa de la dentición, algún que otro malestar estomacal, febrículas puntuales o caídas cuando empezó a dar sus primeros pasos con sus inestables piernas. Cada vez que sucedía algún incidente, por pequeño que fuera según la niñera Throckmorton, Sissi sucumbía al terror, tal era su preocupación por el bienestar de su hija.

La única de los hijos que no parecía necesitar, ni querer, la presencia de Sissi era Gisela. Al fin y al cabo había llegado a la adolescencia sin que su madre desempeñara un papel significativo en su vida. La idea de seguir sin ella y continuar sus ajetreados días en relativa autonomía, supervisada siempre por su solícita abuela, parecía complacerla. En los limitados encuentros que había tenido con su hija durante las cenas familiares o las

reuniones oficiales, Sissi había visto que Gisela parecía muy cómoda con el papel que desempeñaba en la corte. Físicamente no se parecía en absoluto a ella; lucía ya una figura voluptuosa antes de haber alcanzado la madurez. Tampoco había sacado su carácter, más bien había heredado (o adoptado) la formalidad distante de su padre, pues la juventud de Sissi estuvo marcada por la despreocupación y la sensibilidad. Gisela se hallaba en plena adolescencia, solo era un par de años más joven que ella cuando conoció a Francisco José. Gisela se casaría pronto y se marcharía de la corte, comprendió Sissi. Al percibir la distancia emocional que la separaba de su hija y ser testigo de la cercanía que compartía con su abuela, sentía una punzada de amargura, de manera que renunció de forma voluntaria al afecto de su hija mayor y volcó en la pequeña Valeria el amor que podría haber ofrecido a Gisela.

A finales de año, Sissi celebró su trigésimo primer cumpleaños con una sencilla cena familiar en sus aposentos y pensó con cierto abatimiento en lo que restaba del invierno en Viena. Mientras que los demás en la corte aguardaban con impaciencia el *Fasching*, el bullicioso período que precedía a la Cuaresma, marcado por los bailes de disfraces y las largas veladas festivas, Sissi añoraba Budapest y su libertad. Añoraba a Andrásy, quien ahora solo se le acercaba a través de sus cartas, enviadas a Ida para evitar censuras e indiscreciones. Siempre que empezaba a pensar que Rodolfo tal vez ya estaba lo bastante fuerte para poder permitirse una corta estancia en Budapest con Valeria y sus damas de compañía, el tutor del príncipe heredero le enviaba noticias preocupantes acerca de su pupilo; noticias de alguna recaída (un ataque de ansiedad, una pesadilla que lo había despertado por la noche o una negativa a comer), y Sissi se recordaba que su presencia era necesaria en Viena.

De manera que lo que hizo fue crearse su propio santuario en lo que le parecía un entorno hostil. Se encerraba en sus aposentos privados y evitaba a su suegra salvo en los acontecimientos oficiales. Alegaba jaqueca o un resfriado para no asistir a la mayoría de las cenas de Estado, bailes y ceremonias. Veía a su marido en las visitas programadas a su gabinete y una vez a la semana cenaban juntos en los aposentos de Sissi, pero, por lo demás, solo Ida Ferenczy y María Festetics contaban con su confianza. Sissi invitó a un aristócrata húngaro, un hombre discreto y con gafas, el barón Ferenc Nopcsa, para que la ayudara con las tareas administrativas que siempre se acumulaban en Viena. El húngaro, no el alemán, era el idioma que se hablaba en sus aposentos en todo momento. Y así, con Valeria en su regazo y Shadow y Brave a sus pies, Sissi construyó un refugio todo lo acogedor que le fue

posible dentro del palacio de Hofburg.

Francisco José, acostumbrado como estaba a las largas ausencias de su esposa, parecía contento de poder disfrutar de unas cuantas horas con ella durante la semana. Cada vez que lo acompañaba en algún acto oficial, se le veía encantado. Sabía que ella jamás regresaría a su cama, y que nunca lo invitaría a la suya, habían llegado a ese acuerdo años antes. Lo único que él deseaba era poner fin a los rumores y alguna visita ocasional. Ambos deseos se vieron satisfechos con el regreso de Sissi, de manera que parecía conforme.

Pero no todo el mundo compartía la felicidad del emperador por el retorno de la emperatriz. Sin duda el Francisco José sabía que al general responsable del gabinete administrativo, un oficial austríaco de tendencias conservadoras, el conde Bellegarde, no le gustaba la emperatriz. En palacio todo el mundo sabía que el general la criticaba, que insultaba a la «bávara» por sus políticas liberales, por su intromisión en la educación de Rodolfo y por su flagrante preferencia de todo lo húngaro sobre lo austríaco. Despotricaba contra su «humillante sumisión al compromiso de Andrásy». Resaltaba la ausencia de la emperatriz en los actos oficiales, y se lamentaba por «la pesada cruz que el emperador debía soportar».

Sofía estaba mayor, ya no gozaba de una salud de hierro, y Bellegarde parecía la mar de contento de coger el testigo de la archiduquesa. El general calumniaba a Sissi tan abiertamente que hasta ella, alejada por completo de las habladurías de la corte, se enteraba de sus críticas. Leía en los periódicos que la llamaban «la invitada en el palacio de Hofburg»; que se hacían apuestas sobre la fecha en que abandonaría nuevamente a su familia y huiría de sus obligaciones. Le llegaban las burlas de los cortesanos, que se referían a sus aposentos como «el rústico pabellón de caza húngaro». Hasta el diplomático barón Nopcsa, cuya serena e inofensiva apariencia invitaba a la gente a relajarse en su presencia, debía reconocer ante la emperatriz que tenía un buen número de detractores en la corte.



En Egipto rara vez sucedía algo de interés. El mundo civilizado seguía los avances que se producían en Viena, donde el maestro Strauss, el compositor de la corte y el inigualable «rey de los valeses», trabajaba con ahínco en una nueva obra maestra para sus mecenas imperiales. O en París, donde los nuevos diseños de los miriñaques y los ajustados corsés habían suscitado oleadas de emoción y de desvanecimientos entre las féminas en todo el continente. O en Londres, donde la reina Victoria tenía a cientos de

trabajadores excavando túneles debajo de las calles de la ciudad para crear una red de ferrocarril subterránea. Pero ¿Egipto? La gloria del reino del Nilo pertenecía a la Antigüedad y a los libros de Rodolfo.

Sin embargo, la inauguración del Canal de Suez prometía ser una fiesta digna de la élite mundial, una obra colosal frente a la cual la Ringstrasse vienesa y el ferrocarril subterráneo de la reina Victoria parecían trabajos poco ambiciosos. El proyecto, liderado por Francia, había consistido en excavar en Egipto un canal que unía el mar Mediterráneo con el mar Rojo, un logro que prometía una lucrativa era de comercio entre Oriente y Occidente. Se había tardado diez años en llevarlo a cabo, había costado cien millones de dólares y se había llevado la vida de miles de trabajadores. Semejante proyecto, como era natural, necesitaba una fiesta tan opulenta y espléndida como costosa y destructiva había sido la construcción en sí. Y nadie pensaba perderse una fiesta organizada por Napoleón III y su esposa, la emperatriz Eugenia.

Se esperaba que Francisco José y Sissi se unieran al grupo de monarcas que se preparaban para viajar a la costa septentrional de África en el otoño de 1869 a fin de celebrar la esperada inauguración. A lo largo de las semanas previas al viaje, Ida y María no habían parado de hacer preguntas: «¿Cuándo empezamos a preparar el equipaje, emperatriz?», «¿Qué necesitará Su Majestad Imperial para su viaje a Egipto?», «¿Le gustaría a Su Majestad Imperial que comenzáramos a llenar los baúles?».

—No puedo ir. —Sissi transmitió la noticia a Francisco José unas semanas antes de la fecha prevista para la partida. El emperador alzó la mirada de la carta que estaba redactando, dejó la pluma en el aire a media frase y la miró con el asombro pintado en la cara—. Te explicaré los motivos —añadió ella al tiempo que se sentaba frente a su marido, al otro lado del escritorio.

Era una de las visitas programadas en el gabinete del emperador, el único momento de la semana que compartían a solas.

Francisco creyó que no había oído bien.

—¿Que no puedes ir? Pero debes ir. No creo que quieras perderte la inauguración del Canal de Suez.

Sissi puso especial cuidado en mantener un tono de voz sereno y quejumbroso mientras se explicaba.

—Valeria lleva resfriada una semana. En cuanto a Rodolfo, ha mejorado mucho, eso está claro, pero ayer mismo su tutor me informó de que se había despertado en plena noche aterrado y sudando por culpa de una pesadilla. No me apetece alejarme de los niños. Siento que ese es mi... —Hizo una pausa

para enfatizar la palabra que sabía que doblegaría a su marido y añadió—: Es mi deber. —Y dejó que la palabra resonara en los oídos del emperador en el silencio del gabinete.

Francisco soltó la pluma sobre el papel que tenía delante, unió las manos en el escritorio y reflexionó sobre las palabras de Sissi. Como era habitual en él, sus ojos volaron hacia el enorme retrato de su esposa, como si su presencia fuera para él un bálsamo de paz cuando las preocupaciones le abrumaban. El gesto recordó a Sissi la tendencia de su hija Valeria a aferrarse a una manta en concreto cuando se sentía irritada.

Solo había ofrecido a su marido una parte de sus razones para no ir a Egipto, el motivo quizá más importante se lo había guardado para ella. Pero Francisco —el poco imaginativo, práctico y nada inquisitivo Francisco— jamás habría imaginado los pensamientos más íntimos de su mujer. Jamás habría pensado que detrás de sus palabras se escondía una emoción mucho más profunda.

—¿Estás segura, Isabel? —le preguntó, mirándola de nuevo—. Eugenia asistirá. Acompañará al emperador francés.

Sí, Sissi sabía que los emperadores de Francia estarían allí. Sabía que no debería permitir que su rival, la única mujer que podía competir con ella en su estilo en el vestir y en sus dotes de amazona, acaparara todos los titulares de la prensa internacional y la gloria.

Pero no era la presencia de la emperatriz de Francia en Egipto lo que perturbaba a Sissi. El día anterior a esa conversación, Francisco le había dicho a su esposa que había invitado a Andrásy a unirse a la delegación austríaca. Sería una muestra de unidad, había declarado Francisco, la prueba de la estabilidad y la armonía que reinaba en el imperio desde el establecimiento de la monarquía dual.

Sissi recibió la noticia con quedo tormento. Ansiaba más que nada ver a Andrásy, estar cerca de él y con él. Pero era precisamente ese anhelo el motivo de que no quisiera ir. Sabía que Bellegarde, que también había sido seleccionado para formar parte de la delegación imperial, vigilaría cada uno de sus pasos y se percataría de cada gesto de su rostro.

De un tiempo a esa parte, los ataques del general hacia la emperatriz eran tan viscerales, tan críticos cada vez que Sissi declinaba asistir a cualquier evento formal con el emperador, que sabía que estaría al acecho para captar cualquier error que pudiera cometer durante el viaje, para así informar a la archiduquesa Sofía y también a la prensa vienesa y tener la seguridad de que los defectos y las afrentas de la emperatriz se servirían cual deliciosos

hojaldres a todo el imperio.

Andrássy, que era un modelo de disciplina, se comportaría con total corrección durante el viaje. Conocía la malicia de Bellegarde y no haría nada que pudiera poner a Sissi en peligro. Pero estar tan cerca de él y verse obligada a adoptar una actitud distante, a ocultar lo que sentía por él, habría sido un tormento mayor que la separación. Nunca había adquirido la habilidad palaciega de refrenar sus verdaderos sentimientos o de disimular sus atribulados pensamientos. Andrásy siempre bromeaba con eso, le decía que era tan fácil leerle el pensamiento que apenas necesitaba abrir la boca.

No, no podía hacer ese viaje. Porque sabía que mientras caminara del brazo de su marido sus ojos volarían en busca del conde húngaro que los acompañaba y todo el mundo se percataría de que el hombre al que amaba y el hombre con el que estaba casada no eran la misma persona.

Pero allí, sentada en el gabinete de Francisco, no dijo nada de esto porque sabía que si se ceñía a los argumentos que había preparado, su marido no se lo tendría en cuenta.

—Además —añadió, sonriendo a Francisco, que seguía sentado tras el escritorio, rodeado de papeles—, sé lo mucho que aprecias a *la belle Eugénie*. Sin mi presencia, podrás coquetear con ella y declarar lo mucho que admiras la belleza francesa sin temor a sufrir los celos de tu esposa.

Francisco bajó la mirada y la piel bajo la espesa barba adoptó un rojo tan intenso como el de sus pantalones. Era bien sabido por todos que Francisco admiraba mucho a Eugenia, pues había ensalzado delante de sus ministros la exótica belleza y la voluptuosidad de la emperatriz de Napoleón III. Pero ¡ay, qué ironía más grande que ese argumento funcionara a favor de Sissi!

—Lo entiendo —dijo por fin Francisco al tiempo que separaba las manos y las presionaba contra el escritorio, como un juez pronunciando su veredicto—. Crees que tu lugar está aquí, junto a tus hijos. Aunque me apena no tenerte a mi lado, elogio tu devoción maternal. Y tu disposición a anteponer ese deber sagrado y los problemas de nuestros hijos a nuestra propia diversión. Debes quedarte.

Y así, mientras el palacio se convertía en un hervidero de actividad a su alrededor y los dos hombres más importantes de su vida se preparaban para marcharse a la opulenta y seductora tierra del Nilo, Sissi pensaba en los días que aún le quedaban por delante en Viena.



Tan pronto como la prensa vienesa supo que Sissi no haría ese viaje, las

críticas empezaron de nuevo. La teoría más aceptada era que Sissi, celosa del papel preeminente que desempeñarían los franceses y la emperatriz Eugenia durante la ceremonia de inauguración, había declinado asistir por vanidad y que tenía el orgullo herido. Algunos periódicos afirmaban que Sissi temía un «concurso de belleza» con su coqueta y voluptuosa rival. En otros se decía que ella, «la invitada en el palacio de Hofburg», jamás desaprovechaba la oportunidad de dejar en la estacada al paciente emperador Francisco José, cuya esposa solo permanecía en la capital cuando Su Majestad Imperial se ausentaba. Sissi leía los artículos y los editoriales todas las mañanas durante el desayuno y su apetito se desvanecía. Semejantes patrañas debían de ayudar a vender periódicos, de otro modo no las publicarían con tanta asiduidad. Y si ayudaban a vender era porque la gente quería leer y hablar de esos temas. Arrojó los periódicos a un lado, pero ya era demasiado tarde. Las palabras se le habían colado en la mente y en el cuerpo y la atenazaban con una abrumadora sensación de autorreproche, una amarga animosidad hacia los crueles e imparables chismorreos de esa ciudad.

Sissi y sus hijos despidieron a la delegación imperial agitando las manos cuando los carruajes que llevaban al emperador y su séquito se dirigieron hacia las puertas de palacio y salieron a la calle, donde una multitud alzaba la bandera austríaca y les deseaba a gritos un buen viaje.

Francisco José y Andrásy escribieron a Sissi durante el viaje, y sus cartas eran tan distintas como lo eran ellos. Francisco José le ofrecía detalladas descripciones del día a día. Como si fuera un diligente burócrata tomando notas, le ofreció los detalles de la fastuosa recepción organizada por el sultán turco en el Bósforo. Le explicó que los turcos habían erigido sus palacios sobre las ruinas de la muralla de la antigua ciudad cristiana de Constantinopla. Le decía que el sultán coleccionaba mujeres para su harén y caballos para sus establos. Y se jactaba de la enorme esmeralda que había conseguido para su esposa, procedente del tesoro personal del sultán.

Una vez en Egipto, Francisco describía con orgullo juvenil que había escalado la mayor de las pirámides de Giza en solo diecisiete minutos. Daba cuenta minuciosamente de los treinta platos que había comido junto a la emperatriz Eugenia durante la gran inauguración del Canal de Suez. Le contaba que miles de personas habían acudido a la ciudad portuaria de Suez para la ocasión, pero se quejaba de que los días eran muy calurosos y los festejos no estaban bien organizados: «Los monarcas presentes debemos abrirnos camino a codazos en la bulliciosa ciudad y con el resto de la incivilizada plebe». Después, procedía a enumerar todas las cosas que él

habría hecho de forma diferente, y mucho más eficiente, de haberse celebrado el acontecimiento en Viena.

Las cartas de Andrásy, en cambio, eran pura poesía, sus palabras dibujaban el paisaje de las tierras lejanas y extrañas que recorría la delegación austríaca.

Una noche, durante nuestra estancia en la antigua ciudad jordana de Petra, después de que el resto del grupo se hubiera retirado a dormir, salí a dar un paseo. De repente me descubrí en un jardín desierto bajo la luz de la luna. El dulce y seductor aroma de los jazmines perfumaba la noche, y nada ocupaba mi mente salvo el borboteo del agua. Como es natural, mis pensamientos volaron a ti. Recé en la oscuridad, deseaba que en ese momento, estuvieras donde estuvieses, hicieras lo que hicieses, supieras que estabas conmigo en ese perfumado jardín contemplando el cielo estrellado de Petra. Me quedé allí contigo, sumido en ese agradable trance, hasta que oí al imán llamando a la oración desde la torre de la mezquita más cercana y supe que mis compañeros de viaje comenzarían a levantarse y se percatarían de mi ausencia. Antes de marcharme del jardín arranqué un manojito de jazmines, aspiré su fragancia y caí en la cuenta de que su belleza, si bien exquisita, se quedaba corta comparada con la tuya.

Y Andrásy también le describió las sinuosas calles de Jerusalén:

Callejuelas tan estrechas que si extendía los brazos podía tocar las paredes de ambos lados. ¿Qué oscuros secretos crees que se habrán susurrado en esos pasajes tan antiguos y serpenteantes? ¿Cuántos corazones habrán sufrido o se habrán regocijado en esos discretos y oscuros callejones? Deseé (tal vez por enésima vez aquel día) que estuvieras allí y te maravillaras conmigo.

Le detalló su visita a la antigua catedral bizantina de Constantinopla, Santa Sofía, convertida en ese momento en una mezquita:

La cúpula es tan alta que los pájaros vuelan en el interior del templo, por debajo de los frescos que la adornan. Esa imagen, como siempre me ocurre cuando contemplo una vista de una belleza exquisita, hizo que anhelara tu compañía, pues sé que esta belleza solo podría mejorarse, de hecho, perfeccionarse, contigo a mi lado. No pude evitar sonreír al pensar en ti y en la alegría que tu presencia habría añadido a cada descubrimiento y deleite. Te habría encantado especialmente el zoológico de fieras salvajes del sultán. Estoy seguro de que te habría gustado más ese colorido despliegue que las joyas de su tesoro.

Las descripciones de Andrásy la fascinaban, porque lo imaginaba durante el viaje y se imaginaba a su lado. Descubrió que era muy sencillo cerrar los ojos y ver lo que él describía mientras saboreaba sus palabras. Cuando llegaron a Tierra Santa, solo Andrásy se bañó en el río Jordán, los demás protestaron porque el agua estaba muy fría, ya que se encontraban a finales del otoño. Andrásy lo hizo porque esas aguas, que antaño fueron la pila bautismal del mismísimo Cristo, supuestamente obraban milagros en aquel que se bañaba en ellas.

Milagros, dicen. Algo de lo que tanto mi pueblo como yo podríamos beneficiarnos.

—¿Rodolfo?

Sissi buscaba a su hijo después de haber redactado las últimas cartas para Francisco y para Andrásy.

—¡Rodolfo, verás cuando te enteres de lo que papá dice hoy en su carta! Lo que te va a gustar que te cuente de una estatua gigante a la que llaman la Esfinge...

Había leído las cartas en su vestidor, a solas, y había dejado a Rodolfo con sus juguetes en el salón y a Valeria durmiendo en el dormitorio. Era como una mamá pájaro, devoraba las noticias que le llegaban en las cartas de los dos hombres, las digería y luego transmitía los bocaditos apropiados para un niño de once años.

—¿Rodolfo? —Buscó a su hijo cuando entró de nuevo en la amplia habitación. Sin embargo el niño no estaba allí y su voz resonó en el vacío de la estancia—. ¿Rodolfo? —lo llamó de nuevo; pensó que tal vez quería jugar al escondite.

Y en ese momento oyó un grito procedente del dormitorio. Un sonido agudo e inquietante que atravesó la puerta cerrada y el silencio que rodeaba a Sissi. Era Valeria quien había gritado, pero con un tono más de urgencia, de angustia, que los gritos normales de un bebé al despertarse de la siesta. El corazón le dio un vuelco y echó a correr hacia el dormitorio.

—¿Valeria? —Encontró a la pequeña de pie en la cuna—. ¡Valeria! —exclamó al tiempo que corría hacia la niña, que seguía chillando a pleno pulmón—. Rodolfo, ¿qué le ha pasado a tu hermana?

Con las prisas por coger a la niña, apartó a su hijo de la cuna con un empujón y lo tiró al suelo sin querer.

—¡Ay, mamá! —protestó Rodolfo, pero ella estaba tan absorta alzando a Valeria en brazos y llevándose las mantas consigo, que ni siquiera se percató de la caída de su hijo.

Abrazó a Valeria y comenzó a mecerla mientras se preguntaba dónde estaban Ida y María.

—Tranquila, corazón mío. Ya está, ya está. Mamá está contigo. ¿Qué ha pasado, cariño?

Valeria chillaba con un tono agudo que solo le había oído en una ocasión, cuando se cayó al suelo mientras aprendía a andar y se golpeó con la esquina de una mesita.

—Vida mía, ¿qué te pasa? —Examinó a la niña, para lo cual tuvo que apartar las mantas y quitarle el camisón. En la piel de una de sus regordetas

piernas descubrió la fuente de su angustia—. ¡No! —exclamó al tiempo que apartaba una mano de la niña. Se miró la palma de su mano y, efectivamente, estaba manchada de sangre, como la pierna de su hija—. ¡Por el amor de Dios, estás sangrando!

Por primera vez desde que entró, se volvió para mirar a Rodolfo, que seguía en el suelo.

El niño la miraba con los ojos entrecerrados y expresión enfurruñada.

—Rodolfo, ¿por qué está herida tu hermana? ¿Qué ha pasado? —Examinó la cuna en busca de algún objeto afilado, levantó incluso el colchón, pero no encontró nada. Se volvió hacia su hijo—. ¿Rodolfo? Tú estabas aquí. Contéstame. ¿Has visto cómo se ha cortado tu hermana?

El niño negó con la cabeza y apartó la vista. Sissi experimentó un repentino desasosiego; sentía, inexplicablemente, que su hijo le estaba mintiendo. Desvió la mirada a Valeria, que seguía en sus brazos. Acurrucada en el calor de su madre, la niña se había tranquilizado y sus gritos se habían convertido en sollozos.

Sissi examinó a conciencia la pierna de la niña. El corte no era profundo ni grave. Aunque sangraba, apenas era un arañazo, como si la hubieran pellizcado con unas pinzas o con las uñas. Miró de nuevo a su hijo y dijo con voz trémula:

—Rodolfo. —Tragó saliva con dificultad al tiempo que estrechaba con fuerza a su hija pequeña—. ¿Le estás diciendo la verdad a mamá? ¿No has pellizcado a tu hermana?

El niño negó con la cabeza de nuevo y se volvió de espaldas a su madre, como un ladrón que ocultara un puñado de objetos de plata robados. Pero era imposible, pensó Sissi. Ese niño tan dulce y sensible, al que habían atormentado tanto... sería incapaz de hacerle daño a una niña inocente. Lo habían maltratado, pero él no era un sádico. Su hijo no sería capaz de mostrarse cruel con su amadísima niña. ¿O sí?



El suave clima otoñal empeoró y llegó el crudo invierno. Francisco José regresó a la capital y la corte retomó su acostumbrada e invariable rutina. Durante esa larga y fría estación, Sissi tenía la sensación de que dedicaba más tiempo y esfuerzo manteniendo correspondencia con personas que se encontraban lejos de Viena que comunicándose con gente dentro de su palacio. Escribía a diario a Andrásy, a través de Ida, suplicándole que la visitara. Escribía a Baviera, a su hogar, y le confesaba a su madre sus deseos

de abandonar la corte y regresar a Budapest, «donde todo era mucho más agradable».

También le llegaban noticias de casa. Al parecer, la euforia de Sofía Carlota por su compromiso con su primo, el rey Luis, había sido reemplazada por una leve ansiedad al principio y, después, por verdaderos ataques de pánico. Los meses pasaban y Luis no ofrecía respuesta a su futuro suegro, el duque Maximiliano, cuando este le preguntaba por la fecha de la boda. Sofía Carlota se quejaba a Sissi en sus cartas.

La gente empieza a murmurar. Sé que es así. Creo que tienen envidia, por eso hablan de mi relación con el rey Luis. ¡Oh, qué cosas tan espantosas dicen! Que el rey me propuso matrimonio pero que después se negó a fijar una fecha para la boda cuando papá lo presionó. Que nuestra relación se forjó, inicialmente, a través de la pasión y admiración que compartimos por la música del compositor Richard Wagner. Que Luis ha malgastado toda su fortuna en la construcción de sus fantásticos castillos y financiando los proyectos de herr Wagner. Que Luis me obligará a pasarme los días tocando al piano la música de Wagner mientras él se dedica a demostrarle su amor al compositor en la habitación contigua. ¿Te imaginas a alguien diciendo algo tan vil y malicioso? ¿Qué problema hay con que mi prometido mantenga una estrecha amistad con herr Wagner? Si yo no estoy celosa, ¿por qué tienen que estarlo los demás?

Luis posee una mente brillante y un alma muy sensible. Por supuesto que quiere rodearse de otros que posean la misma inteligencia y sensibilidad. ¿Y acaso no ocupa herr Wagner el primer lugar de esa lista? Sin embargo, aquí estoy yo, tan insignificante, si bien de alguna manera he acabado al lado de Luis, mi maravilloso Luis, ¡aunque soy mucho menos inteligente que él y mucho menos sofisticada!

De manera que trataré de ser paciente con él. Le he escrito pidiéndole que ponga fin a mi bochorno y a mi tristeza fijando la fecha de la boda. Sin embargo, mi prometido no responde a mis cartas. Y lo peor de todo es que me he ofrecido a visitar su palacio de Munich o su propiedad cercana a Possenhofen para verlo y he recibido sendas negativas. La única vez que lo he visto, durante un baile reciente en Munich, Luis se marchó de repente en mitad de un vals, me dejó sola en la pista de baile y todos contemplaron mi vergüenza y mi absoluto desconcierto. Sissi, ¿qué hago?

Luis escribía a Viena en vez de a Possenhofen, y a Sissi le parecía una mala señal que no mencionara el nombre de su hermana, su prometida, ni una sola vez. En cambio le hablaba largo y tendido de su querido amigo Richard Wagner. De la genialidad del compositor, del buen equipo que formaban y del hecho de que Wagner estaba ocupado con otra ópera. Luis no aportaba detalles, solo extraños comentarios: «Si tenemos éxito, este proyecto cambiará el curso de la música para siempre. De hecho, cambiará el curso de la historia».

Así era Luis. Apasionado, lleno de grandes sueños y de un discurso rimbombante y exagerado con el que expresaba sus esperanzas. Adulador y zalamero con sus seres queridos y con sus planes futuros. Salvo, al parecer, en lo referente a la futura vida doméstica con su prometida.

El otro motivo de alegría para su primo, según descubrió Sissi a través de

sus cartas, era su nuevo castillo. Su último derroche en el campo de la construcción se emplazaría en lo alto de las montañas de Baviera. Planeaba llamar al castillo Neuschwanstein, «El nuevo cisne de piedra». Se lo describió a Sissi de la siguiente manera:

El lugar es uno de los más hermosos que uno pueda encontrar. Sagrado y remoto, acariciado por las brisas celestiales y las escabrosas alturas. Será un templo digno de él. Espero que venga a trabajar a mi lado y que nunca se marche.

Sissi no necesitó preguntarle a su primo Luis a quién se refería.

Y no era solo Sofía Carlota quien estaba pasando un mal momento en Possi. Nené seguía luchando contra la melancolía y la debilidad física. Vivía como una novicia en el aislado castillo de sus padres. Y su hermana pequeña, María Sofía, se encontraba en una situación aún peor. La que antaño pareciera disfrutar de su dicha conyugal, estaba sitiada en Roma con el tonto de su marido, el depuesto rey de Nápoles. A través de sus cartas, María Sofía le informaba de que la pareja real había sido formalmente exiliada de su reino, situado al sur del país, por los revolucionarios que ansiaban una Italia libre y unida. Hasta el mismísimo Papa parecía estar sitiado por Víctor Manuel, Giuseppe Garibaldi y la chusma anárquica que se había extendido a lo largo y ancho de la península italiana.

Sissi apartaba la vista de las cartas, contemplaba su dormitorio y suspiraba mientras sus ojos se daban un festín con los marcos dorados de los retratos de los antepasados Habsburgo, la caoba pulida que relucía a la luz de las velas de la araña de cristal y el reloj de porcelana que marcaba las horas de sus tediosos días. Paseaba por sus aposentos imperiales, que no se atrevía a abandonar por temor a lo que podía encontrarse en los pasillos, y pensaba que formar parte de la realeza tal vez no fuera el privilegio que otros creían que era.

III

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

Llega a Ginebra con las mejillas descarnadas por el sol de primeros de otoño y con los pies destrozados y doloridos por el polvoriento camino. Como no tiene dinero para pagar un alojamiento, piensa pasar la noche en el muelle del lago. No está tan mal, se dice mientras observa el lago Lemán y los picos de los Alpes que lo rodean. A esas alturas del año las noches siguen siendo cálidas, pero se arrebujá con su raída chaqueta mientras mira los barcos que surcan el lago; sus ricos pasajeros, resguardados bajo cubierta, disfrutan de la luz de las velas, de la música de los violines, de las cenas copiosas y del champán que les sirven en mesas con manteles de lino. No se dan cuenta de lo hambriento que está ese hombre que está ahí sentado, observándolos, desde la oscura orilla. Ni siquiera saben que existe.

Se instala en un banco de madera y oye el sonido de las olas que lamen el embarcadero a unos pocos pasos. Un repentino ruido, un chapoteo, interrumpe su ritmo regular. Un pez que ha saltado. Hay peces en el lago... un montón de percas. Si pudiera pescar uno, lo cogería con las manos desnudas y se lo comería crudo en dos bocados. Hasta ese punto le duele el estómago por el hambre.

Mira el estrellado cielo suizo y desea gritar por la frustración y la rabia. Por el hambre. Por la desesperación y por una rendición desolada. Pero en ese momento sus dedos tocan el contorno del bolsillo de su chaqueta y dan con el estilete... el pequeño estilete que lleva escondido. La herramienta que lo liberará de esa oscuridad solitaria y hambrienta. La herramienta que lo ayudará a encontrarle sentido a todo.

Ya falta poco, se recuerda, y percibe la llamita de determinación que vuelve a prender en su estómago vacío. En cuanto ejecute la Gran Obra, ya no tendrá que pensar en el dinero, en la comida o en dormir bajo el cielo estrellado de Suiza. En cuanto ejecute la Gran Obra, será inmortal. Y ella, una mortal, desaparecerá.

Capítulo 3

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena
Verano de 1871*

—Pero ¿por qué no puedo ir contigo? —El labio inferior de Rodolfo temblaba, y aunque Sissi lamentaba ver a su hijo tan disgustado, al menos el hecho de que el niño se sintiera lo bastante cómodo como para volver a mostrar emociones infantiles era un indicio prometedor.

—Cariño mío, ven.

Sissi abrazó a su hijo; le costó agacharse con la gruesa capa de viaje. A su espalda, María Festetics tenía problemas para tranquilizar a Valeria, e Ida, en el exterior, supervisaba el equipaje en los carruajes imperiales.

—No voy a estar lejos mucho tiempo. Mamá tiene que hacer un viaje rápido a Baviera para ver a su familia por un asunto muy urgente. La abuela Ludovica tiene juguetes para ti... ¿Te traigo un juguete cuando vuelva de Possenhofen?

—Pero ¿por qué ella sí puede ir contigo y yo no?

Rodolfo lanzó una mirada acusadora a la pequeña, que María sostenía en brazos, y la expresión desolada de su cara atravesó a Sissi como un puñal. Sintió que su determinación flaqueaba.

Tras suspirar, se enderezó y dijo:

—Porque, cariño mío, Valeria es una niña pequeña. Tú eres el príncipe heredero y tienes que quedarte aquí para continuar tus lecciones con el coronel Latour. Te cae bien el coronel Latour, ¿verdad?

—Pero quiero estar contigo, mamá.

Sissi no podía contarle toda la verdad a su hijo: que Valeria era la única de sus hijos sobre la que tenía control absoluto. Que moriría antes que arriesgarse a abandonar Viena sin llevarse a Valeria, ya que eso propiciaría que Sofía se hiciera con el control de su pequeña. Que Rodolfo, el heredero de la dinastía Habsburgo, siempre tendría que aceptar ciertas obligaciones a las que su hermana no tendría que ceñirse. Que la vida siempre iba a ser más difícil para él, que siempre le exigiría más sacrificios y le reportaría menos

libertad. Suspiró y se preparó para marcharse.

—Adiós, cariño mío. —Sissi le puso la mano en su blanda mejilla una vez más—. Te escribiré desde Baviera.

—Adiós, mamá —dijo Rodolfo, y bajó sus ojos color avellana al suelo. Y luego, cuando Sissi se daba la vuelta, se quedó de piedra al oírle decir de repente con voz acartonada—: Me esforzaré por ser valiente. Y por hacerle compañía a papá mientras estás fuera. —El niño se irguió y alzó la barbilla en una pose de forzado estoicismo que nada tenía que ver con la vulnerabilidad que había demostrado un momento atrás.

Sissi lo miró maravillada. «Por Dios», pensó. Ese niño era igualito a ella en cuanto a la profundidad de sus emociones, pero estaba adiestrado para reprimir sus sentimientos. Para hablar como un Habsburgo. Era un niño sensible que vivía con naturalidad el apego que sentía por su madre pero que ya parecía comprender, y aceptar, «la manera de hacer las cosas».

Atravesó el umbral con el ceño fruncido y lo dejó atrás. Estuviera ella de acuerdo o no, el heredero Habsburgo no tenía permitido marcharse con su madre cuando la reclamaban en Baviera por una crisis familiar.

Y no había duda de que en casa la esperaba una crisis. Toda Baviera estaba en ascuas por la situación entre el duque Maximiliano y el rey Luis. El joven rey, que en otro tiempo había sido tan popular y disfrutaba de un futuro prometedor, había pospuesto en dos ocasiones la boda con la hermana menor de Sissi, y cada ocasión provocó más agravio y humillación para la novia y su familia, así como una creciente exasperación en sus súbditos, que ansiaban una boda real y los banquetes y los herederos que la seguirían.

Sin embargo, el problema ya no se limitaba a los aplazamientos y las reprogramaciones. En ese momento Luis se negaba a fijar una nueva fecha y ponía como excusa la construcción de su castillo y las deudas que había contraído para financiar la última obra de Wagner, una trilogía operística que trataba de unos anillos mágicos y una saga germánica épica o algo así.

El duque Maximiliano había respondido con un ultimátum firme, algo nada habitual en él: el rey no podía seguir humillando a su hija de esa forma. O Luis fijaba una fecha para la boda o el duque Maximiliano retiraría su permiso para el matrimonio. Desde el ultimátum, ambas partes habían llegado a un punto muerto, ninguna realizaba otro movimiento.

Ludovica y Sofía Carlota, presas del pánico, habían suplicado a Sissi que volviera a Baviera para ejercer de mediadora, una tercera parte que, gracias a la estrecha relación que mantenía con su primo, consiguiera que el rey entrara en razón. Francisco José, que desaprobaba los rumores y el creciente

escándalo que la rivalidad entre los primos estaba provocando, había accedido de buena gana a que Sissi fuera a Baviera y ayudase a su familia a solucionar el conflicto.

Mientras Sissi atravesaba el patio y subía al carruaje imperial que la esperaba, con Valeria en brazos y María e Ida a cada lado, tomó conciencia de las emociones encontradas que se llevaba de Viena. Había dejado a su secretario, el barón Nopcsa, a cargo de sus deberes administrativos y domésticos mientras ella estaba ausente. Se había despedido de Francisco, de Gisela y de Rodolfo. En otras circunstancias habría sentido emoción, una sensación de libertad, al abandonar la corte para ir a otro lugar. Sin embargo, en ese momento no sentía esa alegría. Al fin y al cabo, no iba rumbo a Hungría, rumbo a Andrásy y la libertad. Al contrario, a medida que se acercaba a Baviera la inquietud se fue apoderando de ella; la tarea que la esperaba le provocaba un profundo desasosiego.



El paisaje de su tierra natal, que tan bien conocía y en el que había pasado una infancia feliz, animó a Sissi. Llegó a Possi a su hora preferida del día, poco después del atardecer. Los rayos del sol poniente se reflejaban en la brillante superficie del lago Starnberg como deslumbrantes ristas de diamantes y envolvían la zona con un delicado fulgor. Los campesinos y los lugareños saludaron con la mano el paso del carruaje de Sissi gritando «¡Bienvenida a casa!» y «¡Larga vida a Sissi!».

El castillo estaba tal cual lo recordaba: bajo y compacto, con algunos puntos donde la pintura blanca desconchada dejaba al descubierto las ajadas y viejas piedras que había debajo. «Decadente», así era como la tía Sofía se refería siempre al castillo de Possenhofen. «La casa de un pordiosero totalmente deteriorada.»

Sissi se apeó del carruaje y miró los campos indomables y el lago rodeado de árboles que se extendían ante ella; su belleza no había cambiado desde su última visita. Que Sofía despotricara cuanto quisiera contra ese lugar, pero ni Hofburg ni Schönbrunn podían rivalizar con el atávico y salvaje encanto de Possi, pensó Sissi. En ese momento, pese a la alegría de volver a ver el hogar de su infancia, sintió una punzada de anhelo, ya que no pudo evitar pensar en Andrásy. Cuánto le habría gustado enseñarle ese lugar, compartirlo con él para que conociera esa parte de su pasado. Para que viera dónde había vivido ella antes de todo eso, cuando solo era Sissi.

Su madre estaba delante de la casa, erguida y firme como un centinela.

Cuando Sissi echó a andar hacia ella, el estoicismo tan característico de Ludovica se diluyó ligeramente y recibió a su hija con un abrazo cansado y una sonrisa ansiosa.

—Sissi, aquí estás. —La duquesa Ludovica tomó a su hija de los hombros y examinó su aspecto—. Caray, nunca te había visto tan saludable. Ay, gracias a Dios que estás aquí.

Ludovica hizo pasar a Sissi, Valeria y las damas de compañía al salón. Allí estaba sentada Nené, cuyo aspecto transmitía todo lo contrario a una imagen de salud y vigor. Sus ojos, siempre serios y oscuros, estaban rodeados por sombrías ojeras. Su delgado cuerpo, envuelto en el luto más absoluto, se había encogido todavía más; aparentaba mucha más edad de la que tenía en realidad.

—Hola, Nené. —Sissi dio un largo abrazo a su hermana preferida y deseó poder transmitirle parte de su fuerza con ese gesto.

—Sissi, has venido. —Nené no se secó las lágrimas que le llenaban los ojos—. Ay, cuánto te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, mi queridísima hermana mayor. No, por favor, no te levantes. —Sissi se arrodilló junto a Elena, emocionada por volver a estar cerca de ella aunque tuviera un aspecto tan frágil y débil.

—¿Ha llegado ya? ¿He visto el carruaje en la puerta!

Sofía Carlota entró en tromba en la sala; en comparación se la veía joven, hermosa, vital. Ya no era una niña, y su cuerpo había madurado como los fértiles campos que rodeaban el castillo. De todas las hermanas de Sissi, Sofía Carlota, la pequeña, era la que más se parecía a ella. Tenía el pelo algo más claro y no era tan alta, pero era una muchacha bonita y pletórica de vigor juvenil. Solo un insensible no encontraría atractivos los encantos de la muchacha. Y, sin embargo, ese parecía ser el caso del rey Luis.

Una vez que la pequeña Valeria hubo pasado por los brazos de todas las mujeres, cuando en sus mejillas ya no cabían más besos y su perfección fue proclamada suficientemente, Sissi dispuso que María e Ida se llevaran a la niña a su habitación. La chimenea del salón estaba encendida y Sissi se acomodó en un mullido sillón junto a su madre y sus dos hermanas. Su hermano Carlos, como bien sabía, estaba prestando el servicio militar y vivía fuera de casa.

—¿Dónde está papá?

Sissi miró alrededor y se percató del polvo que impregnaba los tapices y de las costuras deshilachadas de los tapizados. Exactamente igual que en su infancia. «La casa de un pordiosero.» Sin embargo, los pasillos llenos de

oropel del palacio de Hofburg jamás resultarían tan acogedores ni cálidos.

—Tu padre... —La duquesa cruzó una mirada elocuente con Elena antes de continuar—. Solo Dios lo sabe. Se fue en uno de sus... —Ludovica dejó la frase en el aire para ordenar que les llevaran té—. Poco después de las duras palabras que le dijo a Luis, se marchó y no tenemos noticias tuyas desde entonces.

Sissi estaba decepcionada pero no sorprendida. Se había hecho a la idea por las cartas de su madre de que su padre seguía bebiendo en exceso. Y se había enterado de que los rumores que corrían por el pueblo le atribuían otro bastardo campesino. Suspiró al pensar en las continuas aventuras de su padre y en todo lo que su madre tenía que soportar en nombre del deber ducal y familiar.

—Todos esos que dicen que Luis es demasiado excéntrico para Sofía Carlota... —Ludovica agitó una mano—. No es más excéntrico que tu padre. Y tu padre no tiene la excusa de ser rey.

Sissi miró a su madre y luego a su hermana pequeña.

—Bueno, contadme... ¿qué está pasando?

Su madre fue la primera en contestar.

—No voy a disculpar el comportamiento de Luis con Sofía Carlota. No lo voy a excusar. Pero... pero no creo que las diferencias sean irreconciliables. Me gustaría mucho salvar el compromiso si es posible. Y creo que es posible.

—¿Has visto a Luis? —preguntó Sissi; sabía que el nuevo castillo de su primo, Neuschwanstein, se encontraba al sudoeste de Possi, un trayecto fácil para un rey que tenía a su disposición los mejores carruajes y los mejores caballos de toda Baviera.

Las tres mujeres negaron con la cabeza. Luis no había aparecido por allí.

—Pero ¿al menos habéis tenido noticias tuyas? ¿Ha contestado Luis de alguna manera al mensaje de papá?

Una vez más las mujeres dijeron que no. Sissi suspiró.

—No estaría bien romper el compromiso —siguió Ludovica, un tanto a la defensiva—. Mantienen una preciosa amistad. Y Luis es un muchacho agradable. Que las malas lenguas digan lo que quieran de él, pero nadie puede negar que tiene un carácter dulce y amable. Además, sería maravilloso que Sofía Carlota viviera cerca de aquí.

Un criado llevó el té y Sissi cogió la taza caliente entre las manos. Sentía en el corazón el impulso de ir a la habitación de los niños, el anhelo de comprobar que su hijita se encontraba bien, pero se obligó a concentrarse en el tema que la había llevado allí.

—En fin, Sofía Carlota. —Se volvió hacia su hermana—. ¿Qué opinas tú? Al fin y al cabo, eso es lo único que importa.

Sofía Carlota no cogió la taza que tenía delante y sopesó la pregunta de su hermana. Tras un breve silencio, dijo:

—Confieso que el comportamiento de Luis me desconcierta.

Sissi la animó a que continuase.

—Al principio era tan efusivo y generoso con sus halagos y su afecto... Nunca habría pensado que sería capaz de abandonarme, de desaparecer de un baile que él mismo había organizado sin decirme adónde iba.

Sissi sopló el té mientras escuchaba a su hermana.

—En cuanto al motivo de que siga posponiendo la boda, no lo entiendo. Sé que no lo hace para herirme. Sé que es amable. Y bueno. Y, claro, es tan guapo que...

—Pero ¿crees que podría hacerte feliz como marido? —preguntó Sissi.

—¿Podría hacerme feliz? —Sofía Carlota ladeó la cabeza y meditó unos segundos—. Sí, creo que podría hacerme feliz. O al menos que me sintiera... contenta. Luis tiene una mente muy aguda y un alma buena. Creo que sería un marido dulce y perfecto. —Sofía Carlota entrelazó las manos en el regazo y bajó la vista antes de continuar—. Y si mis sentimientos ya no son tan exaltados como al principio... —Hizo una pausa y Sissi asintió con la cabeza, recordaba esa primera carta exultante en la que su hermana le había anunciado el compromiso. Sofía Carlota esbozó entonces una sonrisa triste, como si reconociera que había sido una boba—. En fin, eso es lo más normal, ¿no? La euforia desaparece con el tiempo, ¿no es así? Y cuando eso sucede, ¿qué cabe esperar? Debe haber amistad y respeto. Creo que sentiría ambas cosas por Luis si se convirtiera en mi marido.

«Qué razonable», pensó Sissi. Una actitud totalmente opuesta a la que ella tuvo al afrontar su matrimonio. En su caso, la euforia no había desaparecido hasta después del día de la boda, dejándola desesperada, perdida y presa de una amarga decepción.

Tal vez fuera mejor así, pensó Sissi. Tal vez fuera mejor conocer los defectos del cónyuge, adoptar una postura más ecuánime de lo que significaba el matrimonio antes de atarse de por vida a un individuo imperfecto.

—En fin... —Sissi se inclinó hacia delante y cogió las manos de su hermana—, eres mucho menos ingenua que yo en mi etapa de novia, eso está claro.

—Solo necesitamos que alguien hable con Luis —afirmó Ludovica inclinándose hacia Sissi—. ¡Alguien que lo haga entrar en razón! Está

encerrado en ese casillo y nadie se atreve a desafiarle, a decirle la verdad. Sus padres están muertos... —La duquesa se detuvo para santiguarse—. Y él no tiene ministros. Pero seguro que bastará con que alguien hable con él y le diga que, como rey, está obligado a casarse. Está obligado a tener herederos. ¿Y quién podría hacerlo más feliz que nuestra niña?

Sissi miró a su madre y luego a su hermana pequeña, que le devolvieron la mirada con cara de preocupación.

—¿Es lo que quieres? —preguntó a Sofía Carlota—. ¿Te haría feliz ser la esposa de Luis?

Su hermana asintió con la cabeza mordiéndose el labio inferior.

Sissi suspiró.

—En ese caso, estaré encantada de hablar con Luis e intentar averiguar qué tiene en la cabeza el tonto de nuestro primo.

Sofía Carlota sonrió aliviada.

—¿Lo harás?

Sissi le devolvió la sonrisa, aunque no estaba segura de que debieran celebrarlo tan pronto.

—Por favor, estaría loco si desaprovechara la oportunidad de casarse contigo, Sofía Carlota.

—¿Le dirás eso?

Una renovada esperanza asomó a las delicadas facciones de Sofía Carlota. Era realmente muy guapa. ¿Así de dulce y joven había sido ella en el pasado?, se preguntó Sissi.

—¡Ay, gracias, Sissi! —Sofía Carlota le dio un apretón en las manos.

—Esta misma noche le mandaré una nota diciéndole que estoy en Baviera y que me gustaría verlo mañana. Además, ¿no creéis que le gustaría conocer a la pequeña Valeria?

Su hermana pequeña volvió a sonreír con emoción juvenil y el suspiro aliviado de Ludovica lo dijo todo.



Esa misma noche, después de que los criados se hubieron retirado y los habitantes de la casa decidieran acostarse, Sissi fue a su antigua habitación, donde Nené y ella habían compartido cama durante su infancia y adolescencia. No hubo discusión ni preguntas. Nené se limitó a sonreír cuando la vio entrar y dejar la vela en la mesilla de noche.

—¿Vas a dormir aquí esta noche? —Ludovica apareció en el rellano de la escalera delante de la puerta y miró a Sissi y a Nené, que se preparaban para

acostarse en la enorme cama con dosel.

—Sí —contestó Sissi, que apartó el edredón de plumas y se metió en la cama.

Valeria estaba muy tranquila en la habitación de los niños de Possi con Ida durmiendo cerca, y Sissi añoraba estar en esa cama con Nené. En esa habitación donde había dormido cuando era inocente, donde había soñado sin saber que los sueños no se hacían realidad.

—Como en los viejos tiempos —comentó Ludovica; llevaba su canoso pelo enrollado en los bigudíes con los que dormía—. Me encanta ver a mis dos niñas juntas de nuevo. No me cabe la menor duda de que os pasaréis media noche cuchicheando y riendo, como hacíais siempre.

—Buenas noches, mamá —dijo Sissi, que reprimió un bostezo.

—Y no olvidéis... —dijo Ludovica desde la puerta.

—Lo sabemos —contestaron al unísono las hermanas—. No olvidaremos decir nuestras oraciones.

—Buenas chicas.

Ludovica cerró la puerta y las dejó en el silencio y en la penumbra de las dos velas.

Sissi se acurrucó bajo la ropa de cama y sintió los gélidos pies de su hermana cuando esta los metió debajo de sus piernas, como siempre hacía de niña.

—¡Nené! Sigues teniendo los pies helados.

Nené se echó a reír.

—Ya me los calentarás tú.

—Como en los viejos tiempos, claro —dijo Sissi, en absoluto molesta.

—Espero que ya no ronques —replicó Nené.

—¿Roncar? —Sissi sonó indignada—. ¡Yo nunca he roncado! ¡No ronco! Nené enarcó una ceja oscura y sonrió burlona en la penumbra.

—¿Qué? ¡No ronco! —insistió Sissi. Y después, tras una pausa, preguntó —: ¿Ronco?

—¿Francisco nunca te ha dicho que roncas?

Elena apoyó la cabeza en la almohada, la cara justo delante de la de Sissi. Lo bastante cerca para ver cómo se le tensaron las facciones al oír la pregunta. «No, Francisco no puede saber que ronco», pensó Sissi. Llevaban años sin compartir cama.

Sissi miró la habitación, los muebles desvencijados y demasiado prácticos comparados con la opulencia de Viena. Allí, el peine y el espejo no eran pareja, no formaban parte de un perfecto juego de marfil. El espejo estaba

rajado y con polvo, mientras que en Viena los espejos tenían marcos con pan de oro y las repisas de las chimeneas eran de un mármol reluciente.

—¿Sabes? —dijo Sissi—. En el palacio de Viena hasta las bacinillas tienen grabado el sello imperial. El águila de dos cabezas de la Casa de Habsburgo.

—Ah —dijo Nené—, para que no olvides tu estatus divino cuando la naturaleza te llama.

Las dos se echaron a reír, pero Sissi se preguntó: ¿Alguna vez pensaba Elena en Francisco? ¿En Sissi y en el palacio? ¿En lo distinta que habría sido su vida si se hubiera casado ella con Francisco, tal como la archiduquesa Sofía quería? Lo dudaba mucho. Nené nunca había deseado esa vida, la vida al lado del emperador. Nunca quiso el papel que ella había aceptado tan de buena gana, tan ingenuamente. Y allí estaban de nuevo las dos, en la casa de Possi, con unas vidas que no podían ser más dispares.

Sissi desvió la mirada hacia las ventanas que se abrían a los campos y a la oscura noche bávara. A lo lejos, un solitario búho ululaba su melancólico canto entre los pinos. Había pasado muchísimas noches en vela en ese mismo lugar, incapaz de dormir mientras su inquieta mente volaba. Su imaginación anhelaba la aventura, viajar a algún lugar muy lejano. Encontrar el amor, marcharse de casa y buscar lo que fuera que creía que le faltaba. ¿Por qué no se había limitado a disfrutar de estar allí? ¿De estar en casa? De estar a salvo y de ser libre.

Estaba a punto de confesarle esos pensamientos a su hermana cuando la voz de Elena la sacó de su ensimismamiento.

—Sissi, tengo que decirte algo.

Sissi se volvió hacia su hermana y se asustó al ver un aleteo en los ojos de Nené, sus oscuros iris iluminados por la luz de las dos velas.

—Hay algo que deberías saber —susurró Nené, que de repente habló en un tono bajo y serio.

—¿De qué se trata?

Elena soltó el aire.

—Es que... no creo que... En fin, no creo que debas llevarte a Valeria contigo cuando vayas mañana a ver a Luis.

Sissi cambió de postura, ligeramente aliviada. No era lo que había esperado oír de labios de su hermana.

—¿A ver a Luis? ¿Por qué no? Llevo a Valeria a todas partes.

—No. —Elena meneó la cabeza con firmeza, un gesto muy inusual en la tímida Nené—. Mañana no, a la cima de esa montaña no. Sería demasiado

aterrador para una niña pequeña.

—¿Aterrador? —Sissi apartó la manta—. Nené, no te entiendo.

Elena se mordió el labio inferior; el temblor de la llama de la vela se reflejaba en sus ojos oscuros y le daba un aspecto casi sobrenatural. Parecía una especie de hechicera junto a su caldero.

—La cuestión es que Luis ha cambiado mucho —dijo con expresión seria.

En algún lugar fuera de los muros del castillo un lobo aulló y su inquietante llamada resonó en los selváticos bosques bávaros. Era un sonido familiar en las noches de su infancia, pero Sissi, al oírlo, se estremeció.

—Luis no es como lo recuerdas —continuó Elena—. No es el niño perfecto de nuestra juventud. Se ha vuelto muy...

—Luis ya era un excéntrico. —Sissi meneó la cabeza, pensaba en sus recuerdos del romántico príncipe de joven. Se obligó a mostrarse confiada—. Siempre ha sido un soñador. Tan apasionado, que yo parecía seria y razonable a su lado.

Había dicho eso con voz cantarina, pero le fue imposible pasar por alto la mirada sombría y pesarosa de Elena.

—No, Sissi, una cosa es ser excéntrico y otra muy distinta es... —Elena la miró a los ojos sin decir nada más, como si estuviera escogiendo las palabras con cuidado. Después, por fin, se acercó a ella y las susurró—: Lo llaman el «Rey Loco».



Sissi entrecerró los ojos e intentó vislumbrar algo entre el espeso y oscuro bosque de pinos y abetos que bordeaba el empinado camino, como si forzando la vista pudiera atravesar el impenetrable muro vegetal. Pero no, la espesura del bosque no le dejaba ver más allá de medio metro a un lado y otro del carruaje.

—Ya no debe de faltar mucho —dijo Sissi volviéndose hacia María e Ida.

Las dos mujeres dejaron que sus ceños fruncidos sirvieran de respuesta, pues no se atrevían a decir en voz alta lo que pensaban.

Viajaban en uno de los carruajes cerrados de Luis. Su primo, al enterarse de que Sissi quería ir a visitar su nuevo castillo en la cima de una montaña, había insistido en enviar su propio carruaje.

«De otro modo nunca encontrarás el palacio», escribió Luis. «Insisto... mi sentido de la caballería no permitirá que te pierdas en los montes bávaros.»

Y, en cambio, ¿su sentido de la caballería se permitía rechazar a su

hermana varias veces? Sissi había aceptado la oferta y había subido al carruaje cuando llegó a Possi por la mañana.

Acorde con la sensibilidad de Luis, era un vehículo extremadamente lujoso, decorado con oro. En la parte superior, los perfectos cuerpos desnudos de unos ángeles tallados levantaban una enorme corona hacia el cielo. Los cuatro caballos blancos del tiro, adornados con guarniciones doradas, resollaban mientras conducían a Sissi y a sus damas de compañía ladera arriba por un camino que parecía no tener fin.

El follaje de los pinos y los abetos se cerraba sobre ellos y creaba un túnel a su alrededor. El aire era frío y húmedo, y el olor a corteza, savia y acículas era abrumador. A medida que ascendían y que el carruaje se internaba cada vez más en el oscuro bosque, las damas que se sentaban enfrente de Sissi parecían compartir su confusión, y su creciente inquietud.

—Tal vez Nené tuviera razón —comentó Sissi como si nada—. A Valeria le habrían asustado los lobos de estos bosques.

Intentó de nuevo ver más allá del muro de árboles, como si al atisbar las amenazas que acechaban cerca el miedo menguara. Rezó en silencio dando gracias de que el carruaje fuera cerrado.

—No es por los lobos, emperatriz —dijo María Festetics en voz baja—. Me asusta más lo que nos espera en la cima de esta montaña.

Sissi miró a la condesa con el ceño fruncido, sorprendida por esa poco habitual expresión de descontento, por sutil que hubiera sido.

—Por favor, no me digas que das alguna credibilidad a esos ridículos rumores —protestó Sissi al tiempo que entrelazaba las manos en el regazo—. Luis es un encanto. Yo estoy deseando verlo, desde luego.

—Por supuesto, majestad —dijo María, contrita.

A su lado, Ida, siempre sumisa, miraba por la ventanilla para evitar la mirada de Sissi.

Pero Nené no tenía nada de tonta y mucho menos de cotilla. Sissi nunca había oído a su sensata y circunspecta hermana mayor pronunciar una mala palabra sobre otra persona. Ni siquiera sobre la archiduquesa Sofía. El hecho de que incluso Nené hubiera expresado sus dudas acerca del comportamiento de Luis le indicó que en lo alto de esa montaña tal vez las cosas no eran como debían.

Además, ¿qué era lo mejor para su hermana pequeña? Sofía Carlota se separaría de todo lo que conocía para vivir allí como la esposa de Luis. Sissi fue incapaz de controlar su inquietud; su temor era cada vez más abrumador, al igual que el bosque que la rodeaba, mientras el camino continuaba su

serpenteante ascenso.

Por fin, después de lo que se le antojó una eternidad, el bosque pareció clarear un poco y dejó a la vista retazos de cielo azul. Sissi se irguió en el asiento y, al mirar por la ventanilla y ver que el paisaje se abría ante ella, sintió alivio. Por primera vez se percató de lo alto que se encontraban. Muy abajo, se veían los verdes pastos. Y justo delante, en la cima del pedregoso precipicio, Sissi descubrió el castillo de Neuschwanstein.

Lo primero que pensó fue que semejante edificación desafiaba toda lógica. Era una estructura colosal de piedra blanca en lo alto de una cumbre. En consonancia con su nombre, «El nuevo Cisne de piedra», parecía un enorme cuerpo blanco que se había posado un instante en el pico de la montaña, batido por los elementos, a la espera de extender las alas y alzar el vuelo en el cielo que lo rodeaba.

—¡Oh!

Sissi se llevó una mano a los labios y jadeó. Se dio cuenta de que sus dos damas de compañía también estaban boquiabiertas por la repentina visión del castillo.

—¡Es impresionante! —exclamó María al cabo de un momento, asombrada.

Y lo era. Neuschwanstein era la edificación más extraordinaria que Sissi había visto en la vida. Ni siquiera en sus viajes por las antiguas ruinas de Corfú, de Egipto y de Roma había visto algo que se le pudiera comparar. El hecho de que semejante palacio existiera, con una decoración tan delicada y etérea como las nieblas que lo rodeaban y, al mismo tiempo, con una estructura tan sólida que se fundía a la perfección con la piedra de la que brotaba, parecía imposible. Sissi lo miraba estupefacta.

El carruaje atravesó la verja roja y Sissi se fijó en los criados uniformados que se asomaban para verla pasar, ansiosos por conocer a la emperatriz de afamada belleza. Los caballos recorrieron el empinado camino y se detuvieron delante de la puerta de entrada más grande que había visto jamás.

Los trinos llenaban el aire cuando ayudaron a Sissi a apearse del carruaje. Le sorprendió que los pájaros hubieran conseguido llegar hasta una cima tan remota; miró el mundo que se extendía a sus pies, e incluso los picos cercanos parecían lejanos campos en la hondonada. Sin embargo, por muy arriba que estuviera Sissi, el castillo se alzaba todavía más ante ella.

Tanto el edificio como su emplazamiento transmitían una sensación de verticalidad, de ascenso vertiginoso hacia los cielos. El castillo era un espectáculo de torreones puntiagudos, arcos y torres abovedadas. Luis, el

soñador, el romántico..., con su tendencia a proclamas fantásticas y al lenguaje grandilocuente, no había exagerado al afirmar la majestuosidad de esa obra maestra en la montaña. Ah, ¡tal vez Sofía Carlota no iba a ser tan desafortunada como Sissi había temido!

Delante de la puerta principal colgaba una placa enorme, y las palabras grabadas en ella eran tan propias de Luis que Sissi casi pudo oír cómo su primo gritaba el recibimiento: ¡BIENVENIDOS, VIAJEROS! ¡DULCES DAMAS! ¡OLVIDAD VUESTRAS TRIBULACIONES! ¡DEJAD QUE VUESTRA ALMA SE RINDA A LA ALEGRÍA DE LA POESÍA!

—Luis no está loco, solo es un incomprendido —dijo Sissi, dando voz a sus pensamientos, mientras atravesaba la puerta con el ánimo tan elevado como las torres del castillo.

Si solo una persona que estuviera loca podía construir semejante hogar, ella estaría encantada de que la diagnosticaran como tal. ¿Acaso no había que estar un poco loco para concebir un lugar tan espectacular? ¿Y, más aún, para luego hacerlo realidad? Recordó por qué quería tanto a Luis, por qué siempre había admirado su espíritu indomable y sus eternos sueños. Era todo muy romántico. Incluso deseó que Francisco hubiera tenido un puntito de esa misma locura.

Cuando atravesó el umbral, oyó la voz de Luis antes de verlo.

—¡Sissi! —Su anfitrión estaba en el vestíbulo principal del castillo, esperándola, y su apariencia llamó tanto la atención de Sissi que se concentró en él en vez de observar lo que la rodeaba—. Ay, ¡aquí está! ¡Aquí está! —Luis corrió hacia ella. Su alta figura era un derroche de sedas coloridas y de frenética energía—. ¡La emperatriz está aquí! ¡Que la alegre noticia se extienda desde la cima de mi montaña! —Luis era de constitución fuerte, el hombre más alto que Sissi conocía a excepción de Andrásy. Con su más de metro ochenta, cruzó la estancia en varias zancadas.

—Hola, querido primo —lo saludó ella con una sonrisa.

La ropa de Luis hizo que ella, famosa por su vestuario elaborado, se sintiera anodina. Lucía unas calzas de terciopelo azul claro con medias rosas. Una vaporosa capa le cubría los anchos hombros, y parecía que se había rizado y peinado el pelo con la misma atención que ella dedicaba a su acicalamiento.

Sofía Carlota había dicho que Luis era guapo. Sí, pensó Sissi, supuso que debía de ser guapo. Tenía el mismo tono de piel que Sissi; de hecho, los lugareños siempre los habían tomado por hermanos cuando pasaban temporadas juntos en Possenhofen. Tenían los mismos ojos color avellana,

largas pestañas y forma almendrada; el mismo color de pelo, dorado en su juventud, espeso y castaño claro en ese momento. Aunque no era especialmente viril ni tan imponente como Andrásy, nadie podía negar la belleza de las facciones de Luis ni la pulcritud con la que se arreglaba.

—Ay, Sissi, ¡la cabeza me da vueltas por la alegría de verte!

Luis la cogió en volandas y la hizo girar, sus carcajadas resonaban entre los muros. Girando entre sus brazos, los ojos de Sissi repararon en el torbellino que conformaban los frescos, los relucientes candelabros y los altos techos abovedados.

—Es maravilloso verte.

La dejó en el suelo y Sissi hizo un gesto con la mano a María e Ida para que se acercaran y así poder presentarlas. Mientras Luis saludaba a las damas de compañía, Sissi miró una vez más a su primo, al exuberante hombre que parecía encantado de vivir solo en la cima del mundo.

—Estás espléndida, Sissi, como siempre. Se lo dije a los criados... Les dije: «Preparaos para enamoraros, porque se dice que mi prima es la mujer más hermosa del mundo».

Luis se echó a reír de nuevo y Sissi bajó la vista.

—Tú también tienes muy buen aspecto, querido primo —dijo ella, incapaz de no mirar las calzas con las medias rosas.

—¿Te gusta? —Luis abrió los brazos—. Hoy voy vestido de trovador.

Sissi asintió con la cabeza. Tal vez Luis solo necesitase compañía humana. Tal vez la cima de esa montaña fuera tan solitaria e inaccesible que se aburría... y se había vuelto un excéntrico por la falta de estímulos o de diversión.

—En el camino hacia aquí, Luis, teníamos la sensación de que íbamos a estar subiendo...

—Eternamente —la interrumpió él, que se meció sobre los altos tacones de sus zapatos—. ¡Arriba, arriba, arriba! Bueno... —Agitó las manos para abarcar el espacio a su alrededor, y los anillos de sus dedos se agitaron y añadieron más color al caleidoscopio que los ojos de Sissi intentaban asimilar—. ¿Qué te parece mi humilde morada?

—¿Que qué me parece? Me parece que estoy un tanto pasmada. En serio, Luis, es magnífica.

Luis aplaudió, encantado de contar con su aprobación.

—Y todavía no has visto nada. ¿Qué te parece si te hago de guía?

Luis cogió la mano de Sissi y echó a andar con paso saltarín, tirando de ella hacia un pasillo tan largo que apenas se veía el final. María e Ida corrían

tras ellos intentando seguir el ritmo de las largas zancadas de Luis.

Pasaron de una habitación a otra, cada cual más grandiosa e imponente que la anterior, lo bastante grandes y lujosas como para servir de salón de baile incluso para los estándares de la corte más quisquillosa..., la de Viena. Aunque Sissi sospechaba que Luis no pensaba organizar muchos bailes en Neuschwanstein. Uno no se construía un castillo tan lejos de la sociedad si anhelaba un interminable desfile de invitados y visitantes en la casa.

Luis había alegado como motivo de no estar preparado para casarse que el castillo no estaba terminado, pero el edificio que veía Sissi parecía casi completo. Solo prestando mucha atención veía lo que faltaba: personajes a medio pintar en los coloridos murales; candelabros a los que les faltaban las velas; tablones en el suelo que había que pulir y barnizar. Pero, desde luego, Sofía Carlota en absoluto se sentiría incómoda si se mudara allí.

Siguieron andando. Tras ella, Sissi oía jadear a la pobre María Festetics. Luis, en cambio, parecía vibrar todavía más por la emoción mientras les enseñaba el castillo, su voz resonaba en el interminable corredor.

—Quería que los pasillos fueran lo bastante largos como para poder correr en ellos con mis caballos. Lo he conseguido, ¿verdad?

Sissi miró a su primo de reojo, convencida de que bromeaba. Pero aunque Luis sonrió, nada en su expresión le indicó que se tratara de una broma.

—Y por la noche a veces me pongo la armadura, escojo a un afortunado criado para que haga lo mismo, montamos en nuestros corceles y galopamos por los pasillos. Fingimos que somos caballeros medievales en busca del Santo Grial. ¿No es maravilloso? ¡Ah, ya hemos llegado, las escaleras! Prepárate para subir. —Luis subió los dos primeros peldaños de un salto. Las damas de compañía los seguían de cerca, y Sissi se cansó y empezó a faltarle el aliento aunque se creía en mejor forma física que la mayoría de las personas de su edad gracias a sus largas cabalgadas. La pobre María apenas podía respirar mientras seguía a la emperatriz.

—Luis, espera —dijo Sissi, que se detuvo en la interminable escalera—. Ida y María tal vez deberían esperarnos en la planta baja. El viaje ha sido agotador. Quizá prefieran descansar.

—De acuerdo.

A Luis no pareció importarle, y tampoco quería que lo retrasaran. Sissi permitió que sus damas de compañía regresaran escaleras abajo mientras ella continuaba el ascenso a regañadientes, acelerando el paso para alcanzar a su primo. Al llegar al final de la escalera, Luis levantó una mano como un director de orquesta; apenas acusaba el ascenso en su respiración.

—*Après vous*, después de ti, *ma belle cousine*.

Una vez que llegó arriba, la guio hasta una estancia, la más amplia que había visto Sissi hasta el momento.

—El Salón de los Cantores —proclamó Luis al tiempo que miraba alrededor con evidente orgullo.

Sissi, que seguía resollando por la acelerada subida, fue incapaz de contener una exclamación de sorpresa. Se encontraban en lo más alto de uno de los torreones del castillo, y toda la pared estaba compuesta por ventanas, de modo que había una panorámica impresionante del mundo visto desde las alturas.

Sissi creía que antes ya estaban muy arriba, pero esa vista era todavía más impresionante. Si miraba hacia el norte, podía ver por encima de las copas de los abetos y de la vaporosa niebla que lamía el horizonte allí donde las montañas se encontraban con el cielo. Más allá de las montañas se veía una serpenteante cinta azul, el río que se abría paso entre la campiña y los verdes pastos.

La sala en sí misma era de una belleza tan arrebatadora como la panorámica que proporcionaba. El tejado se elevaba sobre sus cabezas cubierto por paneles dorados y carmesíes. En los paneles había pintados ángeles, santos, demonios y dragones, figuras sobrenaturales en una épica batalla por la tierra de abajo. Sissi no sabía cuál le parecía más hermoso: el ejército que luchaba por Dios o el que luchaba por Satán.

El trozo de pared que no estaba ocupado por prístinos ventanales del suelo al techo lucía una serie de frescos. Sissi los examinó, intrigada, pero no entendió del todo su significado.

—La búsqueda del Santo Grial —dijo Luis, que se colocó tras ella para observar la escena—. Es tal como Richard...

Sissi se volvió y se percató de que los ojos dorados de Luis brillaban mientras hablaba del afamadísimo compositor Richard Wagner.

—Richard escribió acerca de la búsqueda en su ópera *Lohengrin*.

Tras decir eso, Luis levantó una mano y acarició con suavidad la mejilla del caballero que había sido retratado con tanta delicadeza.

Sissi se percató de que, por primera vez desde su llegada, su primo no vibraba ni se agitaba ni se movía con alegría... Luis estaba inmóvil. Transfigurado. Contemplaba con anhelo el mural inspirado por su amigo el compositor. Cuando volvió a hablar, su voz, antes tan apasionada, sonó muy baja, incluso tierna:

—Quería que esta fuera una estancia en la que entrara y se sintiera

inspirado.

Sissi tragó saliva, dio la espalda al vívido mural y miró de nuevo los bosques a través de los ventanales. Un pájaro surcó el cielo por debajo de la cumbre donde se alzaba el castillo y, volaba tan lejos, parecía tan pequeño, que fue como si estuviera en el otro lado del mundo.

El logro de Luis era impresionante, Sissi tuvo que admitirlo. En ese lugar había hecho realidad sus fantasías más extravagantes. A través del sudor, del trabajo artesano y de sus millones, Luis había convertido sus ideas más locas y sus ilógicos sueños en piedra, mármol y murales. El resultado era totalmente asombroso. Había que estar un poco loco para imaginar semejante lugar, se dijo Sissi. Y algo más para tener la audacia de construirlo una vez imaginado.

—¿Sissi?

Se volvió hacia su primo.

—¿Sí?

—¿Podemos bajar ya?

—Sí, por supuesto. ¿Va todo bien?

Luis se encogió de hombros.

—No me gusta estar en esta habitación sin Richard; hace que me sienta... En fin, no sé. Supongo que hace que me sienta triste.



Una vez que bajaron de la torre, recorrieron el interminable pasillo en la otra dirección.

—¿Recuerdas que te he dicho que quería que los pasillos fueran lo bastante largos para hacer carreras de caballos en ellos?

—Sí.

Sissi se preguntaba cómo iba a encontrar a sus damas de compañía en aquel inmenso castillo.

—En fin, la servidumbre tenía problemas para servirme la comida caliente. En el camino desde las cocinas hasta mi mesa siempre se enfriaba. ¡Ahora verás la solución que se me ha ocurrido!

Luis, que al parecer había recuperado el ánimo, hizo pasar a Sissi a un gigantesco comedor donde se encontraba preparada para dos, con una silla en cada extremo, la mesa más larga que ella había visto en su vida. Iba a tener que gritar para que su primo la oyese.

Tras dirigirse cada uno a un extremo, Luis levantó las manos como un director de orquesta. Sissi se dio cuenta de que no había comida en la mesa.

En ese momento, después de hacer una floritura con las manos, su primo gritó:

—*Tischleindeckdich!* ¡Mesa, desaparece!

Nada más decirlo, la mesa desapareció, se hundió en el suelo sobre el que estaba un momento antes. Sissi observaba boquiabierta y en silencio, estupefacta, y unos instantes después la mesa reapareció a través del suelo, con la superficie llena de bandejas humeantes.

—¿No es maravilloso? —Luis aplaudió y su voz aguda sonó muy distante en la otra punta de la mesa—. ¡Todo es idea mía!

—Pero... ¿cómo?

Sissi miraba la mesa totalmente dispuesta que tenía delante.

—Dijeron que no se podía hacer, pero ¡yo les dije que se me ocurriría una forma! La cocina está justo debajo, así que solo tenemos que bajar la mesa, allí la cargan y *voilà!*

En ese momento aparecieron los criados, como si ellos también surgieran de las paredes, y sirvieron la comida de las bandejas de porcelana en un plato, que colocaron delante de Sissi.

—Gracias —dijo ella, que miró a los criados que tenía al lado. Incluso los sirvientes de su primo eran guapos, cada uno de ellos más atractivo que el cortesano mejor vestido de toda Viena—. ¿No vas a comer conmigo? —preguntó al darse cuenta de que no habían colocado un plato delante de Luis.

—No. Almuerzo a medianoche.

Sissiladeó la cabeza y se preguntó, una vez más, si estaba bromeando.

Su primo agitó una mano.

—Llevo unos horarios de lo más raros. ¡Ahora mismo estoy levantado porque no quería perderme un solo minuto de tu visita!

Un criado se acercó a Sissi para llenarle la copa de vino. Tal vez ese fuera el rostro más hermoso que había visto en la vida. Esperó a que saliera de la estancia y luego miró a su primo.

—Por Dios, Luis, qué sirvientes tienes. Cada uno es más atractivo que el anterior.

—¡Pues claro! No creerías que iba a tener criados feos, ¿verdad? —Luis parpadeó, exagerando el espanto que le provocaba la idea... ¿O lo hacía en serio? Sissi no estaba segura—. Fue la primera orden que di como rey —dijo mirándose sus cuidadas uñas y luego se colocó bien los coloridos anillos—. Despedí a toda esa fea servidumbre de mis padres y la reemplacé por los criados más guapos de Baviera.

Sissi bebió un sorbo de vino.

—Ah, ¿y has visto esto?

Luis agitó una mano y gritó «¡Flores!». En ese preciso momento un enorme jarrón brotó, como tirado por cuerdas y poleas, de debajo de la mesa.

—Ahora no te veo —dijo Sissi, que cambió de postura en la silla en un intento de ver más allá del arreglo floral.

—De eso se trata. Si tengo que cenar con invitados feos, no me veré obligado a contemplar sus caras. Solo deseo estar rodeado de belleza.

Sissi frunció el ceño con la tranquilidad de saber que su primo no podía ver su perplejidad ante un comentario tan disparatado.

—Pero, por supuesto, semejantes medidas no son necesarias teniéndote a ti por acompañante. —Luis dio dos palmadas y el jarrón fue retirado por uno de los guapísimos criados—. Por favor, Sissi, tu cara... podría estar mirándola todo el día. Es uno de los motivos de que te quiera tanto.

—Gracias —dijo Sissi, que se colocó bien la servilleta en el regazo.

Miró la comida que tenía delante, pero no tenía hambre. Además, ¿dónde se habían metido Ida y María? Esperaba que los atractivos sirvientes de Luis se ocuparan de su almuerzo.

—Pero ya está bien de hablar de mí. —La voz de Luis casi resonó, de tan lejos que se encontraba. Sissi se dio cuenta de que esa distancia, al igual que todo lo demás en el castillo, era premeditada. Su primo debió de tenerlo en cuenta cuando encargó una mesa de comedor tan larga—. ¿Cómo estás, Sissi? Tu finca en Hungría parece encantadora, tal como la describes. Creo que me gustaría ir a verte allí.

—Me temo que Gödöllő te parecería muy sencillo en comparación con esto.

—¿Sencillo? Nada que tenga que ver contigo podría parecerme sencillo, Sissi.

—Eres muy amable.

—¿Y cómo está... el austríaco? —Luis siempre usaba ese apodo para referirse a Francisco. Desde que se había enterado de las primeras discordias conyugales entre Sissi y Francisco José, desconfiaba muchísimo del emperador.

—Francisco está bien. Gracias por preguntar. Sigue como siempre. Centrado en sus obligaciones, abrumado por el trabajo.

—Ese hombre necesita aprender a relajarse un poco.

Sissi suspiró. Ella podría haber dicho algo parecido, pero viniendo de Luis no parecía tener el mismo significado.

—Mi hija pequeña, Valeria, me da grandes alegrías. De hecho, quería

traerla para que la conocieras. Tal vez la próxima vez.

—¡Ah, preferiría que no lo hicieras! —exclamó Luis como si la idea lo inquietara. Después, al ver la expresión dolida de Sissi, aclaró—: No es que no la quiera. Estoy seguro de que la quiero, pues es una parte de ti. Pero... es que..., en fin, los niños me ponen muy nervioso. ¡Me dan miedo!

«Qué curioso», se dijo Sissi; recordaba la preocupación de Elena y su miedo de que Luis aterrorizara a la pequeña. Y al pensar en las medias de color rosa, en el pelo ondulado de forma tan elaborada y en las repentinas carcajadas histéricas, sospechaba que Elena había estado en lo cierto.

Sin embargo, si bien Luis pronunciaba todos esos comentarios estrafalarios, no había nada malicioso ni hiriente en sus palabras. Su intención no era ofender, y parecía no darse en absoluto cuenta de que pudiera hacerlo. Tenía el desparpajo de un niño, un rasgo que se solía perder en la adolescencia pero que él conservaba. Era la firme franqueza de alguien a quien nadie le llevaba la contraria, alguien con quien nadie osaba discutir.

Alguien como Francisco, se percató Sissi... aunque ahí acababan los parecidos entre ellos. Tal vez, se dijo, era un rasgo común en los monarcas. Niños que, desde que estaban en la habitación infantil de su corte, solo oían «Sí, majestad» y «Si eso complace a Su Majestad». De repente Sissi se percató del peligro que corría de convertirse también en alguien así; recordó en ese momento la cantidad de veces que fulminaba a María con la mirada cuando la condesa se aventuraba a expresar la menor crítica. E Ida nunca se atrevía. Decidió entonces rodearse de personas capaces de llevarle la contraria. Andrásy, pensó. Andrásy se atrevería a desafiarla. Con más motivo lo necesitaba en su vida.

Luis seguía parloteando desde el otro extremo de la mesa, sin percatarse de que ella no le prestaba atención. Sissi se concentró de nuevo en su primo y oyó que decía:

—Recuerdo que una vez mi padre, cuando era pequeño, me azotó. Fue porque me mostré grosero. Teníamos un criado espantoso, pero espantoso de verdad... me quedaba de piedra al ver su cara marcada por la viruela. Cada vez que aparecía en una habitación, me daba la vuelta, asqueado, y cerraba los ojos. Mi padre me dijo que dejara de hacerlo y que me disculpase, pero fui incapaz. Así que me azotó.

Sissi bebió otro sorbo de vino en vez de replicar.

—Richard no es bello... en un sentido clásico —siguió Luis, cuya voz se suavizó de repente.

—Ah... —Sissi cogió el tenedor y se obligó a pinchar la ensalada de col

que tenía delante.

—No, al menos su cuerpo no lo es. No tiene la belleza que tenemos tú y yo —continuó Luis con una franqueza absoluta—. Y sin embargo, nunca he conocido un alma imbuida de más belleza. Con Richard... Ah, con Richard miro y no veo un cuerpo. Con Richard miro y veo la divinidad.

—Disculpe, majestad. —Un criado llamó a la puerta.

—Dije que no se me interrumpiera mientras estuviera con mi prima. — Luis suspiró y miró al criado con expresión irritada.

—Sí, le pido disculpas, majestad... —El criado bajó la vista—. Pero, si me permite, majestad, también dijo que debíamos traerle esto en... en cuanto llegara. Un paquete de herr Richard Wagner.

—¿Ha llegado? —La voz de Luis subió una octava y se quebró un poco, sonó temblorosa—. ¡Oh, ha llegado! ¡Qué noticia tan maravillosa y estupenda! —Se levantó de un salto, corrió hacia el criado y le quitó el paquete que sostenía en las manos extendidas—. Ay, Sissi, perdóname. Tengo que dejarte —dijo con las mejillas todavía más sonrojadas—. Tengo que dejarte ahora mismo. He estado esperando las páginas de Richard. Ay, he estado esperando una eternidad. ¡Come y bebe! ¡Disfruta del festín! Luego vendré a buscarte. Pero ahora... ahora tengo que... —Y sin pronunciar una sola palabra más, salió en tromba del comedor y dejó a Sissi sola, con su plato de comida casi intacto y pensando en lo que le había contado su hermana acerca de que Luis la había dejado en mitad de la pista de baile, durante un vals, sin darle explicación alguna.



Pasaron las horas y a Sissi la tarde se le hizo eterna mientras observaba el mundo desde las alturas de la remota cima de Luis. Teniendo en cuenta lo sombrío e inhóspito que había sido el serpenteante camino a plena luz del día, descender por la noche le parecía algo que debía evitar a toda costa. Sin embargo, la idea de pasar la noche allí, sola con su primo en tan recóndito lugar... Se estremeció solo de pensarlo.

De modo que a medida que la tarde iba languideciendo y el sol se acercaba al horizonte, muy por debajo de ellos, Sissi redobló sus esfuerzos por encontrar a Luis y mantener la conversación pendiente que tenía con él antes de marcharse y regresar al acogedor y agradable mundo de Possenhofen.

Sabía que su primo había recibido unas páginas del compositor Wagner y que se había marchado corriendo para leerlas, suponía que en la intimidad.

Conocedora de su predilección por todo lo bello, supuso que en el exterior habría algún lugar donde entraba en comunión con la naturaleza que tanto amaba. Sin embargo, por mucho que recorrió a pie los alrededores del castillo, Luis no estaba ni en los jardines ni en los patios. Derrotada, regresó al interior.

Exploró los largos pasillos, pero no encontró ni rastro de Luis en ninguna de las gigantescas estancias. Subió varias escaleras de caracol, pero tampoco lo encontró en ninguno de los torreones. Por fin, de vuelta en el vestíbulo principal tras haber sido incapaz de dar con un solo criado que le dijera dónde se encontraba su primo, Sissi descubrió un largo pasillo que más bien parecía un pasadizo secreto. Lo enfiló.

Tuvo la sensación de que se adentraba cada vez más en la gélida estructura de piedra, como si avanzara hacia el centro del castillo. Y después el pasillo iluminado por velas desembocó en un salón enorme, un espacio a la vez gigantesco y celestial.

Entró boquiabierta, y se reprendió por sorprenderse constantemente ante las estancias de Luis. A esas alturas, ¿no debería estar acostumbrada a esa opulencia tan poco práctica y fantasiosa? Sin embargo, esa sala superaba a todas las demás. El techo, muy alto, formaba una cúpula inmensa de un azul brillante con el sol y las estrellas. Bajo sus pies, el suelo estaba decorado con un paisaje de hierba, vegetación y flores, y todos los animales del Jardín del Edén jugaban y pacían en él. Sissi se sintió mal al pisar semejante obra de arte. Las paredes que la rodeaban también estaban cubiertas por gloriosos murales: leones (el emblema de Baviera) que gruñían y rugían, y enormes imágenes de Jesucristo y la Virgen María observaban desde las alturas del vasto salón.

En el centro de la estancia había una escalera de mármol. Ascendió hasta la amplia plataforma que sobresalía de una hornacina. Era casi como un altar, o un escenario, pensó Sissi. Allí, tirado en el suelo, se encontraba su primo.

—¿Luis? —Su voz resonó en las frías paredes y la cúpula del techo.

Su primo no alzó la vista cuando se oyó el taconeo de sus zapatos en el suelo. Ni siquiera pareció ser consciente de su presencia cuando subió la escalera de mármol y se acercó a él.

—¿Luis?

No sabía si estaba dormido, llorando o simplemente se negaba a reconocer su presencia. Se le erizó la piel, y no fue a causa del frío y de la humedad reinantes.

Luis se movió por primera vez desde que Sissi había llegado a la

plataforma, y en ese momento ella vio las lágrimas en sus ojos, la angustia que nublaba su cara. Miró los papeles esparcidos alrededor de su primo, borradores de poesía y notas musicales. ¿Eran ellos los responsables de su desolación?

—Luis, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? —Se arrodilló a su lado.

—¡Por esto! —Luis levantó un trozo de papel y lo lanzó al aire. Luego dejó caer la cabeza, como si pesara demasiado para su cuello, y se cubrió la cara con las manos.

Sissi le puso una mano en el hombro, lo consoló como habría consolado a Rodolfo, pero su primo se zafó de ella y la miró con una mirada fogosa en sus ojos ambarinos, como si el brillo estuviera alimentado por llamas de otro mundo.

—¡Lo ha vuelto a hacer! ¿Te lo puedes creer? ¡Lo ha vuelto a hacer!

Sissi no sabía a qué se refería, pero contuvo el impulso de apartarse, de huir de esa habitación y de esa montaña para regresar a Possi, con su madre y su adorada Valeria.

Luis la cogió de la mano y tiró de ella. La fuerza de su primo la asustó; estaba segura de que, en caso de necesitarlo, sería incapaz de librarse de la mano de Luis. Pero cuando él volvió a hablar, lo hizo en un susurro muy dulce:

—Esto lo cambia todo. —Más lágrimas se agolparon en sus preciosos ojos.

—Lo siento, Luis, no... no entiendo.

Sissi dio un tirón pero no consiguió liberar su mano del apretón.

—¡Esto!

Luis la soltó, cogió otro papel del montón desperdigado a su alrededor y lo lanzó por los aires. A continuación, repitió el gesto con otro papel y con otro... Papeles blancos con notas musicales empezaron a llover en torno a ellos.

—Sissi, él dijo que podía hacerlo y yo le creí. ¡Claro que le creí! Solo yo en todo el mundo creyó en él. Y ahora lo ha hecho.

Sissi miró confundida los papeles que caían al suelo. Cogió el que tenía más cerca y leyó las palabras escritas en la parte superior: *Der Ring des Nibelungen*.

—*El anillo del nibelungo* —dijo.

Al oír aquellas palabras en voz alta, Luis se estremeció como un suplicante en trance en comunión con su dios. Dio un saltito y le agarró las manos.

—¿No te das cuenta? Richard y yo... estamos a punto de cambiar el rumbo de la historia de la música. —Los ojos de Luis refulgían, sus iris brillaban con más fuerza que el sol y las estrellas de la cúpula—. No, olvídate de la historia de la música... La historia. ¡Estamos a punto de cambiar la historia!

—Por supuesto. —Sissi se levantó despacio y habló con voz calmada y sosegada—. Luis, ¿puedes acompañarme? —Señaló la escalera de mármol—. Vamos a dar un paseo. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.



Luis le había dicho que tenía que ver una estancia más, de modo que Sissi sugirió que fueran allí. Su primo pareció tranquilizarse un poco durante el paseo, y Sissi lo seguía en silencio. Resultó que la llevó a una sala que parecía un museo.

—¡Hola, amigos! —gritó Luis, y Sissi casi esperó ver a una multitud aguardándolos. Pero lo que vio fue un bosque de bustos de mármol..., cabezas humanas en pedestales que la miraban con ojos incoloros y expresión pétrea—. ¡Mi colección de cabezas! —explicó Luis con voz alegre después del llanto de antes. Sus emociones eran un carrusel. En comparación, los cambios de humor de Sissi parecían una tontería.

Observó la colección y leyó las placas bajo cada busto. Vio la cara de Luis XIV, el monarca francés que se había proclamado *le Roi-Soleil*, el Rey Sol, el hombre que había legado al mundo el palacio de Versalles. Con razón Luis lo admiraba. Y también estaba el busto de María Antonieta, la infame reina francesa que había vivido en Versalles y había perdido la cabeza en la guillotina. Antes de todo eso había sido una princesa Habsburgo. «Tía abuela de Francisco José», pensó Sissi. «Ay, por Dios, ¿qué diría Francisco si viera a su tía aquí?» Se estremeció al imaginarse la reacción de su razonable marido con todo aquello.

—Aquí está —dijo Luis, que desde el otro extremo de la habitación le hacía señas para que se acercase al busto de un hombre—. Te dije que no era bello. —Luis puso las manos en las mejillas de mármol, como si acariciara a un amante—. No, Richard, no eres bellísimo, ¿verdad? —Luis hablaba directamente al busto con una voz una octava más alta de lo normal—. Estás siempre tan serio... Con el ceño fruncido. ¡Ay, pero creo que eres lo más hermoso que he visto nunca! —Tras decir eso, besó la frente de Wagner y pasó al siguiente busto—. Pero ¿dónde está? Tienes que verlo, Sissi. —Corrió entre los pedestales en busca de un rostro en concreto—. ¡Ah! ¡Sí, aquí está!

—Hizo una pausa. Sissi lo siguió, vio el busto que tenía delante y se quedó sin aliento: estaba mirando su propia cara—. Aquí estás. —Luis se inclinó hacia el busto de mármol, se reía y le hacía mohines como se le harían a un niño pequeño para que sonriera—. ¡Qué guapa es mi Sissi! Esto es para cuando te echo de menos. Cuando estás tan lejos, con el austríaco.

Sissi, al darse cuenta de que la intención de Luis era hacerle un gran halago, recobró la compostura.

—Caramba, Luis, gracias. Pero... ¿cómo lo has conseguido?

—No dejé de hablar y hablar de tu belleza. Le mostré al escultor tu retrato. Creo que te ha hecho justicia. ¿Lo apruebas?

—¿Que si lo apruebo? Bueno, me has hecho más que justicia. Has mejorado el original.

—¡Tonterías! —Luis se echó el pelo rizado hacia atrás y rio.

Sissi miró una vez más el busto y luego desvió la vista hacia el que estaba justo a su derecha. ¿Otra vez ella? No, no, era Sofía Carlota. La prometida de Luis. Y de repente recordó el motivo de su visita.

—Luis, ¡también tienes a mi hermana! Sofía Carlota. Por Dios, es muy guapa, ¿verdad?

—¿Mmm? —Luis se volvió a regañadientes hacia el busto de Sofía Carlota—. Ah, sí. Una muchacha encantadora. —Luego suspiró y se alejó hacia la ventana, desde donde divisó el mundo, deprimido de repente.

Sissi lo siguió y habló con voz baja y calmada:

—Seguro que sabes que tengo que preguntar qué pasa, Luis. ¿Por qué la estás evitando?

Al poco, él se volvió hacia ella y en sus ojos ya no había luz.

—Es una buena muchacha. Una muchacha encantadora.

—Pero...

Luis suspiró de nuevo.

—¿Sabes cómo conocí el trabajo de Richard?

—Por favor, ya basta de Richard Wagner. ¿Te importaría contestar a mi pregunta?

—Eso estoy haciendo —protestó él.

Sissi frunció el ceño, desconcertada.

—Conocí el trabajo de Richard en tu casa —siguió Luis.

—¿En Possi?

Su primo asintió con la cabeza.

—Tu padre había dejado unas partituras de Richard en el piano de Possenhofen. Las vi cuando era joven... al poco tiempo de que tú te fueras a

Viena. De que te casaras con el austríaco. Estaba muy triste. Te echaba muchísimo de menos. Detestaba estar en Possenhofen sin ti. Pero entonces... ese día... todo cambió.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Sofía Carlota?

—Tu hermana es una muchacha encantadora.

—Sí, no dejabas de repetirlo.

—En fin, teniendo en cuenta que tu padre, mi querido tío, me presentó al genio de Richard, es natural que yo quisiera casarme con una de sus hijas.

Sissi se dio la vuelta y, agarrándose al alféizar de la ventana, tragó saliva con dificultad. Vio un pájaro que volaba más abajo, lejos, y su mente giró y viró con él.

—Tu hermana siempre se mostró muy agradable y cariñosa cuando iba a tu casa. Manteníamos unas conversaciones bastante agradables. Pero luego... un día... tocó el piano para mí. Le pregunté si podía tocar algo de Wagner y se le iluminó la cara. ¡Le gustaba su música tanto como a mí! O... casi como a mí.

Sissi escuchaba en silencio; la situación se iba aclarando con cada palabra apasionada de Luis.

—Nos pasábamos las horas sentados al piano, el uno al lado del otro, mientras ella tocaba y cantaba para mí. Tu hermana tiene mucho talento. ¿Y la música de Wagner? Su música me transporta a un estado de divina embriaguez. Creo que fue por eso. Sofía estaba tocando para mí y yo me embriagué por completo... y confundí el amor que él me inspiraba por amor hacia ella.

Sissi cruzó los brazos delante del pecho. Al cabo de un momento preguntó:

—Pero ¿por qué le pediste matrimonio, Luis?

Su primo se apartó de ella y apoyó la frente en el cristal de la ventana; miraba el abismo que se abría ante ellos.

—Tu madre vio que gravitaba alrededor de tu hermana. La visitaba y la buscaba constantemente. Y se dio cuenta de que Sofía me correspondía. Un día me llevó a un aparte y me contó lo que sentía Sofía. Ella suponía que mis sentimientos también eran de amor romántico. Me dijo que la cosa ya había durado demasiado. Que Sofía podría tener muchos pretendientes y que no era justo que yo jugara con sus sentimientos. Que o nos comprometíamos o que cortara los lazos que nos unían para que ella pudiera encontrar el amor en otra parte.

A Sissi le dio vueltas la cabeza mientras imaginaba a su madre, su

protectora, práctica y bienintencionada madre, haciendo precisamente lo que Luis acababa de describir.

—En ese momento me di cuenta de lo lejos que me había permitido llegar, ensimismado por Sofía y por la pasión que compartía con ella. Sentí verdadera compasión por tu hermana, sabía que me quería. Y temía perderla. De modo que... —Luis se encogió de hombros en un gesto indeciso—. Pero... como suele suceder con la embriaguez... a la mañana siguiente llega la náusea. La consternación. Y lamento mucho lo que le he hecho, lo que tengo que hacerle a la pobre Sofía Carlota.

Sissi sopesó esas palabras e intentó asimilar a toda prisa los giros de esa infructuosa historia de amor. Debería sentir tristeza por el desengaño que iba a sufrir su hermana. Así como vergüenza por sus familiares, que sin duda tendrían que enfrentarse al escándalo cuando el rey Luis abandonara a su novia. Pero solo experimentó una tremenda sensación de alivio, tanto por Sofía Carlota como por Luis. Alivio al saber que podían evitar un matrimonio sin amor que los habría aprisionado a ambos, que los habría hecho muy infelices.

Soltó un hondo suspiro y dijo:

—Pero es lo mejor. —Y lo era, estaba convencida de ello—. Mi hermana es fuerte. Se recuperará del golpe.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Luis, que se volvió hacia ella con expresión apesadumbrada.

—Sí. Es lo mejor para los dos.

La cara de Luis reflejó alivio. Acto seguido, suspiró y se llevó las manos al corazón.

—Y seguro que en el fondo de su corazón sabe que... En fin, nunca fingí que la quería más que a él. Conoce la... amistad... que siento por él.

—¿Y Wagner... Richard... corresponde a tus sentimientos de... amistad? —preguntó Sissi.

—Creo que sí —contestó Luis con un hilo de voz—. Al menos, eso espero. A veces me enfurece cómo me evita. He construido este lugar para él. Cuido cada detalle, grande o pequeño, con una única pregunta en mente: ¿le gustará a Richard? Lo he diseñado de acuerdo a sus expresos deseos, he usado sus palabras como plan de acción con la esperanza de atraerlo a mí. —Luis gesticuló con manos temblorosas para abarcar la estancia. Cuando siguió hablando, parecía confundido—: Y sin embargo siempre tiene algún motivo para no venir. Siempre menciona a su esposa... ¡como si yo no recordara quién es!

La voz de Luis sonaba agria por el resentimiento. Hizo una pausa, suspiró y se volvió hacia el busto del compositor. Se acercó a él y Sissi lo siguió. Se plantó delante del busto de Wagner y susurró:

—A veces creo que solo tengo noticias tuyas cuando necesita más dinero.

Esa confesión se le clavó a Sissi en el corazón. Aferró a su primo por los hombros.

—Pues dile que no. Si no te hace caso, si es ingrato contigo, no sigas gastando tu fortuna en sus partituras y sus obras.

Luis negó con la cabeza y una triste sonrisa de resignación se abrió paso en su rostro.

—Lo digo en serio, Luis. No corras a financiar una nueva ópera ni le construyas un nuevo teatro cada vez que te lo pida. No es justo por su parte...

Luis levantó una mano para pedirle que guardara silencio.

—Es inútil, Sissi. No me digas eso. Soy incapaz de decirle que no a Richard. —Volvió a suspirar, se cruzó de brazos y se inclinó ante el busto de mármol—. Entregaría mis palacios, toda mi fortuna e incluso mi vida para que él siguiera creando semejante belleza. Me dice que soy su ángel de la guarda. Yo le digo que él es más que mi ángel de la guarda..., es mi dios.

Sissi no encontró palabras con las que responder. Tras un largo silencio, Luis se dio la vuelta y recorrió el pasillo entre los bustos de mármol. Cuando llegó ante el de María Antonieta, se detuvo y acarició con un dedo el contorno de su elaborado peinado.

—Estoy construyendo una réplica de Versalles. ¿Lo sabías? En Linderhof.

Sissi negó con la cabeza. Se había enterado de que su primo debía varios millones a causa de sus ostentosos proyectos y su mecenazgo de Richard Wagner, pero no había oído que estuviera levantando un segundo Versalles.

—¿Es sensato, Luis? ¿Es el momento adecuado para emprender algo tan costoso...?

—Será una imitación perfecta... pero mejor —dijo Luis, que siguió acariciando la mejilla de María Antonieta—. ¿No es preciosa? A veces creo que si hubiera podido tenerla a ella, tal vez me habría hecho ilusión casarme. Ella... o tú. Pero ninguna otra persona. Ninguna otra mujer podría tentarme para que me casara.



De vuelta en Possi, Sissi se sumó al coro de voces que pedían a Sofía Carlota que rompiera el compromiso. Incluso la duquesa asimiló el hecho inevitable de romper los lazos cuando oyó el breve relato de la visita de Sissi a

Neuschwanstein. Sissi no se explayó, no le contó a Sofía Carlota muchos detalles de ese día con Luis. Tal vez no quería admitir ante los demás, o incluso ante ella misma, lo inquietante que le había resultado el tiempo pasado con su adorado primo. Tal vez sentía la necesidad de protegerlo, de permitirle vivir en paz en la cima de su montaña, donde solo supondría una amenaza para sí mismo. Pero se mantuvo firme en su creencia de que su hermana debía romper el compromiso.

—Lo siento mucho, Sofía Carlota, pero creo que es lo mejor —concluyó Sissi esa noche, de nuevo en la seguridad del hogar familiar.

—Pero... no puedes hablar en serio... —protestó su hermana pequeña.

—Hablo en serio, cariño —continuó Sissi—. Tras haber visitado a Luis y el lugar que se convertiría en tu hogar, creo que serías mucho más feliz en otra parte. Tengo incluso la sensación de que te has librado de un destino de lo más indeseable.

Sissi repitió esa frase, y otras por el estilo, en los días que siguieron a su visita a Neuschwanstein. Pero su hermana se aferraba a la esperanza de que su prometido corrigiera su comportamiento. Sissi, Nené y su madre se turnaban para hacer compañía a la desconsolada muchacha, que lloraba por su prometido ausente. O tal vez fuera más la humillación que el dolor lo que llevó a Sofía Carlota a aferrarse a Luis. Fuera como fuese, la joven novia parecía renuente a renunciar a sus felices sueños como reina de Baviera.

Al final no hizo falta que Sissi convenciera a Sofía Carlota de que pusiera fin al compromiso, pues Luis lo hizo por carta. La noticia llegó varios días después de la visita de Sissi a su castillo. La carta era recargada y apasionada, tal como Sissi esperaba viniendo de él, pero Luis había hecho lo correcto.

Sissi se quedó unos cuantos días más en Possi para consolar a su hermana; mientras tanto, su corazón voló a Budapest. Añoraba la conocida y querida campiña de Gödöllő. Añoraba sus caballos y su libertad. Pero, sobre todo, después de los estrictos meses pasados en Viena, los agotadores días en Possenhofen y, más todavía, el extraño y descorazonador día en la cima de la montaña de Luis, añoraba a Andrásy. Añoraba su fuerte presencia, sus firmes consejos y el certero y tranquilo equilibrio que siempre conseguía volver a instaurar en su vida.

Le dijo a su madre que, en vez de volver a Viena, Valeria y ella realizarían una breve visita a Gödöllő. Llevaba mucho tiempo sin ir a la propiedad y quería comprobar el estado del establo y del palacio. Por supuesto, también ansiaba pasar varias semanas montando a caballo.

Pero los planes de Sissi se trastocaron la tarde siguiente, cuando recibió

una petición urgente del emperador para que su esposa volviera a la corte. La archiduquesa Sofía se encontraba enferma y su estado empeoraba. Rodolfo y Gisela estaban fuera de sí al ver a su abuela sufrir y postrada en la cama. Francisco no podía abandonar Viena estando su madre en esas condiciones, pero echaba de menos a su esposa y suplicaba a la emperatriz que regresara al lugar que le correspondía, a su lado y al lado de los niños. Sissi sintió una presión en el pecho por esa maraña de deseos y emociones encontradas mientras leía las palabras de Francisco. Sin embargo, cuando Sissi leyó la posdata, sin duda un anuncio insignificante para Francisco, las líneas parecieron saltar del papel.

P. D.: He nombrado al conde Andrásy ministro de Asuntos Exteriores de la corona y le he pedido que se traslade temporalmente a Viena. Estará en el palacio para recibirte de forma oficial si yo me encuentro ocupado velando a mi madre.

De repente, Viena no le parecía un lugar tan espantoso.

IV

Allí donde no estoy, mora la felicidad.

HEINRICH HEINE,
poeta preferido de Sissi

Capítulo 4

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena
Otoño de 1871*

Como no podía ser de otro modo, no era Andrásy quien esperaba a Sissi en el jardín para darle la bienvenida. Eran Francisco y sus dos hijos mayores.

La corte seguía instalada en el palacio de verano, a las afueras de la ciudad, disfrutando de los últimos días de clima agradable. Aunque Sissi prefería ese palacio, con sus alegres paredes de color amarillo limón y sus extensos jardines cuajados de flores, el humor de su familia distaba mucho de ser alegre.

—Hola, Isabel —la saludó Francisco antes de darle un descuidado beso en la mejilla.

—Hola, Francisco. ¿Cómo se encuentra tu madre?

—Es una mujer fuerte —fue su respuesta, y Sissi se dio cuenta de que estaba reprimiendo la emoción, tal vez incluso las lágrimas.

—Rodolfo, cariño.

Sissi se inclinó hacia su hijo y contempló su serio rostro, sus delicadas facciones demudadas por la preocupación a pesar de lo pequeño que era.

—Madre. —Rodolfo miró de reojo a su hermana, como si buscara su aprobación. Después añadió mirando de nuevo a Sissi—: Bienvenida. Espero que hayas tenido un buen viaje.

Sissi se apartó, asombrada por la rigidez y formalidad del saludo de su hijo. Como si todos los progresos se hubieran esfumado mientras ella estaba ausente. Tal vez no le había perdonado su repentina marcha y su decisión de llevarse solo a Valeria. Se enderezó y miró a Gisela.

—Hola, cariño.

—Madre...

La reacción de Gisela fue aún más gélida. La muchacha fijó la mirada, los ojos del mismo azul claro que su padre y enrojecidos a causa de las lágrimas por Sofía, en un punto distante al otro lado del jardín y no dijo nada más. Semejante brusquedad no sorprendió a Sissi, pero la entristeció.

—Bueno, siento mucho haber estado ausente. Estoy impaciente por presentarle mis respetos a tu madre —dijo al tiempo que se volvía hacia Francisco, que seguía rígido e inmóvil en su uniforme militar.

—Ahora está dormida. Creo que hoy ya ha tenido bastante estimulación con todos los médicos y las enfermeras que la han atendido. Tal vez mañana sea mejor.

—Como desees —accedió Sissi.

—De acuerdo —dijo Francisco—. Llevaré a los niños de vuelta a los aposentos de mi madre. Le diremos que mañana la visitarás. —Hizo una ligera reverencia dirigida a Sissi—. He ordenado que esta noche preparen una cena familiar en tu honor. Mi madre no podrá acompañarnos, claro, pero sabe que hoy esperábamos tu regreso y se alegrará de que cenemos juntos. Nos veremos después, entonces.

Y con esas palabras el emperador dio media vuelta y sus hijos lo siguieron obedientes en dirección al palacio. De regreso junto a la enferma cuya pérdida les resultaría más dolorosa que la suya. Sissi, en el jardín, los observó alejarse y se preguntó por qué Francisco le había pedido que volviera.



Aunque la noticia de la milagrosa mejoría de la archiduquesa se extendió por la corte, alegrando a los aristócratas y suscitando un sinnúmero de oraciones de agradecimiento, las celebraciones se acabaron pronto. Poco tiempo después llegaron noticias preocupantes, en esa ocasión procedentes del exterior del palacio, donde los nubarrones de la guerra comenzaban a oscurecer el oeste.

Era una tarde húmeda y fría de finales de otoño, varias semanas después de que la corte se trasladara al palacio de Hofburg para pasar el invierno. Sissi estaba cenando; la habían instado a participar en un evento formal que no había tenido oportunidad de eludir. Aunque los músicos de la corte amenizaban la velada desde el rincón más alejado del salón de banquetes llenando la estancia con la alegría de sus vales, y aunque el menú era tan espléndido y fastuoso como de costumbre, con montones de golosinas y de relucientes bandejas de bronce, el ánimo de los comensales era sin duda sombrío.

Sissi miró al otro extremo de la mesa, como todos los demás, a la espera de que el emperador hablara. Cada pocos bocados, Francisco dejaba de comer y se limpiaba los labios, o bebía un pequeño sorbo de vino, tras lo cual seguía comiendo. A menos que él diera el primer paso, nadie se atrevería a pronunciar las preocupantes palabras o a dar voz a las incómodas preguntas

que tenían en mente.

Por fin, Francisco miró al reducido número de comensales, sus ojos recorrieron rápidamente las dos hileras de rostros inquietos.

—Gracias a Dios...

Aunque no terminó la frase, Sissi y todos los demás sabían a qué se refería.

Gracias a Dios que no habían sido ellos, la ciudad de Viena, en vez de los parisinos. Podrían haber sido los Habsburgo los que hubieran sufrido el asedio y el destronamiento por parte de las tropas prusianas de Otto von Bismarck en vez de Napoleón III y la emperatriz Eugenia. Podría haber sido la caída del Imperio austrohúngaro en vez de la caída del Imperio francés.

A ellos les había tocado hacía cinco años. Habían sido avergonzados y derrotados por el poderío del ejército prusiano y por la astucia de Bismarck. Sin embargo, era inquietante leer los titulares y los artículos del momento. Ver cómo en solo un par de años las fuerzas de Bismarck habían aumentado su poder y habían vencido con facilidad al legendario ejército francés, que hasta pocos meses antes se creía el más fuerte de Europa y del mundo. Los prusianos y sus cañones habían destrozado a los franceses, habían capturado al emperador Napoleón III y se habían apropiado de buena parte del territorio francés.

Pero eran las noticias que llegaban a Viena procedentes de París —más que las que llegaban de los campos de batalla— las que tenían en vilo a Sissi. Masacres a la luz del día, saqueos en las tiendas y la emperatriz Eugenia huyendo de los sanguinarios prusianos por las calles de la capital. Noticias de lo que habían padecido los ciudadanos franceses, cercados e indefensos, durante el largo asedio, obligados a combatir el frío invierno quemando muebles, y el hambre, comiendo ratas y perros en la ciudad que presumía de una tradición culinaria sin parangón.

—Esto presagia un futuro muy oscuro —dijo Francisco en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, tras lo cual se limpió la poblaba barba con la servilleta.

Un futuro muy oscuro, tal vez, y un presente sombrío. Sissi miró los mudos y atónitos rostros reunidos alrededor de la mesa para disfrutar de su opulenta cena austríaca. Las clases europeas dirigentes, entre las que se incluían los Habsburgo, no entendían qué acababa de suceder. No entendían cómo era posible que Bismarck hubiera derrotado de forma tan rápida y definitiva a los franceses y que, al hacerlo, hubiera establecido el nuevo y formidable Imperio alemán. Cómo era posible que hubiera acabado de un

plumazo con el Imperio francés, que hubiera desplazado a Austria de su liderazgo entre los estados germánicos y que hubiera alterado por completo el equilibrio de poder no solo en Europa, sino en el mundo.

Francisco José seguía picoteando de forma distraída de su plato; cada pocos minutos se acariciaba la canosa barba. Solo él podía hablar, de manera que en la mesa reinaba un silencio tenso.

Rodolfo, sentado junto a su padre, se removía en su silla, incómodo con ese nuevo estatus que le permitía comer en la mesa de los adultos. Sus ojos volaban de su padre a su abuela y de esta a su hermana en busca de pistas para saber cómo cortar el pescado o cuándo debía limpiarse la boca, libre aún de barba y bigote. Gisela permanecía en silencio, cumpliendo con su deber y con la vista gacha, si bien Sissi sospechaba que sus pensamientos estaban lejos de allí, con su prometido. El príncipe Leopoldo, un pariente lejano de Baviera, había dejado claro al distraído Francisco que tenía intenciones de contraer matrimonio con ella.

Lejos, en el otro extremo de la mesa, se sentaba Andrásy, silencioso y serio, con el rostro demudado por la fatiga. Sissi suponía que debía de añorar Hungría. ¿Cómo no iba a arrepentirse de su decisión de haberse trasladado a la capital? ¿Cómo no iba a echar de menos la libertad de Budapest comparada con la solemnidad y la preocupación reinantes en la corte vienesa? La política internacional y las exigencias del papel que le había otorgado Francisco habían consumido a Andrásy desde que llegó a Viena. Sin embargo, Sissi sentía un alivio enorme por tenerlo en el palacio de Hofburg, aunque solo habían disfrutado de algún momento juntos y apenas habían cruzado palabra.

Fue Sofía, la archiduquesa, la que se tomó peor las noticias sobre el Imperio alemán. Sofía, que se había recobrado lo suficiente como para asistir a la cena con su hijo y con su familia, parecía que estaba deseando volver a la cama. Para ella, el triunfo de los odiados prusianos, hacía cinco años sobre su hijo y en ese momento sobre los franceses, era tal vez el golpe más doloroso de una larga serie de demoledoras pérdidas. Sus enemigos y sus rivales parecían alzarse a su alrededor. Sofía se quedó atónita cuando Bismarck derrotó tan rápido a su hijo en una guerra que ella misma había alentado. A continuación había criticado abiertamente el Compromiso austrohúngaro y el establecimiento de la monarquía dual, un movimiento que consideraba débil y demasiado liberal, y que fue orquestado, ni más ni menos, que por su nuera y el antiguo revolucionario Gyula Andrásy. Y después fue testigo, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, de cómo Francisco entregaba a Sissi las riendas de la educación de Rodolfo.

En ese momento Sofía se enfrentaba a dos golpes consecutivos: la supremacía de Prusia en Europa y el reciente nombramiento de su némesis húngara, Andrásy, sentado a la mesa de su familia, como ministro de Asuntos Exteriores, lo que lo convertía en el hombre más poderoso del imperio después de su hijo. Era demasiado para la frágil y envejecida matriarca. Sofía carraspeó lo bastante alto como para que su hijo la oyera.

Francisco alzó la vista.

—¿Sí, madre? ¿Te gustaría decir algo?

La anciana asintió con la cabeza.

—¿Y bien?

—Pensar que... —Sofía se inclinó hacia delante con voz temblorosa. Su cuerpo parecía haber mermado, encogida como estaba en la silla—. Pensar que cuando llegué a Viena para casarme todo era tan distinto... Cuando el príncipe Metternich ocupaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores —siguió al tiempo que dirigía a Andrásy una mirada desconfiada—, todos dormíamos tranquilos por la noche. Europa vivió la era de las grandes monarquías con Austria al timón. Las dinastías estaban aseguradas. Las cosas se regían por el orden natural. La gente sabía quiénes eran sus líderes. No se hablaba tanto de constituciones, revoluciones ni de gobiernos no intervencionistas. Había paz. ¡Había orden! —Pronunció la última palabra con la veneración que merecía y bajó la vista al plato; parecía agotada por el exabrupto—. Temo por... ay, Francisco, temo por la era de los grandes monarcas...

—Ya está, madre... —dijo Francisco José con voz aguda, incapaz de encontrar las palabras que consolaran a su atribulada madre. Tal vez Sofía tuviera razón.

Andrásy hizo un gesto y Francisco lo miró. Era asombroso, pensó Sissi. Esos dos hombres, antaño enemigos jurados, estaban sentados a la misma mesa en Viena. Francisco, en vez de escuchar a su madre, tenía en cuenta el consejo del que fuera un rebelde y exiliado húngaro. Y ella, Sissi, la artífice de que estuvieran juntos, contemplaba la escena en silencio.

—Sí, conde Andrásy, ¿le gustaría decir algo?

—Si me lo permite, majestad...

Francisco le dio la palabra y Andrásy se enderezó un poco y alejó el plato; al parecer no quería más estofado de ternera.

—Prusia vuelve a buscar nuestra amistad —dijo tras carraspear—. Bismarck sabe que, si le dan a elegir entre Francia, Inglaterra y Austria-Hungría, es nuestra amistad la que más necesita.

—¿Los prusianos... nuestros amigos? —preguntó Sofía con mordacidad.

—Es un nuevo mundo, archiduquesa Sofía —respondió Andrásy volviéndose despacio hacia Sofía antes de mirar de nuevo a Francisco—. La victoria de Prusia... o tal vez debería decir la victoria de Alemania sobre Francia ha sido la artífice de dicho mundo. Debemos adaptarnos o morir, majestad.

—Somos los Habsburgo. Nosotros no cambiamos —repuso Sofía, repitiendo el lema familiar, pero su hijo no le ofreció su apoyo como de costumbre.

—Te diré una cosa —replicó Francisco dirigiéndose a Andrásy, no a su madre—: ahora me preocupan menos los prusianos. No, hablo en serio. Escúchame. No serán los prusianos los que nos destruyan. Y tampoco los húngaros. —Francisco inclinó la cabeza en dirección a Andrásy en señal de reconocimiento.

El gesto irritó a Sissi. ¿Acaso no había sido ella crucial a la hora de alcanzar el acuerdo de paz entre los austríacos y los húngaros?

Francisco continuó; no miraba a su mujer ni a su madre sino a su ministro de Asuntos Exteriores.

—Después de todo esto, no serán los prusianos, los húngaros ni los italianos quienes nos destruyan. Lo tengo claro: si el imperio se desmorona —alzó una mano y agitó un dedo en dirección a los comensales—, será a causa de la amenaza que nos llega desde los Balcanes. Los serbios podrían ser el fin de los Habsburgo.

Andrásy, Sissi y Sofía meditaron sobre sus palabras en silencio. Los serbios que vivían en territorio de los Habsburgo eran un pueblo volátil que reclamaba constantemente la independencia, sí, pero no dejaban de ser una banda desorganizada de anarquistas, fascistas y comunistas. Pistoleros solitarios en busca de su propia gloria. Ningún serbio suponía una amenaza seria para el poder unificado y decidido de los austrohúngaros.

Francisco José se llevó la servilleta a los labios, se limpió el bigote y la dejó de nuevo en la mesa.

—He terminado —anunció al tiempo que se ponía en pie, gesto que, según la costumbre, ponía fin a la cena de los demás, hubieran acabado o no.

Sissi apenas había tocado la comida. Había asistido a la cena con la esperanza de poder transmitir sus preocupaciones a su marido y a Andrásy. Su hermana María Sofía había sido expulsada del palacio que su marido tenía en Roma y había huido a Possenhofen en calidad de refugiada, donde vivía en el exilio. Una reina caída en desgracia, sin corona y sin reino. ¿No había nada

que Austria pudiera hacer para ayudar a la hermana de Sissi a echar de Roma a ese criminal revolucionario llamado Víctor Manuel a fin de que María Sofía y su marido recuperaran sus reinos italianos?

Sin embargo, comprendió que no tendría ocasión de suplicar en nombre de su hermana, la antigua reina de Nápoles, al ver que su marido carraspeaba y permanecía en pie a la cabecera de la mesa.

—Voy a fumar un rato a la estancia adyacente. Andrásy, ¿me acompañas?

—Por supuesto, majestad.

Los dos hombres salieron y Sissi se quedó donde estaba. Su suegra tosió a su lado. Gisela y Rodolfo se susurraron algo gracioso, más relajados ahora que el emperador y el ministro se habían marchado. Sissi bajó la vista y se ajustó los pliegues de su vestido.

«Qué curioso», pensó. Antaño había sido ella la aliada de Andrásy, su único paladín en la corte de los Habsburgo. Andrásy la necesitaba para trasladar sus pensamientos al emperador. Pero últimamente pasaban casi todas las noches juntos, encerrados en el gabinete de Francisco, bebiendo, fumando y discutiendo sobre la interminable lista de crisis internacionales que los vapuleaban y los asediaban, cual flujo incesante de tempestades oceánicas. Andrásy parecía haberla olvidado por completo y haberla reemplazado por su marido y por una infinita carga de trabajo. La filosofía por la que se regía Francisco, según la cual uno debía trabajar hasta el agotamiento, parecía ser el nuevo lema de Andrásy. Ambos hombres habían acabado siendo inseparables, unidos por el cuidado compartido de la nave que dirigían.

Sissi miró de nuevo su elegante vestido y se sintió tonta. Se había arreglado magníficamente para la cena. Llevaba un vestido de cuello alto de seda roja, adornado con pedrería. Se había recogido el pelo con un moño alto trenzado. Se había aplicado en el cuerpo agua de rosas y se había cubierto con diamantes y rubíes. Se había presentado a la cena con su mejor aspecto. Pero Andrásy ni siquiera había reparado en ella.

«¡Tonta!», pensó. Había aprendido esa lección mucho tiempo antes, cuando era una joven novia. No podía competir con las preocupaciones del gobierno del imperio.



—Andrásy, debería estar enfadadísima contigo por el poco caso que me has hecho.

Era la primera oportunidad que Sissi tenía de estar a solas con Andrásy

desde que este había llegado a la corte. Llevaba semanas invitándolo a almorzar en su salón privado, pero hasta ese momento no había aceptado.

En el exterior del palacio el aire era gélido y caían copos de nieve; se olía el aroma de las castañas asadas y de las rosquillas fritas que los vendedores callejeros preparaban al otro lado de la verja, en la Michaelerplatz, la plaza de San Miguel. El teatro de la Ópera había abierto sus puertas, asombrando a las clases altas de Viena con sus arañas doradas y sus paredes cubiertas de seda violeta, un interior tan magnífico y reluciente como imponente y grandiosa era la fachada de piedra. El tintineo de las campanillas flotaba en el aire a medida que los trineos se deslizaban por la helada Ringstrasse, mientras que en las avenidas los abrigados peatones corrían a comprar dulces, galletas de jengibre y regalos navideños. El maestro Strauss trabajaba con ahínco en un vals dedicado a la ciudad de Viena, y el emperador acababa de anunciar una nueva y gloriosa alianza con el poderoso Imperio alemán. Las Navidades prometían ser tranquilas. Los austríacos, según palabras de su propio emperador, tenían mucho que celebrar a medida que se acercaba el final del año.

Sin embargo, dentro del palacio la tensión era palpable. La alianza con Alemania no era sino fruto de la necesidad, había sido necesaria para apaciguar al vecino más poderoso de Austria, en absoluto motivada por un verdadero afecto entre ambos estados. El emperador estaba abrumado y atosigado por el creciente descontento en los Balcanes, al sur, y en Bohemia, al norte. Y la salud de la archiduquesa Sofía continuaba deteriorándose. Mientras tanto, el conde Bellegarde odiaba a Andrásy casi tanto como a la emperatriz, y la presencia del patriota húngaro en la corte, al lado de Francisco, le parecía la prueba fehaciente de la negativa influencia que la emperatriz ejercía sobre el emperador. El general había redoblado sus esfuerzos por desacreditar y difamar a Sissi en la corte, a oídos de todo aquel que estuviera dispuesto a escucharlo, y había muchos que lo estaban.

Por todos esos motivos, Sissi temía la idea de pasar un largo invierno en Viena. La época más ajetreada era después del día de Año Nuevo y antes de Pascua, momento en el cual se esperaba que participara de las alegres actividades como el resto de los cortesanos: bailar el vals, cotillear y asistir a cenas muy tardías. Ella añoraba la paz y la libertad de Gödöllő, pero lo que más deseaba era comprender y reparar de alguna manera la distancia que parecía agrandarse entre Andrásy y ella.

—Creo que me has olvidado por completo —le dijo, una vez sentados para almorzar en el comedor.

Estaban los dos solos, Sissi había despachado a su secretario, el barón Nopcsa, y también a sus damas de compañía. Intentaba hablar en tono despreocupado, pero sus palabras reflejaban lo dolida que se sentía.

—Emperatriz, por favor, no se enfade conmigo.

—¿Emperatriz? Te veo muy formal últimamente. —«Como si fueras un burócrata vienés», añadió para sus adentros.

Andrássy jugueteó con la servilleta y dedicó un buen rato a doblarla.

—Ya sabe que tengo muchos señores a los que servir.

Sissi lo miró y se percató de la seriedad de sus ojos, antaño tan alegres y traviosos. No recordaba la última vez que lo había visto sonreír. Una sonrisa sincera y descarada, no el gesto educado y rígido que les dirigía a ella y a su marido durante sus encuentros formales y sus conversaciones.

Sissi no sabía cómo se había ensanchado tanto la brecha que existía entre ellos. Era como si la distancia requerida en el ámbito formal de la corte vienesa se hubiera convertido en su manera habitual de comportarse, como si la actitud distante que marcaba el protocolo cuando estaban en público hubiera enraizado y se hubiera convertido en una frialdad real y en un desinterés rutinario. A esas alturas, cuando se hablaban con semejante formalidad, ya no era un acto fingido, habían acabado siendo simples conocidos.

—¿Cómo está su familia? —le preguntó Andrásy al tiempo que atacaba su *rindssuppe*, un caldo caliente con albóndigas y cebolla.

—Rodolfo está... bueno, destaca en sus estudios. Es inteligente. Pero sigue...

Andrásy alzó la vista y dejó la cuchara suspendida en el aire.

—Sigue muy nervioso.

Él asintió con la cabeza.

—No sé si alguna vez estará completamente... —Sissi suspiró y bebió un sorbo de vino—. Gisela, al contrario, no podría ser menos sensible. Esa muchacha tiene la profundidad emocional de su padre además de su físico. Pueden ser tan... ¡Uf! Tan aburridos como un par de ladrillos.

—¡Sissi!

Andrásy la miró y, por un instante, su tono crítico le resultó tan familiar, tan relajado y tan auténtico que Sissi habría sonreído de buena gana por el alivio que suponía la regañina. Sin embargo, Andrásy recuperó al punto la compostura y carraspeó. Sissi se percató de que, mientras devolvía la vista al plato, la expresión sincera de su cara había desaparecido y había retomado el control. Cuando volvió a hablar, lo hizo en tono formal.

—La archiduquesa Gisela es una muchacha donosa y obediente. Ha demostrado una abnegación admirable al enfrentarse al deterioro de la salud de la archiduquesa Sofía... al tiempo que se prepara para despedirse de ella. —Pronunció las palabras con cierta indignación, y Sissi no pudo evitar sentirse irritada.

«¿Y yo qué?», pensó con un nudo en el estómago. «¿Quién elogió mi admirable abnegación cuando perdí a mis hijos? ¿Cuando renuncié a ellos y a su amor?»

Sin embargo, antes de que pudiera expresar esos pensamientos en voz alta, Andrásy continuó:

—Tiene motivos para sentirse orgullosa. Ha criado a una muchacha impresionante.

Esas palabras la atravesaron como una flecha, de manera que su réplica fue rápida y mordaz:

—He tenido poco que ver en eso.

—Sissi, eres su madre —le recordó, tuteándola.

—Solo de palabra.

—La archiduquesa Gisela te admira enormemente. Estoy seguro de ello —replicó Andrásy.

Sissi no supo si gruñir ante esa réplica o si extender un brazo, cogerle la mano y suplicarle que dejara de estar tan cohibido y de comportarse de forma tan poco natural con ella. Él sabía muy bien lo difíciles que habían sido las cosas para ella, la escasa intimidad y el poco amor que le profesaba Gisela. Sabía que la muchacha no había heredado la disposición ni el físico de su madre. Y no parecía quererla cerca. Gisela apenas le hablaba más de dos palabras, y solo cuando se encontraban en eventos formales.

—¿Qué noticias tienes de Baviera? ¿Cómo está tu familia en Possenhofen? —preguntó Andrásy, que daba buena cuenta de la sopa. Seguramente ansiaba terminar con el almuerzo para regresar con sus papeles... con Francisco, pensó Sissi con amargura—. Me enteré de que tu hermana Sofía Carlota se casó con el duque de Alençon.

—Sí.

Sissi recorrió con los dedos una flor bordada del mantel.

—Bien por ella —dijo Andrásy sin apartar la mirada del plato—. Me alegro de que no haya pasado mucho tiempo apenada por Luis. Ese camino habría tenido un final infeliz.

Sissi no supo por qué pero dio un respingo al oír ese comentario. Tal vez fue la velada crítica a Luis lo que la molestó. O tal vez la manera descarada y

presuntuosa de hablar de los miembros de su familia; como si tuviera derecho a juzgarlos, con lo apartado que había estado de Sissi en los últimos tiempos.

—¿Qué tal están los demás? —Parecía ansioso por poner fin al silencio, por dirigir la conversación hacia un terreno seguro que se centrara en los demás, no en ellos—. ¿Tus padres? ¿Tus otras hermanas?

Sissi se enderezó en la silla y carraspeó.

—En realidad, mi hermana María Sofía...

—Sí, ¿cómo está?

—No muy bien —contestó ella.

—¿Sigue en Baviera con tus padres?

Sissi asintió. Su hermana seguía en el exilio y Víctor Manuel se había proclamado a sí mismo rey de Italia. Por si no fuera suficiente, María Sofía había perdido a su única hija debido a una enfermedad durante esa crisis política.

Entre la angustia de María Sofía, el desenfreno de su padre, la creciente excentricidad de Luis y la mala salud de Elena, Sissi no sabía cómo su madre lograba sacar el hogar adelante. Miró a Andrásy.

—¿Podemos hacer algo para apoyar la reclamación al trono de Italia por parte de María Sofía? Significaría mucho para mi familia.

Andrásy suspiró y apoyó los codos en la mesa mientras partía un trozo de pan.

—Sabes que tu marido perdió sus territorios italianos hace solo unos años y que desde entonces...

—Sí, pero sigue siendo el emperador de Austria-Hungría. ¿Acaso su apoyo no es relevante?

—Por supuesto que apoya a tu hermana. Es familia. Pero ¿qué puede hacer? Las palabras no conseguirán que Víctor Manuel renuncie al trono con lo que le ha costado conseguirlo.

—¿No podemos hacer nada más? —Sissi se apartó de la mesa, se levantó y empezó a pasear de un lado a otro de la estancia, sin apetito.

Andrásy la observaba; sopesó un instante la respuesta.

—¿Como qué? ¿Declarar la guerra? Entenderás que esa no es una opción tal y como están las cosas ahora mismo. No mientras estamos tratando de solidificar la alianza con Prusia o, mejor dicho, con el Imperio alemán.

—Ah, sí. Bismarck, Bismarck, Bismarck. Nuestro mayor enemigo se ha convertido de repente en la guapa del baile —replicó Sissi, harta de oír ese nombre. Qué raro era que los líderes políticos cambiaran de enemigos y de compañeros de cama con tanta frecuencia. ¿No había nada real ni auténtico en

la corte?

—Sissi, vuelve a la mesa. Apenas has tocado la comida. Te explicaré por qué es imprescindible que seamos amigos de Bismarck.

—No tengo ganas de comer y no me apetece oírte hablar de política. —Se llevó un pañuelo a la boca y tosió, movimiento que agitó todo su pecho. Tardó un poco en recuperarse.

—Emperatriz, esa tos...

—¿Quieres dejar de llamarme así? —refunfuñó ella, que se llevó de nuevo el pañuelo a la boca y tosió de nuevo.

—Deberías cuidarte. —Andrássy seguía mirándola desde la silla.

—Sí, lo sé —repuso ella.

«Andrássy», pensó. «Levántate y cógeme una mano, ¿quieres? ¿Adónde te has ido? Háblame de otra cosa que no sea de política.»

—Este imperio necesita una emperatriz fuerte y saludable. —Mientras decía esto, Andrásy dobló la servilleta y la dejó en la mesa, y por un instante Sissi pensó que de verdad iba a levantarse y a acercarse a ella. Pero se quedó de pie y se enderezó las solapas de la chaqueta como si estuviera preparándose para irse—. La dejaré tranquila, ya que no se siente bien. Gracias por el almuerzo, emperatriz —añadió, adoptando de nuevo una actitud formal.

Sissi sintió que se le caía el alma a los pies. Se marchaba, ¿así, sin más? ¿Cuando esa era la única oportunidad que habían tenido de verse a solas desde hacía meses?

—Acabas... acabas de terminarte la sopa. ¿No vas a comerte el resto del almuerzo?

El argumento sonó poco convincente incluso a sus oídos, teniendo en cuenta que ella ni siquiera había tocado la sopa. Pero no quería que se fuera, todavía no.

—No deseo importunarla más. No se encuentra bien. Por favor, emperatriz, descanse. Cuídese esa tos. Debe recuperar fuerzas. —Le hizo una reverencia y después, antes de irse, añadió—: Todos dependemos de la emperatriz.

Fue su forma de decirlo, más que la elección de las palabras, lo que la destrozó. Su salud era una cuestión de Estado. «Todos dependemos de la emperatriz.» Como si para él se hubiera convertido en algo parecido a un jarrón de importancia imperial. Él, Andrásy, no se preocupaba por su bienestar, sino que en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores reconocía la necesidad de tener una emperatriz fuerte. La sangre le hirvió en las venas.

—Tengo intención de recuperarme —dijo al tiempo que alzaba la barbilla y enderezaba la espalda. Era la primera vez que se le ocurría la idea que expresó a continuación—: Valeria también sufre de la misma tos persistente. Estaba pensando en llevármela al sur, a algún lugar cálido para pasar el invierno, a algún balneario con aguas medicinales.

Andrássy ni se inmutó, se inclinó hacia delante y se dispuso a marcharse.

—Como desee, emperatriz —dijo.

Sissi se quedó atónita, dolida hasta lo más hondo por la rapidez de su réplica, por su conformidad ante la idea de que se marchara lejos, muy lejos. Así que también se sintió dolida por la máscara serena e inexpresiva que Andrásy llevaba en el rostro y que no revelaba tristeza por la idea de su partida.

—Sí, bien, en ese caso... —Sissi entrelazó los dedos y se colocó las manos en el abdomen—. Ya lo he decidido. Planeo marcharme con Valeria de inmediato. Además, no soporto seguir en la corte ni un minuto más. De todas formas, la única persona que me importa es Valeria.

Creyó atisbar un respingo por parte de Andrásy. Creyó atisbar que por fin asomaba una chispa de emoción a sus ojos oscuros y sedosos. Un destello fugaz de sus verdaderos sentimientos. Pero él recobró la compostura antes de que ella pudiera estar segura de que la había perdido, y asintió en silencio, el burócrata perfecto de nuevo, un completo desconocido.



—¡Al otro lado del seto! ¡Corre! ¡Tienes el zorro delante! —le gritó Sissi a su hija Valeria, que correteaba por el verde prado delante de un bosquecillo de cipreses.

Valeria, que había afirmado que quería ser como su madre, fingía ir a lomos de un caballo. Su madre la observaba sentada tranquilamente a la sombra, en la hierba, con su libro de poemas de Heinrich Heine.

—¡He capturado al zorro, mamá! ¡Lo tengo!

La pequeña se acercó corriendo a su madre con las mejillas sonrojadas y sin aliento a causa de las carcajadas.

—¿Lo has capturado, cariño? ¡Bravo! —Sissi se inclinó y cubrió de besos a su hija—. Pronto lo harás de verdad, no de mentirijillas, vida mía. Pronto montarás a lomos de un verdadero purasangre húngaro.

En ese soleado día de primavera Sissi se encontraba en la ciudad balneario de Merano. Hacía meses que Valeria y ella se habían recuperado del resfriado, pero hasta la fecha había hecho caso omiso de las sutiles indirectas

y de las frecuentes súplicas de su marido para que regresara a la corte. En Merano disfrutaba de los días a manos llenas, junto con Valeria, Ida y María, leyendo poesía, cabalgando y respirando el aire fresco de la montaña. No, la idea de regresar le provocaba tal ansiedad que sus damas le habían advertido de que volvería a enfermar. Permanecería lejos de Viena todo el tiempo que pudiera, haría oídos sordos a las súplicas de su madre y a los crueles artículos de los periódicos que llevaban la cuenta de los días que permanecía ausente. Hasta Francisco parecía haberlo aceptado.

O eso suponía ella. Hasta que recibió un telegrama de su marido que más que una súplica era una orden:

Empeora el estado de salud de Su Alteza la archiduquesa Sofía STOP Los médicos coinciden: no le queda mucho tiempo STOP La familia al completo ha sido convocada para darle el último adiós y recibir sus bendiciones STOP Por favor, vuelve de inmediato.



La primavera había llegado a Viena en todo su esplendor; las cortinas se mecían con la brisa al otro lado de las ventanas abiertas y las jardineras cuajadas de flores alegraban las fachadas blancas de los edificios de la Ringstrasse, pero dentro del palacio de Hofburg reinaba un ambiente lúgubre como una densa niebla invernal. Los cortesanos, vestidos de negro, rondaban por los largos pasillos y susurraban mientras Sissi avanzaba llevando de la mano a Valeria, que intentaba caminar al mismo paso que su madre.

La antesala contigua a los aposentos de Sofía estaba abarrotada de embajadores, cortesanos, ministros y parientes cariacontecidos, todos vestidos de negro, armados con libros de oraciones y rosarios. Sissi se convirtió en el centro de una multitud de miradas cuando entró y su llegada provocó una oleada de genuflexiones y reverencias.

—Emperatriz Isabel.

—Majestad Imperial.

—Dios bendiga a Su Majestad Imperial.

Sissi recorrió la estancia con la mirada. Saludó con un gesto de la cabeza al conde Bellegarde y después al coronel Latour. Unos cuantos cardenales y sacerdotes estaban reunidos en un rincón.

—Emperatriz —la saludó Andrásy, que se acercó a ella y le tendió la mano, aunque corrigió el gesto a toda prisa y se limitó a hacerle una reverencia formal.

—Andrásy —dijo ella acercándose a él y dándole la espalda a Bellegarde, que la observaba con los ojos entrecerrados.

—Gracias a Dios que ha llegado a tiempo. El emperador está ansioso por tenerla a su lado. —Andrássy acompañó a Sissi hasta la puerta tras la cual se encontraba el dormitorio de la anciana—. Entre por aquí.

Un criado con librea abrió la puerta y una incrédula Sissi avanzó hacia el interior, perpleja ante el hecho de que Andrássy, el enemigo jurado de su suegra, estuviera custodiando la puerta de sus aposentos. De que la condujeran con tanta premura a esa habitación cuyo acceso le había estado vetado durante todos los años que sus hijos habían pasado en la habitación de los niños, contigua a los aposentos de su abuela. Las veces que había frecuentado esa puerta, ansiando que le permitieran la entrada, había encontrado a un guardia o a un ministro que la había echado sin miramientos, alegando que la archiduquesa y los niños estaban durmiendo una siesta o que no había concertado cita, y había perdido la oportunidad de ver a sus hijos.

—Quédate con Valeria —dijo Sissi, que hizo caso omiso de las protestas de la pequeña cuando la señorita Throckmorton la tomó de la mano—. Vosotras tres —añadió, dirigiéndose a Ida, a María y a la niñera— quedaos aquí fuera. No quiero que Valeria se asuste o corra el riesgo de contraer alguna enfermedad.

La pequeña se echó a llorar al ver que su madre la dejaba atrás, pero Sissi, tal vez por primera vez en su vida, no le concedió lo que deseaba.

En el interior del enorme y elegante dormitorio había un reducido grupo de personas sentadas en la penumbra. Con las cortinas color escarlata corridas, la habitación parecía sumida en las tinieblas; solo se oían quedos susurros. Varios sacerdotes y enfermeras iban de un lado para otro cuidando del bienestar del cuerpo y el alma de la enferma; solo se detuvieron un instante para ofrecer una precipitada reverencia o genuflexión a la emperatriz cuando esta entró. Los miembros de la familia estaban arrodillados en torno a la gigantesca cama donde yacía el cuerpo inerte de Sofía.

Sissi vio en primer lugar a su hijo y se percató de que durante su ausencia de varios meses apenas había crecido.

—Rodolfo, vida mía.

Era tan menudo que parecía un niño en vez de un adolescente. Tal vez se debiera a su rostro, pensó Sissi. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, y las mejillas irritadas de limpiarse las lágrimas constantemente.

—Madre —dijo él al tiempo que le hacía una reverencia pero sin alejarse de la cama de su abuela.

Tal vez se sintiera dolido porque lo había abandonado una vez más, se dijo Sissi. O tal vez sentía que la mujer que yacía moribunda en la cama había

sido para él más una figura materna de lo que jamás lo sería esa intrusa.

A continuación Sissi saludó a su hija.

—Gisela.

Si Rodolfo seguía pareciendo un niño, Gisela se había transformado en una mujer, más corpulenta y rolliza que Sissi cuando se casó. Y entonces se acordó: Gisela estaba comprometida. Se lo habían comunicado por carta, pero no había visto a su hija desde que se anunció el compromiso. Ah, debería ofrecerle unas palabras de felicitación y ¡cómo le habría gustado que fuese en otras circunstancias!

—Madre, bienvenida a casa.

Gisela se acercó a Rodolfo y lo rodeó con sus brazos en vez de saludar a su madre con un gesto cariñoso o incluso con confianza.

—Hola, Isabel.

Francisco José no se movió de su lugar junto a la cama de su madre y Sissi atravesó el dormitorio y se acercó a él.

—Francisco —dijo poniendo las manos en sus brazos—. Ay, Francisco, lo siento mucho. ¿Cómo está?

Miró a Sofía y apenas fue capaz de disimular su sobresalto al ver el rostro macilento de su suegra. Parecía un cadáver. El cascarón arrugado de lo que fue. El pelo, antaño tan oscuro y abundante, se asemejaba a los hilos sueltos de una telaraña. Los ojos, cerrados porque dormía, estaban rodeados por una red de venillas moradas. Tenía los labios separados, como si tratara de hablar en vano.

—Lleva varias horas sin despertarse —contestó Francisco en voz baja y ronca. Dio la impresión de que se tragaba las palabras en un intento por contener las lágrimas que las acompañaban—. Esperamos que tenga un sueño tranquilo. Y que se despierte al menos una vez más para que podamos... —Se llevó una mano enguantada a la cara para ocultar la emoción, la angustia, renuente a obedecer a su voluntad imperial.

Sissi le puso una mano en un hombro y miró la figura inmóvil de su tía. De su suegra. De su rival más implacable en la corte. Y se preguntó cómo era posible que su corazón albergara dos sentimientos tan opuestos como el amor y el odio.

Esa era, al fin y al cabo, la mujer que la había atormentado desde sus días de novia. La que había ejercido un dominio completo sobre sus opciones, sobre su marido, sobre su hogar y sobre sus hijos. Esa era la mujer de la que había huido, por la que había viajado a otros países y continentes, pero de cuya intromisión e influencia jamás había podido librarse.

Y, sin embargo, también era la mujer que la había recibido en Viena cuando era una jovencita. Había sido una constante en su vida. Una compañera quizá más presente en su día a día que su distraído y agobiado marido. La mujer que le había dado a Francisco. La mujer que había querido a sus hijos, que la había cuidado durante los embarazos y que le había cogido la mano durante los dolorosos partos.

Mientras la contemplaba, por fin en silencio, se preguntó cómo había tenido el poder de aterrorizarla como lo había hecho. Parecía muy débil allí acostada; el rostro carente de expresión y la piel tan blanca como el papel. Incapaz de hacerle daño a nadie, mucho menos a una mujer joven y fuerte como ella. ¿Había sido injusta con esa anciana?, se preguntó Sissi. ¿Había permitido que la tensión inicial que existió entre ellas tiñera todos los actos y las palabras de su tía? ¿Acaso Sofía no había hecho simplemente lo mejor para su adorado hijo, el hijo que se había visto obligado a cargar con tantas presiones, a cumplir un papel del que se esperaba algo más que humanidad? ¿No haría ella lo mismo por Valeria, ahora que por fin entendía lo que era estar loca por un hijo y sentir la devoción absoluta que sentía por su niña?

En ese momento recordó la cita de Heine que había subrayado esa mañana durante el viaje de regreso a Viena: «Con el corazón enternecido les perdonaré antes de su muerte todas las iniquidades que me hicieron sufrir en vida. Es cierto: se debe perdonar a los enemigos, pero no antes de que sean ahorcados».

Sissi se alejó de la cama y comenzó a pasear por el amplio y oscuro dormitorio. Su mirada se posó en la pared opuesta, donde un retrato al óleo de María Teresa presidía la estancia con su rostro regordete y orgulloso. María Teresa, la más amada de todos los Habsburgo que habían habitado ese palacio. La emperatriz fuerte, prolífica e infalible. Devota esposa. Madre ejemplar. Cristiana piadosa. Regente formidable, pero justa con sus súbditos. María Teresa era la vara de medir a la que se enfrentaban los Habsburgo desde su reinado. La mujer cuyo rostro Sofía había elegido mirar todos los días. La mujer cuyo comportamiento, en público y en privado, había tratado de emular. ¿Lo había conseguido? Sissi se rodeó el cuerpo con los brazos. Sí, reconoció. Sofía lo había conseguido. Se había ganado un lugar en la constelación de los Habsburgo más rutilantes. «El único hombre de la corte», había sido su apodo. La figura más fuerte de la corte en un momento en que la fuerza era la virtud más admirable y el atributo más necesario.

Sissi dio la espalda a la mirada severa y penetrante de María Teresa y se dirigió al extremo opuesto de la estancia. En el escritorio de Sofía había unos

cuantos documentos desparramados y una pluma como dejada al descuido, como si su suegra hubiera estado trabajando cuando la muerte decidió reclamarla. Acarició la madera de palisandro; ni una mota de polvo. Le sorprendió ver los dos retratos enmarcados que había en el escritorio. Extendió el brazo y los cogió. Un par de rostros jóvenes y sonrientes. Francisco José y ella. Los retratos que les habían hecho justo antes de la boda. Qué alegres, despreocupados y optimistas parecían esas dos personas. Esos dos niños, en realidad. Eran los únicos retratos que había en el escritorio de Sofía, el lugar donde su suegra se sentaba y trabajaba todos los días. Con dedos temblorosos, Sissi volvió a dejarlos donde habían estado durante veinte años.

Al lado de los retratos descansaba un libro con tapas de cuero, abierto. Así que Sofía estaba trabajando cuando enfermó... Pero no, Sissi se dio cuenta de que era su diario, reconoció la letra de la anciana, tan familiar y elegante. Con la boca seca, leyó las últimas palabras que había escrito su suegra: «Me temo que el liberalismo triunfará. Que el Señor nos ayude. Si mi hijo pudiera...». Era Sofía, desde luego. Una mujer preocupada por su hijo y por su imperio hasta el último momento.

Miró por encima del hombro y vio que el resto de su familia seguía congregada en torno a la cama, atenta a la inerte figura. Volvió la cabeza de nuevo y se inclinó sobre el diario. Con el corazón desbocado, lo cogió y empezó a pasar páginas. El grueso libro se abrió casi por el comienzo. Era evidente que su suegra había releído ese pasaje con frecuencia, porque las líneas estaban descoloridas y las páginas, desgastadas. Entrecerró los ojos y leyó sosteniendo el diario con manos temblorosas: «Algunos empiezan a vaticinar que mi hijo va a elegir a la más joven, a Sissi, en vez de a la mayor. ¡Menuda ocurrencia! ¡Como si fuera a mirar dos veces a esa niña traviesa!». Y más abajo en la misma página: «Cuando trato de halagar a Elena, de resaltar sus virtudes, su intelecto, su figura delgada, mi hijo no me escucha, me dice: “¡Pero mira qué dulce es Sissi! Fresca como las yemas de un árbol en primavera, y esa espléndida melena que le enmarca la cara la convierte en toda una visión. ¿Cómo no quererla con esos ojos tan tiernos y esos labios tan dulces como las fresas?”. Pero lo que mi hechizado hijo no ve... ¡es que Sissi es una niña!».».

Sissi contuvo el jadeo que pugnaba por brotar de su garganta. Echó un vistazo a Francisco, pero él no la miraba, de manera que pasó las páginas del diario. Llegó a un pasaje en el que su suegra describía la mañana posterior a su boda: «He encontrado a la joven pareja desayunando. Mi hijo estaba

radiante, la viva imagen de la felicidad (gracias a Dios). Sissi parecía tan tímida y asustada como un pajarillo. Quise dejarlos a solas, pero mi hijo evitó que me marchara invitándome con alegría a que desayunara con ellos».

Una página después, Sofía (siempre vigilante, siempre atenta, siempre juzgando) describía el comportamiento de Sissi durante una misa: «La joven pareja parecía perfecta, ejemplar, esperanzadora. El comportamiento de la emperatriz fue cautivador. Devota y sumida en una humilde meditación». Y después, Sissi descubrió que seguía un pasaje que Sofía escribió durante su primer embarazo: «Creo que Sissi no debería pasar tanto tiempo con los loros. Si una mujer está siempre mirando a los animales durante los primeros meses, los niños pueden acabar pareciéndose a ellos. Sería mucho mejor que se mirase en el espejo o que mirase a mi hijo. Eso sí que recibiría mi aprobación».

Sissi sentía que se le encogía el corazón con cada palabra que leía, pero era incapaz de detenerse. Varias páginas después hablaba de la marcha de Francisco a la guerra en Italia. La desolación de Sissi como recién casada. Sin embargo, recordaba las veces que le suplicó a Francisco que la llevara con él en vez de dejarla sola en la corte, un lugar hostil y aterrador. Él se negó y su madre pensaba lo siguiente del asunto: «Las escenas y las lágrimas de la pobre Sissi solo sirven para empeorar la vida de mi desafortunado hijo». Pero después, justo después de eso, encontró una alabanza: «Sissi, durante la celebración de su cumpleaños el día de Navidad, estaba tan deliciosa como un bombón de azúcar con un vestido color fresa de muaré de seda».

Y así seguía, página tras página con los pensamientos más íntimos y sinceros de la mujer. Cuánta tinta gastada en sus constantes preocupaciones por la corte, en los cuidados de su alma y, por encima de todo, en el amor y la devoción que sentía por su hijo. Sin embargo, tras los párrafos dedicados a su hijo, el segundo punto de atención era su nuera y las oscilantes opiniones acerca del desempeño de Sissi en su papel al lado del emperador. «Pobre Sissi, ¿cuánto tiempo va a estar fuera? No lo sabemos. Dejar a su pobre marido, y a sus hijos... Me ha destrozado verla marcharse.» Sissi sintió un nudo en el estómago. Miró la fecha. Octubre de 1860. Justo después de que abandonara la corte. La primera vez que se marchó de Viena, poco después de enfermar. Poco después de descubrir los rumores acerca de la infidelidad de Francisco. La primera ruptura real de su matrimonio... que demostró ser insuperable. Recordaba lo mal que se sentía, su desesperación por escapar, no solo de Francisco, sino también de su madre. «Me ha destrozado verla marcharse.» Los pensamientos de Sofía sobre su partida. Era demasiado

doloroso revivir esos momentos a través de los ojos de su suegra y de sus propios recuerdos. Sissi cerró el diario y lo dejó de nuevo sobre el escritorio.

Después se dio media vuelta con la mente hecha un torbellino y los ojos llenos de lágrimas. Miró la inanimada figura de Sofía, rodeada por la familia que la quería. Y en ese momento comprendió que durante más de diez años no había dedicado ni una sola palabra amable a esa mujer. La había evitado, la había despreciado y había dado por hecho que cada palabra y cada gesto de ella eran maliciosos y hostiles. Tal vez Sofía, a través de sus intentos por acercarse a ella durante todos esos años, deseaba disculparse. Comenzar su relación desde cero. O, al menos, permitirles a ambas la oportunidad de corregir los errores del pasado antes de que fuera demasiado tarde..., porque estaba claro que Sofía, siempre pragmática, era consciente de que ese momento se acercaba. Tal vez ella, Sissi, había sido la más antagónica de las dos, había impedido que ambas lograran la absolución por los problemas que se habían creado mutuamente. Y a esas alturas quizá ya era demasiado tarde. El enorme peso de ese descubrimiento abrumó de repente a Sissi, que corrió hacia la cama, se dejó caer de rodillas y unió las manos. Después se inclinó sobre su suegra y susurró:

—¡Ay, tía Sofía, perdóname!

Y dicho esto, se echó a llorar, sin saber si las lágrimas eran fruto de la pena, de la culpa o de ambas cosas.

Había cargado con la ira hacia esa mujer como una losa durante demasiado tiempo. Había malgastado mucha energía y mucho tiempo evitando incluso verla; muchas palabras expresando las injusticias que había sufrido a manos de Sofía. Y en ese momento, pese a todo eso (o tal vez precisamente por todo eso), Sofía era la única persona que podía aliviarla del odio con el que cargaba.



Esa misma noche, después de que Gisela y Rodolfo se marcharan para descansar unas horas siguiendo las órdenes de su padre, Sissi y Francisco se quedaron en el dormitorio velando en silencio a Sofía. La archiduquesa se despertó de forma inesperada y silenciosa, solo se dieron cuenta porque eran incapaces de dormir y porque habían ordenado que las velas que rodeaban la cama siguieran encendidas. Francisco fue el primero en percatarse.

—Madre, ¿estás despierta?

Sofía se movió al oír la voz de su hijo.

—¡Tía Sofía!

Tanto Sissi como Francisco se levantaron; sus cuerpos se cernían cual centinelas a cada lado de la cama.

Sofía miró alrededor.

—¿Sissi? —Al ver el rostro de su sobrina en la penumbra, la anciana jadeó—. Sissi, ¿eres tú?

—Sí, tía Sofía.

—Has venido. —En su voz, aunque débil, se reflejaba la sorpresa que sentía.

—Por supuesto que he venido.

—Oh, mi sobrina. Gracias por estar al lado de Francisco. —Extendió una mano en busca de la de Sissi, y ella aceptó el gesto y se fijó en lo frágiles que parecían sus huesos por debajo de la piel arrugada y fría—. Sissi, mi niña.

—¿Sí, tía Sofía?

La archiduquesa miró un instante a su hijo y después de nuevo a su sobrina.

—Sissi, ahora serás el único consuelo de mi pobre Francisco. Por favor, sé buena con él. Sé buena con los niños. Tu lugar está... —Sofía dejó la frase en el aire e hizo esfuerzos por respirar. Tras recobrarse, unos minutos después, pareció haber perdido el hilo de sus pensamientos, porque se dirigió a su hijo—. ¿Francisco?

—Sí, madre.

—¿Estás aquí, Francisco?

Él le apretó la mano con fuerza y se acercó un poco más. Sissi jamás había captado el menor parecido entre Francisco y Rodolfo, pero en ese momento atisbó la expresión tierna y emocionada del niño en su cara.

—Estoy aquí, madre —contestó.

—Francisco, estás preparado. Has estado preparándote durante mucho tiempo. Te he preparado para esto.

Sissi y Francisco guardaron silencio. ¿Acaso Sofía no se daba cuenta de que estaba hablándole a su hijo de cuarenta y un años y no al muchacho de dieciocho que ascendió al trono? Al trono que ella ganó para él.

—Ahora depende de ti, hijo mío. Recuerda, tu deber sagrado es ser fuerte. Ser fuerte siempre. —Hizo una pausa y respiró con dificultad y de forma sibilante—. Si demuestras debilidad, aunque sea con la intención de ayudar a la gente, acabarás haciéndole daño. Porque cualquier signo de debilidad alentará la revolución y la anarquía.

Esa era Sofía, pensó Sissi. Ejerciendo su poder hasta su último aliento, pensando en el deber cuando apenas era capaz de aferrarse a la vida. Escuchó

la que supuso era la última lección de la anciana sumida en una extraña e indescifrable vorágine de emociones.

—Lo sabes, los dos lo sabéis, ¿verdad? —Sofía miró a su hijo y a su esposa con ojos vidriosos pero con mirada penetrante, como si temiera ser incapaz de enseñarles lo que necesitaban saber.

—¿El qué, madre? —dijo Francisco inclinándose un poco más; en su voz había una ternura que Sissi jamás le había oído.

—Sabéis que... —Sofía tosió y el esfuerzo pareció consumir sus últimas fuerzas—. Sabéis que... lo único que he querido siempre... es que fuerais... —El pecho de Sofía se elevó con otro estertor y dio la impresión de que usaba su último aliento para susurrar—: Por favor, un sacerdote.

—Estoy aquí, archiduquesa Sofía —anunció un sacerdote que se acercó a la cama.

—Ha llegado la hora. Los sacramentos. La extremaunción. Porque pronto... —Trató de respirar—. Pronto estaré con Dios, el Salvador.

Con una cruz y un rosario en las manos, los mismos que pertenecieron a la emperatriz María Teresa, Sofía recibió la extremaunción. Escuchó la oración con expresión seria, los ojos abiertos y la boca cerrada, haciendo gala de la estoica dignidad con la que había presidido la corte durante años. Cuando el sacerdote acabó, su expresión se relajó y se tornó más serena, como si por fin pudiera descansar.

A partir de ese momento siguió un período de duermevela del que despertaba de vez en cuando para suspirar o pronunciar alguna palabra, como si rezara para sus adentros. Rodolfo y Gisela entraron y salieron varias veces, acompañaban a sus padres durante el día y se retiraban a sus aposentos por la noche según las órdenes de su padre. Solo Sissi y Francisco velaron noche y día a la archiduquesa.

Sissi perdió la noción del tiempo y se sumió en una especie de trance meditativo. Se percató, de forma distraída, de que María Fetics entraba en una ocasión para instarla a que descansara un rato y comiera.

—No. —Negó con la cabeza sin soltar la mano de Sofía.

Francisco enfrente de ella, aferraba también la mano de su madre. Su marido no parecía ser consciente de la presencia de los demás, ni siquiera parecía ver la habitación en la que se encontraban. Sin embargo, Sissi necesitaba estar con él. Y con Sofía.

—No, María. Me quedaré aquí hasta el último aliento.

Ni Sissi ni Francisco se apartaron de la cama. Les llevaban la comida, que se quedaba fría en la bandeja porque temían que si se apartaban un instante se

perderían el momento final. Pero el último aliento de Sofía no llegaba. La fuerza de esa mujer y su ansia de lucha jamás se habían cuestionado, y quedaron más que demostradas en sus últimos días. La archiduquesa, el miembro de la familia real más puntilloso en cuanto al protocolo y la puntualidad, mantuvo a todo el mundo a la espera durante días. Su espíritu era tan fuerte que hasta la mismísima muerte tuvo que librar una dura batalla para vencerla.

A Sissi le pareció un pequeño milagro que cuando por fin llegó el momento, cuando Sofía exhaló su último aliento y su pecho se elevó y luego se hundió y exhaló una ronca bocanada de aire, Rodolfo y Gisela estaban en la habitación. Así lo habían querido.

Francisco dio un respingo y apretó la mano de su madre. El médico se acercó, tocó el pecho y el cuello de la archiduquesa y miró en dirección al sacerdote que permanecía a la espera.

—La archiduquesa está con el Creador —anunció el sacerdote a los reunidos en la oscura habitación al tiempo que hacía la señal de la cruz sobre la cama.

Al escuchar esas palabras, Francisco José y Rodolfo empezaron a llorar, enterrando la cara en las manos. Gisela siguió sentada en el rincón, rezando en silencio, mientras salpicaban con agua bendita a la difunta archiduquesa.

Sissi, consciente de que la mano a la que se aferraba era ya la de un cadáver, deslizó los dedos y se puso en pie. La cabeza le dio vueltas al levantarse, mareada por el agotamiento, el hambre y supuso que por la pena. Se disponía a rodear la cama para acercarse a Francisco cuando de repente el dormitorio empezó a girar con tanta brusquedad que le fue imposible.

Se agarró a un poste de la cama. Oía los sollozos de su marido y de su hijo, y las oraciones que el sacerdote rezaba en latín, y en ese momento cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía llorar a su marido desde la muerte de su hija. Y después pensó en su hija Sofía, que estaba en el cielo, y en el hecho de que su suegra pronto se reuniría con ella. Volverían a estar juntas, la devota abuela y la querida princesa. Inseparables, como habían sido en vida. No estaba segura de si se alegraba o si sentía celos u otra cosa, pero antes de que pudiera decidirlo la oscuridad lo engulló todo.



Sissi se despertó en su cama. La luz del sol entraba a través de las cortinas anunciando un cálido día primaveral. Desorientada y con la garganta seca, echó un vistazo a su alrededor y pulsó el interruptor que haría sonar el timbre

en la estancia adyacente, donde estaría Ida.

—¡Emperatriz Isabel! —exclamó Ida cuando entró en el dormitorio; tenía la cara demudada por el cansancio pero lucía un vestido primorosamente planchado y una sonrisa en los labios—. ¿Cómo se encuentra Su Majestad Imperial?

—Estoy... estoy bien, pero ¿qué hora es? ¿Por qué estoy en la cama?

Sissi se movió bajo las sábanas y tomó conciencia de su debilidad cuando trató de incorporarse.

—Su Majestad lleva días sin comer ni dormir. Veló a la archiduquesa hasta el agotamiento y la inanición.

En ese momento Sissi lo recordó todo..., las imágenes pasaron por su mente como pedazos de una espantosa pesadilla.

—¡Sofía! —Apartó las sábanas de un puntapié—. Tengo que levantarme. Tengo que estar al lado de Francisco. Y de los niños.

—Por favor, emperatriz Isabel, no lo haga. ¿No desea Su Majestad Imperial comer algo antes?

—No, debo ir junto a Francisco. —Sissi negó con la cabeza—. Tráeme un vestido negro.

Ida frunció el ceño, dejando clara su desaprobación por mucho que obedeciera sin rechistar. Sissi se vistió de prisa y cubrió sus rebeldes rizos con un bonete negro cubierto por un velo de seda negra.

—Dile a Valeria que iré a verla más tarde. La pobre niña no debe de entender nada. Seguro que está muy disgustada por haberla dejado sola.

Tras pronunciar esas palabras, salió de sus aposentos y echó a andar con rapidez en dirección a los de Francisco, consciente de que Ida y María la seguían.

La antesala de los aposentos de Francisco estaba tan abarrotada como lo había estado la de Sofía. La estancia, con sus paredes cubiertas por paneles de madera oscura, estaba atestada de ministros vestidos de negro, embajadores, cortesanos y clérigos deseosos de transmitir sus condolencias al desolado emperador. Todos se volvieron cuando Sissi entró. Nada más hacerlo, se detuvo como si la intensidad de sus miradas la hubiera paralizado. Debería haber imaginado que todos estarían allí. No estaba preparada para verlos, no deseaba compartir ese momento con tantas personas. Se irguió y se cubrió la cara mejor con el velo. Los susurros comenzaron de inmediato.

Entró en la estancia luchando contra el deseo de alejarse al instante de esa multitud que la recibía con reverencias, de apartarse de sus inquisitivas miradas y de su actitud vigilante.

—Por favor, prosigan —dijo en voz baja y sin autoridad.

¡Caray, qué sed tenía! ¿Por qué no había bebido al menos un sorbo de agua antes de salir de su habitación?

La multitud se dividió en grupos pequeños mientras Sissi avanzaba hacia la puerta de las dependencias de su marido susurrando: «Discúlpennme».

Solo quería estar cerca de él, ofrecerle el poco consuelo que pudiera. «Pobre Francisco», pensó. Estaba muy unido a su madre. La había velado de forma incansable; se había derrumbado tras su muerte pese a lo fuerte que siempre había sido. Hacía muchos años que no pensaba en su marido con esa ternura..., tal vez más de una década. El último deseo de Sofía había sido que ella, Sissi, estuviera al lado de Francisco. Y en ese momento, por primera vez en años, sus deseos eran los mismos que los de su suegra.

Pero entonces oyó una voz más alta que las demás. Un hombre hablaba a su acompañante pero con la intención de que todos lo oyeran también.

—Es justo lo que yo dije. Aquí está, son palabras del periódico, no más: «Con el fallecimiento de la archiduquesa, Austria pierde a su verdadera emperatriz».

Sissi echó un vistazo por la antesala para tratar de localizar a la persona que había hablado.

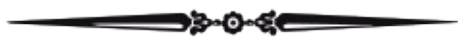
El hombre continuó en voz baja, oculto entre la multitud.

—Y mira lo que pone aquí: «Fue una mujer respetable, devota y memorable, la mujer más memorable de Austria desde María Teresa. No deja ninguna heredera que la suceda en la corte, tan solo un vacío mayor del que podamos imaginar». Pero no solo deja un vacío en el gobierno. Sin su madre, el pobre emperador sentirá ese vacío más intensamente que nadie. A partir de ahora se queda solo con la egoísta de su esposa y no sabrá lo que es la paz doméstica. ¿Te enteraste de que se desplomó en cuanto Sofía murió? Así es ella..., siempre queriendo ser el centro de atención. Hasta cuando huye. Es una estratagema para llamar la atención del emperador.

Los ojos de Sissi por fin localizaron una cara conocida, el origen de esa voz cargada de odio. El conde Bellegarde, en el centro de un pequeño círculo de ministros, aferraba unos cuantos periódicos de los que estaba leyendo.

Sissi tragó saliva con dificultad, paralizada de repente. En ese momento Bellegarde la miró a los ojos. Tenía un tic nervioso en el mentón. Y después, sin el más mínimo respeto ni contrición, inclinó apenas la cabeza y dijo:

—Emperatriz Isabel, mi más sentido pésame. Todos sabemos lo mucho que quería a esa mujer tan admirable. Todo esto debe de ser una amarga experiencia.



En la habitación del emperador, Francisco, sentado en un sillón, miraba por la ventana los soleados y bien cuidados jardines. No alzó la vista cuando Sissi entró, y se limitó a encogerse de hombros cuando ella le preguntó si podía hacer algo por él.

Rodolfo y Gisela, abrazados el uno al otro, lloraban en un sofá cercano mientras las criadas entraban y salían ofreciéndoles té y pastas y preguntando si Sus Altezas Imperiales preferían que abrieran las ventanas o que corrieran las cortinas. La única respuesta que obtenían eran sus rostros inexpresivos.

Sissi vio a Andrásy en un rincón de la estancia. Tenía un nudo en el estómago desde que había oído las ponzoñosas palabras de Bellegarde. Pero él no era el único que pensaba eso. Se había limitado a leer la portada de algunos periódicos de tirada nacional. ¡Eso era lo que pensaba Austria! ¡Y ahora el mundo entero lo sabría!

Siempre había sospechado..., no, siempre había sabido que tenía muchos críticos en la corte vienesa. Le recriminaban sus largas ausencias de la capital. Habían apoyado a Sofía en antiguas disputas familiares. Estaban al tanto de los baches que había sufrido su matrimonio con Francisco y les molestaba su manifiesta afinidad con Hungría. Pero que dicha enemistad fuera de dominio público hasta el punto de que los periódicos se pusieran en su contra en un momento semejante... era demasiado para ella.

—Debo marcharme, Andrásy —susurró en voz baja y triste.

El corazón le latía desbocado contra las costillas y pensó que tal vez podría abandonar esa estancia a la carrera y atravesar a pie las puertas del palacio. Porque al decir que debía marcharse se refería a ese mismo momento. Sabía que era una actitud egoísta. Sabía que de esa manera estaría abandonando a su marido y a sus hijos en mitad de su dolor. Pero si todos la tildaban ya de egoísta, ¿qué iba a perder confirmándoles esa opinión por sí misma?

—No puedo seguir aquí, donde todos me odian. Tengo que marcharme.

Andrásy la miró con expresión alarmada. Sissi pensó que se debía a su aspecto: llevaba días sin apenas dormir, no había probado bocado, estaba pálida y demacrada, y seguro que la tensión hacía estragos en sus facciones.

Andrásy confirmó sus sospechas al decir:

—Tal vez tenga razón, emperatriz. Tal vez debería marcharse a algún lugar donde pasar este período de sufrimiento y recuperarse de este golpe en privado. —Guardó silencio un instante, como si estuviera sopesando sus siguientes palabras, y añadió—: Lo último que le conviene al emperador

ahora mismo es preocuparse también por su salud. Necesita que la emperatriz esté fuerte.

Sissi necesitaba sentarse. Se apoyó en una mesa cercana para guardar el equilibrio y al hacerlo golpeó la miniatura de su persona que descansaba en ella.

—Sí, es cierto. Eso haré. Me llevaré a Valeria y...

Miró con nerviosismo a sus otros dos hijos y se preparó para el desagradable momento de la despedida. Pero la manera como se abrazaban en ese momento de dolor, excluyéndola a ella para llorar a su abuela, le dejaba claro que no era una madre para ellos, no como lo había sido Sofía.

—Yo también debo regresar a Hungría —anunció Andrásy—. El Parlamento se reunirá el mes próximo y tengo que comunicar la agenda del emperador.

—Hungría —repitió Sissi—. ¿Hungría? Sí. Iré a Hungría.

—Es buena idea —dijo una voz débil, lacrimógena y rebosante de dolor, procedente de un rincón de la estancia.

Sissi miró a Francisco, sorprendida. No era consciente de que su marido podía oír la conversación que mantenía con Andrásy.

—Hungría —repitió Francisco, que seguía dándoles la espalda y mirando por la ventana—. Todos nos iremos a Hungría. Creo que hasta yo me merezco un descanso.

V

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

Entra en el Café du Pont, al lado del puente Mont-Blanc. Ha pasado la hora del desayuno y aún es temprano para el almuerzo, así que está vacío. Un hombre con bigote lo mira desde detrás de la barra mientras se afana en limpiar tazas con su delantal. Tiene el aspecto pulcro y aseado de todos los suizos y lo mira durante más tiempo de la cuenta. Ahí está, piensa Luigi, esa expresión tan conocida, esa mezcla palpable de desconfianza y desdén. El hombre duda de que Luigi pueda pagar y se debate entre echarlo ya del local o esperar a que confiese que no puede permitirse pedir nada.

—No ofrecemos caridad —anuncia el camarero; por lo visto se ha decidido por la primera opción.

Luigi sonríe burlón. Empieza a silbar, se saca un franco suizo del bolsillo y lo frota entre los dedos pulgar e índice. Fruto de la caridad, desde luego, pero ese hombre no tiene por qué saberlo, piensa Luigi. No tiene por qué saber que una dama bien vestida le arrojó la moneda cuando lo vio esa mañana durmiendo en el muelle. La moneda brilla a la luz del sol y la actitud del camarero cambia de golpe. Deja una taza en la barra y dice:

—Lo siento, monsieur. ¿Ha tenido un viaje largo? A la primera ronda lo invita la casa.

Luigi apoya los codos en la limpia y pulida superficie de la barra y asiente con la cabeza mirando al suizo a los ojos. Acepta la bebida y después pide otra con un cuenco de sopa. Cuando llega, se obliga a comer despacio, pero el estómago le suplica que levante el cuenco y se lo beba todo de un trago. Con el fin de bajar el ritmo, traba conversación.

—Se espera que el duque de Orleans venga a Ginebra.

El camarero, que ha retomado la tarea de secar las tazas, mira a Luigi. Aprieta los labios por debajo del recortado bigote, pero no replica.

—¿Cuánto falta para su llegada?

Luigi suelta la cuchara y se limpia la boca. El simple hecho de hablar del

duque le acelera el corazón. El duque de Orleans. ¡El hombre que se tiene a sí mismo por el heredero del trono de Francia, uno de los hombres más ricos y poderosos del mundo! Luigi piensa de nuevo en el estilete que lleva en el bolsillo, en los planes para llevar a cabo la Gran Obra.

—Se le espera mañana o pasado mañana, ¿verdad? —consigue decir en tono despreocupado, incluso se encoge de hombros mientras hace esa pregunta de vital importancia.

El camarero suelta la taza y se limpia las manos en el prístino delantal.

—¿No lo sabe? ¿No se ha enterado? —pregunta el suizo en tono de superioridad.

Luigi se ofende. No le gusta que lo tomen por tonto, y mucho menos ese camarero. Se lleva la mano al bolsillo, acaricia la hoja y sopesa la idea de sacarla y hacerle un buen afeitado al camarero del fino bigote.

Pero mantiene la actitud distante y se recuerda que no debe echar a perder la Gran Obra por alguien tan indigno e insignificante como ese camarero. Saca la mano del bolsillo y coge de nuevo la cuchara. Se encoge de hombros con indiferencia y pregunta:

—No, ¿qué ha pasado?

—El duque de Orleans no vendrá a Ginebra —responde el camarero, y Luigi siente que se le cae el alma a los pies.

¿El duque de Orleans no irá a Ginebra? Pero él se ha pasado todo el verano tratando de darle alcance. ¿No va a ir a Ginebra? Bueno, entonces, ¿adónde irá? ¿Cómo llevará él a cabo la Gran Obra? El miembro de la realeza que con tanta meticulosidad ha estado siguiendo ha escapado de su trampa. Así que, ¿qué va a hacer ahora Luigi en Ginebra?

Capítulo 5

*Palacio de Gödöllő
Otoño de 1872*

—Desde luego que es muy joven para ser abuela, reina Isabel. —Nikolaus Esterházy miró de reojo a Sissi. Algunos mechones de pelo oscuro escapaban de la gorra de montar y se le rizaban en torno a la cara, de rasgos fuertes y angulosos. Sissi no pudo evitar pensar que era muy atractivo—. Pero claro, si va a serlo, permítame decirle que será la abuela más hermosa que jamás haya existido.

—Nicky, es usted muy amable.

Sissi ajustó su postura en la silla y ofreció su sonrisa más cautivadora al aristócrata húngaro que tenía al lado. Qué bien le sentaba volver a coquetear, responder a los halagos de un hombre con ingenio y risas.

—Amable, tal vez. Pero me limito a decir la verdad —replicó el príncipe Esterházy.

—Yo también le estoy diciendo la verdad, Nicky. Gisela va a casarse con su Leopoldo. Y debo asimilar el hecho de que me estoy haciendo mayor.

—Ni hablar. Está tan joven como una novia.

—Sin embargo, cuando insistí en que tuvieran un noviazgo largo —siguió Sissi—, ¿sabe cuál fue la respuesta de la corte?

—No, ¿cuál?

—Que retrasaba la felicidad de mi hija para satisfacer mi vanidad. Que me aterra la idea de convertirme en abuela y que por eso no quiero que Gisela se case.

—¿Y esa es la verdad?

Sissiladeó la cabeza.

—¡Confieso que no deseo ser abuela! Pero no, mi petición no tenía nada que ver con eso. No soy tan egoísta. Quería que Gisela tuviera un noviazgo largo para que no se casara siendo aún una niña, como hice yo.

Esterházy se removió en su silla, no sabía qué replicar.

—Pero dejemos de hablar de Viena, ¿le parece? —Sissi suspiró—. Porque

aquí estoy, lejos de todos los cotilleos.

Siguieron cabalgando en silencio hacia el establo de Gödöllő con el sol ocultándose tras los campos por el oeste. Hacía semanas que Sissi no se sentía tan exhausta y relajada, con la piel salada por la transpiración fruto del esfuerzo. Había hecho un día soleado y el aire de la tarde era fresco y olía al humo de las chimeneas y a hojas secas. El príncipe Esterházy y ella llevaban cabalgando desde el amanecer; Francisco y Rodolfo se habían tomado medio día de descanso de sus quehaceres para pasear por los bosques cercanos, y Gisela había estado planeando su ajuar y escribiendo cartas de amor a su futuro marido.

Sissi tiró de las riendas una vez que estuvieron cerca del establo. Los mozos de cuadra salieron en cuanto los vieron llegar, acompañados por Shadow, el miembro más feliz del comité de bienvenida. Sissiladeó la cabeza mientras detenía a su caballo y miró en dirección al palacio, hacia las ventanas de la habitación de Gisela, que ya tenía las luces encendidas.

—No entiendo que la gente desee tanto el matrimonio y espere tanto de él.

Esterházy desmontó de un salto y extendió la mano para ayudar a Sissi a hacer lo propio. Ella siguió hablando, tal vez se dirigía más a sí misma que a su acompañante.

—Cuando pienso en mí, vendida cuando tenía quince años y haciendo un juramento que no comprendía...

Esterházy, que no captó la profundidad de los pensamientos de Sissi, se encogió de hombros y replicó en tono ligero:

—Seguramente por eso yo prefiero seguir soltero. —Le ofreció el brazo y Sissi enlazó el suyo y se dirigieron hacia el palacio. El inmenso ginkgo biloba del patio había perdido las hojas, que conformaban una alfombra amarilla en el suelo, y Shadow se entretuvo revolcándose sobre ellas—. Además —siguió el príncipe—, todavía no he encontrado a nadie que me obligue a serle infiel, reina Isabel.

Sissi despachó el comentario con una carcajada, consciente de que ese apuesto pícaro acabaría casándose tan pronto como saciara su apetito por la caza y el coqueteo. Y no le faltarían candidatas dispuestas cuando llegara el momento. Era un hombre rico y, por tanto, tenía la ventaja de poder elegir. Sissi suspiró y recitó uno de sus versos preferidos.

—«La marcha nupcial siempre me recuerda la música que tocan los soldados cuando marchan a la batalla.»

—¿Cómo dice? —Esterházy la miró de reojo.

—Es una cita de Heine —respondió ella.

—¿De quién?

—De mi poeta preferido.

«Andrássy lo habría sabido», pensó y sintió una punzada de angustia. Con eso, apartó la mano del brazo de Esterházy y avivó el paso para entrar en el palacio.

—Debo darme prisa si quiero ver a mi Valeria. Gracias por acompañarme a montar, Nicky. Lo veré durante la cena.



Sissi no sabía —ni Francisco ni Andrásy se lo habían dicho— que Andrásy cenaría esa noche con ellos en Gödöllő. Apenas fue capaz de disimular su alegría de verlo cuando entró en el comedor acompañada por Ida y María.

—Buenas noches, emperatriz. —Andrásy estaba impecable con su frac incluso después del viaje.

—Conde Andrásy, hola.

—Tiene buen aspecto.

—Gracias.

Sissi sintió que el corazón le daba un vuelco. Cuando lo miró a los ojos fue consciente del sonrojo que aparecía en sus mejillas. «Tu cara siempre delata tus emociones», le había dicho Andrásy en una ocasión, y lo recordó en ese instante. «Oh, bueno», pensó. Nadie de los allí reunidos iría a contarle a Bellegarde que la emperatriz había sonreído más de la cuenta durante la cena.

Varias horas después Sissi estaba sentada en el reposabrazos del sillón que ocupaba su marido. La cena había acabado y el grupo se había trasladado al salón. Nicky, sentado enfrente de ellos, disfrutaba de una copa del dulce vino *tokaji*. Ida y María estaban enfrascadas en una partida de cartas con Gisela y Rodolfo. En el otro extremo de la estancia, Andrásy, solo, fumaba en un rincón mientras contemplaba la oscura y gélida noche en Gödöllő.

—Francisco, tenemos que hablar de una cosa —dijo Sissi.

—¿Sí? —Francisco se volvió hacia su esposa—. ¿Te apetece beber algo, Isabel?

—No, gracias —respondió ella negando con la cabeza—. Pero debes hablar con Nicky, con el príncipe Esterházy, sobre esas caballerizas llenas de purasangres que tiene. Mi cumpleaños se acerca, ya estamos casi en Navidad, y me gustaría tener un caballo nuevo. Creo que mis pobres criaturas ya no pueden más.

—¿Ah, sí? —Francisco miró a su mujer mientras un criado le rellenaba la

copa de vino. Allí donde estaba Francisco siempre había un montón de criados, pensó Sissi—. Nikolaus, ¿ya ha agotado a los preciosos purasangres húngaros de mi mujer?

—Por favor, no se enfade conmigo, Majestad Imperial. Además, con una solicitante como ella, soy de la opinión de que obedecerá a la emperatriz con la misma alegría que los demás. —Esterházy estaba radiante gracias al vino, a la comida y a la compañía imperial.

—No solo con alegría, también con rapidez. —Francisco miró al príncipe húngaro como si quisiera indicar que había aprendido la lección, que había aprendido las consecuencias de haber decidido no obedecerla—. Hábleme de sus caballos, príncipe. Isabel solo tiene halagos para sus caballerizas.

Sissi aprovechó el momento, sabía que Francisco se enredaría en una larga conversación con Esterházy amenizada por el vino; el príncipe no desaprovechaba la oportunidad de jactarse de sus magníficas cuadras. Sissi se levantó y se encaminó al extremo más alejado del salón. Le hizo un gesto con la cabeza a Ida cuando pasó por su lado.

—Ida, ¿un poco de música?

Su dama de compañía abandonó la partida de cartas y se sentó al piano. Entre el piano, las risas de los que estaban jugando a las cartas y el estentóreo monólogo de Esterházy sobre los caballos, habría mucho ruido en la estancia.

—Hola, Andrásy. —Sissi se detuvo al llegar a su lado.

Andrásy la miró de reojo, como si acabara de salir de su ensimismamiento y de darse cuenta de que no estaba solo en el salón.

—Buenas noches, emperatriz Isabel. —Mantuvo la espalda erguida y volvió la cabeza para mirar a Francisco y a Esterházy, que seguían en el otro extremo de la estancia. Estaban casi ocultos por el piano y por una librería, pero aun así el lenguaje corporal de Andrásy era del todo formal y reservado.

—¿Cómo estás? —preguntó ella, que se giró para que diera la impresión de que estaba mirando por la ventana aunque en realidad lo miraba a él.

—Bien —respondió Andrásy. Tenía el rostro fatigado y su voz no transmitía la menor alegría—. ¿Y usted?

—Muy bien, gracias. —Sissi guardó silencio; luego respiró hondo y añadió—: Me alegro de verte. —Y era cierto, se alegraba.

—Parece que ha recuperado su antiguo esplendor.

Andrásy se volvió para admirar su aspecto. Llevaba un vestido de brocado de color gris plateado, con lazos en las mangas y cuentas de cristal en torno a la falda y en el cuello. El período del luto casi había llegado a su fin y ese vestido gris era adecuado por su sencillez. Andrásy se volvió de nuevo

hacia el oscuro jardín.

—Gracias —repuso Sissi—. Supongo que es porque he regresado al lugar al que pertenezco.

Él asintió con la cabeza, sin mirarla.

—Y tú también has vuelto al lugar al que perteneces —añadió en voz baja contemplando su perfil—. Aquí. A Hungría.

—Es un alivio ver que los emperadores tienen tan buen aspecto y se sienten tan bien..., emperatriz.

Sissi deseó que dejara de llamarla de esa manera, pero sabía que era imposible. No mientras Francisco o cualquier otra persona estuviera delante.

—¿Te ha tenido muy ocupado el Parlamento en Budapest? Apenas te hemos visto.

Él asintió con la cabeza.

Sissi siguió hablando, y trató de imprimir una nota alegre a su voz.

—Supongo que te habrás enterado de nuestras estupendas noticias, ¿verdad? ¿Sabes que voy a ser la madre de la novia?

—Desde luego —respondió él. Ambos miraron a Gisela, cuyo rostro regordete lucía un tono rosado mientras se reía con su hermano en la mesa de jugar a las cartas—. Mis mejores deseos para la archiduquesa Gisela.

—Me siento muy mayor —añadió Sissi con un suspiro.

Andrássy la miró y su expresión dejó ver... ¿Qué era? ¿Un cansancio horrible? ¿O tal vez tristeza?

—Pero perderemos a una hija y ganaremos otra —siguió Sissi—. He invitado a una pariente mía, a una joven bávara llamada María Larisch, para que forme parte de mis damas de compañía. Les he dicho a Ida y a María que nos estamos haciendo demasiado mayores y que la única manera de mantenernos jóvenes es tener cerca sangre fresca.

—María Larisch... —repitió Andrásy—. No conozco a la joven.

—No, no la conoces. Es hija de una actriz.

—¿Y es pariente suya?

—Bueno, su madre es actriz. Su padre es pariente mío por la rama paterna. Así que es medio aristócrata. No lo suficiente como para que en la corte vienesa la tengan en cuenta. Mejor así. La corte no la admitirá jamás. De modo que no tendré que preocuparme por que la vuelvan en mi contra.

Unas ruidosas carcajadas señalaron el final de la partida de cartas al tiempo que María Festetics levantaba los brazos en señal de triunfo. Al otro lado de la estancia Francisco y Esterházy seguían hablando mientras Ida tocaba el piano. En la mesa de juegos, Gisela empezó a contarle a María sus

planes para la inminente boda y qué diseño había elegido para su nueva vajilla de porcelana, y le confesó que estaba eufórica porque su ajuar ya empezaba a llegar desde lugares tan lejanos como Londres y París.

Rodolfo se sumió en un melancólico silencio mientras las dos mujeres charlaban de la boda de Gisela. Llevaba uniforme militar, y aunque eso lo obligaba a sentarse con la espalda recta, su expresión traicionaba su apuesta figura. Parecía serio, incluso al borde de las lágrimas. Sissi adivinó la causa de su melancolía: temía la inminente partida de su hermana. El príncipe heredero y su padre no tenían una relación muy estrecha, ya que sus caracteres eran completamente opuestos. Con su abuela muerta y su madre tan distante la mayor parte del tiempo, Gisela era el miembro de la familia al que estaba más unido y era su única confidente.

—Vamos, Andrásy, no pensará acaparar a la emperatriz para usted solo, ¿verdad? —dijo Nicky desde el sillón que estaba enfrente del emperador—. ¡Eso no es muy galante!

Tanto Sissi como Andrásy se volvieron de forma instintiva y se acercaron a los demás, su interludio privado había terminado.

—Emperatriz, ya hemos completado los planes para su regalo de cumpleaños —anunció Esterházy.

Francisco parecía medio adormilado en su sillón.

—Rodolfo. —El emperador se volvió hacia su hijo—. ¿Qué haces ahí escuchando a las mujeres hablar de vestidos de novia?

Sissi casi hizo una mueca de dolor ante la poca sensibilidad del comentario.

—Estaba jugando a las cartas con ellas —respondió Rodolfo en voz baja.

—Aún peor. Perder una partida de cartas con dos mujeres... Vamos, hijo, deberías estar aquí. Bebiendo con los hombres.

—Estoy cansado. —Rodolfo se levantó—. Si no os importa, me retiro a mis aposentos.

Y con esas palabras, Sissi observó a su hijo salir del salón, su figura uniformada avanzaba con movimientos herméticos y frágiles.

Siguió un silencio incómodo que se prolongó varios minutos, hasta que Esterházy le puso fin.

—Es una lástima que no venga a cabalgar con nosotros, Andrásy. —El príncipe se encendió un cigarro y soltó una nube de humo que le rodeó la cara—. Renuncia a todas las diversiones.

—No sabe hasta qué punto —replicó Andrásy, en voz tan baja que Sissi, que se encontraba a su lado, apenas lo oyó. Pero después levantó la voz para

que todos pudieran oírlo y añadió—: No puedo malgastar mi energía y mi tiempo con juegos de niños y deportes cuando todas las mañanas tengo en mi escritorio la importante labor de gobernar el país.

Sissi debería haberse sentido insultada, al fin y al cabo ese comentario parecía recriminar su estilo de vida y el de Esterházy. Pero no se enfadó. No, de hecho, se alegró porque, mientras Andrásy hablaba, atisbó claramente los celos en su cara.

Andrásy no estaba celoso de Francisco; eso Sissi lo tenía claro. Andrásy sabía que el lecho conyugal se había enfriado hacía mucho tiempo y que ella no deseaba recuperar ese aspecto de su matrimonio. Pero Nicky Esterházy era arrojado y viril, y podía echarle el ojo. De hecho, ya lo había hecho, y Andrásy lo sabía. Como se lo echó él tantos años atrás, cuando el peligroso y apuesto joven patriota húngaro la invitó a bailar. Ver que Andrásy estaba consumido por los celos avivó en ella una obstinada llamita de esperanza.



Esa noche, mientras los demás dormían, Sissi salió a pasear y se detuvo bajo las desnudas ramas de los cornejos, envuelta en su capa y tiritando de frío. No lo habían planeado. Ni siquiera lo habían hablado. Sin embargo, allí se encontraron. Sus siluetas recortadas contra la delicada luz de la luna creciente.

—Andrásy.

—Sissi. —Había un matiz grave, atormentado, en su voz—. Has venido.

Ella caminó los pocos pasos que los separaban.

—He luchado con todas mis fuerzas —confesó Andrásy—. Y lo había conseguido. O, al menos, eso creía. Le he sido leal a mi rey y le he servido. Pero..., oh, Sissi, cada día que paso lejos de ti me destroza.

La estrechó entre sus brazos y ella se amoldó gustosa a su cuerpo, recibió su abrazo como una absolución. Podría haber llorado de alegría en ese momento. Sus cuerpos se encontraron en la oscuridad y, después de haber pasado tanto tiempo separados, se unieron gustosamente en una voraz traición.



Sissi en realidad sintió un gran alivio a la mañana siguiente cuando la señorita Throckmorton le dijo durante el desayuno que Valeria se había despertado con fiebre. Mandó llamar al médico, ordenó una constante vigilancia sobre su hija y canceló su salida a caballo diciéndole a Nicky que pensaba permanecer en palacio mientras su hija la necesitara.

Pero había otro motivo que no compartió con Nicky. Le alivió contar con una excusa para eludir la cacería que Nicky había planeado porque esa mañana también se había despertado con otras noticias: Andrásy se había ido. Era algo tan abrupto que se preguntó si la noche anterior no había sido más que un glorioso sueño. Pero no, mientras Sissi se vestía, María le había anunciado que Andrásy se había marchado a primera hora de la mañana. Supuso que había regresado a Budapest para participar en las sesiones del Parlamento. Tras esa repentina partida, la felicidad de la noche anterior fue reemplazada por una amarga tristeza, y estaba segura de que Nicky, el atento y celoso Nicky, se habría percatado de que le ocurría algo.

De manera que pasó la mañana en su dormitorio, cavilando en la cama tras despachar a sus damas de compañía. A mediodía, aburrida y todavía triste, decidió salir a caminar. Era un día frío y gris; el cielo encapotado prometía lluvia, de manera que regresó al palacio tras un breve paseo. Sintiendo que se volvería loca a causa de los nervios, decidió poner al día la correspondencia. Leyó y respondió las cartas de su madre, de Elena y de Sofía Carlota. Dejó la carta de Luis para el final. Aunque las cartas de Possi la animaron un poco, las noticias de Luis la entristecieron de nuevo.

Mi querida Sissi:

Te saludo con el alma destrozada porque hoy he discutido con Richard y me temo que la ruptura quizá sea irreparable.

Tal vez te preguntes cómo es posible que dos almas que están tan unidas como la de Richard y la mía, dos personas que comparten un vínculo tan profundo y tan íntimo, que comparten sueños y propósito, hayan tenido una discrepancia tan horrible. Para esa pregunta, tengo defensa: ¡la culpa no ha sido mía! ¡Es culpa de esos torpes de Munich que dicen ser mi gobierno!

Mis ministros se han quejado recientemente del grave estado en que se encuentra la economía de mi reino y han insistido con contundencia en que abandone mis nuevos proyectos hasta que la situación sea más solvente. Dicen que he endeudado a Baviera y que de ahora en adelante el gobierno de Munich tendrá que aprobar los gastos que superen los diez mil marcos. ¿Te los imaginas diciéndome eso, diciéndole a su REY lo que debe hacer y lo que no?

Traté de explicárselo a Richard, pero no lo entendió. Es un genio, no se preocupa (y no debe hacerlo) por cuestiones tan mundanas y sucias como el dinero. ¿Qué importa el dinero cuando estamos hablando de crear arte inspirado en la pureza y la divinidad? Richard me apremió a desdeñar las tiránicas órdenes procedentes de Munich, de mis propios ministros. ¡Oh, cómo deseaba yo hacer su voluntad!

Sin embargo, tonto de mí, le supliqué que me concediera un poco de tiempo para pensarlo. Para ver si encontraba el modo de convencer a esos monos que se atuvieran a razones, para lograr que comprendieran y reconocieran la importancia mayúscula de nuestros proyectos. A Richard no le gustó y me gritó las cosas más horribles, tras lo cual se marchó del castillo diciendo que no volvería a hablarme en la vida.

Como ya sabes, él es mi dios, y me pregunto si tengo algún motivo para seguir viviendo sin él en mi vida.

Se despide de ti con el corazón roto y desconsolado, y rezando para que te acuerdes de él, tu devoto primo,

Sissi aferraba la carta con las dos manos mientras paseaba de un lado a otro del dormitorio. Al rato la estancia se le antojó demasiado reducida, de manera que salió y enfiló el pasillo con pasos furiosos en dirección a la escalera. Una vez en la planta baja, salió al jardín con la mente hecha un torbellino.

¡Su pobre primo! ¡Su tonto, excéntrico e ingenuo primo! Era evidente que Luis había perdido la razón, que estaba enloquecido por su pasión, por sus sueños y por la incongruencia de estos con la dura realidad del mundo. Ya no podía seguir negando sus problemas. Aunque su caso no era tan grave como para encerrarlo en un manicomio, era evidente que no podía ser rey.

Las historias de su mecenazgo con Richard Wagner hacían que le hirviera la sangre. La depravación de Wagner era bien conocida en toda Europa. Ese hombre podía ser un genio componiendo música, pero sus excesos con las mujeres, el alcohol, el juego y las peleas eran igual de épicos. ¿Cómo podía afirmar nadie que el dinero de Luis iba destinado al arte que creía estar financiando?

Sissi atravesó el jardín y no hizo caso a Shadow cuando este la encontró y se dispuso a caminar a su lado. Ni siquiera fue consciente de dónde estaba hasta que, con una punzada de anhelo, se percató de que había llegado al bosquecillo de cornejos. ¡Andrássy! Lo añoraba tanto que bien podría haberse echado a llorar. Pero en ese momento vio la figura delgada que se agazapaba detrás de unos setos cercanos.

—¿Rodolfo?

Sabía que era su hijo, había atisbado parte de su uniforme militar. El corazón le dio un vuelco. ¿Habría descubierto el muchacho lo suyo con Andrássy? ¿Por eso se encontraba precisamente en ese lugar?

—Ah, hola, madre.

Rodolfo emergió de entre los arbustos como si le sorprendiera verla allí, aunque era evidente que la había visto llegar y se había escondido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sissi con voz severa, lo que la sorprendió incluso a ella.

—Nada.

Sus mejillas adquirieron un intenso rubor que le otorgó un aspecto casi febril. Era evidente que mentía. Echó una mirada furtiva en dirección a los matorrales y Sissi decidió acercarse y mirar. Allí, entre los arbustos, lo descubrió. Un putrefacto y espantoso montón de animalillos muertos. Pájaros

ensangrentados. Pero lo peor era que no todos estaban muertos. Algunos aún se retorcían y piaban, se aferraban a la vida en plena agonía.

Gritó y dio un paso atrás.

—¿Qué es esto? Rodolfo, ¿qué significa esto? ¿Por qué hay aquí tantos pájaros muertos y heridos? —Y en ese momento vio la escopeta que yacía junto al montón. Se quedó boquiabierta—. Rodolfo... ¿Has... has disparado a estos pobres animales?

—No —contestó su hijo al tiempo que se alejaba de los arbustos—. No —repitió moviéndose nervioso—. Los he encontrado —añadió sin mucha convicción. Y en ese momento vio al perro al lado de Sissi meneando el rabo con inocente alegría—. Shadow ha debido de matarlos —dijo—. Yo... los he traído aquí para enterrarlos.

Sissi sintió tal alivio que se habría echado a llorar. ¿Cómo podría haberse recobrado de la impresión de tener un hijo sádico que torturaba animales? Pero entonces un pensamiento inquietante la golpeó.

—Entonces ¿qué hace ahí tu escopeta?

Rodolfo guardó silencio un instante, tragó saliva y clavó la mirada en el suelo.

—Yo... los he traído para enterrarlos. He pensado que sería un lugar bonito.

—Pero ¿y la escopeta? —insistió Sissi en voz baja y neutra.

—La llevaba conmigo. Siempre la llevo cuando salgo al bosque. Padre me ha dicho que hay lobos en los alrededores. La llevaba, pero la solté para enterrar a los pájaros.

Sissi meditó un instante, el corazón le daba tumbos en el pecho. Era imposible demostrar que la historia era mentira, por rara que se le antojara a ella. Que supiera, su perro nunca había matado pajarillos, pero tampoco tenía la certeza de que Rodolfo lo hiciera. Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y decidió creer a su hijo. La alternativa era demasiado espantosa para considerarla siquiera.

De vuelta en el interior del palacio, Sissi admitió para sí que deseaba que su familia regresara a Viena. Francisco y ella habían pasado un buen otoño juntos. Él se había recobrado de la pena por la muerte de su madre con su habitual estoicismo y, de un tiempo a esa parte, era un compañero agradable. De vez en cuando salían a cabalgar juntos. Disfrutaban de las cenas familiares, mucho más informales gracias a las costumbres húngaras. Como le pasaba a ella, Francisco se relajaba cuando se alejaba de la corte. Aunque no eran amantes, eran amigos, y ya no temía su compañía como en el pasado.

No obstante, el otoño llegaba a su fin y Sissi deseaba recuperar el palacio para ella sola. Quería que desapareciera esa marea de criados, asistentes y ministros que acompañaba a Francisco. Quería recuperar sus tardes tranquilas y acogedoras con Valeria, con Ida y con María delante de la chimenea. Quería estar en ese lugar sola, por si Andrásy regresaba. Y aunque le dolía admitirlo, estaba cansada de la cháchara incesante e ingenua de Gisela sobre su inminente boda.

Pero lo más importante era que cada vez se sentía más incómoda cerca de Rodolfo. Sus repentinos cambios de humor la desconcertaban. En determinado momento actuaba con dulzura y sensibilidad, y un instante después se mostraba distante y melancólico. La tensión entre padre e hijo provocaba en Sissi una ansiedad constante. Francisco José intentaba que Rodolfo participara en las conversaciones sobre el ejército o el gobierno y el muchacho replicaba con algún verso o con un algún dato que había leído en sus libros de botánica. No tenían nada en común salvo el hecho de que Rodolfo estaba destinado a ocupar el trono que ocupaba Francisco José en ese momento, de manera que por regla general necesitaban que Gisela o ella misma actuaran de intérpretes entre ellos. Aunque lo peor era que, de un tiempo a esa parte, no sabía si Rodolfo le decía la verdad cuando hablaba con ella.

De ahí que cuando Francisco anunció esa noche, durante la cena, que había dado órdenes de hacer el equipaje para el traslado, a Sissi le costó disimular su alivio.

—Sí —dijo—. Imagino que tienes que regresar a Viena.

Francisco cortaba con rapidez y eficiencia el filete empanado que tenía en el plato.

—Nos marcharemos la semana próxima.

—Yo me quedaré una temporada —anunció Sissi en voz baja. Pero luego respiró hondo y añadió—: Valeria y yo nos quedaremos un poco más.

Rodolfo y Gisela intercambiaron una mirada elocuente, pero Sissi hizo caso omiso. Le preocupaba más que Francisco había dejado de cortar el filete y había soltado los cubiertos para apoyar los codos en la mesa. La miró fijamente.

—Isabel, sabes que aprecio tu independencia. Y siempre que me es posible respeto tus deseos en detrimento de los míos y del bienestar de nuestros dos hijos mayores... —Miró a Rodolfo y a Gisela, que asintieron con la cabeza, como si fuera un tema que el resto de la familia tratara de forma habitual—. Pero en esta ocasión no puedo concedértelo.

—Pero... no te lo estaba pidiendo —protestó Sissi, ofendida y frustrada —. Volveré a Viena dentro de un tiempo. Pero ahora mismo...

Francisco levantó una mano enguantada, silenciándola.

—Debemos regresar. Todos.

—¿Por qué? —preguntó en tono desafiante.

Francisco le había garantizado su libertad hacía años. La libertad para vivir donde deseara, para viajar a donde quisiera. Habían llegado a ese acuerdo después de muchos años de infelicidad juntos. ¿Por qué ahora renegaba de eso?

—Porque, mi querida esposa, el mundo entero está a punto de llegar a Viena. He enviado a Andrásy a modo de avanzadilla, por eso se ha marchado esta mañana temprano. Tú y yo vamos a ser los anfitriones de la Exposición Universal.

¿La Exposición Universal? ¿El evento internacional que había llevado a Londres a erigir el Palacio de Cristal y que había llevado a París miles de visitantes y de francos? ¿Tan distante se encontraba Sissi de Viena y de las noticias de la capital que ni siquiera estaba al tanto de que su familia era la siguiente de la lista para organizar semejante espectáculo?

—Este acontecimiento... —Francisco se acariciaba el bigote y asentía con la cabeza en dirección a su esposa, una manera de decirle que no tenía alternativa— promete hacer alarde de un sinfín de maravillas y de lugares emocionantes. Pero es la incomparable belleza de la emperatriz Isabel lo que la gente realmente desea ver.

VI

*¡Esto no es la vida real, es una fantasía! La
Exposición Universal... lo devora todo. Los demás
intereses parecen haber desaparecido y la locura por
disfrutar tanto como se pueda prevalece sobre todo lo
demás, como si en realidad la seriedad hubiera
desaparecido. Es casi aterrador.*

CONDESA MARÍA FESTETICS,
dama de compañía de Sissi

Capítulo 6

*Viena
Primavera de 1873*

Ni siquiera los estoicos y sensatos vieneses, un pueblo que se enorgullecía de no ser impresionable, pudieron evitar mirar con atención —algunos incluso se detenían boquiabiertos— el colosal pabellón que cada día se alzaba más alto, elevándose hacia el cielo desde el parque Prater de la capital. Los terrenos de la Exposición Universal de Viena se extendían en un laberinto enorme de callejones y zonas recreativas, de puestos de exhibición y de imponentes pabellones y prometían albergar el mayor espectáculo que el mundo había visto. Se esperaba la llegada a la ciudad de millones de espectadores desde todos los rincones del mundo, ansiosos por ver los inventos y las maravillas que presentarían los miles de expositores que habían tenido la fortuna de conseguir un puesto en los terrenos de la exposición, con vendedores y visitantes procedentes de lugares tan recónditos como América, Japón o el norte de África.

Si las vistas, los sonidos y el paisaje de la Exposición Universal constituían el cebo para atraer a esos millones de visitantes a la ciudad, los anfitriones, Francisco José y su bellísima y afamada emperatriz Isabel, tendrían que deslumbrarlos cuando llegaran, ya que el tema preferido de la prensa vienesa, además de los contratiempos de la emperatriz en la corte, eran sus elaborados vestidos y su belleza sobrenatural, lo mismo que las riquezas naturales que convertían a Sissi y al emperador en la envidia de todos los regentes del mundo.



Era una soleada mañana de principios de mayo, la primera semana de la apertura oficial al público de la exposición. Sissi bebía café en su dormitorio mientras repasaba los posibles atuendos con María e Ida. Valeria jugaba con una muñeca en la alfombra, y la peluquera, Franziska, trajinaba cerca, disponiendo con diligencia los peines de marfil y los adornos de cristal para el

cabello como un soldado prepararía espadas y cuchillos para el combate.

—¿Qué tal este? —Sissi señaló un magnífico vestido de seda de color índigo; la falda se abría bajo la ceñida cintura y estaba ornamentado con relucientes zafiros—. ¿Impresionará a esos serios alemanes?

—Una elección maravillosa, majestad —dijo María, aliviada de que Sissi se hubiera decidido; Ida cruzó la estancia para coger los zapatos que conjuntaban con el vestido y el corsé apropiado—. No tenemos mucho tiempo, emperatriz; debemos reunirnos con el emperador en la planta baja dentro de unas horas —le recordó con educación—. ¿Le parece bien a Su Majestad Imperial terminar de desayunar para poder empezar a vestirse?

—Y yo voy a necesitar un par de horas para peinarla —intervino Franziska.

María la fulminó con la mirada, y Sissi contuvo una sonrisilla al ver la rivalidad de todos los días. A María le molestaba que la mujer tardase tanto en desenredar, trenzar y peinar la espesa melena, larga hasta el suelo, de la emperatriz. Varias horas todos los días. Sin embargo, esa mañana María no protestó, pues sabía que los elaborados peinados que realizaba esa mujer, que había trabajado como peluquera de la ópera, eran responsables en gran medida del aspecto tan deslumbrante de Sissi.

Hacía un tiempo primaveral, cálido y despejado, un magnífico respiro después de la continua lluvia que habían tenido. En días como esos Sissi siempre pensaba en los campos que se extendían a las afueras de Viena y en los bosques de Gödöllő y deseaba estar lejos de la ciudad, a lomos de su nuevo caballo. Pero eso no pasaría hasta dentro de bastante tiempo, no con la Exposición Universal en marcha.

Sissi suspiró.

—¿No creéis que nuestro gran pabellón para la exposición parece una enorme tarta nupcial decorada con nata? —Se sentó en una silla para que Franziska comenzara a desenredarle el ondulado pelo castaño. Mientras la peluquera trabajaba, Sissi echó un vistazo a los periódicos de esa mañana—. Los pasteleros vieneses se han superado una vez más. —Siguió pasando hojas—. Ah, y aquí estoy, parezco una maceta en una de nuestras interminables ceremonias de inauguración. Por Dios, ¿de verdad se me arruga tanto el ceño cuando intento parecer seria?

Horas más tarde, una vez que tuvo el pelo bien cepillado, trenzado y recogido, con cada mechón adornado con zafiros, cristales y diamantes, Sissi se levantó.

—Momento de ponerme el arnés —dijo con un suspiro al tiempo que

miraba el corsé que Ida sujetaba.

—Vamos a tener que coserle el vestido, majestad —dijo Ida—. Es tan ajustado que no se puede cerrar de otra manera.

Sissi se aferró al poste de la cama y contuvo el aliento.

—Todos afirman que desean ver mi figura... pues la verán. —Mientras le constreñían la cintura hasta los famosos cuarenta y cinco centímetros, añadió en voz alta—: Ojalá vinieran todos juntos, al mismo tiempo, así esta pesadilla duraría solo una semana en vez de toda la primavera y todo el verano.

Estaba siendo una primavera muy agitada. Primero la boda de Gisela el mes anterior y los banquetes y las fiestas que semejante evento había suscitado. Después Johan Strauss había debutado con su nuevo vals, *Sangre vienesa*, que dedicó como regalo de bodas a la joven novia. A continuación el teatro Imperial había montado la obra *Sueño de una noche de verano* en honor a la emperatriz, ya que era de conocimiento público que se trataba de su obra preferida, y Sissi fue incapaz de negarse a asistir a la representación. Ya estaba agotada por la agenda de la corte y por el caos de la atestada ciudad, y sin embargo tenía por delante los meses más ajetreados de su vida, ya que iba a ser la anfitriona de la Exposición Universal.

Andrássy había llenado su agenda y la de Francisco José con una interminable sucesión de mandatarios extranjeros y monarcas que se desplazarían a Viena. Todos acudían en visita social, sí, y esperaban que los entretuvieran, pero, en opinión de Sissi, ni Francisco ni ella disfrutarían de dichas visitas. Andrásy contaba con que ella trabajase: fortaleciera y solidificara los vínculos con sus nuevos aliados, como Alemania y Rusia; demostrara gratitud y aprecio por los amigos leales, como Sajonia y Bélgica; tranquilizara a los satélites escépticos, como los países balcánicos y Bohemia; y engatusara o neutralizara a los potenciales enemigos, como Inglaterra y España. Después, de forma inexplicable, a finales del verano recibirían la visita del sha de Persia, un hombre excéntrico que al parecer teñía de rosa las crines de sus caballos y viajaba en compañía de sus astrólogos, sus «damas de placer» y su propio cortejo de cabras y carneros.

Unos cuantos días antes, el primer día de mayo, Sissi y Francisco José habían asistido a la inauguración de la exposición y a los festejos, declarando la Exposición Universal de Viena oficialmente abierta al público. Había sido una tarea agotadora desde el momento en que el carruaje imperial de Sissi fue rodeado por la multitud a la entrada del parque Prater. La muchedumbre, una mezcla de vieneses y visitantes extranjeros, había esperado fuera durante horas, bajo la lluvia helada. Al ver el carruaje de Sissi, algo poco habitual

dados sus recientes viajes, la gente se abalanzó sobre él, y los caballos se quedaron paralizados de miedo mientras la gente trepaba a las ruedas del carruaje e intentaba mirar a través de las ventanillas en busca de su anonadada cara.

Dentro del pabellón, la explosión casi cegadora de color, de tejidos y de ostentación de riqueza contrastaba con el día gris y lluvioso del exterior. Los vieneses que habían tenido la suerte de conseguir una entrada para la ceremonia de apertura no habían escatimado en detalles, y Sissi se encontró con una marea de sombreros emplumados, vestidos adornados con perlas de todos los colores, ramilletes de flores frescas y hombres con grandes mostachos y sombreros de copa.

Se sentó al lado de Rodolfo en el estrado mientras Francisco daba la bienvenida a la emocionada multitud y declaraba que la exposición más esperada del mundo —y la más costosa— quedaba oficialmente inaugurada. A continuación asistieron a un concierto durante el cual el maestro Strauss dirigió a la orquesta en varios de sus valeses y una marcha de Händel. Rodolfo permaneció con cara de pocos amigos, retraído, durante el banquete que tuvo lugar después; su profunda melancolía era todavía más patente en el ambiente festivo que los rodeaba. Sissi no lo había visto sonreír desde que se despidió de Gisela.

Y ese día Sissi y el emperador Francisco José se estaban preparando para recibir a su primer y más importante visitante extranjero: el príncipe heredero Federico de Alemania. El estatus de Alemania como nación preferente quedó claro en el trato de favor que recibió entre todos los monarcas extranjeros.

—¿El príncipe heredero llegará acompañado de su esposa y de su madre? —preguntó Sissi a María.

Su dama de compañía repasó el programa detallado, un panfleto que los secretarios de palacio habían distribuido con la agenda de las próximas semanas.

—Así es, señora —respondió María—. Su esposa, la princesa Victoria, así como la madre de Su Majestad, la emperatriz Augusta de Alemania.

—Pobre Francisco —dijo Sissi al tiempo que se volvía hacia el espejo para admirar desde distintos ángulos su elaborado peinado. Le maravilló ver que Franziska había colocado los zafiros y los diamantes en las ondas de modo que reflejaran la luz del sol primaveral. Mientras se ponía los guantes blancos añadió—: Y yo que creo que mi atuendo es una carga. ¿Qué debe de sentir él?

Tal como dictaba la tradición, Francisco José no se mostraría con su

habitual uniforme de caballería austríaco, sino que honraría a sus invitados extranjeros llevando el uniforme militar del país visitante. Ponerse el uniforme blanco y dorado de los granaderos prusianos sería una amarga experiencia para Francisco, no cabía duda, ya que era el uniforme que había derrotado a su ejército hacía unos años en la guerra austroprusiana. «Tengo la sensación de que voy a tener que batallar contra mí mismo para ponerme esto», le confesó Francisco a Sissi la noche anterior.

Fuera como fuese, cuando Sissi salió al patio, seguida de cerca por Rodolfo, María, Ida y el barón Nopcsa, encontró a su marido ataviado con el uniforme blanco y dorado, tal como era su deber. Llevaba un ridículo casco reluciente cuyas plumas se agitaban al ritmo de los pasos de su esposo, que movía la cabeza a un lado y a otro para inspeccionar a los miembros de su cortejo. Se quedó quieto cuando anunciaron la llegada de su esposa.

Todos los demás hicieron una reverencia, pero Francisco echó a andar hacia Sissi, le tendió la mano y examinó su aspecto con una sonrisa de admiración.

—Aquí está mi arma secreta —dijo.

Sissi se dejó admirar por su marido... y por todos los miembros del cortejo. Sabía que estaba reluciente y encantadora con el vestido índigo de seda y encaje, los diamantes y zafiros resaltaban su melena, y el ceñido talle acentuaba su esbelta silueta y su estrecha cintura.

—¿Has conseguido dormir esta noche? —preguntó ella acercándose.

—No he pegado ojo.

—Ya somos dos —dijo Sissi.

Andrássy, detrás de Francisco, evitó mirar a Sissi a los ojos.

—¿Estamos todos? —dijo Francisco mirando a los reunidos en el patio—. En ese caso, podemos irnos. Marchémonos ya, no quiero que nuestro querido hermano, el príncipe Federico, tenga que esperar.

Durante su visita, Federico y su mujer, una joven princesa inglesa llamada Victoria en honor a su madre, la reina Victoria de Inglaterra, se alojaban con su séquito en el castillo de Hetzendorf, propiedad de los Habsburgo. En la corte imperial vienesa todo se había calculado al milímetro. Sissi y Francisco partirían poco antes que sus homólogos alemanes para llegar con antelación a la feria y así poder recibir formalmente a sus invitados más importantes.

Cuando los lacayos abrieron las portezuelas del carruaje imperial, uno de los generales de Francisco José, el conde Grünne, se adelantó.

—Si me disculpa, majestad.

—Sí, ¿qué sucede, Grünne?

El general parecía nervioso, titubeó un momento antes de contestar.

—Nos han llegado noticias de que el príncipe heredero y la princesa estaban preparados y..., en vez de esperar, Sus Majestades deseaban partir hacia la exposición.

Francisco se quedó callado y muy quieto, con la vista fija en su general.

—¿Y lo han hecho? ¿Han partido hacia la feria?

Grünne asintió una vez con la cabeza, un gesto seco, antes de bajar la mirada al suelo.

Sissi se percató de que Francisco se ponía tenso a su lado y al volverse vio que tenía las mejillas coloradas bajo la espesa barba.

—¿Eso quiere decir que llegarán antes que nosotros? —dijo él en voz baja pero cargada de furia—. ¿Que no estaremos allí para recibirlos?

Grünne volvió a asentir con la cabeza.

—¡Esto es del todo inaceptable! —masculló Francisco.

No habían seguido el protocolo. Sus planes, tan cuidadosamente orquestados, no se habían respetado... Eso, como bien sabía Sissi, era un pecado capital a ojos de Francisco José. Los presentes en el patio miraban nerviosos al emperador, cuyo bigote había empezado a temblar.

—¡Pareceremos desorganizados y muy groseros por no estar allí para recibir a nuestros invitados!

Siguió un silencio tenso. Rodolfo se apartó de su padre, como si quisiera refugiarse en las amplias faldas de su madre. Andrásy y Grünne intercambiaron una mirada rápida. Francisco permanecía inmóvil, congelado en su silenciosa rabia; su sombrío rostro contrastaba con el blanco níveo de la chaqueta prusiana. Y entonces, sin dirigirse a nadie en particular, gritó:

—¿Quién ha permitido que sucediera esto?

Todos se removieron inquietos; Francisco José rara vez dejaba ver una grieta en su estudiada compostura, por lo que el enfado del emperador era aún más aterrador. Rara vez dejaba ver su estado de ánimo. Sin embargo, como nadie contestaba, su furia aumentó.

—¡Y en contra de mis órdenes! —gritó—. ¡Un imperdonable quebranto del protocolo! ¡Qué vergüenza! ¡Alguien será castigado por semejante error!

En ese momento incluso los guardias imperiales, siempre impasibles como estatuas, parecieron estremecerse cuando las palabras de Francisco resonaron en el patio. Consciente de que nadie más se atrevería a hacerlo, y con la sensación de que ese arrebató era producto de los nervios y del cansancio más que auténtica furia, Sissi dio un paso adelante y le dijo en voz baja y conciliadora:

—Francisco, cariño. —Colocó una mano en el brazo de su marido y este se volvió para mirarla; las mejillas aún coloradas tras las espesas patillas.

Sissi lo miró con una sonrisa tranquilizadora y habló con voz tan suave que parecía que susurraba solo para sus oídos.

—Por favor, cariño, no malgastemos más tiempo. Si Federico y Victoria se han adelantado, vámonos ya. Tal vez podamos alcanzarlos. —Buscó las palabras que sabía que harían reaccionar a su marido y añadió—: Seamos nosotros dos quienes mantengamos la calma por los demás.

Francisco consideró su sugerencia y tomó una larga y lenta bocanada de aire. Cuando lo soltó, apretó los labios y asintió con la cabeza. El caballo desbocado que era su mal genio estaba de nuevo bajo control, sometido.

—Sí, disculpa que me haya dejado llevar —dijo por fin.

Le tendió la mano para ayudarla a subir al carruaje y Sissi la aceptó.

—En marcha —ordenó Francisco a la multitud que se agolpaba en el patio, y todos, o eso pareció, soltaron un suspiro de alivio.



Se envió a un pequeño contingente para que interceptara y entretuviera al carruaje de Federico con una visita guiada por el Danubio, de modo que al final Francisco y Sissi llegaron justo antes que la comitiva alemana y pudieron recibir oficialmente a sus invitados.

El príncipe heredero Federico se apeó del carruaje en esa cálida mañana primaveral; un hombre serio y adusto. Sissi examinó su aspecto con interés. Tenía una figura imponente; aunque no era alto, se lo veía ancho de hombros y robusto vestido con el mismo uniforme militar prusiano que Francisco.

Francisco y Rodolfo llevaron a cabo los saludos protocolarios al heredero del Imperio alemán y Sissi se adelantó para recibir a su esposa, una joven con ojos claros y pelo oscuro que contrastaba con su piel blanca.

—Princesa Victoria, es un placer conocerla. Bienvenida a Viena.

—Emperatriz Isabel, el placer es mío. ¡Es famosa desde mi tierra natal, Inglaterra, hasta mi nuevo hogar, Berlín!

Victoria no era precisamente una belleza —había heredado la constitución cuadrada de su madre—, pero era amable y agradable, y hablaba alemán con un ligero acento inglés encantador.

—Espero que el viaje desde Berlín no haya sido agotador, princesa.

—En absoluto. Muchas gracias, emperatriz Isabel. Y ha merecido la pena. ¡Solo hay que mirar alrededor! Viena es tan espléndida como tenía entendido. Pero, si me lo permite, emperatriz Isabel, me gustaría presentarle a mi suegra,

Su Majestad Imperial la emperatriz Augusta de Alemania.

La princesa Victoria se apartó con elegancia y dejó paso a una gigante. La emperatriz Augusta era todavía más imponente que su adusto hijo; medía más de metro ochenta y tenía unos hombros tan anchos que Sissi comprendió al instante que los prusianos fueran unos guerreros formidables, pues sus mujeres tenían una constitución propia de Goliat.

—Bienvenida a Viena, emperatriz Augusta —dijo Sissi con una sonrisa.

—¡Emperatriz Isabel!

La voz de Augusta era tan ronca y sonora —un sonido que parecía brotar de algún punto de su enorme pecho—, que Sissi contuvo las ganas de estallar en carcajadas por la sorpresa.

—Por Dios —le susurró a Francisco cuando el grupo empezó a desfilar hacia el enorme pabellón—. Creo que voy a tener que llamarla «señora Sirena»..., su voz parece la sirena de un barco.

—¡Sissi! —Francisco miró a su esposa con desaprobación, pero ella se percató del asomo de una sonrisa.

Francisco y Sissi tenían que hacer de anfitriones y mostrarles todas las maravillas y exhibiciones que se daban cita en los extensos terrenos del parque donde se alzaba la mayor Exposición Universal jamás concebida. Pero primero, dado que se trataba de un evento organizado por los Habsburgo, había que cumplir con el protocolo y con la tradición. La comitiva imperial permaneció de pie en un silencio solemne mientras sonaban los himnos de ambos países: primero el austríaco y luego el alemán.

Cumplida esa formalidad, Francisco condujo al grupo por el recorrido que sus ministros y él ya habían fijado; gracias a la labor amable pero eficaz de la guardia imperial, la multitud se abría ante ellos como las aguas del mar.

—Escogimos el lema *Kultur und Erziehung*, «Cultura y Educación» —explicó Francisco mientras gesticulaba a derecha e izquierda—. Todos los elegidos para exhibir aquí, y hubo cientos de miles de solicitudes, tuvieron que demostrar cómo ayudaban a alguna causa. En Austria y Hungría siempre buscamos la excelencia en ambos campos.

Federico escuchaba junto a Francisco; Rodolfo se encontraba al otro lado de su padre. Sissi los seguía de cerca, con Victoria y Augusta, observando a los hombres. Sus tres figuras no podían ser más distintas, pensó Sissi. En el centro caminaba Francisco, el anfitrión más cordial y atento, ya en su madurez y muy digno gracias a su perfecta compostura, su pelo plateado y su posición como consumado patriarca de su pueblo. A un lado, el fornido y serio oficial alemán, un hombre que había llegado a la mayoría de edad

luchando en batallas y forjando un nuevo imperio a base de sangre, hierro y férrea determinación. Al otro lado, Rodolfo, el más joven de los tres, de complexión delgada, tímido y apocado, no dejaba de mirar a su alrededor como si buscara un camino por el que poder escapar.

Los dos más jóvenes gobernarían al mismo tiempo; serían incluso aliados si el camino marcado por Francisco José y Andrásy seguía su curso. ¿Conseguiría Rodolfo encajar en su papel?, se preguntó Sissi. ¿Conseguiría moverse con la autoridad y la seguridad que mostraba Federico tan descaradamente, incluso en ese momento, cuando era un invitado en un país extranjero?

Al entrar en el pabellón todas las miradas se posaron en ellos, de modo que Sissi se sintió más expuesta todavía que los objetos que se exhibían en cada uno de los puestos. Dado que los guardias mantenían a raya a la multitud, Francisco se desentendió de las miradas y de las expresiones de sorpresa y avanzó con decisión por los largos y coloridos pasillos. Andrásy, el ministro presente de más rango, se mantenía a una distancia respetuosa con el resto de la comitiva que no era de sangre real, acompañado por María e Ida.

Cuatro estancias enormes que se abrían desde el pabellón principal componían el corazón de la exhibición: los salones de la agricultura, el arte, la maquinaria y la industria. Francisco no pasó por alto un solo pasillo y presentaba sus respetos con un saludo formal de la cabeza a todos y cada uno de los expositores que hacían una reverencia a su paso. La parte preferida de Sissi era el Pueblo Etnográfico, un extenso espacio lleno de granjas europeas habitadas por campesinos y granjeros de nacionalidades diversas. Buscó el enclave húngaro y saludó a los campesinos que encontró allí en su lengua natal.

Más adelante, Victoria se quedó maravillada por la reproducción de un puerto de mar croata y le dijo a su marido que le gustaría mucho visitar Croacia. A Augusta le agradó sobremanera la colección de mobiliario y atuendos japoneses, más de seis mil piezas, y expresó su opinión con esa voz de barítono tan profunda que tenía y que pareció sobresaltar a los artesanos japoneses.

Cuando la comitiva imperial llegó a la maqueta de la ciudad de Jerusalén, Sissi cruzó una mirada con Andrásy; recordaba las cartas que él le había enviado desde esa ciudad, en las que le hablaba de las antiguas calles y los jardines secretos y le contaba que se había bañado en el río Jordán con la esperanza de que la buena suerte recayera en su pueblo. Sissi apartó la mirada.

—Vamos, Victoria, busquemos ese nuevo dispositivo de comunicación que han inventado, el «teléfono», así lo llaman, ¿no? Tengo entendido que algún día podré hablar con mi familia, aunque estén muy lejos en Baviera.

Federico permanecía en silencio e inexpresivo mientras el grupo examinaba los puestos, pero Sissi se percató de que se fijaba en las hileras de cafeterías y restaurantes, en los jardines tan bien cuidados donde las flores brotaban como si fueran su hábitat natural, y en los barcos de tamaño natural que parecían haberse quedado varados en tierras austríacas después de que las aguas del diluvio de Noé se retirasen.

Igual de deslumbrantes que los expositores y los inventos eran los visitantes vieneses que miraban boquiabiertos la exposición y llenaban los pasillos con exclamaciones de sorpresa. Las mujeres habían acudido con la evidente esperanza de ver a sus anfitriones imperiales e iban cubiertas de diamantes, perlas, plumas y sedas. Las jovencitas reían entre dientes y sonreían a Rodolfo al verlo pasar, solo apartaban la vista de él para mirar a Sissi. En cuanto veían a la emperatriz se convertían en devotas alumnas y estudiaban su peinado y sus joyas para, de vuelta en las nuevas mansiones de sus padres en la Ringstrasse, encontrar la mejor manera de imitarla.

—Las vienesas se visten con mucho más lujo que en Berlín —señaló Victoria, que miraba a una mujer ataviada con un elaborado vestido de brillante satén de color tostado y que llevaba más plumas en el pelo que un faisán salvaje.

—Ah, sí —convino Sissi—. En Viena hay que prestar siempre atención a la apariencia de las cosas.

Los puestos deleitaron a los asistentes y las cafeterías los complacieron, ya que tentaban con los arrebatadores aromas del fuerte café turco y de las masas fritas. Sin embargo, lo más impresionante era el tamaño del pabellón central. Incluso Federico, el impávido Federico, preguntó si podían volver para admirar el interior del salón abovedado una vez más. Francisco accedió con una sonrisa solícita.

—¡Y lo que nos ha costado! El doble de lo estimado por mis ingenieros.

Francisco se encogió de hombros en un gesto de indulgente exasperación paternal. Sissi supuso que, de tener que volver a construirlo, Francisco gastaría lo mismo, aunque solo fuera por la satisfacción de ese momento en que había conseguido asombrar al inmutable alemán, su antiguo enemigo convertido en aliado.

—Es mayor que la cúpula de San Pedro del Vaticano —continuó Francisco, que miró el altísimo techo con admiración, tal vez con la esperanza

de que sus invitados lo imitaran—. Y más del doble de grande que su Palacio de Cristal de Londres, princesa Victoria. ¿Qué le parecerá eso a la reina Victoria? Después de toda la jactancia británica..., ¿eh?

Francisco no hizo ese comentario con intención de menospreciar a Inglaterra sino de dejar en buen lugar a Austria. Bien lo sabía Sissi. Pero los alemanes, siempre tan literales, parecieron ofenderse, ya que se volvieron hacia el emperador con la boca ligeramente entreabierta. Incluso la señora Sirena se quedó callada.

Jactarse veladamente era una cosa, pero un comentario directo acerca de que su reino hacía algo mejor que otro... Por favor, se habían declarado guerras por menos. Victoria, ya de piel clara, se puso pálida pero no replicó.

Francisco, que se percató demasiado tarde de lo groseras que habían sido sus palabras, miró a su mujer y él también se quedó boquiabierto, pero no se le ocurrió nada con lo que solucionar su error. El anfitrión más experimentado y contenido del mundo se había dejado llevar y había cometido un error garrafal.

—¿Victoria? —Sissi intercedió entrelazando su brazo con el de la princesa, como antiguas amigas que compartían secretos en el patio del colegio, y echando a andar con paso lento hacia un puesto cercano con jarrones griegos pintados a mano—. Tiene que contarme cómo es montar a caballo en la campiña inglesa. Me han hablado maravillas.

—¿Ah, sí? —Victoria parecía sorprendida y al mismo tiempo halagada por el repentino gesto de intimidad por parte de Sissi.

La emperatriz se acercó más a la joven y le sonrió.

—Tengo entendido que su familia conoce al príncipe Nikolaus Esterházy —dijo, y en ese momento la princesa sonrió y bajó la vista. Nicky parecía causar ese efecto en la mayoría de las mujeres—. Monto a caballo con él en Hungría —siguió Sissi—, e insiste en que tengo que ir a Inglaterra si quiero experimentar una verdadera temporada de caza.

—Si a Su Majestad le gusta salir a caballo a la caza del zorro, la verdad es que para eso no hay mejor lugar que Inglaterra —convino Victoria, que parecía haber olvidado por completo la ofensa de Francisco.

Y lo que empezó como un intento de Sissi por distraer a la joven princesa se convirtió en una conversación acerca de un interés auténtico y mutuo. La princesa Victoria resultó ser inteligente y habladora, y estuvo encantada de regalarle a Sissi historias de su infancia en la propiedad campestre de su madre, Osborne House, donde los miembros de la familia real practicaban la caza del zorro.

—Además, conocerá a mi hermano Eduardo pronto, ¿no es así? —preguntó Victoria.

—Sí —contestó Sissi—. Creo que la delegación inglesa tiene prevista su llegada justo después de que ustedes se vayan. Estoy ansiosa por conocer al príncipe heredero.

—Ojalá mi visita coincidiera con la de Eduardo... aunque fuera un solo día.

Sissi percibió el anhelo que tiñó la voz de la princesa.

—¿Echa de menos Inglaterra?

Sissi cogió uno de los jarrones griegos que tenían delante y lo admiró. Sabía que tenía que ir con mucho tiento a la hora de pasar de la caza del zorro a un tema de índole tan personal.

Victoria lanzó una miradita a la ancha y tiesa figura de su marido y su sonrisa se apagó un poco, como una vela cuya llama titilase con la gélida brisa. Pero luego pensó en ella y se enderezó. A fin de cuentas, era la hija de la reina Victoria. Comprendía —se lo habían hecho comprender desde su más tierna infancia— el puesto que ocupaba en el mundo.

—Berlín es mi hogar —contestó Victoria con voz seca al tiempo que miraba a Sissi con expresión inescrutable. Cogió un ánfora de barro y de repente pareció muy interesada en la decoración de bronce que tenía en el borde. Luego, como si temiera no haber convencido del todo a Sissi, o tal vez a sí misma, añadió—: Me sentí honrada de abandonar Inglaterra para irme a Alemania. Es una bendición ocupar el puesto de esposa del príncipe Federico.

«Habla alguien de sangre azul», pensó Sissi.

—Yo echo de menos mi casa en Baviera a todas horas —susurró Sissi.

Victoria la miró con cara de sorpresa y en sus claros ojos azules apareció una expresión interrogante, como si se preguntara si la había entendido bien. ¿De verdad acababa de oír a la emperatriz austrohúngara, la anfitriona de todo el esplendor que la rodeaba, confesar que a veces el papel imperial que desempeñaba no le parecía absolutamente maravilloso?

Pero Victoria era más disciplinada que Sissi, o tal vez se sintiera más satisfecha, pues no le dio la razón. Por lo menos en voz alta. Dejó el ánfora en su lugar, echó los hombros hacia atrás, de modo que volvía a tener una postura impecable, y dijo:

—Pero si le gusta la caza, emperatriz Isabel, tiene que visitar a mi familia en Inglaterra durante la temporada de caza.

—Me encantaría —repuso Sissi, que suspiró al tiempo que se volvía para mirar la fila de puestos cercanos.

—A mi madre le complacería enormemente tenerla como invitada. Lord Spencer... es el aristócrata a quien tiene que conocer. Organiza las mejores partidas de caza de todo el país. Cerca de su propiedad en Althorp.

Sissi asintió con la cabeza.

—Me ha convencido, Victoria.

—Por favor, mire todo esto —dijo la princesa al tiempo que examinaba la hilera de puestos con especias de Marruecos, sillas de montar de cuero de España, joyas hechas a mano en el Tirol y elaborados sombreros con plumas y velos confeccionados en París—. Cualquier cosa que una podría desear... está aquí. Somos jóvenes, nuestro Imperio alemán lo es. Pero los austríacos..., su pueblo debe de sentirse muy satisfecho, muy orgulloso, al saber que provienen de una sociedad tan productiva y avanzada.

Sissi observó la escena que se desarrollaba ante sus ojos y se fijó en la erguida figura de su marido, envuelta en el odiado uniforme prusiano para complacer a Federico. A continuación miró a Andrásy, que apartó la vista enseguida, como era su deber. A Rodolfo, que miraba nervioso a su padre mientras este le contaba a Federico los increíbles avances arquitectónicos que sus ingenieros habían desarrollado para elevar la cúpula que tenían sobre sus cabezas. Y luego a todas las personas que la rodeaban; las damas vestidas con coloridas sedas tenían la vista fija en Rodolfo, en Francisco José, en ella. Miró el enorme salón cuya construcción había costado millones a su familia y que se había erigido con tantas prisas y tan poca previsión que seguramente empezaría a desmoronarse en cuanto cerrase la exposición. Aunque la gente no lo supiera, Francisco le había confesado que el terreno sobre el que se asentaba estaba anegado y era inestable, los edificios podían hundirse y derrumbarse. Ninguna de esas grietas o de esas debilidades importaba, ¿verdad?, no mientras nadie supiera de su existencia.

Y entonces Sissi se volvió hacia Victoria, se inclinó hacia ella y le dijo:

—Es como el compositor de la corte me dijo en una ocasión. ¿Conoce al maestro Strauss?

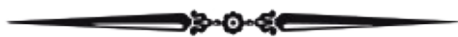
—Por supuesto, toda Europa ha bailado al compás de los vales de Johann Strauss hijo. Es otro de los motivos por los que la corte de Viena es la envidia... la admiración, quiero decir, del mundo.

Sissi asintió con la cabeza y siguió:

—En fin, una vez le pregunté al maestro Strauss por qué creía él que sus vales eran tan populares.

—¿Y qué le contestó?

—Se echó a reír y me dijo: «La ilusión nos hace felices».



Más tarde, esa misma noche, tras una larga cena y un baile interminable en honor del príncipe heredero Federico y de su esposa, Sissi estaba sentada enfrente de Francisco en el carruaje que los llevaba de vuelta al palacio de Hofburg.

—¿Tanto le costaría sonreír aunque fuera solo una vez? —preguntó Sissi recordando el implacable ceño fruncido del príncipe heredero durante todo el baile—. Victoria es encantadora y muy amable. Y la madre de Federico, la Sirena... incluso ella es agradable, aunque habla de Berlín demasiado. Pero Federico...

—Es prusiano. ¿Qué esperabas? —Francisco bostezó, pero enseguida se llevó a la boca una mano enguantada para ocultar esa inexcusable muestra de debilidad.

—No pasa nada, ya lo sabes —dijo Sissi mirando sonriente a su marido.

—¿Cómo dices?

—Puedes bostezar delante de mí. Estás cansado. —Sissi se encogió de hombros—. ¿Acaso es un crimen?

Francisco no replicó, se limitó a mirar por la ventanilla y su rostro quedó iluminado por la luz de las farolas que iban dejando atrás a medida que el carruaje pasaba junto a ellas. Sissi cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento. Al cabo de un momento oyó la voz de Francisco que le susurraba muy bajito:

—Gracias, Sissi.

Ella abrió los ojos y miró hacia el otro lado del carruaje, en penumbra.

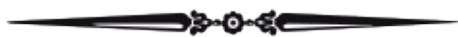
—¿Por?

Francisco tenía cara de estar agotado, las comisuras de sus labios se curvaban hacia abajo vencidas por el esfuerzo de exhibir una sonrisa todo el día.

—Por todo —contestó—. Por estar aquí. Por esta mañana. Y por esta noche. Tú eres el motivo de que el día de hoy haya sido un éxito. —Francisco volvió a clavar la vista en la ventanilla y suspiró como si pudiera quedarse dormido antes de llegar a las puertas del palacio.

Entre la oscuridad, el repiqueteo de los cascos de los caballos y el estrépito de las ruedas del carruaje al otro lado de la ventanilla, Sissi no estaba segura de si había entendido bien su último comentario. Pues desde su asiento, enfrente de Francisco José, creyó oírle decir:

—Nunca sabrás hasta qué punto te necesito.



En cuanto la comitiva imperial alemana se marchó, llegó desde Inglaterra el heredero y representante de la reina Victoria, su primogénito, el príncipe de Gales. Si Federico se había mostrado desapasionado y serio, con el aspecto de un soldado que ha declarado la guerra a cualquier forma de entretenimiento y diversión, el príncipe Eduardo demostró ser su opuesto en casi todo. Era un joven apuesto, y no iba ataviado con el uniforme militar, sino que llevaba un ligero traje de verano y lucía el sombrero en un ángulo que le daba aspecto de libertino. Se comportaba más como un soltero empedernido con ganas de fiesta que como un dignatario extranjero de visita oficial en otro país.

Durante su primer día en Viena, Eduardo llegó tarde a la exposición: Francisco, Sissi y Rodolfo tuvieron que esperarlo casi una hora. Apareció con aspecto relajado y una sonrisa, andando con paso lánguido, como si ya hubiera dado buena cuenta de una botella de vino —algo que Sissi sospechaba que era verdad—, y no se disculpó por la tardanza.

—En fin, ¿vamos al pabellón? —preguntó Francisco con fingida jovialidad mirando al personaje que se había saltado el protocolo. Era un bochornoso día de principios de verano y los austríacos, vestidos de gala, ya estaban acalorados, e irritados, por haber tenido que esperar al invitado inglés.

—Sí, cariño, entremos —dijo Sissi, que arrastró a su marido consigo.

Eduardo se acercaba más a la edad de Rodolfo que Federico, y parecía querer ganarse como aliado, o compañero de correrías, a su homólogo, el príncipe heredero austríaco. Mientras el reducido grupo entraba en el pabellón, Sissi oyó que, al tiempo que le daba una palmada a Rodolfo en el hombro como si fueran viejos compañeros de universidad, el joven príncipe preguntaba en voz baja:

—Bueno, acabamos con esto y nos vamos al baile, ¿de acuerdo? ¿Cómo son las vienasas, Rodolfo? ¿Cálidas y suaves como vuestro famoso *strudel*? Desde luego, las pocas que he visto hasta ahora me han despertado el apetito.

Eduardo compartía con su hermana su afabilidad, la blancura de la piel y el cabello oscuro, pero carecía del control o del sentido del decoro que poseía Victoria y que se esperaba de su posición. Durante el baile celebrado en su honor, coqueteó abiertamente con Sissi y con varias debutantes vienasas, invitó a numerosas muchachas a bailar con él y su mano se demoró sin pudor en su cintura mucho tiempo después de que terminase la música.

Avanzada la noche, el príncipe heredero se colocó junto a Sissi con sendas copas de champán en las manos.

—¿Brinda conmigo, emperatriz?

—Por supuesto, príncipe Eduardo. —Sissi aceptó la copa que le tendía con una sonrisa suspicaz.

Él, en cambio, con el pelo rizado y alborotado alrededor de la cara sonrojada y el cuello de la camisa desabrochado, parecía relajado y feliz.

—Por la emperatriz. —Eduardo levantó la copa, las manos le temblaron y derramó unas gotas de champán en la pechera de su camisa. Se desentendió de las manchas, o ni se dio cuenta, y continuó con el brindis—: Esta ciudad está llena de bellezas. ¡Solo hay que ver este baile! Pero permítame decirle, emperatriz Sissi, que destaca sobre todas las demás. Y nada me gustaría más que entrar en... su pabellón.

—Brindo por la salud de Su Majestad la reina —replicó Sissi, que bebió un sorbo de champán y se volvió hacia su marido.

Era evidente que Francisco estaba horrorizado, ya que le masculló a su mujer que jamás había presenciado algo tan bochornoso, pero ella se limitó a reír entre dientes, asombrada y divertida. A medida que la noche avanzaba, resultó imposible negar que Eduardo era muy buen bailarín y que poseía un encanto algo tosco. Tal vez fuera un libertino, pero era joven, inofensivo y muchísimo más agradable que Federico, el alemán, y estaba claro que había despertado el interés de las jovencitas vienesas. Sissi también observó que Rodolfo parecía estar pasándoselo bien. Su hijo se había quitado de encima parte de su habitual amargura al lado del amigable y arrogante príncipe inglés, e incluso lo vio bailar durante la noche.

Eduardo, que por lo visto no compartía la opinión de su madre acerca de la sobriedad y el sentido del deber, siguió dando buena cuenta del vino y del champán durante toda la velada. En un momento dado, quejándose de que en el pabellón en el que estaban bailando hacía demasiado calor, intentó abrir una ventana. Como no lo consiguió, cogió una silla y la estampó contra el cristal, y una lluvia de cristales y de chillidos femeninos se extendió por el salón. Los jadeos horrorizados de Francisco y de los cortesanos solo quedaron silenciados por las estentóreas carcajadas de Eduardo.



—Tengo la sensación de que más de una jovencita vienesa cree que su corazón parte con el tren de vuelta a Londres —dijo Sissi a Francisco José mientras agitaba la mano para despedirse del príncipe de Gales.

Los acompañaba un silencioso Rodolfo, enfurruñado como si deseara marcharse con su nuevo amigo inglés.

—Se lleva el corazón de varias damas —repuso Francisco, que agitó la

mano una última vez hacia el tren que se alejaba—, y me atrevería a decir que quizá también su virtud.

—Desde luego vino con ganas de conquista.

Sissi contuvo una carcajada. Era agradable que, por una vez, los cotilleos de los periódicos y los corrillos de la corte se ocuparan de otra persona, aunque no fuera a durar mucho tiempo.

—Y ahora tenemos que prepararnos para un invierno ruso —señaló Francisco con un suspiro.

El tiempo en Viena efectivamente pasó de ser imprevisible y frívolo a gélido y severo en cuanto Eduardo se marchó y ellos empezaron a prepararse para la llegada del zar ruso y de su séquito. Andrásy, el diplomático y organizador, en su papel de sosegado ministro de Exteriores, avisó a Sissi y a Francisco de que se avecinaban unos días agotadores.

—No es justo, la verdad —se quejó Sissi a Francisco la víspera de la llegada del zar con su zarina—. Ellos vienen de uno en uno y con la energía necesaria para encarar unos días de mucho ajetreo, pero ¿y tú y yo? Se espera de nosotros que mantengamos el espectáculo a un ritmo frenético, día tras día, durante meses interminables. Y cada invitado cree que él es el visitante más importante.

—Si no queremos granjearnos enemigos —dijo Francisco—, cada visitante debe seguir creyendo que él es el más importante para nosotros.

Sin embargo, Sissi se sentía menos una diplomática y más una marioneta que bailaba para el público y lo entretenía con diálogos ensayados. Le dolía el estómago por llevar corsé y vestidos ceñidísimos a todas horas; le dolía la cabeza por los elaborados peinados y las tiaras que le tiraban del pelo. Estaba harta de festines, de champán, de los abarrotados y agobiantes salones, y de intercambiar saludos y sonrisas con invitados muy exigentes. Y llevaba semanas sin apenas ver a Valeria.

—Ojalá pudiera volver a Gödöllő y disfrutar del verano de verdad —masculló en el carruaje, cuando volvían al palacio tras otro baile vienés.

Francisco suspiró, tal vez era una manera de darle la razón, pero jamás lo diría en voz alta. Para él, su felicidad personal y su comodidad poco importaban en comparación con las exigencias del imperio y del papel que él tenía que interpretar.

Andrásy pasó esos días preparando a conciencia la llegada de la comitiva imperial rusa. Les advirtió a Francisco y a Sissi de que los rusos eran los mejores aliados del Imperio austrohúngaro, solo por detrás de los alemanes. Con su vasto imperio, que limitaba al este con el de los Habsburgo, el zar

Alejandro gobernaba sobre millones de habitantes, y controlaba reservas cruciales de grano y de minerales. Las vías acuáticas ganarían en importancia para el comercio del Imperio austrohúngaro y para su seguridad militar en las próximas décadas. El zar Alejandro era un aliado de lo más deseado... y sería un enemigo de lo más indeseado.

—Y para ellos, gobernantes hereditarios durante siglos, las tradiciones y los rituales son sagrados —añadió Andrásy.

Bellegarde, él, Sissi y Francisco esperaban a la comitiva rusa en la estación de tren de Viena.

—Algo sabemos sobre tradiciones y rituales —repuso Sissi con un suspiro.

—No. —Andrásy meneó la cabeza. Se inclinó hacia ella y habló en voz baja, de modo que solo Sissi lo oyera por encima del estrépito del tren que se acercaba—. Los Habsburgo creen que ellos gobiernan por la gracia de Dios. Pero los Romanov han convencido a su piadoso y empobrecido pueblo de que ellos son dioses.

Sissi meditó sobre sus palabras con las cejas arqueadas mientras el tren se aproximaba lentamente al andén y se detenía delante de ellos.

—Los Habsburgo parecen dóciles y distendidos al lado de los Romanov —añadió Andrásy.

—Por el amor de Dios.

El zar Alejandro bajó al andén, con un rictus serio y rígido en los labios bajo el espeso bigote. Sissi inclinó la cabeza para no mirarlo a los ojos. A continuación, se volvió para besar la mano de la zarina María y aceptó besos en su propia mano de las mujeres que formaban la comitiva imperial rusa. Ensayado a la perfección... y ejecutado a la perfección. Hasta el momento, parecía que Sissi no había cometido fallo alguno y Andrásy la miró con aprobación.

—Bienvenido, Majestad Imperial —saludó Francisco al zar antes de dar un paso al frente, ataviado con su nuevo y almidonado uniforme militar ruso.

Sissi también se había arreglado para complacerlos: lucía un ajustado vestido de seda lila bajo una chaquetilla de zorro blanco siberiano.

—Por supuesto, no hay criatura más hermosa que su zorro siberiano —le dijo al zar, con la cabeza gacha y esperando que no se percatara de las gotas de sudor que le perlaban la frente. «Ni animal con una piel más cálida», pensó, aterrada. Ya estaba acalorada y ni siquiera habían empezado el día en la atestada exhibición; además, tenían por delante el desfile que estaban obligados a presenciar con sonrisas encantadas. ¿El zar por la gracia de Dios

se ofendería sin remedio si se quitaba la chaquetilla de zorro siberiano?

Durante toda su estancia en Viena el zar solo sonrió en una ocasión, y fue en la cena de la última noche, cuando Sissi le habló de su deseo de montar a caballo por la ribera del río Neva en Rusia.

—Has conseguido encandilar al viejo y serio Romanov —comentó Andrásy, tras llevarla a un aparte al día siguiente, en los pasillos del palacio de Hofburg—. Bien hecho, Sissi.

A continuación llegaron los magnates de los Balcanes. Si bien sus reinos no eran tan extensos ni tan influyentes como Rusia o Alemania, las historias de esas regiones estaban entrelazadas con la del Imperio austríaco. Francisco José esperaba que al congraciarse con los líderes de cada región pudiera conseguir más apoyo para controlar a sus inquietos y a veces hostiles vecinos en la zona sur del imperio. El primero en llegar fue el príncipe Milan de Serbia, que iba sin afeitar y llegaba tarde a casi todos los encuentros de la agenda, a menudo con aspecto de haberse enzarzado en una pelea con un oponente en el juego o con una amante furiosa. O tal vez con ambas personas a la vez. Luego llegó el príncipe Nicolás de Montenegro, un guapísimo hombre de pelo oscuro con facciones rubicundas que lucía el uniforme montenegrino completo, cubierto por una colección de cuchillos y armas sobre su pecho y su cintura.

El siguiente en llegar fue el rey Leopoldo de Bélgica, un hombre solícito y adulator cuya única falta fue haber llevado consigo a su presuntuosa hija, la princesa Estefanía. Sissi la despreció casi de inmediato; le resultó muy desagradable con sus horrorosos vestidos y su constitución fuerte, y tampoco le hizo gracia que coqueteara abiertamente con Rodolfo delante de los demás, dejando bien claro sus ambiciosos planes. Y qué decir de la risa artificial y escandalosa de la muchacha. Se dio cuenta de que Estefanía estallaba en carcajadas cada vez que Rodolfo hablaba, aunque parecía más para halagarlo que para mostrar su hilaridad. Por suerte, Rodolfo seguía teniendo el aspecto de un muchacho poco desarrollado y, como su madre, no parecía nada impresionado por los falsos halagos de la princesa belga y su artificioso coqueteo.

Leopoldo y Estefanía se marcharon y en su lugar llegó la reina Isabel de España, una mujer alta e imponente de pelo negro y piel amarillenta. Isabel vestía bastante bien y se comportaba con cierta dignidad real, pero no era una compañía muy agradable; Sissi tuvo la impresión de que estaba deseando volver a Madrid. «Mejor así», pensó, «porque yo también preferiría estar en otra parte». La reticencia de Isabel le ahorró a Sissi muchas conversaciones y

risas forzadas que cada vez le resultaban más agotadoras.



La exposición, con sus hitos arquitectónicos y sus interminables hileras de puestos, fue considerada un éxito rotundo. Sin embargo, aunque las exhibiciones y los salones deslumbraron e impresionaron, las noticias sobre los problemas en otros puntos de Viena acabaron por llegar hasta allí. El número de visitantes no era el que los ministros de Francisco habían estimado. Y no estaban recaudando el dinero que se necesitaba para que fuera rentable o, como mínimo, no tuviera pérdidas. Además de estas preocupaciones, una epidemia de cólera se había extendido por la ciudad, con lo que muchos vieneses huyeron al campo en busca de aire más limpio durante los meses más calurosos del año.

Las malas noticias crecieron cuando los conductores de taxis se pusieron en huelga e imposibilitaron que muchas personas fueran a la exposición. A medida que se extendía la falta de éxito de la exposición, cayeron las cotizaciones en bolsa y su impacto se notó desde el escalafón más bajo hasta el más alto de la sociedad, provocando una repentina escalada de suicidios. El verano en que Viena esperaba ser nombrada la capital cultural y artística del mundo, acabó siendo la capital mundial del suicidio.

Francisco soportó esa sucesión de golpes con su estoicismo y su resistencia habituales; siempre que no se hallaba en un acto público se refugiaba en sí mismo. Pero cuando les tocó el turno a los reyes de Sajonia, Sissi se sentía exhausta y desmoralizada. No le quedaban fuerzas para un desfile más, ni para un baile, una cena o una visita guiada a la exposición. La epidemia de cólera la tenía muerta de miedo, tanto por su salud como por la de Valeria. Además, de forma inexplicable, había desarrollado una tos durante el verano y padecía dolores de cabeza a diario.

—Por favor, ¿podemos salir de la capital aunque sea una semana? ¿Qué importa la visita del rey de Sajonia? Tenemos a ministros para recibirlos. No necesitan al emperador de Austria y Hungría. Bellegarde se las puede apañar solo. Además, es más de su nivel.

—Sissi, no podemos insultar a los sajones de esa manera —repuso Francisco con un deje condenatorio en la voz... ¿O era fatiga?—. Los sajones fueron nuestros aliados más fieles contra los prusianos. Siempre han estado de nuestro lado.

¿Cómo podía Francisco cumplir con su deber día tras día?, se preguntó Sissi. ¿Cómo podía subyugar sus deseos y sus necesidades para servir, para

trabajar y para encargarse de los demás? Su fortaleza la dejó maravillada y se fustigó por sus debilidades humanas y su egoísmo infantil, pero al mismo tiempo era incapaz de imaginarse viviendo de esa manera.

—Además, después de los sajones llegará el invitado más importante de todos... —añadió Francisco, que se animó un poco—. Y estoy seguro de que no querrás perderte su visita.

—¿De quién se trata?

—Del sha de Persia.



—Cuéntamelo otra vez. No doy crédito.

Sissi, sentada en su dormitorio, se preparaba para la cena con la que Francisco y ella darían la bienvenida a Viena al sha de Persia. En el exterior hacía una calurosa noche de verano, y en el interior bullía una alegría nerviosa, ya que el mandatario extranjero había demostrado ser muy excéntrico antes incluso de poner un pie en palacio.

—¡Yo tampoco, emperatriz! —María Festetics soltó una risilla mientras extendía el vestido de gala de Sissi—. Dicen que ha hecho el viaje hasta aquí con sus propios caballos, con las crines teñidas de rosa, así como con cuarenta carneros, una manada de gacelas y otra de perros, y todo eso porque tiene entendido que Su Majestad adora los animales. Piensa regalarle las gacelas, señora.

—¿Y qué me dices de su séquito? —preguntó Sissi.

—Ha traído a toda su familia, docenas de miembros, y a varias de sus «damas de placer».

Sissi abrió unos ojos como platos.

—Le pido disculpas, emperatriz. La he ofendido.

—No, María. —Sissi se abrazó el estómago e intentó no echarse a reír por miedo a que el corsé se le clavara y le hiciera daño—. Continúa, continúa.

—Además de docenas de ministros, le acompañan sus sacamuelas, sus médicos, su gran visir, que tiene que acompañarlo a todas horas, y sus astrólogos.

—¡Ay, sí, los benditos astrólogos! —exclamó Sissi al tiempo que se levantaba del sillón—. El sha canceló el encuentro programado para esta mañana y se negó a reunirse con Francisco y conmigo en la exposición porque sus astrólogos afirmaban que «las estrellas no eran propicias». —Sissi se acercó a la cama y examinó el vestido plateado que había escogido para la cena—. Y hay más —añadió—, supongo que estás al corriente de que se

quejó de que lo hospedáramos en el castillo de Laxenburg porque quería estar más cerca de Francisco... del emperador. Pero ¿sabes qué reclamó que se hiciera en Laxenburg?

—Me da miedo preguntar. —María se permitió que asomara una sonrisa a sus labios.

—Ha insistido en que construyan una chimenea abierta en su dormitorio para que puedan sacrificar sus carneros a diario y asarlos delante de él. ¡Y está usando la habitación contigua como matadero!

María se llevó una mano a la boca para acallar las risillas. La seria Ida estaba al fondo del dormitorio preparando las joyas que Sissi luciría esa noche... Nunca participaba en semejantes cotilleos.

—Creo que no volveré a visitar el castillo de Laxenburg —anunció Sissi con la mente convertida en un torbellino—. ¿Y la gente dice que yo soy exigente? ¿Y que Luis es excéntrico?

—Le está diciendo a todo el mundo que le emociona más ver a la emperatriz que ver la exposición —dijo María.

—Pues en ese caso será mejor que termine de prepararme. Si las estrellas son propicias para el encuentro de esta noche, por fin conoceremos al hombre que con tanta humildad afirma ser el Bendito Centro del Universo.



Sissi y Francisco dieron la bienvenida al sha y a su amplísimo séquito en el festín celebrado esa noche. Tras haber oído rumores acerca de los gustos tan coloridos y extravagantes del sha, Sissi se había vestido con más opulencia que de costumbre. Lucía un vaporoso vestido de color plateado y beis, con la cintura adornada con un ceñidor violeta, y ristras de amatistas y diamantes engarzadas en mechones de su pelo. Cuando le presentaron a su anfitriona, el sha Naser al-Din se llevó sus quevedos de oro a la nariz y se permitió admirar sin tapujos y sin pudor la figura de la emperatriz de la cabeza a los pies. Después, dirigiéndose al gran visir, un hombre alto de ojos negros delineados con kohl, masculló en francés, como si Sissi no pudiera oírlo ni entenderlo:

—Por Dios, es tan guapa como dicen que es.

Sissi se volvió hacia Francisco e hizo esfuerzos por contener la risa. No sabía si le hacía más gracia el descaro del sha o la evidente incomodidad de su esposo.

A lo largo de la cena el sha permaneció sentado junto a Sissi como un tímido colegial, la miraba pero apenas hablaba con nadie que no fuera su visir, que se sentaba al otro lado.

—¿Está impaciente por visitar la exposición mañana, majestad? — preguntó Sissi en francés, en un valiente intento por entablar conversación con el sha mientras servían el postre. Al otro lado de la mesa Francisco charlaba como era su deber con uno de los numerosos hermanos del sha. Como el sha no le contestó, Sissi le hizo otra pregunta—: ¿Hay alguna exhibición que le llame especialmente la atención?

—No —contestó el sha con una voz tan directa como su mirada.

—Oh... —Sissi se apartó un poco, sin saber qué decir.

Él continuó:

—Pero me gustaría invitarla a mi residencia en Laxenburg. Tengo entendido que Su Majestad es una gran admiradora de los caballos y me honraría si me permitiera enseñarle los míos.

—Es usted muy amable.

Sissi bajó la mirada. En ese momento la salvó que anunciaran el inicio del baile. La noche avanzó entre vales y cotillones, durante los cuales el sha observó pero no participó. Después hubo un espectáculo de fuegos artificiales en los jardines en su honor.

A esa noche tan exitosa siguió un día agotador, tanto que Sissi vio que incluso la innata hospitalidad de Francisco se tambaleaba y a punto estuvo de perder los estribos por su manifiesta frustración ante su invitado. El sha llegó dos horas tarde a la visita guiada por los emperadores y ambos tuvieron que soportar las altas temperaturas a pleno sol sin explicación alguna. Mientras paseaban por la exposición, viendo cosas que Sissi ya había visto en decenas de ocasiones, el sha Naser al-Din parecía menos interesado en los productos expuestos que en las vienas bonitas y bien vestidas con las que se cruzaba. En varias ocasiones miró fijamente a una muchacha y se llevó la lengua a los labios en un gesto provocador.

Los ministros del sha aseguraron a Sissi que el Bendito Centro del Universo no quería ofender con ese gesto, por más lascivo que pareciera a quienes no lo comprendían; era sencillamente el gesto habitual de Su Majestad para indicarle a una mujer que le complacía su aspecto. En un momento dado el sha llegó demasiado lejos en su deseo de expresar su placer: cogió a una mujer del brazo, se lo pellizcó y luego sus dedos descendieron hasta sus pechos.

La muchacha empezó a gritar, el altercado llamó muchísimo la atención, y Sissi y Francisco aceleraron el paso mientras la guardia imperial se llevaba a la muchacha a un lugar seguro y Andrásy se encargaba de entretener al sha.

El momento más incómodo del día sucedió cuando una muchacha

especialmente bien dotada atrapó la mirada del sha y el monarca persa le susurró una orden a su visir. El visir procedió a acercarse a sus anfitriones, ansioso por cumplir con los deseos de su señor.

—¿Emperador Francisco José?

—¿Sí? —Francisco dejó de hablar con Sissi y se volvió hacia el visir.

—Tiene la oportunidad de hacer que su divino invitado, el bendito sha, sea muy feliz.

—Lo que esté en mi mano —repuso Francisco con cierta frialdad pero expresando su voluntad de ser un anfitrión complaciente.

—Si pudiera... esa hermosa mujer de allí... —El visir señaló hacia un punto y Francisco y Sissi siguieron la dirección del dedo hasta una bonita muchacha con quizá menos ropa de la adecuada. Claro que ese día hacía un calor espantoso. El gran visir continuó—: Ha complacido mucho al sha Naser al-Din, y a Su Majestad le gustaría saber cuánto tendría que pagar para disfrutar de su compañía... en privado.



Después de que el sha se fuera, Sissi habló con Francisco y se mantuvo firme en que necesitaba marcharse de la capital, pasar una breve temporada en el campo. Su tos, en vez de mejorar con el calor estival, había empeorado, y en ese momento tenía una erupción cutánea en el pecho. Un dolor incapacitante se había apoderado de su abdomen. Y, por si fuera poco, tenía fiebre y seguía soportando persistentes dolores de cabeza. El médico de la corte había diagnosticado que sufría fiebres tifoideas además de agotamiento y la había instado a abandonar la ciudad. Sissi casi celebró el diagnóstico. Al fin podría marcharse; ni siquiera Francisco, con su firme adhesión a cumplir con el deber, protestaría.

La víspera de su partida a Gödöllő, Andrásy encontró a Sissi paseando por los jardines de Schönbrunn acompañada por Valeria, la señorita Throckmorton, Ida y María.

—Si no le importa, emperatriz, ¿podría acompañarla en su paseo?

—Por supuesto —dijo Sissi.

Estaban delante de la fantástica fuente de Neptuno, llena de cuerpos desnudos de antiguos dioses romanos cuyas musculosas formas talladas en piedra blanca se retorcían y luchaban mientras de sus bocas abiertas brotaban los chorros de agua. Los cisnes nadaban en la cristalina superficie bajo los dioses, ajenos por completo a su épica batalla.

—Estábamos a punto de subir a la glorieta. —Sissi señaló la cuesta que

llevaba a la magnífica edificación de piedra que se erigía en lo alto de la colina de Schönbrunn. El palacio en miniatura decoraba la cima como un delicado botón de crema y observaba desde las alturas los jardines privados de Schönbrunn—. Valeria dice que quiere ver la enorme tarta nupcial.

Andrássy se rio.

—En ese caso, las acompañaré encantado.

Echó a andar junto a Sissi. Mientras subían por el serpenteante sendero, Sissi no pudo evitar recordar una noche, años atrás, en que se escabulló del palacio para subir esa colina. Estaba oscuro y llovía, pero el sueño la rehuía, como seguía pasándole con frecuencia. Se llevó una agradable sorpresa al ver que la inquietud de Andrásy lo había conducido también a ese punto tan pintoresco. Se habían sentado en la cima, resguardados de la lluvia bajo los arcos de la glorieta, y habían hablado de su amor por Hungría y de sus sueños de que hubiera paz entre sus países. Sissi se preguntó si él también recordaba aquella noche. Fuera lo que fuese lo que estaba pensando en ese momento, parecía nervioso.

En cuanto a ella, estaba de mejor humor que en las últimas semanas. Se moría de ganas de alejarse de la corte, de tener un breve respiro del agotador ritmo que había mantenido durante todo el verano. En cuanto se curase de las fiebres y de la tos, pensaba disfrutar de los meses cálidos que quedaban a lomos de un caballo, montando por los bosques que rodeaban su propiedad húngara. Sin embargo, Andrásy se removía inquieto a su lado mientras paseaban, como si necesitara confesarle algo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan nervioso?

Andrásy no contestó. Ni siquiera se volvió para mirarla mientras ascendían por el sendero pedregoso.

—¿Qué pasa? —Observó su perfil, desconcertada por su silencio.

—Emperatriz, ojalá... —Se volvió para mirarla por primera vez—. Le ruego humildemente que... que reconsidere posponer su marcha de la capital.

Sissi se detuvo, no sabía cómo responder. Tenía delante a Andrásy el burócrata; lo veía con absoluta claridad, y le resultaba muy frustrante. Tomó una honda bocanada de aire y dejó que su vista vagara por los magníficos jardines de Schönbrunn que se extendían delante de ellos.

—Andrásy, estoy enferma. El médico ha diagnosticado mi fiebre. Incluso Francisco comprende que tengo que marcharme una breve temporada.

—Pero... no es el mejor momento, emperatriz. No quedará bien si...

—¿No quedará bien? He permanecido fielmente junto a Francisco durante todo el verano. ¿Qué puede ser más importante ahora que mi salud? —

preguntó Sissi con voz cortante—. Los médicos están de acuerdo en que debo marcharme para recuperar las fuerzas.

—Pero vamos a recibir a alguien que podría sentirse ofendido.

—¿No hemos recibido ya a todos y cada uno de los regentes de Europa... de todo el mundo? ¿Quién queda?

—El rey de Italia...

—¿Víctor Manuel? —Sissi lo dijo como si pronunciara el nombre de un criminal. Algo que en efecto era—. ¿El hombre que sitió a mi hermana María Sofía y que luego la expulsó de su reino? ¿El hombre que ahora luce su corona y se sienta en su trono mientras ella vive exiliada en Possenhofen? — No esperó a que Andrásy replicara. Se recogió las faldas y echó a andar con paso vivo cuesta arriba mientras el corazón le latía, furioso, en el pecho.

No se detuvo hasta que llegó, jadeando, a la cima, desde la que se tenía una panorámica a vista de pájaro de los jardines del palacio. Por debajo, muy a lo lejos, el laberinto real se veía por completo entre setos altos y arbustos. Atisbó a varios cortesanos paseando dentro del laberinto, tal vez hablando de algún secreto de Estado o susurrando acerca de una aventura ilícita. Su mente no dejaba de dar vueltas y de girar como si ella estuviera encerrada en un laberinto mucho mayor. ¿Qué le estaba pidiendo Andrásy? ¿Que se quedase, a riesgo de que su salud empeorase, y que además fuera la anfitriona del hombre que había usurpado el trono a su hermana? ¿Cómo podía pedirle algo así? ¿Acaso se había convertido hasta tal punto en un burócrata que se desentendía por completo de lo que ella sentía?

—Sissi, por favor, espera. —Andrásy corrió para alcanzarla—. Por favor, no te alejes de mí. Escúchame.

—No, Andrásy, menudo descaro pedirme algo así. Olvidemos que estoy enferma, no lo tengamos en cuenta, pero ¿cómo puedes pedirme que me quede para darle la bienvenida a ese impostor? Al torturador de mi hermana. ¿Está Francisco, el emperador, al corriente de esto? No, es imposible que lo sepa. Ya me ha dicho que no espera que reciba a ese... hombre. Con el daño que le ha hecho a mi hermana... Francisco nunca me pediría que...

—El emperador reconoce que es un asunto de Estado de vital importancia y no un juego en el que aferrarse a tontas rencillas.

—¿Aferrarse... a tontas... rencillas? —Sissi repitió las palabras despacio y en voz muy baja.

Andrásy la miraba con expresión pétrea y sin conmovirse.

—Estás permitiendo que tus sentimientos interfieran en asuntos de Estado vitales.

Sissi echó atrás los hombros y se irguió.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que traicione a mi hermana... que me ponga del lado de un rufián revolucionario por el simple hecho de que se ha hecho con las riendas del poder?

—Es lo mejor para el imperio. Tu marido lo entiende. Tu hermana debería entender que es tu deber. Y tú también deberías... —No terminó la frase, pero tampoco hacía falta. «Y tú también deberías entenderlo», quería decir. Las palabras que no pronunció quedaron suspendidas en el aire, y su significado los envolvió como un anillo de humo.

Sissi se removió incómoda y apretó los dientes para no fustigarlo con sus palabras. Después, tras volverse hacia sus damas de compañía que casi habían llegado a la cima con la princesa, dijo:

—Ida, María, preparad mi equipaje. Señorita Throckmorton, prepare a Valeria. No quiero esperar a mañana. Nos iremos a Gödöllő esta tarde.



La Exposición Universal llegó a su fin justo cuando sus salones y su pabellón, contruidos a toda prisa, empezaban a resquebrajarse y a derrumbarse. Mientras los trabajadores la desmontaban, el ajetreto verano dio paso al inevitable otoño. La corte se trasladó nuevamente al palacio de Hofburg y se preparó para los meses más fríos y los días más cortos, y Sissi regresó, a regañadientes, a la capital. Andrassy se reunió con ella en el palacio de Hofburg poco después de su regreso para las festividades que se celebrarían en honor del veinticinco aniversario de la coronación de su marido. Le mandó una nota en la que solicitaba que lo recibiera y Sissi accedió.

—Veinticinco años ya como emperador —comentó Andrassy al tiempo que se sentaba en el diván del gabinete de Sissi.

Ida y María acababan de abandonar la estancia, la emperatriz les había ordenado que fueran a ver a Valeria a su nueva habitación.

—Veinticinco años —repitió Sissi mirando por la ventana.

En el exterior, una fina capa de la primera nieve del invierno cubría la tierra helada. Más allá de las puertas del palacio de Hofburg, Viena se preparaba ilusionada para los desfiles y las celebraciones con los que se festejaría el veinticinco aniversario del emperador.

—Y casi veinte años desde que te casaste. ¿De verdad ha pasado tanto tiempo?

Sissi se volvió para mirar a Andrassy y consideró su pregunta. El enfado había remitido un poco con el paso de los meses, y el dolor punzante se había

convertido en uno sordo pero persistente. ¿Acaso había ido a verla para hablar de su matrimonio con Francisco? Cruzó la estancia y se sentó en el diván que había enfrente de él.

—Casi veinte años de casada, sí. Pero solo tengo treinta y pocos y estoy ridículamente convencida de que me queda mucho por vivir.

Andrássy asintió y se miró las manos.

—Como debe ser, emperatriz.

—Sabes que detesto que me llames así.

Andrássy se removió en el asiento y miró alrededor por enésima vez para asegurarse de que estaban solos. Sissi se preguntó cómo era posible que antaño se sintieran tan cómodos juntos... y adónde había ido esa confianza.

—¿Pido que traigan té? —preguntó Andrássy, tal vez solo para llenar el silencio.

—¿Te apetece té?

—No mucho. Pero no sé... —Se encogió de hombros—. Tengo la sensación de que una visita a estas horas debería ir acompañada de té.

Sissi suspiró.

—Andrássy, has elegido un mal momento. Si has venido con la idea de encontrarme alegre y agradable, me temo que te has equivocado.

—¿Por qué? ¿Sigues enfadada por lo de Víctor Manuel? Pensaba que volverías de Hungría y Baviera de buen ánimo.

—Sí, en fin... —Sissi rebuscó entre los papeles que tenía delante: docenas de cartas, peticiones y súplicas que la esperaban a su regreso a la capital—. Ah, aquí está. Una bienvenida maravillosa.

Le enseñó el artículo que había recortado del periódico matinal. Era una carta abierta escrita por el editor en honor al veinticinco aniversario de Francisco José. Después de elogiar al emperador por regalarle a su pueblo paz, estabilidad y progreso, el editor pasaba a contrastar los éxitos de Francisco José con los fracasos, personales y políticos, de su esposa.

—«La mujer rara.» —Sissi leyó el título del artículo ocultando el dolor tras la amargura. La amargura era más fácil de admitir que la tremenda tristeza, ante ella y ante los demás—. Tiene algunas partes muy buenas —dijo en un intento por controlar la voz—. Veamos. Aquí me critican por mis largas ausencias de la corte. Las imaginarias enfermedades que uso para justificar mi negligencia como esposa y madre. Este pasaje habla de mi ilógico amor y peligrosa preferencia por la minoría húngara. Y también se critica mi vanidad. Y han publicado encantadoras entrevistas con cortesanos anónimos que juran que nos han oído a Francisco y a mí «enzarzados en violentas discusiones».

Qué vergüenza más grande, sean entrevistas reales o no. Pero esta es mi parte preferida: «Este año el emperador conmemora los triunfos de sus veinticinco años y tiene todo el derecho a mirar atrás con inmensa satisfacción por sus logros y su servicio. Sin embargo, no podemos menos que reseñar el único error terrible que cometió en su por lo demás ejemplar mandato y que tuvo lugar en 1854». —Sissi alzó la vista y miró a Andrásy—. Casarse conmigo, como supongo que ya has entendido.

—¿Por qué lees semejante bazofia?

Andrásy le quitó el papel de las manos y lo rompió en dos con un gesto rápido y decidido. Su rostro permanecía impasible, pero Sissi se dio cuenta de que estaba muy blanco.

—Porque es la primera plana del periódico. Es imposible pasarlo por alto, ¿no te parece?

—Ni siquiera deberías haber visto ese periódico.

—Ay, Andrásy, yo no soy como Francisco. No hago que lean los periódicos por mí y que lleguen a mi escritorio únicamente los artículos positivos. Me gusta conocer la verdad. Es que... —Sissi vio los trozos de papel que él tenía en las manos—. En fin, cojo los periódicos para saber qué me he perdido durante mi ausencia y está justo ahí. Para que lo vea todo el mundo.

—¿Francisco... el emperador lo ha visto ya?

—Oh, sí, le he dicho que tenía que leerlo.

—¿Y?

—Se ha puesto furioso. Está escribiendo una carta abierta y va a exigir que la publiquen en la primera plana de todos los periódicos y que la lean en voz alta en el Parlamento.

—Bien —dijo Andrásy al tiempo que asentía con la cabeza—. Es la opinión de un amargado. Es un férreo defensor de la nación austríaca y le molesta tu apoyo a Hungría; resalta el hecho de que has estado alejada de la corte, pero ya has vuelto. Yo no le daría más vueltas, Sissi.

Ella ladeó la cabeza y lo miró en silencio.

—Supongo que no crees que es el único que piensa eso, ¿verdad? Sé que hay miembros de esta corte que dicen lo mismo. Por favor, si hasta ha incluido sus entrevistas.

—Ya basta —dijo Andrásy, que se removió en el asiento—. No merecen tu atención. ¿Qué tal Possenhofen? ¿Y Hungría?

Sissi reflexionó, meditó la respuesta. A decir verdad, en vez de animarla y darle fuerzas, tal como había sucedido en el pasado, los viajes de ese otoño la

habían dejado cansada y descorazonada. En Baviera recibió varias visitas de Luis y se le cayó el alma a los pies al ver lo mucho que se había deteriorado su salud. Con independencia de lo que la gente pensara de sus excentricidades, Luis siempre había sido un hombre atractivo y de aspecto muy cuidado. De hecho, parecía dar más importancia a la belleza que a cualquier otra virtud. Pero cuando se presentó en Possenhofen ese otoño parecía otro. Lo primero que le llamó la atención fue que su primo, antes tan exquisito y vanidoso, se había abandonado y estaba hinchado y gordo. Sus sonrisas, breves y con un algo delirante, dejaban a la vista unas encías retraídas y unos dientes podridos.

El tiempo que habían pasado juntos transcurrió con menos conversaciones importantes y largos paseos pero con más monólogos ilógicos de Luis, cuyo discurso se tornaba truculento en ocasiones. Le habló de su reciente reconciliación con Wagner y de las futuras óperas del compositor, así como del trabajo que estaba llevando a cabo en el nuevo castillo diseñado a semejanza del de Versalles. Cuando Sissi le preguntó de dónde había sacado los fondos para financiar esos proyectos, Luis estalló en sonoras carcajadas. «No voy a permitir que algo tan vil y vulgar como la falta de dinero coarte mi vocación divina, Sissi.» Cuando llegó el momento de la despedida, Sissi vio cómo su primo regresaba a su castillo de Neuschwanstein con cierto alivio... y malos presentimientos.

En el resto de la casa de los Wittelsbach reinaba el desánimo. Valeria había contraído la misma tos que Sissi. Su madre y su padre eran más infelices que nunca: la duquesa Ludovica estaba abrumada por las preocupaciones del ducado y de su familia, y el duque Maximiliano clamaba que quería irse a otra de sus expediciones de caza. Elena permanecía encerrada en su silencio y su soledad. Apenas hablaba con nadie, salvo con el sacerdote local, a quien invitaba a la casa para su confesión diaria. Pero María Sofía... el tiempo pasado con María Sofía tal vez había sido lo más difícil de la estancia de Sissi. Su hermana se paseaba por el castillo en un estado de negación absoluta. Con su sonrisa más altiva, decía que estaba encantada de tomarse ese «breve respiro» de sus preocupaciones en Italia y que era cuestión de tiempo que «la corona fuera devuelta a su legítimo dueño». Y de alguna manera, inexplicablemente, tanto María Sofía como la duquesa Ludovica parecían creer que Sissi recuperaría la corona italiana para su hermana.

Sissi miró de nuevo a Andrásy y gimió al recordar la tarea que su familia le había encomendado.

—Supongo que no pensarás que voy a permitir que Francisco y tú olvidéis que le debéis una respuesta a mi hermana. Víctor Manuel sigue...

—Por favor. —Andrássy levantó una mano—. Basta. Hemos discutido sobre Italia hasta la saciedad. Francisco ha reconocido a Víctor Manuel como rey. Cuanto antes lo acepte tu hermana, mejor. Está hecho.

—¿Hecho? ¡Pero no puede estar hecho! Por favor, no es el rey legítimo. Mi hermana y su marido son los reyes legítimos.

—Víctor Manuel... y el pueblo de Italia... opinan de otra manera.

—¡Pero esto es insólito!

Y aunque Sissi solo había visto en su hermana negación y fantasías, en ese momento discutía con Andrásy en nombre de María Sofía. Estaba enfadadísima con él por muchos motivos —motivos que ni ella misma comprendía—, y en ese instante, por fin, tenía una válvula de escape.

—No sabes lo que es la lealtad —afirmó—. Por Dios, mi hermana espera en Possenhofen como una refugiada..., le han confiscado su hogar, le han arrebatado la corona de la cabeza. ¡Y ese criminal pretende tener derecho! ¿Cómo puede Francisco, un monarca legítimo, reconocer a un usurpador? ¿Y qué pasa con tu lealtad hacia mí? Si te digo que esto es importante para mí, ¿no significa nada para ti?

Andrásy dejó que se desahogara con él; sentado inmóvil frente a ella, la miraba perplejo. Al final, cuando Sissi se calló, él dijo:

—Siempre te he tenido por la más populista de los Habsburgo.

A Sissi le dolió su cruel serenidad. El velado desdén de sus palabras. Su manera de pasar de puntillas por la última, y más urgente, de sus preguntas: «Si te digo que esto es importante para mí, ¿no significa nada para ti?».

Entrecerró los ojos y replicó.

—Sabes que valoro la lealtad a mi familia por encima de todo.

Andrásy apoyó los codos en las rodillas y soltó un largo suspiro.

—¿No te das cuenta de que tu propio marido le..., cómo lo has dicho..., le arrebató la corona a otro para ponérsela él? Se la quitó a su débil tío. Y vamos a celebrar el veinticinco aniversario de su coronación, vamos a celebrar que lo hiciera.

Sissi meneó la cabeza.

—Eso es distinto.

—¿En qué sentido? —Andrásy habló en voz baja, paciente—. ¿Acaso no todas las coronas se roban... de una manera o de otra? Si no de un predecesor, del pueblo, que es el único poder legítimo para gobernar.

Sissi se fue por las ramas, la cabeza le daba vueltas.

—Pero tú trabajas para el imperio —le recordó con voz desafiante, incluso combativa.

Andrássy juntó las yemas de los dedos delante de la cara, pensativo.

—Soy un realista que trabaja para conseguir unos ideales. Vivimos en un imperio, de modo que trabajo para el pueblo dentro de la estructura imperial. Solo busco darle poder y prosperidad a mi pueblo. Creía que tú querías lo mismo. Y parece que el pueblo de Italia ha escogido a su mandatario con firmeza. Si desea rechazar el poder de un rey ineficaz y reemplazarlo por un regente populista que representa mejor sus intereses, y es lo bastante fuerte para hacerlo... En fin, no es la primera vez que se derroca una monarquía. Y no será la última.

Sissi cruzó los brazos. Era verdad. Ella siempre había abogado por el liberalismo, siempre se había declarado a favor de la Constitución, del Parlamento y de mayores derechos para el pueblo. Y sin embargo, oír que Andrásy menospreciaba alegremente la causa de su hermana, oír cómo reducía la autoridad de su marido y, por ende, la suya, hizo que se preguntara si de verdad creía en todo lo que había dicho a lo largo de esos años.

Andrásy pareció darse cuenta del torbellino emocional que la embargaba, porque se inclinó hacia ella.

—Tal vez te resulte difícil escuchar esto siendo como eres una Habsburgo.



Al día siguiente Sissi salió a pasear a caballo por los bosques de Viena. Hacía un día gélido bajo el cielo grisáceo, demasiado frío incluso para que nevara, y tuvo que enfrentarse al ceño de desaprobación de Ida y María cuando la ayudaron a ponerse el gorro y la capa de piel de zorro blanco.

Aunque cabalgaba sola, se pasó la tarde discutiendo mentalmente con Andrásy, criticándolo y destrozándolo con su conversación imaginaria. Había salido en ese gélido día llevada por la desesperación: cabalgar sin compañía era la única forma de lidiar con esas emociones encontradas. Allí, donde el viento soplaba con tanta fuerza que se le congelaban las lágrimas y desaparecían antes de que pudieran deslizarse por sus mejillas, despotricaba contra él de un modo que no podría hacer en la realidad.

Al cabo de varias horas, cuando ya le dolía respirar por el frío, refrenó a su caballo y guio al cansado animal hacia un pequeño pabellón de caza. Conocía ese lugar, Francisco la había llevado allí durante los primeros días de su matrimonio. Se llamaba Mayerling y era un campamento imperial en el

corazón de los bosques vieneses, reservado exclusivamente para el uso de la familia real como retiro durante las cacerías o los paseos a caballo.

Mayerling, que en otro tiempo fue una iglesia, se componía de poco más que un lóbrego y descuidado pabellón de caza junto a las ruinas de la pequeña capilla. Lo mejor de la propiedad era el amplio establo. Unos cuantos criados mantenían la casa; residían allí por si acaso un miembro de la familia imperial realizaba una visita tan imprevista como esa. Cuando Sissi se acercó, una delgada columna de humo negro se alzaba de la chimenea principal del pabellón. Al menos dentro estaría calentita.

En el patio vio a una figura encorvada, cargada con un montón de leña, que se dirigía hacia la puerta principal del pabellón. Al oír los cascos del caballo, el hombre se volvió.

—Buenas tardes. —Sissi detuvo el caballo delante del pabellón y sonrió al guarda, un hombre bajito y corpulento, con la piel curtida por los elementos y cubierto por un grueso abrigo parcheado—. Espero no molestarlo. Se me ha ocurrido parar aquí y descansar un poco.

La cara del hombre reflejó primero desconcierto y después asombro.

—Majestad Imperial... ¿Emperatriz Isabel? —Soltó la leña en el suelo e hizo una reverencia—. Bienvenida a Mayerling, majestad. Pero le pido disculpas, no tengo carne. No estaba preparado para...

—Solo deseo un buen fuego, gracias. —Sissi se bajó de un salto y le dio las riendas—. Si me hace el favor de ocuparse de este pobre caballo muerto de frío, iré dentro.

El interior del pabellón estaba frío y húmedo; la pequeña chimenea que había en un rincón soltaba mucho humo pero las escasas llamas apenas calentaban la estancia.

—¡Bien que has tardado! —Arrodillada delante de la chimenea, una mujer enjuta, con un faldón de lana y el pelo recogido en un moñete gris, golpeaba los leños con un atizador oxidado, como si intentara obligar a las exigüas ascuas a dar más calor—. El tiro de la chimenea sigue atascado. Pero tráeme esa leña de todos modos; trataremos de descongelarlo. Cenaremos otra vez estofado..., más hierbas que carne a no ser que hayas cazado algo. —Al volverse se dio cuenta de que no había hablado de forma hosca al otro criado sino a Su Majestad Imperial—. ¡Emperatriz Isabel! —La cara de la mujer reflejaba la misma sorpresa que la del hombre un momento antes—. ¿Cómo es posible? —Se levantó, dejó el atizador en el suelo de piedra, se limpió las manos en el delantal y la saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes —dijo Sissi, que entró en la estancia.

—Caramba, es como una aparición vestida de blanco en este lugar tan oscuro. —La mujer miraba a Sissi pasmada, con los ojos como platos—. Pero debo pedirle disculpas. No he... no hemos recibido aviso de su llegada.

—No lo he dado. —Sissi meneó la cabeza, se quitó el gorro de piel y dejó que el pelo le cayera suelto—. Por favor, no te preocupes. Solo quiero el fuego y tal vez un poco de té. Voy a quedarme poco tiempo, una hora a lo sumo, lo justo para calentarme.

—Como desee, majestad. —La mujer inclinó la cabeza y se fue a la cocina musitando—: Té, té, té ahora mismo. Pero ya podrían habernos dicho que Su Majestad Imperial iba a venir...

Sissi se quitó los guantes y los arrojó, junto con el sombrero, a un sillón cercano, cuyo tapizado estaba raído y cubierto de polvo. Mientras se calentaba los dedos helados, oyó que llegaba otro caballo. Se puso tensa. ¿Había descubierto alguien dónde se encontraba y había ido a buscarla? ¿Algún guardia imperial enviado por Francisco? Al poco la puerta del pabellón se abrió y una alta figura ocultó el rayito de luz que entró en la estancia.

—¿Andrássy? —Sissi se quedó de piedra delante del fuego, mirándolo fijamente. Al cabo de un momento apartó la mirada y se dio la vuelta hacia la chimenea—. Cierra la puerta, estás dejando que se escape el calor.

—Yo también me alegro de verte, Sissi —dijo Andrásy al tiempo que entraba.

Ella no contestó.

Andrásy echó un vistazo por el pabellón, se quitó el sombrero ribeteado de piel y lo dejó junto al de Sissi en el sillón. Ella lo miró de reojo y se percató de que tenía las mejillas coloradas por el frío y llevaba un largo abrigo de piel. Andrásy cruzó la estancia hacia ella y extendió las manos hacia el fuego.

—Sé que te estás preguntando cómo te he encontrado.

Sissi permaneció en silencio, con la mirada fija en las llamas.

—María Festetics me dijo que habías salido a montar por esta zona.

Sissi se enfureció y elaboró en su mente una reprimenda para su dama de compañía. Claro que María no estaba al tanto de hasta qué punto se había deteriorado su relación con Andrásy... ni de que había salido a montar para alejarse de él. Y allí estaba ella, de pie junto a Andrásy, aislados en un pabellón en los nevados bosques de Viena, y él la estaba mirando, su cara a pocos centímetros de la suya. Pensó en todas las veces que había anhelado estar a solas con él... y allí lo tenía, la persona cuya presencia más temía.

—Es curioso, la verdad —dijo él.

Sissi se volvió para mirarlo, la curiosidad fue más fuerte que ella.

—¿El qué? —preguntó.

Andrássy tardó en contestar.

—Lo mucho que me dices con tu cara.

Sissi frunció el ceño al oírlo y después, al darse cuenta de que así solo se delataba todavía más, adoptó una expresión serena, la máscara tan necesaria en la corte.

—Ah, ahí está. —Andrássy asintió con la cabeza; la intensidad de su mirada la incomodaba—. Mucho mejor. Ocúltalo todo.

—Eres insufrible. —Se dio la vuelta, se quitó la capa de piel y la tiró al sofá. Ya se sentía acalorada y no sabía si se debía al fuego, a lo enfadada que estaba con él o a ambas cosas—. No soy yo quien se ha convertido en un lacayo de los Habsburgo.

—Ojalá me dijeras lo que sientes de verdad.

—En ese caso, lo haré encantada. —Se volvió hacia él y continuó con amargura—: Últimamente me resultas insufrible. De hecho, has cambiado tanto que tengo la sensación de que no te conozco. No deseaba verte hoy. Por eso precisamente me he ido de palacio. He venido aquí para estar sola.

A Andrásy se le desencajó la cara y ella vio el dolor reflejado en sus facciones; reconocía lo que veía porque era lo mismo que ella ocultaba tras la amargura y la rabia. Lo que veía en la cara de Andrásy era un dolor que conocía de primera mano y que tenía difícil cura.

—Sissi. —Se alejó de la chimenea, se quitó el abrigo y volvió a acercarse a ella.

Sissi podía olerlo: olía a frío, a pino y a humo. Cerró los ojos y se apartó, se obligó a aferrarse al enfado. Si la rabia cedía ante la acuciante tristeza, sería incapaz de mantener la compostura.

Andrásy extendió un brazo y le colocó una mano en el hombro, y ella retrocedió para mantener las distancias. Justo en ese momento la criada entró en la habitación.

—¿Oh? —Casi dejó caer la bandeja al ver a otro invitado bien vestido, también inesperado, en Mayerling—. ¿Otro? Vaya, no hemos recibido visitas de palacio en cinco años y esta tarde tenemos dos. Esto... ¿traigo otra taza?

—No, no se va a quedar. No hace falta —respondió Sissi con voz monótona al tiempo que señalaba la bandeja con una sola taza de té.

La mujer hizo lo que le indicaba, dejó la bandeja en la mesa y salió de la estancia.

De nuevo los dos a solas, Sissi permaneció un momento en silencio y luego se acercó a la ventana para clavar la vista en los gélidos y nevados bosques de Viena. Ni tocó el té ni miró a Andrásy. En la chimenea un tronco se quebró y salpicó de cenizas el suelo de piedra. Sissi dejó pasar varios minutos en silencio, que Andrásy rompió:

—Ojalá supiera... cómo hemos llegado hasta aquí.

—A caballo, o eso creo —replicó Sissi, que miró el establo por la ventana.

—Ya sabes a qué me refiero, Sissi. ¿Cómo... tú y yo...?

—No. —Sissi levantó una mano y se volvió para mirarlo. Meneó la cabeza—. No.

Fue incapaz de decir nada más. Sabía que la voz se le quebraría si lo intentaba. Además, los dos sabían cómo habían llegado hasta allí. Se querían, pero ambos servían al mismo amo, el imperio Habsburgo, al cual no le importaba ni el amor, ni las esperanzas ni las tribulaciones de los individuos. Tras una breve pausa, consiguió decir:

—No hay palabras que puedan cambiar las cosas ahora, Andrásy. Tal vez sea mejor que no... digamos nada.

Andrásy parecía leerle el pensamiento, porque guardó silencio. Sissi se percató de las lágrimas que brillaban en sus ojos oscuros y que les daban ese brillo aterciopelado que siempre le había parecido arrebatador e increíblemente incitante.

—Sí —convino él en voz baja. Tragó saliva con fuerza—. Mejor así.

Ella asintió, había llegado a la misma conclusión. Sabía lo que había que hacer. De hecho, había ido a ese lugar, había cabalgado por los bosques helados, mientras lloraba esa decisión.

La voz de Andrásy sonó estrangulada cuando añadió:

—Antes de que lo rompamos o de que acabemos rotos.

Sissi soltó una carcajada, un sonido atormentado. Estaba segurísima de que ya la había destrozado. Pero al menos así podrían escapar con la dignidad intacta. Con el recuerdo de lo que habían sentido, y compartido, intacto. Su amor sería el último sacrificio ofrecido en el altar del imperio, pero al menos permanecería puro y hermoso.

En esa ocasión, cuando él se acercó, Sissi permitió que le cogiera las manos, sabía que sería la última vez que lo haría. Bajó la vista y miró sus dedos entrelazados.

—Así empezó...

Lo dijo en un susurro, pero aun así su voz sonó temblorosa.

—¿Mmm?

—Así empezó —repitió Sissi apretándole la mano—. Cuando te cogí las manos. Hace tantos años.

Andrássy sonrió, de repente también él lo recordó. La noche que la encontró sola, desolada, en los pasillos del palacio de Hofburg. Fue una noche difícil con Francisco. Se había tropezado con Andrásy cuando regresaba a sus aposentos, con el alma en los pies y la confianza también por los suelos. Había cogido las manos de Andrásy llevada por la desesperación. Había necesitado a alguien, a un amigo, que la escuchara. Para saber que no estaba sola. Más adelante él le había confesado que se enamoró de ella aquella noche.

—Así empezó. —Él le acarició el dorso de la mano con un dedo.

«Y así terminará también», pensó Sissi mirándolo a los ojos. Mientras Andrásy la observaba, ella vio un efímero recordatorio de todas las veces que la había mirado de esa manera: su primer encuentro en la ópera de Viena; la cálida noche de verano cuando Andrásy la invitó a bailar en Budapest; la noche que la encontró llorando en los pasillos del palacio de Hofburg; el paseo aquella noche lluviosa por los jardines de Schönbrunn la víspera de que firmaran la paz con Hungría; la noche que lo encontró, solo, en el castillo de Buda, con la vista clavada en Budapest y el Danubio. ¡Ah, esas veces y tantas otras!

Andrásy inclinó la cabeza hacia ella y con la voz rota por el dolor dijo:

—Es mejor, Sissi, si nunca te digo lo mucho que te quiero y que te seguiré queriendo con todo mi corazón. Si nunca te digo que has salvado no solo mi país, sino mi vida. Y que, con esa certeza, entregaría mi vida por ti sin pensarlo si creyera que así podría ayudarte o podría hacerte más feliz. —Hizo una pausa mientras debatía consigo mismo. Por fin, con la voz quebrada pero serena, siguió—: No estaría bien que te dijera que esto me ha atormentado y que he llegado a la conclusión de que no puedo cambiarte ni cambiar con quién estás casada ni alterar el propósito que Dios te tiene reservado, en tu vida, en tu posición. Que me he dado cuenta de que seguir amándote es egoísta por mi parte. Que creo que tú, de entre todas las mujeres, eres perfecta. Y sin embargo, conociéndote o amándote como lo hago, he llegado a la conclusión de que lo mejor que puedo hacer, por ti, por mí y por el imperio, es liberarte. —Cerró los ojos y sus palabras, ahogadas por los sollozos que intentaba contener, enmudecieron.

Tal como estaban, cogiéndose de las manos y el uno frente al otro, parecía que estuvieran haciendo un juramento sagrado. Declarando que se amaban y

pasarían la vida juntos. Pero era justo lo contrario. Cuando Andrásy volvió a hablar, sus palabras lo confirmaron.

—Sissi, al ponerle fin a esto ahora, tú, para mí, siempre serás perfecta.

Ella agachó la mirada al sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y le mojaban los labios con su salada humedad. Unos labios que no tenían palabras con las que responder.

—Siempre te querré —susurró él.

¿Era bueno para ella saber todo eso o habría sido preferible que Andrásy hubiera permanecido en silencio? Parpadeó porque más lágrimas brotaron de sus ojos y trazaron cálidos senderos por las mejillas arreboladas por el frío. Sus palabras, por devastadoras que fueran, no la sorprendieron. De hecho, le había dicho lo que ella sabía que estaba por llegar, y para lo que se había preparado durante esos últimos meses en Gödöllő. Su regreso a Viena y su inmediata discusión solo lo habían hecho más evidente. No podían seguir así, admitió por fin para sus adentros. No podía seguir buscando la realización personal, la felicidad o la libertad con ese hombre... con ese hombre bueno y maravilloso que, pese a su bondad, no podía evitar decepcionarla cuando ambos se veían azotados por tantas necesidades mucho más importantes que los anhelos de su corazón humano. Ese hombre cuyo amor había sido el último ídolo que la había decepcionado y desilusionado. No era justo para él. Y no era bueno para ella.

Tomó una honda bocanada de aire para armarse de valor y apartó las manos de las de Andrásy; se percató de que ya no las tenía frías. Se volvió hacia la ventana. Su aliento empañó los cristales mientras miraba el gélido paisaje. Más allá crecía la densa espesura de los pinos, y más lejos todavía se alzaban las montañas desnudas bajo el amenazante cielo invernal. Viendo ese vasto y desolado paisaje, tan solitario e intimidante que le entraron ganas de llorar, pensó: «La vida tiene que regresar en algún momento». Con el tiempo la primavera llegaría incluso a ese desolado y yermo paisaje. Tenía que hacerlo; así lo ordenaba un plan divino mucho más firme e inevitable que cualquier cosa que ella pudiera entender.

—Me voy a marchar —dijo al rato, volviéndose para mirar a Andrásy—. Para el invierno. Valeria lleva meses enferma. El médico me ha dicho que busque otro clima. Seguiré su consejo.

Para Andrásy no fue una sorpresa. La conocía lo bastante para saber que a cada golpe o decepción le seguía una huida. Soportaba la tristeza huyendo de la corte, donde no se le permitía dar rienda suelta a su dolor.

—¿Adónde irás? —preguntó.

Sissi suspiró y el vaho de su aliento fue visible incluso en el interior del pabellón.

—¿A Possenhofen?

Ella negó con la cabeza.

—No, a Baviera no..., me resulta muy difícil estar allí. Mi padre bebe hasta que no se tiene en pie. Mis hermanas María Sofía y Elena están amargadas a todas horas. Y Luis..., el pobre Luis está cada vez más loco.

—¿A Gödöllő, entonces?

—No. —Lo miró fijamente. ¿Cómo decirle que ahora no soportaría estar allí, donde en otro tiempo fue más feliz que nunca? Que él, Andrásy, estaba por todas partes en Gödöllő, y sin embargo no volvería a estar allí. No como antes—. No, a Gödöllő tampoco. Tengo que irme a un lugar lejano, muy lejano. Algún lugar donde no me conozcan y donde yo no conozca a nadie. Algún lugar donde todo sea nuevo. Nuevo y limpio de recuerdos.

—¿Existe semejante lugar? —preguntó él.

—No lo sé —contestó ella, que lo miró a los ojos por última vez—. Pero si existe, lo encontraré.

Segunda parte

VII

*«La rutilante estrella de Europa» ha dejado su reino,
y la ausencia de la emperatriz sume a Austria en el desasosiego.
Postura firme en la silla, riendas sujetas con medida,
como si guiara su caballo en las llanuras de Hungría,
ha venido con su belleza, su elegancia, su valor y su destreza,
a montar con nuestros sabuesos desde la vieja Shuckburgh Hill.*

Poema inglés sobre la emperatriz Isabel

Capítulo 7

*Easton Neston House,
Northamptonshire, Inglaterra
Primavera de 1876*

—Si insiste en vilipendiarme de esa manera, tendré que demostrarle que se equivoca.

Era una despejada mañana de primavera, soleada y clara, y el paisaje que Sissi veía por la ventana de su dormitorio era un frondoso tapiz inglés, cuajado de hojas recién brotadas y espesos setos. Los jardines de la propiedad que había alquilado para disfrutar de la temporada de caza, una antigua y espléndida mansión situada en Northamptonshire, parecían adquirir un verde más intenso a medida que el sol se elevaba por el horizonte, evaporando las gotas de rocío que relucían sobre la hierba como esmeraldas y diamantes.

—Pero no puedo seguir enfadada por este desagradable cotilleo.

Sissi suspiró y miró los jardines, limitados por indómitos mirtos y poblados por alegres pajarillos que volaban de los arbustos a los setos y de los setos a las ramas, inundándolo todo con sus trinos.

Más allá de los jardines se encontraba el enorme establo, donde los mozos de cuadra estarían atendiendo a sus caballos, como todas las mañanas, y tras el establo estaban los bosques de la propiedad. No se parecía en absoluto a la vista que tenía desde sus aposentos imperiales de Viena, y Sissi contaba con todo el día para explorar ese idílico campo de recreo a caballo.

—Estos ingleses son afortunados en cuestión de paisajes, ¿verdad? — Sissi lanzó la pregunta a su concurrido dormitorio, una estancia amplia y abarrotada con todo su personal, que había viajado con ella desde Austria.

La acompañaban el barón Nopcsa, encargado de despachar los asuntos de la emperatriz; la condesa María Festetics e Ida Ferenczy, que atendían sus necesidades diarias; y Franziska Feifalik, por supuesto, para peinarla. Valeria también había viajado con la comitiva imperial, y en ese momento estaba con su niñera, recibiendo sus clases matinales, en el dormitorio contiguo.

La recién llegada al servicio de la emperatriz, una joven condesa llamada

María Larisch, contratada hacía poco, era quien le había hecho llegar el cotilleo en cuestión. Sissi había elegido a la condesa Larisch cuando declaró que necesitaba añadir a alguien nuevo a su servicio. En aquel entonces, Ida y María no recibieron con mucha alegría las noticias de que pronto habría otra dama de compañía al servicio de la emperatriz (Sissi lo dedujo por sus expresiones ceñudas), pero se plegaron a sus deseos y demostraron ser tan doblegables y comedidas como de costumbre. «Vamos, señoras —había añadido Sissi con rotundidad—, necesitamos tener entre nosotras a alguien que nos mantenga jóvenes.»

La elección de Sissi procedía de su hogar en Baviera. La condesa María Larisch era muy joven, tenía la misma edad que Rodolfo, tan solo dieciocho años. La condesa, renuente esposa del conde Georg Larisch, un teniente alemán severo y con el rostro marcado por la viruela, aceptó gustosamente, o más bien aturdida por la gratitud, la invitación de la emperatriz de unirse a su séquito y de atenderla durante sus viajes al extranjero. Cualquier cosa con tal de alejarse de su aburrido marido y de su destartado y solitario castillo. Una necesidad de escapar que Sissi entendía y con la que simpatizaba. La condesa Larisch parecía que consideraba cada viaje como una audición para lograr un papel que estaba decidida a conseguir, y se dispuso de inmediato a conquistar a Sissi con su agudo ingenio, su risa fresca y alegre, y sus cotilleos.

El hecho de que la contratara provocó un pequeño escándalo en Viena. La corte pronto descubrió que la condesa Larisch estaba emparentada con la emperatriz por la rama paterna de la familia pero que su madre era una plebeya: una actriz, ni más ni menos. Sissi se rio al pensar lo que habría dicho su suegra al ver que una mujer tan inadecuada entraba a formar parte del servicio de la emperatriz.

A Sissi le gustaba que la condesa Larisch no tuviera sangre azul ni un pedigrí reluciente. Eso le aseguraba que la alegre morena le fuera leal y se mantuviera siempre de su lado. María sabía muy bien de dónde procedía su mecenazgo y la protección de la que disfrutaba. Más aún, tal vez fueran los orígenes cuestionables de la joven condesa lo que la convertía en una compañera tan graciosa y divertida. Cantaba, bailaba y ofrecía réplicas tan ingeniosas y chispeantes como una actriz cómica interpretando una obra de Shakespeare. Desde que estaba allí, la condesa Larisch había llenado los aposentos de Sissi de risas, música y placenteras conversaciones.

—Siéntate aquí —le dijo Sissi al tiempo que daba unos golpecitos a la silla vacía que tenía al lado. La estaban peinando, el último paso antes de que la ayudaran a ponerse el ajustadísimo traje de montar—. Cuéntame todo lo

que has oído sobre el tal capitán Middleton. ¿Cómo es que sabe tanto sobre mí si acabo de llegar a Inglaterra?

De hecho, era el tercer día de su estancia en Northamptonshire. La emperatriz y los miembros de su séquito habían llegado el domingo, acompañados por las campanas de la iglesia y por los vítores de los congregados en la plaza del pueblo. Aunque viajaba de incógnito, o trataba de hacerlo, se había corrido la voz de que la afamada emperatriz Isabel de Austria-Hungría había ido a Inglaterra para demostrar sus habilidades de amazona durante la legendaria temporada de caza. Mientras saludaba con timidez a los curiosos que se alineaban sonrientes a lo largo del camino que llevaba a la propiedad, Sissi comprendió que en Inglaterra la perseguirían y acecharían tanto como en cualquier otro lugar.

El lunes, su primer día en la propiedad, salió a montar por los terrenos pertenecientes a la finca. Haciendo caso de los consejos de Nicky Esterházy y de todos los que habían cabalgado por suelo inglés, Sissi se esforzó por familiarizarse con el terreno, lleno de zarzas y resbaladizo por el deshielo, características contra las que la habían prevenido y que, según decían, suponían un desafío mayor que las llanuras húngaras.

—No entiendo dónde está la dificultad —dijo cuando regresó a la casa después de ese primer día—. Con la primavera llega el deshielo también en Hungría, igual que en las praderas y en los campos ingleses.

Ida y María apretaron los labios y bajaron la mirada; sus ceños fruncidos expresaban abiertamente su preocupación.

El martes Sissi aceptó una invitación para almorzar en el palacio de Althorp, una propiedad cercana perteneciente a lord y lady John Spencer. Lord Spencer, un conde de una de las familias inglesas preeminentes, era el aristócrata más influyente de la región y el anfitrión de Sissi durante la temporada de caza. Su Ilustrísima fue quien le recomendó que alquilara Easton Neston para ella y su séquito, y quien se encargó de todos los trámites. Era un hombre enérgico, de sonrisa complaciente y poblada barba pelirroja salpicada por las canas de la mediana edad, y se tomaba muy en serio su labor de anfitrión de la emperatriz.

El almuerzo en Althorp fue fastuoso, acompañado por clarete y por una detallada conversación sobre la campaña inglesa: los obstáculos singulares que presentaban los contornos y las habilidades que los caballos necesitaban para que la emperatriz cabalgara por ellos. Sissi escuchó de nuevo el aviso de que sería un reto formidable montar sobre el terreno en primavera en persecución de un zorro o de un ciervo.

Durante ese mismo almuerzo en Althorp, Sissi conoció al capitán Bay Middleton. Se fijó en él nada más llegar al palacio del conde. Se mantenía un tanto alejado del resto de los invitados. Un hombre serio, de hombros anchos, ataviado con el uniforme de los oficiales ingleses. Aparentaba unos diez años menos que ella. Lord Spencer los presentó antes de que comenzara el almuerzo.

—Emperatriz, conocemos sus habilidades como amazona, por eso he elegido al capitán Bay Middleton para que la acompañe durante la cacería de mañana. Sirvió en mi unidad de caballería en Irlanda, y le aseguro que no hay mejor jinete en todo el reino.

El capitán apenas se dio por enterado de los halagos del alegre anfitrión ni de la invitada imperial a quien le estaban presentando. Se limitó a echar un vistazo por la estancia como si ese almuerzo y la presencia de Sissi fueran una imposición en lo que habría podido ser un día agradable.

Sissi dirigió miradas furtivas y rápidas al maleducado oficial durante toda la comida. Aunque era un hombre de mediana estatura, ni mucho menos tan alto como Andrásy, el capitán poseía una figura imponente. Llevaba el pelo, de color castaño cobrizo, bien cortado. Al igual que su bigote, bajo el cual los labios se mantenían cerrados y sin esbozar la menor sonrisa. Sissi gimió para sus adentros mientras completaba su escrutinio del capitán, desanimada por la idea de que un hombre tan arrogante y grosero fuera a ser su compañero durante lo que se suponía que iba a ser una ocasión agradable y alegre. Detestó al capitán Middleton de inmediato, y eso fue antes de enterarse de las mezquindades que había dicho de ella.



Y así llegó el miércoles, su tercer día en Northamptonshire. Sissi tenía toda la mañana para prepararse antes de reunirse con la partida de caza de lord Spencer y de cabalgar acompañados de sus perros por los prados y los bosques al lado del malcarado capitán Bay Middleton.

—Condesa Larisch, necesito oírlo otra vez.

Sissi estaba sentada delante del espejo mientras Franziska Feifalik le hacía una serie de trenzas sueltas que quedarían bien sujetas debajo del sombrero de montar.

—Emperatriz, ¿está segura de que quiere oír este cotilleo? —preguntó María Festetics, que estaba cepillando el traje de montar de Sissi, una chaqueta y una falda de color azul pavo real con ribetes dorados.

—Silencio, María —respondió Sissi al tiempo que levantaba la cabeza—.

Según mi experiencia con los cotilleos sobre mi persona, es preferible saber lo que están hablando a que me pillen desprevenida. —Dicho lo cual, le hizo un gesto con la cabeza a su joven asistente para que ocupara la silla que tenía al lado.

La condesa Larisch se sentó en el lugar indicado y miró a María Festetics con una sonrisilla ufana antes de inclinarse hacia Sissi.

—Bueno, emperatriz, es capitán de caballería y se llama George, pero sus amigos lo conocen como «Bay».

—¿Y cuántos años tiene el tal Bay?

—Treinta, señora.

—¿Y está soltero? —preguntó Sissi, que sentía cómo aumentaba el peso en la parte posterior de su cabeza a medida que Franziska le iba haciendo trenzas y las recogía en un moño.

—Está soltero, pero al parecer las damas lo adoran. —La condesa Larisch soltó una risilla mientras Ida y María suspiraban de forma audible desde el otro extremo del dormitorio.

Sissi hizo caso omiso de sus irritadas damas de compañía.

—¿Ah, sí?

—Sí. —La condesa Larisch afirmó con la cabeza—. Por lo visto, acaba de dar por finalizado un escandaloso romance con una aristócrata. Una aristócrata casada.

Sissi se llevó una mano a los labios para ocultar la poco adecuada sonrisa que apareció en ellos. Sabía que estaba mal participar de semejantes cotilleos, pero hablar de esas cosas con la condesa Larisch le encantaba.

La joven siguió hablando en voz baja, inclinándose hacia ella para que solo Sissi pudiera oírla.

—Pero ahora tiene que portarse mejor que nunca porque acaba de comprometerse.

—¿Con quién? —quiso saber Sissi, preguntándose quién estaría dispuesta a unirse a tan infame seductor, que además era un hombre desagradable a juzgar por su aspecto y lo que decían de él.

—Una joven llamada Charlotte Baird. Una belleza, heredera de una fortuna procedente de las minas de hierro y carbón del norte. Su padre ha comprado las últimas propiedades pertenecientes a los Middleton. Al parecer, el tal Bay, que es muy diestro a la hora de montar... todo tipo de purasangres... —la condesa hizo una pausa efectista y Sissi soltó una carcajada escandalizada— carece de efectivo. Situación que piensa rectificar casándose con la heredera de veintidós años de edad Charlotte Baird.

—Oh, pobrecita Charlotte Baird. ¡Menudo escándalo! —Sissi echó la cabeza hacia atrás y contuvo la risa.

—Emperatriz, por favor, ¡no se mueva!

—Lo siento, Franziska.

Sissi enderezó la espalda y siguió asimilando lo que la condesa acababa de contarle. De pronto la arrogancia de Bay Middleton se le antojaba desconcertante pero mucho menos enervante. No poseía tierras ni dinero. ¿Qué derecho tenía para mostrarse tan engreído con ella, la emperatriz Isabel de Austria-Hungría? ¿Y cómo era posible que ese hombre tan hosco durante el almuerzo del día anterior hubiera conseguido conquistar a tantas mujeres? Aunque tal vez lo más sorprendente fuera otra cosa. ¿Cómo habían llegado las noticias sobre la reputación y las aventuras del capitán Middleton a oídos de su joven dama de compañía? Entrecerró los ojos y miró a la condesa.

—¿Cómo te has enterado de todas estas cosas?

La condesa ladeó la cabeza, esbozó una enorme y deslumbrante sonrisa, un gesto cautivador por su inocencia a la par que ladino y travieso, y Sissi estuvo segura de que cualquier hombre que recibiera dicha sonrisa no tendría más remedio que caer rendido a los pies de la joven.

—Tengo mis métodos, emperatriz.

—Da igual, no creo que quiera conocerlos. Pero lo más importante... —Sissi extendió un brazo y cogió a la joven condesa de la mano. Sentía la vigilante y furiosa desaprobación de Ida y de María, que seguían en el otro extremo del dormitorio, pero hizo caso omiso de ambas—. Quiero oírlo otra vez, ¿de qué manera me ha vilipendiado este tal Bay Middleton?

María Larisch hizo una pausa, sus ojos de largas pestañas miraron al suelo como si le doliera repetir lo que estaba a punto de decir.

—Dijo que... —Carraspeó—. Cuando lord Spencer le dijo que sería el guía de Su Majestad Imperial durante la temporada de caza, replicó: «¿Qué me importa que sea una emperatriz? Lo único que conseguirá es retrasarme».

Aunque Sissi ya había oído los insultos del capitán Middleton en una ocasión, la noche anterior y también de boca de la condesa Larisch, oír de nuevo esas palabras avivó su indignación y le aceleró el corazón, que latía desafiante en su pecho. Sabía que Bay Middleton no era el único que mostraba semejante escepticismo en cuanto a la aclamada habilidad como amazona de la emperatriz. Muchos otros la habían advertido de las dificultades de cabalgar en la campiña inglesa. Tanto Francisco como Andrásy le habían suplicado que tuviera cuidado cuando se marchó de la corte de Viena. Rodolfo parecía al borde de las lágrimas cuando se enteró de

que su madre viajaría a Inglaterra para participar en la temporada de caza. Hasta Franziska, la imperturbable Franziska, había sugerido un recogido en la parte posterior de la cabeza que amortiguara cualquier golpe, no fuera a ser que la emperatriz saliera despedida de la silla y acabara en el suelo.

Todos parecían estar de acuerdo en que los jinetes ingleses no tenían rival en una partida de caza y que la campiña inglesa presentaba una serie de desafíos en una cacería a caballo. No eran los campos arados y llanos de Hungría. Eran kilómetros y kilómetros de páramos sin desbrozar, de pastos para el engorde del ganado separados por setos y por formidables cercas de piedras y madera. Además, el terreno estaba plagado de lo que la gente del lugar llamaba «acequias de Pytchley», una serie de zanjas y acequias para el riego de los campos. En algunos puntos eran tan anchas que la tierra no solo se tragaba el agua, sino también a los caballos al galope y a los desafortunados jinetes que se toparan con una. Esas acequias ocultas podían tener tres metros de profundidad y casi dos metros de ancho, y normalmente estaban delimitadas por cercas que ocultaban su presencia y que suponían más obstáculos que saltar.

Los perros que participaban en las cacerías inglesas corrían más que el viento. Conocían el terreno de forma instintiva, y cuando lo atravesaban a la carrera ni la prudencia ni la desorientación los detenía. Los caballos, adiestrados durante siglos para seguir el paso de los perros, mostraban la misma indiferencia por la precaución. Las caídas de los jinetes se producían a velocidades de vértigo y a menudo demostraban ser letales. Si quien caía era una amazona, se enfrentaba a la desventaja de llevar una pesada falda cuya tela a menudo se trababa en la silla o en las guarniciones, inconvenientes que causaban buen número de grotescas cicatrices y dolorosas heridas.

Por todos esos motivos, Sissi sabía que el escepticismo del capitán Middleton no era del todo infundado, pero sí era una grosería por su parte expresarlo con tamaña desvergüenza. Seguramente no era el único que se preguntaba si la emperatriz estaba a la altura de una cacería del zorro inglesa. Ida y María no habían dejado de fruncir el ceño desde que llegaron al país.

Sin embargo, Sissi se había sentido cómoda y segura a lomos de un caballo desde su más tierna infancia. Más que desanimarla, los temores y las dudas de los demás acicatearon su fuego interno y aumentaron sus deseos de triunfar. Esa mañana, enfrentada a las preocupaciones de sus damas de compañía y a las hirientes palabras de Bay Middleton, resolvió que la temporada de caza debía ser un éxito. Demostraría no solo que era merecedora de su reputación como la mejor amazona de Europa, sino que

además estaba a la altura del mismísimo Bay Middleton.

Siguió arreglándose un tanto nerviosa, y una vez que estuvo peinada se puso el traje de montar. Para ir más ligera y con menos impedimentos, decidió no ponerse enaguas, algo que suscitó las miradas escandalizadas de sus damas de compañía. El traje de montar tenía que coserse una vez que lo llevaba puesto y un sombrero azul a juego ocultaba su abundante melena castaña. Se miró en el espejo, enderezó la hilera de botones dorados de la chaqueta, cuyo brillo rivalizaba con el ribete dorado que adornaba los puños y el cuello, y asintió con aprobación.

—Bueno, emperatriz —dijo Ida Ferenczy mientras todas las presentes contemplaban su imponente figura—, está más que apropiada para la ocasión.

—Todavía no —replicó Sissi, que se puso de lado para admirar su impecable silueta—. Eso será cuando esté felizmente sentada en mi silla de montar.



La partida de caza se reunió poco después del mediodía en Althorp, la propiedad de lord Spencer. Al ver a Sissi, el anfitrión corrió a acercarse a ella.

—Emperatriz Isabel, permítame ser el primero en darle la bienvenida a los campos de Pytchley. —El aristócrata le hizo una reverencia y el sol primaveral se reflejó en su larga, poblada y pelirroja barba.

—Gracias, lord Spencer —dijo Sissi al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor.

Entre jinetes y curiosos se había congregado una multitud. La gente del pueblo había acudido a raudales para ver de cerca a la famosa emperatriz, y fueron muchos los que la vitorearon cuando la vieron andar hacia los caballos.

Sissi localizó a Bay Middleton, que se volvió al oír su nombre y que seguía sin sonreír. Tras disculparse con las personas con las que estaba hablando, se dio media vuelta y se acercó a ella. Sissi se preparó para el momento, enderezó la espalda y lo observó acercarse. Para ser alguien sin patrimonio, como afirmaban los rumores, Bay Middleton vestía muy bien, tenía toda la pinta del perfecto terrateniente. Lucía un frac escarlata, ajustadas calzas que resaltaban sus fuertes piernas y botas de cuero ceñidas a las pantorrillas. Se había peinado con esmero y llevaba la chistera en una mano enguantada.

—Emperatriz Isabel. —Se detuvo ante ella e hizo una rápida reverencia, lo justo para guardar las formas.

—Buenos días, capitán Middleton.

Al otro lado del prado sonaron unas cornetas y sus notas se esparcieron por la soleada y alegre escena. Gritos de «¡A los caballos! ¡Todos a montar!» se unieron a los toques de corneta.

Sin mediar palabra, Bay extendió los brazos para ayudar a Sissi a montar. Ella aceptó la ayuda, consciente de que era el centro de las miradas y poco dispuesta a alentar los rumores que seguramente circulaban sobre las dudas del capitán acerca de ella. La alzó con facilidad, sus fuertes brazos hicieron que se sintiera ligera como una pluma cuando la dejó en la silla.

La multitud rugió a su alrededor, vitoreaba, aplaudía, la saludaba con la mano. Sissi estaba acostumbrada. Sus apariciones públicas causaban furor. Pero entonces prestó atención y descubrió, anonadada, que no era su nombre el que gritaban.

—¡Bay! ¡Bay el Valiente! ¡Bay Middleton!

Sissi miró de reojo al aludido, que seguía a su lado, ayudándola a colocar el pie en el estribo. ¿Era una especie de héroe local? ¿Tal vez incluso una celebridad? Bay Middleton la miró en ese momento y sus ojos parecieron expresar de nuevo su falta de fe en ella e incluso su mofa. Sissi se removió en la silla, alzó la barbilla y enderezó la espalda.

—Capitán Middleton, sabe que...

—Llámeme Bay.

Sissi guardó silencio, atónita por el hecho de que la hubiera interrumpido. ¡Él, un oficial de caballería de origen plebeyo y sin dinero!

—Muy bien, Bay..., le he dicho a lord Spencer que no quiero que se refrene usted por mí durante la cacería.

Bay la miró a la cara y sus claros ojos azules brillaron a la luz del sol. Tras una pausa, esbozó la primera sonrisa que le veía.

—Como guste, emperatriz Isabel...

Sissi se acomodó a lomos de su caballo castaño mientras el capitán montaba en el suyo y se acercaba a ella. El grupo estaba formado por unas trescientas personas. Sissi observó a los participantes; sabía, por la conversación del día anterior, que solo cinco o seis jinetes completarían la cacería. Los demás se caerían, tropezarían con alguna cerca, serían incapaces de superar algún obstáculo o se rendirían por la fatiga o por el miedo antes de que la cacería llegara a su fin. Tensó las riendas, se ajustó los guantes de cuero y rezó en silencio para estar entre los pocos que llegaran hasta el final.

El caballo respondía a su inquietud sobre la silla moviéndose con nerviosismo, de manera que se recordó que debía permanecer tranquila. Había crecido a lomos de un caballo. En la silla de montar era donde más cómoda se

sentía. Cerró los ojos y respiró hondo a fin de percibir el estado de ánimo del caballo y sus movimientos. Sus sentidos cobraron vida al instante, su cuerpo se amoldó a la silla y conectó con el caballo, preparó al animal para moverse con ella como si fueran un único ser. Como si fuera una extensión de su propio cuerpo, el ejecutor de su férrea voluntad.

Lord Spencer montó en su caballo en ese momento y la multitud vitoreó con más fuerza a medida que los caballos avanzaban hacia el principio del campo; jinetes y caballos irradiaban una energía cargada de emoción y expectación. Las cornetas sonaron de nuevo y los sabuesos salieron ladrando, gruñendo, tirando de sus correas. La agitación de los perros pareció enfervorizar aún más a la partida, y Sissi tuvo que controlar a su caballo, que se movía nervioso.

Una vez estuvieron sueltos, los sabuesos captaron el lejano rastro de un zorro y, antes de que Sissi fuera consciente de lo que sucedía, echaron a correr en pos de la presa ladrando y aullando como si huyeran de los jinetes del Apocalipsis. Sin decirle nada a ella, Bay ordenó a su caballo que siguiera a los perros y salió disparado; Sissi, decidida a mantenerse cerca del capitán, azuzó a su montura.

Atravesaron el primer prado en la delantera del grupo. El viento le azotaba la cara y en sus oídos resonaba el retumbar de los cascos de los caballos y los aullidos sanguinarios de los perros. Encontraron el primer obstáculo en un abrir y cerrar de ojos y sintió que todo su cuerpo se tensaba por la emoción. Todos sus músculos estaban en alerta, preparados. Era una cerca de madera no demasiado alta. Se recordó que había saltado cercas con anterioridad, aferró las riendas con fuerza y amoldó su cuerpo al ritmo del caballo. Bay saltó un poco antes que ella. Lo observó con el rabillo del ojo y se preparó para saltar, echó el peso hacia delante para unirse al impulso del caballo. La superó sin problemas y no pudo evitar soltar una carcajada eufórica cuando jinete y montura sintieron la tierra bajo ellos de nuevo.

Se dio cuenta de que Bay echaba un vistazo por encima del hombro para estar seguro de que lo seguía y Sissi le devolvió una sonrisa desafiante y alzó las cejas como si le preguntase: «¿Qué esperaba?».

¿Qué significaba la expresión que apareció en el rostro de Bay en ese momento? ¿Aprobación? ¿Sorpresa? Fuera lo que fuese, Sissi ordenó a su caballo que apretara el paso, ya no le gustaba ir por detrás de Bay.

El grupo que los rodeaba había menguado, algunos jinetes habían buscado un desvío para no saltar la cerca y otros habían decidido avanzar a un paso más lento. Sissi sintió los embriagadores efectos de la adrenalina que corría

por sus venas y respiró hondo con alegría mientras volvía la cabeza para mirar a Bay, que cabalgaba a su lado.

Atravesaron juntos otro prado, surcaron al galope un estrecho arroyuelo y superaron sin problemas varias hileras de frondosos setos. Al cabo de media hora encabezaban el grupo a solas, eran los únicos jinetes que seguían el ritmo a los sabuesos. Sissi saltó el siguiente obstáculo, una cerca de piedra, a la par que lo hacía Bay.

—¡Bien! —gritó él por encima del estruendo de los cascos de los caballos y los jadeos de ambos.

Frente a ellos se extendía un prado sin obstáculos y la felicidad inundó el corazón de Sissi al verlo. La verde campiña. El aire fresco y puro. El agradable cansancio de los músculos. Bay la miraba y estaba claro que su escepticismo había disminuido, su tensión facial se había relajado en algo parecido a una sonrisa. Acabara o no la cacería al paso de los perros, Sissi ya lo consideraba un éxito. Al menos había montado lo bastante bien como para no ponerse en evidencia ni echar por tierra su reputación.

—Ya lo tiene, emperatriz. —Bay jadeaba a su lado y ella se percató, con alborozo, de que parecía que le costaba respirar más que a ella—. Su Majestad Imperial piensa y el animal lo intuye. Ha logrado que su caballo conecte con sus deseos y sus órdenes.

Sissiladeó la cabeza, atónita al escuchar los halagos del capitán.

—Ojalá fuera tan fácil con los hombres de mi vida —dijo, y el corazón le latió alborozado al ver la sonrisa de Bay tras oírla.

Al llegar al límite del prado, Sissi seguía eufórica e infatigable, pero comenzó a notar las señales de fatiga de su montura. Llevaba casi una hora obligándolo a galopar y a esas alturas sus cascos golpeaban el suelo con más pesadez. Su respiración parecía más pesada y laboriosa a cada paso que daba.

Llegaron a una zona boscosa y húmeda.

—¡A partir de aquí hay raíces! —gritó Bay por encima del hombro al tiempo que su cuerpo se preparaba para el reto que se les presentaba mientras las frondosas ramas ensombrecían sus alrededores.

Sissi aferró con más fuerza las riendas y entrecerró los ojos en busca de obstáculos en el suelo húmedo. El primero fue un seto bajo. El caballo lo superó, pero no con la agilidad de antes. Sissi empezó a preocuparse, deseó poder transferirle parte de su inagotable energía.

Iba por detrás de Bay, ya que su caballo no podía seguirle el paso. Y tuvo suerte de que fuera así, porque él llegó a la primera zanja antes que ella, de manera que contó con ese tiempo para prepararse.

—¡Acequia! —gritó el capitán, que miró hacia atrás una vez que estuvo al otro lado—. ¡A pleno galope!

Sissi se inclinó hacia delante, preparándose para azuzar a su caballo. Le indicó que avivara el paso, pero el animal lo había dado todo y no fue capaz de coger el suficiente impulso para saltar. Antes de saber lo que sucedía, Sissi sintió que el caballo aterrizaba sin mucho equilibrio y que caía en un ángulo extraño. Sissi salió volando por encima de la cabeza del caballo. Todo sucedió muy deprisa y reaccionó por instinto más que movida por la razón o con un propósito. No tuvo tiempo para pensar. De hecho, el único pensamiento que le pasó por la cabeza en ese instante fue una imagen fugaz de Valeria. No podía morir. No podía abandonar a Valeria.

Tensó todos los músculos, se encogió hecha una bola y rodó por el suelo. Cerró los ojos y le suplicó a Dios que el caballo no le cayera encima. «Qué manera más horrible de morir, con el cráneo aplastado por los cascos de un caballo», pensó. Se percató con una distante sensación de alivio, mientras su mente trataba de trabajar, de lo suave que era la hierba mientras rodaba sobre ella y sobre el barro. Tal vez no acabara rompiéndose el cuello.

El caballo había caído a unos cuantos metros de ella y no la había aplastado de milagro. En ese momento se estaba levantando. Sissi dejó de rodar y se quedó inmóvil en el suelo, parpadeando mientras contemplaba pedazos de cielo entre las frondosas ramas, con el cuerpo y la mente aturridos e inertes. Estaba viva, comprendió. Pero ¿estaba parálitica?, se preguntó. Y en ese momento su mente se planteó la siguiente pregunta lógica: ¿sería preferible estar muerta a estar parálitica?

Bay había desmontado y se cernió sobre ella con expresión preocupada.

—¡Emperatriz! —Se agachó, sus ojos quedaron a escasos centímetros de los de Sissi.

Ella se dio cuenta, de forma ausente, de que no había perdido el conocimiento. Y de que sus pulmones, temporalmente paralizados por el golpe contra el suelo, jadeaban en busca de aire. Inhaló y notó el sabor a tierra y a hierba en sus labios. Podía respirar. Un indicio prometedor, pensó.

—¡Emperatriz, no ha sido culpa suya! —Bay, inclinado sobre ella, le hablaba con una ternura inusual—. ¿Está herida? —Se arrodilló a su lado, se quitó los guantes y comenzó a retorcerse las manos; parecía inseguro del protocolo que debía seguir para examinar a su acompañante imperial en busca de heridas—. ¿Puedo... puedo...?

—Sí.

Mientras las manos del capitán le presionaban con tiento las piernas, Sissi

llevó a cabo su propio examen.

—¿Siente... esto? —preguntó Bay golpeteándole las rodillas con suavidad.

—Sí —respondió Sissi.

—¿Le duele mucho?

—No..., la verdad —respondió, consciente de que, efectivamente, no le dolía nada.

—¿Y los brazos?

Sissi movió los dedos, las muñecas y los brazos, y le asombró haber salido indemne de la caída. No se había roto el cuello. Ni siquiera se había roto un dedo.

—¡No ha sido culpa suya, emperatriz! —Bay no estaba tan seguro de que se encontrara bien, y su angustia era más que evidente—. Ningún jinete habría podido mantenerse en la silla en semejante caída. El caballo estaba agotado. Estoy seguro de que nadie podría haber llegado tan lejos.

Sissi asimiló el significado de los halagos de Bay al mismo tiempo que el hecho de no haber sufrido ningún daño. Ambas cosas la llenaron de una alegría tal, tan eufórica estaba porque Bay había desterrado el escepticismo hacia su persona, que se echó a reír; se aferró al brazo del capitán e intentó incorporarse.

—¡Gracias, Bay! —exclamó, aún aturdida por el alivio y la gran suerte de haber sobrevivido ilesa a la caída; tanto su cuerpo como su ego estaban intactos—. ¡Gracias, gracias!

—Pero... emperatriz..., ¿está... está herida?

—¡Completamente ilesa!

Se puso de pie con la ayuda de Bay y se examinó de nuevo el cuerpo. Había perdido el sombrero, se le había soltado el recogido y el pelo le caía enredado por la cara. Salvo eso, todo lo demás estaba en su sitio. Y, para mayor asombro, Bay y ella se encontraban solos en el bosquecillo. Le habían sacado tanta ventaja al grupo que seguían llevando la delantera.

El capitán se agachó para recoger su sombrero, a varios metros de distancia, y se lo ofreció.

—Repito que no ha sido culpa suya.

—Lo sé —dijo Sissi al tiempo que le colocaba una mano en el brazo y se dejaba llevar por la alegría un instante. Los ojos de Bay volaron hacia su mano y ella la retiró al punto, recobrando la compostura. Aceptó el sombrero que le devolvía—. Gracias. —Se lo colocó, se enderezó y se sacudió las faldas. En ese momento oyó un ladrido en un prado no lejano pero más allá

del bosquecillo—. Bay, creo que todavía podemos lograrlo, todavía podemos alcanzar a los perros.

La miró a los ojos y su expresión puso de manifiesto que estaba impresionado, tal vez incluso que no daba crédito a lo que acababa de oír. Tenía una fina capa de sudor en la frente y seguía respirando agitadamente.

—¿En serio, emperatriz? ¿Está preparada para montar de nuevo?

Sissi echó a andar hacia su caballo y cogió las riendas.

—Lo estoy.

—Si... si está segura... Pero no me gustaría exigirle...

—Bay, ¿qué le dije al principio? No se refrene.

Eso le arrancó una sonrisa y a su rostro asomó la aprobación que sentía. Sissi lo miró; tenía las mejillas sonrojadas por el ejercicio y el pelo castaño cobrizo le enmarcaba, alborotado, la cara. Y en ese momento comprendió por qué Bay Middleton tenía la reputación que tenía. Por qué la gente del pueblo vitoreó su nombre cuando lo vieron llegar, por qué las mujeres encontraban irresistible esa mezcla singular de virilidad y altivez.

Entretanto, Bay rodeó la cintura de Sissi con sus desnudas manos y la levantó nuevamente sin esfuerzo hasta la silla. Una vez estuvo acomodada en ella, las manos del capitán se quedaron donde estaban un poco más de la cuenta, con el cuerpo pegado a las piernas de ella mientras la miraba a los ojos. Y entonces, con una sonrisa relajada, dijo:

—Emperatriz, empiezo a pensar que a lo mejor debería pedirle que se refrene conmigo.

VIII

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

—No, no va a venir. —El camarero mira fijamente a Luigi y menea la cabeza —. El duque de Orleans ha cambiado de planes. Quería ir de caza... y no creo que busque animales precisamente. A ese hombre le encantan las mujeres, según tengo entendido. —El hombre esboza una sonrisilla y sostiene en alto una taza para asegurarse de que está lo bastante brillante.

Luigi podría echarse a llorar de la rabia y la frustración. Ese farsante francés se le ha escapado. Después de todos los planes que ha hecho. Después de organizar la Gran Obra. ¿Qué se supone que tiene que hacer ahora? Toda su aventura parece una estupidez, el objetivo de su vida de repente queda anulado. ¡Qué injusto es todo! Estos aristócratas pueden cambiar de planes sin más de un día para otro, por un capricho. Saben que sus carruajes dorados los llevarán de una ciudad a otra, de un país a otro, como si los kilómetros no significaran nada. Pero ¿cómo va a seguir él al duque cuando solo cuenta con sus pies llenos de ampollas como medio de transporte?

Pero luego, tan rápida como la desolación, le llega la salvación. Baja la vista a la barra del bar y ve, junto a su sopa, el periódico. En primera plana está la foto de una hermosa mujer de pelo castaño y sonrisa tímida y coqueta. Bajo la imagen se puede leer lo siguiente:

*¡La emperatriz Isabel de Austria-Hungría en Ginebra!
Su Majestad Imperial honra al hotel Beau Rivage con su visita.*

El hotel Beau Rivage. Caray, está en esa misma avenida. El hotel más elegante y lujoso de la ciudad. El que tiene los porteros más altivos y los clientes más desdeñosos entrando y saliendo por sus puertas. La emperatriz Isabel. La mujer más hermosa del mundo. La esposa del emperador Francisco José, el hombre más poderoso de Europa.

—Es incluso mejor.

Luigi susurra las palabras. ¿Quién es el duque de Orleans cuando puede

tener a la emperatriz Isabel de Austria-Hungría? No puede creer que haya tenido ese golpe de suerte. El corazón se le desboca en el pecho y la sangre le corre tan deprisa que tiene que obligarse a mantener la calma. Es su secreto. Al menos de momento, porque pronto el mundo entero lo sabrá.

Capítulo 8

*Easton Neston House,
Northamptonshire, Inglaterra
Primavera de 1876*

Esa noche Sissi, imponiéndose a la desaprobación de todo su séquito, insistió en celebrar la pequeña cena tal como había previsto.

—Pero ¿es sensato después de su caída, majestad? —preguntó Ida.

—Tal vez Su Majestad debería acostarse pronto esta noche y dejar que su cuerpo se recupere de la impresión... —añadió María Festetics.

—No tendría que haberos contado lo que ha pasado —repuso Sissi con un suspiro cuando sus damas de compañía volvieron a proponer que pospusiera la cena—. Debería haber supuesto que os mostraríais tan contrarias como Francisco. Por Dios, a él desde luego no pienso contárselo.

En realidad, la caída no le había provocado ni un solo rasguño. De hecho, había aumentado el placer embriagador que le había reportado el día a lomos de un caballo. Solo Bay y ella habían completado la cacería. El irregular terreno inglés le había enseñado su peor cara; su caballo había tenido problemas, pero ella se había impuesto y había salido victoriosa. En ese momento, a medida que el atardecer se apoderaba de los jardines y la noche se colaba por las ventanas abiertas de su dormitorio, mientras los criados se afanaban abajo con los preparativos de la cena, se sentía cansada pero exultante.

Recibió a sus invitados con un sencillo vestido ceñido de color negro y blanco, rosas y camelias engarzadas en el pelo, y perlas en el cuello y en las muñecas. Sospechaba, sin embargo, que su adorno más brillante era su sonrisa. Era feliz, y sabía que eso se veía.

—Lord Spencer, bienvenido a Easton Neston. ¿Cómo podría agradecerle el maravilloso día de hoy?

—Soy yo quien debe darle las gracias a Su Majestad. No creo que Northamptonshire haya sido jamás el centro de tanta conversación y diversión.

La blanca piel del aristócrata, sonrosada por el sol de ese día, casi tenía el mismo color que la barba y las patillas.

—Y lady Spencer, buenas noches. —Sissi se volvió y sonrió con calidez a la aristócrata que tenía delante—. Bienvenida a Easton Neston.

—Gracias, emperatriz Isabel. —Lady Spencer hizo una genuflexión con modales exquisitos, aunque parecía más reservada que su extrovertido esposo.

A última hora Sissi había decidido invitar a Bay a la cena, pero se lo dijo después de que terminara la cacería. Cuando llegó, ataviado de nuevo con su elegante uniforme de oficial y con una expresión mucho más relajada que durante el almuerzo del día anterior, Sissi sintió que se ruborizaba y no pudo contener la sonrisa que asomó a sus labios al recordar la tarde que habían pasado juntos en la campiña.

—Capitán Middleton —dijo mientras él le hacía una reverencia—, gracias por reunirse con nosotros.

—¿Qué le pedí, emperatriz? Llámeme Bay.

—Muy bien, Bay, bienvenido —se corrigió Sissi—. Por favor, permítame que le presente a la condesa María Larisch, a la condesa María Festetics y a mi dama de compañía Ida Ferenczy.

Bay saludó a cada una de ellas con un gesto de cabeza, y luego se volvió hacia Sissi y con una sonrisa encantadora dijo:

—Con tantas mujeres hermosas, creo que tendré que venir de visita a Easton Neston con cierta regularidad, emperatriz.

La cena fue una celebración muy alegre y distendida; la distancia que la separaba de Viena y la corte permitió a Sissi saltarse el rígido protocolo que solía encorsetar ese tipo de reuniones en la capital austríaca. En vez de seguir la regla imperial por la que un comensal solo podía hablar con la persona que tenía al lado, Sissi permitió que la charla fluyera libremente, como la comida y el vino. No pasó mucho tiempo antes de que la conversación se convirtiera en una rápida sucesión de pullas ingeniosas entre Spencer y Bay. Sissi pidió que sirvieran más vino cuando se llevaron la carne, y durante el postre Spencer amonestó de buen humor a Bay por algunas de sus últimas escapadas. Bay no dejó de lanzar miradas a Sissi en un intento por excusarse a ojos de su anfitriona, pero Spencer se mostró pertinaz.

—Voy a contarles el mayor desafío de compartir alojamiento con Bay Middleton —dijo lord Spencer al tiempo que se limpiaba la reluciente barba con la servilleta antes de beber un sorbo de vino—. Y es que nunca se sabe qué vas a encontrar bajo tus sábanas.

Las damas bajaron la mirada con pudor al oír el comentario. Sissi además

bebió otro sorbo y ocultó su sonrisa en la copa.

—Por favor, Spencer, ¡haces que parezca un villano! —protestó Bay al tiempo que miraba a Sissi para disculparse. Se dirigía a Spencer de manera informal, aunque este le superaba en edad, tenía mayor graduación en el ejército que él y era miembro de la aristocracia, mientras que Bay ni era noble ni, si los rumores eran ciertos, tenía patrimonio.

Fuera como fuese, estaba claro que Bay era una persona muy especial para Spencer y que esa réplica por parte de su subordinado no solo no había ofendido al conde, sino que, de hecho, lo había animado a seguir con las bromas.

—Bueno, es que eres un villano, Middleton, así que no puedo hacer que parezcas algo que en realidad eres. Pero no, queridas damas, no era mi intención ser vulgar. —Spencer levantó las manos y se volvió primero hacia Sissi y luego hacia su esposa con una exagerada expresión contrita—. Ha sonado más sórdido de lo que es. Se trata, sencillamente, de que el capitán Middleton aquí presente es un bromista.

—Oh, en Althorp eso lo sabemos muy bien, John —intervino lady Spencer, que permitió que una risilla asomara a sus delgados y aristocráticos labios.

Su marido continuó el relato, ya más distendido.

—A Bay le encanta asustar a sus amigos gastándoles bromitas, así que, tras una larga noche de oporto y partidas de billar, cuando descansan la cabeza en la almohada, no saben lo que les espera. ¿Qué le hiciste al pobre George Lambton? ¿Qué le metiste en la cama cuando estábamos en Leicestershire? ¿Una rana muerta?

—Un sapo —corrigió Bay, que se puso rojo como la grana y miró de reojo a Sissi—. Pero debo decir algo: ese sapo era mucho más guapo que cualquier otra criatura que George hubiera tenido bajo sus sábanas.

Un coro de carcajadas escandalizadas recorrió la mesa, y Sissi se rio más que nadie. Semejante conversación habría sido imposible en Viena... e incluso en Hungría. Esos ingleses tenían una forma muy graciosa de lanzarse pullas; no disfrutaba de una reunión con un ambiente tan relajado desde su niñez en Possenhofen.

—Ahora en serio, Bay, ¿te ha perdonado ya Doggie Smith por la broma que le gastaste en Combermere? —preguntó Spencer—. Ya sabes, aquella ocasión en que le cambiaste la chaqueta de montar por la chaqueta de una dama.

Bay apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos y se echó a reír.

—¿Es necesario que me destroces de esta manera, Spencer? Esperaba no ofender por completo a la emperatriz.

—Pero ¿te ha perdonado? —Spencer golpeó la mesa con los nudillos mientras estallaba en carcajadas—. Vamos, Bay, cuéntale a la emperatriz lo que le hiciste al pobre desgraciado. Insisto. De lo contrario, te mandaré de vuelta a Irlanda como castigo por desobedecer mis órdenes.

Bay protestó, pero al ver que Sissi también insistía, acabó cediendo.

—Se lo contaré, emperatriz, pero solo si me promete que me creerá cuando digo que se lo tenía bien merecido.

Sissiladeó la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—Eso lo decidiré cuando oiga lo que sucedió.

Bay asintió con la cabeza.

—Doggie es un amigo que...

—¡Era un amigo! Tal vez ya no lo sea —interrumpió Spencer.

Bay esbozó una sonrisa torcida.

—Era un amigo mío que... ¿Cómo lo digo, Spencer?

—Se enorgullece mucho de su aspecto —contestó el aludido mientras miraba a Sissi primero y luego a su esposa al tiempo que se rellenaba la copa de vino.

—Exacto —convino Bay—. Por cierto, Spencer, déjanos un poco de vino, ¿quieres? En fin, Doggie es un hombre que siempre va muy acicalado. Y le gusta señalar la superioridad de su apariencia sobre la de los demás.

Lady Spencer soltó una risilla elocuente. Sissi prestó atención al relato con creciente alegría a cada minuto que pasaba en compañía de Bay y de Spencer.

—El caso es que la última tarde que pasamos en Combermere, íbamos a salir de caza y cierta dama iba a reunirse con nosotros, una dama por la que Doggie... el capitán Smith... había expresado su interés.

—Ah, sí. ¿No era Marjorie Thurston? —preguntó Spencer.

—Lo era —contestó Bay.

—Marjorie monta bastante bien —comentó Spencer—, pero no es que sea...

—No se le puede comparar, emperatriz —lo interrumpió Bay.

Sissi se ruborizó y luego tuvo que preguntarse por qué la aprobación de Bay le había provocado semejante reacción.

Bay continuó con el relato.

—El asunto es que, teniendo en cuenta la presencia de Marjorie aquel día, sabía que Doggie luciría su chaqueta roja y se esmeraría en presentar su mejor

aspecto. De modo que soborné al ayuda de cámara de Doggie para que me dejara cambiar la ceñida chaqueta de montar hecha a medida de Doggie por...

—¡Exactamente la misma chaqueta pero confeccionada para una mujer!
—soltó Spencer a voz en grito antes de estallar en carcajadas.

—No te olvides de los lazos, Spencer.

—¡Los lazos!

Spencer se agarraba el costado y tenía la cara roja de tanto reír.

—John, por favor. —Lady Spencer se llevó una mano a la frente, escandalizada, pero miró con una sonrisilla a Sissi, como si quisiera decirle que esas carcajadas eran frecuentes entre Bay Middleton y su marido.

—Era una chaqueta muy bonita —dijo Bay, que se encogió de hombros y apuró la copa de vino—. Los lazos en la parte delantera le daban a Doggie un aire muy elegante.

Spencer se ahogaba de la risa.

—Verá, no tenía elección. Ningún caballero que se precie saldría a montar sin su chaqueta. Ya había ordenado que su criado se llevara toda la ropa a limpiar y había reservado su mejor chaqueta para el día final con Marjorie. Y nadie accedió a prestarle una... Bay se había encargado de eso.

—Pero ¿cómo consiguió ponérsela? —preguntó María Larisch con su sonrisa más alegre mientras se inclinaba hacia Bay.

A Sissi le molestó el atrevimiento de la muchacha, de repente se daba cuenta de que sentía cierto afán posesivo por Bay y que no quería que su bonita y joven dama de compañía lo distrajesa. Se enderezó en el asiento.

—Le quedaba un poco... estrecha —contestó Bay; le guiñó un ojo a María Larisch—. Me temo que se había rasgado por la espalda antes de que terminase la tarde.

—¿Y qué dijo la dama? —preguntó Sissi ladeándose hacia Bay, y al hacerlo se percató con satisfacción de que él apartaba la vista de María Larisch para mirarla a ella.

—Oh, le gustó bastante. Le preguntó dónde la había conseguido. Dijo que le encantaría tener una igual.

Después de la cena el grupo se trasladó al salón y Spencer entretuvo a los presentes con las anécdotas de la jornada de caza.

—De verdad, emperatriz, ha impresionado incluso a aquellos que empezamos el día con fe ciega en sus habilidades. Y en cuanto a los que eran escépticos... —A Sissi no le pasó desapercibida la mirada guasona que le lanzó a Bay—. En fin, a esos se los ha ganado.

Sissi se obligó a controlar la sonrisa.

—Es usted muy amable, lord Spencer. No recuerdo haberme divertido nunca tanto.

—Estoy anonadado —dijo Spencer, que sostenía en alto la copa de oporto para que se la rellenaran. Miró a Sissi y luego a Bay—. De cientos que empezamos, solo acabaron dos. Bay, creo que por fin has encontrado a tu igual.

Bay, que miró a Sissi a los ojos, esbozó una sonrisilla y contestó:

—Desde luego que sí.



El día siguiente amaneció despejado y cálido, y Bay recibió a Sissi en el campo con una afectuosa sonrisa en vez de con el ceño fruncido.

—Voy a ser su guía una vez más, emperatriz, si le parece bien.

—Será un placer.

Sissi sintió que el estómago le daba un vuelco cuando Bay la subió a la silla, con sus fuertes manos sujetándole la cintura antes de colocarle el pie en el estribo.

Una vez más se encontraron a la cabeza del grupo pasada la primera hora de la batida. Trotaron alegremente por un prado, dando un breve respiro a los caballos mientras los sabuesos intentaban encontrar el rastro del zorro que se había escabullido. Bay acercó su caballo al de Sissi para cabalgar el uno junto al otro.

—¿Cómo aprendió a montar, emperatriz? —preguntó él.

Delante de ellos los perros pegaban el hocico al suelo y olisqueaban los matorrales en busca del rastro perdido. Por encima de sus cabezas unas nubes enormes se deslizaban por el brillante cielo como lánguidos barcos blancos dirigidos por tripulaciones fantasma. Sissi respiró hondo, maravillada por la belleza del paisaje inglés que los rodeaba. Por los brotes verdes que coloreaban las ramas. Por los campos que se extendían hacia el horizonte en suaves pendientes de tierra fértil. Se volvió hacia Bay.

—¿Qué le parece si cuando estamos solos me llama Sissi?

Bay enarcó una ceja y una media sonrisa apareció en su cara enrojecida por el aire.

—Si insiste...

—Sí.

—De acuerdo. ¿Cómo aprendió a montar a caballo tan bien, Sissi?

Ella sonrió, le gustaba cómo sonaba su nombre con su acento inglés.

—Aprendí de niña —contestó—. Mi padre siempre bromeaba diciendo

que de no haber nacido él duque y yo duquesa, ambos podríamos haber sido jinetes en un circo.

Bay pensó en eso en silencio. A unos metros de distancia los sabuesos seguían olfateando el terreno, buscando con desesperación cualquier rastro del zorro.

—Confieso —dijo Bay al cabo de un momento— que ansío el tiempo que paso cazando. Añoro estos meses durante todo el año. Cuando Spencer me dijo que yo sería su guía estaba desesperado porque creía que me quedaría rezagado. O, peor todavía, que tendría que quedarme en el camino con usted y dejarles los prados, los arroyos y las cercas a los demás.

Sissi se fingió indignada.

—¿Quedarnos en el camino?

—Ahora sé que mis temores eran infundados —se apresuró a decir Bay para no ofenderla.

—Sabía que me lo ganaría con el tiempo —repuso Sissi—. Incluso cuando oí las cosas que decía de mí.

Bay se quedó boquiabierto y la miró horrorizado.

—Pero... majestad... ¿se ha enterado de eso?

Sissi asintió con la cabeza.

—Pero... si no le importa que le pregunte... ¿cómo se ha enterado? Acababa de llegar a Inglaterra.

Sissi se encogió de hombros con expresión impasible.

—Mis espías.

Bay gimió.

—O sea que de verdad tiene espías... Spencer y yo nos lo preguntábamos, pero creía que...

Sissi fue incapaz de controlar la carcajada, pero luego se tapó los labios con una mano enguantada.

—Estoy bromeando. Por el amor de Dios, no tengo espías. ¿Quién se cree que soy?

—La emperatriz de Austria-Hungría.

—No llevo espías en mi séquito. Siento decepcionarlo. —Si bien la condesa Larisch podría ser una espía, a tenor de lo bien que se le daba enterarse de todos los rumores.

—En ese caso, ¿cómo se ha enterado? —quiso saber Bay.

Sissi lo miró de reojo y se permitió una media sonrisa.

—Supongo que habló tan alto de su infelicidad que las noticias llegaron hasta mi casa.

—En fin, ahora me siento muy avergonzado.

Sissi soltó una risilla al ver que se ruborizaba.

—Al menos no me ha cambiado la chaqueta de montar por algo que no me quede bien. Ni ha metido un sapo en mi cama. Supongo que debería sentirme afortunada.



Los perros no encontraron el rastro del zorro, pero Sissi y Bay se quedaron en el campo durante horas, cabalgando por la campiña solos y saltando cercas y setos como si estuvieran enfrascados en una frenética caza. Cuando regresaron, a Sissi le dolían las piernas y sentía los pulmones limpios gracias al aire campestre. Podría haber seguido cabalgando durante más horas si el sol hubiera querido quedarse en lo alto del cielo.

De vuelta en el establo, Bay la ayudó a desmontar y ella se quedó quieta un momento, sorprendida por la expresión que vio en su cara cuando sus pies tocaron el suelo.

—¿Bay? ¿Qué pasa?

—Nada, emperatriz... Sissi.

La miraba con una expresión tan intensa que ella se removió, inquieta, pero no apartó las manos de las suyas.

—Dígame de qué se trata. ¿Por qué me mira como si me hubiera salido otra cabeza?

—Es que... —Bay tragó saliva, parecía buscar las palabras sin apartar los ojos de ella.

—¿Qué?

—Sus ojos.

—Sí, ¿qué pasa con mis ojos? —Parpadeó.

—Son color avellana, ¿no?

Sissi asintió.

—Bueno, pues ahora mismo parecen refulgir como el fuego.



La noche solía encontrar a Sissi de vuelta en Easton Neston, presa de un agradable cansancio y lista para acostarse. Ya tarde, después de cenar en privado con Valeria, a menos que los Spencer la hubieran invitado a una cena más formal, y después de que le masajearan y le preparasen la ropa para el día siguiente, despachaba a Ida, a María, a Franziska y a la condesa Larisch, y se iba a la cama con su diario. Escribió todas las noches de esa primavera, y a

medida que iba llenando páginas se daba cuenta de lo a menudo que aparecía en ellas el nombre de Bay..., más de una vez en cada entrada.

Hoy Bay me ha enseñado un bosque donde estoy convencida de que habitan las hadas.

Bay me ha enseñado cómo saltar una doble cerca de piedra sin apenas notar el impacto al tocar el suelo.

Hoy Bay y yo hemos perdido a los demás antes de lo habitual.

Bay y yo hemos tenido un rotundo éxito hoy.

Las cartas que les mandaba a Francisco y a Rodolfo también mencionaban a Bay, pero controlaba su entusiasmo y la frecuencia con la que incluía su nombre en las anécdotas, aunque no pasara un solo minuto a caballo en el que él no estuviera a su lado.

Montaban durante todo el día todos los días salvo el domingo. Incluso ese pequeño respiro, obligatorio por la ley eclesiástica, empezaba a ser una agonía interminable para ella. Una vez que se encontraban a solas sin más compañía que la de los caballos y los perros, Bay le preguntaba por la vida en Viena y en Budapest. Ella le contaba de Gisela y de Rodolfo, pero sobre todo de Valeria. Él le hablaba del tiempo que había pasado destinado en Irlanda bajo el mando de Spencer. Sissi rara vez mencionaba a Francisco, y nunca hablaba de Andrásy. Ni una sola vez Bay pronunció el nombre de Charlotte Baird, y Sissi nunca preguntó por ella.

—Pero ¿por qué en Austria no monta a caballo de esta forma? —preguntó Bay una tarde, cuando Sissi ya llevaba varias semanas allí. Era un día primaveral bastante triste, y un grueso manto de nubes amenazaba con descargar la lluvia sobre ellos en cualquier momento.

Sissi meditó la respuesta y se desentendió del tiempo mientras el caballo la alejaba del establo.

—En Viena todo lo rige el protocolo —dijo—. Incluso con quién debes hablar durante la cena o cuánto vino puedes beber, todo depende de una regla preestablecida. El emperador decide quién prueba qué platos y en qué orden. Cuánto tiempo podemos estar sentados a la mesa. Nada es natural, nada es libre. Esto... esto es vida.

Francisco le escribía a diario, pero las noticias que le hacía llegar eran tan terribles que Sissi temía sus cartas. En Bulgaria, las autoridades otomanas estaban matando a gente para sofocar una rebelión. Turquía amenazaba con la guerra a Rusia después de que la armada del zar amenazara con hacerse con el estrecho de Dardanelos. Andrásy y los húngaros presionaban a Francisco

para que se pusiera de parte de los turcos, tal era su odio hacia los rusos después de que el zar ayudara a sofocar su rebelión en 1848; pero Francisco se mostraba reticente a ganarse la enemistad del reino más poderoso de Oriente. Además, tampoco quería molestar a los alemanes.

Rodolfo, que ya tenía diecisiete años, era causa también de grandes preocupaciones diarias para su padre. Francisco José, siempre tan desapasionado y paciente, se desahogaba con Sissi acerca de las ingentes deudas de juego de su hijo, de los informes de maridos ultrajados y de hermanos, hijos y padres furiosos que clamaban vengarse del príncipe heredero por seducir a sus esposas, hermanas, madres e hijas. Francisco le escribió:

Parece que nuestro hijo, que retrasó su paso a la edad adulta más que otros muchachos de su edad, ha abrazado los placeres más vulgares de la masculinidad. Y al parecer hace gala de un apetito y de una pericia más propias de un hombre con el doble de edad y de experiencia. A juzgar por lo que oigo, no solo se busca acompañantes entre las damas más discretas y dispuestas de la corte, sino entre las mujeres de toda la ciudad, tal vez de todo el imperio. Para mí resulta muy inquietante enterarme de sus indiscreciones. Es un anatema para la personalidad y el comportamiento que esperaba ver en mi hijo. Todo lo contrario al ejemplo que siempre he intentado darle.

Y luego estaban los artículos casi diarios que criticaban a Sissi por su prolongada ausencia de la corte y el exorbitante coste de su viaje a Inglaterra. Francisco incluía retazos de dichos artículos: «Cariño, el periódico ha dicho de ti hoy que “vives para los caballos”. Cuanto antes consientas en volver a casa, mejor para todos».

Sin embargo, a ojos de Sissi esas cartas solo confirmaban que había tomado la decisión correcta al marcharse. ¿Qué podía hacer para ayudar a Francisco aunque estuviera a su lado en la corte? Se negaría a aceptar sus consejos sobre política, de la misma manera que Rodolfo se negaría a acatar las órdenes de su madre en sus aventuras amorosas.

Además, su amor por la campiña inglesa era más apasionado con el paso de los días. La gente la adoraba y el terreno la desafiaba de un modo nuevo para ella. Bay también la desafiaba como no la habían desafiado antes. ¡Y ella se crecía ante los retos! ¿Cómo no iba a estar encandilada cuando su guapísimo y galante compañero de cacería la hacía reír y disfrutaba tanto mostrándole la belleza y la singularidad de su tierra natal? ¿Cómo iba a volver a casa en ese momento, justo cuando por fin se sentía realizada y feliz? Además, ¿qué sentido tendría?

Si la culpa la corroía por dentro, obligándola a concentrarse en Viena y en las obligaciones que tenía en la capital, se recordaba que Rodolfo ya era un

hombre. Era impenetrable, un desconocido para ella..., tan lejano como la propia Gisela. Francisco tenía a sus ministros y sus funcionarios, los únicos a los que les pedía consejo. No, solo Valeria la necesitaba a esas alturas, y Valeria estaba con ella. No había motivos para acortar una agradable estancia. De modo que siguió disfrutando de su libertad y de los días en la campiña inglesa.

—Solo me preocupa una cosa —le dijo a Bay una tarde de mediados de abril. Durante la noche había llovido copiosamente, el suelo estaba embarrado y en el aire flotaba un denso olor a humedad—. Y es que mi caballo no esté a la altura.

Se había caído un par de veces durante las últimas semanas porque su caballo no consiguió saltar un arroyo o una acequia. En cada una de las ocasiones había salido ilesa, pero se preguntaba si la suerte acabaría dándole de lado.

Bay meditó sus palabras y acabó asintiendo con la cabeza.

—Tiene razón.

—¿De verdad? —Se volvió hacia él con evidente sorpresa—. Pero si nunca está de acuerdo conmigo.

Bay sonrió al oír la pulla.

—En este caso tiene razón.

Después de eso Bay insistió en que Sissi montara uno de sus caballos ingleses.

—Tengo más de los que necesito, Sissi. Sería un gran honor para mí. Además, así dejará de retrasarme con sus frecuentes caídas.

El caballo que Bay le prestó se llamaba Merry Andrew y demostró ser tan incansable como los dos jinetes. Tenía un paso firme y seguro, y las jornadas a caballo fueron muy distintas para Sissi. Lo que antes había sido una experiencia agradable se convirtió en una fuente de placer exquisito. Cuando Bay empezó a repetir «Merry Andrew, eres el macho más afortunado de todo el imperio de Victoria», Sissi no podía menos que echarse a reír mientras se abanicaba la cara para ocultar el intenso rubor.

¿Qué tenía Bay?, se preguntaba cada noche mientras repasaba los momentos más memorables del día. Se sentaba delante del espejo y veía que tenía las mejillas sonrosadas por el sol, el aire fresco y una intensa sensación de felicidad. Se miraba a los ojos, medio alarmada al ver lo mismo que Bay: el ámbar de sus iris parecía albergar una llama latente e hipnótica. Recordaba algún momento en que habían compartido risas y se descubría presa de las carcajadas una vez más; ansiaba que la noche pasara deprisa para que

amaneciera el nuevo día y Bay volviera a su lado. Pensaba en la presión de sus manos en su cintura cuando la levantaba con gesto decidido hasta la silla. En cuando se quedaban un rato juntos en el establo al final del día, deseosos los dos de prolongar el tiempo que pasaban en mutua compañía en vez de separarse.

Bay no se parecía a ningún hombre que hubiera conocido. Andrásy era todo alma, idealismo torturado y poesía. Seguramente por eso no podían funcionar juntos. Una pareja de soñadores era incapaz de sobrevivir a la cruda realidad de su mundo. Necesitaban la influencia de alguien realista con los pies en el suelo. Ese era Francisco, suponía. Contrario al idealismo y al anhelo de Andrásy, Francisco era razonable e inflexible. Una enorme dosis de pragmatismo firme, inquebrantable y fiable. No, Francisco José no tenía nada de soñador.

Bay en cambio... Bay Middleton, «el más valiente entre los valientes». Bay era algo totalmente distinto. Tenía la constitución de un hombre fuerte y fornido, pero se reía y se comportaba como un niño travieso. No tenía nada que ver Francisco, que nunca se había comportado como un niño, ni siquiera de pequeño. Bay escapaba a su comprensión. No sabía por qué anhelaba su aprobación con tanta ansia, pero así era. En el campo el estado de ánimo de Bay era cambiante y caprichoso. Podía ser solícito y alegre y acto seguido refugiarse tras un ceño altanero y criticar su postura en la silla o decirle que podía hacerlo mejor. Le gritaba en numerosas ocasiones a lo largo de la tarde, su voz grave reverberaba sobre el clamor de los cascos de los caballos con órdenes que sonarían secas e incluso desagradables a los demás: «¡Salte la cerca de frente, Sissi!», «¡A la izquierda, a la izquierda, ya!», «¡Arriba, no se ha hecho nada!».

Sin embargo, Sissi lo aceptaba todo sin rechistar porque era una condición implícita en su contrato. Allí fuera quería librarse de las obligaciones del imperio. Quería igualar a Bay en habilidad. Y si iba a ser su igual, Bay tenía que hablarle como a cualquier compañero de cacería, no como un cortesano se dirigiría a la emperatriz. Ella, a su vez, no podía esperar la adoración obsequiosa ni la cortesía crítica que recibía de las demás personas de su vida, su marido incluido. A los caballos y a los perros les importaban muy poco el protocolo y las formalidades, de modo que si iban a dominar a los animales juntos, a Sissi y a Bay tampoco podían importarles esas cosas.

Bay era directo con ella como ningún otro hombre se atrevía a ser. Era libre, abierto y sincero en su compañía, de modo que ella se comportaba de la misma forma. Al establecer esa relación con él, Sissi le permitió tener un

papel en su vida que ningún hombre había tenido; al menos, desde su infancia y su ascenso al trono. Después de décadas aislada en su exaltado pedestal, sin conocer a un hombre o a una mujer que se atreviera a hablarle con descaro, la actitud de Bay le parecía refrescante, energizante y enloquecedora de la mejor manera posible. Cada vez que Bay alzaba la voz para mostrar su frustración con ella, cada vez que fruncía el ceño para llevarle la contraria por algo que había dicho o hecho, Sissi se descubría más apegada a él, y el deseo que sentía por él le teñía las mejillas mucho más que la brisa primaveral y las horas de ejercicio físico. Nada anhelaba más que las decididas y honestas sonrisas de Bay, sus trabajadas palabras de aprobación y la posibilidad de que, allí, en el exterior, cuando ella lo hacía bien y vibraba de vida, fuera mecedora de su admiración.



—Lo he desentrañado —dijo Bay al final de una de las tardes que pasaron juntos.

Era una calurosa tarde de sábado, más calurosa de lo normal para esa época del año; el sol derramaba sus rayos desde un cielo despejado y los pájaros entonaban sus últimos trinos antes del anochecer. Sissi y Bay regresaban al establo de Althorp tras una larga jornada. Los caballos avanzaban despacio, con el pelaje brillante de sudor, y ni Sissi ni Bay los azuzaron para que avivaran el paso. Al día siguiente sería domingo, y Sissi sabía que tendría que descansar y esperar un día entero para ver a Bay de nuevo.

—¿Qué ha desentrañado? —preguntó Sissi, que lo miró de reojo.

No sabía cómo, pero su aspecto parecía haber cambiado por completo desde su primer encuentro. No le impresionó cuando los presentaron, le pareció un hombre normal de estatura media y constitución robusta. Pero en ese momento miraba a Bay a lomos de su caballo y veía al hombre más deseable que había visto en la vida.

—El acertijo que he estado intentando solucionar en mi cabeza —contestó Bay.

Sissi sonrió. Bay solía llenar sus tardes con acertijos y bromas.

—¿Y qué acertijo es?

—¿Qué la hace ser mucho más hermosa que cualquier otra dama? —Bay hizo la pregunta con voz firme y sus ojos claros clavados al frente.

Sissi se tensó en la silla. Bay nunca había hablado de su belleza, ni una sola vez. Ciertamente acudía a verlo todos los días con su mejor aspecto,

incluso prestaba más atención a su presencia en Northamptonshire que en Viena. Creía que estaba bastante bien. Sabía que otros hombres la deseaban, su admiración quedaba clara por cómo la miraban de arriba abajo. Observaban su pelo, su cintura y su delgada figura. Pero Bay nunca parecía fijarse. Y desde luego nunca había comentado nada al respecto. La felicitaba por un buen salto o por una carrera especialmente buena, pero sus galanterías no pasaban de ahí.

Por eso cuando siguió hablando como si se refiriera a algo tan mundano como el tiempo, pilló a Sissi totalmente desprevenida.

—Ya sé el motivo —dijo él—. Tiene una cara bonita, por supuesto. Pero eso importa poco.

Sissi lo miró de soslayo; ese comentario se le antojó raro. Delante de ellos el establo de Althorp estaba cada vez más cerca. Se le cayó el alma a los pies. No quería que acabase el día. No quería despedirse de Bay. Todavía no.

Bay siguió hablando mientras se acercaban a la propiedad.

—Podría encontrar muchas caras tan bonitas como la suya... incluso más bonitas... en cualquier calle de Londres.

Sissi se obligó a soltar una carcajada.

—Y yo que pensaba que iba a hacerme un raro halago.

—No es el conjunto de sus facciones lo que la diferencia —continuó Bay, que no se dejó distraer por la interrupción. Se volvió hacia ella y la miró a los ojos por primera vez. Sin sonreír, dijo—: Es su expresividad.

Sissi enarcó una ceja, no sabía a qué se refería.

—Luce sus emociones en la cara con rebeldía, Sissi.

—¿Eso... eso hago? —Eso era justo lo que Andrásy le decía siempre.

Bay continuó, y Sissi dejó de pensar en Andrásy y se concentró en él.

—Ofrece destellos de lo que se oculta detrás. ¿Recuerda lo que le dije el segundo día que pasamos juntos?

Ella meneó la cabeza. De su segundo día solo recordaba que no se había caído y que Bay le había dicho que montaba a caballo mejor que ninguna mujer que conociera.

—No.

—Le dije que tenía fuego en los ojos.

Sissi tragó saliva.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo.

—En fin, ahora que la conozco un poco mejor..., ahora que la he visto enfadada, decidida y asustada, y tan feliz que creía que la alegraría la rompería en mil pedazos..., ahora sé que esos ojos suyos que me tienen hipnotizado...,

en fin, solo son un indicio del fuego que se oculta en su interior. Una llama muchísimo más poderosa, sin duda. De vez en cuando me deja ver un atisbo, lo cual tiene un efecto totalmente devastador. Y de lo más incitante.

Sissi apartó la vista, consciente de que el corazón le latía con fuerza en el pecho a pesar de que el caballo y ella iban a paso lento.

Los mozos de cuadra los rodearon con ganas de ayudar, pero Bay los despachó con un gesto de la mano y se marcharon, quedándose de nuevo solos con su conversación privada.

—Ahí está.

Sissi se volvió y miró a Bay.

—¿Qué?

—Lo está haciendo de nuevo. Me está mostrando justo lo que siente.

Sissi se enderezó todavía más en la silla.

—¿Y de qué se trata?

—Se alegra de que por fin haya admitido que es hermosa. Y se pregunta por qué he tardado tanto en admitirlo, en admitir lo evidente.

—Ay, por favor, Bay, ¿de verdad me considera tan vanidosa? —protestó al tiempo que se removía en la silla.

—Y ahora está incómoda. Y tiene las mejillas sonrojadas.

—¿Le importaría dejar de mirarme? —Volvió la cabeza, tan tímida como una niña pequeña.

—No, no pienso hacerlo.

Sissi tragó saliva con fuerza y aminoró el paso del caballo porque ya habían llegado a las amplias puertas del establo. ¿Por qué tenía que ser sábado por la tarde?

Bay se apeó de un salto y se desentendió de su caballo; echó a andar hacia Sissi y le colocó las manos en la cintura para ayudarla a bajar. Ella se dejó caer y él la atrapó con soltura y la depositó en el suelo, delante de él. Hacían lo mismo todos los días, dos veces al día. ¿Por qué en ese momento parecía que estuvieran haciendo algo prohibido?

Las manos de Bay se demoraron en torno a su cintura y ella se quedó quieta, mirándolo. Como si estuvieran a punto de bailar. ¿Oiría él los latidos de su corazón? ¿Se daría cuenta de cómo le latía desaforado en el pecho?, se preguntó ella.

Sus caras estaban indecorosamente cerca, pero ninguno de los dos se apartó. Cuando Bay habló, lo hizo en voz queda.

—Imagino que son pocas las personas que la han conocido y no han sucumbido a su hechizo. —Hizo una pausa y la miró fijamente; sus ojos

azules brillaban. A Sissi le aterraba la posibilidad de que intentase besarla. ¿Qué haría si lo intentaba? Pero Bay se inclinó y dijo en voz todavía más baja —: Yo, desde luego, he sucumbido.

Dicho esto, hizo una reverencia y se marchó.



Cuando se reunieron de nuevo el lunes, fue como si nunca hubieran mantenido esa conversación. La sonrisa de Bay era deslumbrante y traviesa esa mañana, y silbaba al ayudar a Sissi a subir a la montura.

—¿Qué tal el domingo? —preguntó él una vez que estuvieron en primera fila, lejos de los demás.

Sissi se volvió hacia él a sabiendas de que le tomaba el pelo. Bay sabía a la perfección cómo le había ido el domingo. Toda Inglaterra sabía cómo había pasado Sissi el domingo gracias a los maliciosos artículos que la prensa había publicado esa mañana. Tal vez incluso los vieneses estuvieran ya al tanto de su desastre... Y si no lo estaban ya, no tardarían.

Tras llevar varias semanas en Inglaterra, Sissi había sido incapaz de posponer una vez más una visita a la reina Victoria. La firme matriarca había dejado bien claro a sus consejeros, quien a su vez se lo habían dejado bien claro a los consejeros de Francisco José en Viena, que era muy ofensivo que la emperatriz austríaca estuviera en el reino de Su Majestad y no hubiera presentado todavía sus respetos.

«Pero no estoy aquí de forma oficial», le escribió Sissi a su marido. «Un regente de incógnito no viaja con asuntos de Estado.»

«Da igual, Sissi», contestó él. «Eres una de las cabezas del Estado, lo reconozcas o no, y Victoria sabe dónde estás y que has visitado a varios miembros de su aristocracia... pero no a Su Majestad.»

De modo que como no quería ofenderla más, pero tampoco quería perderse un solo día de cacería, un día con Bay, escogió el domingo para su más que esperada visita a la reina inglesa. Sissi, a quien las visitas oficiales se le antojaban tediosas, creyó que su plan era muy bueno. ¿No estaría mucho más ocupada Victoria otros días y no estaría tan encantada como Sissi de quitarse esa formalidad de en medio?

Sin embargo, cuando Sissi llegó al castillo de Windsor el mediodía del domingo, tras haber notificado con antelación que había escogido ese día para mostrar sus respetos, le dejaron bien claro que a su anfitriona le había molestado tener que recibir a una visita en domingo, día que solía reservar para los servicios religiosos y para pasar tiempo en familia.

Cuando anunciaron la entrada de Sissi en el salón de recepción de Victoria, una estancia forrada con paneles de madera oscura que parecían crujir y protestar por la edad, la emperatriz hizo una genuflexión y ofreció su sonrisa más deslumbrante con la esperanza de suavizar cualquier ofensa que hubiera podido provocar sin pretenderlo. El reloj del salón sonaba muy fuerte mientras marcaba el paso del tiempo. Victoria levantó la vista desde su asiento, un sillón mullido que quedaba oculto por su amplia y robusta figura. Habló con el tono reprobatorio de una abuela con una nieta díscola.

—Isabel, me alegro de que haya venido, por fin.

Sissi se sentó donde le indicaron y aceptó una taza de té. Habló con entusiasmo de Inglaterra y mencionó en numerosas ocasiones que se encontraba en el país en un viaje de placer y no como emperatriz, todo mientras halagaba constantemente la preciosa campiña de Victoria y la hospitalidad de su pueblo.

La matriarca inglesa, siempre muy seria, mencionó varias veces que había tenido que ordenarle a su sacerdote que acortara el sermón para volver a tiempo al castillo de Windsor a fin de recibir a Sissi en esa visita tan mal programada un domingo. Al oír eso, Sissi se dijo que acortaría la visita para no alterar todavía más el día de su anfitriona... Una decisión fácil de tomar gracias a los gélidos modales de Victoria.

Cuando las ominosas nubes que cubrían el cielo empezaron a descargar contra los gruesos cristales de las ventanas y la lluvia amenazó con convertirse en hielo, Sissi pensó que más le valía regresar a Easton Neston antes de que el camino se pusiera difícil. Rechazó la seca invitación de Victoria de que se quedara a almorzar.

—No quiero entretenerla más, majestad, estoy segura de que preferirá disfrutar de lo que queda del domingo en paz.

Se había equivocado de parte a parte, como bien descubrió Sissi al leer los periódicos a la mañana siguiente. Había ofendido a Victoria en todo: el día escogido para la visita, la hora, la corta duración y los temas de conversación. Sin duda, en ese preciso momento Francisco estaba sentado a su escritorio en Viena escribiéndole una carta exasperada a su esposa y suplicándole una vez más que volviera a la corte antes de que pudiera hacer más daño, tanto en el extranjero como en casa.

Bay, que a todas luces había visto los periódicos, bromeaba mientras cabalgaban por delante del grupo.

—Por lo visto ayer en el castillo de Windsor el ambiente era helador, y no me refiero a la fría lluvia.

Sissi frunció el ceño y miró al frente, pero por una vez no disfrutó del exuberante paisaje inglés. Lo último que le apetecía era que la carga de su deber como emperatriz empañase el tiempo libre en el campo; se suponía que era el lugar donde no la tocaría nada de eso.

Sin embargo, Bay continuó:

—Los periódicos dicen que rechazó no una sino dos invitaciones a cenar de la vieja Victoria. Y que fue a visitar a Su Majestad ayer, de forma bastante inesperada, y la enfureció todavía más al rechazar quedarse para almorzar.

Sissi no replicó, y Bay por fin pareció darse cuenta de que se estaba enfadando.

—Solo bromeaba, Sissi. —La miró, pero ella rehuyó su mirada—. No obstante, hay algo que me desconcierta: en vez de crear semejante escándalo, ¿por qué no se quedó a almorzar y punto? ¿O por qué no la ha correspondido asistiendo a una de las cenas de Estado a las que la invitó?

Sissi se volvió hacia Bay y se preguntó cómo podía explicarlo. ¿Cómo podría nadie entender lo sagrado que consideraba su tiempo lejos de todo eso, lo mucho que había luchado para conseguir esos momentos robados en los que liberarse de las abrumadoras cargas del imperio? Lo mucho que había disfrutado esas últimas semanas comiendo con amigos y sin tener que ceñirse a un protocolo que dictaba desde cómo cortar la carne hasta qué temas tocar, sin el miedo constante a ofender a alguien por desviarse de un guion que se le escapaba y la confundía... Y que, al haber atisbado por fin un rayito de libertad y de felicidad durante esos pocos meses, ansiaba aferrarse a su libertad, a su intimidad, por muy egoísta o grosera que eso la hiciera quedar...

No podía pretender que Bay, Francisco, nadie, lo entendiera. Ni siquiera quería malgastar más tiempo intentando explicarse. No deseaba defender ni justificar sus actos, no allí, y no quería que le pidieran que lo hiciese. De modo que se limitó a contestar:

—Esas cosas me aburren. Si quisiera cenas de Estado, volvería a Viena.

Como era de esperar, Bay no comprendió su profunda exasperación.

—¿Por qué odia tanto Viena?

Sissi suspiró.

—Bay, por favor, no hablemos de eso.

—De acuerdo —dijo él en un tono más alegre—. En fin, dígame de qué debemos hablar, emperatriz.

Y así lo hizo. Pasó horas y horas hablándole de Possenhofen, de Baviera y de su padre. Confesó que, desde que había llegado a Inglaterra y montaba a caballo tal como hacía de pequeña, había soñado con su padre con una

desconcertante regularidad. Había estado recordando el tiempo que pasaban en el picadero con los caballos y en el campo. Se descubrió echándolo de menos como nunca. Le confesó lo mucho que se había deteriorado su relación con su padre. Antaño estuvieron muy unidos por la pasión que compartían por los caballos, pero Sissi había tirado la toalla con su padre tras años de juergas, amoríos y borracheras.

Bay no intentó tranquilizar a Sissi ni la instó a recuperar la compostura y controlar sus emociones, tal como Francisco habría hecho. Ni tampoco le ofreció un consejo sensato ni intentó solucionar el problema por ella, tal como Andrásy habría hecho. No hizo ninguna de esas dos cosas, ni tampoco habló. Se limitó a escucharla y a asentir con la cabeza de vez en cuando. Y después, cuando Sissi acabó de confesarlo todo, Bay se encogió de hombros y cambió de tema. Fue una reacción rara y atípica, pero a ella la reconfortó. Era todo muy sencillo. Bay no quitaba importancia a sus problemas, pero tampoco se regodeaba en ellos. Y ella sabía de alguna manera que todo lo que le había contado permanecería en secreto. Y le resultó atípico y novedoso que su cara no reflejase nada, que no la juzgase. Hizo que quisiera seguir contándole confidencias.

De modo que también le habló de Hungría. Describió la temporada de caza allí y se explayó en lo diferentes que eran los bosques que rodeaban Budapest de las colinas de Northamptonshire. Le contó que en los bosques de Gödöllő a veces los zorros escapaban porque la labor de rastreo por parte de los perros resultaba muy difícil. Le dijo que, más que cercas o setos, saltaban zanjas.

—Tendría que ir a Hungría en la temporada de caza y comprobarlo en persona, Bay —dijo una tarde a finales de primavera—. ¿Le gustaría?

—Si usted está allí, Sissi, me gustaría muchísimo.

Ella retorció las riendas en las manos mientras intentaba contener la sonrisa.

—Pero ¿estoy invitado? —preguntó Bay, que se volvió para mirarla.

—Creo que acabo de invitarlo.

—En ese caso, creo que acabo de aceptar la invitación.



Cuando la primavera dio paso al glorioso verano inglés, Sissi supo que su tiempo en el extranjero estaba llegando a su fin y se enfrentó a la cruda realidad de volver a Viena sintiendo una creciente melancolía. Le aterraba retomar su papel junto a Francisco en las cenas oficiales, charlar de temas

insustanciales con estirados ministros y con cortesanos cotillas. Le aterraba enfrentarse al comportamiento libertino de Rodolfo y a la viciosa prensa vienesa, furiosa con ella por su prolongada ausencia. Estaba tan nerviosa que ni siquiera el tiempo que pasaba en la silla de montar, rodeada por preciosas colinas verdes, conseguía levantarle el ánimo.

Bay, dándose cuenta de su desdicha, le propuso que organizara una gran celebración antes de su marcha, algo que esperara con ilusión.

—Debería organizar una carrera de obstáculos. —Como Sissi no replicó, siguió—: Easton Neston tiene terreno suficiente para preparar la ruta.

—¿Una carrera de obstáculos? —Sissi salió de su triste ensimismamiento y se volvió hacia Bay.

—Sí. Con jinetes, un premio y diversión en el prado. Invite a todas las personas que ha conocido en Inglaterra. Podría entregar una copa al ganador.

—Pero no tengo ni idea de cómo trazar una ruta para una carrera de obstáculos.

—Yo la ayudaré —dijo Bay—. Será muy divertido.

De ese modo, con el apoyo entusiasta de Bay y la inestimable ayuda de lord Spencer, Sissi declaró su intención de organizar lo que llamó la Carrera de Obstáculos de Grafton Hunt. A medida que se acercaba el día de su marcha, trazaron la ruta de la carrera en los terrenos de Easton Neston y Sissi invitó a toda la población de Northamptonshire.

Tras una semana de niebla y lluvia, esa mañana amaneció despejada. Era el día perfecto para una carrera de caballos y una fiesta al aire libre. Sissi ordenó que montaran una carpa en el jardín, y allí, a la sombra, se sirvió champán para todos los asistentes. Había dejado la invitación abierta, y muchos de los que habían participado con ella en las cacerías o que trabajaban en las casas solariegas cercanas se presentaron en la propiedad. Mientras Sissi los recibía, el pelo recogido en una ligera corona de trenzas y el cuerpo envuelto en un vaporoso vestido de seda lila, se dio cuenta de la cantidad de caras que conocía. Todos los visitantes le expresaron el aprecio que le tenían y le agradecieron que hubiera honrado a su condado con su prolongada estancia.

—Soy yo quien debe agradecerles a todos el haberme recibido con los brazos abiertos —dijo Sissi, algo que repitió mucho a lo largo del día.

María Larisch no dejaba de reír con lord y lady Spencer, los tenía encandilados a ambos con sus preguntas acerca de la moda y las tradiciones inglesas. Valeria sonreía a los invitados y aplaudía con alegría mientras observaba cómo preparaban los caballos para la carrera. Se sacaron y se

abrieron más botellas de champán, y mientras Sissi miraba alrededor supo que la fiesta era un éxito absoluto. Pero el punto álgido del día llegó cuando la multitud se congregó a lo largo de la ruta de la carrera de obstáculos. Bay, que montaba a su purasangre Musketeer, tomó la delantera tras el último salto y ganó con bastante ventaja. Sissi fue incapaz de contener la sonrisa cuando se reunió con ella en el estrado —construido especialmente para ese día— a fin de recibir el trofeo de sus manos. La multitud aplaudió y vitoreó, coreó su nombre y el de Bay. La ovación fue tal que Sissi estaba segura de que solo Bay pudo oírla cuando se inclinó hacia él y dijo:

—No quería que nadie más ganara, Bay.

Él no tuvo que pensar su réplica.

—Emperatriz, he conseguido una invitación para ir a verla en Hungría este otoño. Ya he ganado.

IX

Nuestros sueños son más bellos cuando no se hacen realidad.

EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA-HUNGRÍA

Capítulo 9

*Palacio de Gödöllő
Otoño de 1876*

Francisco le hizo la pregunta a Sissi durante el desayuno el día que esperaban la llegada de Bay a Hungría.

—Ese capitán Middleton es un plebeyo. Y además soltero. Le gustará alojarse en una de las casitas independientes, ¿verdad?

En el exterior el día era soleado y fresco, y en la suave brisa flotaba un leve aroma a otoño. «Un día perfecto para viajar», pensó Sissi, cuyo ánimo era tan alegre y luminoso como el día.

En el interior del palacio de Gödöllő, el séquito imperial realizaba las tareas cotidianas con tanta eficiencia como cualquier otro día, y la numerosa servidumbre preparaba las habitaciones de los invitados y aireaba las casitas para los huéspedes. Solo Sissi parecía pensar que era un día distinto de los demás debido a la llegada de Bay, de lord Spencer y del resto de los invitados. ¿Le gustaría Gödöllő a Bay? ¿Cómo sería cabalgar con él en Hungría, un lugar tan diferente de Northamptonshire?

—¿Y bien? ¿Qué opinas? —Francisco interrumpió las ensoñaciones de su esposa desde el otro extremo de la mesa dispuesta con el desayuno, consistente en salchichas, fruta hervida y delicados hojaldres—. ¿Satisfará una de las casitas a tu alabado oficial de caballería? No creo que sea apropiado que duerma en el castillo siendo el único plebeyo del grupo, si a ti te parece bien.

Sissi asintió de forma ausente.

—Desde luego, sí. Bay, el capitán Middleton, estará encantado en una de las casitas para invitados. —Miró de nuevo la mesa y siguió bebiendo despacio la leche. Se abstuvo de probar bocado; los nervios le habían robado el apetito.

Estaba claro que Francisco pensaba en Bay como en un mozo de cuadras o un instructor de hípica. Puesto que llevaba a rajatabla el protocolo que gobernaba el trato entre las distintas clases sociales, no entendía que un

hombre de origen humilde tuviera una relación tan estrecha con personas como lord Spencer, o más sorprendentemente con la emperatriz de Austria-Hungría, a menos que se relacionara con ellos como lo haría un sirviente.

Era una ventaja que Francisco viera las cosas así, se había recordado Sissi cuando él expresó su confusión por el hecho de que hubiera invitado a Bay a las jornadas de caza. Esa actitud evitaba que sintiera el menor atisbo de celos mientras ella alababa las habilidades de Bay como jinete e insistía en que el oficial visitara Gödöllő. Por más confundido que se sintiera, Francisco jamás albergaría el menor asomo de duda cuando se enterara de que su esposa, una emperatriz, pasaba tanto tiempo con alguien equiparable a un sirviente. En el mejor de los casos, Francisco pensaría en Bay como en un instructor de hípica bien posicionado.

Pero si Bay no había sido ni su asistente ni su instructor, ¿qué había sido? No estaba segura de poder responder esa pregunta, ni siquiera en su fuero interno. Las emperatrices no tenían amigos —mucho menos del sexo masculino— con los que salir a cabalgar sin acompañante ni lacayo. De modo que si no había sido un amigo, y no formaba parte de su séquito, y tampoco era un asistente, ¿qué era Bay Middleton?

Bay estaba al margen del mundo de Sissi, donde todos sabían qué lugar ocupaban y entendían las reglas que dictaban las relaciones entre unos y otros. Fue bonito, agradable incluso, vivir durante una temporada al margen de ese mundo, en el relajado ambiente de la campiña inglesa, donde fue la señora de su hogar sin tener que responder ante Francisco ni ante la corte. Pero no sabía cómo sería su relación con Bay en ese nuevo contexto, en el hogar imperial. Lo único que sabía era que estaba ansiosa por verlo de nuevo y que sentía mariposas en el estómago por la emoción de su llegada.

—Ah, esto te va a gustar —dijo Francisco abriendo el periódico matinal, lo que devolvió a Sissi a la realidad de la mesa del desayuno—. El último éxito de Luis.

—¿Mmm? —Sissi se inclinó hacia delante para ojear el periódico.

Francisco leyó en voz alta:

—«La nueva obra maestra de Richard Wagner, la ópera *El anillo del nibelungo*, se ha estrenado con el elogio del público y de la crítica en Bayreuth, Baviera, en un nuevo teatro construido gracias a la generosidad y al mecenazgo del rey Luis de Baviera. De hecho, el monarca se ha implicado tanto, que hasta su caballo se exhibió en la obra, apareciendo en el escenario para deleite de los presentes».

Sissi masculló:

—Por supuesto, ahora que la ópera de Wagner ha sido un éxito arrollador, todo el mundo se apresura a ensalzar al rey Luis, pero hace solo unos meses lo criticaban por ser un derrochador y un excéntrico.

Francisco bebió un sorbo de café sin apartar la vista del periódico.

—Bueno, debo reconocer que el hombre entiende de óperas y de castillos. Aunque no esté de acuerdo con los millones que se ha gastado en ellos. —Dejó la taza en el plato y cogió un rollito de hojaldre—. Pero claro, a mí también me critican por lo mucho que gasto en tus caballos y en tus viajes al extranjero.

Sissi se puso de uñas al oírlo y le dirigió una mirada cortante. Aunque ella acababa de defender a Luis, no le gustaba la comparación que su marido había hecho entre ella y su primo. Desde luego que los periódicos austríacos la habían criticado duramente por sus viajes al extranjero y por el dinero que habían costado. Pero ella gastaba una fracción de lo que Luis invertía en sus caprichos. Respiró hondo, preparada para defenderse, pero acto seguido soltó un suspiro y barrió su enfado a un lado. Bay y Spencer llegarían en cuestión de horas, tenía por delante las jornadas de caza por las llanuras húngaras y la compañía de ambos, no estaba dispuesta a que le arruinasen el buen humor esa mañana. Mucho menos por una discusión con Francisco.



Sissi se encontraba entre Francisco y sus damas de compañía, preparada para dar la bienvenida a sus invitados; oía las risillas de la condesa Larisch, pero ella mantenía la expresión serena propia de una reina. Una procesión de carruajes llegó con los invitados hasta el palacio de Gödöllő, a tiempo para cenar esa noche; al día siguiente comenzarían oficialmente las jornadas de caza, que se prolongarían durante varias semanas. Nicky Esterházy fue el primero, acompañado por un jovial amigo llamado Rudi Liechtenstein, un enamorado de los caballos, al igual que Esterházy y la emperatriz.

—Bueno, entonces ha venido al lugar adecuado —dijo Sissi, que saludó afectuosamente al recién llegado.

—Me alegro de verla de nuevo. —Esterházy le guiñó un ojo mientras se colocaba delante de su amigo para hacerle una reverencia a Sissi.

—Lo mismo digo, Nicky.

El siguiente en llegar fue Rodolfo, demacrado y pálido después de haber pasado lo que habían debido de ser unos días desenfrenados en la cercana Budapest. Sissi oyó a Francisco suspirar a su lado cuando vio acercarse a su hijo y se percató de su aspecto desarreglado y de los ojos cansados e

inyectados de sangre.

—Padre, hola.

—Hijo. —Francisco miró a ese joven que no se parecía en absoluto a él, ya que había heredado la complexión y el color de ojos y de pelo de Sissi.

—Madre, me alegro de verte —dijo Rodolfo mirando a Sissi con indiferencia.

—Hola, cariño. Déjame que vea a mi muchacho. —Sissi lo miró de arriba abajo y se percató de dos cosas. La primera era que llevaba la capa militar encima de los pantalones azul marino del uniforme de infantería, un desafío directo a su padre, que siempre lucía los pantalones rojos de sus días en la caballería y que había visto desdeñados sus ruegos de que su hijo siguiera sus pasos. La segunda, que Francisco, al reparar en la burla, frunció el ceño y no pareció muy contento de saludar a su hijo y heredero—. Me alegro de verte, Rodolfo. —Se obligó a sonreír, consciente de la tensión que reinaría en el palacio entre padre e hijo. Deseó mantenerse alejada de ellos todo lo posible y distanciar a Bay por completo.

—Bueno, ¿quién es el tal Middleton? —preguntó Rodolfo—. Me alegra recibir a un inglés, pero ¿no debería venir el príncipe de Gales y no un oficialucho?

Sissi pasó por alto el comentario y su hijo siguió avanzando por la línea de recepción, si bien se percató con el rabillo del ojo que se demoraba más de la cuenta delante de María Larisch.

Por fin llegó a las puertas del palacio el carruaje en el que viajaban lord Spencer y Bay. Mientras los caballos se detenían, Sissi se saltó el protocolo y se adelantó para saludar a los últimos invitados.

—¡Bay! —exclamó, consciente de que casi había gritado el nombre con adoración de tanto como la alegraba el hecho de volver a pronunciarlo.

Si el emperador se percató de ese tono tan familiar, no lo demostró. Al contrario, recibió a los dos ingleses con una sonrisa formal y cortés, tras lo cual les preguntó si habían tenido un buen viaje y les dio la bienvenida al palacio de Gödöllő.

Rodolfo, al contrario, recibió a los invitados de su madre con gesto tenso y serio.

—Lord Spencer, es un placer tenerlo aquí. Bienvenido. Capitán Middleton...

Sissi pensó que Bay sin duda había percibido la hostilidad en la voz de su hijo y se removió incómoda mientras ambos se miraban.

—Príncipe heredero Rodolfo, es un honor conocerlo. —Bay hizo una

breve reverencia.

—Hemos oído hablar muchísimo de usted —añadió Rodolfo—. El plebeyo que monta mejor que los aristócratas ingleses. Y yo me pregunto, ¿en qué lugar deja eso a la aristocracia inglesa?

Bay hizo caso omiso del comentario y se volvió hacia Sissi con su deslumbrante sonrisa.

—Por Dios, qué alegría volver a verla.

Sissi sonrió y sintió que su hijo se tensaba a su lado lleno de furia.



El día siguiente marcaba el comienzo de las jornadas de caza. El grupo montaría después del almuerzo y recorrería a caballo los prados y los bosques cercanos al palacio. Aunque su número no se acercaba ni de lejos al de las partidas de caza que se reunían en Northamptonshire, eran bastantes: Sissi y María Larisch; Francisco y Rodolfo; Nicky y Rudi Liechtenstein; y, por supuesto, Spencer y Bay.

Era una suave tarde de septiembre, y Bay afirmó que estaba disfrutando muchísimo, pero Sissi no pudo sino admitir en su fuero interno que al día le faltaba algo. Era monótono, poco excitante comparado con la velocidad suicida y los emocionantes obstáculos de las jornadas de caza inglesas. Con Francisco presente, no fue Bay quien la ayudó a montar y a desmontar, y echó de menos la descarga de alegría de esos momentos por efímeros que fueran. A causa de la densidad de los bosques, los perros fueron incapaces de captar un rastro concreto durante un buen rato y los caballos no pudieron galopar en condiciones. En consecuencia, el grupo de jinetes permaneció unido todo el día; los más diestros no pudieron ponerse a la cabeza y aumentar la distancia con los demás. Siendo tan pocos jinetes, el hecho de estar juntos en todo momento acabó siendo un agobio.

Así pues, Sissi no pudo pasar tiempo a solas con Bay. Rodolfo, que había bebido demasiado vino en el almuerzo y también durante la cena de la noche anterior, no se manejaba bien en la silla y culpaba a su caballo, al que insultaba con el aliento cargado de alcohol y golpeaba repetidamente con las espuelas. Nicky no se alejó en ningún momento del lado de Sissi, como una sombra celosa, renuente a que lo apartaran, y solo habló en húngaro, idioma que sabía que Bay y Spencer no entendían.

Esa noche tampoco disfrutaron de la despreocupada camaradería que Sissi había experimentado en Northamptonshire. La noche comenzó con el *Feuersitzung*, o «encuentro hogareño», ritual en que los presentes tomaban

asiento en torno al emperador y esperaban hasta que Francisco José les dirigía una palabra o saludo. Nadie podía hablar a menos que el emperador se dirigiera expresamente a él. Durante la ceremonia, en un momento dado, Sissi miró a los ojos a Bay con la esperanza de que captara su disculpa por ese día rígido y tedioso.

La cena no mejoró mucho las cosas. Sissi deseaba oír de nuevo las risas de Spencer y de Bay tomándose el pelo y bromeando con familiaridad, e intentó enzarzarlos en una conversación para recordar los días que pasaron juntos en Northamptonshire, pero ambos parecían cohibidos por la formalidad del entorno y por tantas reglas incomprensibles y extrañas. Rodolfo estaba de mal humor y se pasó toda la cena mirando a Bay con gesto ceñudo. Nicky dominó la conversación hablando, o más bien jactándose, de sus pasadas temporadas de caza en Hungría con Sissi. Era él, más que Rodolfo, quien presentía que Bay gozaba de la estima de la emperatriz, y ella comprendió que, mientras Nicky estuviera cerca, no dispondría de la menor oportunidad de disfrutar de la compañía de Bay.



—Necesito que me hagas un favor —dijo Sissi a María Larisch mientras se arreglaba para la cena al día siguiente con la esperanza de que la tercera noche resultara menos desagradable que las dos previas. Había enviado a María y a Ida con sendos recados a la habitación de Valeria a fin de que abandonaran su dormitorio y ella pudiera quedarse a solas con María Larisch. Sabía que sus otras dos damas de compañía jamás aprobarían esa conversación.

—¿Un favor? ¿De qué se trata, emperatriz? —María examinaba su apariencia delante del espejo de cuerpo entero.

—Quiero que esta noche conquistes a Nicky Esterházy.

María Larisch la miró con una ceja enarcada, cogió un collar de perlas del tocador de Sissi y empezó a jugar con él.

—¿Por qué?

—Oh, no sé. Me resulta pesado. Necesito un descanso.

—Creo que sé por qué —replicó la condesa en tono cómplice y con una sonrisa pícara.

—¿Ah, sí? —Sissi se enderezó en la silla, alentando la actitud traviesa de la muchacha—. ¿Y qué crees saber?

—Creo que quiere pasar más tiempo con Bay Middleton el Valiente. —La condesa soltó una risita tonta y Sissi miró hacia la puerta para asegurarse de

que Ida y María no habían vuelto. Después miró de nuevo a la muchacha, disfrutando de ese momento de frivolidad y despreocupación—. Emperatriz, lo veo cada vez que él entra en una habitación. —Se inclinó hacia Sissi y, rompiendo el protocolo, le cubrió una mano con una de las suyas.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó Sissi, que decidió pasar por alto la familiaridad de su dama de compañía. Por una vez era agradable hablar con sinceridad.

—¡Vaya, emperatriz, pues que resplandece siempre que Bay está presente!

Sissi asimiló las palabras de la condesa y se dio cuenta de que encendían una llamita, pequeña pero poderosa, en sus entrañas.

—Tal vez me apetezca pasar un poco de tiempo con Bay —admitió en voz baja.

María Larisch sonrió y sus ojos adquirieron un brillo alegre, emocionada por la conspiración.

—En ese caso, la ayudaré a conseguirlo.

—¿No te importa? —preguntó Sissi—. ¿Distraer un rato a Nicky?

La condesa negó con la cabeza, sin soltar las perlas de Sissi.

—En absoluto. Nicky es muy guapo. Aunque yo esté casada... —dijo justo antes de fruncir el ceño, pero la alegría regresó enseguida a su expresión —, eso no significa que no pueda enamorarme, siempre y cuando sea por poco tiempo.

Sissi asintió con la cabeza.

—Bueno, pues en ese caso —dijo—, gracias.

—Lo que necesite, Majestad Imperial.

La condesa le dio un apretón en la mano y luego acercó las perlas al cuello de la emperatriz para ver el efecto. Sissi recordó en ese momento las recientes palabras de queja de María Festetics, cuando la presionó para que le explicara por qué tanto ella como Ida detestaban a la condesa Larisch. Ida se negó a responder, pero María a la postre claudicó: «Tengo la sensación de que no es sincera. De que tiene talento para actuar».

Pero ¿no era precisamente eso lo que Sissi necesitaba de ella en ese momento?



Gracias al encanto de María Larisch y a la confabulación con ella, esa noche fue algo más divertida. Tras la cena, Francisco entabló conversación con Spencer y Rudi Liechtenstein, y los tres se dedicaron a comparar las políticas

inglesas y austrohúngaras. Ida y María Festetics intentaron animar a Rodolfo, que seguía malhumorado, invitándolo a jugar una partida de cartas. Siguiendo las indicaciones de Sissi, la condesa Larisch, en todo momento al lado de Nicky Esterházy, suplicó al apuesto aristócrata que la acompañara a tocar duetos al piano y no dejó de avasallarlo a preguntas y halagos.

Poco a poco, a lo largo de la noche, Sissi y Bay se fueron alejando en dirección a los sillones emplazados delante de un ventanal, donde por fin se sentaron, un tanto alejados del resto del grupo; María Larisch les otorgaba un agradable parapeto con su música al piano y su canto. Sissi respiró despacio. Era un tremendo alivio estar de nuevo al lado de Bay. En cierto modo los últimos días le habían resultado más difíciles que los meses pasados desde su vuelta de Inglaterra. Tener a Bay tan cerca y no poder disfrutar de la armonía relajada e inocente que se había establecido entre ellos previamente había sido un calvario.

No obstante, debía ser cauta y no parecer ansiosa. Aunque no estaban hablando, el magnetismo existente entre ellos era evidente, y Sissi lo sabía. María Larisch lo había percibido. Ida y María Festetics, también. «Tenga cuidado, se lo ruego, Majestad Imperial», le había susurrado María ese mismo día al percatarse de su entusiasmo ante la llegada de Bay para el almuerzo.

—María, ¿a qué te referías cuando me advertiste de que tuviera cuidado durante el almuerzo? —le preguntó después Sissi, un tanto molesta todavía.

—No pretendía ofenderla. Yo solo... solo deseo lo mejor para Su Majestad Imperial. —No era una respuesta tan clara como la de María Larisch, pero el mensaje era el mismo. «Resplandece siempre que Bay está presente.»

La actitud malhumorada de Rodolfo indicaba que él también se había percatado. La insistencia de Nicky en mantenerse a su lado en todo momento significaba a buen seguro que también lo sabía. Al parecer, el único que no se había enterado de la atracción entre ellos era Francisco.

—¿Qué opina de todo esto? —preguntó Sissi, que mantuvo una expresión serena y habló en voz baja. Por lo menos, quería hablar con Bay a solas.

Bay sopesó la pregunta antes de responder.

—Desde luego es distinto... de Easton Neston. Ahora entiendo lo que decía.

Sissi contuvo a duras penas una carcajada.

—Sí que lo es.

—Doblar todas las servilletas de la mesa de una forma tan complicada, como si fuera un asunto de Estado... ¡Y que solo haya dos personas que

conozcan las indicaciones exactas para doblarlas! —Bay se refería al secreto de los «dobletes imperiales» de la mantelería de los Habsburgo, detalle en el que se había fijado durante la cena de esa noche—. Cada vez que me siento a la mesa y desdoble la servilleta tengo la sensación de que estoy haciendo un daño irreparable.

—Pues si esto le sorprende, debería ver cómo es en Viena. En comparación, el ambiente aquí es distendido.

—Tiemblo al pensar que esto pueda ser distendido.

—El *Feuersitzung* es, en mi opinión, lo peor de todo.

—¿El qué?

—Ese ridículo ritual que tiene lugar al comienzo de la noche —le explicó Sissi—. Cuando Francisco se sienta y todos debemos rodearlo para charlar con él de uno en uno. Es tan... artificial.

—Pues a mí esa parte de la noche no me molesta. —Bay se inclinó hacia ella con una sonrisa enigmática.

—¿En serio? —Sissi se removió en la silla. Algo en la mirada de Bay la instó a echar un vistazo en torno para asegurarse de que nadie los estaba observando. Satisfecha, miró de nuevo a Bay—. ¿Y por qué?

—Porque aprovecho ese momento para mirarla. Aunque parezca aburrida e infeliz, la encuentro más arrebatadora que de costumbre. —Bay hizo una pausa y la miró con intensidad. Sissi deseó estar con él a solas. Deseó que se acercara más y la besara. Cuando él habló de nuevo, lo hizo en voz baja para que solo ella pudiera oírlo—: Podría pasarme la vida mirándola.

Al día siguiente lord Spencer se quedó en la cama, aquejado de un principio de resfriado, y Francisco y Rodolfo decidieron no salir a montar; el primero por trabajo y el segundo porque tenía dolor de cabeza. Cuando el reducido grupo se dispuso a preparar los caballos para comenzar la jornada, Sissi le pidió a Bay que la ayudara a montar y pasó por alto las protestas de Nicky.

Era una mañana gris y ventosa. María Larisch, aún entregada al encargo imperial, nada más empezar colocó su caballo junto al de Nicky. Uno de los perros captó un rastro, echó a correr y los caballos lo siguieron. Aunque ni Sissi ni Bay lo habían planeado, de repente se descubrieron solos en el bosque.

Cabalgaron codo con codo sumidos en un silencio inusual. Sissi disfrutó de ese momento robado con él. Quería reír, bromear y sentir ese calor tan familiar que le provocaba la compañía de Bay. Pero saber que los otros pronto les darían alcance consiguió desanimarla y evitó que sintiera que tenía a Bay

solo para ella. Se sumió en un estado de reflexión melancólico e inquieto.

Bay fue el primero en hablar.

—Está... está muy distinta aquí.

Sissi meditó al respecto. Al final acabó asintiendo con la cabeza.

—Menos relajada —añadió Bay mirándola de reojo.

Sissi sintió un nudo en el estómago. Era un hombre realmente apuesto. La chaqueta roja aportaba un brillo de color entre los tonos marrones del bosque otoñal húngaro.

En ese momento sus caballos se detuvieron al unísono, como si algo los hubiera sobresaltado, y Sissi aferró con fuerza las riendas. ¿Se habrían topado con una de esas manadas de perros salvajes que aterrorizaban a los criados y a los campesinos de la zona? Pero no, no era una manada de perros. En la distancia, medio ocultas por las sombras, había dos figuras abrazadas y apoyadas en el tronco de un árbol. Sissi entrecerró los ojos y sintió que se ponía pálida mientras trataba de distinguir qué estaba viendo exactamente. Las ramas y los arbustos dificultaban la vista, pero Sissi distinguió un sonido familiar. La risilla de una muchacha muy joven. Al cabo de un minuto, la risilla se convirtió en gemido. Sissi se puso tensa; a pesar de la enorme distancia estaba segura de que había reconocido a la más alta de las dos figuras. Nicky se había quitado la chaqueta de montar. Oyeron otro sonido, el gemido ronco de un hombre. Y después el oscuro pelo de la dama quedó oculto por el espeso arbusto.

—Por aquí —susurró Bay al tiempo que dirigía su caballo y el de Sissi hacia un lado; su rápida reacción indicaba que él también había visto lo que pasaba.

Antes de que los otros pudieran percatarse de su presencia y de que Sissi fuera consciente de lo que sucedía, Bay instó a los caballos a alejarse al trote hacia una pequeña arboleda situada a cierta distancia. Los dos amantes siguieron con su encuentro, ignorantes de que habían sido descubiertos y sin que los interrumpieran.



Esa noche, Esterházy anunció, sin explicación alguna, que acortaba su visita y su participación en las jornadas de caza, pues partiría al día siguiente. Sissi se percató de que la condesa Larisch se puso pálida, bajó la mirada y apretó los labios, tras lo cual se sumió en un silencio poco habitual en ella durante el resto de la velada.

Sissi ni protestó ni trató de convencer a Nicky de que reconsiderara su

temprana marcha. Quería que se marchara. No sabía exactamente qué había sucedido entre su dama de compañía y el aristócrata en el bosque, pero, fuera lo que fuese, ella se sentía culpable en cierto modo. Había pedido a María que flirteara con Nicky, que lo distrajera y lo cautivara. Pero sabía que María era una coqueta sin remedio y que Nicky, siendo soltero, estaba a punto de volverse loco por sus infructuosos intentos de conseguir la atención de Sissi. La emperatriz se sentía fatal porque sabía que había empujado a María a los brazos de Nicky.

Se pasó en la cama prácticamente todo el día siguiente, abrumada por la culpa, y solo salió de sus aposentos para hacer una breve visita a Valeria en la habitación de la niña. Evitó a la condesa Larisch porque temía preguntarle qué había sucedido. O peor, porque temía tener que disculparse por haber llevado a la muchacha a pensar que lo que había hecho estaba bien. Evitó a Bay porque le pareció avergonzado cuando descubrieron el ilícito encuentro. No obstante, María recuperó su talante alegre y despreocupado en cuestión de días, y Sissi decidió que el daño no debía de haber sido muy grande.

El ambiente se aligeró una vez que Esterházy se marchó, y a lo largo de los siguientes días Sissi y Bay cabalgaron a solas en unas cuantas ocasiones. Por primera vez desde que el capitán había llegado a Gödöllő, Sissi se descubrió disfrutando de su compañía. Pasaban horas juntos galopando por los campos y saltando zanjas a una velocidad de vértigo. Cuando se cansaban, dejaban que los caballos avanzaran a placer; a Sissi le gustaba esa sensación de cansancio mientras contemplaba los tonos rojizos y dorados del otoño, disfrutaba de la actitud relajada y desinhibida de Bay, que le describía su forma de montar y los retos que presentaba la campiña húngara en comparación con la campiña inglesa. Allí, separados del palacio por los campos de labor y los bosques, Sissi descubrió al antiguo Bay, y él descubrió a la antigua Sissi.

Su único motivo de tristeza era lo rápido que pasaban los días. Temía el momento en el que el sol comenzaba a descender por el horizonte todas las tardes. Era consciente de que al final de la jornada tardaban más de la cuenta en regresar al palacio, permitían que los caballos avanzaran tan despacio como querían de vuelta al establo. Cuando Bay la ayudaba a desmontar, se demoraban más de lo necesario. Y noche tras noche se preguntaba si iba a besarla. Y qué haría si lo hacía. Allí, en su hogar, con su marido y su hijo esperándolos a la mesa del comedor. ¿Sería capaz de resistirse a Bay si él por fin hacía lo que ella ansiaba que hiciera?

Sin embargo, Bay no la obligó a tomar esa decisión, porque no la besó. Y

tampoco le dijo que deseara hacerlo. Lo que hacía era mirarla con una intensidad y un deseo que conseguían que se ruborizara más de lo que lo haría cualquier beso. No necesitaba que él expresara con palabras que la deseaba; sus ojos claros se lo decían abiertamente. Y parecían mirarla con un deseo mayor cada día que pasaba. Sissi no sabía cuánto tiempo podrían continuar así antes de que los descubrieran. Pero ¿qué iban a descubrir? ¿Acaso estaban haciendo algo malo?

Tras varias semanas así, Bay comentó una noche durante la cena que no podía irse de allí sin visitar Budapest. Anunció que al día siguiente iría a la capital. Sissi se enfurruñó al oírlo, la decepcionaba que Bay hubiera trazado ese plan sin consultarlo con ella. Solo le quedaban unos pocos días más en Hungría, ¿y prefería pasar aunque solo fuera una hora sin su compañía? Pero Bay se mostró firme, tanto que Sissi se preguntó si había algo que no le estaba contando. Lo único que dijo cuando ella le preguntó fue que había oído maravillas sobre la capital húngara y que simplemente tenía que verla.

Francisco se congratuló sinceramente del plan de Bay; tal vez estaba ya cansado de tener tantos invitados en casa. Sissi solo logró que Bay aceptara que su secretario, el barón Nopcsa, lo acompañara. El barón le serviría de guía y de intérprete en la ciudad extranjera. Pero en la insistencia de Sissi había también una intención oculta. No podía negar que a la vuelta deseaba un informe completo de su secretario para saber qué había estado haciendo Bay y a quién había visto.

Cuando llegó el momento de despedir a Bay, sintió una tristeza que la asustó. Si tanto temía despedirse de él por un día y una noche que iba a pasar en una ciudad cercana, ¿cómo se enfrentaría a su inminente marcha a Inglaterra?

Puesto que no quería cabalgar sin Bay, se pasó toda la mañana con Valeria y aceptó el escaso consuelo que le reportaba la compañía de su hija. Esa tarde, tras haberse arreglado con tanto esmero como para un baile, cuando la hora del regreso de los caballeros estaba próxima, se colocó en la puerta principal dispuesta para recibirlos. Pero cuál no sería su consternación cuando vio que el único que se apeaba del carruaje era el barón Nopcsa.

—¿Dónde está Bay... el capitán Middleton? —le preguntó a su secretario. El refinado caballero llevaba la ropa arrugada y el pelo despeinado.

—Majestad Imperial. —El barón se encogió de hombros y frunció el ceño con gesto cansado y pesaroso—. Ojalá lo supiera. Perdí al capitán Middleton casi tan pronto como llegamos a la ciudad. Fue como si estuviera tratando de librarse de mi compañía.

Tras interrogarlo más a fondo, el barón Nopcsa contestó que Bay se había mostrado firme en su decisión de que necesitaba pasar unas horas a solas y de que se reuniría con él esa noche en el casino. Sin embargo, cuando el barón Nopcsa se presentó allí a la hora acordada no había ni rastro de Bay Middleton. El barón lo esperó hasta la hora del cierre, pero Bay no se presentó.

Una vez de vuelta en el hotel donde habían reservado habitaciones, el barón tampoco encontró ni rastro de Bay. Tras enterarse, gracias al personal del hotel, de que el capitán no había regresado en ningún momento, el barón se permitió descansar unas horas y después, a pie, retomó la búsqueda del desaparecido inglés.

Pasó la mañana recorriendo las cafeterías de la ciudad y otros hoteles, incluso regresó al casino, pero no lo encontró. No queriendo alterar los planes que había acordado con el emperador y la emperatriz, decidió volver a Gödöllő para informar del extraño caso y ver qué más podía hacerse para encontrarlo.

—Barón, parece que ha hecho todo lo que estaba en su mano —afirmó Francisco, que se encogió de hombros para indicar que no comprendía la forma de actuar de los mozos de cuadra—. Tendremos que limitarnos a esperar el regreso del hijo pródigo.

Llegó la noche y Bay seguía sin aparecer y sin enviar noticias de su paradero. La condesa Larisch amenizó las horas con su alegre cháchara, riéndose con Rodolfo sobre los lugares en los que Bay podía haber desaparecido.

—Tal vez se haya ahogado en los baños Széchenyi —dijo la muchacha—. ¿Y si se ha tropezado en la colina del castillo de Buda y se ha caído al Danubio? No, no, solo es una broma.

Rodolfo se inclinó hacia delante, le dio un pellizco a la condesa en el brazo y le dijo en voz bastante alta para que Sissi lo oyera:

—Estoy seguro de que no hay motivos para preocuparse. Seguro que Bay el Valiente está disfrutando a placer, con total felicidad, mientras monta las famosas yeguas purasangre de la capital.

—¡Ya está bien! —Sissi silenció a la pareja con la furia de su mirada. Se retiró a sus aposentos, enfadada.

Al día siguiente, cuando se despertó, fue en busca del barón, que le informó de que seguían sin noticias de Budapest. Fue entonces cuando la ira se transformó en miedo. ¿Y si a Bay le había pasado algo horrible?

Al día siguiente Andrásy llegó para reunirse con Francisco, tal como

habían acordado previamente. Sissi lo vio un instante e intercambiaron unas palabras cordiales. Él se interesó por las jornadas de caza. Ella, por sus días en Viena. Le pareció que tenía más arrugas y que en su pelo oscuro había algunas vetas plateadas. Sin embargo, sus ojos negros la miraron con una sonrisa amable e impactante, y se preguntó si la edad no habría aumentado su atractivo. Porque, desde luego, parecía mucho más distinguido.

Mientras lo observaba, Sissi fue consciente de que sentía algo en lo más hondo de su ser, las llamas de las más remotas y persistentes brasas se animaron y le recordaron que el fuego que existía entre ellos no se había extinguido. Tal vez jamás lo hiciera. ¿Estaba condenada a sentir hasta el día de su muerte ese amor tan profundo e incansable por Gyula Andrásy como un dolor que podía olvidar pero del que jamás se curaría? Sin embargo, la presencia de Andrásy no la absorbió como lo habría hecho en otro momento debido a su preocupación por la prolongada e inexplicable ausencia de Bay. Tal vez su dilema con el capitán fuera una especie de bendición, pues le ofrecía algo en lo que concentrarse mientras Andrásy se hallaba en el mismo palacio que ella, encargándose de sus obligaciones para con el imperio o sentado en el gabinete privado de su marido, el hombre a quien servía con tanta determinación.

Por fin, después del almuerzo, llegó un telegrama de la policía de Budapest. El mensaje decía que un tal capitán Middleton se encontraba detenido en el cuartel de la policía de la capital húngara. El jefe de la policía se disculpaba por molestar a Sus Majestades Imperiales y les hacía saber que el tal Middleton insistía en que era un invitado de Sus Majestades y que se le esperaba de vuelta en el palacio de Gödöllő. Tras pensarlo a fondo, había decidido que era mejor enviar un mensaje acerca del paradero de Middleton por si acaso era cierto que Sus Majestades Imperiales esperaban el regreso del gallardo inglés. Francisco respondió de inmediato asegurándole al jefe de policía que el capitán decía la verdad y que, efectivamente, era su invitado. El policía contestó informándoles de que el inglés estaba bien, pero sin dinero, puesto que cierta dama lo había desplumado después de contratar sus servicios en una casa de mala reputación.

Francisco estalló en carcajadas, escandalizado, cuando leyó el telegrama durante el almuerzo. Andrásy, al percatarse de la palidez de Sissi, bajó la mirada y permaneció en un discreto silencio. Al ver que Francisco seguía riéndose, la furia de Sissi aumentó hasta dejarla al borde de un espantoso despliegue emocional. Dicha furia estaba compuesta por una oleada de emociones igual de violentas: indignación, sorpresa, vergüenza. ¿Y qué más?

¿Celos? Sí, sentía unos celos enloquecedores. Pero se obligó a concentrarse en la furia y en la indignación.

—¿Cómo se atreve? —preguntó. La sangre le corría por las venas a toda velocidad, y empujó el plato del almuerzo asqueada. Necesitaba una excusa para levantarse de la mesa.

—Vamos, Isabel —replicó Francisco, que se limpió las lágrimas y miró de nuevo el repugnante telegrama—. ¿No se te había ocurrido que un joven soltero querría buscar un poco de diversión durante su viaje a Hungría?

—Pero él... —Y al percatarse de que los dos hombres, su marido y Andrásy, aguardaban sus siguientes palabras, balbució—: ¡Nos ha dejado en mal lugar!

—Es un oficial de caballería y un mozo de cuadras. —Francisco se encogió de hombros—. ¿Qué esperabas?

Sissi sopesó la pregunta en silencio, pero acabó poniéndose en pie y disculpándose.

—Un repentino dolor de cabeza —murmuró mientras salía del comedor sin mirar a Andrásy.

Salió del palacio y caminó sola hacia los prados a paso vivo. Francisco tenía razón, supuso. ¿Qué esperaba?

X

*Hotel Beau Rivage, Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898*

No se lleva una sorpresa al ver lo grandioso que es el edificio. El hotel Beau Rivage. Por supuesto, ella ha escogido el hotel más lujoso de la ciudad. Lo mira, observa su estructura, con las banderas ondeando lánguidamente a la intermitente brisa procedente del lago. Una escalinata central cubierta con una alfombra roja, una fachada de piedra caliza para proclamar el dinero... el dinero viejo. El dinero despreocupado e innecesario de los clientes que entran y salen por sus puertas, que vuelven de hacer compras o de pasear en barco, que van al teatro o a cenas de ocho platos.

La luz del día mengua hasta que el anochecer se cierne sobre la ciudad. Cuando los últimos rayos de sol desaparecen tras los picos de los montes Jura al oeste, él sigue de pie, inmóvil, apostado en el muelle delante del hotel, como un centinela en guardia. Solo que no es un centinela, no está aquí para proteger.

Una oscuridad aterciopelada envuelve el paisaje y las luces de los barcos se encienden sobre la brillante superficie del lago. Las ventanas del hotel y de los edificios cercanos empiezan a iluminarse y su cálida luz se refleja como charquitos en la calle, donde él está. Cruza los brazos delante del pecho y el gélido aire otoñal lo rodea. Vuelve a tener hambre, ha digerido por completo la sopa del día, y el pesado nudo del vacío le retuerce las entrañas.

Está pensando en el hambre cuando la habitación de la esquina, en la tercera planta, se ilumina, y su brillo ambarino se refleja en la noche.

A Luigi le da un vuelco el corazón cuando clava los ojos en ese cálido espacio iluminado. ¿Está ella allí? ¿Se está preparando para acostarse? ¿Se está preparando para mañana? Tal vez incluso esté rezando, no tiene la menor idea de lo que la espera. No sabe que Dios ya la ha abandonado. Que él, Luigi, un ángel negro de la muerte, es el único espíritu del que tiene que preocuparse ahora.

Sus manos vuelan por instinto a los bolsillos, los tantean para asegurarse. Sí, el estilete sigue ahí. Preparado. Una noche oscura más que soportar y, después, llegará el mañana.

Capítulo 10

*Summerhill House, Meath, Irlanda
Invierno de 1879*

Era imposible escapar de las noticias de Viena, descubrió Sissi, incluso en un lugar tan remoto como Irlanda.

La renuncia de Andrásy le llegó en cuanto pisó las islas británicas, donde Valeria, ella y el resto de su cortejo pasarían los últimos meses del invierno y los primeros de la primavera en la región de Meath, en Irlanda. Las cartas la esperaban en la propiedad que había alquilado, rígidas y selladas, con noticias de lugares y conflictos lejanos; como invitados inesperados que reclamaban su atención inmediata, indeseados pero ajenos a las molestias causadas por su presencia impuesta. La cabeza le daba vueltas mientras intentaba asimilar el contenido de las cartas: Rusia había derrotado a Turquía en el este y en ese momento quería aumentar su poder en el resto de Europa. Teniendo en cuenta lo mucho que Andrásy odiaba a Rusia y su incapacidad para trazar un rumbo para el Imperio austrohúngaro que no se viera afectado por su enemistad hacia los eslavos, decidió retirarse tras haber dedicado su vida al servicio público.

Aunque Meath era una zona en la que se hablaba de revolución y que sufría el descontento de su población irlandesa, Sissi había esperado encontrar allí un breve respiro de la política. Deseaba que durante su estancia solo tuviera que preocuparse por el establo de su finca, lleno de purasangres gracias a los consejos de Bay y a su pericia como comprador, así como por los miles de hectáreas de campos y colinas que rodeaban la propiedad. Su intención era dejar las tensiones de la política británica a Victoria y el estrés de la política austríaca a Francisco, que seguía en Viena.

Pero eso fue hasta que se enteró de lo de Andrásy. La noticia le provocó una extraña e inquietante desorientación. Era como si hubieran alterado el orden normal de las cosas. Andrásy, una personalidad esencial en la corte desde que ella era una joven novia, se habría marchado para cuando ella regresara a Viena. Tras haber dedicado su vida a defender de forma

incansable la causa de Hungría primero y luego la de Austria-Hungría, se retiraba. Volvería a su propiedad de Hungría y disfrutaría, o intentaría hacerlo, de la paz que nunca antes se había permitido. Ella ya no volvería a verlo. Ya no se cruzaría con él en los pasillos ni se lo encontraría en el gabinete de Francisco. Tampoco vería sus ojos oscuros sonreírle cuando la saludaba.

Se consoló con su propio presente: se hallaba muy lejos, en la preciosa mansión irlandesa de Summerhill, y no es que viera mucho a Andrásy de un tiempo a esa parte. La distancia que la separaba de Viena y de Budapest era muy conveniente, le ofrecía cierta protección y suavizaba el golpe de su repentina y permanente ausencia. Ya se había despedido de Andrásy, ¿no? Él ya estaba fuera de su alcance. ¿Qué importaba si se encontraba en un remoto castillo húngaro o en un ala independiente del palacio de Hofburg?

De modo que se desentendió de las cartas y se obligó a no caer en la melancolía. Se volvió hacia la ventana y contempló las colinas tapizadas de verde esmeralda mientras se obligaba a experimentar el placer que semejante paisaje solía provocarle. El placer que semejante paisaje evocaba. ¿Cómo podía caer en la melancolía cuando esperaba la llegada de Bay en cualquier momento para salir a cabalgar esa tarde?



¡La reina de la caza!
¡La reina! ¡Sí, la emperatriz!
Mirad, mirad cómo vuela,
con una mano que jamás comete un desliz,
y un arrojo que jamás desespera.
El mejor hombre de Inglaterra no puede guiarla... ¡ha caído!
La espalda de Bay Middleton acaba en el suelo como es su merecido...

—Por favor, pare ya. —Sissi levantó una mano e intentó contener las carcajadas—. Bay, ¿ha oído lo que dicen de usted?

—¡Estoy muy ofendido! —Bay se inclinó hacia delante, con las mejillas sonrosadas, y su voz resonó jovial por toda la mesa—. Me alegro de que hagan justicia a la emperatriz, pero ¿tiene que ensañarse conmigo de esa manera? ¿«Acaba en el suelo como es su merecido»?

Se encontraban en el comedor de lujo de Summerhill: Sissi, Bay, los Spencer, sus damas de compañía y una rica familia que se hallaba en la región, los Rothschild. Ya se habían llevado los platos de la cena, pero seguían sentados a la mesa. La sala estaba caldeada por el buen ambiente tras la comida y la buena compañía, y Spencer estaba recitando un poema que los

lugareños habían compuesto para conmemorar la llegada de Sissi a Meath, Irlanda.

—Tengo que confesar, emperatriz, que me alegro de que haya vuelto a Gran Bretaña —dijo lord Spencer al tiempo que agitaba la copa para que se la rellenasen.

—Y yo de haber vuelto. Sobre todo aquí, donde todas las cosas que escriben sobre mí en los periódicos son favorables, para variar.

—Es usted muy popular en las islas británicas —le aseguró Spencer asintiendo con la cabeza.

Al oírlo, Sissi fue incapaz de no mirar a Bay, que la observaba con tal intensidad que sintió que las mejillas le ardían.

Más tarde, bien pasada la medianoche, lady Spencer consiguió convencer a su atolondrado marido y al resto de los invitados de que abandonaran el salón y subieran a los carruajes.

—Tenemos que dejar que la emperatriz descanse, John.

Sissi contuvo las ganas de bostezar mientras los despedía. Estaba cansada, sí, pero lamentaba tener que despedirse de sus invitados. Ella, que en cualquier evento en Viena siempre se retiraba la primera, se habría quedado despierta toda la noche de buena gana con tal de disfrutar de su compañía y de sus risas bienintencionadas. No recordaba la última vez que había sido tan feliz. ¡Y tenía por delante toda la temporada de caza!



La tarde siguiente, mientras cabalgaban, a Bay y a ella los sorprendió un chaparrón repentino; era algo habitual en el clima húmedo e impredecible de Irlanda, le explicó él. Como estaban demasiado lejos del establo para no acabar empapados, dirigieron los caballos hacia un frondoso árbol y se refugiaron bajo sus gruesas ramas.

—¿Se ha mojado mucho? —preguntó Bay; ambos se reían viendo cómo la furiosa lluvia golpeaba la tierra a su alrededor.

Sissi se miró el traje de montar y vio que la seda carmesí había adquirido un tono marrón en el bajo.

—Solo un poco de barro —contestó—, nada peor que cuando me caía de la silla.

—Pero no está a cubierto. Venga, acérquese un poco más. —Bay extendió los brazos y, poniéndole una mano en la base de la espalda, la apartó con suavidad de la lluvia y la acercó a él. Sissi se dio la vuelta y se quedó sin aliento al sentir la leve caricia de su mano. Bay le devolvió la mirada, pero

ninguno de los dos habló. Hasta que por fin él se inclinó sobre ella y dijo en voz baja—: Solo es un chaparrón. Nada que aparezca de forma tan repentina y con tanta furia puede durar. Se acabará enseguida.

—Sí —convino ella al tiempo que bajaba la mirada. A decir verdad, no le importaba el contratiempo lo más mínimo, y de hecho esperaba que la tormenta durase horas y los mantuviera recluidos en ese lugar.

—¿Sissi?

—Sí. —Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tengo algo para usted.

—¿Oh?

—Nada lujoso, me temo. —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta roja de montar y sacó algo pequeño y verde—. Para usted. A modo de regalo de bienvenida.

Sissi le miró los dedos.

—¿Un trébol?

Sabía que Irlanda estaba prácticamente cubierta por esas plantas. Tréboles de un verde tan intenso que estaba segura de que dejarían en ridículo a la colección de esmeraldas de los Habsburgo.

—Pero no un trébol cualquiera —dijo Bay al tiempo que se lo ofrecía—. ¿No hay algo que le llame la atención? Este es... distinto. Especial.

Sissi jadeó.

—Tiene cuatro hojas.

—Así es —confirmó Bay—. Son muy difíciles de encontrar. Dicen que dan suerte a quien los lleva consigo.

Sissi lo miró con más atención y le tendió la mano. Bay puso el trébol en ella y sus dedos le rozaron la palma, y luego le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Bay se inclinó un poco más. La cercanía de sus labios, el contacto de su aliento con la sensible piel del cuello... Sissi sintió un escalofrío. Cerró los ojos, consciente en grado sumo de ese cuerpo contra el suyo, de que su cercanía le abrasaba la piel.

—Pero... ¿no quiere quedárselo?

—No —susurró Bay, que permitió que sus labios le rozaran la oreja—. Mi suerte vino a Irlanda en la forma de una preciosa dama, la dama que cabalga conmigo de día y atormenta mis sueños de noche. —Y entonces, antes de que ella pudiera comprender lo que sucedía, sus labios se posaron en su cuello. Se quedaron allí un momento. Fue una caricia tan breve que Sissi creyó habérsela imaginado. Antes de que ella abriera los ojos, Bay separó los labios de su temblorosa piel desnuda, apartó la cara y le soltó la mano.

Sissi abrió los ojos y lo miró, consciente de que el momento había pasado. Sentía que la cabeza le daba vueltas. Ansiaba preguntar: «¿Ha sucedido de verdad?». No podía estar segura, pero creía, esperaba, que lo que había sentido era que Bay Middleton la había besado.



El día siguiente trajo otra interrupción, pero esta amenazó con hacer añicos la frágil y preciosa felicidad incluso con más precisión que las noticias de la marcha de Andrásy. Llegó en forma de carta de Rodolfo. Ver el nombre de su hijo u oír que alguien lo pronunciaba le provocaba una desagradable ansiedad, mezclada con un sentimiento de culpa e incomodidad. Francisco y él siempre estaban enfrentados; Rodolfo parecía que vivía para escandalizar a sus padres con sus indiscreciones y sus comentarios destemplados. Y en ese momento, mientras Sissi leía la carta, el mal presentimiento le formó un pesado nudo en el estómago.

Mi queridísima y estimadísima señora:

Las noticias de su estrecha relación con el capitán Bay Middleton han llegado hasta mis oídos. Expreso mi absoluta decepción por la elección de su inseparable acompañante, así como mi ardiente deseo de que en el futuro se comporte de un modo que, si bien no extinga los rumores, al menos no aliente todavía más los incendiarios informes... Unas historias que dañan tanto su buen nombre como el de la familia.

Sissi arrugó el papel, corrió a la chimenea, tiró esas espantosas palabras al fuego y las vio arder hasta convertirse en cenizas antes de que alguien más pudiera ver su vergüenza y la insolencia de su hijo.

—¿María? —dijo Sissi, con los puños apretados a los costados mientras veía cómo las llamas devoraban los restos del papel, cómo devoraban el mensaje de Rodolfo.

—¿Sí, emperatriz? —preguntó María Festetics.

—Cancela mi excursión a caballo. Dile a Bay que se marche. No me encuentro bien. —Esas palabras, pronunciadas como frenéticas súplicas, fueron motivo de nerviosismo mientras Ida ayudaba a Sissi a acostarse.

Horas más tarde, cuando solo la acompañaban María Festetics e Ida, Sissi meditó sobre lo sucedido. Se arrepentía de haber quemado la nota: le habría gustado leerla una vez más para comprobar si era capaz de encontrar otro significado para las palabras de Rodolfo.

Rodolfo se equivocaba, no había otra posibilidad. Bay y ella nunca habían sobrepasado los límites de lo que estaba permitido. Se comportaban como buenos amigos. Desde luego que no pensaba en él como en otros amigos, pero

nunca habían hecho nada inadecuado. Se limitaba a disfrutar de unos pocos meses de libertad, alejada de su sofocante papel en la corte. ¿Acaso no tenía derecho?

Sin embargo, los rumores existían y eran lo bastante insistentes como para haber llegado a oídos de su hijo. Rumores peligrosos. Y si alguien se había atrevido a contárselos al príncipe heredero, solo era cuestión de tiempo que alguien los susurrara en presencia del emperador. Y en ese momento, estuviera ella comportándose mal o no, sus días de montar a caballo con Bay habrían llegado a su fin.

—Pero ¿quién ha podido decirle algo tan espantoso a Rodolfo? —preguntó Sissi en voz alta y ronca por las horas que había pasado llorando.

Le avergonzaba ser la comidilla de todo el mundo. Le daba miedo la posibilidad de que Francisco también hubiera oído esos rumores. La consumía la vergüenza por el hecho de que su propio hijo creyera necesario llamarle la atención. Y le indignaba que se hubiera atrevido a hacerlo cuando él llevaba una vida tan disoluta. Le indignaba que la reprendiera cuando Bay y ella nunca habían seguido los dictados de su... Cortó en seco ese pensamiento y apagó sin miramientos la peligrosa llama.

—¿Quién se atrevería? —volvió a preguntar.

Ida y María se lanzaron una mirada elocuente antes de clavar la vista en Sissi. María suspiró.

—Emperatriz, hay una persona en su séquito que habla con el príncipe heredero de forma regular, incluso más a menudo que Su Majestad.

—¿De verdad?

—Sí —contestó María mientras Ida asentía con gesto serio.

—¿De quién se trata?

El desdén fue evidente en la voz de María al pronunciar el nombre.

—De la condesa Larisch.

Sissi se removió inquieta en la cama y arrugó el cobertor con las manos. No debería sorprenderse. Su hijo y la condesa Larisch tenían la misma edad. Rodolfo, aunque siempre tenía el ceño fruncido en presencia de sus padres, al parecer era encantador con las damas. Y era guapo, de figura esbelta y ojos color avellana como su madre. Y María Larisch... en fin, era una jovencita animada y vivaracha atrapada en un matrimonio sin amor. Era imposible contener sus coqueteos, no darse cuenta de cómo los hombres admiraban su joven cuerpo y sus fáciles y frecuentes sonrisas. De hecho, Nicky se había encandilado de ella, se dijo Sissi, y la muchacha había estado encantada de dejarse hacer.

Por supuesto que la condesa Larisch y Rodolfo encontrarían su mutua compañía agradable, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que habían pasado juntos en Viena y en Budapest. Tal vez incluso hubieran mantenido algún tipo de relación. Pero ¿sería la condesa lo bastante estúpida, o ladina, para contarle rumores sobre Sissi a su hijo?

En ese preciso momento, como si supiera que hablaban de ella, María Larisch entró en la habitación con un montón de pañuelos de encaje recién planchados para Sissi. La muchacha llegó con su agradable aroma floral y sonrió con inocencia a las tres mujeres, una en la cama y las otras dos a su alrededor.

—Emperatriz. —Hizo una genuflexión antes de atravesar la estancia para guardar los pañuelos.

María Larisch era la única a quien Sissi no le había hablado del contenido de la carta de Rodolfo. Por algún motivo en el que no se había parado a pensar, Sissi no quiso contarle el secreto. Y estaba segura de que ni María Festetics ni Ida la habían puesto al corriente, ya que les desagradaba sobremanera. De modo que, por una vez, la muchacha no tenía ni idea de lo que sucedía.

—María. —Sissi se obligó a hablar con voz calmada—. Deja esos pañuelos. Ven, siéntate con nosotras.

La muchacha obedeció, dejó los pañuelos y se acercó a la cama.

—¿Va todo bien, emperatriz?

—Sí, solo estoy cansada —mintió Sissi—. Intento no ponerme enferma. Pero quiero que me contestes a una pregunta, querida muchacha.

—Lo que desee, emperatriz.

La condesa Larisch se sentó en el borde de la cama e hizo caso omiso del ceño fruncido de Ida.

—Hablas con regularidad con el príncipe heredero, ¿no es verdad?

—Así es, señora. —María, la pobre tonta, ni siquiera intentó ocultar el rubor que le tiñó las mejillas.

—En ese caso, dime cuáles son las últimas noticias.

—En fin, ya sabe que está cerca, señora —dijo Larisch—. Que el príncipe heredero está de viaje internacional.

—Sí, se encuentra en Londres —repuso Sissi. Le resultó raro, y un poco triste, que hallándose los dos en las islas británicas ninguno hubiera hecho nada por verse.

—Está teniendo un éxito rotundo en Londres —siguió la muchacha, ruborizada, casi con orgullo en la voz—. Dicen que a las damas inglesas les

gusta aún más que el príncipe de Gales.

—¿Está...? ¿Las damas...? —La incredulidad de Sissi la desvió momentáneamente de su objetivo.

—¡Es verdad, majestad! —exclamó la condesa Larisch, que sacó pecho como un ave ufana—. Incluso la vieja reina Victoria ha dicho en público lo encantador que es Rodolfo..., el príncipe heredero, quiero decir.

Eso a Sissi se le antojó curioso e incomprensible. ¿La reina Victoria? ¿Esa vieja viuda irascible, seria y avinagrada? ¿Encantada con Rodolfo? Pero ¿cómo había logrado su hijo semejante hazaña? ¿Y cómo podía dar esa apariencia en público cuando con su familia se mostraba huraño y discutiendo? ¿Acaso reservaba todas sus virtudes para el mundo exterior y solo mostraba los vicios a la familia? Sissi aparcó esas preguntas. Ya se preocuparía por la idiosincrasia de Rodolfo más adelante. De momento se concentró de nuevo en la condesa Larisch, que permanecía sentada en el borde del colchón.

—Me alegra mucho que hables tan a menudo con mi hijo. Voy a depender de ti para que me mantengas al tanto de lo que sucede en su vida.

—¡Será un placer, emperatriz! Nos escribimos casi todos los días.

Era la confirmación que María Festetics e Ida necesitaban, a juzgar por la mirada que intercambiaron las dos damas en ese momento. Sissi sintió que todo su cuerpo se tensaba bajo la ropa de cama, pero se obligó a esbozar una sonrisa plácida al tiempo que se inclinaba hacia delante para dar unas palmaditas en la mano cargada de anillos de la muchacha.

—Buena chica.

En ese preciso momento decidió que no le contaría nada más a la linda condesa. De hecho, una parte de ella estaba tentada de mandarla ipso facto de vuelta al aislado y tenebroso castillo de Georg Larisch, donde la perdería de vista y no le causaría más problemas. Sin embargo, no era seguro que esa muchacha, tras haber experimentado la emoción de estar en el séquito de la emperatriz, volviera al castillo de su marido. ¿Y si escogía instalarse en Budapest o en Viena? Era lo bastante guapa y lo bastante lista, y desde luego sabía cómo conseguir lo que quería. Algún ricachón caería en sus engatusadoras garras y la mantendría gustoso, a Sissi no le cabía la menor duda. ¿Y en qué clase de líos se metería la alocada muchacha? En libertad, con un hombre que costeara su estilo de vida y las credenciales de haber servido en la corte para moverse en la alta sociedad, ¿en qué lugar la dejaría a ella? ¿Y qué información de la vida privada de Sissi compartiría? No confiaba en la condesa Larisch, así que decidió que, de momento, lo mejor era tenerla cerca. Aunque no tanto como hasta entonces.

Además, se dijo, la joven dama era muy hábil para enterarse de rumores que tenían a Sissi mucho más informada que a través de la recatada María Festetics o de la piadosa y callada Ida. De modo que decidió que María Larisch se quedaría en su séquito, si bien se cuidaría mucho de confiarle secreto alguno. La usaría, en cambio, para enterarse de lo que ella necesitaba saber.

Por supuesto, eso concernía a Bay Middleton. A petición de Sissi, la condesa Larisch llevó enseguida las noticias de que sí, pese a la reticencia del capitán, Bay Middleton seguía comprometido con Charlotte Baird, no había duda.

—Pero ¿por qué mantiene el compromiso con la señorita Baird cuando es evidente que no la ama? Por favor, si nunca va a verla... —dijo en voz alta Sissi una noche con la esperanza de que María Larisch picara el anzuelo.

Y, como un sabueso que siguiera el rastro de un zorro, la condesa regresó varios días después con su ansiado premio en la forma de un jugoso cotilleo.

—En realidad, todo es cuestión de dinero —declaró María—. Bay Middleton solo está comprometido con Charlotte Baird porque la familia de la señorita ha comprado todas las tierras de la familia de él y no tiene medios para mantenerse, salvo su mísero sueldo como oficial. —Estaba sentada enfrente de Sissi, que se preparaba para acostarse. En el exterior los relinchos de uno de sus caballos resonaban en la noche. La muchacha continuó—: Dinero que apenas le cubre para vivir como un hombre dedicado a la caza y a los deportes. Charlotte le proporcionará unos ingresos de veinte mil libras anuales.

De modo que Bay no amaba a Charlotte Baird, concluyó Sissi, sin atreverse a preguntarse por qué le importaba o qué haría con esa información.



Las noticias de Rodolfo empeoraron cuando escribió a su madre desde Londres para decirle que se había disparado accidentalmente en una mano. «Un accidente de caza con un rifle defectuoso», explicó. Sentía un dolor espantoso y parecía avergonzado de que los periódicos británicos se hubieran enterado del accidente, pero le aseguró que estaba recibiendo los mejores cuidados por parte de los médicos de Victoria. Sissi leía la carta echando chispas. No le cabía duda de que en el momento del accidente las capacidades mentales de Rodolfo estaban disminuidas por culpa del alcohol.

En su siguiente carta Francisco José despotricaba contra su hijo diciendo que era «irresponsable e imprudente». La única solución, declaró Francisco,

era que se casara y asumiera su papel como cabeza de su propia familia. Al fin y al cabo, ya tenía veinte años y había terminado su educación formal. Si no era capaz de madurar por sus propios medios, era el momento de que lo obligaran a asumir responsabilidades.

Sissi no tenía claro que fuera la solución adecuada; al contrario que Francisco, no creía que nadie madurase de golpe gracias al matrimonio. Le bastaba recordar sus desastrosos primeros años de casada para ver lo falsa que era esa teoría. Pero no quería que la agobiaran con ese asunto, y mucho menos en ese momento en concreto. Le quedaban pocas semanas de libertad en Irlanda y no pensaba permitir que nada —ni la tristeza por la marcha de Andrásy, ni las alarmantes noticias de Rodolfo, ni mucho menos las aciagas predicciones de Francisco desde Viena— se las estropease.

Bay y ella adoraban Irlanda. Les maravillaba la blanda tierra cuajada de tréboles, las cercas de piedra que representaban interminables desafíos incluso para ellos dos. A Sissi le encantaba la salada brisa marina que le llenaba los pulmones y que hacía que sintiera como si estuvieran limpiándola por dentro. Se deleitaba con el dulce acento de los lugareños. Se mezclaba cada vez que podía con los campesinos, se saltaba el protocolo disfrutando de improvisadas comidas en restaurantes públicos durante las excursiones a caballo y sonriendo a los pecosos niños rubios y a los granjeros pelirrojos con los que se cruzaba por los caminos.

—Estoy enamorada de los irlandeses —declaró una noche en el dormitorio mientras se cambiaba de ropa para acostarse; un cálido fuego ardía en la chimenea para combatir el húmedo y fuerte viento del exterior—. Me recuerdan a los húngaros. Valientes e indomables, con mucho sentido del humor e incluso un poco irreverentes. En absoluto parecidos a nuestros serios y formales austríacos. ¿Y lo mejor de todo? No hay Alteza Real en la isla que espere mi visita. —Sissi soltó una risilla al recordar los gélidos encuentros con la reina Victoria.

Sin embargo, parecía que cuanto más disfrutaba ella, más insistía Francisco en que abandonara Irlanda y volviera a Viena de inmediato. Sus protestas empezaron como simples comentarios, no quejas, sino sutiles y veladas insinuaciones. Comenzó diciéndole que, teniendo en cuenta sus renovados esfuerzos por forjar una amistad entre Austria e Inglaterra, no ayudaba a la causa que su esposa estuviera disfrutando tan públicamente de su estancia en Irlanda, una región que no dejaba de darle quebraderos de cabeza a la reina Victoria.

Sissi se desentendió de esas afirmaciones y fingió que no entendía las

implicaciones de las palabras de Francisco. En cambio, le enviaba una página tras otra con los detalles de sus excursiones diarias y de las reuniones informales con los lugareños por todo Meath. Pero entonces las palabras de Francisco se volvieron más osadas. Sus cartas diarias contenían ruegos constantes y cada vez más exigentes para que volviera, hasta que alcanzaron tal grado de seriedad que Sissi casi podía ver la rabia brotar de su pulcra letra.

He recibido con cierta inquietud la noticia de que asististe a una misa católica en el seminario de Maynooth College y de que tuviste una entrevista con los sacerdotes. Aplaudo tu devoción, pero seguro que sabes que los sacerdotes católicos de esa región irlandesa son algunos de los agitadores más belicosos de la rebelión irlandesa que corre por todo el imperio de la reina Victoria. El hecho de que los hayas reconocido en público, y que no hayas visitado formalmente a Su Majestad durante ese encuentro, ha ofendido gravemente a la reina y me ha provocado mucha vergüenza. Tus viajes, lejos de causarme tristeza personal y soledad, se han convertido en un asunto de preocupación para todo el país y amenazan con deshacer el trabajo que he estado realizando con la esperanza de forjar una amistad entre nuestros dos reinos. Estaba dispuesto a soportarlo cuando solo yo era la víctima de tus prolongadas ausencias y tus frecuentes huidas de la vida familiar, pero empieza a incomodarme mucho ver que otros también sufren.

—Ah, por el amor de Dios —gruñó Sissi bajando el papel, no necesitaba seguir leyendo—. He sonreído a unas pocas personas en público, he asistido a misa en una iglesia cercana, ¿y eso es causa de un escándalo internacional? —Sissi tiró la carta a la chimenea y las llamas la engulleron.

Era la última carta de su infeliz marido pidiéndole que volviera; su estoica paciencia empezaba a flaquear. Habría otra al día siguiente, tal vez más exigente que esa. La correspondencia de Francisco se estaba volviendo tan tediosa que empezó a creer que tal vez tuviera que acortar su visita. Cuando se lo comentó a sus damas de compañía, tanto Ida como María Festetics le dieron toda la razón al emperador, algo que irritó muchísimo a Sissi. Solo la condesa Larisch parecía comprender lo mucho que necesitaba ese tiempo lejos de todo.

Pero debería haber sabido que no podía durar. Cualquier cosa robada tendría que ser devuelta en algún momento, y eso no solo se aplicaba a las joyas y a otros bienes, sino también al tiempo. Unos cuantos días más tarde, Francisco José mandó otra carta muy seca. En esa, en vez de suplicar, insistía de forma categórica en que Sissi abandonara Irlanda de inmediato. Todo el viaje había sido un despropósito desde el principio, así se lo había dicho él en su momento, y no podía permitir que continuara.

Sissi levantó la vista de la carta, presa del pánico, y se preguntó si esa urgencia de Francisco se debía a que había averiguado lo que ella sentía por Bay. ¿Se había enterado de aquella tarde junto al árbol, cuando Bay le puso

un trébol de cuatro hojas en la palma de la mano? Pero no, mientras seguía leyendo, se dio cuenta de que los motivos de Francisco eran puramente políticos, como de costumbre. A tenor de la escalada de tensión entre Irlanda e Inglaterra, que rayaba ya en la violencia, los ministros de la reina Victoria habían trasladado a Viena su absoluto enfado por el hecho de que Sissi siguiera en Irlanda.

No podemos permitir que nuestra frágil, y más que necesaria, amistad con Inglaterra se vea comprometida, Sissi. Sobre todo teniendo en cuenta la reciente marcha de Andrásy y la incertidumbre a la que nos enfrentamos con los cambios en los ministerios y el consejo. No nos queda más remedio que ceder ante las presiones de Victoria y honrar su preeminencia como regente de ese reino, por eso tengo que insistir en que regreses a nuestras tierras de inmediato.

De hecho, la ofensa fue tal que Sissi se enteró a través de un telegrama que tendría que pasar por Londres en su viaje de regreso a casa. Francisco insistió en que hiciera esa parada, como una especie de peregrinaje en opinión de Sissi, para rendir tributo a la ofendida reina.

El encuentro con la reina Victoria sería muy tenso, bien lo sabía Sissi. Deseó que terminase pronto, que fuese lo bastante largo para que el protocolo se diera por satisfecho, pero no tanto como para que ella pudiera cometer otra falta que agravara más el insulto. Lo justo para que Victoria pudiera anunciarlo en los periódicos londinenses. Lo justo para que Victoria pudiera alardear de que la emperatriz austríaca era su amiga y no la amiga de los rebeldes que adoraban a Sissi, y odiaban a Victoria, a lo largo y ancho de toda Irlanda.



—Aprecio su delicadeza al encarar estas circunstancias tan difíciles y desafortunadas.

La reina Victoria no se levantó cuando Sissi se reunió con ella en el salón de recepciones del castillo de Windsor. Parecía mayor que en la anterior visita; como de costumbre, un vestido negro —un tributo a su querido Alberto, muerto ya hacía mucho— cubría su abundante cuerpo.

—No era mi intención ofender, majestad —dijo Sissi, que se sintió como una niña a la que acababan de regañar.

Sin embargo, Victoria se desentendió de sus palabras y clavó la vista en las ventanas. Permanecieron sentadas en silencio unos minutos; la anciana reina se abanicaba y movía las manos con gesto nervioso. Sissi observó su perfil y se fijó en la flácida piel que colgaba de su papada, como la cera

derretida de una vela. La blanca y arrugada piel le temblaba mientras se abanicaba. «Dios, no permitas que engorde al envejecer», suplicó Sissi en silencio.

Sissi desterró el miedo y volvió a concentrarse. Cuanto antes terminase esa reunión, antes podría marcharse. Incluso Viena parecía el paraíso al lado de ese húmedo y sombrío palacio inglés.

—No fui a Irlanda en viaje oficial, majestad.

Victoria se volvió para mirarla y la piel del cuello y la papada tardó en seguir al resto de su cara.

Sissi continuó:

—No era mi intención expresar mi apoyo formal a los ejércitos rebeldes de Irlanda. Simplemente quería disfrutar de unas semanas de asueto.

—¿Que no fue en viaje oficial? —repitió Victoria al tiempo que golpeaba la mesita auxiliar con el abanico tres veces, como una institutriz que estuviera meditando el castigo para una alumna rebelde. A la postre, la anciana esbozó una sonrisa comedida y plácida, la expresión de una abuela indulgente y estoica que perdonaba los errores de alguien demasiado joven y alocado como para comprender la realidad. Tras inclinarse hacia delante, siguió—: Pero, querida, debe entender que una reina nunca acude a ninguna parte sin que sea un acto oficial.

«Con razón Francisco y ella se llevan tan bien», pensó Sissi, que se tragó las ganas de replicar con un buen sorbo de té templado.



El sol se alzó sobre Londres, pero su luz apenas se abrió paso entre las densas y oscuras nubes y la llovizna. Ni siquiera la gruesa capa de viaje, con capucha de terciopelo y ribeteada en piel, consiguió proteger a Sissi del húmedo y gélido viento. La estación de tren bullía de actividad, las locomotoras expulsaban columnas de vapor y los revisores, con sombrero de copa, silbaban y gritaban órdenes por los andenes. Sissi y María Festetics se refugiaron en una cálida sala de espera lejos del andén público mientras el resto del séquito imperial preparaba el vagón privado en el que la emperatriz abandonaría Londres.

El barón Nopcsa entró en la sala de espera acompañado por un soplo del gélido aire del exterior.

—Majestad Imperial, esto es del príncipe heredero Rodolfo. —El secretario hizo una reverencia y le entregó un telegrama—. Tal parece que tendremos que desviarnos en el viaje de regreso a Viena y hacer una parada

inesperada en Bruselas para ver a vuestro hijo.

—¿Bruselas? ¿Por qué Bruselas? —Sissi aceptó el telegrama y leyó el mensaje a toda prisa mientras el barón contestaba su pregunta.

—Para reunimos con el príncipe Rodolfo y con sus futuros suegros, Sus Majestades los reyes de Bélgica, que desean que Su Majestad Imperial se una a las celebraciones.

Las palabras del barón se mezclaron con las que Sissi leía en el telegrama hasta que lo comprendió todo. Rodolfo se había comprometido en matrimonio. La novia era la princesa Estefanía, la hija del rey Leopoldo de Bélgica.

—¿La princesa Estefanía?

Sissi recordó la Exposición Universal y su primer encuentro con Estefanía. Una muchacha anodina, corriente y pretenciosa. Una coqueta sin arte que reía demasiado pero no parecía hacerlo de buena gana. Una chica que era imposible que hubiera llamado la atención de su hijo por su belleza, su ingenio o su dulzura. Rodolfo, que perseguía con denuedo los encantos y la belleza femenina, ¿iba a casarse con ella?

No, ese no era un matrimonio por amor. ¿De verdad los Habsburgo iban a hacerlo de nuevo?, se preguntó. ¿Iban a repetir los errores de siglos pasados y a condenar a otra generación a esos matrimonios de Estado concertados? Eran alianzas forjadas en el altar y en el lecho conyugal, pero ¿y el coste personal? ¿Y el coste para la familia? ¿Y para el imperio? La noticia se le antojó un error y fue como un jarro de agua fría.

María Festetics se acercó.

—Emperatriz, ¿qué pasa? Se ha puesto muy blanca.

Sissi se apoyó en el respaldo de una silla cercana y miró de nuevo el telegrama que tenía en la mano.

—Rodolfo se ha comprometido.

María se llevó la mano al pecho y respiró.

—Ay, gracias a Dios. Por su expresión creí que las noticias eran de algún desastre.

Sissi parpadeó y miró una vez más las palabras mientras pensaba en su complicado y atormentado hijo. Iba a convertirse en el marido de alguien. ¿Acaso comprendía lo que significaba el matrimonio? Iba a unir su vida con la de Estefanía, una muchacha que a Sissi le había suscitado un desagrado inmediato, aunque no pudiera explicar el motivo. Su reacción hacia la muchacha fue instintiva y fulminante, pero tal vez hubiera sido injusta, se dijo. Suspiró, dobló el telegrama y se lo metió en un bolsillo de la falda.

—Dios no lo quiera.



La primavera se extendió por toda Viena y la ciudad cobró vida mientras el palacio se preparaba para la celebración de las bodas de plata de los emperadores. Sissi y Francisco se reunirían con el imperio para celebrar sus veinticinco años de casados. Al otro lado de las puertas del palacio de Hofburg, la capital era un hervidero de actividad y emoción, la multitud crecía cada vez más, nuevos espectadores que llegaban todos los días desde los rincones más lejanos del reino.

Sería una fiesta grandiosa, una celebración de la estabilidad y la continuidad de los Habsburgo. No había nada que los Habsburgo celebrasen con más pompa y alegría que la estabilidad y la continuidad. Los propietarios de los restaurantes abrieron las terrazas y llenaron las bodegas con licores de reserva, mientras que los comerciantes y los vendedores ambulantes se daban codazos para conseguir la mejor ubicación a lo largo del recorrido de los desfiles y las cabalgatas.

Veinticinco años de casados, pensó Sissi, sentada muy quieta mientras Franziska le arreglaba el pelo en ondas sueltas que le caían por la espalda. Era la mañana del desfile durante el cual Francisco y ella recorrerían las avenidas y los bulevares de Viena saludando a la multitud, tal como hicieron de recién casados un cuarto de siglo antes. Habían visto nacer a cuatro hijos, y su hija Gisela ya era madre. Habían visto nacer al príncipe heredero, así como la concepción del Imperio austrohúngaro. Habían soportado guerras y hambrunas, la construcción de la Ringstrasse y la locura de la Exposición Universal. Pero ¿se comprendían Francisco y ella mejor ese día que cuando se casaron, como dos jóvenes e ingenuos desconocidos, veinticinco años atrás? No lo sabía. Como tampoco sabía lo que les depararían los siguientes años. Pero sí sabía que no deseaba parecer veinticinco años más vieja que el día de su boda.

—¿Has visto este titular? —Señaló el periódico que tenía en el regazo y lo levantó para que Franziska pudiera verlo mientras leía en voz alta—. «Veinticinco años que debería haber pasado en casa en vez de montando a caballo.» En fin, que me juzguen. —Siguió hojeando el periódico; o la criticaban por ser una extranjera manirrota o la halagaban por su incomparable belleza y su contraposición a los estoicos Habsburgo—. Una pena que no se decidan por una de las opciones.

—Quédese quieta, emperatriz. Casi he terminado —dijo la peluquera con

paciencia.

—Oh, aquí me llaman «La abuela más hermosa del mundo».

—No parece una abuela, emperatriz —dijo Franziska con el tono de voz adecuado.

—Eso espero. Por favor, Franny, haz lo que esté en tu mano para que hoy parezca una novia.

A sabiendas de la necesidad desesperada de asombrar, de ganarse parte de la buena voluntad que había malgastado durante sus frecuentes y prolongadas ausencias de la corte, Sissi se vistió para las festividades vienesas con gran esmero. Eligió un vestido de satén verde claro que se ceñía a su estrecha cintura y que reflejaba la luz del sol primaveral. Lucía el pelo suelto a la espalda, engalanado con diamantes, esmeraldas y pétalos de flores. Unas joyas a juego le adornaban las muñecas, las orejas y el cuello.

El desfile llevó a Sissi y a Francisco a lo largo de la Ringstrasse y a través de parques y jardines públicos. La multitud, decenas de miles de personas, según Francisco, agitaba bandejas y entonaba los himnos nacionales de Austria, de Hungría y de Baviera. La mayoría vitoreaba el nombre de Francisco José, el más popular de los dos, pero había suficientes vítores en honor a Sissi como para que no se sintiera como una impostora.

Mientras el cortejo imperial regresaba al palacio para celebrar el festín y bailar con la corte, la ciudad vibraba con fiestas, espectáculos de fuegos artificiales y bailes en las calles, cortesía de los Habsburgo. La gente había llegado desde muy lejos, y parecía decidida a divertirse, a que el fatigoso viaje mereciera la pena. La imagen de Sissi colgaba, junto a la de su marido, en las puertas de todas las cafeterías, cervecerías, salones de baile y hoteles. A diferencia de lo que sucedía tras los muros de palacio, donde Sissi se fijó en las miradas de las mujeres y en la cantidad de manos enguantadas que cubrían bocas hablando en susurros, la gente de la calle parecía haber olvidado las quejas hacia su díscola emperatriz con la celebración de los festejos. Tal vez porque su marido y ella les habían proporcionado varios días de bebida y entretenimientos gratuitos.

Fue durante la recepción cuando Sissi se dio cuenta de lo bien que su hijo Rodolfo entendía a los cortesanos y de la cantidad de caras que ella no conocía, sobre todo de mujeres. Se había perdido las presentaciones formales de la nueva hornada de debutantes de ese año, las jovencitas de ojos azules que había en la corte y que se declaraban adecuadas para los pretendientes. ¡Por favor, qué jóvenes eran todas! ¡Y ella era aún más joven cuando se convirtió en emperatriz! Con razón algunas damas mayores de la corte la

acogieron con desaprobación.

Una mujer en particular dejó impresionada a Sissi, pero no por su belleza lozana y juvenil. Esa mujer, de enormes ojos oscuros y abundante melena castaña, parecía de mediana edad. Y sin embargo miraba alrededor como la debutante más ingenua; llevaba un vestido de tan buena confección y el cuello y los brazos cubiertos por tantas sartas de perlas que solo Sissi y tal vez la guapa María Larisch brillaban más que ella. La dama le fue presentada como la baronesa Hélène Vetsera. Cuando se detuvo delante de la emperatriz en la fila de recepción, tuvo la osadía de mirarla a los ojos y dedicarle una hipnótica sonrisa que dejó a Sissi un tanto desconcertada.



—María, ¿quién era esa mujer?

Sissi se había retirado a sus aposentos poco después de medianoche. Se encontraba sentada delante del espejo, mientras Franziska y la condesa Larisch le quitaban los diamantes del pelo, María Festetics se encargaba del vestido y de las joyas, e Ida le preparaba la cama.

—¿Qué mujer, señora?

—La despampanante mujer de mediana edad que he conocido al final de la velada. La que iba cubierta de perlas.

—Ah, la baronesa Vetsera, majestad —dijo María Larisch.

Sissi cogió un poco de ungüento de cera de abeja de uno de los tarros que tenía en el tocador, se masajeó las manos y luego se dio unos toquecitos con los dedos en los párpados.

—¿Y quién es la baronesa Vetsera?

—Es una advenediza en la sociedad vienesa. No tiene linaje aristocrático, pero se casó bien. Ahora, por suerte para ella, es una viuda rica, ya que ha heredado tanto el título como la fortuna de su marido.

Era raro que la condesa Larisch hablara de la baronesa en un tono tan crítico, pensó Sissi. ¿Acaso se le había olvidado a la muchacha que era la hija bastarda de una actriz? ¿Que había conseguido limpiar su procedencia gracias a un matrimonio infeliz? Sin embargo, no se lo recordó; quería hacerle más preguntas a la guapa muchacha.

—Rodolfo parece conocer bien a la baronesa Vetsera —comentó—. Habló con ella en un rincón durante por lo menos media hora.

La condesa Larisch bajó la mirada y no dijo nada. El silencio fue más elocuente que cualquier respuesta.

—¿Cómo es que Rodolfo conoce a la baronesa Vetsera? —preguntó Sissi

fingiendo indiferencia; esperaba que la condesa le diera más información.

—Celebra un salón en su casa, en la Salesianergasse —dijo la muchacha al cabo de un momento, evitando la mirada de Sissi en el espejo.

—Ah, un salón. —Sissi se untó el ungüento por los brazos, masajeándose los codos—. Sí, por supuesto, muchas de las damas más solicitadas organizan ese tipo de reuniones estos días. ¿Y Rodolfo asiste a su casa?

—Tengo entendido que sí.

—¿Y qué reputación tiene el salón de la baronesa Vetsera? ¿Sus conversaciones atraen a los que les interesa la política? ¿El arte? ¿La música?

—Creo que muchos... caballeros... de la corte frecuentan el salón de la baronesa Vetsera. Hombres con distintos intereses —contestó la condesa con cierta timidez en la voz, muy atípica en ella—. La baronesa..., en fin, se dice que se esfuerza por atraerlos a su casa.

Sissiladeó la cabeza.

—¿Oh?

María Larisch asintió.

—Dicen que cuando un hombre rico se presenta en su casa, la baronesa no solo le abre la puerta.

Sissi soltó el tarro del ungüento, que cayó al suelo con un ruido sordo y parte de la loción se derramó. Las otras damas de compañía levantaron la vista, sorprendidas, mientras Sissi miraba el estropicio.

—Lo siento —dijo al poco en voz baja y jadeante—. Ay, es que... esta es una ciudad depravada. —Seguía con la vista clavada en el suelo; el cristal roto y el ungüento habían salpicado la falda y la alfombra—. Menudo desastre.

No dijo lo que pensaba en realidad: «Ay, Rodolfo, cómo he estropeado las cosas. Cómo te he fallado», se lamentó en silencio.

XI

Ojalá nunca hubieras visto una silla de montar.

FRANCISCO JOSÉ A SISI

Capítulo 11

Combermere Abbey, Inglaterra
Invierno de 1881

Dado que tenía terminantemente prohibido regresar a Irlanda, Spencer y Bay le encontraron una pintoresca y maravillosa alternativa en Inglaterra, en la ventosa región occidental de Cheshire. Se trataba de Combermere Abbey, una antigua casa solariega que había estado en posesión de la familia Cotton desde el reinado de Enrique VIII y cuyas habitaciones eran más viejas que Guillermo de Orange. A María Festetics no le hizo mucha gracia tener que quedarse en la habitación «Orange», donde se decía que el mismísimo Guillermo había dormido en una ocasión. Las frecuentes bromas de Bay en las que juraba haber visto al fantasma de Guillermo deambulando por el pasillo delante de ese dormitorio causaron gran ansiedad a María y provocó muchas risas a Sissi.

—Debería avergonzarse, Bay —lo reprendía Sissi cada vez que aterrorizaba a su dama de compañía, aunque sonreía para hacerle saber que en realidad no la había molestado en absoluto—. Es usted perverso.

«Bay.» Estaba a su lado con tanta constancia como cada temporada: montaba con ella a caballo todos los días. Y Sissi se descubrió anhelando su compañía más incluso que el sol y los campos. Bebía de su asidua presencia y se sentía sumida en una embriaguez más deliciosa que la producida por el vino. Anhelaba los momentos en que la tomaba de la mano para ayudarla a pasar un charco o cuando le rodeaba la cintura con las manos para montarla en la silla. Una tarde él le confesó que adoraba cómo sonaba su nombre en sus labios, con ese ligero e incitante acento alemán. «Bay.» Sissi se descubrió pronunciando su nombre en voz alta por la noche en la cama. Recordaba el momento en que le regaló el trébol de cuatro hojas, cómo se inclinó para rozarle el cuello con los labios, suave y fugaz. Había sido el momento en que más cerca habían estado, el único en el que el autocontrol de Bay pareció resquebrajarse un poquito. ¡Cómo deseaba ella que se hiciera añicos!

Pero ¿y su autocontrol? Cada vez que pensaba en Bay, en su dormitorio al

otro lado del corredor, tenía que luchar contra el enloquecedor deseo de recorrer ese pasillo y llamar a su puerta. «Bay.» Se imaginaba lo que diría cuando él abriese, con el pelo alborotado y una camisa de dormir como única vestimenta. Pero siempre había algo que la retenía en sus aposentos. Algo que le impedía traspasar la línea de la decencia, que le impedía actuar según sus deseos, al menos de forma física, ya que en su mente y en sus sueños era otra cosa.

Si Bay lo intentaba..., en fin, a saber lo que sucedía. No estaba convencida de contar con la disciplina necesaria para rechazarlo. Pero no podía ser ella quien comenzara. Ella, la emperatriz, no. Una madre de cuatro hijos. No cuando él estaba comprometido con una muchacha. ¿Y si la rechazaba? Su orgullo no soportaría el golpe, no se atrevía a correr ese riesgo.

Además, ¿no se había dicho a sí misma, varios años antes, que esa llama de pasión erótica conducía a un callejón sin salida? ¿A un laberinto con signos prometedores que pronto se convertía en desilusión? ¿No había aprendido que no debía idolatrar a otra persona? ¿No fue eso lo que estropeó a Andrásy a sus ojos? No permitiría que eso volviese a ocurrir. «Bay.» Una parte de ella sospechaba que el Bay que tenía en su mente era más perfecto que cualquier hombre de carne y hueso que hubiera existido nunca. El Bay de su cabeza era una deliciosa diversión que encandilaba, enardecía e inspiraba. Si se lo permitía, seguiría así siempre, sin saciar el deseo, por miedo a que si lo hacía, la llama brillase con menos intensidad.

Sin embargo, era incapaz de ignorar el presentimiento, a medida que transcurrían las semanas, de que había algo distinto en él esa temporada. A veces tenía la sensación de que se contenía, como si fuera un inquieto purasangre. Que se obligaba a no sonreír demasiado. Que se reprimía antes de soltar una de sus sonoras carcajadas. Se daba cuenta de que apartaba los ojos de ella, que había reemplazado el anhelo de su mirada de temporadas anteriores con la férrea y consciente determinación de mantener la vista al frente.

Y lo más distinto, y perturbador, era que Bay mencionaba con frecuencia el nombre de Charlotte Baird.

«Charlotte me dice que en el norte también está lloviendo mucho.»

«A Charlotte y a mí nos encanta...»

«Charlotte y yo creemos que...»

Sissi oía esos comentarios y asentía con la cabeza al tiempo que reprimía los desagradables celos que el nombre de Charlotte Baird le suscitaba. Tal vez no le habría importado tanto de haber creído que Charlotte fuera una

verdadera rival, una dama incitante que se había ganado el corazón de Bay. De haber creído que el corazón de Bay pertenecía a esa otra mujer. Eso lo habría entendido y se habría rendido a su innegable preferencia por ella. Pero cuando Bay hablaba de su prometida, Sissi casi tenía la impresión de que intentaba recordarle a todo el mundo, en especial a sí mismo, que Charlotte existía.

La condesa Larisch, tan entregada como de costumbre a su papel de detective, comunicó a Sissi que Charlotte Baird estaba consumida por los celos y que era la comidilla de todo Londres. Se decía que había prohibido tajantemente a su prometido pronunciar el nombre de la emperatriz Isabel en su presencia. Y no solo la novia creía que la relación entre Bay y la emperatriz era de muy mal gusto. Los hermanos Baird, cada vez más impacientes con el prolongado compromiso de su hermana y el esquivo deportista, al parecer habían pedido a Bay que pasara la temporada de caza en cualquier parte menos al lado de la emperatriz Isabel.

Bay había desoído la petición de los Baird, a Dios gracias, como evidenciaba su presencia diaria al lado de Sissi. Seguramente había argumentado la lealtad debida al conde de Spencer, que necesitaba a alguien que hiciera de guía a la emperatriz. Era su deber, un asunto diplomático.

Sin embargo, ¿sería capaz de seguir desafiando a la familia Baird? ¿Querría seguir haciéndolo? En algún momento tendría que casarse con la muchacha, se dijo Sissi. Y si Charlotte ya tenía celos de su relación, ya era desdichada al verse abandonada mientras su prometido pasaba otra temporada con la guapísima emperatriz extranjera, ¿qué sentiría cuando fuera su esposa? La señora Charlotte Middleton. ¿Cómo declararía su posición y protegería lo que era suyo la señora Charlotte Middleton en cuanto se celebrara el matrimonio?



A medida que transcurrían las semanas, Sissi cada vez pasaba más horas atormentándose con esas preguntas; sentía que, de alguna manera, Charlotte Baird, con su enorme fortuna gracias al carbón y su agotada paciencia, vagaba esa temporada por los pasillos de Combermere Abbey con más firmeza que el alma perdida de Guillermo de Orange.

Esos pensamientos, sumados al temor que le provocaban las inminentes nupcias de Rodolfo, hicieron que el final del invierno y el principio de la primavera pasaran con una tensión palpable, nada que ver con las anteriores temporadas de caza en las islas británicas. No era la escapada pura y

distendida que saboreaba siempre que se iba de Viena. Todos los días llegaban cartas con la elegante letra de Charlotte Baird dirigidas a Bay, y cartas de Viena con un tono cada vez más urgente dirigidas a Sissi. Lo que la esperaba a su regreso en la corte prometía ser el evento más grandioso desde la Exposición Universal. Y lo que llegaría tras dicho evento la preocupaba todavía más. No sabía qué implicaría el matrimonio para Rodolfo, Estefanía y el resto de la familia, pero, por algún motivo que se le escapaba, hacía que el tremendo nudo que tenía en el estómago fuera más pesado que el barro primaveral.

Mientras Francisco José y sus ministros se encargaban de los preparativos para la boda de Estado en Viena, la condesa Larisch, siguiendo las órdenes de Sissi, se enteraba de cuanto podía acerca de la novia belga de Rodolfo. Las noticias que la muchacha le transmitió solo consiguieron aumentar su inquietud.

—Uno de los periódicos de Viena afirma que al príncipe heredero más le habría valido elegir a un ama de casa belga cualquiera, al menos no sería tan feúcha y sabría cocinar.

—¡Por Dios! Casi me da pena Estefanía, aun si tampoco yo creo que sea la mujer apropiada para mi hijo —dijo Sissi. Era una fría mañana de marzo y estaba en el dormitorio poniéndose una chaqueta de montar de cachemira para la caza de ese día—. Los vieneses son tan duros con la princesa belga como conmigo.

—Tal vez incluso más, emperatriz —repuso la condesa Larisch, que tendió a Sissi los guantes de piel—. Otro artículo decía que Estefanía tiene los ojos pequeños pero al menos su dote es grande.

¿Cómo soportaría Estefanía el crudo escrutinio y las constantes críticas que la esperaban?, se preguntó Sissi. Tenía dieciséis años, la misma edad que ella cuando se casó con el emperador. La princesa belga acababa de tener sus primeras menstruaciones. Sissi sintió pena por la pobre muchacha, por el hecho de que ella y el resto de los Habsburgo estuvieran al tanto de un tema tan personal, por el hecho de que su menstruación fuera tema de conversación entre embajadores, ministros y cortesanos cotillas. Con menstruación o sin ella, era demasiado joven para comprender el significado del matrimonio. Demasiado joven, pese a su evidente deseo por ocupar el puesto, para comprender lo que significaba casarse con Rodolfo, príncipe heredero del Imperio austrohúngaro.

A pesar de su amor de madre, Sissi se decía que Rodolfo no podía ser el novio más dedicado y atento del mundo. Al menos ella había encontrado un

aliado y un apoyo en su joven novio. Al menos Francisco y ella se casaron creyendo que estaban locamente enamorados. Al menos ella había hallado refugio en el cariño y la fidelidad de Francisco durante los primeros y más difíciles años. Ciertamente que había acabado por descubrir brutalmente los errores y las decepciones de dichas suposiciones. Pero eso fue más tarde. Al menos ella, a la edad de dieciséis años, se había casado con la ingenuidad más noble y esperanzadora, ambos habían unido sus vidas sumidos en una felicidad delirante.

Rodolfo no estaba enamorado de Estefanía, y Sissi lo sabía. No había dejado de relacionarse con otras mujeres, y no tenía intención de dejar de hacerlo tras pronunciar los votos matrimoniales. Lo decía en voz alta y en público, así que todo el mundo lo sabía. Hasta Estefanía lo sabía, y eso sí que era preocupante en opinión de Sissi. Sin embargo, a la muchacha parecía darle igual. Según los informes de los ministros de Francisco, le emocionaba más el título de Rodolfo que el propio Rodolfo. ¿Acaso la muchacha no sentía nada?, se preguntó Sissi.

Rodolfo había escogido a su novia tras una visita oficial brevísima. Una conversación con el padre de la muchacha y la comprobación de una lista habían bastado para que el príncipe heredero tomara su decisión. Estefanía era la candidata más aceptable en una lista de alternativas muy poco agradables.

El plantel de jóvenes virginales de sangre real era muy escaso para Rodolfo, nada que ver con la situación del afortunado Francisco José décadas atrás. Las numerosas hijas de la reina Victoria se habían criado bajo la Iglesia de Inglaterra y por tanto no eran adecuadas para el trono de uno de los reinos católicos más poderosos del mundo. «Gracias a Dios», pensó Sissi. No quería ni imaginarse a esa estirada vieja gorda de consuegra. Rodolfo había rechazado a la corpulenta Matilda, sobrina del rey Alberto de Sajonia, afirmando en público que jamás se sometería a la tarea de ponerse encima de ella y hacer un heredero. Había rechazado a la princesa de España, una infanta enfermiza de piel amarillenta, por motivos similares. La princesa belga no era guapa y tenía una apariencia vulgar, poco elegante, pero ni estaba enferma ni resultaba repulsiva. Su padre había ofrecido una generosa dote y era de la religión apropiada. Al lado de las otras alternativas, en realidad Estefanía era la única elección posible. Pobre Rodolfo, pensaba Sissi una y otra vez mientras la primavera llegaba a su fin y la fecha de la boda se acercaba. Y pobre, ay, pobre Estefanía.



Como si Dios tuviera las mismas dudas que Sissi acerca de ese matrimonio, la mañana de mayo en que se celebró la boda de Rodolfo y Estefanía nevó. Hacía un tiempo tan inclemente e impropio de esas fechas que los ataridos novios apenas permanecieron unos minutos fuera de la Augustinerkirche, la iglesia de los Agustinos en Viena, para saludar a la multitud que se había congregado en la plaza para bendecirlos y aplaudirlos.

De vuelta en el palacio de Hofburg, Sissi permaneció junto a Francisco mientras recibían a la interminable fila de ministros, cortesanos y jefes de Estado. Era la elegante anfitriona, la sonriente madre del novio. Y, sin embargo, se percató con preocupación de que Rodolfo bebió más vino de la cuenta durante el banquete de bodas. Y también captó la expresión de su mirada, la de un animal atrapado, mientras incontables ministros y cortesanos lo felicitaban por su condición de hombre casado. Sissi miraba a los recién casados y pensaba en uno de los lemas de la familia Habsburgo: «Deja que otros hagan la guerra; tú, feliz Austria, cástate».

¿Feliz Austria? ¿Cómo era posible que los Habsburgo no hubieran entendido ya que mientras sus herederos tuvieran que casarse por el interés del Estado ningún miembro de la casa imperial sería feliz?

Estefanía, en cambio, lucía una sonrisa perpetua en su cara alargada y saludaba a todos los ministros con el título correcto y la conversación adecuada. Era evidente que la muchacha se había preparado a conciencia y, a juzgar por la expresión distraída que lucía el novio a su lado, cualquiera habría supuesto que Estefanía era la experta en esas lides, la que había crecido y había sido educada en esa corte. «Qué distinto todo», pensó Sissi al recordar su propia boda, décadas atrás. Al recordar cómo se había estremecido a cada paso que daba por el enorme pasillo de la iglesia. Al recordar con rubor que había olvidado los nombres de importantes dignatarios y embajadores y se había ganado la ira de su tía Sofía en varias ocasiones a lo largo del día. Al recordar lo mucho que había ansiado alejarse de las multitudes y escapar, sin que nadie la viera ni juzgara, con el hombre a quien amaba.

Al final de la velada, Sissi y Francisco José bendijeron a los recién casados y los acompañaron a las puertas del palacio. Un carruaje los llevaría a Laxenburg, donde celebrarían su luna de miel como marido y mujer. Laxenburg, el palacio donde tuvo lugar la desdichada luna de miel de Sissi. Suspiró al recordar que Francisco cada día la dejaba sola con su flamante suegra. A pesar de sus celos, a pesar de que creía que Estefanía no era la adecuada para su hijo, Sissi estaba decidida a no comportarse como su suegra. Sería educada e incluso respetuosa con Estefanía; se mantendría al margen de

sus disputas domésticas. Sofía se había inmiscuido de lleno desde los primeros días del matrimonio de Sissi, una fuerza invasora y omnipresente, pero ella haría todo lo contrario. Su hijo y su nuera debían encontrar cierta armonía en su unión, y ella les concedería todo el espacio que necesitaran para lograrlo.

—Tal vez el frío sea una bendición —dijo volviéndose hacia Francisco José al regresar al interior del palacio.

Acababan de despedirse de la joven pareja.

—¿Nieve en mayo? ¿Cómo va a ser un buen augurio? —preguntó Francisco.

Sissi suspiró.

—Tendrán más ganas de quedarse en la cama juntos.

—Lo dudo —replicó Francisco con una inusual muestra de emoción, ansiedad tal vez, en lo que solía ser una impenetrable máscara.



De acuerdo con su intención de dejar tranquilos a los recién casados para que se aclimataran a su vida doméstica y para que Estefanía se acostumbrara a su nuevo papel en la corte, libre de la presencia de una suegra entrometida, Sissi pasó casi todo el verano con Valeria en Hungría y en la residencia de Bad Ischl, donde recibió alguna que otra visita de Francisco cuando este podía alejarse de su despacho.

Valeria, que ya tenía trece años, era la constante compañera de Sissi. Esta no dejaba de maravillarse por la transformación de la niña delante de sus propios ojos, como si ese fuera el verano en que Valeria se despediría de la infancia y se convertiría en una jovencita. Y sin embargo esa certeza le provocó un pánico atroz. Estefanía, la esposa de su hijo, solo tenía tres años más que Valeria. Y Valeria, teniendo en cuenta su gran dote y el poder del imperio de su padre, sin duda se convertiría en una de las novias más cotizadas y ansiadas de toda Europa en cuanto alcanzase la edad adecuada. Ese día llegaría antes incluso de lo que Sissi se permitía considerar. ¿Dónde habían ido a parar los años? ¿Cuánto tiempo faltaba para que enviados extranjeros lanzaran miraditas de reojo a la princesa y empezaran a tantear a su padre con la esperanza de acordar una alianza conveniente? ¿Cuánto tiempo faltaba para que perdiera también a Valeria, la única hija que realmente había estado a su cuidado?

Decidió que no animaría a Valeria a casarse hasta al cabo de muchos años. Si es que llegaba a hacerlo. Si Valeria declaraba su intención de no

casarse, a ella le parecería estupendo. Pero si llegaba el momento de que se celebrase un matrimonio, Valeria jamás estaría obligada a caminar por el pasillo de la iglesia hacia un novio que habían escogido para ella. No la ofrecerían como trofeo para cultivar las relaciones de los Habsburgo ni de sus gobernantes. «Deja que otros hagan la guerra; tú, feliz Austria, cástate.» No, su dulce niña no. Los años de esa consideración mercenaria del matrimonio por parte de los Habsburgo acabarían justo ahí. Valeria podría escoger a su futuro marido; en eso tendría el apoyo incondicional y la protección de su madre.

Consciente de que la madurez estaba a la vuelta de la esquina, agazapada tal vez en los primeros días del otoño, Sissi no se despegó ni un solo momento de Valeria ese verano. Su hija, descubrió, era una preciosa melodía que no dejaba entrever las siguientes estrofas. A veces Valeria era un misterio incluso para su madre, que la adoraba. Tenía la preciosa melena de su madre pero casi ningún otro rasgo suyo. Había heredado los labios, los ojos y el temperamento de su padre, algo más que sorprendente teniendo en cuenta que pasaba muchísimo más tiempo con ella. Tenía una forma directa y práctica de ver el mundo. Se dio cuenta de que Valeria adoptaba la misma expresión seria de Francisco cuando meditaba un asunto, y que su concentración se reflejaba claramente en las facciones que había heredado de él. Valeria se le antojaba muy madura para sus trece años, era muy pragmática, nada dada a arrebatos fantasiosos. A Valeria no le gustaba componer poesía como a ella, y tampoco mostraba especial interés cuando Sissi le leía en voz alta poemas de Shakespeare o de su poeta preferido, Heinrich Heine.

Con independencia de que no pudiera verse reflejada en su hija, nada, absolutamente nada podría disminuir el amor materno que sentía por ella. La niña a la que Rodolfo llamaba entre risas, con el ceño fruncido, la «pequeña favorita». La niña a la que Francisco una vez se refirió como la «única Habsburgo a la que ella quiere».

Sissi no corregía a su hijo ni a su marido cuando señalaban su predilección. Valeria era su favorita. Solo en ella había podido volcar su amor maternal y su cariño. Su principal misión en la vida era protegerla, asegurarse de que la niña se sentía querida. La felicidad de Valeria demostraba la equivocación de todos aquellos que habían afirmado, bien pronto en su matrimonio, que Sissi no estaba preparada para cuidar de sus propios hijos. Valeria echaba por tierra todo eso.



El invierno pilló a madre e hija de vuelta en Inglaterra; Sissi casi se sentía delirante de felicidad por regresar a Combermere Abbey. Le encantaban los enormes ventanales de su dormitorio y el paisaje que veía desde allí, el lago cercano y, tras él, el bosque. Incluso las oscuras habitaciones iluminadas con velas y los pasillos con sus corrientes le resultaban acogedores, llenos de los recuerdos de la anterior temporada de caza y de la compañía de la que disfrutó tras sus muros. Sobre todo, estaba deseando volver a ver la sonriente cara de Bay Middleton.

Sin embargo, cuando salió a cabalgar a la mañana siguiente para la primera jornada de caza, Bay no se encontraba entre los jinetes reunidos que charlaban entre risas.

Era un gélido y nublado día de febrero, con nubes bajas y un fuerte viento que dificultaría la labor de los sabuesos. Eso a ella le daba igual, le importaba bien poco que atraparan o no al zorro. Lo único que necesitaba para que la caza fuera un éxito era galopar tan rápido como corrían los perros y unas cuantas horas disfrutando de la compañía de Bay para ella sola.

Lord Spencer estaba hablando del tiempo y de las condiciones de la caza con un reducido grupo. Al ver a la emperatriz, se disculpó y se acercó a ella.

—¡Emperatriz Isabel! Cuánto me alegra ver que ha vuelto al lugar que le corresponde.

—Lo mismo digo, lord Spencer.

Sissi regaló su mejor sonrisa a su amigo, cuyas mejillas arreboladas tenían el mismo color que sus patillas. Bay habría llegado con él, ¿no? Miró de nuevo a los reunidos y buscó su chaqueta roja de montar, buscó la única cara que ansiaba ver.

—La hemos echado muchísimo de menos, emperatriz. Salir de caza nunca es lo mismo sin Su Majestad Imperial. —Spencer parecía un poco nervioso, no dejaba de mover las manos y de mirar de un lado a otro, a su caballo, a los campos y al cielo encapotado—. Va a hacer bastante frío —añadió antes de carraspear.

—Desde luego —repuso Sissi.

—Los perros lo van a tener difícil con tanto viento.

—Lord Spencer, ¿dónde está Bay? —preguntó Sissi, y oyó en su voz el pánico que había intentado ocultar en vano.

—Bay, ¡ay, sí, Bay! —Spencer tiró de sus guantes de piel—. ¿Se ha enterado de la inminente boda de Bay? ¿De que la señorita Charlotte Baird y él se van a casar este año?

A Sissi se le cayó el alma a los pies, pero se obligó a sonreír y contestó:

—No... no me había enterado de que habían fijado una fecha... Me alegro muchísimo por los dos.

—¡Desde luego! —exclamó Spencer, que pareció aliviado al ver que había comunicado la noticia y que la emperatriz se lo había tomado bastante bien.

—Tendré que darle la enhorabuena. —Sissi retorció las riendas en las manos—. ¿Cuándo se espera su llegada?

—¡Ah! —Spencer se cruzó de brazos—. Me temo que la organización del enlace no ha permitido a nuestro amigo el capitán Middleton escaparse esta temporada.

A Sissi empezó a darle vueltas la cabeza, como si el viento que azotaba los campos a su alrededor agitara también sus pensamientos.

—¿No... no va a venir?

Spencer se obligó a soltar una carcajada sonora.

—Hay que mantener contenta a la novia, como estoy seguro de que su marido, el emperador, bien sabe.

Sissi asimiló el golpe en silencio: Bay no la acompañaría esa temporada. Charlotte Baird había ejercido su autoridad como prometida. Bay, caballeroso como era... o tal vez habiéndose quedado sin excusas, se había plegado a sus deseos. Y en ese momento ella se encontraba sola y se enfrentaba a la temporada de caza en Inglaterra sin la persona que había convertido esos instantes en los más felices de su vida de un tiempo a esa parte.

—¡Pero no tema, emperatriz Isabel! —añadió lord Spencer en un tono forzado—. ¡Solo la dejaríamos en las mejores manos! He pedido al mayor Rivers-Bulkeley que sea su guía esta temporada.

En ese preciso momento un hombre a quien Sissi ni siquiera había mirado se acercó a pie. Se detuvo delante de ella, con los ojos clavados en el suelo helado y marrón. Sissi sintió que febrero se colaba por todo su cuerpo y convertía la cálida emoción anterior en una gélida corriente. Bay se iba a casar. Ese hombre iba a sustituir a Bay. Bay no se reuniría con ella esa temporada. Ni ninguna otra.

El hombre que estaba delante de ella —¿cómo había dicho Spencer que se llamaba?— era totalmente anodino. Carecía de la fuerte complexión de Bay. En vez de tener su presencia segura y arrogante, ese hombre parecía tan falto de entusiasmo que era de lo más insulso. Y mientras estaba ahí, aguardando a que la emperatriz se dirigiera a él, le temblaba el bigote.

Spencer cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Emperatriz Isabel, permítame que le presente al mayor Rivers-

Bulkeley.

—Mayor —saludó Sissi mientras deseaba indicar a su caballo que diera la vuelta y regresar a Combermere Abbey.

—Emperatriz Isabel. —El hombre le hizo una reverencia y la saludó en voz tan baja que Sissi casi no lo oyó.

Una vez en el campo, Rivers-Bulkeley demostró ser un jinete muy diestro. Spencer no la habría emparejado con él de no ser el caso. Sin embargo, ese era el único parecido entre Rivers-Bulkeley y Bay. Era tan aburrido como Sissi se había temido. Estuviera nervioso por su presencia o fuera nervioso por naturaleza, se mostró incapaz de gritarle órdenes. Mientras que Bay estaba siempre vitoreándola y gritando, guiándola a la hora de sortear los obstáculos con su estentórea voz y su humor irreverente, Rivers-Bulkeley parecía demasiado tímido para dirigirse a ella abiertamente.

De modo que cuando se acercaban a vallas y acequias, puntos en los que Bay habría gritado emocionado cosas como «¡Atáquelo de frente, Sissi! ¡Inclínese sobre la silla! ¡No me deje en evidencia!», Rivers-Bulkeley mascullaba con voz tímida, apenas audible, cosas como «Yo lo atacaría de frente, emperatriz».

Tras varias frases de ese estilo, Sissi dedujo que eran las órdenes guía de Rivers-Bulkeley y que ella debería hacer lo que él decía que haría de estar en su lugar. Esos comentarios timoratos eran lo más cerca que estaba de hacerle una sugerencia o de ordenarle algo. En un par de ocasiones Sissi no entendió lo que le decía y le gritó, frustrada, que hablase más fuerte. Rivers-Bulkeley parecía tan incómodo con ese emparejamiento como la propia Sissi. La tarde fue una sucesión de tensas y desagradables horas, tan deprimentes como los nubarrones del cielo. Por primera vez desde que puso un pie en las islas británicas, Sissi estaba deseando que acabara la jornada de caza.



Al día siguiente, en vez de enfrentarse a otra jornada como la anterior, Sissi se quedó en la cama y declaró que estaba enferma, sin fuerzas para montar a caballo.

—Decidle a Spencer que pueden salir sin mí.

—Emperatriz, debemos mantenerla calentita. —Ida extendió otra manta sobre la cama de Sissi—. En todos los años que lleva viniendo a Inglaterra, nunca jamás se había perdido una jornada de caza.

—No me encuentro bien.

—¿Mando llamar al médico?

—No.

—¿Qué le pasa, señora?

¿Cómo podía explicarlo? ¿Cómo contestar esa pregunta? No podía, de modo que ni lo intentó. Se limitó a dar vueltas sobre el colchón, con los ojos muy abiertos, mientras se preguntaba qué estaba haciendo Bay en ese momento. ¿Anhelaba estar junto a ella? Cerró los ojos y suplicó que el sueño la venciera y la llevara lejos unas horas.



Como si quisiera sumarse a su melancolía, el gélido clima de febrero se cernió sobre Combermere; la tierra se heló y el viento aullaba por los antiguos pasillos de la mansión. Ese hogar, que en otro tiempo a Sissi tan acogedor y cálido se le había antojado, comenzó a parecerse a la casa habitada por fantasmas que los lugareños decían que era. Pero hasta una casa llena de fantasmas era preferible a las partidas de caza sin Bay a su lado. De modo que se saltó varios días escudándose en el mal tiempo, aunque un poco de frío y de viento nunca le habían supuesto un problema.

Spencer, que al parecer se percató de la melancolía de Sissi, la invitaba a menudo al lugar donde se hospedaba para que cenara con él y con los Rothschild, de cuya compañía había disfrutado en temporadas anteriores. Sissi declinó la invitación tantas veces como pudo pero sin llegar a ofenderlo. Incluso la alegre mesa de Spencer se le antojaba aburrida sin Bay.

No dejaba de pensar, y de esperar, que Bay acabaría apareciendo. Cada mañana que Sissi se presentaba en el punto del que saldría la partida de caza, ataviada con sus mejores ropas de montar, confeccionadas con seda y con piel, por si ese era el día en que por fin Bay haría acto de presencia, se enfrentaba a una nueva ola de desesperación al ver que el tímido Rivers-Bulkeley la esperaba con la cabeza gacha. Pobre... no era culpa suya que no fuera Bay. No lo culpaba, pero detestaba verlo cada día. Sin embargo, tenía que agradecerle algo. Le agradecía enormemente que apartase siempre la vista en vez de mirarla a la cara, tal como hacía Bay. Así no veía las lágrimas que resbalaban por sus mejillas antes de que el gélido viento las congelara y dejara huellas cristalizadas en su pálida cara, sin asomo de sonrisa.

A medida que pasaban los días, Sissi tomó la decisión de que no se iría de Inglaterra sin antes hablar con Bay aunque fuera solo una vez. Pronto se casaría... y entonces seguramente ya no volvería a verlo. Tal vez esa fuera su última oportunidad. Pero ¿cómo conseguiría que fuera a verla si le habían prohibido cabalgar con ella? Decidió organizar una ostentosa cena, una

reunión que marcaría su última noche en Inglaterra. Le enviaría una invitación, y si Bay decidía asistir acompañado de su prometida, que así fuera. Lo único importante era verlo.

Se volcó en los preparativos de la cena con la misma pasión que había puesto en la práctica de la caza las últimas temporadas. Ya no le interesaba la silla de montar, pero la idea de ver a Bay encendía en ella un rayito de esperanza. ¿Acudiría? Aterrada por la idea de que rechazase la invitación, le pidió a Spencer que le suplicase en su nombre. Spencer le comunicó que Bay se había sentido honrado por la invitación y que, efectivamente, asistiría.

—Como una polilla a una llama, vendrá, emperatriz —predijo Spencer con una sonrisa amable.

Sabiendo que Bay estaría presente, Sissi dedicó toda la tarde a prepararse para la cena. Titubeó delante del vestidor durante casi una hora antes de escoger el vestido más deslumbrante que había llevado consigo, uno de color violeta de seda china. Indicó a Franziska que le perfumase el pelo con agua de rosas y se lo recogiera en un moño suelto que adornaría con diamantes y cristales. Los zafiros le adornaban las orejas y el cuello, y se dio un poco de colorete en las mejillas.

Cuando vio a Bay esa noche, tembló de puro alivio. Había ido solo, sin Charlotte.

—Bay. —Le sonrió y lo saludó en voz baja.

—Sissi.

Bay estaba allí. Charlotte, estuviera donde estuviese, seguro que hervía de furia, pero él estaba allí.

—Cuánto lo he echado de menos. Ha sido una descortesía permanecer alejado.

Bay le sostuvo la mirada de forma tan directa e intensa como recordaba.

—Y yo la he echado de menos a usted. —La miró con admiración y ella sintió que le ardía la cara.

—Debería estar muy enfadada, Bay. —Recordaba que una vez le dijo que le encantaba cómo pronunciaba su nombre.

—Por favor, no se enfade conmigo.

Bay se inclinó hacia ella y Sissi absorbió su cercanía y tuvo la sensación de que todo su cuerpo había vuelto a cobrar vida por su mera presencia.

«Resplandece siempre que Bay está presente.»

—Ya he sufrido bastante por el mero hecho de estar lejos de usted, Sissi. Si me castiga, no creo que sobreviva.

Bajó la mirada al oírlo, mareada por el alivio de saber que no era la única

que había sufrido durante esas semanas.



«Como una polilla a una llama, vendrá», eso era lo que Spencer había dicho, y había estado en lo cierto. El tiempo que habían pasado separados parecía haber aumentado la atracción entre ellos. Bay no se separó de Sissi en toda la noche, tan cerca de ella estaba que sus manos incluso se permitieron rozar de forma accidental la piel desnuda de sus brazos, su cintura o su espalda. Cada vez que ella sentía la calidez de su cuerpo, la cabeza empezaba a darle vueltas y se le llenaba de una maravillosa neblina de deseo. Se sentó a su lado durante la cena y concentró la conversación en él, sin importarle en absoluto lo que sus damas de compañía, Spencer o los Rothschild pensarán de su desconsiderada anfitriona.

Después de la cena, cuando los demás se trasladaron al salón donde María Festetics tocaría algún instrumento, Sissi y Bay, inquietos por la certeza de que la cena estaba a punto de terminar, pasearon por los pasillos de Combermere Abbey.

—¿Vamos en busca de Guillermo de Orange? —preguntó Bay mirando de reojo a Sissi.

Ella asintió con la cabeza.

Era una noche oscura y gélida, y la mansión parecía gemir a su alrededor, su vieja carcasa protestaba por el azote del viento inglés. A Sissi le daba igual el frío. Sus pasos resonaban por los antiguos pasillos iluminados por las velas; ambos los recorrían con risas al recordar el miedo de María Festetics por las bromas de Bay acerca del fantasma.

—Además, si el viejo Guillermo levantara su esqueleto de la tumba para atormentar a alguien, dudo mucho que visitara a María. Querría verla a usted, Sissi.

Cada vez que estallaban en carcajadas, cada vez que sus ojos se encontraban con una mirada elocuente, ella ansiaba que la cogiera de la mano. Quería que la tomara entre sus brazos y la metiera en una de esas habitaciones oscuras, que la tumbara en la cama y que... Parpadeó y se detuvo con una mano apoyada en la pared. Bay se paró a su lado.

—¿Se encuentra bien?

—Sí... —contestó ella con una sonrisa débil—. Solo un poco mareada. Tal vez me haya pasado con el vino durante la cena.

Él esbozó una media sonrisa.

—Sí, tal vez haya sido el vino.

Cuando echaron a andar de nuevo, Bay retomó la incesante cháchara y le habló del caballo que acababa de comprar, un purasangre de nombre Domino. A Sissi en ese momento le importaban un comino sus caballos.

—¿Cómo está Charlotte? —preguntó cuando los celos ganaron la partida. Quería ver su reacción. Quería exorcizar el fantasma de Charlotte, que se interponía entre ellos; sabía que supondría una amenaza mientras no se enfrentase a él.

La reacción de Bay al oír el nombre de su prometida fue bastante extraña. Se detuvo, cerró los ojos un momento y después se volvió hacia Sissi.

—Ahora mismo está enfadada conmigo —dijo con voz monótona.

Sissi echó a andar de nuevo y Bay se colocó a su lado.

—Espero que sea un enfado pasajero —dijo ella con la vista al frente, en el pasillo en penumbra, mientras esperaba su respuesta conteniendo el aliento.

Bay meneó la cabeza.

—Me perdonará. Es una muchacha muy paciente y tolerante. —Acto seguido, miró a Sissi y agitó la mano entre ellos—. Es obvio.

A Sissi se le antojó muy raro ese comentario y el corazón le dio un vuelco. ¿Quería decir Bay con eso que había algo entre ellos, algo maravilloso e innegable, y que la pobre y paciente Charlotte Baird lo sabía? ¿O quería decir que lo que estaban haciendo estaba mal y que le provocaba un sentimiento de culpa aprovecharse de la tolerante muchacha? No sabía lo que Bay pensaba ni lo que sentía... por ella, por Charlotte y por sí mismo. Habían mantenido una estrecha relación durante años, pero él nunca se lo había revelado.

Tragó saliva con dificultad y se obligó a mantener la voz calmada.

—¿Eso quiere decir que mañana volverá junto a su prometida y le suplicará que lo perdone?

Bay asintió con la cabeza una vez y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

Sissi se detuvo de repente y apoyó la espalda en la pared. La piedra estaba muy fría contra la piel desnuda de sus brazos, sus hombros y la nuca. Por encima de su cabeza, la llama de una vela titilaba y hacía que el mundo se estremeciera; Sissi cerró los ojos. Se le formó un nudo en la garganta y tuvo que cubrirse la cara con las manos cuando las lágrimas hicieron añicos su autocontrol.

Bay, que al parecer no sabía qué hacer, permaneció callado mientras ella lloraba.

—Y mañana... —dijo Sissi al cabo de un rato mientras intentaba controlar

las lágrimas—, mañana yo volveré al cautiverio.

Bay cambió de postura y la miró de frente. Se colocó delante de ella, que seguía apoyada en la fría pared. No habló, tampoco la tocó, pero su cuerpo estaba tan cerca que, incluso con los ojos cerrados tras las manos, Sissi percibió su presencia, su proximidad. Poco después, Sissi bajó las manos, se secó las lágrimas y abrió los ojos. Bay estaba enfrente de ella, con los brazos levantados y las manos apoyadas en la pared; la tenía acorralada, y su intensa mirada la taladraba a escasos centímetros de distancia. Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

Él fue el primero en hablar.

—Si estuviera en mi mano... Si pudiera, yo... —Suspiró y dejó la frase en el aire—. ¿De verdad está tan apenada?

—Siempre me apena marcharme. —Se enjugó las lágrimas de las mejillas—. Pero al menos en el pasado me iba con unos recuerdos maravillosos, los suficientes para soportar la tristeza que me aguarda en Viena. —Inspiró hondo para no echarse a llorar de nuevo—. Pero este año, sin usted, ni siquiera tengo eso.

—Sissi, ¿qué espera de mí? —Bay gimió y se pasó una mano por el pelo castaño cobrizo. Seguía a escasos centímetros de ella, pero su mirada abandonó su cara y admiró su cuerpo—. Han pasado años. —Hablaban con voz pesados, llena de... ¿De qué? ¿Anhelo? ¿Frustración? La miró de nuevo a los ojos—. Los dos sabemos lo que podemos ser para el otro... y lo que no podemos ser. ¿Cuánto tiempo espera alargarlo?

Tenía razón, Sissi lo sabía. Estaba casada con el emperador y él estaba comprometido con Charlotte Baird. Su... amistad... se había vuelto insostenible. Por supuesto que debía dejarle vivir su vida. ¿Cómo podía explicar hasta qué punto llegaba su egoísmo? ¿Cómo explicar que aunque no podía tenerlo ni entregarse a él, no quería que nadie se lo quitase? No era justo, lo sabía. Sin embargo, ¿cómo iba a dejarlo marchar?

—Bay, estos meses son... —¿Iba a decirle que vivía todo el año para esos pocos meses robados con él?—. Estos meses son los que me hacen soportar el resto del año.

Bay reflexionó, tomó una honda bocanada de aire y soltó un suspiro.

—Sissi, no puedo vivir para unos pocos meses robados cada año.

Esas palabras fueron como un mazazo; una ráfaga de aire se coló por el pasillo y apagó la vela que titilaba sobre ellos. Sissi cerró los ojos y asimiló lo que acababa de decirle en la oscuridad del silencioso pasillo. Lo que tenían, esa peligrosa danza con la que se habían estado engañando, ya no era

suficiente para él y estaba decidido a encontrar algo más. Se casaría con Charlotte Baird, y ella, Sissi, se alejaría de su vida como una ola que rompía en la orilla y retrocedía de nuevo mar adentro. Él escogía el camino que mayor satisfacción le reportaría, el que le brindaría una vida acomodada. Pero ella... ella no podía esperar hacer lo propio. Tomó sus decisiones décadas atrás; su vida estaba trazada y recorría un camino que nunca había terminado de comprender.

Estaba celosa, no solo de Charlotte Baird, sino también de Bay. Seguiría con su vida sin ella. Podía hacerlo y lo haría; ella, en cambio, no disfrutaba de la misma libertad. Miró hacia el pasillo a oscuras que se extendía en ambas direcciones. La mansión estaba compuesta por un laberinto de pasillos, antiguos y misteriosos, que habían recorrido cientos de pies, tanto de los vivos como de los muertos. Se estremeció al darse cuenta de que tal vez no solo sería en esa mansión donde se sentiría atormentada a partir de entonces.

XII

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

Mientras monta guardia a las puertas de su hotel, la noche suiza se oscurece aún más y él piensa en un momento del pasado. La ha visto antes, recuerda. En una ocasión. En un polvoriento camino del este de Francia. En aquel momento ignoraba quién era, solo sabía que era una aristócrata, bien vestida y rodeada por un sinfín de asistentes presumidos. La vio en un camino donde él estaba trabajando con un grupo de peones, cavando una zanja. Ella caminaba... por placer. Porque todo lo que los pobres hacían por necesidad los ricos lo hacían por placer. Seguramente fue en uno de esos lujosos viajes en que alquilaba castillos y montaba a caballo por el campo.

Cuando ella pasó a su lado, él se acercó; extendió la mano y suplicó:

—Señora, ¿me da una moneda con la que comprar algo para comer? El trabajo aquí ya ha acabado y no tengo jornal.

Ella se detuvo, paralizada, y lo miró con esos ojos almendrados de expresión suave. Tan suaves como la miel. Cálidos, incluso. Pero antes de que tuviera oportunidad de contestar, un guardia de gesto altivo se adelantó y levantó un brazo para golpearlo.

—¡Atrás, escoria!

Una dama se colocó delante de ella y farfulló que debían seguir adelante.

—Estos mendigos locales no muestran el menor respeto.

Y ella asintió con gesto ausente en dirección a la dama. Siguió caminando con paso vivo y no se volvió a mirarlo.

En aquel momento deseó que se muriera de hambre. Que algún día conociera un hambre como la que él tenía. Que todos ellos, la dama arrogante, el guardia cruel, incluso la dama amable de ojos suaves como la miel, conocieran el dolor y la privación. ¿Qué derecho tenían de poseer todas esas riquezas que llenaban su vida? ¿Acaso habían trabajado duramente alguna vez? ¿Acaso se habían ganado el pan? No, no y no. Solo los que trabajaban debían comer.

Capítulo 12

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena
Primavera de 1884*

—No puedo comer. —Sissi suspiró y agitó una mano sobre la mesa—. Retira si quieres el desayuno.

Se encontraba en la «Capilla de la Equitación», un salón recibidor bastante amplio, adyacente a su dormitorio, que había convertido en una especie de capilla privada o museo. En ese lugar había reunido los distintos recuerdos que había traído de sus felices días pasados en Inglaterra e Irlanda. Las paredes estaban llenas de retratos de sus purasangres ingleses y de paisajes de la verde campiña por la que había cabalgado. También guardaba allí los diarios que escribía, así como otros pequeños recuerdos: sus guantes de montar o el trébol de cuatro hojas que Bay le había regalado.

«Bay.» Aunque no había ningún retrato suyo en las paredes, estaba muy presente en esa estancia sagrada. Tal vez fuera tanto un altar para consagrar su figura como para conmemorar aquellos alegres días de caza con los sabuesos ingleses. Para recordarle que sí, que Bay Middleton había existido. Bay, cuya pérdida significaba que también había perdido Inglaterra. No podía regresar, no sin él. No después de que Bay hubiera convertido a Charlotte Baird en Charlotte Middleton.

—Vamos, emperatriz Isabel, no soporto verla tan desanimada. —María Festetics trajo por el salón recolocando libros y limpiando el polvo de los marcos dorados—. Hace un día precioso. ¿Qué le parece si damos un paseo por el Tiergarten? Le encanta ese parque en primavera, cuando está en flor.

Como si quisiera que la alegre influencia de la primavera inundara la estancia, María atravesó la Capilla de la Equitación y abrió una de las ventanas para que entrara la brisa fresca.

Sissi se volvió hacia su dama de compañía y sonrió agradecida, aunque negó brevemente con la cabeza.

—No soporto la idea... La multitud. Todos señalando, mirando y gritando vulgaridades.

—Podríamos montar en el carruaje cubierto e ir a...

La sugerencia de María fue interrumpida por un estruendo: una especie de pistoletazo, seguido del espantoso alarido de un niño o de un gato, y más disparos mezclados con los gritos roncacos de un hombre. Sissi se levantó y corrió hacia la ventana para descubrir el origen del alboroto. Una cosa era oír a la siempre presente guardia imperial marchando por el patio o realizando el cambio de guardia, pero no estaba acostumbrada a semejante escándalo.

—¡Por Dios! ¿La guardia está en guerra? —Sissi miró hacia el patio. Allí, para su asombro y espanto, no vio a la guardia, sino a Rodolfo, plantado delante del cadáver de lo que parecía ser un gigantesco gato montés—. Que Dios me ayude, ¿ese es...?

—El príncipe heredero. —María estaba a su lado, mirando por la ventana.

—¿Y ese es uno de los gatos monteses del zoológico imperial? —preguntó Sissi, que entrecerró los ojos.

—Emperatriz, me temo que está en lo cierto.

Ambas vieron cómo Rodolfo apuntaba con su rifle al animal muerto. Un último disparo resonó en el patio, si bien el felino ya no protestó. La sangre manaba del cuerpo del animal y se extendía sobre los adoquines. Rodolfo gritaba, se reía como un demonio que bailara alrededor de una hoguera levantando el rifle sobre su cabeza. Los guardias lo miraban desde las garitas con su habitual expresión estoica pero muy blancos.

—¡Lo pillé! ¡Lo maté! —Rodolfo soltó un grito de alegría, arrastraba las palabras por efecto del alcohol.

Sissi asimilaba horrorizada la escena; Rodolfo había ordenado que le llevaran uno de los gatos monteses del zoológico al palacio para poder matarlo a sangre fría. Pero ¿por qué? ¿Cómo era posible que su hijo buscara semejante entretenimiento? Ella cabalgaba para cazar zorros y su marido perseguía ciervos en el bosque, sí, pero eso era excesivamente cruel.

—Apártese de la ventana, emperatriz. —María la rodeó con los brazos—. ¿Por qué no se sienta?

Sissi dejó que la guiara hasta un mullido sofá mientras un torbellino de pensamientos se agitaba en su cabeza. Por más que lo intentara, no lograba comprender la brutalidad irracional que su hijo acababa de exhibir. ¿Qué lo impulsaba a hacer algo así?

—Es que... es tan infeliz... —dijo con un hilo de voz—. Y casarse con Estefanía ha sellado su destino.

¿Le estaba ofreciendo esa explicación a María o a sí misma?

¿Podía culparse a alguien que no fuera él mismo de ese comportamiento,

extraño y a veces incluso sádico? Era evidente que el matrimonio no funcionaba, tal como ella había presagiado. Apenas se había secado la tinta en el documento donde se anunciaba el enlace y Rodolfo ya había volado del lecho conyugal para instalarse en sus aposentos del palacio de Hofburg. Ni siquiera el nacimiento de su primer hijo, una niña llamada Isabel María, había sido motivo de felicidad para el matrimonio. De hecho, poco antes Rodolfo había abandonado la corte, aconsejado por los médicos, para tratarse unas dolencias definidas como «infección de orina» y «reumatismo», enfermedades que tanto Sissi como los demás sabían que se las había contagiado alguna de sus numerosas amantes y cuyo diagnóstico más exacto era «gonorrea». Porque las amantes eran muchas: actrices, duquesas, cortesanas tan vulgares que pedían a los secretarios imperiales la remuneración de sus servicios si Rodolfo no las recompensaba. El comportamiento de su hijo era tan infame que ni siquiera ella, que se mantenía bien alejada de los cotilleos de la corte, podía evitar enterarse de los rumores que corrían sobre él. Francisco no soportaba mirar a su heredero y apenas tenían relación.

—Emperatriz, ¿y si hablara con él? —sugirió María Festetics; su titubeante voz hizo que Sissi dejara sus cavilaciones y regresara al presente. A un lugar bajo cuya ventana Rodolfo seguía riéndose como un loco sobre su víctima.

Sissi miró aturdida a su dama de compañía.

—¿Qué has dicho, María?

—Rodolfo. El príncipe heredero. ¿Y si Su Majestad Imperial hablara con él?

Sissi la miró con atención y se percató por primera vez de que el rostro de María había perdido la lozanía de la juventud. Su piel había perdido elasticidad, se le habían hinchado las mejillas y tenía una maraña de arrugas alrededor de los ojos. ¿Acaso no había límite para los estragos causados por el paso del tiempo? Suspiró mientras María seguía hablando.

—Si el príncipe heredero es tan infeliz, tal vez pueda ofrecerle algún consuelo, emperatriz. Servirle de paño de lágrimas para que confiese sus problemas. Ofrecerle algún consejo que pueda ayudarlo a encontrar cierta paz. Siendo su madre, debería ser capaz de...

—No —la interrumpió Sissi meneando la cabeza—. No. No interferiré en sus vidas, en su matrimonio. Hice esa promesa el día que ellos pronunciaron sus votos. No les haré lo que Sofía me hizo a mí.

—Pues no hable con Estefanía —replicó María, que demostró un arrojo

inusitado al continuar con el tema de conversación—. Hable solo con su hijo. Creo que es un muchacho... un hombre... un hombre bueno. Tal vez nadie lo comprenda y ese sea el problema. Tal vez necesite que alguien lo guíe de vuelta a... En fin... —Los ojos de María se clavaron en la ventana abierta bajo la cual Rodolfo se vanagloriaba de haber matado al gato montés.

Sissi se preguntó si María estaba pensando lo mismo que ella. Si cuando era niño, el tutor sádico que tuvo lo encerró en una jaula con esos mismos gatos monteses, aterrorizándolo. No era de extrañar que deseara matarlos.

Sissi suspiró.

—Ese daño se hizo hace mucho tiempo, María. Era muy joven y yo carecía de autoridad. Culpo a Francisco y también a su madre. Espero que Dios sepa que la culpa no recae sobre mis hombros.

—Pero no es demasiado tarde, emperatriz. Rodolfo..., piense en él. ¿No recuerda al niño dulce que fue? ¡Caray! Yo recuerdo aquella época en la que era capaz de arrancarle una sonrisa que iluminaba una habitación como el sol. Son iguales, emperatriz. Rodolfo es muy sensible. Capaz de demostrar gran ternura.

—Ay, María, sí que es como yo. ¿No te das cuenta? Ese el problema. Rodolfo es como yo. Está hecho para ser libre. Y puesto que esa opción es imposible, jamás será feliz. No puedo hacer nada. Lo descubrí hace mucho tiempo.

Después de tantos años, sabía muy bien lo que María estaba pensando. Lo dejó claro con un triste ceño fruncido, si bien se guardó de añadir nada más. María pensaba que ella, Sissi, estaba siendo egoísta. Egoísta y despegada. Que estaba usando a su suegra, sus antiguos rencores, las cicatrices del pasado, para justificar el hecho de que no presentaría batalla. Que carecía de la energía para pelear de nuevo contra los Habsburgo, contra la corte y sus asfixiantes reglas, contra «la manera de hacer las cosas». Su propia infelicidad la tenía tan abrumada, tan incapacitada, que le impedía intervenir, le impedía ser una buena madre para un hijo que saltaba a la vista que era tan infeliz como lo había sido ella.

Pero ¿quién podía culparla? Rodolfo no era la única persona desgraciada en la corte. No era el único al que vituperaban. Hacía poco tiempo que había llegado a sus oídos el último cotilleo que circulaba entre los cortesanos sobre ella. Que Nicky Esterházy era su amante. Que iba a la capital y se colaba en el palacio de forma ilícita para visitar a la emperatriz. Que se disfrazaba de sacerdote para poder entrar en sus aposentos y tener citas clandestinas y depravadas.

—Y lo que es peor, María, ¡dicen que tú eres cómplice! Que nos vemos en tu dormitorio, lejos del resto de mis asistentes, mientras tú montas guardia en la puerta.

—Emperatriz, es tan repulsivo que no alcanzo a entenderlo —dijo María cuando Sissi la informó sobre el rumor—. No permita que eso la afecte.

Pero por supuesto que la afectaba. Ese último rumor, sumado a sus nuevas dolencias físicas, que consistían en un dolor tan fuerte en las articulaciones y en la espalda que algunas noches no podía dormir, la habían convencido de que debía alejarse de la corte.

—Esta corte no me sienta nada bien. Debo marcharme.

Pero ¿dónde podía ir en busca de paz?



—Cariño, vayámonos a Hungría un par de meses —le propuso Sissi a Valeria una semana después. Los días eran largos y calurosos, y empezaba a sentir más que nunca la comezón por abandonar la capital—. Añooro Gödöllő. Añooro su privacidad, su tranquilidad y sus paisajes agrestes.

Estaban sentadas a la mesa del desayuno, las dos solas, pero Valeria parecía más concentrada en el tazón de café que tenía delante.

—No quiero ir a Hungría —replicó por fin con voz inusualmente firme.

Sissi se enderezó en la silla y miró a su hija.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Odio Hungría.

Sissi no estaba preparada para esa respuesta.

—¿La... odias?

Valeria asintió con gesto serio mientras bebía café y no añadió nada más.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible que odies Hungría? El palacio de Gödöllő es el único lugar que podemos considerar nuestro hogar.

Valeria miró a su madre por primera vez esa mañana.

—Gödöllő no es mi hogar. No soy húngara. Aunque sé lo que dicen de mí. Los rumores que afirman que él es mi padre.

Sissi sintió que se le helaba la sangre en las venas. Sabía muy bien a qué se refería Valeria. Andrásy. Los rumores que circulaban desde su nacimiento, cuando la apodaron «la niña húngara». Lo que se decía en la corte: «Claro que Sissi ha decidido criar a su hija en Hungría, la niña nació allí y su padre es húngaro». Algo que no era cierto. Andrásy, Francisco y ella lo sabían. ¡Solo había que mirar a Valeria! Se parecía más a Francisco, tanto en sus gestos como en sus rasgos, que sus otros dos hijos juntos. Sin embargo,

que Valeria hubiera oído esos rumores tan maliciosos la enervaba. Deseaba ponerse a gritar, darle de puñetazos a cualquiera que hubiera sido tan vil como para irle con esos cuentos a una muchacha inocente. Pero ¿quién le había hecho llegar esa porquería venenosa?

En ese momento María Larisch entró en el dormitorio tarareando una alegre canción.

—¡Hola, emperatriz! Hola, Valeria. Buenos días.

Sissi sintió náuseas. ¿Habría sido la condesa Larisch? ¿Quién más tenía una relación tan cercana con Valeria? ¿Quién más podría haber tenido la oportunidad de susurrar semejante mentira? ¿Quién habría osado hacerlo? ¿Quién tendría tal desvergüenza? A medida que pasaba el tiempo, la desconfianza de Sissi por la condesa había ido en aumento. Había acabado pensando que Ida y María Festetics tenían razón desde el principio, que era una hipócrita que solo miraba por sus propios intereses. Sin embargo, temía dejarla marchar. La condesa Larisch sabía mucho. Había viajado con ella durante años, incluidos los viajes con Bay. Conocía a Rodolfo mejor que sus propios padres. Tal vez supiera cosas sobre Valeria, era una experta a la hora de sonsacar secretos y observar comportamientos. No podía permitir que esa mujer anduviera suelta por ahí. No, la mejor opción, la única, de hecho, era tenerla cerca e ir alejándola poco a poco. Pero debía hacerlo de tal manera que la condesa Larisch no se ofendiera, que no se percatara de lo que en realidad sucedía a fin de que no se volviera contra su señora. Y lo más importante de todo: tendría que asegurarse de que María Larisch no tuviera contacto directo con Valeria nunca más.

—Hola, querida —la saludó Sissi con voz almibarada—. Mi hija y yo estábamos hablando de un asunto privado. ¿Nos concedes un momento?

—Ah... bien... —La condesa titubeó un instante en busca de palabras—. Sí, sí, claro. —Hizo una genuflexión y salió de la estancia.

Sissi se volvió hacia su hija. Valeria sostenía el tazón de café en las manos y la miraba con expresión de sorpresa.

—Mamá, tú nunca despachas a la condesa.

Sissi habló en voz baja para que solo su hija pudiera oírla, por si acaso María Larisch estaba agazapada detrás de la puerta.

—Cariño, tengo ganas de estar a solas contigo. Estábamos intentando tomar una decisión importante. Muy bien, no iremos a Hungría. De todas formas no puedo montar a caballo a causa del dolor de espalda. Los médicos de la corte aseguran que es una dolencia llamada «ciática». Súmale el reumatismo y creo que debería ir a algún lugar donde pueda recibir

tratamiento. Me han hablado de un médico holandés que vive cerca de Amsterdam, el doctor Metzger, que trata pacientes aquejados de estas mismas dolencias. ¿Quieres que vayamos?

Valeria depositó el tazón y colocó las manos sobre la mesa, a ambos lados del tazón.

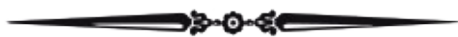
«Por Dios, cómo se parece a su padre cuando se pone a pensar con el ceño fruncido...», se dijo Sissi.

Valeria por fin alzó la mirada; seguía considerando la propuesta de su madre.

—¿Irnos a Amsterdam? ¿Y abandonar otra vez al pobre papá?

Sus preguntas fueron dolorosas puñaladas, pero Sissi se obligó a no pensar en eso. Suspiró y respondió:

—Ay, cariño, es verano. Papá sabe que nos gusta viajar en verano.



Sissi alquiló una villa a las afueras de Amsterdam, cerca de Zandvoort, un pueblo situado en la costa del mar del Norte. Durante las primeras semanas de su estancia se descubrió más animada, las noches se le hicieron menos interminables y logró conciliar el sueño. El paisaje marino, esa costa indómita, azotada por el viento, encajaba con su estado de ánimo inquieto. Visitaba al doctor Metzger de forma regular. Bajo su cuidado, el dolor de espalda y la inflamación de las articulaciones remitieron. Valeria y ella daban largos paseos por la playa, oyendo los gritos de las gaviotas y observando los grandes barcos de vapor que se alejaban hacia el inconmensurable horizonte.

El cielo casi siempre estaba cubierto por unos gruesos nubarrones grises que amenazaban con una perpetua lluvia, y siempre soplaba un gélido viento del norte. Por las noches, se sentaba junto al abrasador fuego de la chimenea, acurrucada con una manta de lana, leía las poesías de Heine en voz alta y a veces cogía papel y pluma para escribir sus propios versos.

Si Valeria no salía con ella de paseo, empleaba ese tiempo para soñar despierta y pensar mientras sus pies avanzaban a paso firme por la arena hasta quedarse sin aliento. Pensaba en Andrásy y en la vida que debía de llevar apartado del servicio público. Pensaba en Bay y se preguntaba qué tal le iría la vida de casado con Charlotte. Y pensaba a menudo en Francisco. En el incansable y entregado Francisco, que estaba en Viena, sentado a su enorme escritorio, enterrado bajo montones de documentos, mientras Valeria y ella huían de la corte siempre que podían. Se descubrió sintiéndose cada vez más culpable por la distancia que había puesto entre ellos. Por la facilidad con la

que a menudo lo abandonaba con sus interminables obligaciones. Antes jamás se sentía culpable. No desde que años atrás acordaron que tenía libertad para perseguir su felicidad como pago por los años de sufrimiento. Pero ahora la culpa estaba ahí y no la abandonaba, la lastraba como un fardo que estuviera obligada a llevar incluso en sus viajes más largos. Estaba segura de que en parte se debía a los constantes comentarios de Valeria. «Me pregunto qué estará haciendo papá hoy.» «Espero que papá no esté muy triste durante nuestra ausencia.» «Pobre papá, debe de sentirse muy solo.»

Desde que llegó a la adolescencia, Valeria era un enigma para Sissi. Durante toda su vida había estado a su lado. Sissi la había querido, la había protegido y la había mimado. Sin embargo, ella parecía albergar un afecto indefinible y una lealtad por su padre, de quien tan a menudo se alejaba. Tal vez esa fuera la mejor manera de amar a Francisco, concluyó Sissi. Tal vez en la distancia fuera imposible desilusionarse. Tal vez al mantener a su hija alejada de Francisco le había inculcado inconscientemente un amor profundo e idealizado por un hombre que en persona podía ser inflexible y frío. Fuera lo que fuese, el cariño de la niña por su padre persistía. Hablaba de él todos los días y expresaba a menudo su deseo de regresar a su lado. Al final del verano, Valeria la había convencido de que debían volver a Viena. Llegaron al acuerdo, por insistencia de Sissi y transigencia de Valeria, de que regresarían siempre y cuando en el viaje de vuelta pasaran por Baviera.

—Creo que le debemos una visita al primo Luis —dijo Sissi.

Algo en el paisaje desolado y agreste de Zandvoort y del mar del Norte la había instado a pensar a menudo en Luis durante esos meses de verano. Pobre Luis. La ópera de Wagner se había estrenado con gran éxito de crítica y de público, pero había llevado a la ruina a Baviera. ¿Cómo era posible que Luis permaneciera tan ajeno a la realidad?, se preguntaba Sissi. ¿Habían bastado los elogios y el reconocimiento del mundo para saciar por fin sus desquiciadas ansias de construir, gastar y crear?

Valeria, Sissi y el resto de su pequeño séquito llegaron a Neuschwanstein a finales del verano, justo cuando el aire de las montañas, perfumado por los pinos, anunciaba las primeras nieves. Un apuesto mozo de cuerdas abrió la verja para que pasara el carruaje y Sissi miró al frente con emoción. Había estado antes en ese lugar, pero la primera imagen del castillo seguía dejándola sin aliento. Su belleza era tan majestuosa e impotente como la recordaba. A su lado, Valeria gritó emocionada:

—¡Mamá, mira!

—Lo sé —dijo Sissi—. Increíble, ¿verdad?

Si bien el castillo era fascinante, su primo Luis provocaba el efecto contrario. Sissi se sintió profundamente incómoda. Luis las recibió en la puerta. Recordaba sus anteriores visitas, su primo apenas había podido contener la emoción de recibirla y se había mostrado entusiasmado mientras la guiaba por su hogar. En ese momento, sin embargo, las recibió con el rostro demacrado, mirada triste y expresión seria.

—Hola, Sissi. Adelante.

Por encima de sus cabezas aún estaba el letrero que daba la bienvenida al castillo (¡BIENVENIDOS, VIAJEROS! ¡DULCES DAMAS! ¡OLVIDAD VUESTRAS TRIBULACIONES! ¡DEJAD QUE VUESTRA ALMA SE RINDA A LA ALEGRÍA DE LA POESÍA!), pero las letras estaban descascarilladas y descoloridas, y la placa mostraba las señales del paso del tiempo y de los crudos inviernos en las cumbres de esas remotas montañas.

—Luis, querido, es maravilloso volver a verte.

Sissi se obligó a sonreír mientras abrazaba a su alto primo, pero puso fin al abrazo lo antes posible. Acababa de sentir un asomo de miedo. ¿La asustaba Luis? ¿O más bien temía por él? No lo sabía. No obstante, mientras analizaba la apariencia de su primo —tenía los dientes amarillentos y podridos por la falta de higiene y, escrupuloso como había sido con la vestimenta, llevaba una ropa demasiado estrecha y ajada— sintió que todo lo que lo concernía se hallaba en un estado de desorden y negligencia. Se echó a temblar al pensar que ese hombre había estado a punto de convertirse en el marido de su hermana. ¡Gracias a Dios que Sofía Carlota se había librado de ese destino! ¿Y si hubiera tenido que vivir con él todos los días en lo alto de esa cumbre aislada? Se arrepintió al instante de haber llevado a Valeria consigo, aunque la visita fuera corta. Miró a María Festetics, a Ida y al barón Nopcsa de modo elocuente con la esperanza de que la entendieran: «No os apartéis de mí en ningún momento».

—Adelante. —Luis la miró sin parpadear—. Ordenaré que se encarguen de los caballos y que tus lacayos coman algo en la cocina.

—Gracias, Luis. —Sissi lo siguió mientras se internaba en el castillo—. Pero no hace falta que se molesten con el carruaje. No vamos a pernoctar aquí, por desgracia.

Luis se detuvo y la miró con sus ojos color avellana.

—Pero me dijiste que os quedaríais.

Sissi se removió inquieta y alzó la vista hacia los altos techos. Se percató de que Valeria, a su lado, estaba fascinada por el castillo. Después, se inclinó hacia su primo y frunció el ceño con expresión contrita.

—Lo siento. Ojalá pudiera. Pero mi tiempo en Baviera es limitado. Francisco me quiere de regreso en Viena. Y le he prometido a mi madre que pasaría la noche con ella en Possi.

Luis se pasó la mano por su descuidado y canoso pelo, antaño tan castaño y lustroso como el suyo. ¿Se daría cuenta de que estaba mintiendo?

—Como gustes, Sissi.

Se encontraban en el vestíbulo principal y fue allí donde Sissi se sintió de nuevo pasmada ante el gigantesco tamaño del castillo. Y lo grande que debía de parecerle a Luis, que pasaba las noches allí solo. Su primo les ofreció un refrigerio y después Sissi sugirió dar un paseo. Mientras recorrían los jardines que rodeaban el castillo, Luis respondió las preguntas de Sissi sobre el estreno de *El anillo del nibelungo*. Le explicó que había sido un éxito arrollador en Bayreuth. Que había insistido en que Richard realizara una serie de interpretaciones especiales para él, representaciones privadas para poder disfrutar de la ópera en paz, lejos de los ojos curiosos de la multitud que de otra manera lo miraría asombrada y lo haría sentirse como si él fuera el «espectáculo en vez del espectador».

Sissi le habló de la mala salud de Rodolfo. De la recién nacida, Isabel María. De su estancia en Zandvoort.

—Luis, creo que te agradaría ir allí. A mí me ha encantado. Es un paisaje agreste y salvaje.

Luis dejó la mirada perdida en la distancia y después sus ojos regresaron a los muros del castillo y a Sissi, pero sin expresión. Como si estuviera esperando que apareciera alguien por algún lugar en algún momento. Cuanto más caminaban, más nervioso parecía él.

—¿Crees que algún día te gustaría ir a Zandvoort? ¿O visitarme en Hungría tal vez? —preguntó Sissi, tratando de tranquilizarlo.

Luis negó con la cabeza.

—No deseo abandonar mi palacio.

—No puedo culparte —reconoció Sissi—. Al fin y al cabo, es de una belleza indescriptible.

—Más bien se trata de que me da miedo el resto del mundo. Ese mundo feo, cruel y aterrador que existe fuera de aquí.

Sissi no replicó.

Al cabo de un momento, Luis le preguntó:

—¿Qué has hecho allí, en Zandvoort?

Sissi recorrió las vistas de Luis con la mirada, las montañas, los campos, el lago y las distantes cumbres nevadas.

—Bueno, es un paisaje totalmente distinto de este. Está a orillas del mar del Norte. Caminaba por la playa todos los días. Iba al médico. Recibía masajes con agua de mar. Leía. Escribía. De hecho —dijo al tiempo que se metía una mano en un bolsillo y sacaba un papel—, he escrito esto para ti.

Luis lo cogió y tras ponerse unas lentes leyó en voz alta:

Para el águila de las montañas, que mora entre las eternas nieves,
envía la gaviota saludos desde el marino relieve.

Luis lo leyó dos veces y soltó una alegre carcajada, momento en que experimentó un repentino cambio de ánimo.

—¡Me encanta! —Se rio de nuevo. Fue una carcajada estridente y aguda que reverberó en las montañas—. ¡El águila soy yo! ¡Y la gaviota eres tú!

Sissi continuó andando a su lado pero manteniendo cierta distancia. No sabía si la ponía más nerviosa la melancolía anterior o su repentina e inesperada risa histérica.

—Me pasaba horas contemplando las gaviotas —dijo con voz serena—. Nunca he visto tantos pájaros. A veces me descubría envidiándolos. Esa libertad..., el hecho de que cada gaviota pudiera alzar el vuelo y perseguir su siguiente aventura al otro lado del mar sin nada, ni nadie, que la detuviera.

Esperaba que él entendiera que le decía eso porque no era el único que sufría de soledad. Que no era el único que se enfrentaba a la desesperación, a lo que Heine había llamado *Weltschmerz*, la tristeza hacia la vida. Que ella también entendía lo que era la melancolía. Pero Luis no pareció captar el significado de sus palabras, porque cuando la miró, lo hizo con una expresión inquieta, nerviosa, y dio una palmada.

—Hablando del mar... —Se detuvo y miró por el precipicio el lago que se extendía bajo ellos, cuyo lecho había sido horadado por los antiguos glaciares que existieron en esas montañas—. ¿Qué te parece si damos un paseo en barca antes de que os marchéis?

Sissi miró hacia atrás; Valeria los seguía a poca distancia con María Festetics, Ida y el barón Nopcsa. Después miró de nuevo a su primo.

—¿Crees que cabremos todos?

Bajaron de la montaña en el carruaje de Luis y subieron a su barca privada. Era un apacible día de finales de verano sin viento, y el agua estaba extrañamente calma, como un espejo encajado entre las escarpadas cumbres alpinas punteadas de pinos. Luis remó hacia la lejana orilla y la barca avanzó por la serena superficie.

Luis canturreaba para sí mientras remaba. Era una melodía triste y

romántica; algo de Wagner, supuso Sissi. Valeria charlaba con María Festetics y con Ida, que iban señalando las distintas maravillas del impresionante paisaje. Sissi miró a su primo y la inquietud que sentía en las entrañas aumentó. Estaba deseando que ese paseo en barca acabara, despedirse de Luis y marcharse.

Entonces Luis la miró y sus ojos ambarinos la atravesaron, sus rasgos parecían vibrar mientras canturreaba. Sissi se removió en el asiento de madera y le preguntó:

—Luis, ¿qué estás tarareando?

—Es de Richard.

Sissi asintió con la cabeza.

—Richard... —siguió su primo, que la miraba fijamente— no está bien.

«Ni tú tampoco, Luis.»

—No nos queda mucho tiempo —añadió él.

Sissi tragó saliva; entrelazó y separó las manos sobre el regazo. Se obligó a hablar con voz serena y dijo:

—¿Tiempo para qué?

Sin dejar de remar, Luis sonrió. Una sonrisa febril y trémula.

—Caray, pues para continuar con nuestro divino trabajo, por supuesto.

—¿Con vuestra música?

Luis asintió con la cabeza.

—¿Hay más?

Luis asintió de nuevo.

—Es Richard. Claro que hay más; siempre hay más. Nunca acaba. Y el mundo lo necesita.

—Pero, Luis..., creía que..., he oído decir que te has quedado sin fondos. Has sido un mecenas muy generoso, pero tal vez deberías hacer una breve pausa en la financiación de sus obras para que tus ministros...

Luis levantó una mano grande, de dedos largos y finos, y la interrumpió.

—No, Sissi. —Zarandéo la cabeza. Fue un gesto espasmódico que le alborotó el canoso pelo—. Por favor, ¿no me digas que te vas a poner de su parte?

—Luis, no estoy de parte de nadie que esté en tu contra. Lo sabes. Lo único que deseo es que...

—No te pongas de su parte, no te pongas de su parte. Tú deberías entenderlo. Conoces lo divino, Sissi, sabes lo que debo lograr. Tengo un trabajo importante que hacer y no puedo depender continuamente de ellos.

Ese «ellos» se refería a sus ministros, los hombres que formaban parte del

gobierno de Munich, comprendió Sissi. Los hombres que recaudaban impuestos y pagaban los gastos del reino. Los hombres que habían alejado al rey Luis del tesoro bávaro, poniendo fin así a su ilimitado dispendio hasta que el gobierno fuera solvente de nuevo.

Cuando Luis habló otra vez, lo hizo con una serenidad siniestra, una suavidad áspera que logró que Sissi se sintiera aún más incómoda que con su reacción efervescente y ruidosa de momentos antes.

—Richard y yo nos estamos quedando sin tiempo.

Sissi oyó sus palabras, pero guardó silencio. Apartó la vista y miró hacia Neuschwanstein, donde el castillo se elevaba en la cumbre de la montaña como un cisne de piedra a punto de alzar el vuelo. Realmente era una visión arrebatadora. Luis había logrado la perfección. *El anillo del nibelungo* se anunciaba como la obra maestra de la historia de la ópera. Sus castillos eran las moradas más espectaculares construidas por un gobernante. Las obras de Luis despertarían la imaginación y emocionarían los corazones durante los siglos venideros, Sissi estaba segura. Sin embargo, quería seguir construyendo, gastando, creando aunque estaba en la bancarrota, aunque sus ambiciones lo estaban arrastrando al borde de la locura. Pero ¿había alguna manera de que una mente y un corazón como los de Luis entraran en razón? ¿Podría entrar en razón una mente imaginativa y un corazón soñador como lo eran los suyos? Sissi se volvió hacia su primo y se esforzó para que su voz sonase tranquila.

—Luis, ¿qué más crees que debes lograr?

—¿Qué más? —repitió la pregunta como una acusación, con mirada ardiente—. ¡Caray, pues todo!

—Pero has financiado los más hermosos castillos y óperas de tu tiempo. Y ahora te has quedado sin dinero, querido primo.

—Solo necesito diez millones más.

—¿Diez millones? —Sissi jadeó, incapaz de disimular su asombro. Gracias a los informes del barón Nopcsa y a las abiertas críticas de Francisco, sabía que su primo tenía una deuda de al menos diez millones de marcos. ¿Y aun así quería diez millones más?

Luis siguió, impertérrito:

—Pero me dicen que no puedo tenerlos. ¿Cómo voy a quedarme aquí sentado, cruzado de brazos, haciéndoles caso? Si les hubiera hecho caso, no habría construido esto nunca. —Señaló el castillo en la colina—. No le habría dado a Richard la libertad para... —Sollozó al pronunciar las últimas palabras y soltó los remos en el agua, perturbando la serena superficie del lago.

Sissi se volvió hacia Valeria para tranquilizarla con la mirada. María Festetics recogió los remos del agua mientras Luis lloraba. A la postre, cuando alzó de nuevo la vista con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—No permitiré que se interpongan en nuestro camino. No puedo. Mucho menos ahora. Tendré que despedirlos.

Sissi siguió su lógica con incredulidad.

—¿Despedir a tus ministros? ¿A todo el gobierno?

Luis agitó una mano y se encogió de hombros, como si fuera algo sencillo.

—Aquí tengo hombres capaces de trabajar mejor que ellos. Mis mozos de cuadra y mis peluqueros están mejor preparados. Entienden mi sagrada misión.

Sissi se inclinó hacia delante y colocó las manos sobre las de Luis.

—Ay, Luis, mi querido primo...

A Sissi le encantaba su romanticismo; admiraba sus sueños, sus deseos de crear belleza. Pero las mismas pasiones que lo habían impulsado a concebir semejante esplendor acabarían siendo su ruina, lo convertirían en un inútil incapaz de adaptarse al mundo. Sintió miedo por él.

Su inquietud, no obstante, tenía raíces más profundas, y en eso no podía engañarse. Al mirar a su primo, veía lo que ella podía llegar a ser si el tiempo la trataba de forma tan cruel como había hecho con muchos de los miembros de su familia. ¿No había sido ella siempre la más capaz de entender a Luis? ¿No era su padre, el duque Maximiliano, igual que su hija preferida en un montón de cosas? ¿No luchaba también él contra la indolencia que reinaba en su vida? Sissi sabía que las semillas de esa locura estaban latentes en su propio ser y amenazaban con brotar y convertirse en una enredadera estranguladora y paralizante.

Tras ese pensamiento, rezó en silencio, le suplicó a Dios no encontrarse nunca tan perdida como lo estaba su primo. Miró a su hija, una muchacha razonable y estable, y no pudo evitar sonreír. Menos mal que Valeria se parecía tanto a su padre, pensó por primera vez en su vida. De repente, deseó, al igual que su hija, regresar a casa junto a Francisco José.

Tercera parte

XIII

*l principio estuve a punto de rendirme.
reí que jamás podría aguantarlo. Sin embargo y pese a todo, he aguantado.
ero no me preguntes cómo.*

HEINRICH HEINE, cita que Sissi tenía en su escritorio

Capítulo 13

*Moravia, Austria-Hungría
Verano de 1885*

—Veamos. Está claro que ha conquistado al emperador de Austria-Hungría. Sabemos que es el marido más indulgente de Europa. Y le falta muy poco para conquistar mi fría sangre rusa. Pero ¿cómo reaccionará el impenetrable canciller alemán Bismarck a sus afamados encantos, emperatriz Isabel? — Con esas palabras, el zar Alejandro estalló en carcajadas que le salían de la barriga y su mirada se desvió de Sissi a Francisco, tras lo cual bebió otro generoso trago de vino.

Sissi y Francisco se hallaban sentados frente al zar y la zarina de Rusia en los jardines del palacio de verano de Kremiser, en la región septentrional de Moravia. Era una tarde calurosa de finales de verano; las fuentes borboteaban y los pájaros llenaban el jardín con sus trinos mientras saltaban entre los árboles y los parterres de flores. El reducido grupo disfrutaba de la velada a la suave luz añil del crepúsculo. Una vez que oscureciera, estaba programada la actuación de una pareja de actrices llegadas de Viena.

«Podría haber sido una noche agradable de no ser por la incómoda y pesada compañía», pensó Sissi.

Junto con los gobernantes austrohúngaros y rusos se encontraba el tercer integrante de la nueva alianza, el canciller Otto von Bismarck, en representación de los intereses de Alemania y sustituyendo al káiser, que estaba enfermo. A Sissi le maravillaba esa reunión, tan rara como incómoda. Años atrás jamás habría creído posible esa alianza. Pero una vez que Andrásy y su gobierno liberal se habían marchado de Viena, los nuevos ministros de Francisco lo habían convencido de la necesidad de que Austria-Hungría se alineara de nuevo con su antigua amiga Rusia al tiempo que mantenía los lazos con Alemania. Con un poderoso aliado a cada lado, al este y al oeste, Austria-Hungría estaría segura. Nadie osaría declarar la guerra a un miembro de semejante trío. Francisco había accedido. De ahí que en ese momento los tres líderes estuvieran juntos, brindando por la *Kaiserbund*, la

Liga de los Tres Emperadores, reunidos esa noche de verano para afianzar los lazos y acordar sus políticas exteriores.

Mientras los hombres hablaban de Inglaterra, de Francia y del lejano Estados Unidos, Sissi ansiaba que llegara la noche para que la actuación comenzara y el zar dejara de guiñarle groseramente el ojo. El gobernante ruso tenía una papada enorme y la cara hinchada bajo el escaso pelo rubio rojizo. Una barba espesa del mismo tono coloreaba sus orondas mejillas; el bigote, húmedo por el vino de su copa, tantas veces rellenada esa noche. A su lado se sentaba la zarina María, que era todo lo contrario que su marido. Tenía la cara alargada, una melena negra recogida en un moño tirante y ojos también negros. Al igual que Bismarck, ni sonreía, ni hablaba.

Tras heredar el trono después del asesinato de su padre, Alejandro, famoso por su paranoia, había viajado a Moravia con un gran despliegue de la guardia imperial rusa. Esos guardias de rostro severo se encontraban dispersos por el jardín, emplazados entre los frondosos setos, montando guardia junto a las rollizas estatuas de mármol de estilo barroco. Sus vigilantes ojos parecían indicar que temían un nuevo intento de asesinato en cualquier momento. Ese era también uno de los motivos por el que la *Kaiserbund* había elegido un lugar tan remoto y poco frecuentado del Imperio austrohúngaro para la celebración de ese encuentro. Viena, Berlín o San Petersburgo presentaban demasiados riesgos de seguridad.

Al igual que sus guardias, Alejandro llevaba el uniforme ruso, una gruesa chaqueta de color azul marino y dorado. Su amplio torso, cual un tonel, estaba cubierto de cintas y medallas. Condecoraciones heredadas, supuso Sissi, ganadas nada más nacer en San Petersburgo, no en la batalla.

Al lado del zar se encontraba el canciller Bismarck. Ese formidable ministro que antaño fuera el enemigo jurado de Francisco guardaba silencio. Sus ojos de mirada severa volaban entre Francisco y Alejandro como si calibrara sus fuerzas, por más que en ese momento ya fueran aliados. Aunque había perdido el pelo por encima de la frente y de las sienes, lucía un enorme mostacho. Llevaba el uniforme militar prusiano. El azul grisáceo de la chaqueta resaltaba el color de sus penetrantes y adustos ojos. Él era parco en palabras, pero su amigo ruso parecía todo lo contrario.

—Emperatriz Isabel, ¿sabe que el káiser alemán me hizo una confidencia en una ocasión? —siguió el zar Alejandro, que hablaba más alto y con más alegría con cada copa de vino.

—Majestad, si fue una confidencia, tal vez sea mejor que no la diga —respondió Sissi, tratando de disimular su aburrimiento.

Alejandro agitó una mano; era tan gruesa que parecía la pata de un oso.

—Me dijo que no podía mirarla durante mucho rato, emperatriz Isabel. Me dijo: «Enardece demasiado mi alma». —Con esas palabras, el zar soltó una estruendosa carcajada.

Bismarck bajó la mirada y apretó los labios por debajo del mostacho.

Sissi percibía la desaprobación de Francisco, prácticamente sentía cómo su cuerpo se tensaba por momentos. Si bien intentaba ser un anfitrión cortés, el coqueteo del zar estaba acabando hasta con su ilimitada paciencia. Sissi se inclinó hacia delante y dijo en voz baja:

—Majestad Imperial, ¿para qué quiero la admiración rusa o alemana cuando tengo el único corazón que consigue que el mío lata al ritmo del vals? —Miró a Francisco con ternura y él asintió con la cabeza a modo de respuesta. Esperaba que eso bastase para pararle los pies a Alejandro.

Era una farsa, pero solo Francisco y ella lo sabían. En realidad, ese verano habían llegado a cansarse de su mutua compañía casi tanto como lo estaba Sissi de esa espantosa cumbre con los dos líderes extranjeros. Francisco, que siempre afirmaba añorar a su mujer durante sus ausencias, se irritaba con frecuencia y se sentía ofuscado por la presencia de Sissi cuando pasaban juntos demasiado tiempo. No comprendía su nerviosismo, su necesidad de caminar por la naturaleza durante horas. Su deseo de pasar las noches sola, leyendo la deprimente poesía de Heine o hablando con María Festetics e Ida en vez de acompañarlo a las cenas de Estado.

A él, Sissi le parecía demasiado emocional y desconcertante; a Sissi, la vida al lado de Francisco le resultaba aburrida y excesivamente severa. Él la acusaba de soñar despierta y de evadirse de la realidad. Ella no entendía que él viviera con tan poca curiosidad e imaginación. Que soportara los días cuando los pasaba leyendo documentos, discutiendo asuntos gubernamentales con sus ministros y asistiendo a aburridas y formales cenas durante las cuales no mantenía ninguna conversación de interés.

Habían pasado las últimas semanas del verano tristemente juntos en Bad Ischl. Sissi ansiaba viajar a Hungría o realizar algún otro peregrinaje enriquecedor, pero Valeria, de forma inexplicable, se había puesto del lado de su padre. Sissi se había dado cuenta de que cada vez era más testaruda, se negó a viajar con ella y afirmó que la familia debía pasar un verano junta por primera vez en años.

Para lo que había servido... Allí estaba, sentada a finales del verano, aburrida como una ostra y percibiendo el alivio de Francisco porque la estación casi había acabado. Pronto se le permitiría regresar a Viena. Al

palacio de Hofburg, donde ambos sabían que se zambulliría con más ahínco en sus documentos, en sus reuniones y en sus deberes imperiales, y donde podrían pasar días enteros sin verse y sin discutir.

Sissi suponía que parte de la frustración de Francisco se debía a que no lo había invitado a regresar a su cama. Volvería a ella esa misma noche si le indicase que era una opción. Pero eso no iba a suceder. No cuando él, muchos años atrás, había metido a tantas mujeres en su lecho. No, Sissi llevaba más de diez años sin pensar en él de esa manera. La llama que había en su corazón, la chispa que calentaba su cuerpo y despertaba el deseo por él, se había extinguido hacía ya muchos años. Sobre todo porque sabía que él seguía buscando sus placeres con otras.

Lo mejor que podía ofrecerle era su compañía, pero hasta eso estaba demostrando ser un calvario aburrido y pesado. Quería hacer otro viaje. Disfrutar de otra aventura. Pero ¿cómo convencer a Valeria de que la acompañara y a Francisco de que se lo permitiera sin suscitar una discusión espantosa?

El cielo se cubrió de matices de rosa y se oscureció mientras los pájaros guardaban silencio y las luciérnagas hacían su aparición reflejando el brillo de las velas recién encendidas. Sin embargo, aunque la noche era agradable y la brisa mecía con suavidad la frondosa vegetación que los rodeaba, la conversación en torno a la mesa cesó. Alejandro, no encontrando a nadie que le siguiera sus bromas empapadas en vino, se entregó a su copa y se hizo un silencio incómodo. Al final, para alivio del pequeño grupo, se anunció la llegada de las actrices.

—Ahora sí que vamos a divertirnos, ¿verdad? —El zar Alejandro observó con obvio entusiasmo a las dos jóvenes que aparecieron acompañadas por los asistentes del palacio.

Había sido idea de Francisco. Las dos actrices habían llegado del teatro Imperial de Viena para interpretar una serie de escenas únicamente para esa reunión de los más altos dirigentes. Sissi, que la temporada anterior no había asistido al teatro, no conocía a las damas, pero las presentaron como Josephine Wessely y Katharina Schratt.

—Ah, sí, la señorita Schratt. —Francisco, sentado al lado de Sissi, expresó su aprobación—. Es muy buena. Interpretó magníficamente a Kate en *La fierecilla domada*. Intento no perderme ni una sola representación en el Burgtheater cuando ella es la actriz principal. —Hizo un gesto con la copa para indicar que le sirvieran más champán. Su actitud se tornó alegre mientras contemplaba a la joven actriz, cuyo pelo oscuro enmarcaba un rostro rollizo y

le caía suelto por la espalda.

Sissi se percató con sorna del repentino cambio en Francisco, de la rapidez con la que su malhumorado marido se había alegrado. Tan contento estaba que parecía un jovencuelo.

Resultó que ella misma no podía dejar de mirar a Katharina Schratt durante la representación. Reconoció junto con Francisco que sí, que la actriz poseía cierto carisma a la hora de actuar. No era una belleza, pero su figura voluptuosa y su piel marfileña resaltaban su forma de actuar tan femenina y atrayente. Fueron sus ojos los que más impactaron a Sissi. Eran grandes, brillantes e inocentes, y cuando sonreía, parecían rebosantes de la energía de la juventud.

El champán siguió corriendo mientras la oscuridad se extendía por el jardín y las damas interpretaban varias escenas de la obra de teatro. Bismarck, sin duda menos hablador que el zar, demostró ser capaz de beber tanto como él. Pero a diferencia de su compañero ruso, cuya lengua se iba soltando a medida que le rellenaban la copa, Bismarck se sumió en un silencio resolutivo según avanzaba la noche.

El borboteo de las fuentes en la oscuridad acompañaba las risas de los presentes que disfrutaban de la representación. Al final de esta, el zar parecía estar totalmente ebrio, al igual que Francisco, si bien este lo estaba por la encantadora actuación de la señorita Schratt. En ese momento Francisco hizo algo de lo más chocante y que no tenía precedente alguno: invitó a las señoritas Wessely y Schratt, ¡ambas plebeyas y actrices!, a sentarse a cenar a la misma mesa que tres de los gobernantes más poderosos de Europa. Las jóvenes, mudas de asombro, aceptaron con recato, y se colocaron dos servicios más en la mesa.

La noche era agradable y estrellada, el ruidillo del agua se mezcló con los estallidos de las botellas de champán al descorcharse y con la alegre conversación de Francisco. Sissi se dio cuenta de que, de repente, parecía tan relajado y feliz como el zar.

—La recuerdo bien, señorita Schratt. Interpretó a la protagonista en *La fierecilla domada* —dijo Francisco con una sonrisa a una sonrojada y muda Katharina.

Sissi observó la escena con una mezcla de asombro y extrañeza. Jamás había visto a su marido tan relajado, tan ajeno al protocolo dirigiéndose a una plebeya. ¡La había invitado a sentarse a su mesa, ni más ni menos!

A lo largo de la cena, Alejandro y Francisco lograron que la señorita Schratt les contara su historia, desentendiéndose casi por completo de la

pobre señorita Wessely. Llevaba casi diez años siendo actriz. Había probado suerte en los escenarios de Estados Unidos, pero había regresado a Viena hacía poco.

—¿Y existe... existe un señor Schratt? —preguntó Francisco con la vista clavada en los pliegues de su servilleta.

La joven bajó la mirada y respondió que estaba separada de su marido, una confesión que le provocó un intenso sonrojo.

Durante el transcurso de la noche, mientras Francisco le hacía preguntas respetuosas sobre su vida y sus actuaciones en Viena, el zar Alejandro comenzó a mostrarse mucho más atrevido con su oronda figura inclinada hacia la señorita Schratt. La actriz, sonrojada por el vino y por la calurosa noche, parecía abrumada por las atenciones imperiales que recibía.

A última hora, ahítos de comer y beber, disfrutaron de un espectáculo de fuegos artificiales. A través de la titilante luz de las velas y de los brillantes colores que se extendían por el cielo, Sissi vio que el gobernante ruso acercaba su enorme cuerpo al de la señorita Schratt. Durante un estallido de color naranja que se derramó sobre ellos, vio que la gigantesca mano del zar vagaba hasta colocarse en la parte baja de la espalda de la actriz. Un momento después vio la pálida y horrorizada cara de la joven, y habría escuchado su grito de protesta de no ser por los continuos estallidos de los fuegos artificiales.

Y después Sissi se volvió y se percató de la expresión de su marido, sentado a su lado. Francisco miraba a Katharina Schratt y al zar con la cara tensa, demudado por los celos.



A la mañana siguiente Francisco estaba de mal humor cuando se sentó frente a su mujer a la mesa del desayuno.

—Buenos días, Francisco.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

Francisco pasó por alto la pregunta, unió las palmas de las manos y las colocó delante de su plato.

—¿Sabes lo que he oído? ¿Sabes lo que me han dicho mis guardias esta mañana? Es algo preocupante.

Sissi enarcó una ceja y mordisqueó una tostada. Se fijó en la tirantez del rostro de Francisco, normalmente sereno.

—¿Qué has oído?

—Que Alejandro... —Pronunció el nombre como si fuera una enfermedad espantosa—. Anoche trató de entrar en la habitación de frau Katharina Schratt. ¿Te lo puedes creer? Es imperdonable.

Sissi dejó la tostada, atónita por la relevación de su marido.

Francisco continuó:

—Menos mal que anoche tuve el buen tino de enviar a un pequeño grupo de guardias a los aposentos de las damas. De no ser así, tiemblo al pensar... —Cortó un trozo de salchicha antes de añadir—: Convoco a esa pobre mujer para que actúe y mi invitado la trata con semejante rudeza. Estoy avergonzado..., es inexcusable.

Sissi carraspeó mientras Francisco proseguía:

—Y, después, al ver que no podría entrar en el dormitorio de frau Schratt, ¿sabes lo que hizo? Se plantó en la puerta y afirmó que estaba enamorado de ella. Y entonces ese desvergonzado hizo que su ayuda de cámara le entregara cien rosas y un collar de esmeraldas. ¡Y todo eso con su mujer durmiendo a poca distancia!

¿Era el agravio que había recibido frau Schratt lo que enfurecía a Francisco?, se preguntó Sissi. ¿O era algo muy distinto? Sus celos eran evidentes. Imaginaba lo celosa que debía de estar también la zarina María. Y después, para su enorme sorpresa, se percató de que ella no sentía nada parecido a los celos al ver a su marido encaprichado de otra mujer.



De regreso en Viena, con los sicomoros y los castaños en una cascada otoñal de rojos, naranjas y dorados, la corte imperial se instaló en el palacio de Hofburg para el inminente invierno. El Año Nuevo pasó en una nube de tensión familiar, ya que Rodolfo había sufrido poco antes una peliaguda caída montando a caballo. Aunque su vida no estuvo en peligro en ningún momento, el príncipe heredero estaba siendo tratado por los médicos de la corte con morfina y otros fármacos potentes, algo que a Francisco le parecía exagerado.

A medida que las gélidas garras del invierno se apoderaban de Viena, Sissi se percató de que su marido asistía con regularidad al Burgtheater, casi una vez por semana. Parecía haberse convertido en su fuente de diversión tras sus tediosas y sombrías jornadas. También se percató de que su humor empeoraba según pasaban los meses. A su habitualmente estoico marido le enfadaba cada vez más el desconcertante comportamiento de Rodolfo, la descortesía con la que Alemania trataba a sus aliados y la inestabilidad en las

regiones de los Balcanes.

De manera que Sissi tomó una decisión. Escribió a Katharina Schratt y le dijo que había disfrutado mucho de su actuación en Moravia y que tanto el emperador como ella admiraban mucho sus dotes de actriz. Concluyó la amistosa misiva preguntándole si sería tan amable de visitarla en palacio.

Frau Schratt, halagada, aceptó enseguida, y Sissi sugirió a Francisco que se reuniera con ellas en su salón recibidor la tarde que tendría lugar la visita. Al ver que su marido se pasaba los cuarenta y cinco minutos del encuentro sin apenas hablar y sonrojado, Sissi comentó que tendrían que reunirse, los tres, con más frecuencia. Varias semanas después devolvió la visita a la actriz, cuya casa se hallaba a las afueras de la ciudad.

—¿Cómo se le ocurre visitar a Katharina Schratt cuando es la actriz preferida del emperador? —le preguntó la condesa Larisch la tarde de dicha visita, y su olfato para detectar un cotilleo logró poner nerviosa a Sissi.

Habían regresado a sus aposentos y Sissi se estaba poniendo la bata tras anunciar su intención de cenar en privado y declinar la invitación de Francisco para asistir al banquete que se celebraba esa noche. Miró a la condesa disimulando el desagrado que le provocaba.

—Oh, mi marido admira las dotes interpretativas de frau Schratt solo porque yo las admiro. Le he dicho que quiero cultivar su amistad y que él, como marido galante que es, debería hacer lo mismo.

En verdad su plan era mucho más complicado, pero María Larisch era la última persona en la que confiaría.

Sí, quería cultivar la amistad de Katharina Schratt. Ella, Sissi, no podía ser la amante y la compañera diaria de Francisco. Por más que lo había considerado, simple y llanamente era incapaz de plantearse recuperar la intimidad con él. O de ser su consuelo diario, tal como debía ser una esposa. Francisco no la hacía feliz y, más importante aún, ella no lo hacía feliz a él.

Pero sabía que la paciencia de Francisco con la soledad había llegado al límite. Sus días eran ingratos y ansiaba algún indicio de normalidad doméstica al final de cada uno. Anhelaba la compañía de una mujer, disfrutar de un toque femenino en su vida. Lo necesitaba más que el simple revolcón que sus ministros podrían concertarle. Se sentía solo, quería dar afecto y recibirlo, aunque fuera a su manera pueril y rígida. Pero Sissi no podía proporcionarle lo que quería. No soportaba la idea de quedarse siempre en Viena. De llevar esa vida aburrida y de entregar su cuerpo como si fuera una yegua de cría sin otro propósito que producir más descendencia real. No, esos días habían quedado atrás. Quería viajar, explorar el mundo y conocer a

personas interesantes.

No obstante, sabía lo que significaría su ausencia y su abandono. Sabía que Francisco, si no recibía el amor de su mujer, lo buscaría en otro lado. Se sentía solo y vulnerable, y eso la llenaba de compasión y de ansiedad, pero nada que se pareciera ni por asomo a los celos. No podía permitir que se enamorara de una aristócrata de la corte. Eso era demasiado peligroso. Si se enamoraba de una aristócrata rica y poderosa, la dama podría establecerse como su rival. Incluso podría inculcarle a Francisco ideas peligrosas sobre la anulación y un segundo matrimonio. Eso supondría más herederos, un hijo varón que reemplazara al inestable Rodolfo. Algunos ministros de Francisco, hostiles hacia ella, tal vez se pondrían del lado de la dama. Había muchos cortesanos que preferirían tener una emperatriz más maleable y presente. Y había muchas damas de alcurnia dispuestas a ofrecerse para el papel. En cuanto a la prensa, en fin, la prensa vienesa podría ponerse en contra de ella y pedir su renuncia si se presentaba otra opción. En ese caso, ¿qué haría ella? ¿Qué haría Valeria?

No, si Francisco no iba a conseguir lo que quería de su esposa, y si era inevitable que buscara llenar su ausencia de otra manera, Sissi sabía que debía enamorarse de una mujer que no supusiera amenaza alguna para ella ni para su hija. Una mujer que le ofreciera consuelo doméstico y le permitiera a ella conservar su libertad sin suplantarla en la corte.

Y por eso Katharina Schratt era perfecta. Era todo lo opuesto a Sissi. Ella era esbelta y regia; frau Schratt era voluptuosa y suave, incluso poco sofisticada. Ella era aristócrata de nacimiento; frau Schratt era plebeya, una actriz, y nunca podría ser reina. Ella era complicada, sensible y desasosegada; frau Schratt era simple, sociable y tranquila. Y el hecho de que frau Schratt siguiera casada, aunque separada de su marido, era otra ventaja. Porque Francisco y Katharina nunca sopesarían la idea del matrimonio si para lograrlo tenían que romper dos votos matrimoniales previos.

Pasaron los meses. Sissi invitaba con frecuencia a Katharina Schratt a palacio. En más de una ocasión la emperatriz debía marcharse de inmediato de sus aposentos para atender algún imprevisto urgente, de manera que dejaba a su marido a solas con la actriz, que siempre acudía sin acompañante. Sissi se marchaba con algún comentario amable: «Por favor, Kathi, ponte cómoda. Cualquiera de mis cosas que te guste está a tu disposición. Quédate todo lo que quieras. Yo tardaré horas en regresar».

Mientras los tres formaban ese extraño pero armonioso trío, Sissi acabó de convencerse de que frau Schratt podía ser la clave para la felicidad de

Francisco y para su propia libertad. Podría mantener su independencia y seguir con sus aventuras sin que la culpa y el miedo la abrumaran por el hecho de dejar a su marido atrás. No era algo normal ni convencional, jamás habría imaginado que sería capaz de permitir algo semejante, pero, claro, pocos aspectos de su vida con Francisco habían sido normales o convencionales. ¿Lo importante no había sido siempre hacer lo que fuera necesario para que Francisco pudiera llevar a cabo su trabajo?



Y el plan de Sissi funcionó, pues en verano Francisco la liberó de nuevo y le dio permiso de buena gana para que escapara de la ciudad y viajara por toda Baviera durante los meses más calurosos del año.

—¿Seguro que no te importa? —le preguntó Sissi unos días antes de la fecha fijada para la partida.

—Mi querida esposa, aprendí hace mucho que tratar de que te quedes en la corte es tan complicado como impedir que un corcho de una botella de champán salga disparado.

Francisco lo dijo a modo de broma y, a juzgar por el brillo alegre de sus ojos, Sissi supo que estaba relajado. Se comprendían y, de nuevo, se habían concedido mutua libertad.

—Muy bien, Francisco. Gracias. Y, por favor, saluda de mi parte a Kathi cuando la veas esta tarde —añadió con una sonrisa para que su marido supiera que lo decía de corazón.

Valeria, viendo que su padre en los últimos meses estaba mucho más contento, había accedido a viajar con Sissi, de manera que en junio madre, hija y el séquito de la emperatriz se establecieron en la ciudad bávara de Feldafing, en una villa alquilada cerca de las orillas del lago Starnberg. Un lugar a poca distancia de Possi y de Neuschwanstein por si le apetecía pasar el día en cualquiera de los dos sitios. Sin embargo, a medida que pasaban las semanas, Sissi se descubrió reacia a visitar a Luis, siempre encontraba alguna excusa que justificara su negativa a ir a verlo. Se escribían casi a diario. Sissi sabía por sus misivas que Luis discutía por carta y por telegrama con sus airados ministros de Munich.

Queridísima Sissi:

¡El abuso continúa, querida prima! Ha llegado a un punto tan intolerable que he amenazado con disolver el Parlamento y gobernar en solitario desde Neuschwanstein. Tal como te dije, no puedo permitir que interfieran en mi sagrada misión, ni tampoco puedo continuar con esta farsa mientras esos supuestos ministros son tan competentes como un grupo de monos.

Reza por mí, aquí en mi montaña. ¡Querida prima, mi gaviota, deséale suerte a tu águila!

Cuando nos alineamos con la divinidad, es normal que el resto de este feo mundo no nos entienda y esté abocado a sentirse amenazado y a mostrarse hostil. Dicen de mí cosas espantosas, pero me mantengo firme en mi sagrado propósito. ¡No permitiré que me aten de pies y manos! ¡No permitiré que esos monos me digan, a su legítimo rey, cómo debo gobernar! ¡No necesito dar explicaciones! Sigo fuerte de espíritu, aunque estas agotadoras discusiones me hayan debilitado el cuerpo.

Siempre a tus pies, devoto y servil, tu primo,

LUIS

Antes de que pudiera redactar la respuesta, Sissi leyó las noticias del día y encontró varios artículos que explicaban la disputa del rey con Munich. El gobierno de Luis amenazaba con deponer al monarca y entregar la corona a un familiar de este. El apelativo de «el Rey Loco» ya no era un insulto que la gente susurraba en privado. Se había convertido en un alias usado con frecuencia. Sissi suspiró mientras miraba las angustiadas palabras de su primo y los artículos sensacionalistas de la prensa.

—El pobre Luis está sitiado —dijo. «Tanto por sus ministros como por sí mismo», pensó.

Se dijo que debía visitarlo. Los sentimientos que albergaba por su primo la llenaban de una mezcla de culpa, malestar y ansiedad. ¿Y si ella pudiera hacer entrar en razón a su primo? Pero acto seguido siempre oía una voz que le sugería cautela. ¿Era la voz de Francisco? ¿O la de Andrásy? ¿O era la voz de la firme sensatez de María Festetics? Tal vez fuera la voz de su sentido común, que le pedía cautela por su bien y por el de Valeria. «No es asunto tuyo», le decía la voz. «No podemos salvar a Luis porque él cree que no necesita salvación.» De manera que Sissi apartó los papeles con la esperanza de que la prensa del día siguiente fuera más benevolente con la espantosa situación.



El domingo de Pentecostés Sissi regresó a casa después de asistir a misa con Valeria. Era un agradable día de verano y el aire bávaro era tan claro y limpio como las relucientes aguas del lago Starnberg que se extendían ante ellas. Acababan de sentarse a cenar cuando el barón Nopcsa entró en el comedor sin que lo hubieran llamado; tenía cara seria y preocupada, y sostenía un telegrama en sus temblorosas manos.

Sissi dejó despacio el tenedor en el plato y respiró hondo para infundirse valor antes de preguntar:

—¿Ha tenido Rodolfo otro accidente?

—No, Majestad Imperial.

Eso la sorprendió.

—Entonces, ¿Francisco?

—Emperatriz, se trata de su primo, el rey Luis de Baviera.

—¿Luis? —Sissi le indicó que se acercara, cogió el telegrama y lo leyó rápidamente—. ¿Luis, destronado? —Miró al barón con gesto interrogante, esperando que él pudiera explicarle lo sucedido.

—Emperatriz, sus ministros de Munich han consultado a un comité de expertos médicos que han declarado al rey de Baviera no apto para gobernar. Ha sido unánime.

—¿En qué términos?

—Dicen que no es apto porque... en fin...

—Por favor, dímelo.

—Lo han declarado loco.

—El Rey Loco —dijo Sissi en voz baja, repitiendo el apodo que llevaba años oyendo. Sin embargo, que la amenaza de destronarlo se hubiera cumplido de forma tan repentina la sorprendía—. Destronar al legítimo rey es un hecho grave —dijo pensando en voz alta—, sobre todo cuando dicho rey no le ha ocasionado al país un daño trascendental. Desde luego que ha gastado a manos llenas, pero bien podrían haberlo refrenado. Otros reyes han gobernado durante mucho más tiempo haciendo mucho más daño. Luis no ha declarado guerras ni ha torturado a sus súbditos ni...

—Emperatriz Isabel, declaró su intención de disolver el Parlamento, de deponer a todos sus ministros. Los ministros sometieron el asunto a votación a modo de respuesta y fue unánime: lo han declarado no apto para gobernar y ha sido destronado de forma oficial.

La mente de Sissi era un hervidero de pensamientos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Majestad, no ha sido suspendido. Ha sido destronado. Es algo permanente. Luis ya no es rey de Baviera.

Sissi apoyó los codos en la mesa y dejó que el telegrama se le escurriera de los dedos.

—Entonces... ¿qué va a ser de él?

—Ha sido trasladado de Neuschwanstein al castillo de Berg, donde los ministros han enviado a un equipo médico para que lo examine. Le han pedido que se quede allí, mientras el equipo médico lo somete a ciertas pruebas y tratamientos.

—Pobrecillo. Debería invitarlo a que se venga aquí en vez de quedarse en

Berg. Seguro que necesita compañía.

—Le han... pedido que se quede allí, de momento.

—¿Le han pedido que se quede allí?

—Se lo han ordenado, podría decirse.

—Así que lo han condenado a arresto domiciliario —dijo Sissi, con el cuerpo en tensión—. Bueno, en ese caso, como mínimo tendré que ir a verlo. Hoy. Que preparen el carruaje.

—Señora..., me temo que eso es... —balbució el barón Nopcsa— no solo desaconsejable, sino también imposible.

Sissi enarcó una ceja, exigiendo más explicaciones.

—Majestad, hay guardias. Tanto para garantizar la seguridad del rey..., de Luis, como la de los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Temen que él o que aquellos que le son leales intenten llevar a cabo una resistencia armada a su destronamiento. Que traten de crear un ejército que lo restituya como rey.

Sissi frunció el ceño y replicó, pensando en voz alta:

—Eso es una locura absoluta. Luis puede ser un excéntrico, pero está lejos de ser una persona violenta. Por Dios, si no tiene ni idea de cómo liderar un ejército.

El barón Nopcsa se removi6.

—Su Majestad lo conoce bien, por supuesto. Esperemos que los médicos, después de visitarlo, lleguen a esa misma conclusión y dictaminen que todo ha sido un error.

—Dios permita que eso ocurra hoy mismo —repuso Sissi, que clavó la vista en la mesa, sintiéndose incapaz de prestarle ayuda a su primo. Tal vez escribiera a Francisco para pedirle consejo sobre cualquier cosa que pudiera hacerse desde Viena—. Y... ¿quién gobernará en su lugar?

—Bueno. —El barón cambió el peso de un pie a otro—. Puesto que su hermano, el príncipe Otón, fue declarado legalmente loco y vive encerrado... la corona no puede pasar a sus manos.

—No —convino Sissi, que tenía la garganta seca como el pergamino.

—Los ministros han invitado al tío de Luis, a Leopoldo, para que ejerza de regente de Baviera.

Sissi se sentía un tanto mareada. «Qué lío», pensó. Para Baviera. Para Luis. Para toda su familia. Ay, ¿quién decía que ser miembro de la realeza era una suerte?

—Esto es todo... Gracias, barón.

Su secretario hizo una reverencia y se marchó. Sissi miró la mesa dispuesta pero descubrió que se había quedado sin apetito.

Salió de la casa y se detuvo a contemplar en soledad el lago Starnberg, bañado por la luz del sol. Eran los días más largos del año, el sol no se ponía hasta pasadas las nueve. Sissi siguió allí, inmóvil, mientras el cielo se teñía de pinceladas rosas y anaranjadas. Hasta que por fin la envolvió la aterciopelada noche. Aun así, siguió contemplando el lago, impotente y angustiada por su atribulado primo. En algún lugar cercano, a pocos kilómetros de distancia de la orilla donde ella se encontraba, estaba Luis en su prisión palaciega de Berg. Arresto domiciliario para el rey que había ofrecido al mundo los castillos más hermosos y las óperas más aclamadas. Bueno, al menos se hallaba en uno de los lugares de la tierra que más le gustaban, pensó. Sin embargo, solo y rodeado de guardias que una vez le fueron leales, incluso ese lugar debía de parecerle el infierno. El pobre y sensible Luis, tan inocente e ingenuo como un niño... ¿qué pensaría él de todo eso?

—¡Ay, Luis! —exclamó, gritando a la desolada noche.

Recordó un verso de su obra preferida de Shakespeare, *El sueño de una noche de verano*: «¿Qué hechizos, pues, serán los que en mi amor habitan pues que él ha convertido un cielo en un infierno?». En sus palacios, Luis había construido lo más parecido a las moradas celestiales que podía hacer el hombre. Pero estaba destinado a permanecer encerrado en uno de ellos, para siempre, como prisionero... observando cómo su cielo se convertía en un infierno. ¿Estaba realmente loco? Ah, pero en las obras de Shakespeare los locos siempre eran los más sensatos. «Solo hay que fijarse en los líderes más respetados. En el káiser de Alemania, en la reina Victoria de Inglaterra, en Francisco José también. ¿No es una locura que todos ellos, con todo el poder que ostentan, accedan de buena gana a vivir prisioneros?», pensó. Encadenados por el protocolo, la etiqueta, las peticiones y las tradiciones centenarias. A Luis no le importaba nada de eso. Luis esquivaba a los ministros y a los burócratas aduladores, y a las tradiciones anticuadas y vacuas. Luis usaba su riqueza y su poder para llenar el mundo de belleza. Así que ¿quién podía decir que Luis no era el único de todos ellos que no estaba loco?

Cómo deseaba ir a verlo, ofrecer algún consuelo a ese niño rubio que jamás había conocido el amor de una madre, que jamás había disfrutado del abrazo tierno de un padre orgulloso. Decirle que lo entendía, que él, como ella, era un pájaro libre que no podía evitar volverse un poco loco cuando lo obligaban a vivir en jaulas. Cómo deseaba que Luis la oyera llamarlo a gritos

desde la otra orilla del lago, que sintiera su espíritu añorándolo al otro lado, su corazón entristecido por él. Pobre Luis. ¿Qué sería de él cuando el mundo entero lo creía demasiado loco para habitarlo?



Sissi no encontró consuelo en el sueño esa noche, su mente siguió en la orilla opuesta del lago, con su primo. El amanecer trajo otro glorioso día de verano y Sissi se levantó tan pronto como el sol empezó a iluminar el horizonte tiñéndolo de morados y rosas. Esa mañana recogió jazmines de sus jardines y se los envió en forma de ramillete a su primo con la esperanza de que le proporcionara un pequeño consuelo el saber que pensaba en él.

El barón Nopcsa le dio los buenos días con la noticia de que los médicos que habían declarado loco a Luis lo habían hecho desde Munich y ni siquiera habían examinado al monarca en persona.

—¿Que no lo han examinado en persona? ¡Entonces esto es una farsa! —exclamó Sissi, enfadada pero al mismo tiempo aliviada por las noticias—. Semejante diagnóstico no puede tener peso alguno. El pobre Luis ha caído en la trampa de sus ministros porque amenazó con destituirlos.

Qué cosa tan vil era la corona, pensó. ¿Alguna vez otorgaba la felicidad a quienes la perseguían? Lo único que ofrecía era tristeza y una lista siempre creciente de rivales y enemigos.

—Los médicos están ahora con él, en Berg —siguió el barón—. Veremos qué dicen cuando lo examinen.

En ese momento Sissi sintió la débil caricia de la esperanza. Tal vez no todo estuviera perdido al fin y al cabo. Tal vez pudiera deshacerse lo que habían hecho. Seguro que Luis lograba conquistar a los médicos. Sabía que debía ganárselos, ¿verdad? ¡Esperaba que lo supiera!

A última hora de la mañana llegaron más noticias procedentes de la extravagante reunión que se estaba llevando a cabo en Berg.

—Emperatriz, ¿puedo pasar? —preguntó el barón Nopcsa.

Sissi estaba a punto de almorzar con Valeria.

—Sí, adelante. ¿Tenemos más noticias? ¿Han desestimado esos médicos el diagnóstico de la falsa declaración que se hizo en Munich?

—Ellos... él... bueno. —El barón titubeó un instante y luego su cuerpo entero se desinfló. Sissi se percató de que su rostro perdía el color—. Siento informarla, señora, de que Su Majestad el rey Luis de Baviera... ha muerto.

Sissi se dejó caer en la silla, más que sentarse se desplomó. Tardó varios minutos en poder pronunciar las siguientes palabras, aunque solo fueron dos:

—¿Luis, muerto?

El barón Nopcsa se santiguó.

—Sí, majestad.

—¿Muerto? Pero ¿cómo?

El secretario se santiguó de nuevo.

—Por su propia mano, según parece.

—¿Suicidio? —susurró Sissi con ojos aterrorizados.

—Y no solo eso —siguió el barón con expresión sombría—. Las malas noticias no acaban ahí.

—¿Qué puede ser peor? ¿Cómo es posible que pueda haber algo peor que añadir?

—Según parece, anoche, poco antes del atardecer...

—Cuando yo estaba en la orilla del lago deseando verlo —lo interrumpió Sissi al tiempo que sentía cómo le latían las venas del cuello debido a la frenética velocidad de su pulso—. Deseando comunicarme con él...

—Luis le pidió a su médico que lo acompañara a pasear. Lejos del castillo, por la orilla del lago. Así que salieron. El médico, aliviado al ver que Luis estaba de mejor humor, rehusó la compañía de los guardias. Los encontraron horas después, en el lago. A los dos. Luis parecía haberse suicidado, pero antes de hacerlo le arrebató la vida al médico, según todos los indicios. El médico estaba al lado del rey, bocabajo en la orilla del lago, con la cara y el cuello amoratados por el estrangulamiento.

¿Un asesinato y un suicidio? Sissi se aferró a la mesa y miró, espantada, el pálido rostro de Valeria, demudado por el terror, y deseó que su hija jamás hubiera oído semejante informe. Deseó que su pura e inocente hija jamás tuviera que descubrir los extremos a los que llegaba el miserable y espantoso ser humano.

XIV

Ginebra, Suiza
Septiembre de 1898

Las dos damas salen del hotel a la calle y él sabe de inmediato que se trata de la emperatriz. Es la mujer delgada vestida de negro, la dama que sostiene la sombrilla y anda con esa intangible e inexplicable aura de autoridad. Se alegra de que solo estén las dos mujeres, se alegra de que su bien conocido hábito de dar esquinazo a sus guardias le brinde esta oportunidad. La oportunidad de llevar a cabo la Gran Obra.

El brillante sol matutino ilumina el muelle y ella parpadea con la expresión asustada de un animal perseguido. Y eso es lo que es, por supuesto; no solo la persigue él, sino todo el mundo. Se ha pasado la vida acosada y perseguida, desgarrada y recompuesta de nuevo, asumiendo la identidad que la gente necesitara ver en ella. Su forma de aferrar la sombrilla le indica que es más una protección contra las miradas y las palabras de la gente que contra los tibios rayos del sol. Para él esa sombrilla puede suponer un problema.

La emperatriz avanza a paso vivo por la acera de la avenida y habla con la dama de compañía que camina a su lado. Habla con la seguridad innata y confiada de quien sabe que le están prestando atención, que sus palabras importan. ¿Qué debe uno sentir cuando está tan seguro de que sus palabras importan?, se pregunta él. Hablar y saber que alguien te prestará atención, te hará caso... Incluso te responderá...

Recorre el muelle en dirección al embarcadero. Él no sabe por qué, pero su sombrilla le resulta casi cegadora, un destello blanco que contrasta con su atuendo de riguroso negro salvo en ese detalle. Lleva una chaqueta negra de cuello alto, una larga falda negra y un sombrero negro que oculta parte de su pelo castaño. Ese pelo —tan famoso que hasta él ha leído al respecto—, oscuro, ondulado y salpicado de hebras plateadas. Parece arreglada para un funeral más que para un crucero de placer. Él se ríe, una carcajada ronca y siniestra. Será un funeral en muy poco tiempo.

Capítulo 14

*Palacio de Hofburg, Viena
Diciembre de 1888*

Toda Viena estaba ilusionada e inquieta, aunque nadie parecía más nervioso que el maestro Johann Strauss. El compositor había tomado la costumbre de pasear por los pasillos del palacio de Hofburg agitando los brazos al compás de la melodía que sonaba en su mente; el vals, casi terminado, que bailaba en su cabeza avivaba el brillo iracundo de sus ojos negros. Miraba con el ceño fruncido a cualquiera que se atreviese a dirigirle la palabra y mascullaba que estaba a punto de encontrar las últimas notas de lo que sin duda sería su mayor obra maestra hasta la fecha.

Se llamaría *El vals del emperador*, una pieza para conmemorar los cuarenta años de Francisco José en el trono, y el maestro Strauss llevaría a cabo su estreno mundial en Viena. Cómo ese genio de la música conseguiría capturar la esencia de un hombre tan estoico e impenetrable como Francisco José era un misterio, sobre todo para la mujer que llevaba treinta y cinco años casada con él.

En el exterior el tiempo se volvió desapacible. Los inmensos castaños y sicomoros de la ciudad, con las copas desnudas por el gélido invierno, se estremecieron con las primeras nevadas. Los peatones, los tenderos, las amas de casa y los estudiantes cruzaban la helada Stephansplatz, la plaza de San Esteban, envueltos en bufandas y manoplas. Una fina capa blanca cubría las fachadas neogóticas y neorrenacentistas de los grandes edificios de Viena, lo que les confería más aspecto de tarta que de costumbre.

Sissi anhelaba la libertad de traspasar los muros de palacio y aventurarse a salir a la calle, donde en el aire flotaban el olor a castañas asadas y el tintineo de las campanillas de los trineos. Ansiaba deambular por las calles de la capital de incógnito; reírse al ver a los niños suplicando unas monedas a sus madres para comprarse galletas de jengibre; sonreír a las madres que llenaban el Christkindlmarkt a las fueras del Rathaus, el ayuntamiento, en busca de regalos de Navidad. Guiñar el ojo a los jóvenes estudiantes que cortejaban a

sus enamoradas con humeantes tazas de café y cuencos de chocolate fundido con nata. Pero esos sencillos placeres le estaban vetados en Viena..., imposible salir a pasear y a observar a los demás con una cara tan conocida como la suya.

Dentro de palacio, Sissi y Valeria se reunieron con la familia para la cena semanal privada en los aposentos imperiales. Los salones y los pasillos del palacio de Hofburg estaban en silencio, ya que la corte se preparaba para los festejos que tendrían lugar a la noche siguiente, cuando el maestro Strauss por fin presentaría su nuevo vals.

—Lo llama *De la mano*, según tengo entendido, en vez de *El vals del emperador*. —Francisco, como de costumbre aunque estuvieran en una reunión familiar, era el primero en hablar, y en ese momento lo hizo mientras cortaba un *semmelknödel*, una bola de pan.

—*De la mano* —repitió Sissi, que no sabía que el maestro Strauss había cambiado el título de la obra—. ¿Se refiere a ti y a mí?

—Tal vez se refiera a Rodolfo y a mí —dijo Estefanía; la cuchara se detuvo en el aire sobre su rojo gulash.

Rodolfo resopló en su copa de vino. Sissi mantenía la vista fija en su marido, evitaba mirar a Estefanía y a Rodolfo.

—A ninguna de esas dos cosas, de hecho —respondió Francisco—. El maestro Strauss se refiere a mi persona y... al káiser alemán. —Por una vez su voz reflejó su enfado por tener que compartir ese vals, en principio dedicado exclusivamente a él, con otro emperador.

—Qué grandísimo diplomático es el maestro Strauss —dijo Sissi.

—Desde luego.

—Creo que me quedaré con el título original, para mí será *El vals del emperador* —dijo Sissi.

—Se llame como se llame, creo que nos gustará muchísimo. —Francisco se limpió la poblada barba con la servilleta; había recuperado su estoico y desapasionado tono de voz—. Con esta pieza, Strauss quiere demostrar que él, el hijo, por fin ha sobrepasado el legado de su padre. Y desbancar a Liszt y a Bruckner e instaurarse de una vez por todas como el mejor.

—¿El mejor? —Rodolfo habló por primera vez, y Sissi miró a su hijo. Con tan solo treinta años y con una constitución y una estructura ósea propias de un hombre increíblemente atractivo, la cara de Rodolfo daba la impresión de que la vida lo había zarandeado duramente. Su rostro macilento carecía del brillo de la juventud. Tenía los ojos inyectados de sangre debido a la falta de sueño... y sabría Dios a qué más. Hablaba a su padre con expresión adusta; su

tono desdeñoso era una invitación a la disputa—. Algunos dirían que Wagner ya se ha ganado ese título.

Wagner. La mención de ese hombre, el amigo de su primo y el beneficiario de la alocada generosidad de Luis, le provocó a Sissi una punzada de tristeza que conocía muy bien. Una melancolía que se negaba a permanecer oculta.

Rodolfo continuó:

—Y Wagner está demostrando ser un rival muy duro para tu Strauss. *El anillo del nibelungo* se representará esta temporada en la Ópera de Viena.

—Rodolfo, ¿no eres capaz de sentarte bien a la mesa? —Francisco habría podido parecer muy tranquilo de no ser por el rojo que teñía sus mejillas tras la barba—. ¿No tienes el menor respeto por las damas presentes?

—Ah, lo siento. ¿Mejor así? —preguntó Rodolfo con voz hastiada al tiempo que se ponía tieso y erguido en una postura muy forzada. Muy parecida a la de su padre.

—Sí, mejor así —respondió Francisco, que pasó por alto el desdén más que evidente en los ademanes de su hijo—. Gracias. Por cierto, no es mi Strauss. Los logros de ese hombre hablan por sí solos.

—Es el compositor de tu corte.

—En fin, sí, pero sea como sea, su competición particular es beneficiosa para nuestro imperio —señaló Francisco, como si no quisiera seguir hablando del tema con su hijo—. Y hay algo más que seguro: cuando el maestro Strauss coge el arco de su violín, toda Europa baila el vals. Creo que a todos nos vendría bien un poco de baile.

Era cierto. Necesitaban un poco de música, tanto en los aposentos de la familia imperial como en toda la capital. Aunque era una estación festiva, el momento de celebrar el nacimiento del Salvador y el comienzo del año nuevo, se percibía un murmullo latente de descontento. Desde luego nada tan grave como en Londres, donde una amenaza conocida con el nombre de Jack el Destripador acechaba en las calles de la ciudad, asesinando a mujeres jóvenes y mutilando sus cuerpos de formas que desafiaban la imaginación. Aunque no había un Jack el Destripador en sus calles, Viena también sufría. Era la ciudad más rica de Europa y, sin embargo, la que tenía también la tasa de suicidios más alta. Los manicomios estaban a rebosar de mentes enfermas y cuerpos débiles. Lanzarse a las aguas del Danubio casi se había convertido en una epidemia entre las jóvenes estudiantes. ¿Cómo era posible que una ciudad albergase al mismo tiempo tanta esperanza y desesperanza?

Y después estaba la enfermedad mucho más privada y personal de Sissi.

Vestía de negro casi todos los días; estaba de luto por la reciente muerte de su padre, así como la abrupta y sorpresiva muerte de Luis. Aunque el tiempo pasaba, la pérdida de su primo la seguía acompañando con un dolor profundo e inquietante que le costaba soportar. Al igual que muchos de los desolados y leales súbditos que Luis tenía por toda Baviera, Sissi era incapaz de aceptar el dictamen médico de que Luis se había suicidado. No tenía sentido; los testigos habían declarado que lo encontraron en una zona poco profunda. ¿De verdad tenían que aceptar que Luis, un hombre altísimo y muy buen nadador, se había ahogado de esa forma? ¿O estaba Sissi destinada a vivir con la incertidumbre al oír los relatos contrarios de los testigos y las teorías de la conspiración que parecían mucho más lógicas que el rápido informe de la autopsia, sin saber cómo habían sido los últimos días y las últimas horas de su atormentado primo?

Sin embargo, la causa mayor de la ansiedad de Sissi, la más maligna fuente de inquietud en su casa, era Rodolfo. La tirante relación entre padre e hijo había empeorado todavía más desde que Rodolfo, en una cacería, estuvo a punto de dispararle a su padre. Todos los presentes declararon que el asunto no había sido más que un desgraciado accidente. Rodolfo, a pesar de que estaba acostumbrado a usar pistolas y rifles, a pesar de que se enorgullecía de su enorme colección de armas, nunca había tenido buena puntería ni había sido buen cazador, no tenía ni la paciencia ni el pulso de su habilidoso padre. Incluso Francisco José había declarado que había sido un contratiempo inintencionado. Sin embargo, ya fuera por seguir los cautos consejos de sus ministros o por decisión propia, Francisco José había ordenado a su policía secreta que a partir de ese momento siguiera a su hijo. Sissi no entendía que la llamaran policía «secreta», pues en cuestión de días toda la corte sabía que estaban siguiendo al príncipe heredero, incluido el interesado. Eso ayudó bien poco a restaurar la confianza entre padre e hijo.

Como respuesta, Rodolfo devolvió el golpe con un veladísimo insulto: empezó a escribir editoriales «anónimos» en un periódico vienés, el *Neues Wiener Tagblatt*, en el que criticaba ferozmente a su padre. En sus artículos describía al «emperador» como alguien que se negaba a ver los problemas de su imperio. Un anticuado e irrelevante anciano que se oponía con obstinación al progreso y al liberalismo. Rodolfo nunca firmaba esos escritos, pero su conocida relación con el editor jefe del periódico bastaba para que todos en la corte ataran cabos. Y aunque nadie en el palacio de Hofburg mencionaba jamás esos ataques en prensa, todos, incluido Francisco, los veían.

Sí, era imposible negarlo: la familia imperial era la que más necesitaba

una buena dosis de entretenimiento. Un poco de diversión para mitigar lo que se agitaba bajo la superficie de la forzada cordialidad. Tal vez la música del maestro Strauss lo lograra. Al fin y al cabo, se decía que era el mejor.

Así las cosas, la noche de primeros de diciembre que el maestro Strauss escogió para presentar su nueva obra, Sissi decidió promover un ambiente de festividad tanto en sus aposentos como en su círculo familiar. Se tomó su tiempo para arreglarse y escogió un vestido de brocado de seda de color amatista. Se adornó con piedras preciosas a juego y ordenó que le decorasen el pelo con plumas de pavo real, de modo que se la viera lo suficientemente fastuosa contra el dorado del gran salón.

La actuación tendría lugar en el Musikverein de Viena, la sala de conciertos más grande de la capital, sede de la orquesta filarmónica. Cuando la familia imperial entró, la multitud estalló en una ovación. Los guardias imperiales los rodearon formando un cordón protector. Sobre ellos, las arañas relucían con cientos de velas y su luz se reflejaba en las paredes y en los palcos dorados. Por suntuosa que fuese la vista, la vestimenta de los vieneses era igual de llamativa: las siluetas que en ese momento se volvieron despacio hacia la familia imperial eran un espectáculo de coloridos vestidos, perlas brillantes, diamantes de valor incalculable y elaborados peinados.

Sissi sonrió tímida y comedida al notar los cientos de miradas inquisitivas que se clavaban en ella. Al día siguiente todos los periódicos de Viena describirían al detalle su vestido, su pelo e incluso su expresión en cada momento. A su lado, Valeria parecía menos amedrentada por el público, charlaba con entusiasmo mientras miraba alrededor.

—¡Es precioso! Mira qué multitud... Seguro que a Francisco Salvador le habría encantado esto. A lo mejor viene la próxima vez.

Sissi se volvió hacia su hija; la sorpresa por el comentario consiguió que de repente se olvidara de lagente. Valeria no solía decir ese tipo de cosas. ¿Francisco Salvador? ¿El pariente lejano de los Habsburgo? ¿El joven oficial italiano que había pasado el verano en Bad Ischl? Sissi no se había dado cuenta de la atracción de su hija por el reservado archiduque de pelo oscuro. Aunque, ¿acaso le había prestado atención? No se le había pasado por la cabeza que debiera hacerlo, que Valeria pudiera fijarse en un joven, ya que nunca antes lo había hecho. Pero ya tenía veinte años. Era natural que empezara a fijarse en los hombres. Y Francisco Salvador era apuesto, o eso supuso ella. Sin embargo, ¿de verdad se había enamorado Valeria de su tímido y callado primo? En ese momento se dio cuenta de que seguramente había muchas cosas acerca de su hija preferida que ella, su madre, desconocía.

Todo eso y más pasó por su cabeza en un torbellino de reflexiones sorprendidas, confusas y un tanto alarmadas. Aunque cuando se dirigió a su hija mantuvo la voz firme.

—¿Francisco Salvador, cariño?

Valeria asintió con la cabeza y un rubor poco habitual en ella le tiñó las mejillas.

—Sí, el primo Francisco Salvador. Le dije que esta noche asistiríamos al estreno del maestro Strauss. Y él me contestó que le habría encantado ver algo así. Tal vez venga la próxima vez.

—¿Te escribes con tu primo Francisco Salvador?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde el verano. Mamá, ¿por qué me miras así? ¿No tengo permiso para escribir a...?

—Es que..., bueno, no lo sabía, nada más.

Y entonces la sensata Valeria se encogió de hombros y replicó:

—No has preguntado.

Era cierto. No le había preguntado. Apenas había hablado de los cortejos y del amor con su hija. Tal vez una parte de ella —una parte muy egoísta, reconoció— esperaba que Valeria nunca deseara esas cosas, nunca abandonara a su madre para irse a casa de su marido. Y en ese momento, como si hubiera desentrañado los misterios de la mente de su madre, Valeria dijo en tono desafiante:

—No tengo quince años, mamá. Casi tengo veintiuno. Y nadie me va a vender. Me casaré voluntariamente. Seguro que modularías tus sentimientos hacia la institución del matrimonio si vieras lo distintas que son las circunstancias.

Sissi se quedó sin habla. Su hija estaba respondiendo a algo que ella había dicho hacía poco acerca de su propio matrimonio. Tal vez había sido la única vez que había hablado del tema con su hija, pero era evidente que Valeria había prestado atención, ya que sus palabras respondían a la confesión de Sissi: «El matrimonio es una institución ridícula. Por favor, cada vez que me acuerdo de mi situación, vendida con apenas quince años y pronunciando unos votos que no comprendía...».

Valeria suavizó el semblante y la miró con una sonrisa dulce mientras Sissi y ella se sentaban.

—Mamá, estarás bien. No me voy a morir, solo voy a casarme.

Sissi tragó saliva y un enorme nudo se le aposentó en el estómago al

comprenderlo todo. Su hija, su pragmática, sabia y sensata hija, la estaba preparando. Le estaba diciendo que iba a suceder, que era algo inevitable. Ella, Valeria, la única constante en los afectos de Sissi, se había enamorado de un hombre y acabaría por abandonar el hogar. La confusión y la sorpresa se convirtieron en pánico desatado.

—¿Mamá?

Sissi parpadeó.

—¿Sí, cariño?

—Estás muy blanca. ¿Te vas a desmayar?

Sissi meneó la cabeza, tenía la sensación de que las amatistas que le adornaban el cuello iban a asfixiarla.

—¿Mamá? —Valeria le tomó la mano—. Estarás bien, ¿verdad? Seguro que sabías que tarde o temprano tendría que pasar.

Sissi cerró los ojos un instante en un intento por controlar el mareo. Deseó poder quitarse el corsé y el pesado collar. A saber lo que estarían pensando los espectadores al verla tan alterada.

—Madre, me estás asustando mucho... pareces enferma.

—Sissi, ¿te encuentras mal? —preguntó Francisco, que se sentó al otro lado de su esposa.

Sissi tomó una honda y lenta bocanada de aire y se obligó a controlar las tempestuosas emociones que la asaltaban.

—Estoy bien. —Abrió los ojos y agitó una mano para tranquilizar a Francisco; luego se volvió hacia su hija—. Por supuesto. Me llevaría una alegría tremenda si me dijeras que... si quisieras casarte. —Esbozó una sonrisa trémula y breve, pero una sonrisa al fin y al cabo—. Claro que sí, cariño mío.

Valeria ladeó la cabeza, como una anciana mirando con expresión interrogante a una niña inquieta.

—¿Me estás diciendo la verdad, mamá?

—Claro que sí, Valeria, mi niña querida. Seré feliz... siempre y cuando tú seas feliz. —Sissi se dijo que, al fin y al cabo, eso era verdad. Quería tanto a Valeria que, en el fondo, la felicidad de su hija se imponía a todo lo demás. Aunque le rompiera el corazón perder su compañía diaria. Se obligó a sonreír, esta vez con más decisión—. Y, en fin, todo saldrá bien.

Valeria apretó los labios; seguía dudando.

—Todo saldrá bien, Valeria querida. Tendré tiempo de volcarme en mi nuevo proyecto.

—Oh, mamá. —Valeria abrió unos ojos como platos—. No te instalarás

en una villa en Corfú, ¿verdad? Creía que el proyecto de construcción en Grecia era otro de tus sueños fantásticos. En realidad no quieres mudarte tan lejos, ¿verdad que no?

Sissi meditó la pregunta, pero enseguida se distrajo porque el maestro Strauss se acercó a la orquesta y la multitud empezó a aplaudir. El compositor hizo varias reverencias hacia la familia imperial antes de saludar al resto de la audiencia, y el auditorio guardó silencio. Aunque lo había visto en infinidad de ocasiones, Sissi analizó al músico con detenimiento. Parecía algo desaliñado y asilvestrado, con el pelo alborotado y el bigote todavía más descuidado de lo que recordaba. Como si trabajar en esa pieza hubiera sido, de alguna forma, una lucha divina, como Jacob debatiéndose en los brazos de Dios.

El maestro Strauss se volvió hacia la orquesta y levantó el arco de su violín, su objeto preferido para dirigir. Un último segundo de silencio expectante en el auditorio y *El vals del emperador* empezó.

Sissi cerró los ojos y se dejó arrastrar por la música. Empezó de forma suave, con los primeros acordes de los violines y las flautas sonando en una melodiosa métrica ternaria. Era adecuado, pensó mientras recordaba aquella noche de hacía tantos años, en los jardines de Bad Ischl. Francisco, para ella, había empezado siendo delicado y cortés, y había contemplado sus ojos a la cálida luz de la luna alpina. Tan tierno como un joven amante, tan dulce como el mejor pretendiente que pudiera soñar una muchacha.

A medida que la partitura de Strauss avanzaba, los instrumentos de viento y percusión resonaban con más fuerza. Aumentó el volumen, así como la potencia de la música, que vibraba con una energía latente que acabó en un sonido reverberante, hermoso y abrumador. Los instrumentos de viento gemían sus agudos y graves envueltos en una marcha firme y formal. Sissi se sintió sobrecogida. Se le puso el vello de punta y tuvo que reconocer que el maestro Strauss era el genio que todos decían, pues había conseguido hacer algo que ella nunca creyó posible: sintió a Francisco en cada nota.

La música alcanzó su *crescendo* con una fanfarria de instrumentos de viento, de percusión y de violines cuyas notas divergentes formaban un todo perfecto. Strauss unía todas las notas para componer una armonía maravillosa, tal como Francisco había reunido las tierras y las gentes de su improbable imperio. Y después, de forma inesperada, la elegante y orgullosa melodía se transformó de nuevo en las lánguidas y dulces notas de los violines y de los instrumentos de viento. Strauss, que movía el arco con enfebrecida energía al compás de tres por cuatro y cuyo pelo se agitaba alrededor de su cara,

condujo a los músicos de una melodía a otra, de las notas delicadas y encantadoras a las fuertes y regias. Y lo hacía de forma perfecta. El ánimo de los espectadores fluctuaba, las notas los arrastraban en ese inesperado viaje y el camino era tan sorprendente y maravilloso que Sissi se creyó capaz de reír y llorar al mismo tiempo.

Le maravilló cuánto podía decir Strauss con esas notas y esos instrumentos. Era Francisco. Era su imperio. Ese vals era la música de la nieve cayendo sobre los regios y flamantes edificios de la Ringstrasse. Era los tulipanes en primavera tapizando los jardines y los arcos del palacio de Schönbrunn. Era los majestuosos e indomables picos de los Alpes, los cabreros de mejillas sonrosadas que recogían edelweiss en los prados. Era la risa estentórea de los estudiantes vieneses cortejando y charlando en las cervecerías y en las cafeterías. Era el majestuoso Danubio, era las catedrales, era las villas de montaña y también era los antiguos pueblecitos que se extendían alrededor de campanarios, arroyos y quebradas. Era todo eso, y era Francisco José en su totalidad.

Al final, tras un último y exultante estallido de los instrumentos de viento, percusión y cuerda, Strauss recuperó la dulzura. El vals se volvió tan lento y suave que casi parecía frágil, y Sissi se inclinó hacia delante para no perderse una nota.

Cuando por fin los instrumentos se callaron y las últimas notas resonaron por el extasiado auditorio, Sissi se volvió a mirar al hombre representado por esa obra maestra para ver su reacción. Allí estaba el emperador, más inmóvil que una estatua. Embelesado. Sissi no daba crédito. Nunca había visto a Francisco tan conmovido por algo, no desde la muerte de su madre. Antes de eso, las únicas veces fueron cuando perdieron a su preciosa primogénita y cuando la había esperado —un novio nervioso— ante el altar. No cabía la menor duda de que Johann Strauss era un genio, un maestro que había conseguido lo imposible: había llenado de lágrimas los ojos del emperador Francisco José.



De vuelta en el palacio de Hofburg, los miembros de la familia real subieron la escalinata privada reservada para el emperador y se dieron las buenas noches mientras se dirigían, entre bostezos, a sus respectivos aposentos. Sin embargo, al llegar al final de la escalinata, Francisco José se quedó rezagado más tiempo del habitual. Sissi se detuvo y lo miró. Era evidente que seguía conmovido, ya que respiró hondo y soltó el aire despacio con un suspiro

audible. Sissi vio que recuperaba la compostura que había perdido en el auditorio. Y luego, de nuevo con expresión impasible, Francisco dijo:

—En fin, Sissi, ahora que esto ha terminado, tenemos que preparar nuestra próxima celebración. La Navidad. Y tu cumpleaños.

Sissi suspiró al tiempo que se quitaba los guantes. Le dolía la cabeza por el peso del recogido y ansiaba retirarse a su dormitorio. Había sido una noche cargada de emociones: primero la revelación de Valeria y después la conmovedora oda a su marido, por el que sentía emociones encontradas. Ansiaba disponer de la intimidad necesaria para meditar sobre ello.

—Celebraremos una cena familiar en Nochebuena —dijo Francisco, del todo sereno.

—¿Tenemos que celebrar mi cumpleaños?

—¿Por qué no íbamos a hacerlo?

Sissi reflexionó.

—¿Un año más vieja? No celebro el hecho de que el tiempo se me esté agotando. —«Que aleje a Valeria de mí», pensó. «Que me robe las fuerzas y la belleza.» Pero no dijo nada de eso en voz alta.

—Pero también eres un año más sabia —repuso Francisco para animarla.

Sissi le sonrió.

—Por favor, querido marido, los dos sabemos que no es verdad.

Echaron a andar hacia los aposentos familiares del ala de Amalia del palacio de Hofburg, el uno al lado del otro. Los demás estaban lo bastante lejos para que la conversación siguiera siendo privada.

—Bueno, dime, ¿te ha gustado tu vals, emperador?

—Sí. Enormemente.

—Me ha parecido que la música te retrataba a la perfección.

—¿De verdad? ¿En qué sentido?

—Era todo lo que tú eres, Francisco. Señorial. Digno. Equilibrado. Inspirador.

Francisco meditó sus palabras y respondió tras una larga pausa.

—Gracias.

Sissi recordó la melodía y empezó a tararearla. Ansiaba oírla de nuevo.

—Sissi, si tú fueras una canción... —Francisco se detuvo.

Ella se volvió hacia él.

—¿Sí?

A la luz titilante de las velas de los candelabros dorados que había alrededor, los ojos de Francisco relucieron con un brillo casi triste.

—No serías una fanfarria de trompetas ni de timbales ni nada por el estilo.

Sissi bajó la mirada.

—No, supongo que no.

¿Cómo sonaría su canción?, se preguntó ella.

Francisco recogió la pregunta que no había hecho y la contestó con una voz muy dulce que Sissi hacía años que no oía.

—Tú, Sissi, serías... —Echó la cabeza atrás mientras pensaba y luego la miró de nuevo—. El suave sonido de una flauta, mezclado con los trinos de las alondras por la mañana temprano. —Tragó saliva y continuó—: El tierno sonido del harpa junto a un arroyo pedregoso.

Sissi se dio cuenta, sorprendida, de que le ardía la cara y de que se le habían llenado los ojos de lágrimas. Para que Francisco, el práctico Francisco, recitara poesía..., Johann Strauss tenía que haber tocado algo en lo más hondo de su corazón.

—Serías el más delicado de los violines en un jardín bañado por la luz de la luna, con el dulce aroma del jazmín flotando en el aire nocturno.

—Francisco... —dijo ella al darse cuenta de que le había cogido la mano y le daba un rápido apretón en los dedos.

—Para mí, Sissi, eres la obra de arte más perfecta que he contemplado en la vida.



La familia se reunió en Nochebuena, la víspera del cumpleaños de Sissi, en el salón privado de la emperatriz. Un cálido fuego calentaba la estancia, María Festetics e Ida ponían los últimos adornos en el árbol de Navidad, cuyas fragantes ramas se doblaban por el peso de las velas y las guirnaldas. Sissi lucía un elegante vestido de color azul oscuro, con la larga melena suelta, y recibía a su familia con una sonrisa.

—Pasad, pasad. ¿Habéis visto lo acogedores que María e Ida... y la condesa Larisch... han dejado mis aposentos?

Esa noche Rodolfo se presentó inusualmente animado en la puerta de Sissi; Estefanía estaba a su lado, y la pequeña María Isabel, apodada Erzsi por la pronunciación húngara, en sus brazos.

—¡Feliz Navidad y feliz cumpleaños, madre! —Parecía alegre y relajado, llevaba el cabello castaño bien peinado y una poco habitual sonrisa en los labios.

—Gracias, mi querido Rodolfo —dijo Sissi, y dejó que su hijo la besara en la mejilla—. Estefanía, pasa, por favor. —Sonrió a su nuera y se agachó para darle un beso a su nieta—. Espera a ver lo que la abuela tiene para ti, mi

pequeña Erzsi.

—¿Qué te hemos enseñado a decir, Erzsi? —preguntó Rodolfo, que miraba con una sonrisa deslumbrante a su hijita.

—Feliz cumpleaños, abuela —musitó la niña antes de aplaudir sus propios esfuerzos.

A su alrededor, los adultos estallaron en carcajadas de aprobación.

—Ay, gracias, mi niña —dijo Sissi—. ¿Ves el *Tannenbaum* en el rincón? ¡Ve a ver el árbol de Navidad con todos los adornos!

Valeria fue la siguiente en llegar, y casi entró en tromba.

—Feliz cumpleaños, mamá.

—Valeria, cariño, hola. —Sissi abrazó a su hija—. Estás acalorada. ¿Tienes fiebre?

La muchacha tenía las mejillas arreboladas, como si las calentase un fuego que llevara en las entrañas.

—No, estoy bien. —Evitó mirar a su madre a los ojos y apartó la mano que Sissi intentó ponerle en la frente antes de adentrarse en la estancia—. Hola, Rodolfo. Estefanía. ¡Erzsi, bonita!

Si Rodolfo estaba más alegre de la cuenta y Valeria más alterada, Francisco no parecía él. No sonrió al entrar en el salón de Sissi, después de que un criado y sus propios pasos nerviosos anunciaran su llegada. Kathi Schratt se había marchado para visitar a su familia durante las festividades de Navidad, y Francisco siempre se mostraba irritado cuando su «amiga» estaba lejos.

—Feliz Navidad, Francisco.

Sissi intentó animarlo y lo recibió con una sonrisa y una copa de champán mientras el resto de la familia se congregaba alrededor del árbol. Rodolfo enseñaba las guirnaldas a Erzsi, y Estefanía y Valeria hablaban con la condesa Larisch, María Festetics e Ida.

—Feliz cumpleaños, Sissi.

Francisco, como de costumbre, iba vestido de punta en blanco con su impecable uniforme de caballería, pero el ceño fruncido revelaba una inquietud que era incapaz de ocultar del todo. Tal vez lo alterase algo más que la marcha de Kathi. ¿Algún problema de gobierno lo tenía preocupado?, se preguntó Sissi. ¿O padre e hijo habían discutido de algo de lo que ella no estaba al tanto?

—Ven, tienes que abrir tus regalos, madre. —Rodolfo la sacó de sus pensamientos y le ofreció un paquete enorme envuelto en papel rojo con una cinta del mismo color. Le puso el pesado paquete en las manos, con expresión

animada e infantil, casi tímida—. Es algo que hace mucho tiempo que quería compartir contigo.

—Vaya, gracias, querido Rodolfo —dijo Sissi, que miró a su hijo y luego el regalo que le había dado—. Pesa.

—He tardado meses en encontrarlo.

—¿Oh? Bueno, ya has conseguido que esté deseando saber qué es. —Sissi se dispuso a rasgar el papel.

—¡Un momento! —Valeria se adelantó y miró a su hermano y luego a su madre—. ¡Lo siento! Pero antes de abrir los regalos, tengo que deciros algo a todos.

Sissi sintió que el estómago le daba un vuelco. Fuera lo que fuese lo que tenía que comunicarles Valeria, era el motivo de su inquietud y del rubor que le teñía las mejillas.

—¿Qué sucede, Valeria? —preguntó Sissi, que dejó el paquete en una mesa cercana, olvidado ya el contenido.

Valeria cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y miró a su padre y a su madre.

—No sé cómo decirlo... Ay, supongo que mejor lo anuncio sin más: ¡Francisco Salvador y yo vamos a casarnos!

Se hizo el silencio, solo se oyó el crujido de un leño en la chimenea de porcelana blanca.

—¿Francisco Salvador? —Sissi se sentó en el sillón que tenía más cerca—. ¿Francisco Salvador y tú vais a casaros?

—Me ha pedido matrimonio y he aceptado.

Sissi apartó la vista de Valeria y miró a Francisco. A juzgar por la expresión anonadada de sus ojos, su marido estaba tan sorprendido como ella. Qué distintas eran las cosas en esa época, pensó Sissi. En fin, su compromiso había sido asunto de casi todo el mundo menos de ella. No se había enterado de que estaba comprometida hasta que los padres, los ministros, los embajadores y los sacerdotes (incluso el Papa) habían discutido, considerado y aprobado las condiciones. Y allí estaba Valeria, diciéndoles a sus padres cómo iban a ser las cosas.

—¿Francisco Salvador, nuestro primo? —A Rodolfo se le descompuso la cara por la incredulidad—. ¿Quieres casarte con él? ¿Un insignificante toscano?

Estefanía, al lado de Rodolfo, soltó una risilla desdeñosa.

—Sí —contestó Valeria con voz desafiante y mirando a su hermano—. Quiero casarme con él.

—Pero está en el ejército. En Italia —dijo Sissi.

—Pues me iré allí para estar con él —replicó Valeria encogiéndose de hombros—. ¿Qué ocurre? Ni que fuera la primera muchacha que va a casarse. ¿Por qué me miráis todos como si pensara mudarme a América?

—En fin... —Era la primera vez que Francisco hablaba desde que su hija había soltado la noticia. Carraspeó—. Esto merece una celebración.

—Pues sí, aunque por vuestra cara parece que me haya muerto en vez de que os haya dicho que estoy enamorada.

—Ida, trae champán, por favor —dijo Francisco.

Descorcharon varias botellas y Francisco hizo un brindis por la felicidad y la salud de su hija, pero la reunión había perdido el aire festivo que había tenido hasta el momento. Erzsi, la única que no se percataba del cambio de humor, se acercó a su abuela y le tiró de la falda. Sissi la miró.

—¿Sí, cariño?

—Allí... —Erzsi señalaba el paquete que Sissi no había abierto—. El regalo de papá. ¡Abre!

—Quiere jugar con la cinta —explicó Estefanía.

—En ese caso, tengo que abrirlo —dijo Sissi con un hilo de voz, aunque intentó parecer entusiasmada. La verdad era que en ese momento le importaba muy poco el regalo de Rodolfo o cualquier otro que le hicieran. Acababa de descubrir que Valeria había aceptado una proposición de matrimonio y se iba a marchar. Muy lejos. Y Sissi ni siquiera sabía cuándo.

Sissi cogió el paquete y rasgó el papel con movimientos rápidos. Allí, en sus manos, se encontró con una pila de libros con tapas de piel envejecida. Los miró y tardó varios segundos en reaccionar.

—Libros —dijo por fin con voz apagada—. Qué bonitos. Gracias, Rodolfo.

—No son unos libros cualesquiera, mamá —repuso Rodolfo, que dejó la copa de champán y se acercó a su madre—. Mira esto. —Señaló la tapa del que estaba encima de todos.

—Heinrich Heine —leyó Sissi en voz alta al tiempo que asentía con la cabeza.

—Son cartas originales, mamá, de su puño y letra. Cartas personales que escribió a parientes por todo el mundo. Sé lo mucho que veneras a Heine. He tenido a mis agentes buscándolas por todas partes durante meses. Y mira... —Rodolfo examinó la pila de libros—. También hay una colección que se titula *La monarquía austrohúngara en palabras e ilustraciones*.

Sissi asentía con la cabeza, aunque tal vez solo absorbiera la mitad de lo

que su hijo le estaba diciendo.

Como no contestaba, Rodolfo cruzó los brazos y la miró fijamente. Al cabo de un momento, con voz derrotada, añadió:

—Es un material de un valor incalculable, madre.

Sissi parpadeó e intentó hacer acopio de un entusiasmo que se equiparase al de su hijo. Cualquier otro día le habría dado la razón, porque desde luego que era un material de un valor incalculable. Y a todas luces no era fácil de encontrar ni de conseguir. Cualquier otro día se habría sentido exultante por poseer semejantes recuerdos de su escritor preferido. Se habría echado a llorar por la muestra de amor y de consideración de su hijo. Sin embargo, ¿qué importaba una colección de cartas cuando su hija más querida la abandonaba?

—Gracias, Rodolfo. —Esbozó una sonrisa trémula y dejó los libros en la mesa—. Me encantará leerlos.

Rodolfo siguió mirándola fijamente y su rostro cambió de expresión, como cuando un nubarrón gris oscurecía el brillante y resplandeciente sol.

—Creía que adorabas a Heine —dijo, más para sí mismo que en voz alta. Y tras decir eso, se dio media vuelta, volvió a coger la copa de champán y cruzó la estancia para ordenar que se la rellenasen.

Le dieron los demás regalos y los abrió. Francisco ya no era el único sumido en el malhumor, porque Rodolfo se había retirado a un rincón y solo hablaba con María Larisch, y en voz tan baja que nadie más podía entender sus palabras. En un momento dado la muchacha soltó una risilla tan alta que Rodolfo se inclinó hacia ella para pellizcarle el brazo desnudo, y Sissi se percató de la expresión preocupada de Francisco al ver el gesto. A Sissi no le alegró regalarle a Erzsi los muebles de jardín que había encargado, como tampoco prestó especial atención al cuadro que Estefanía le regaló, una mediocre representación del océano pintada por su nuera.

Se trasladaron al comedor privado de Sissi para la cena de Nochebuena. Los criados fueron llevando una interminable procesión de platos que iban dejando en la mesa atestada mientras los músicos imperiales tocaban una melodía en un rincón. En la mesa, el festín navideño era un bodegón espectacular. La porcelana blanca de la vajilla relucía, y en sus bordes dorados se podía ver el águila bicéfala que era el emblema de los Habsburgo. Los centros de mesa de bronce brillaban bajo montones de frutas y de dulces, y unos angelitos traviesos sostenían los candelabros que derramaban su etérea luz sobre la comida. Los cocineros habían preparado foie de oca, perca empanada y la ternera guisada preferida de Francisco, *tafelspitz*, acompañada con manzanas y rábanos picantes. A continuación les llevaron *rindfleisch*,

escalope vienés, fideos de patata y suflé de huevo de Salzburgo. Francisco ordenó que pasaran los platos por la mesa, más aromáticos a medida que los comensales se iban sirviendo. El sonido de la cubertería se mezclaba con la suave música de los violines, pero nadie habló.

Al final fue Rodolfo quien rompió el silencio, después de haber dado cuenta de media docena de copas de champán.

—Hay un nuevo médico en la ciudad. He tenido la oportunidad de leer algunos de sus primeros escritos... Sus avances científicos son fascinantes —dijo al tiempo que se limpiaba el bigote con la servilleta—. Se llama Sigmund Freud. ¿Conoces su trabajo? —Clavó la mirada en su padre.

—Pues no —contestó Francisco, más concentrado en cortar el filete que tenía en el plato que en las palabras de su hijo.

—Deberías echarle un vistazo, padre. Tiene algunas teorías muy interesantes. —Rodolfo bebió un largo sorbo de su copa—. Es curioso lo que dice acerca de padres e hijos.

—Mmm. —La contestación de Francisco fue más un gruñido que una muestra de interés. Nada en ese sonido animaba a su hijo a continuar con la conversación.

En ese momento Erzsi se puso de pie en la silla, se inclinó sobre la mesa y extendió las manos hacia la llama del candelabro que tenía más cerca. Un segundo antes de que se produjera una desgracia, María Festetics apartó a la niña y la obligó a sentarse de nuevo. Sissi miró a Estefanía, que se reía entre dientes como si no fuera consciente de lo que podía haber pasado.

Rodolfo intentó una vez más entablar conversación con su padre.

—Además, el doctor Freud introduce novedades acerca de la melancolía. La llama «depresión». Cree que es una enfermedad real, física, no una elección o un estado de ánimo. Aboga por el uso de la cocaína para curar a quienes...

—Qué tontería —masculó Francisco, que levantó la vista con el cuchillo y el tenedor en el aire.

Sissi y Valeria se miraron: habían visto esa escena en decenas de ocasiones, por muchos temas. Sissi clavó la vista en el plato, ya no tenía hambre.

—¿Qué es una tontería, padre? ¿Que la gente pueda padecer largos períodos de profunda melancolía contra la cual son incapaces de luchar?

—Eso, sí. Se llama fortaleza. Todos nos enfrentamos a tragedias, es ley de vida. Gracias a la fuerza de voluntad y al cumplimiento de los deberes, y a la fe en el Señor... En fin, no podemos permitirnos caer en la autocompasión y

sucumbir a la melancolía y demás. Pero...

—No es una tontería, padre. Es algo muy real. No es algo que se elija.

—No, pero yo me refiero más a la idea de administrar cocaína a los pacientes como cura.

—¿La has probado, padre?

—¿El qué?

—La cocaína.

—No, pero no tengo que probar la cocaína para saber que eso es una sandez. ¿Cómo es posible que una persona se tome algo como la cocaína y espere que...?

—Deberías probar ciertas cosas antes de criticarlas con tanta vehemencia —lo interrumpió Rodolfo con una sonrisa desdeñosa—. De lo contrario, ¿cómo te defenderás de quien diga que eres un ignorante?

Erzsi, que estaba golpeando su plato con los dedos y que fruncía el ceño después de que le hubieran impedido coger las velas, dijo:

—Abuela...

Sissi se volvió hacia la niña, agradecida por la interrupción.

—¿Sí, cariño?

—Mi madre dice que nadie en la corte te quiere y que tú no quieres a nadie que no sea la tía Valeria y tú misma.

Sissi, boquiabierta, apartó la vista de su nieta y miró a su nuera. Estefanía se levantó de un salto, corrió hacia su hija para cogerla en brazos y le apretó la cara contra su pecho para que cualquier cosa que añadiera la niña no se oyera.

—Ha llegado la hora de acostarse, cariño.

Estefanía cruzó la estancia casi a la carrera, sujetando con fuerza a su hija, que protestaba y daba patadas. Rodolfo bebió un buen sorbo de champán sin dignarse mirar a su hija y a su esposa.

—¿No acompañas a tu esposa a la puerta ni deseas feliz Navidad a tu hija? —preguntó Francisco, que miraba a su hijo con desdén apenas contenido.

—Di lo que quieras del doctor Freud... —Rodolfo se volvió hacia su padre, ignorando la pregunta—. Aunque no reconozcas los avances que ha hecho, tienes que admitir, padre, que debemos modernizarnos en el campo de la ciencia, así como en otras muchas áreas.

Francisco se concentró de nuevo en su plato y tardó bastante en masticar el trozo que se había llevado a la boca, tras lo cual preguntó:

—¿Cuáles?

—En todas —contestó Rodolfo, que dejó los cubiertos y levantó las manos—. La ciencia, la educación, el tratamiento a los enfermos mentales, el anticuado sistema aristocrático, nuestra desigual estructura fiscal. —Rodolfo marcaba cada punto con un dedo enguantado a medida que los iba pronunciando.

—Rodolfo, hijo. —Francisco levantó una mano y Rodolfo, por increíble que pareciera, se calló—. Acércate a esa ventana y mira mi capital.

—Sé cómo es Viena. No necesito acercarme a la ventana para verla —protestó Rodolfo, que apretó los dientes.

—Bien. En ese caso sabes que he modernizado Viena hasta tal punto que la he convertido en la envidia de todas las capitales europeas. Mira la Ringstrasse. Y ya que estás, detente a ver la cantidad de teatros, óperas y salas de conciertos que hay, y escucha a los mejores músicos de todo el mundo, que tocan canciones compuestas aquí, en mi ciudad.

—Las artes, las artes, las artes —dijo Rodolfo agitando las manos—. Muy bien, has pagado por tener espléndidos edificios y has encargado la composición de algunas óperas. Pero ¿qué pasa con nuestro futuro? ¿De qué nos servirán unos cuantos cuadros bonitos si no animamos a nuestro pueblo a que se interese por algo más que los placeres decadentes?

—Qué curioso que ahora adoptes esa actitud contraria a los placeres decadentes. —Francisco lanzó una mirada elocuente a la copa vacía de su hijo—. Tú, con tus curas de cocaína, tus deudas de juego y tus bebidas para paliar tu... melancolía.

Sissi se removió en el asiento mientras Rodolfo asimilaba el golpe, con las mejillas coloradas de repente.

—Ve a Londres, padre. Ve a París. Ve a Nueva York. ¡Esas ciudades miran al futuro! Esas ciudades miran al progreso. Pertenecen a la floreciente clase media, a los tenderos, a los estudiantes, a los comerciantes. ¡Allí la gente quiere ser moderna!

—Creo que ya es suficiente... —dijo Sissi, pero Francisco levantó una mano enguantada para silenciarla.

El emperador miraba fijamente a su hijo.

—¿Sabes cuál es mi lema personal, Rodolfo? —La voz de Francisco mantenía una calma absoluta, mientras que la de Rodolfo había ido aumentando de volumen.

Como su hijo no contestaba, Francisco dijo:

—*Ich weiss nicht ändern.*

—Yo no cambio —repitió Rodolfo entre dientes.

—Exacto —dijo Francisco—. Me mantengo fuerte. Mantengo el orden. Y así es como he podido mantener unido este imperio. Nunca me he dejado llevar por las modas.

—¿Modas? —Rodolfo levantó las manos—. Padre, el mundo está cambiando, te guste o no. Puedes quedarte sentado al timón de un imperio con un glorioso pasado, pero si te niegas con tanta cerrazón a mirar al futuro...

—Rodolfo, podrás echarme un sermón después de que te hayas pasado cuarenta años trabajando para mantener unido un imperio dividido. Después de que hayas aplastado rebeliones y hayas restablecido la paz y la hayas mantenido. Una vez que hayas propiciado una inédita época de prosperidad, de crecimiento y de cordialidad. Una vez que te hayas enfrentado a tu condición de mortal en el campo de batalla o al toparse con la hoja de un asesino. Hasta entonces..., bueno, hasta entonces quédate con tus rifles, tus curas de cocaína y tus salones, y déjame a mí el gobierno. —Francisco soltó el tenedor, que cayó a la mesa con un ruido sordo, indicando así que había terminado. Como, en consecuencia, todos los demás.



Valeria permaneció en los aposentos de Sissi más que el resto, pues esperó a que se marchasen.

—Quiero hablar contigo un momento, mamá.

—¿Sí, cariño?

La cena había sido espantosa. Sissi no recordaba la última vez que se había sentido tan cansada. Y el día siguiente estaría lleno de actos públicos, celebraciones, la misa y el banquete. La familia, por más que todos temieran el momento, estaría obligada a pasar en compañía todo el día de Navidad, sonriendo como si tuvieran muchos motivos que celebrar.

Valeria agitó los dedos, nerviosa.

—Me gustaría estar segura de que..., bueno, de que cuando has dicho que te alegraban mis noticias hablabas en serio.

Sissi alzó una mano y le pasó un dedo por la mejilla.

—Mi querida niña, es como siempre te he dicho: siempre y cuando tú seas feliz, yo seré feliz.

—¿De verdad?

—De verdad.

Valeria sonrió, y el alivio se reflejó en su cara.

—Bien. En fin, soy feliz, mamá. Muy feliz.

—En ese caso, yo también lo soy. —Sissi acompañó a Valeria hasta la

puerta del pasillo. Allí, para su sorpresa, descubrió a alguien al otro lado—. ¿Rodolfo? Por Dios, me has asustado. ¿Qué...? ¿Va todo bien?

Rodolfo se volvió al saberse descubierto y asintió muy rápido con la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando.

Sissi se llevó una mano al pecho.

—¿Qué sucede, Rodolfo?

No contestó a su madre. De repente abrazó a su hermana y le dijo:

—Felicidades por el compromiso, Valeria. Siento mucho haber despreciado a Francisco Salvador antes.

Valeria miró a Sissi por encima del hombro de su hermano con las cejas alzadas en total confusión. Pero Rodolfo se volvió y, tan de golpe como había hecho con su hermana, abrazó a su madre y la estrechó con fuerza.

—Feliz cumpleaños, mamá. Te quiero mucho.

Sissi se dio cuenta de que su hijo intentaba controlar los sollozos.

—Ay, gracias, cariño —dijo Sissi dándole unas palmaditas en la espalda. Parecía muy delgado bajo el uniforme militar, casi frágil.

A Rodolfo le costó pronunciar las siguientes palabras.

—Madre, ojalá que te haya alegrado recibir...

—Pues claro que me ha alegrado recibir la noticia de Valeria.

—... el regalo de Heine que te he hecho.

Al oírla, Rodolfo se apartó de ella con el rostro desencajado pero no dijo nada. Sissi, que comprendió su error demasiado tarde, contuvo un gemido al ver la decepción en las atribuladas facciones de Rodolfo. Su hijo se cuadró de hombros, se estiró la chaqueta y miró una vez más a su madre y a su hermana. Después, se dio media vuelta y echó a andar por el pasillo; su figura fue internándose en las sombras hasta que se confundió con una aparición espectral, ni del todo anclado en este mundo ni en paz para abandonarlo.

Sissi no dejó de pensar en Rodolfo durante su aseo nocturno. Mientras María Festetics la ayudaba a ponerse el camisón, le contó a su dama de compañía el extraño encuentro en el pasillo, y solo omitió la parte en que se había desentendido del regalo de su hijo. María escuchó en silencio y frunció el ceño pensando en el comportamiento de Rodolfo.

Ataviada con sus gruesas ropas de dormir, Sissi cruzó la estancia hacia la ventana y apoyó la frente en el gélido cristal. Era casi medianoche. En el exterior la nieve caía sobre la capital mientras los vieneses corrían a misa y las campanas de la catedral de San Esteban llamaban a los fieles. En millones de hogares, por todo el imperio, los padres acostaban a sus ilusionados hijos,

que soñaban con los banquetes, las celebraciones y los regalos que recibirían al día siguiente. Sissi recordó lo que se sentía: acurrucada en la cama con Elena se contaban en susurros lo que esperaban encontrar la mañana de Navidad. Y sin embargo, desde donde se hallaba en ese momento, se dio cuenta de que le costaba recuperar parte de esa emoción.

—¿María?

Su aliento empañó el cristal. Lo limpió con la mano.

—¿Sí, emperatriz? —dijo María Festetics en voz baja mientras se acercaba a la cama de Sissi—. Su Majestad Imperial se va a resfriar. Aléjese de la ventana.

Sissi se dio la vuelta y echó a andar hacia su dama de compañía.

—¿Crees que le he fallado a Rodolfo?

María Festetics sopesó la pregunta con el ceño fruncido.

—¿Si le ha fallado al príncipe heredero, majestad?

Sissi se metió en la cama y se acurrucó entre las sábanas. María ya se las había calentado con ladrillos de la estufa de porcelana. Bostezó.

—Tu silencio parece indicar que sí.

—Está cansada, emperatriz. Tal vez podamos hablar del tema mañana. Nochebuena no es momento para albergar pensamientos tristes.

—Eso es que sí, que lo crees. Crees que le he fallado a Rodolfo.

María Festetics se agitó, inquieta, junto a la cama y miró la puerta del dormitorio como si quisiera salir huyendo por ella. Luego miró de nuevo a Sissi y dijo con voz pesarosa:

—No creo que le haya fallado, emperatriz. Pero... creo que... para él tal vez haya sido más una bella aparición que una madre.

Sissi miró a su dama de compañía sin comprender. El cansancio hacía mella en su cuerpo, pero su mente seguía despierta.

—¿Qué quieres decir con eso?

María Festetics soltó un hondo suspiro.

—Ha sido como un hada para él. Viene, y luego se va, y luego regresa, y después se vuelve a ir. Se marcha, siempre, antes de que pueda llevar a cabo su magia, más que necesaria.

Sissi se dejó caer en el mullido colchón de plumas de oca y clavó la vista en el dosel de la cama. Tal vez María tuviera razón. Tal vez así habían sido las cosas. Y tal vez lo único que podría salvarlos era un poco de magia.

XV

Vivimos en una época estancada y podrida. Quién sabe cuánto más durará. Cada año que pasa me hace más viejo, menos fuerte y atlético... Y esta forma de vivir siempre en preparación, esta espera eterna para que llegue la hora de la reforma, debilita lo mejor de uno mismo.

PRÍNCIPE HEREDERO RODOLFO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

Capítulo 15

Viena
Enero de 1889

Habían pasado solo unos pocos días del Año Nuevo, hacía nada que se habían bebido el ponche de la buena suerte, y la temporada de los eventos sociales acababa de estrenarse, si bien en Viena se encontraba en su apogeo. Fuera del palacio de Hofburg, el clima era benévolo para la época del año. En vez de nieve, una densa y apacible niebla planeaba sobre la ciudad y animaba a la gente a salir a la calle para disfrutar de ese inusual respiro de las gélidas garras del invierno.

La multitud que se congregaba en las terrazas de las cafeterías, en los restaurantes y en los salones de baile solo hablaba de una cosa: la inauguración del nuevo teatro Imperial. La ciudad, ilusionadísima, no paraba de hablar y especular sobre el tema. Los periódicos del continente ya catalogaban al Imperial, que en Viena llamaban el Burgtheater, como el teatro más elegante de todas las capitales europeas. Los aristócratas de sangre azul, los comerciantes burgueses y los aspirantes a artista se afanaban por encontrar una entrada para la noche de la inauguración, ansiaban estar entre la multitud junto con la familia imperial y, más aún, ganarse el derecho a jactarse de haber alcanzado semejante estatus durante los días previos a la inauguración. Aquellos que fueron lo bastante afortunados para hacerse con un palco para toda la temporada caminaban por la calle con la barbilla ligeramente en alto y con los ojos iluminados por el brillo de su irrefutable superioridad.

Un joven artista de veintipocos años, un hombre llamado Gustav Klimt, había sido el encargado de la remodelación del interior del teatro. Francisco José había contratado a Klimt para que creara un enorme mural que se llamaría *El carro de Tespis* en honor al primer actor de la antigua Grecia. Según se acercaba el plazo de la apertura, los corredores de apuestas y los espectadores apostaban sobre si la obra estaría seca a tiempo, y los periódicos informaban de que el joven Klimt se pasaba las noches y los días pegado al techo, con la pintura chorreándole por el pelo y manchándole la cara, mientras

trabajaba de prisa para completar el encargo imperial.

En una ciudad donde el cotilleo gustaba tanto como en Viena, había muchas cosas de las que hablar en cuanto a la noche de la inauguración, y los vieneses afrontaron la tarea con mucho gusto. Debatieron sobre el vestuario que se consideraría apropiado para los asistentes, sobre la selección de obras que deberían representarse durante la temporada, sobre el diseño del nuevo interior y también sobre los nombres de los actores seleccionados para interpretar los distintos papeles. Sin embargo, un tema en concreto ocupaba la mayoría de las conversaciones durante ese mes de enero, un jugoso cotilleo que demostró ser particularmente omnipresente en las cenas y en los salones de la alta sociedad, en el Burgplatz y en las tabernas situadas más allá de la Ringstrasse. No tenía nada que ver con el mural de Gustav Klimt, ni con la fachada neorrenacentista del teatro oculta detrás de los andamios, a la espera de ser desvelada. Tampoco era la controversia sobre esas extrañas bombillas eléctricas y su zumbido que iluminarían el interior del teatro, ni el lujo de la vestimenta de los espectadores. Ni siquiera el hecho de que la «amiga» del emperador, Katharina Schratt, actuaría para el emperador y la emperatriz la noche de la inauguración. No, toda Viena esperaba la noche de la inauguración del nuevo teatro Imperial porque deseaba ver a la dama que tenía el papel protagonista en la vida del príncipe heredero Rodolfo.

Aunque los actores y las actrices ocuparían su lugar correspondiente durante la representación, una dama en concreto sería la auténtica estrella en el drama más salaz de la noche. La baronesa María Vetsera, según afirmaban los periódicos, había alquilado un palco del teatro para la noche de la inauguración. Podía permitírselo, ya que formaba parte de los nuevos ricos, aunque no era aceptada como miembro de la vieja aristocracia.

Toda la población de la capital pareció reunirse a las puertas del teatro Imperial la tarde del día de la apertura de puertas. Incluso aquellos que no habían tenido la fortuna de conseguir entradas acudieron a contemplar el espectáculo que se desarrollaría fuera del edificio. Hombres y mujeres llevaban meses leyendo sobre la guapa baronesa. Su nombre ocupaba las columnas de moda y de sociedad de la capital, de la misma manera que su famosa figura ocupaba, aparentemente, los inquietos brazos del príncipe heredero.

A última hora de la tarde la multitud congregada en las aceras había aumentado hasta contarse por miles y tuvo que llamarse a la guardia para que levantara barricadas en el exterior del teatro y controlara al gentío. La policía montada gritaba pidiendo orden, decidida a que la turba no molestara ni

dificultara la procesión de carruajes dorados que se esperaba, ni a los nobles que se apeaban de ellos. Poco antes se habían retirado los andamios, dejando la nueva fachada a la vista por primera vez, y a medida que el sol se ponía, miles de bombillas eléctricas se encendieron, iluminando el glorioso exterior neorrenacentista.

Los carruajes empezaron a llegar al teatro poco después de las seis de la tarde. Cada llegada enfervorizaba a la multitud, que cotilleaba, daba codazos y estiraba el cuello. Sissi, Francisco y el resto de la familia imperial, estando el palacio de Hofburg a solo unos minutos del Burgtheater, se trasladaron de incógnito en un carruaje que los dejó en una puerta lateral de uso privado. Desde allí fueron escoltados por un pasaje exclusivo que llevaba directamente a un vestíbulo reservado para el emperador, su familia y su séquito. Sin que nadie los viera ni molestara, se dirigieron al palco imperial.

Si su traslado había sido un secreto bien guardado, su entrada en el palco imperial atrajo la atención del teatro entero. Los espectadores, que poco antes intercambiaban saludos y analizaban con disimulo la vestimenta de los demás, se volvieron al unísono cuando llegaron sus anfitriones. Miles de cuellos se estiraron al tiempo que las manos rompían en aplausos y las bocas saludaban a gritos.

—¡Emperador Francisco José!

—¡Emperatriz Isabel!

—¡Príncipe heredero Rodolfo!

Sissi se encontraba entre Rodolfo, increíblemente guapo con su uniforme de infantería, y Francisco, con su uniforme de caballería blanco y rojo. Ella había elegido un vestido ceñido de brocado dorado adornado con encaje y pedrería. Francisco, Rodolfo y Estefanía saludaron a la multitud mientras Sissi, Valeria y la condesa Larisch atravesaban el palco con recatadas sonrisas y ocupaban sus asientos.

Las bombillas eléctricas que habían sustituido la parpadeante luz de las velas iluminaban el interior con una claridad poco natural, facilitando la tarea de fisgar y espiar. Mientras Sissi se acomodaba en su sitio, se percató de que Rodolfo levantaba los anteojos y clavaba la mirada hacia la izquierda de la sala. Allí, en un palco inferior, se encontraban dos mujeres vestidas de forma impecable. Una de ellas parecía mayor, era una mujer atractiva de mediana edad cuyo sonriente rostro Sissi creyó reconocer. Pero fue la segunda, la más joven, la que le llamó la atención. Llevaba un vestido de tul blanco con un gran escote adornado por sus generosas curvas y por un grueso collar de diamantes. Una tiara de diamantes —casi una corona, pensó Sissi— resaltaba

sobre su abundante pelo negro. En ese momento se rio y echó la cabeza hacia atrás, ajena, o tal vez indiferente, al escrutinio del príncipe heredero y de la emperatriz. Pero no eran solo ellos dos, comprobó Sissi, los que observaban a esa joven belleza morena. El resto del teatro estaba haciendo lo mismo. La mayoría de los hombres, como el príncipe heredero, tenían los anteojos dirigidos hacia ella.

—¿Larisch? —Sissi apartó la mirada—. ¿No es María Vetsera la que ocupa aquel palco de la izquierda? ¿Esa mujer de moral relajada que celebra fiestas en los salones de su mansión en Salesianergasse? —Era la primera vez que Sissi se alegraba de tener al lado a la chismosa de María Larisch para que le despejara las dudas.

Su dama de compañía se acercó a ella.

—No va desencaminada, emperatriz. La baronesa Hélène Vetsera está allí, ya la conoce de antes. Es la viuda de mediana edad conocida por su... mmm... hospitalidad hacia los caballeros de Viena. Pero María Vetsera es la que está sentada a su lado. María es su hija.

Sissi sintió una opresión en el pecho y miró de nuevo a las dos mujeres. La más joven, que lucía un ceñido vestido blanco de tul, no dejaba de mirar el teatro con sus ojos de espesas pestañas, como si recibiera de buena gana, e incluso alentara, las miradas que con tanta avidez devoraban sus curvas.

—¿Su hija? —repitió.

La condesa Larisch asintió con la cabeza.

Sissi habló en voz baja para que Estefanía y Rodolfo, sentados en el otro extremo del palco, no la oyeran.

—La mujer de la que Rodolfo asegura estar enamorado... ¿es esa joven tan guapa vestida de blanco? ¿La hija?

—Sí, la más joven.

Sissi miró de nuevo el distante palco, ahora comprendía el porqué del engreimiento y la presunción de la muchacha de ojos negros.

—¿Cuántos años tiene la tal María Vetsera?

—Creo que dieciocho, majestad.

Varios años más joven que Valeria. Una joven arribista procedente de los nuevos ricos en vez de una aristócrata por nacimiento. Pero ninguno de esos datos era tan inquietante como el hecho de que Rodolfo hubiera mantenido una relación amorosa conocida por todos con la madre y que en ese momento asegurara estar enamorado de la hija. Pero tal vez lo más extravagante fuera que María Vetsera se sentaba al lado de esa misma madre, que parecía tan orgullosa como Pándaro y demasiado ansiosa por ofrecer a su hija para el

disfrute del príncipe heredero, que estaba casado, y para el escrutinio de la cruel aristocracia.

Sissi cerró los ojos, presa de un repentino mareo que nada tenía que ver con el zumbido de las bombillas eléctricas ni con la explosión de color de los cientos de relucientes vestidos y joyas. Cuando los abrió al cabo de un momento, parpadeó para enfocar la vista y vio que la muchacha, María Vetsera, sonreía con descaro mientras miraba sin disimulo a Rodolfo, sentado entre su esposa, pálida como la cera, y su padre, que apretaba los dientes.

—Dios mío —dijo Sissi aferrando la mano de María Larisch—. Esa muchacha, en vez de huir de la notoriedad y los cotilleos, ¡parece que se crece con ellos!

—Oh, sí, emperatriz. Para la baronesita y para su madre no es una novedad que hablen de ellas o que susciten tanta intriga social. Más bien parece que lo fomentan. De hecho, si hay algo que persigan con más ahínco que la compañía de los caballeros acaudalados es el escándalo.

—Imagino que los dos a menudo van de la mano —comentó Sissi al tiempo que miraba a su hijo con desconcierto. Y vio, consternada, que Rodolfo le devolvía la atrevida mirada a María Vetsera.

Los músicos empezaron a afinar sus instrumentos mientras el resto de los espectadores se acomodaban en sus asientos. Sissi apartó la mirada de María Vetsera y contempló el rutilante esplendor que la rodeaba, los inmaculados vestidos y fracs que lucían los aristócratas y los nuevos ricos; observó a los espectadores que parecían más interesados en la intriga y los dramas licenciosos en los que participaban tanto ellos como sus vecinos que en el arte que estaba a punto de tener lugar en el escenario. No pudo evitar pensar, mientras sus ojos se daban un festín con la depravada escena, en un banquete de fruta espléndida. En un ramo de rosas recién cortadas. Incluso en una botella del mejor vino. Allí se sentaban los hombres más ricos y las mujeres más refinadas de Viena, tal vez incluso de Europa. Los productos de mejor calidad de la cosecha más preciada de la capital. El pináculo de la sociedad reunido en el emplazamiento más lujoso de la ciudad. Años de progreso en las artes, de avances arquitectónicos, de sofisticación humana habían llevado a ese momento y a ese lugar. Francisco presidía lo que era, seguramente, una edad de oro, concluyó Sissi.

Sin embargo, si la naturaleza era su guía, ¿qué podían esperar a continuación? ¿Qué sucedía en la naturaleza? En la naturaleza, la belleza se perfeccionaba, se hacía incluso más hermosa. Las flores se abrían. La fruta maduraba. Y después ¿qué? Si ellos allí habían alcanzado la perfección de la

madurez, ¿qué seguiría? La madurez era un estado de fragilidad breve y precaria. La fruta y el vino, y las flores, una vez alcanzada la perfección de la madurez, comenzaban su inexorable declive. La fruta se pudría, le salían manchas y se descomponía. Las flores se marchitaban, sus maravillosos aromas se transformaban en el hedor de la podredumbre. El vino se estropeaba y tenía un sabor avinagrado intolerable.

¿En qué punto se hallaba Viena? ¿Se balanceaba al borde de una efímera cúspide? ¿Dependía todo el imperio de ese frágil momento, hermoso, glorioso y bello, pero a punto de transformarse en podredumbre y decadencia? ¿Acaso alcanzar la perfección siempre conducía a un declive inevitable? Si así era, ¿llegaría Sissi a verlo? ¿Lo verían sus hijos? ¿Sus nietos? Se preguntó quién pagaría el precio de semejante esplendor, hedonismo y frívolo abandono; quién estaría preparado cuando las fuerzas de la inevitabilidad se cobraran su precio.

Pero sus atribuladas reflexiones se vieron interrumpidas cuando, alrededor, todas las bombillas eléctricas se apagaron poco a poco en un instante perfectamente orquestado. El director de orquesta ocupó su lugar en el foso rodeado por los aplausos; levantó las manos y los músicos prepararon sus instrumentos. Y entonces se alzó el telón y los ojos del público abandonaron a Sissi, a Francisco, a Rodolfo y a María Vetsera y se concentraron en los verdaderos intérpretes.



La inauguración del teatro Imperial fue declarada un éxito rotundo. Los periódicos del día siguiente aplaudían a Francisco José y lo calificaban de visionario por haber remodelado un teatro tan significativo; aplaudían a los intérpretes por sus dotes artísticas; aplaudían al maestro Klimt por su arte. Sin embargo, en el palacio de Hofburg reinaba la inquietud.

Después del desayuno, Sissi se encontraba en su gabinete ojeando los periódicos. El artículo principal era, como no podía ser de otro modo, una reseña detallada de la inauguración del Burgtheater. Leyó la descripción de su atuendo y de su persona, así como la disección de la apariencia de Valeria y de Estefanía. Justo después encontró una oda a la belleza de María Vetsera. Sissi gruñó y siguió con el siguiente artículo.

Se trataba de algo muy distinto. Era la descripción de un grotesco crimen. Un asesinato y un suicidio llevados a cabo por un estudiante que había arrebatado la vida a su amante y luego se había lanzado a las gélidas aguas del Danubio. Lo peor de la noticia era el recordatorio del periodista de que

semejante acontecimiento era algo habitual. Durante ese otoño y ese invierno los periódicos habían estado llenos de casos similares. Hombres de negocios, estudiantes, artistas y trabajadores se lanzaban al río por docenas, convirtiendo el río del que tan orgullosa estaba la ciudad —la inspiración para los vales de Strauss y para los pinceles de los pintores— en una corriente grotesca de cadáveres y terror.

Debajo del horrible artículo que detallaba el asesinato y posterior suicidio del estudiante se encontraba un editorial que seguía el hilo de la historia. En él, el periodista trataba lo que etiquetaba de «atmósfera de descontento generalizado, un hálito de melancolía que se extiende por nuestra sociedad. Los ricos no disfrutan de sus excesos. Los pobres soportan menos que antes su pobreza».

Sissi soltó el *Neue Freie Presse* con el ceño fruncido. Esa especie de enfermedad, esa «atmósfera de descontento», no era una inquietud que afectara solo a los plebeyos y a los burgueses. También se había colado en palacio. El hecho se hizo evidente cuando a mediodía recibió una inusual nota de Francisco. Era una invitación, una petición del emperador para que Sissi se reuniera con él para almorzar en privado.

Sissi miró la nota con el ceño fruncido y pensó en esa convocatoria. A Francisco le gustaba almorzar sentado a su escritorio mientras trabajaba. Ella lo había aprendido por las malas recién casada y sola. Esa era su rutina, y Francisco seguía su rutina con meticulosidad tras décadas entregado a ella. Que quisiera o, mejor dicho, que necesitara su compañía en mitad del día la inquietaba.

Francisco se pasó la primera mitad del almuerzo enumerándole las muchas dificultades que se le presentaban en política exterior. El enfermo emperador de Alemania había muerto, el poder absoluto había pasado a su hijo. Se decía que Guillermo era un joven belicoso y planeaba una inminente visita oficial a Viena.

—Y lo peor de todo —siguió Francisco mientras daba buena cuenta de su almuerzo— es que el joven emperador alemán, más joven que Rodolfo, espera que mientras esté en la ciudad se le honre como si fuera un viejo amigo y un aliado estimado.

Sissi gimió para sus adentros. Esa visita supondría sufrir unos días tediosos.

Francisco continuó con su lista de infortunios. La salud del zar de Rusia, un aliado importante, empeoraba poco a poco y todos se preguntaban si su hijo (un muchacho tímido y mimado llamado Nicolás, de cuyo séquito se

decía que estaba plagado de embaucadores) sería capaz de mantener unido el vasto imperio de su padre.

—Rusia está enferma por dentro. Su gente se muere de hambre y hay grupos radicales que tratan de sembrar el descontento. Gritan a favor de los derechos de los trabajadores... y piden la abolición de todas las monarquías. Lo único que evita que ese polvorín estalle es el poder absoluto del zar. Si los Romanov aflojan las riendas, perderemos Rusia. Y una Rusia inestable sería un desastre para nosotros, o más bien, un desastre para toda Europa. —La expresión de Francisco se ensombreció ante la idea.

Pero Sissi sospechaba que detrás de la invitación a almorzar había algo más que esa lista de problemas que se cocían más allá de las fronteras de Francisco. Y tenía razón. Mientras se llevaban los últimos platos, antes de que les sirvieran el postre, Francisco abordó el tema de las crecientes dificultades con su hijo y heredero.

—Acabo de enterarme de que Rodolfo... —se limpió la boca con gesto nervioso— el príncipe heredero... se ha puesto en contacto con el Vaticano con la intención de conseguir que el Papa anule su matrimonio.

Sissi se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dices? ¿Y tú sabías... sabías que tenía intención de hacer eso?

Francisco negó con la cabeza.

—Lo ha hecho sin mi autorización.

Aunque era una cuestión de índole familiar y de gran importancia dinástica, Rodolfo se había puesto en contacto con Roma sin consultarlo con nadie y había suplicado al papa León XIII que anulara su unión con Estefanía. El trasfondo de la petición era, por supuesto, que quería convertir a su última amante, María Vetsera, en su esposa.

—Que el Señor nos ayude si ya está embarazada —dijo Sissi mirando sin interés alguno la bandeja de hojaldres que acababan de ponerle delante. ¿Se atrevería Rodolfo? ¿Tendría la audacia de abandonar a su legítima esposa, que era hija de un rey? ¿Osaría convertir a su hija legítima, Erzsi, en una bastarda?

—El Papa, que Dios lo bendiga —dijo Francisco en voz baja—, me ha escrito a mí en vez de a él, y ha expresado la confusión que le produce semejante asunto. Por supuesto, no decidirá nada sin haber recibido antes mi respuesta.

La mente de Sissi trataba de comprender lo que estaba sucediendo. Esa última travesura se producía días después de que llegara a las puertas del palacio de Hofburg un hombre desesperado pidiendo una audiencia con el

emperador. El hombre se encontraba en un estado inconsolable y Francisco José no tardó en compartir su desconsuelo cuando se enteró de que el príncipe heredero había saltado con su caballo por encima del féretro de la amada esposa del hombre.

—Sissi, si hubieras visto la cara de ese pobre hombre cuando vino a hablarme de su dolor. Del insensible y vergonzoso comportamiento de mi hijo —añadió Francisco, que arrojó la servilleta al plato, demasiado asqueado para disfrutar del postre—. Que Rodolfo usara el ataúd de una difunta a modo de obstáculo mientras cabalgaba por la ciudad...

Sissi cerró los ojos y Francisco guardó silencio; sabía que ella entendía la profundidad de su descontento. Siguieron sentados el uno frente al otro en silencio. Francisco apoyó la barbilla en las manos, un gesto inusual en su normalmente impecable postura. Al cabo de un momento suspiró.

—Y este es solo el último incidente de lo que ya es un empeoramiento en su conducta.

—¿Qué vamos a hacer, Francisco?

—¿Qué podemos hacer? —la corrigió él.

—Tal vez la anulación del matrimonio no sea lo peor —razonó Sissi en voz alta—. Estefanía y él nunca han sido felices.

—¿Felices? Uno no anula la unión que ha realizado ante Dios y con Dios porque no sea feliz, Sissi. Caramba, ambos sabemos perfectamente que ni había impedimento alguno para realizarlo, ni motivo de peso para anularlo. No, no humillaré a Estefanía a los ojos del mundo, ni provocaré a Bélgica, y al Todopoderoso, solo para aplacar a mi irreflexivo hijo.

Sissi se frotó el puente de la nariz en un intento por aliviar el dolor de cabeza que le taladraba la frente.

—No entiendo dónde... ni cuándo... él...

Francisco resopló.

—Y sé que abusa del opio. Afirma que lo usa para tratar el dolor de espalda que sufre desde aquella caída del caballo. Pero ahora lo toma diariamente y lo mezcla con champán y con coñac.

Sissi sintió un nudo en el estómago, una serie de nudos más bien, al comprender que su hijo había llegado demasiado lejos para que sus padres pudieran intervenir. Al comprender que Rodolfo era un hombre y que estaba fuera del alcance de sus padres. Al comprender que la última vez que ambos, padre y madre, habían hablado con esa sinceridad sobre su atribulado hijo fue cuando ella insistió en que despidieran al tutor sádico. ¿Tanto tiempo habían pasado sin hablar abierta y honestamente sobre la crianza de su hijo? Sissi

estaba furiosa. Furiosa consigo misma, furiosa hacia Francisco. Furiosa hacia la mujer, muerta hacía tanto tiempo, que había educado a su niño y lo había empujado a ese camino de desconfianza, ira y agitación.

Francisco seguía frente a ella sumido en un silencio reflexivo. Que se desentendiera tanto de su tiempo, que siguiera sentado a la mesa del almuerzo cuando hacía rato que habían acabado de comer, confirmaba lo alarmado que se sentía. Había documentos que revisar y firmar; ministros a los que atender. Sin embargo, seguían allí sentados, marido y mujer, inmersos en un incómodo silencio, ambos pensando en su hijo.

Francisco le puso fin al decir en tono derrotado pero decidido:

—Bueno, solo podemos hacer una cosa. Haremos lo que siempre hemos hecho, supongo.

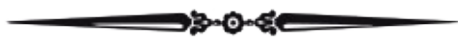
Sissi alzó su copa y apuró el contenido.

—¿Y qué es? —preguntó.

—¿Qué te dije el día de nuestra boda? *Repräsentations-pflicht*.

—Mantener la fachada —dijo Sissi, repitiendo la máxima de la corte.

Francisco asintió muy serio y se levantó de la mesa. El almuerzo había acabado.



Las imprentas de la capital estuvieron zumbando todo el invierno, sacando día tras día, negro sobre blanco, nuevos artículos sobre el enamoramiento del príncipe heredero con la carismática baronesita. Qué raro, pensó Sissi al leer los artículos; nadie pensaría que Rodolfo era un hombre radiante de amor viendo cómo se comportaba en el palacio de Hofburg. A medida que avanzaba el mes de enero, el clima empeoró y se volvió gélido, con el cielo cubierto por una perenne manta de nubarrones grises. La actitud de Rodolfo en el palacio se tornó más lúgubre que nunca.

El último fin de semana del mes de enero Francisco José organizó una cena fastuosa en honor del joven káiser Guillermo, cuya visita a Viena se consideraba, entre los miembros de la familia imperial, uno de los motivos de la irritabilidad de Rodolfo. La noche siguiente la familia imperial acudiría a la embajada alemana para disfrutar de otra cena en honor del káiser Guillermo. Sissi asistiría con Francisco, Rodolfo y Estefanía. Aunque se celebrara en Viena, la etiqueta dictaba que tanto Francisco como Rodolfo llevaran el uniforme militar alemán para honrar a sus invitados.

La noche era gélida y ventosa, y amenazaba nieve. En el interior de la embajada alemana, cientos de cuerpos apretados generaban algo de calor,

pero el ambiente distaba mucho de ser cálido. La corte y los burócratas de los gobiernos de Berlín y de Viena se removían inquietos, obligados a demostrar cierta cordialidad en sus forzadas interacciones. El káiser Guillermo, un joven poco dado a sonreír, había llegado acompañado de lo que parecía un pequeño ejército de asistentes. Rodolfo apenas abrió la boca, dejó que fueran Francisco, Sissi y su esposa los que saludaran a los invitados. Solo hacia el final de la velada sus ojos adquirieron cierto brillo, cuando se anunció la llegada de la baronesa Hélène Vetsera y de su hija María.

Sissi sintió el acercamiento de las Vetsera mientras avanzaban por la línea de recepción como cuando uno siente que la enfermedad se apodera poco a poco de su cuerpo. Cuando María Vetsera se plantó delante de ella, tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que le temblaran las manos. En tono distante, dio la bienvenida a la dama y la saludó con un evasivo gesto de la cabeza mientras madre e hija hacían sendas genuflexiones. Francisco hizo lo mismo. Los ojos de Sissi siguieron a las Vetsera cuando saludaron a Rodolfo.

—Hace mucho que no nos vemos. —María le dedicó una sonrisa radiante, no demostró el respeto que se le debía al príncipe heredero de Austria-Hungría, más aún siendo como era una presuntuosa nueva rica.

María estaba preciosa, reconoció Sissi a regañadientes. Tenía las mejillas sonrojadas y llevaba un vestido de color azul celeste con detalles en amarillo limón que se ceñía a la perfección a sus curvas.

—Baronesa Vetsera.

Rodolfo ofreció la primera sonrisa de la velada. A su lado, el rostro tenso de Estefanía parecía tener el mismo color apagado que su vestido de color gris ceniza. Aunque iba igual de arreglada que María Vetsera, comparada con ella Estefanía parecía desaliñada e insípida, hasta las flores que adornaban su pelo parecían marchitas mientras observaba a la amante de su marido.

María, que por fuerza tenía que pasar por delante de Estefanía después de saludar a Rodolfo, no hizo genuflexión alguna, no le ofreció la menor deferencia a la princesa heredera. Siguió mirando al hombre con el que acababa de hablar y le regaló una nueva sonrisa mientras pasaba frente a la esposa de su amante. La multitud congregada en el vestíbulo pareció contener el aliento al unísono. Todos salvo el príncipe heredero y la madre de María. Sissi miró a su nuera, tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa. Pero acto seguido Estefanía recobró la compostura. Cerró la boca, recompuso la expresión y se volvió hacia su suegro. Con un tono de alegría poco natural, le preguntó:

—Padre, ¿cuándo vamos a bailar?

Los embajadores de Francisco y los de Alemania hicieron sendos brindis. Se bailaron valeses. Francisco, aunque siempre entregado a su papel, estaba deseando irse, quitarse el uniforme alemán y alejarse de la presencia del presuntuoso káiser. El estado de ánimo de Rodolfo decayó de nuevo en cuanto María y su madre se marcharon de la fiesta, tal vez con ciertas instrucciones respecto al lugar donde María debía esperar a Rodolfo esa noche, pensó Sissi. Estefanía demostró gran valentía durante toda la velada, habló y rio con una determinación casi frenética para parecer alegre, pero cuando por fin llegó el momento de regresar al palacio de Hofburg, Sissi no supo quién se sentía más aliviado.

Durante el corto trayecto por la ciudad el ambiente en el interior del carruaje era tan frío como la temperatura exterior.

—Qué carga más insoportable —masculló Rodolfo, que prácticamente rasgó la chaqueta del uniforme alemán en su afán por quitársela.

—Pues a mí me parece que estás muy guapo con ella puesta —comentó Estefanía.

Rodolfo farfulló algo con aire distraído mientras Francisco miraba por la ventanilla sin hacer el menor caso a la protesta de su hijo. Lo que tuvo el efecto de que las siguientes palabras de Rodolfo fueran pronunciadas un poco más alto y que pareciera un poco más agitado.

—No sé cómo lo soportas, padre.

Francisco se volvió y sus claros ojos azules brillaron por el reflejo de una farola cercana.

—Cómo soporto ¿el qué? ¿Comportarme como un anfitrión educado?

Rodolfo rio entre dientes, apretando los labios.

—No lo entiendes, ¿verdad, Rodolfo? No entiendes cómo hago cualquier cosa por deber o amabilidad.

—¿Amabilidad? ¿Así es como te ves a ti mismo? ¿Como un anfitrión amable? —Las palabras de Rodolfo rezumaban burla—. Más bien has actuado como un títere delante de ese bufón. Este uniforme... esos ministros tan presuntuosos... Escucha bien lo que te digo, padre. Una alianza con ese hombre, con Alemania, solo nos traerá problemas. Nos llevará a la guerra. A una gran guerra.

—No seas ingenuo, Rodolfo —replicó Francisco. Sissi percibió la ira apenas contenida por el hercúleo autocontrol de su marido. Casi sentía dicha ira palpar en cada palabra—. He forjado dicha alianza con Alemania para evitar una guerra.

—Pero con ellos de aliados, nos arrastrarán a la guerra.

Francisco se echó a reír. Fue un sonido exasperado, carente de humor, como si desahogara su frustración con un niño pequeño incapaz de comprender.

—Nadie se atrevería. ¿Con Austria-Hungría, Alemania y Rusia unidas?

—Rusia tiene un gran problema interno. El zar abusa de su pueblo, y el pueblo acabará sublevándose para destronarlo. Yo lo sé y tú lo sabes.

Francisco se encogió de hombros con indiferencia.

—Tonterías dichas por un joven ingenuo. No sabes lo que es gobernar un imperio.

—No, no lo sé. Porque no me permites aprender. Te lo guardas todo para ti, convirtiéndolo en secreto. Salvo tu policía secreta, que me sigue sin discreción alguna.

—Cuando demuestres con tu comportamiento que mereces el trabajo, te recompensaré involucrándote.

—¿Merecer? ¿Qué tendrá que ver eso cuando tú gobiernas por derecho divino? ¿Acaso no eres el elegido de Dios?

—Tus burlas son la prueba de que sigues siendo un niño. Ojalá te comportaras como Guillermo. Puedes decir lo que quieras sobre su arrogancia o su presunción; al menos él se comporta como un gobernante.

—¡Guillermo es más joven que yo! Y, sin embargo, tiene la corona. Tiene un propósito. ¿Qué tengo yo? Me limito a esperar y esperar. No puedo soportarlo. Cada día que pasa, cada año que pasa, es como...

—¡No mereces ser mi sucesor! —bramó Francisco.

Eso, al menos, sirvió para silenciar a Rodolfo, cuyas mejillas adquirieron una palidez poco natural. Pese a la penumbra que reinaba en el interior del carruaje, Sissi se percató de que el cansancio le había provocado unas oscuras ojeras, si bien su mirada resultaba abrasadora. Estaba cansado pero alerta. Como un animal perseguido.

La tensión se palpaba en el ambiente dentro del silencioso carruaje mientras los caballos atravesaban las puertas del palacio.

—Hemos llegado —anunció Sissi rompiendo el silencio, y se adelantó cuando se abrió la portezuela. Jamás había imaginado que algún día sentiría semejante alivio al llegar al palacio de Hofburg.



Al día siguiente, un lunes, Sissi decidió estar sola, agotada por el fin de semana de fiestas en honor al káiser y más agotada todavía por las discordias familiares. Sabía que Rodolfo había planeado ir de caza con algunos

miembros de su séquito al pabellón de Mayerling, en los bosques de Viena. Se marchó sin despedirse de sus padres, pero Sissi vio partir al grupo desde las ventanas cubiertas de hielo.

«Bien, que se aleje una temporada de su padre, que se aclare las ideas con el aire frío y la actividad al aire libre», se dijo Sissi.

La noche siguiente se celebraba la cena familiar semanal en los aposentos privados de Francisco. Cuando Sissi y Valeria llegaron, encontraron a una Estefanía muy pálida y a un Francisco furioso. Rodolfo acababa de enviar un telegrama a su padre excusándose de la cena familiar por un resfriado que le obligaba a quedarse en el pabellón de Mayerling. La cena fue rápida y silenciosa. Solo Francisco tenía permitido iniciar la conversación, pero no lo hizo. Con lo cual, nadie habló.

Esa misma noche, más tarde y después de rezar en sus aposentos, Sissi se desvistió para acostarse.

—¿María?

—¿Sí, emperatriz?

María Festetics alzó la vista; estaba agachada cogiendo los ladrillos que había colocado delante de la chimenea de porcelana para que se calentaran. Los llevó hasta la cama de la emperatriz y empezó a calentar las sábanas.

—Parece que Rodolfo se aleja cada vez más de nosotros —dijo Sissi pensando en voz alta.

María frunció el ceño. No hizo falta que hablara para que Sissi supiese lo que estaba pensando.

—Crees que debería hablar con él, ¿verdad?

María se enderezó, rodeó la cama y se acercó despacio a Sissi.

—Emperatriz, hace mucho tiempo que pienso que el príncipe heredero echa de menos a su madre. Por mucho que parezca un hombre adulto, por dentro sigue siendo un niño tímido y asustado.

—Tienes razón —dijo Sissi con un suspiro. Se metió en la cama, conteniendo un bostezo, y tomó una decisión—. Mañana. Cuando vuelva de Mayerling hablaré con él. También hablaré con Estefanía. —Se apoyó en la almohada, tibia gracias a los ladrillos, y se sintió a gusto con el pelo suelto y sin el ajustado corsé. Supuso que esa noche se dormiría pronto, sin la lucha habitual. Pero entonces cayó en la cuenta de algo—. ¿Dónde está la condesa Larisch? No la he visto en todo el día.

El ceño fruncido de María quedó a la vista gracias a la luz de la vela que llevaba en la mano.

—Dijo que tenía que ir a la ciudad... a hacer unos «recados».

Estaba claro que María no aprobaba las actividades de la condesa Larisch, fueran cuales fuesen.



Sissi se despertó el miércoles con el conocido dolor de reuma en las extremidades. Antes de pedir que le prepararan el baño, completó sus oraciones. Se tomó su tiempo para arreglarse. Después mordisqueó una tostada y se bebió una taza de té y, ya entrada la mañana, dio la bienvenida a su tutor de griego.

Justo antes de las once, en los últimos minutos de la clase de griego, llamaron a la puerta. «Qué raro», pensó. El barón Nopcsa y sus damas de compañía guardaban su intimidad con celo. Y los sirvientes siempre despachaban a cualquiera que quisiera verla sin invitación o sin cita. Ese día, más tarde, Francisco y ella esperaban la visita de Kathi Schratt, pero todavía era temprano.

En ese momento Ida entró en tromba en la estancia, con la boca abierta como si las palabras que no podía pronunciar la estuvieran asfixiando. El barón Nopcsa entró detrás de ella.

—¿Qué significa esto? —preguntó Sissi al tiempo que se levantaba con el libro de griego en las manos. No estaba acostumbrada a que la interrumpieran de forma tan brusca—. No os he invitado a ninguno de los dos. —Pero en ese momento se percató de la palidez del barón y el miedo sustituyó al enfado—. ¿Qué... qué sucede?

—Su hijo... el príncipe heredero Rodolfo... —empezó el barón.

—Sí, ¿qué pasa con Rodolfo? Está en Mayerling, en el pabellón de caza, con su séquito.

—Sí, estaba cazando en Mayerling. Pero no estaba con su séquito. Sino con la dama.

Sissi parpadeó y contuvo el gemido que amenazaba con brotarle de la garganta.

—¿Y a mí qué me importa la compañía femenina que frecuente?

—Majestad Imperial... —El barón Nopcsa tragó saliva, incapaz de pronunciar las palabras.

El libro de griego resbaló de las manos de Sissi al suelo.

—¿Qué? ¿Qué ha sucedido, barón?

—El príncipe heredero y María Vetsera...

—Sí, ¿qué ocurre con ellos?

—Han muerto.



¡EL PRÍNCIPE HEREDERO HA MUERTO!

El titular en tinta negra apareció en las portadas de todos los periódicos de Austria-Hungría, y alrededor de la capital todo se volvió negro. Banderas negras colgaban de las ventanas del palacio de Hofburg, de todas las fachadas de la Ringstrasse y de las iglesias de la ciudad. La gente caminaba cabizbaja y vestida de negro por las silenciosas calles.

Alrededor del palacio la multitud lloraba y rezaba; nada que ver con treinta años atrás, cuando la gente se congregó frente al palacio para bailar y festejar. Cuando Sissi, una joven madre, se acercó al recién nacido Rodolfo al pecho, se enamoró de él y se alegró del júbilo que se oía al otro lado de las ventanas de su dormitorio con motivo del nacimiento de su hijo. En ese momento corrió las cortinas de ese mismo dormitorio y la luz y los dolientes quedaron fuera, solo la oscuridad pudo entrar.

Pero lo más negro fueron los informes que llegaron al día siguiente. Mientras la noticia inicial circulaba por la capital y el imperio, en el interior del palacio Sissi y Francisco José fueron informados poco a poco de las causas de la muerte de su hijo. El repentino fallecimiento de Rodolfo no se había producido por un accidente de caza ni por el ataque de un loco separatista eslavo, tal como se pensó inicialmente. No había sido un envenenamiento a manos de un enemigo de la corte o de un sirviente vengativo. Tampoco fue el ataque de un marido despechado que quisiera vengarse del lascivo príncipe. No se debió a un ataque al corazón ni a una mezcla letal de medicamentos. Ni siquiera fue, como apuntaban algunos informes y como Sissi había llegado a creer, un asesinato a manos de su amante, María Vetsera.

No, la verdad era mucho peor que todo eso. Peor que lo que habían sugerido los peores informes. La muerte de ambos fue el resultado de un suicidio pactado. Un macabro acuerdo propuesto y llevado a cabo por el mismo Rodolfo. Rodolfo, que había visto cómo su padre y la corte le restaban autoridad y respeto, había ejercido su autoridad sobre la única persona que le había dicho que era su dios. Como príncipe heredero de la ciudad que se conocía como «la capital mundial del suicidio», Rodolfo había llevado a cabo un último e irreversible acto de desafío. Al disparar a su aquiescente amante y dispararse a sí mismo había descubierto, por fin, que era valiente y poderoso. Y por fin había conseguido la atención de su padre.

Rodolfo había dejado una carta a su madre en la que se disculpaba por no

haber sido mejor hijo. Había dejado otra para Valeria en la que la animaba a abandonar Austria con su prometido. Pero el hecho más elocuente fue que no dejó ninguna nota a su padre, el emperador Francisco José.

Los golpes siguieron llegando al palacio de Hofburg como olas impulsadas por la tormenta hasta la orilla. Al día siguiente, una afligida y confundida baronesa Hélène Vetsera se presentó en las puertas del palacio de Hofburg suplicando información. Su hija llevaba días desaparecida y no había recibido noticias de ella. Lo último que sabía era que había salido de compras con una amiga. Dicha amiga, una confidente del príncipe Rodolfo, llevaría a la joven hasta el príncipe, y una vez juntos los amantes viajarían hasta el pabellón de caza de Mayerling. La baronesa Vetsera permaneció en el palacio llorando y rogando que la dejaran pasar a los aposentos de Sissi. Suplicando cualquier información que pudieran transmitirle sobre el paradero de su hija.

Entretanto, en sus dependencias, Sissi recibía una noticia terrible. Los sirvientes del palacio y los médicos habían acabado de registrar los aposentos y la ropa del príncipe, incluidas las prendas que llevaba la fatídica noche de su suicidio, y en el bolsillo de su uniforme habían encontrado una carta de la dama que había servido de intermediaria entre María Vetsera y Rodolfo. La dama que había facilitado su encuentro y su traslado a Mayerling para llevar a cabo el macabro plan. Se trataba de la condesa María Larisch.

Esa última noticia, sumada a los asombrosos datos y descubrimientos de los días previos, sumió a Sissi en un estado cercano a la parálisis. Alguien la llevó a la cama —¿Ida?, ¿María?—, donde se acostó; el dolor y los pensamientos se empeñaban en desgarrarle la mente. ¡Ella, Sissi, era la culpable! Ella había introducido a la condesa Larisch en su casa. Ella, la madre de la que Rodolfo había heredado su temperamento sensible y su talante taciturno, había evitado hablar con su hijo sobre el peligroso comportamiento que demostraba. No había querido ver la gravedad de los problemas que tenía y se había refugiado en su propia infelicidad. En muchos sentidos había alentado esa horrible y macabra serie de acontecimientos. Ella tenía la culpa..., ¿era como si ella misma hubiera disparado el arma que había matado a su hijo!

Valeria y Francisco José decidieron que Sissi no estaba en condiciones de asistir al funeral. El acto sería un evento tristísimo y público, asistirían los jefes de Estado de toda Europa, así como miles de ciudadanos llegados expresamente a la ciudad. De manera que Sissi se pasó el día del funeral acostada, bajo las mantas y con las cortinas corridas. Incluso con las ventanas cerradas y con la luz del sol tapada, Sissi oía los dolientes tambores que

acompañaban a la comitiva del sepelio al salir del palacio. Allí estaba Francisco, el obediente Francisco, caminando junto al ataúd de su hijo. Cargando con su responsabilidad, asumiendo su papel imperial. A medida que la comitiva se alejaba, el palacio fue sumiéndose en un silencio sepulcral y Sissi se quedó de nuevo a solas con sus pensamientos. Con la ineludible certeza de que ella, más que nadie, podría haber salvado a su hijo. Y no lo había hecho.

Esa noche, tarde, cuando los dolientes se hubieron marchado, Francisco José regresó al palacio de Hofburg. Mientras él se encerraba en su dormitorio para sufrir en privado, Sissi se arregló. Vestida de negro de la cabeza a los pies y con la cara cubierta por un grueso velo negro, salió por una puerta lateral del palacio. Una vez fuera, al abrigo de la oscura y ventosa noche y de su vestimenta de luto, caminó de incógnito hasta la cercana iglesia de los Capuchinos, en cuya cripta descansaba el cuerpo de Rodolfo.

«Qué curioso», pensó, su cuerpo era insensible al viento gélido y cruel. «Por fin he encontrado la manera de salir a hurtadillas de palacio y caminar de incógnito por la ciudad.»

Llamó a la puerta del antiguo monasterio. Sobre su cabeza, las campanas repicaron en la torre de la iglesia las doce de la noche. Una figura envuelta en un hábito salió por una puerta lateral. El rostro del anciano reflejó su sorpresa al ver a la mujer vestida de negro que se hallaba a su puerta como una aparición espectral.

—Buenas noches, padre.

El sacerdote se acercó indeciso.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Padre, por favor, ¿no me dejaría entrar para visitar la tumba del príncipe heredero? —Sissi sintió que el simple hecho de pronunciar esas palabras la dejaba sin fuerzas y casi creyó que se desplomaría en el suelo. Se aferró a la oxidada verja de hierro.

El sacerdote alzó la vista hacia la torre, donde seguían repicando las campanas, como para confirmar que era medianoche.

—¿El príncipe heredero? Pero... pero viene usted muy tarde. ¿Quién es usted, señora?

—Soy su madre. Y tiene razón, llego muy tarde. Demasiado tarde.

XVI

Yace inmóvil en la cama y detecta un débil borboteo, como una corriente de agua. Seguro que está soñando, porque se halla en su dormitorio, donde ningún arroyo puede alcanzarla. Y sin embargo el agua se cuele por debajo de su puerta. El reguero se va haciendo más grande hasta que se convierte en un torrente que irrumpe por la puerta y por las ventanas. ¿Está soñando? Se incorpora en la cama, aterrorizada, y vislumbra por la ventana el reflejo de la luna en el agua. Pero no es una luna normal: brilla tanto como el sol del mediodía, y de repente su resplandor, frío y fantasmagórico, inunda la habitación.

—¡Irma! —grita, aterrada.

El torrente se ha detenido, pero la puerta se abre despacio, un chirrido, un crujido, agitando el agua sobre el suelo de madera. Irma habría entrado enseguida, habría acudido de inmediato al oír el grito aterrorizado de su señora. Pero no es Irma quien está frente a ella a la cegadora luz de la luna.

—¿Luis? —Pronuncia el nombre con una mezcla de asombro e incredulidad—. ¿Luis? No puedes ser tú. ¿Verdad?

Luis permanece quieto, sin responder, empapado de la cabeza a los pies.

—¡Luis! ¿Por qué estás empapado?

En ese momento él responde con voz serena:

—He venido desde el lago.

Ella siente que se le pone la carne de gallina. Tiene que estar soñando. Pero ¿por qué no logra despertarse como siempre que tiene una pesadilla?

—¿El lago? Pero... tú estás muerto.

Luis la mira fijamente, sus ojos claros iluminados por esa luna que parece un sol.

—Muerto, pero todavía no soy libre.

Está soñando... seguro que está soñando.

—¿No eres libre? —pregunta ella—. ¿Por qué no eres libre?

—Porque... mi destino está ligado al de otros.

Ella se estremece bajo las mantas, pero no dice nada.

—Pronto te reunirás conmigo —continúa Luis, de pie en el umbral— y seremos libres, y estaremos juntos.

—¿Reunirme contigo?

—Sí. —Él asiente con la cabeza, el pelo mojado se le pega a su apuesto y juvenil rostro.

—Reunirme contigo... ¿dónde?

Luis se da la vuelta y sale por la puerta. Si no es real, si de verdad no está ahí, ¿por qué oye los pasos de sus botas sobre el suelo de madera, por qué se agitan los charcos de agua? Antes de marcharse, Luis se detiene, se da la vuelta y mira de nuevo a Sissi.

—En el paraíso. Ya no falta mucho.

Capítulo 16

*Palacio de Gödöllő
Primavera de 1889*

El dolor y la pena atormentaban a Sissi y la siguieron hasta Gödöllő, convirtiendo el lugar que tanta felicidad le había reportado en un infierno inhabitable y lleno de fantasmas. Los primeros crocos que se abrían paso en el suelo helado le recordaron que la vida continuaba aunque su hijo hubiera muerto. Pensó entonces en lo mucho que le gustaba la primavera en Hungría, el olor de las acacias, los brillantes colores del río, el establo y los arroyos bordeados de tulipanes, pero esos recuerdos también le dejaban los ojos enrojecidos e hinchados de lágrimas. Al fin y al cabo, ese era el país que más había querido a Rodolfo, y el más querido por él. Lo querían por su relación con ella, Sissi. Lo querían por su parecido físico y emocional con ella. Acordarse de ese amor le rompía el corazón, era un dolor que la desbordaba, lleno de una nociva mezcla de recuerdos y reproches. En ninguna parte estaba a salvo de los recuerdos. Y, por tanto, tampoco de los reproches que se hacía a sí misma.

Como tampoco estaba a salvo de lo que se escribía en Viena. Historias truculentas que afirmaban que la emperatriz, loca de dolor, permanecía encerrada en sus aposentos, que acunaba un cojín en su regazo, le hacía carantoñas y le hablaba como si fuera su niño, el príncipe heredero. A medida que la opinión pública se enteraba del suicidio de Rodolfo, un hecho que los ministros de Francisco habían intentado ocultar por todos los medios, los periódicos no dejaban de publicar artículos e historias acerca de la conexión de Sissi con la locura de los Wittelsbach, una tara genética que se había insinuado por toda la familia hasta envenenar incluso a los razonables y sensatos Habsburgo, como si de una plaga se tratase. La culpa, por supuesto, la tenía ella; los articulistas nunca mencionaban que Francisco, un Habsburgo, era mitad Wittelsbach; que su madre, la archiduquesa Sofía, la más sensata de todos ellos, le había transmitido su sangre Wittelsbach. No, era Sissi la que procedía del linaje enfermo, la mancha de la locura era su contribución y su

herencia. La locura de los Wittelsbach, sospechaban todos, esa purga que primero se había llevado al padre de Sissi, luego a su primo Luis y por último a Rodolfo, a continuación iría a por ella.

En Viena, Francisco, que había recurrido a su infalible terapia de refugiarse en el trabajo, hacía un valeroso esfuerzo por desmentir dichos artículos. Incluso se había dirigido al Parlamento para desacreditar los rumores de que su esposa se había sumado a las penas y las cargas del emperador desarrollando un comportamiento inestable. Pero las calumnias continuaron apareciendo en la prensa escrita y acabando en las manos de los voraces lectores de todo el continente e, incluso, de las lejanas tierras de América.

—Debería entregarme a la locura, así todos serían felices en vez de embusteros —dijo Sissi una mañana de principios de primavera mientras repasaba los periódicos y el desayuno se le enfriaba en la mesa—. En fin, al menos esos que siempre me han odiado a muerte ahora tendrán la satisfacción de saber que mi hijo nunca se sentará en el trono de los Habsburgo. —Tras decir eso, clavó los codos en la mesa y se echó a llorar.

En ese estado de melancolía, al menos recibió una buena noticia y fue como un rayito de sol que atravesara un nubarrón negro. Andrásy le mandó una nota. Se había enterado de que estaba en Hungría y deseaba, después de tanto tiempo, ir a verla. Sissi le dijo que su visita sería muy bien recibida.

Lo esperó en sus aposentos privados. Aunque se levantó para recibirlo, al verlo en persona le flaquearon las piernas. Allí estaba, después de tanto tiempo separados, después de todo lo que había vivido, y perdido, en su ausencia.

—Hola, Sissi. —Se quedó parado en la puerta, mirándola con expresión titubeante, como si lo asaltara una timidez que nunca antes había demostrado en su presencia, ni siquiera al principio de su relación.

—Andrásy, hola. Por favor, pasa.

Lo vio entrar y examinó su aspecto. Su pelo, en otro tiempo abundante y oscuro, le caía lacio y canoso alrededor de la cara. Sus ojos, antes como el terciopelo negro, estaban hundidos, la piel que los rodeaba parecía tragárselos. Andrásy se había convertido en un anciano, se percató Sissi con una ola de tristeza.

Pues claro que sí, se dijo ella reprendiéndose por la nostalgia que la asaltó. Habían pasado años, décadas, desde que eran dos jóvenes idealistas que se enamoraron el uno del otro y de la idea de la autonomía húngara. Sin embargo, verlo tan cambiado, tan distinto del hombre que recordaba en su

cabeza... la impactó.

—Gracias por venir —dijo con un hilo de voz.

Si Andrásy le parecía tan viejo y cansado a sus ojos, ¿qué pensaría él de ella? De repente, por primera vez ni sabía cuánto tiempo sintió que le ardían las mejillas. Era una sensación que él siempre le había provocado pero que no había experimentado en lo que se le antojaba una eternidad.

—Sissi. —La miró con una sonrisa y ella atisbó un levísimo brillo en sus ojos, como las últimas llamas de un fuego moribundo.

—Me alegro de verte, Andrásy. Tienes muy buen aspecto.

Él levantó un dedo y lo agitó en su dirección.

—Nunca se te ha dado bien mentir. Eres incapaz de ocultar lo que piensas.

Sissi no pudo evitar reírse.

—Por lo menos contigo. Por favor, siéntate.

Él lo hizo de buena gana, pero ella vio el dolor en su cara y que se aferraba el estómago mientras se sentaba.

—¿Te apetece un té? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza, de modo que Sissi pidió que le llevaran una taza para ella.

—Si no te apetece té, ¿quieres otra cosa? ¿Champán? Tal vez incluso tengamos motivos para brindar. No todos los días recibo la visita de un viejo amigo después de tanto tiempo.

—Ojalá pudiera, pero beber me provoca un malestar tremendo. —Hizo una mueca al pensarlo—. No te obligaré a presenciarlo.

—¿Estás enfermo?

—Sí. Mi médico dice que es cáncer. —Andrásy se señaló el bajo vientre.

—¿Es... es grave?

—No lo saben. No saben mucho de la enfermedad. Así que, con todas las preguntas sin respuesta que hay, supongo que el tiempo lo dirá.

Ella bebió un sorbo de té mientras el silencio se extendía entre ellos. Andrásy y la enfermedad eran dos conceptos que nunca había asociado en su mente, dos hilos de colores tan distintos que nunca podrían entretorse en la misma trenza. Andrásy, a sus ojos, encarnaba la fuerza, una fuerza eterna y todopoderosa. Y sin embargo, incluso a él le estaban fallando las fuerzas.

Sus siguientes palabras la sacaron de su ensimismamiento.

—Me resulta imposible expresar la desolación que sentí, que sentimos todos, al enterarnos de la noticia.

Sissi cambió de postura y los ojos se le llenaron de lágrimas. Bebió otro sorbo de té e intentó contener el llanto.

—Aquí todos lo queríamos.

—Lo sé —dijo Sissi, que bajó la taza—. Gracias.

Pero él se inclinó hacia ella y continuó:

—Espero que no te culpes. Ninguna madre debería ver... No es algo que...

Sissi levantó una mano para suplicarle silencio. Sabía que sería incapaz de contener el dolor que la abrumaba si continuaba hablando.

—Lo sé, Andrásy. Rodolfo era... era un hombre atormentado. —Fue lo único que consiguió decir.

Andrásy se pasó una mano por el lacio pelo canoso y Sissi tuvo que recurrir a todo su autocontrol para salir de la sofocante desesperación que se cernía sobre ella. Miró a Andrásy y se obligó a pensar en otra cosa, en cualquier cosa menos en el recuerdo de Rodolfo. Se concentró en el hombre que tenía delante, se obligó a recordar los gruesos y ondulados mechones oscuros que en otro tiempo enmarcaban, alborotados, sus animadas facciones.

Cuando él volvió a hablar, Sissi captó parte de su antigua pasión.

—Podría azotar a la gente que se ha atrevido a escribir sobre ti. ¿Ni siquiera ahora van a dejarte tranquila?

Al oírlo se sintió menos dolorida. Era más fácil hablar de la propia rabia, la que se había endurecido y que había cicatrizado después de tantos años, que del acuciante y nuevo dolor de la reciente muerte de Rodolfo.

—No sé cómo lo consigues, Sissi. Cómo lo soportas. —Andrásy tamborileó con los dedos con gesto distraído sobre la mesita auxiliar que había entre ellos—. Las cosas que dicen de ti... Ojalá pudiera enmendarlo todo. Ojalá pudiera contarles a todos cómo eres, hablarles de la versión de ti que yo conozco.

Sissi vio que hacía un gesto y se dio cuenta de que esas palabras, la pasión que transmitían, le provocaban un profundo dolor en el vientre. Lo miró con una sonrisa triste.

—Gracias, Andrásy.

—A veces tengo la sensación de que... Cuando leo esos espantosos y falsos artículos tengo la sensación de que soy la única persona que te conoce de verdad.

Era cierto. O, al menos, solo él conocía una parte de ella, pensó Sissi con la vista fija en la taza de té.

—¿Qué tal es el nuevo? Tu sobrino.

—¿El archiduque Francisco Fernando?

Andrásy asintió con la cabeza.

Sissi devolvió la taza al platillo.

—Es un burócrata austríaco absolutamente predecible. Endogámico, ultraconvencido de su linaje y de la tradición del puesto para el que ahora se prepara. A su lado Francisco parece imaginativo y flexible.

Andrássy silbó por lo bajo.

—De modo que así van a ser las cosas...

Sissi lo miró a los ojos y preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Tenemos al rígido y beligerante Guillermo en el trono de Alemania. Y hemos perdido nuestra única esperanza, el príncipe heredero que habría modernizado... que nos habría acercado a Inglaterra en vez de a Alemania.

Sissi contuvo un gemido mientras Andrásy continuaba, su mente exacerbada por la política, el otro gran amor de su vida.

—Rodolfo ha sido reemplazado por un partidario de la línea dura y sin imaginación —dijo Andrásy—. Siempre supe que la Europa que conocemos acabaría cavándose su propia tumba por estas monarquías hereditarias.

—Francisco es un buen emperador —protestó Sissi.

—Un gran emperador. Pero su tiempo pronto llegará a su fin. Y necesitamos a alguien joven y moderno. Necesitábamos a Rodolfo. Rodolfo, que iba a ser bueno porque era tuyo.

Sissi se cubrió la cara con las manos y lloró las lágrimas que ya era incapaz de seguir conteniendo.

—Qué tonto soy, lo siento muchísimo. —Andrásy se inclinó hacia ella y le colocó una mano en la pierna—. Ay, Dios, ¿cómo he podido ser tan insensible? Por favor, perdóname. Ya me conoces, soy incapaz de retenerme cuando empiezo a hablar de política. O cuando hablo de tus méritos, ya puestos. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y le secó las mejillas. Ella se lo permitió, sin apartar los ojos de los suyos—. Por favor, perdóname, y perdona mi cháchara tan deprimente. Después de todo, hay buenas noticias.

Sissi aceptó el pañuelo que le ofrecía y lo apretó en la mano, segura de que lo iba a necesitar de nuevo.

—¿Las hay?

—Sí —dijo Andrásy—. Me he enterado de que Valeria va a casarse.

—Ah, eso. Sí, con su Francisco Salvador.

—¿No te alegra?

Sissi suspiró.

—Supongo que de un tiempo a esta parte no encuentro motivos para alegrarme por nada. Pero Francisco Salvador es un buen hombre. Y Valeria lo

ama. Me alegro de que se vaya a casar por amor, no como moneda de cambio de los Habsburgo. Solo que ahora la pobre ha tenido que retrasar la fecha de la boda por... todo esto. Será el verano que viene.

—¿Le darás la enhorabuena de mi parte? Dile que le deseo lo mejor... — Esbozó una sonrisa contenida—. Aunque seguro que no querrá saber nada que venga de mí. Sé que a Valeria nunca le he gustado.

En ese momento, Sissi miró a Andrásy y al devolverle el pañuelo dejó que su mano descansara en la suya mientras decía:

—Porque sabía que, aparte de ella, eras la persona a quien yo más quería.



Unos meses después Sissi se enteró de que el conde Andrásy había muerto de cáncer de vejiga. El hombre cuya pérdida Sissi había llorado hacía tantos años había desaparecido para siempre, y su ausencia total se le clavó como un puñal. Esa demoledora noticia procedente de Hungría le llegó poco después del primer aniversario de la muerte de Rodolfo. Y tres meses más tarde Sissi viajó a Possi para despedirse de su querida hermana Nené.

Cuando abandonó el lecho de muerte de Nené, sintiéndose muy débil y absolutamente agotada, Sissi le susurró a María Festetics:

—La muerte va a ser mi constante compañera, hasta que se convierta en mi dueña. ¿No puedo rendirme ya de una vez y ahorrarnos a ambas la prolongada lucha?

Justo después de todos esos golpes Sissi viajó a Bad Ischl para la boda de su hija. Francisco José, plegándose a los deseos de su esposa y de su hija, se saltó el protocolo y permitió que Valeria tuviera la boda íntima que deseaba en vez de un acto de Estado. De modo que en vez de casarse en la Augustinerkirche de la capital, Valeria escogió la sencilla iglesia de Bad Ischl para sus esponsales. No asistieron embajadores extranjeros ni magnates, sino miembros de la familia y de la congregación local. No acudieron a los floristas imperiales, sino que Sissi y Valeria recogieron rosas silvestres y edelweiss de los Alpes para decorar el altar. Madre e hija viajaron en un carruaje abierto en vez de en uno cubierto de oro y, al llegar a la plaza del pueblo, las muchachas bailaron alrededor de los postes de mayo y las ancianas lanzaron pétalos a la novia y a sus padres.

En el interior de la pequeña iglesia, Sissi y su familia presenciaron cómo Valeria pronunciaba los votos que la unían en matrimonio con Francisco Salvador.

—Está preciosa —susurró Gisela, que mecía a su hijo más pequeño sobre

la cadera—. Y parece muy feliz.

—Sí —dijo Sissi asintiendo con la cabeza.

Miro a una hija y luego a la otra. Ninguna de las dos era guapa. Pero las dos eran felices. «Mejor que no sean guapas», pensó Sissi. Tenían suerte de contar con ese aspecto anodino. La belleza no era un don que había que desear. Ella había recibido belleza a raudales, pero no le había reportado alegría alguna. No le había brindado paz. Pensó en las mujeres guapas que conocía: habían tenido siempre una historia trágica. Ella, por supuesto. La emperatriz Eugenia. María Larisch. María Vetsera. Incluso la vida de Sofía Carlota había sido más tumultuosa debido a sus encantos. En el primer banco de la iglesia, Sissi se puso en pie para ver cómo su hija pequeña se casaba y no pudo evitar pensar en lo distinta que habría sido su vida de haber nacido con el aspecto anodino de Nené en vez de con su belleza.

Sissi ayudó a Valeria a cambiarse el traje de novia para ponerse un vestido de viaje y la despidió, acompañada por el resto de la familia, en la estación de tren de Bad Ischl. La pareja viajaría durante un tiempo como recién casados antes de asentarse en Lichtenegg, donde Francisco Salvador estaba destinado en el ejército. Valeria formaría su hogar allí, con su nueva familia, pensó Sissi, que se obligó a sonreír y a despedirla con la mano aunque por dentro quería echarse a llorar. Sentía que la partida de Valeria era una gran pérdida, otra despedida y otro motivo de tristeza. Sin embargo, había cumplido con su cometido como madre, ¿no? Había querido a su hija y la había criado, la había protegido del dolor que rondaba a cualquier niño en la corte. Le había enseñado a confiar y a amar, y Valeria se había entregado a un hombre de su elección. ¿No era ese suficiente motivo de celebración? Sí, lo era, se juró Sissi, que permaneció inmóvil mientras el tren se perdía de vista dejando tras de sí una columna de humo, un humo negro que se alzaba hacia el vasto cielo alpino.

¿A qué lugar llamaría «hogar» a partir de ese momento? Bad Ischl le recordaba demasiado a su juventud, a los veranos que había pasado con Francisco de recién casada. Y tras la marcha de Valeria le parecía demasiado grande, silencioso y triste. Hungría estaba unida a Andrásy. Por las victorias de sus primeros años y las derrotas que las habían seguido. Los palacios de Hofburg y de Schönbrunn albergaban más fantasmas de los que estaba dispuesta a nombrar. Necesitaba un lugar donde no hubieran estado Rodolfo ni Andrásy, ni Nené ni sus padres. Un lugar que ni siquiera hubieran rozado Valeria ni Francisco. Pero ¿podría encontrar semejante lugar? Sabía que tendría que viajar más lejos que nunca hasta entonces. Y esa idea, la promesa

de una nueva aventura, avivó una llamita latente en su interior, una llama que todavía no estaba dispuesta a apagarse.

XVII

*Halla placer en el recuerdo de los trabajos sufridos
quien padeció mucho y anduvo errante largo tiempo.*

HOMERO, *Odisea*,
una de las epopeyas preferidas de Sissi

Capítulo 17

*Palacio de Aquileón, Corfú
Primavera de 1894*

Buques de recreo y cargueros surcaban las aguas cada cierto tiempo arrojando columnas de vapor hacia el cielo y haciendo sonar sus melancólicas y graves sirenas según se perdían en el horizonte. Salvo por ellos, Sissi contemplaba un vasto panorama de aguas azul zafiro, un mar que la actividad del hombre no tocaba ni interrumpía. En su villa en la isla griega de Corfú por fin había conseguido lo que había buscado durante toda su vida de adulta. Paz. Soledad. Quietud. Allí, en esa propiedad soleada y extensa, alejada de la vida humana, podía pasar días sin ver el mundo exterior y sin que la vieran. El único sonido que llenaba sus días, sacándola de su solitaria ensoñación, era el susurro de la brisa salada que soplaba entre los olivares. El suave trino de una golondrina que saltaba por las ramas colgantes de la buganvilla. El chasquido de las tijeras del jardinero que podaba los fragantes naranjos y limoneros. El agudo grito de las gaviotas que sobrevolaban los rocosos acantilados y planeaban sobre el reluciente mar Jónico.

Hasta las voces con las que Sissi se había familiarizado se habían silenciado. Su séquito se había jubilado. María Festetics, Ida Ferenczy y el barón Nopcsa habían declarado, por fin, sentirse incapaces de seguir a Sissi en sus incansables viajes. Sus lugares habían sido ocupados por dos recién llegados: la joven condesa húngara Irma Sztáray como dama de compañía y el joven caballero Frederick Barker como secretario.

Valeria, la que antaño fuera su constante compañera, la visitaba solo por carta. Valeria, que se había adaptado a la vida doméstica con una facilidad que la dejaba atónita, le escribía con alegría sobre su hogar, su marido y los bebés que había tenido en rápida sucesión después de la boda. Primero una niña, Isabel, que a esas alturas ya sabía andar. Después llegaron dos niños prácticamente seguidos, Francisco Carlos y Humberto Salvador. Sissi sabía que esa vida tan rica y plena que llevaba Valeria era el motivo de que su propio sueño jamás se cumpliría. Su sueño de que si construía una magnífica

villa en Corfú, donde los días estaban llenos de sol y del reluciente azul del mar, Valeria y su flamante marido la seguirían hasta allí. Allí, con Valeria y su prole a su lado, tal vez podría por fin echar raíces. Pero Valeria no la había seguido.

Ese lugar, que Sissi había llamado el Aquileón como homenaje a su amado Homero, la ayudó a recobrar cierta paz en un primer momento. Allí las horas pasaban de forma agradable y tranquila. Cuando el dolor de espalda se lo permitía, dedicaba los días a caminar por las montañas con Irma. Después tomaba un baño en las bañeras de mármol y oro con agua templada del mar y a continuación le masajeaban con aceite las doloridas articulaciones. Utilizaba cataplasmas de algas para mantener la piel suave y firme. Había supervisado el diseño del jardín colgante del acantilado, donde habían colocado un busto de mármol y un monumento a su amado poeta Heine. Y también estudiaba griego antiguo gracias a las lecciones de un joven menudo y solícito llamado Constantine Christomanos.

El Aquileón había sido concebido y construido según los deseos y gustos exactos de Sissi. Francisco había cedido a todos sus caprichos e incluso había negociado con el gobierno griego cuando surgía alguna disputa sobre la edificación en ciertas zonas. Ansioso por que su inquieta mujer encontrara por fin un lugar donde ella se sintiera contenta y él la tuviera localizada, Francisco había accedido a todo, también a los millones que Sissi había necesitado para la construcción. Aunque habría preferido que el hogar de su mujer estuviera dentro de los vastos confines del imperio y no en un país lejano, había apoyado la construcción del palacio. Se había enfrentado a las autoridades presupuestarias del imperio, había resistido a las críticas de los vieneses y había presionado para la elaboración de nueva vajilla, cristalería y cubertería de plata con el nuevo blasón de Sissi: unos delfines. Le había concedido el deseo de instalar cableado eléctrico que requería su propia central eléctrica. Había aprobado los diseños de los jardines colgantes, de las columnatas e incluso de los fruteros que se iluminaban con bombillas eléctricas como por arte de magia. Sin embargo, cuando los trabajos llegaron a su fin, cuando los trabajadores completaron sus labores y se prepararon para guardar las herramientas, cuando el Aquileón estuvo casi acabado y las tareas de Sissi en los alrededores disminuyeron, sintió la comezón de la inquietud abrumándola nuevamente.

Una vez acabado el colosal proyecto, ¿qué haría durante el día? No era una anciana, faltaban muchos años para eso. Todavía no había cumplido los sesenta. Aunque sentía dolor en algunas partes del cuerpo, este aún vibraba

con el vigor propio de un niño. Su figura seguía siendo esbelta, de proporciones juveniles, preservada gracias a décadas de ejercicio físico y de una dieta estricta. No imaginaba una vejez sentada, esperando a que su cuerpo se rindiera lenta y voluntariamente al humillante y debilitante paso del tiempo. Ansiaba estar ocupada y distraída, viajar. Ver paisajes hermosos y cosas insólitas. Ansiaba disfrutar de una compañía interesante que apartara sus pensamientos del aburrimiento y la melancolía.

Pero ¿quién podía proporcionarle tal compañía? Francisco jamás se apartaría de sus deberes, jamás dejaría su capital, mucho menos después de haber encontrado una especie de tranquilidad doméstica con Kathi como su compañera diaria. Andrásy se había ido. Lo mismo que sus padres, y Nené, y Luis, y Rodolfo. Incluso había sabido por un periódico inglés de la muerte del capitán Bay Middleton. Había sufrido una caída de caballo fatal, dejando a su mujer, Charlotte Middleton, viuda. Sissi se pasó esa tarde en la cama, soñando despierta, recordando los páramos ingleses, las colinas y las jornadas de caza que había compartido, pletórica de felicidad, con Bay. Lo lloró en privado, rodeada de gente que ni siquiera sabía que él había existido. De gente que no podía recordar al apuesto deportista inglés con su chaqueta roja, que no podía entender cómo la había animado durante aquella feliz y activa etapa de su vida. Bay, como todos los demás, llegó a su vida con montones de promesas y de pasión, y él también se había ido.

Y Valeria no la visitaría, no emprendería el largo viaje hasta Corfú. Cuanto más tiempo pasaba sola en el Aquileón, más se convencía de ello. Y aunque había llegado a la isla en busca de paz y de quietud, en los muros de mármol de la vacía villa reverberaba su soledad. La extensa propiedad solo le recordaba lo falta que estaba de compañía. Pensaba a menudo en la cita de Heine: «Allí donde no estoy, mora la felicidad». Y también en Shakespeare, que tan sabiamente había dicho: «¿Qué hechizos, pues, serán los que en mi amor habitan pues que él ha convertido un cielo en un infierno?». Sola y sin otra compañía que sus propios pensamientos, el paraíso que había encontrado en Corfú se había convertido en un infierno infructuoso y solitario.

Francisco estaba furioso. Sus comedidas palabras así lo reflejaban cuando contestó a su carta en la que le informaba de que planeaba vender el Aquileón y seguir viajando. Su marido enumeró las dificultades a las que se había enfrentado por ella, tanto con el gobierno griego como con el austríaco, mientras ella supervisaba la construcción y la decoración. Le recordó los millones que se había gastado en el palacio. Y concluyó la carta con un lamento: «Albergaba la vana esperanza de que, después de que lo hubieras

construido con tanto placer y entusiasmo, residirías tranquilamente en ese lugar que es tu propia creación. Veo que mi esperanza ha quedado en nada, porque volverás a viajar y a vagar por el mundo».

Y tenía razón, eso era lo que pretendía hacer. Durante las siguientes estaciones, Sissi emprendió un viaje sin rumbo, sin un itinerario planeado, sin un destino fijo. Exploró las antiguas tierras cercanas a El Cairo, donde caminó de incógnito por las serpenteantes y laberínticas calles, embriagada por el aroma dulzón de las especias, del tabaco y del cuero, por esos paisajes llenos de ruinas intercaladas entre la bulliciosa y frenética vida de la ciudad. Recorrió la bahía de Nápoles y visitó Pompeya, a los pies del Vesubio, donde contempló maravillada los antiguos frescos milenarios, con sus vibrantes tonos escarlatas, ocre, morados y turquesas. Disfrutó de las vistas del mar y de las montañas en Sorrento y Ravello, donde podía pasarse horas sentada en alguna terraza del acantilado mientras se comía un helado de limón y escuchaba el trino de los pájaros que saltaban por los olivos cercanos. Visitó Biarritz, la pequeña ciudad balneario situada en los Pirineos franceses, en cuya costa las islas rocosas emergían de un mar de color azul zafiro y el aire salado le lamía la piel y limpiaba sus pulmones.

Durante dichos viajes escribía a Francisco y siempre acababa sus cartas diciéndole que esperaba que el siguiente viaje fuera el más largo de todos, que deseaba cruzar el vasto Atlántico para explorar ese país inmenso y salvaje que era Estados Unidos o zarpar hacia los confines del Pacífico Sur. Francisco le contestaba enumerándole siempre los detalles mundanos de su agenda en Viena, poniéndola al día sobre Erzsi, Gisela y Valeria y su creciente número de hijos. Siempre expresaba su deseo de que regresara a casa o, al menos, de que considerara pasar unos cuantos días con él en Bad Ischl en verano. Jamás alentaba, ni siquiera mencionaba, los deseos de Sissi de ir a América o a Asia.

El invierno llevó a Sissi y a Irma al sur de Francia, a la ciudad turística de Cap-Martin, en los Alpes Marítimos. Durante su primera semana allí, Irma regresó de un recado muy contenta y emocionada y le informó de que la emperatriz Eugenia también estaba en la ciudad para pasar el invierno y que se alojaba en un hotel cercano.

—¿Te refieres a la antigua emperatriz Eugenia? —puntualizó Sissi, al recordar que la mujer había sido destronada durante la brutal guerra con Alemania.

—Sí, eso —contestó Irma—. La viuda de Napoleón y la antigua emperatriz de Francia. ¿Le gustaría a Su Majestad Imperial visitarla?

Sissi lo pensó unos instantes y estuvo de acuerdo.

—Creo que es buena idea. ¿Por qué no presentarle nuestros respetos a la vieja Eugenia?

Y así se inició la breve e inesperada amistad con la que fuera su rival. Pasaban las tardes paseando juntas por el muelle, contemplando las azules aguas del Mediterráneo y hablando con nostalgia de su pasado. Eugenia aún se interesaba por los asuntos políticos, sobre todo por los de su antiguo imperio, Francia. Sissi, menos motivada por la política que antes, trataba de contagiarle su pasión por la poesía y la filosofía. Le citaba a Heine, a Shakespeare y a Goethe, pero Eugenia nunca pareció entender su entusiasmo. El único tema que las emocionaba por igual y que trataban de buena gana era la hípica, la pasión que compartieron durante su juventud.

—¿Imaginas que intentásemos montar ahora? —preguntó Eugenia con un suspiro sentándose al lado de Sissi en un banco en la playa. A diferencia de Sissi, había engordado con la edad y se cansaba incluso durante el más corto de los paseos.

Sissi se echó a reír al pensarlo. Hacía ya muchos años que el reumatismo le había imposibilitado montar a caballo, después de que la pérdida de Bay convirtiera la hípica en un pasatiempo poco deseable. No obstante, recordar su antigua habilidad y agilidad, comparar sus historias con las de Eugenia, le proporcionaba un respiro momentáneo de sus lúgubres pensamientos. No tardó en esperar con ilusión sus paseos diarios con la emperatriz destronada, pues había descubierto en ella una compañera agradable y amena.

Sin embargo, ni siquiera esos placeres tan simples estaban condenados a durar, porque la pena siempre acechaba a Sissi y la seguía por el globo con la implacabilidad de una sombra. En esa ocasión, el dolor llegó en forma de telegrama desde París. En él, Sissi leyó que su hermana pequeña, la hermosa Sofía Carlota, la muchacha que fue la novia de Luis, había muerto durante un calamitoso incendio en París.



El siguiente verano Sissi regresó a Bad Ischl. La familia imperial pasaría allí dos semanas, un encuentro entre Francisco y Sissi antes del regreso a la capital para las ajetreadas celebraciones por el aniversario del ascenso al trono. Cincuenta años de relativa paz, prosperidad, orden y progreso. Un logro considerable para un hombre que había visto cómo derrocaban y reemplazaban a otros emperadores a su alrededor.

Valeria llegó a Bad Ischl con Francisco Salvador y con su alegre y ruidosa prole. Sissi disfrutó mucho de nuevo en compañía de su hija, ambas daban

largos paseos juntas por los prados y las montañas explorando la naturaleza como tantos veranos antes. Una tarde, cuando se detuvieron en una cumbre para descansar un rato, Valeria le dijo a su madre:

—Mamá, ¿te alegras de estar aquí, en Bad Ischl?

Sissi le sonrió y le cogió una mano.

—Por supuesto que sí, cariño. Yo me siento feliz allí donde tú estés.

Pero Valeria seguía seria, con expresión tensa, pensativa.

Sissi preguntó:

—¿Y tú, cariño, te sientes feliz aquí?

Valeria guardó silencio unos instantes, eligió las palabras con cuidado.

—Por supuesto que me alegro de estar contigo y con papá. Pero es que...

—¿Sí? ¿Qué sucede?

—Se me había olvidado lo... lo artificial que es —confesó—. Lo constreñido que está todo. La vida con Francisco Salvador es muy dulce. Y cómoda. Aquí cualquier oportunidad de disfrutar de un placer espontáneo queda aplastada por el fosilizado y agobiante protocolo.

Sorprendida por la observación de Valeria, Sissi apartó la mirada de su hija y la posó en el paisaje. En realidad Bad Ischl era el lugar donde la familia real se relajaba, donde Francisco permitía un pequeño respiro de todo el protocolo. Sin embargo, ¿a Valeria le parecía que esa breve estancia con sus padres estaba llena de reglas y de etiqueta? Sissi esbozó una sonrisa cómplice.

—Quizá ahora entiendas por qué yo siempre luché tanto. Por qué siempre buscaba la forma de escapar.

Valeria asintió con la cabeza.

—¿Fue la abuela Sofía quien institucionalizó todo esto, quien no permitió que papá conociera la intimidad sencilla y natural?

Sissi cruzó los brazos por delante del pecho y reflexionó. La respuesta era que sí, por supuesto. Sofía había implantado esa rígida etiqueta en la corte, unas reglas que el emperador aún seguía, como el hijo obediente y leal que era. Sin embargo, Sofía no lo había hecho por crueldad. Lo hizo porque creía que era lo mejor. Lo adecuado y respetable. Lo que se esperaba de la familia Habsburgo. Sissi suspiró y dijo sin más:

—Me alegro de que seas feliz, Valeria. Ahora eso es lo único que importa, que te casaras por amor.

—Soy feliz, mamá.

—En ese caso, he triunfado como madre.

Su hija era feliz. Y durante esas dos semanas, ella, Sissi, se obligaría a ser feliz también.

Dicha resolución duró hasta el día siguiente, cuando se despertó en la cama con una picazón insoportable en todo el cuerpo. Apartó las sábanas, se miró y jadeó espantada al ver el sarpullido que se extendía por su piel. Gritó e Irma acudió a la carrera.

—¿Majestad? ¿Qué sucede?

—¡Trae al doctor, Irma, ahora mismo!

El doctor Widerhofer llegó y examinó la enrojecida piel de Sissi. Que la erupción hubiera aparecido tan de repente lo desconcertaba, pero declaró que la emperatriz estaba demasiado enferma para viajar a la capital y participar en las celebraciones por el quincuagésimo aniversario del ascenso al trono de Francisco. Debía viajar a la ciudad balneario alemana de Bad Nauheim, al oeste del país, para someterse a una cura intensiva.

—Pero... pero no puedo ir a Bad Nauheim —protestó Sissi—. Tengo que ir a Viena con el emperador.

—Me temo que eso es imposible —replicó el doctor, inflexible—. Esta erupción empeorará si no se atiende como es debido. Y el único lugar que conozco donde los médicos están a la altura para tratar a Su Majestad Imperial es dicho balneario.

—¿Se... se extenderá?

—Lo hará si Su Majestad Imperial no recibe tratamiento. Y tal vez se lo contagie a los demás.

Sissi se sintió desesperada al escuchar un diagnóstico tan decepcionante. Tanto por la noticia de que la enfermedad era grave como por la imposibilidad de acompañar a Francisco para las celebraciones. A diferencia de las otras ocasiones en que había recurrido a una enfermedad o la había exagerado para librarse de sus deberes oficiales, esa vez deseaba de verdad participar en los festejos y estar con él. Celebrar el reinado de su marido y su admirable vida como servidor de su pueblo. Pero tendría que dejar que se marchara solo a la capital. Francisco afrontó las noticias con su habitual estoicismo e insistió en que Sissi hiciera lo que fuera menester para curarse; ella lloraba.



Esa noche, Sissi yacía inmóvil en la cama cuando oyó un borboteo, una corriente de agua. Debía de estar soñando, porque estaba bajo techo, en su dormitorio de Bad Ischl, donde ningún arroyo podía alcanzarla. Sin embargo, un reguero de agua entraba por debajo de la puerta. La corriente de agua cogía velocidad hasta convertirse en un torrente que irrumpía por la puerta y por las

ventanas. ¿Estaba soñando? Se incorporó en la cama, aterrorizada, y vislumbró por la ventana el reflejo de la luna en el agua. Pero no era la luna normal: brillaba tanto como el sol del mediodía, y de repente su resplandor, frío y fantasmagórico, inundó la habitación.

—¡Irma! —gritó, aterrada.

El torrente se había detenido, pero la puerta se abrió despacio, un chirrido, un crujido, agitando el agua sobre el suelo de madera. Irma habría entrado enseguida, habría acudido de inmediato al oír el grito aterrorizado de su señora. Pero no era Irma quien estaba frente a ella a la cegadora luz de la luna.

—¿Luis? —Pronunció el nombre con una mezcla de asombro e incredulidad—. ¿Luis? No puedes ser tú. ¿Verdad?

Luis permaneció quieto, sin responder, empapado de agua de la cabeza a los pies.

—¡Luis! ¿Por qué estás empapado?

En ese momento él respondió con voz serena.

—He venido desde el lago.

Sissi sintió que se le ponía la carne de gallina. Tenía que estar soñando. Pero ¿por qué no lograba despertarse como siempre que tenía una pesadilla?

—¿El lago? Pero... tú estás muerto.

Luis la miraba fijamente, sus ojos claros iluminados por la luna que parecía un sol.

—Muerto, pero todavía no soy libre.

Estaba soñando... seguro que estaba soñando.

—¿No eres libre? —preguntó ella—. ¿Por qué no eres libre?

—Porque... mi destino está ligado al de otras dos personas. Una, la mujer que ardió. Sé que me quería, así que la he esperado para que se reuniera conmigo.

—La mujer que ardió. —Sissi sintió que su corazón galopaba como si tratara de salirse del pecho—. Sofía Carlota, mi hermana. Muerta en un incendio en París.

Luis asintió con la cabeza.

—¿Y... la otra?

—La otra eres tú, Sissi.

Sissi se estremeció bajo las mantas, pero no dijo nada.

—Pronto te reunirás con nosotros —continuó Luis, de pie en el umbral— y seremos libres, y estaremos juntos.

—¿Reunirme con vosotros?

—Sí. —Luis asintió con la cabeza, el pelo mojado se le pegaba a su apuesto y juvenil rostro.

—¿Reunirme... dónde?

—En el paraíso. —Luis se dio media vuelta y salió por la puerta. Si no era real, si de verdad no estaba allí, ¿por qué oía los pasos de sus botas sobre el suelo de madera, por qué se agitaban los charcos de agua? Antes de marcharse, Luis se detuvo, se dio la vuelta y miró a Sissi—. Ya no falta mucho.



Francisco parecía a punto de echarse a llorar, pero se aferró a su aguerrida fortaleza, a su entrenamiento, mientras se despedía de su esposa en el andén de Bad Ischl.

—Adiós, querida Sissi. Cuídate mucho.

Sissi se aferró a él, deseaba hablarle de su sueño con Luis. De la extraña y aterradora profecía de Luis. Pero él no quería escuchar una historia de fantasmas tan ridícula. No había nadie menos supersticioso que el sensato e imperturbable Francisco. Se echaría a reír si se lo contaba y le diría que todo era producto de su hiperactiva imaginación. Incluso lograría que durante un rato ella se sintiera mejor y la convencería de que la visita de Luis en sueños no significaba nada. Pero Sissi no buscaba esa seguridad de Francisco, porque por algún motivo que no podía explicar se sentía más inclinada a creer en la predicción nocturna de Luis que en el razonable escepticismo diurno de Francisco.

—Envíame un telegrama para decirme que has llegado bien y que ya te has instalado, ¿de acuerdo? —dijo Francisco.

—Sí, lo haré.

—Y, por favor, sigue las indicaciones de los médicos. ¿Sí?

Sissi sonrió, percibía la profundidad de su preocupación en esas educadas pero sentidas recomendaciones.

—Siento muchísimo no estar contigo en Viena por el aniversario.

Él se encogió de hombros.

—Eso importa poco en comparación con tu salud.

Ella lo miró a los ojos.

—Francisco, eres un buen emperador.

Él se movió, como incómodo con el cumplido.

—Caramba, gracias. Y tú eres una buena emperatriz.

Sissi negó con la cabeza.

—No, no tanto como debería haberlo sido. No como tú. Tú eres un buen emperador, un buen hombre, un buen padre y un marido bueno y paciente. Yo... te doy las gracias.

Francisco inclinó la cabeza un instante, abrumado. A su alrededor, los sirvientes trajinaban con el equipaje, cargando los baúles de Sissi y obedeciendo las órdenes de Irma para que lo colocaran todo en el vagón. El maquinista hizo sonar el silbato y la locomotora rugió con la emoción del inminente viaje.

Pero ellos permanecían inmóviles entre todo ese bullicio, indiferentes a la actividad que los rodeaba, mirándose a los ojos antes de la inminente separación. Por fin, tras un largo silencio, Francisco le puso una mano en la frente con ternura, como si estuviera dándole su bendición, y dijo con voz suave:

—Que Dios te proteja, mi querida Sissi.



La ciudad se veía cada vez más nítida a medida que el barco de vapor se deslizaba por las tranquilas aguas del lago Lemán. A su alrededor, el paisaje suizo se hallaba en la plenitud del glorioso otoño. Las colinas estaban punteadas de dorado, ámbar y cobre, y una capa de nieve cubría los escarpados picos de los cercanos Alpes.

Sissi no pudo evitar maravillarse por el paisaje que la rodeaba, por la belleza indómita y agreste de esa ciudad a orillas del lago. No entendía que su marido y los demás le hubieran dicho por carta tantas cosas horribles sobre Ginebra. Que era un nido de actividad anarquista y criminal. Que era una locura que viajara allí sin todo su séquito, que no hubiera aceptado la compañía de sus asistentes y la policía. Contemplando la ciudad —las agujas de piedra de las iglesias; la famosa y flamante Jet d'Eau, una fuente con un chorro de agua increíblemente alto; los ordenados edificios entre el lago y las montañas—, Ginebra le pareció un lugar idílico. Se alegraba más que nunca de no haber hecho caso a las advertencias y miedos de sus seres queridos y haber seguido adelante con su plan. Irma y ella estarían sanas y salvas en ese lugar.

Irma había reservado sus habitaciones en el hotel Beau Rivage, a orillas del lago, con el nombre de condesa Hohenembs. Sissi viajaba de incógnito y ligera de equipaje, solo con Irma y unos cuantos baúles. Para consternación de Francisco y desaprobación de sus ministros, se había negado a avisar a la policía suiza de su visita a la ciudad. Si lo hacía, insistirían en acompañarla,

su alias quedaría al descubierto y la ciudad entera sabría que estaba allí. No tendría paz ni privacidad, que era precisamente lo que necesitaba durante esos pocos días de descanso de su tedioso tratamiento médico.

Mientras el barco los acercaba al muelle, Sissi contemplaba el paisaje por la borda, con los ojos entrecerrados para protegerse del suave sol de septiembre. Un niño jugaba cerca con su pelota, ajeno a la compañía imperial y al hecho de que tal vez pudiera molestarla con sus risas y sus juegos. Pero a Sissi no le importaba el ruido, no le parecía que el bullicioso niño pudiera ocasionarle una de sus frecuentes jaquecas. Ese día se sentía bien, alegre y optimista. Incluso sonrió al niño al tiempo que pensaba que podría ser de la misma edad que el pequeño Humberto, uno de los hijos de Valeria.

Regresó a la carta que tenía en la mano y leyó las últimas palabras de Francisco. Descubrió, según leía, que echaba de menos a su marido. Lo añoraba como no lo había añorado desde... no sabía cuándo. Francisco también la echaba de menos, era evidente en sus palabras. Le contaba que hacía poco estaba caminando por el exterior del palacio cuando miró hacia la ventana de su dormitorio y sintió una tristeza enorme, tanto como anhelaba el regreso de su mujer. Concluía la carta con una frase especialmente tierna: «Te dejo en las manos de Dios, mi amado ángel».

Le escocían los ojos mientras leía y releía la última frase de su marido. Una lágrima se deslizó por su mejilla y se detuvo en la sonrisa que dibujaban sus labios. Alzó la vista de la carta y miró las montañas, dejando que la suave brisa otoñal secara la lágrima. Después se volvió hacia su dama de compañía, sentada a su lado en cubierta.

—¿Irma?

—¿Sí, emperatriz Isab... mmm, condesa Hohenembs?

—Echo de menos a Francisco.

Irma asintió con la cabeza, insegura tal vez de cómo responder a semejante declaración. María Festetics e Ida se habrían echado a reír de buena gana, tal vez incluso habrían aplaudido; habían deseado durante tanto tiempo oírla pronunciar esas palabras... María habría ordenado que el barco diera media vuelta en ese mismo momento y el regreso inmediato a Viena. Pero Sissi e Irma no habían llegado aún a ese nivel de intimidad, a ese entendimiento mutuo que otorgaban años de compañía y que solo requería miradas, no palabras.

—Tengo que recuperarme —dijo Sissi con un suspiro—. Tengo que recuperarme y pronto. Debo regresar al lado de Francisco.

Irma entonces sonrió con dulzura.

—Y lo hará, emp... condesa. Cada día que pasa está más fuerte. Dentro de nada estará de regreso en su hogar, al lado del emperador.

Sissi se puso en pie cuando el barco se detuvo suavemente en el muelle.

—En mi hogar. —¿Dónde estaba su hogar? No lo sabía. Lo único que sabía era que, de repente, añoraba a su marido—. Sí, enseguida me pondré bien.



Esa tarde, una vez instaladas en la suite del hotel, Sissi e Irma se reunieron para almorzar con la baronesa Rothschild en su *château* familiar a las afueras de la ciudad. Aún disfrutaban del maravilloso clima otoñal y Sissi seguía de buen humor. La baronesa era una vieja amiga y se sentía feliz tanto por su compañía como por el pintoresco paisaje.

La baronesa ofreció unos deliciosos hojaldres de pollo con champán. Cuando les sirvieron el postre —helado húngaro—, la anfitriona brindó por Sissi.

—Emperatriz Isabel, veo que Suiza le sienta bien.

Sissi le dio las gracias y bebió un sorbito de champán frío.

Luego la baronesa frunció el ceño y sus envejecidas y aristocráticas facciones se arrugaron aún más.

—Pero viajar de incógnito, sin la escolta de sus guardias y asistentes, no tiene por qué conllevar una renuncia a la comodidad y el lujo. —La anciana se acercó un poco más, como si fuera su cómplice—. Es para mí un placer ofrecerle nuestro yate para el traslado a su próximo destino.

—Es usted muy amable, baronesa Rothschild —replicó Sissi negando con la cabeza—. Pero me gusta viajar en los barcos de vapor comerciales.

—¿Adónde irá cuando se marche de aquí? —le preguntó la mujer al tiempo que cogía con delicadeza un poco de helado.

—A Montreaux —respondió Sissi.

—En ese caso, por favor, permítame prestarle nuestro yate. No está lejos, en el lago a la izquierda.

—Como usted dice, no está lejos. Ya he comprado los pasajes para el barco de mañana. Sé cuidarme perfectamente, baronesa.

La baronesa enarcó una ceja, no parecía convencida.

—Pero la gente puede molestarla...

Sissi sonrió.

—Precisamente por eso viajo de incógnito. Parezco una anciana cualquiera.

La anfitriona dejó la cuchara y enlazó las manos en la mesa, delante de ella, con recato.

—Emperatriz, la idea de que cualquiera pueda acercársele no me gusta. Sobre todo aquí y ahora, cuando las actividades delictivas han experimentado un aumento considerable.

—Se parece usted a mi marido, el emperador. Me suplicó que evitara Ginebra a menos que aceptara llevar escolta policial.

—¿Y aun así se negó? —La baronesa la miraba boquiabierta, atónita porque Sissi hubiera ignorado la sugerencia del emperador.

—Estoy cansada de llevar escolta. Lo único que quiero es que me dejen tranquila.



Sissi regresó a la ciudad después del almuerzo. Pasó la tarde paseando por la Vieille Ville, el casco viejo de la ciudad, donde compró bombones y dulces para sus nietos. No regresó al hotel hasta que cayó la noche, y una vez allí pidió que le llevaran una cena ligera a su habitación y se preparó para acostarse.

—No las corras, Irma —dijo mientras se quitaba la gruesa bata y se metía en la cama.

—¿Las cortinas?

—Sí, déjalas abiertas. Hay luna llena. Me encanta dormir con la luz de la luna.

—Pero... emperatriz...

Irma miró el exterior. La ciudad era un hervidero de actividad durante la cálida noche. Pescadores y capitanes de barco se reían y gritaban en el muelle del lago, y se oía el ruido del tráfico del cercano puente Mont-Blanc, los carruajes que trasladaban a las parejas a cenar, a los estudiantes a las tabernas y los bares, y a los hombres de negocios de diversos países a sus casas alquiladas y hoteles.

Irma seguía contemplando la escena, parecía no querer alejarse de la ventana.

—La ciudad sabe que está aquí, emperatriz. Creo que debería correr las cortinas.

—¿Cómo van a saber que estoy aquí? —preguntó Sissi con un bostezo.

Irma suspiró y les llegó una carcajada desde la calle.

—Su falsa identidad no ha durado más que unas horas, emperatriz. Está en todos los periódicos. Siempre hay alguien que habla más de la cuenta.

—Bueno, pues no voy a permitir que esas habladurías me priven de una noche de sueño agradable. El lago y el aire de la montaña me sientan bien.



A la mañana siguiente, Sissi desayunó en su habitación. Irma había dicho la verdad, porque cuando el solícito director del hotel se presentó con la prensa matinal, Sissi vio su nombre y su imagen en las portadas de los periódicos suizos.

¡LA EMPERATRIZ ISABEL ESTÁ AQUÍ!

¡LA FAMOSA EMPERATRIZ AUSTRÍACA VISITA GINEBRA!

¡LA EMPERATRIZ ISABEL HONRA AL HOTEL BEAU RIVAGE

CON SU PRESENCIA!

—Parece que voy a marcharme justo a tiempo —murmuró Sissi.

El director sonreía muy ufano y le preguntó si podía hacer algo más por ella durante sus últimas horas en el hotel. La manera como dijo «condesa Hohenembs» llevó a Sissi a pensar que el hombre se imaginaba participando en una especie de conspiración privada.

—No, no necesito nada, gracias —respondió ella, y el hombre se fue.

Mientras Sissi alargaba su aseo matinal, Irma acabó de guardar el equipaje en los baúles y dispuso que los mozos del hotel los llevaran al muelle. Sissi se tomó su tiempo para recogerse la abundante melena en un moño bajo; no tenía ganas de embarcar y comenzar el viaje de regreso a la ciudad balneario donde debía completar su tratamiento médico. Deseaba que el dolor de las articulaciones y la erupción que todavía le cubría gran parte del cuerpo desaparecieran. Y odiaba que esas cosas la mantuvieran alejada de Francisco.

Por fin, tras varias advertencias por parte de Irma de que iban a perder el barco («Los barcos comerciales no esperan a nadie, y puesto que Su Majestad Imperial ha declinado el ofrecimiento del yate privado de la baronesa Rothschild...»), Sissi empezó a vestirse. Eligió una falda y una chaqueta de cuello alto de seda negra. Se metió la última carta de Francisco en el bolsillo de la falda y le dio unas palmaditas. Una vez que estuviera a bordo, escribiría su respuesta. Ya sabía cómo empezaría: «Francisco, pronto estaré en casa contigo...».

Y después, puesto que los periódicos habían confirmado lo que Irma había dicho la noche anterior, que la ciudad estaba al tanto de su presencia allí, cogió un abanico y una sombrilla. Eran dos complementos habituales entre las

damas, pero también eran herramientas útiles para ocultarse de los curiosos y los mirones. Volvió a mirarse en el espejo de pie y asintió en señal de aprobación. Tras eso, abandonó la habitación del hotel.

Si el hotel no había alertado a la ciudad de su presencia, la despedida que le tenían reservada sin duda lo haría. El personal al completo, junto con el director, se había alineado en la puerta principal del edificio. Todos hicieron una reverencia al unísono cuando Sissi salió hacia la soleada calle.

—¡Condesa Hohenembs! —El director del hotel se adelantó e hizo una floritura con la mano—. Deseamos que Su Ilustrísima haya disfrutado de su estancia en el hotel Beau Rivage. Le deseamos de corazón que tenga un buen viaje y esperamos humildemente tener de nuevo el placer de atender a Su Ilustrísima en el futuro.

—Gracias. —Sissi sonrió y asintió con la cabeza mientras pasaba junto a todos esos rostros que la miraban—. Ha sido una estancia agradable. Gracias a todos.

Una vez que Irma y ella salieron a la calle, se detuvo y abrió la sombrilla.

—Debemos darnos prisa, emperatriz —le dijo Irma en voz baja—. Vamos tarde. Tal vez perdamos el barco.

—Está cerca, ahí mismo. Se ve desde aquí —replicó Sissi, agradecida por la cercanía. Si alguien había ido hasta el hotel para verla, no tendría mucho tiempo de hacerlo en ese corto trayecto.

Irma y ella se apresuraron por el muelle. Mantenía la sombrilla cerca de la cara, ocultándose así de los peatones curiosos pero tapándose también la vista de cualquier cosa que no fuera lo que tenía delante. Al otro lado de la calle se oyeron gritos de la pequeña multitud de curiosos allí congregados; alguien incluso gritó su nombre. Se puso tensa y aferró la sombrilla con más fuerza. Irma, a su lado, la guiaría hacia donde tuviera que ir.

Debido a su escudo visual, no vio al hombre bajo y corpulento que se dirigía hacia ella. No se percató de su cercanía hasta que la golpeó de forma inesperada, asestándole un puñetazo en el pecho. La fuerza del impacto la pilló totalmente desprevenida, perdió el equilibrio y cayó de espaldas. El mundo giró a su alrededor y entonces Sissi se dio cuenta de que su pelo, tan largo y abundante, y recogido en un moño bajo, amortiguó el golpe contra el suelo. Parpadeó. A su alrededor todo era un torbellino de actividad frenética. Una cara conocida, uno de los porteros del hotel, se inclinó sobre ella.

—¿Está herida, señora?

Irma rezongaba en húngaro.

—¿Cómo se atreve? ¡Ese sinvergüenza ha golpeado a Su Majestad

Imperial! ¿Es que no mira por dónde va?

Sissi permitió que el portero la ayudara a ponerse en pie. Una vez derecha, se enderezó el sombrero y se sacudió las faldas.

—Lo encontraremos, señora, se lo prometo —dijo el director del hotel con la mirada fija en la calle por la que el hombre se había alejado a paso vivo. Después se volvió hacia Sissi y le preguntó—: Emperatriz, ¿le ha hecho daño?

Sissi se echó un vistazo y después miró la calle. La pequeña multitud reunida en el muelle empezaba a crecer; tenían algo verdaderamente interesante que contemplar. Desvió la mirada de los curiosos al director.

—¿Daño? No, creo que no. Solo me ha asustado.

Era cierto. El golpe no había sido fuerte, aunque le dolía el pecho allí donde el hombre la había golpeado con el puño. Se le pasaría pronto.

—¿Desea Su Majestad volver al hotel y descansar un rato? —sugirió el director—. ¿Tomar tal vez una copa de vino para calmar los nervios?

En ese momento el barco de vapor hizo sonar la retumbante sirena.

—No, gracias. Me gustaría embarcar —respondió Sissi volviendo a sacudirse las faldas—. Estoy bien, de verdad. —Miró a Irma, que asintió con la cabeza, al parecer de acuerdo con el plan de no perder el barco—. Vamos, Irma.

—Como guste, emperatriz.

—Gracias —dijo Sissi en dirección al grupito que se había acercado a ayudarla.

Las dos damas echaron a andar, pero Sissi notó que le costaba respirar. A medida que avanzaba por la pasarela que la llevaba a la cubierta del barco, sus inspiraciones se tornaban más difíciles. Logró llegar a la cubierta inferior justo cuando los marineros retiraban la pasarela y se gritaban las órdenes de zarpar.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó Sissi aferrándose el abdomen y respirando de forma entrecortada e irregular.

—¿El director del hotel? —preguntó Irma a su vez, que se mantenía pegada a Sissi mientras se abrían paso entre los pasajeros congregados junto a la borda—. Creo que quería que regresara al hotel para que descansara un rato.

—No, el otro —dijo Sissi; miró alrededor en busca de un tocador donde pudiera aflojarse el corsé a fin de recobrar el aliento—. Ese hombre espantoso que me ha golpeado. ¿Quería dinero? ¿Tal vez robarme el reloj?

Irma le colocó una mano enguantada en el brazo, visiblemente

preocupada.

—Está pálida, emperatriz...

Sissi se olvidó de las dificultades para respirar al darse cuenta de que perdía la visión. La cubierta del barco y la cara de su dama de compañía se tornaron borrosas.

—Irma, dame tu brazo. Rápido. Creo que me voy a desmayar.

Sissi fue medio consciente de que Irma sujetaba y llevaba su debilitado cuerpo a la cubierta superior.

—¡Aire, necesita aire! —exclamó Irma mientras Sissi cerraba los ojos y se sumía en la inconsciencia.

Se despertó al sentir un sabor dulce y cuando abrió los ojos descubrió que había recuperado la visión. Irma le presionaba los labios con un paño humedecido con agua azucarada. La habían tendido en el suelo, comprendió, y estaba en la cubierta superior. Detrás de Irma alcanzó a ver más rostros recortados contra el claro cielo otoñal.

—¿Qué sucede? —preguntó Sissi; trató de incorporarse pero se dio cuenta de que no podía respirar.

Irma se volvió hacia un hombre que llevaba una gorra, seguramente el capitán del barco, y dijo:

—Por favor, dé media vuelta. Debemos regresar a la ciudad. Necesita un médico.

—¿Dar media vuelta? No podemos dar media vuelta —refunfuñó el capitán frunciendo el ceño por el enfado—. ¡Más de cien pasajeros han pagado para que este barco los lleve a Montreaux! No podemos dar media vuelta cada vez que una anciana se marea por el vaivén del agua.

Irma se puso en pie, se enderezó llena de indignación, y le soltó al hombre:

—¡No es una anciana cualquiera, señor, y le agradecería que demostrara usted el respeto que se merece, pues se halla en presencia de la emperatriz Isabel de Austria-Hungría, y Su Majestad Imperial necesita que la vea un médico ahora mismo!

Sissi se había desabrochado la chaqueta. Irma, que la miró de nuevo, jadeó.

—¡Sangre! —exclamó, con la cara blanca—. ¡Tiene la camisola manchada de sangre! Ese hombre no le ha asestado un puñetazo, ¡tenía un puñal! ¡Ha apuñalado a la emperatriz!

Todos los rostros se acercaron a examinar a Sissi y se produjo un coro de jadeos y de exclamaciones horrorizadas. Sissi cerró los ojos y, de nuevo, todo

se volvió negro.

Cuando se despertó, se hallaba de nuevo acostada en su habitación del hotel Beau Rivage. Un hombre con bata de médico hablaba en susurros con un sacerdote; todavía no se habían percatado de que estaba despierta. Podría haber movido los labios para llamarlos, pero el esfuerzo se le antojaba demasiado grande, de manera que mantuvo la boca cerrada y decidió que emplearía las fuerzas que le quedaban para buscar el papel que tenía en el bolsillo. La última carta de Francisco. Las últimas palabras que le había escrito aparecieron frente a sus ojos con letras borrosas: «Te dejo en las manos de Dios, mi amado ángel».

El crujido del papel debió de llamar la atención de los hombres, porque se volvieron hacia la cama a tiempo de ver que Sissi cerraba los ojos y dejaba caer el papel mientras soltaba un estertor. Uno de ellos, Sissi no supo si era el que debía ocuparse de su cuerpo o de su alma, dijo:

—Dios mío, es preciosa. Parece que sonría.

Y Sissi estaba segura de que sonreía, porque cerró los ojos y se descubrió saliendo de la habitación del hotel y entrando en otro lugar. En un lugar donde de repente la inundó un júbilo inexplicable. Miró hacia atrás y sopesó la posibilidad de regresar a la habitación del hotel, pero dicha idea carecía de atractivo. No, deseaba ver ese nuevo lugar. La dificultad que sentía para respirar, ese yunque que parecían haberle colocado sobre los pulmones, desapareció al instante. La visión borrosa también desapareció, lo vio todo nítido y sus ojos descubrieron un lugar mucho más bonito que la habitación del hotel de Ginebra. Mucho más bonito que cualquiera de los salones del palacio de Schönbrunn o que la vista más gloriosa que podía contemplarse desde las cumbres de los Alpes. No estaba segura de dónde se encontraba, pero de alguna manera sabía que no estaba sola. Y después comprendió el porqué. Rodolfo estaba frente a ella, sonriente, con el rostro libre de preocupaciones. Su cuerpo, delgado y joven. Esos ojos antaño inyectados de sangre relucían como el ámbar fundido. Rodolfo como nunca lo había visto. Era Rodolfo sano, no torturado. Y allí, a su lado, estaba la pequeña Sofía, ese querubín pelirrojo, su primogénita adorada, la que le arrebataron tan pronto. La pequeña Sofía la saludó en ese momento. Sofía sana y fuerte. Y también estaba Andrásy, que se acercó a ella con las manos levantadas para recibirla y sus ojos oscuros, brillantes y vivos. Andrásy en paz, sin rastro de tormento. Y después vio a Sofía, su suegra. La anciana había recuperado la fuerza y el vigor de la juventud. Separó los brazos para recibirla y le sonrió de oreja a oreja, sin juzgarla y llena de amabilidad. Y allí estaba también Luis, el

glorioso y alegre Luis, cuyo apuesto rostro ya no mostraba sufrimiento. Deseó echarse a reír por la alegría, de manera que lo hizo. Y al hacerlo vio que también estaba su madre. Su madre, libre de preocupaciones. A su lado se encontraba su padre, ya sin la carga del dolor y sin causar dolor a los demás. Con ellos estaban Nené y Sofía Carlota, sus preciosas hermanas; sus cuerpos fuertes y saludables parecían despedir una luz intensa e inefable.

Mientras contemplaba los rostros de tantos seres queridos, se percató de que Francisco José, Valeria, María Festetics, Ida y Gisela no estaban allí. Sin embargo, en ese instante no deseó su compañía. No, era imposible desear algo en ese lugar. Porque ese lugar estaba tan lleno de amor que no se podía echar en falta más. Sonrió al pensar en los otros y les deseó que encontraran la paz durante el tiempo que les quedaba, durante el tiempo que debían soportar antes de reunirse ellos también con los demás en ese lugar donde uno podía abandonar las tribulaciones y vivir en la luz de la bendición.

Francisco se reuniría con ella, lo sabía. Y cuando lo hiciera, lo ayudaría a olvidarse de todas las preocupaciones con las que había cargado, con tanta valentía, durante tantos años. Y juntos se alejarían a caballo y cabalgarían por verdes prados y colinas sin cansarse jamás. Se detendrían junto a los arroyos cristalinos, no porque tuvieran sed, sino para deleitarse con las dulces aguas y para maravillarse del reflejo de esos rostros juveniles que les devolvían la sonrisa desde las tranquilas corrientes de aguas sanadoras.

A su alrededor el amor fluye, se mueve como un mar inmenso, infinito. Y por primera vez lo siente por entero. Por primera vez es suyo, puede confiar en dicho amor y aceptarlo. No hay condiciones, no hay motivos para no creer en él. Nada de lo que haga resultará en la pérdida de ese amor. Porque no surge de ella ni de otras personas torturadas. No se lo ha ganado, pero la han invitado a compartir su perfección y sabe, de alguna manera, que jamás se extinguirá.

Ella, tan atribulada por sus tormentos, tan hostigada por sus imperfecciones delante de aquellos que esperaban su perfección, por fin es libre para saborear la dicha que surge de un amor puro y perfecto. No más búsqueda, no más huidas, no más lágrimas. Recuerda vagamente que en otra época sintió algo que se llamaba dolor. Pero, como si de una nube vaporosa se tratase, ese recuerdo se desvanece. Ya no puede decir qué es el dolor de la misma manera que no puede atrapar una nube con los dedos.

Y en ese momento alguien le coge de la mano. Alguien a quien nunca ha visto, pero alguien a quien, de algún modo, ha conocido siempre. O más bien, él la ha conocido a ella. Le sonrío, la abraza y ella lo siente. Sobre ella se

derraman la bendición y el perdón, perfeccionándola como ningún ritual de belleza mundano podría haberla perfeccionado jamás. El amor de las personas que tiene delante, tan vasto y rico como es, palidece en comparación con el amor perfecto que los rodea a todos. Está en su hogar. Su vida errante, por fin, ha acabado. Por fin es libre.

Epílogo

Viena
10 de septiembre de 1898

El emperador Francisco, sentado a su escritorio, contempla el enorme retrato de su mujer. Recuerda el día en que ella le regaló esa obra de arte, hace ya décadas. Oh, cómo anhela ver la querida cara que inspiró ese retrato, su preferido. La cara real, que no tiene comparación ni siquiera con esa preciada recreación artística. Pronto, se dice. Durante los últimos meses ha percibido cierto cambio en ella. Siente —espera con fervor— que su esposa tal vez esté deseando, por fin, regresar a su lado. Que tal vez por fin lo haya perdonado por el dolor que le provocó durante sus primeros días juntos. El simple hecho de pensarlo, la esperanza de su regreso, le acelera el envejecido corazón en el pecho. Ese es el efecto que le ha provocado siempre. Su corazón jamás ha llegado a acostumbrarse a ella, jamás ha dejado de acelerarse por la idea de verla.

Alguien llama a la puerta. Gruñe. No le gusta que interrumpan esas agradables reflexiones sobre la belleza de Sissi. No le apetece retomar la desagradable tarea de gobernar en ese preciso momento. Pero, tal como ha hecho miles de veces antes, cede a su deber. Aparta a Sissi para hacerse cargo de los problemas de su imperio.

—¿Sí, qué ocurre?

—Majestad... un telegrama.

Un asistente muy pálido asoma de forma titubeante la cabeza tras abrir la puerta del gabinete del emperador.

—De Ginebra —añade.

—¿De Ginebra? —Francisco de pronto endereza la espalda—. Sissi.

Le indica con un gesto que se acerque. Se han enviado cartas todos los días. Ella solo le mandaría un telegrama por una cuestión extremadamente urgente. Siente que se le tensa todo el cuerpo bajo los almidonados confines de su pesado uniforme mientras lee el telegrama:

Su Majestad la emperatriz ha fallecido.

Francisco José contempla el papel sin dar crédito. ¿Qué es eso? ¿Qué dice? ¿Puede ser verdad? ¿Toda su felicidad, toda su vida, borrada con solo seis palabras en un tembloroso trozo de papel? ¿Sissi, muerta? Se le detiene el corazón en el pecho y sus ojos vuelan de nuevo hacia el retrato, desde donde ella le sonríe, con las mejillas arreboladas por su seductor sonrojo, su incomparable cabello castaño cubriéndole la curva perfecta de un hombro desnudo. ¿Cómo es posible que esté muerta? Francisco José suelta un gemido gutural, echa la cabeza atrás y clava la vista en el techo, donde tras las molduras doradas se esconde un Dios que en ese momento demuestra ser más incomprensible que nunca. Es imposible. ¿Sissi, muerta?

—¿Acaso no he sufrido ya bastante?

Alza las manos como si quisiera llegar al cielo y traerla de vuelta. Arrancarla de las garras de la muerte. Pero su poder, de repente, resulta irrisorio. El suyo es un poder terrenal, y ni siquiera él, el emperador Francisco José, puede hacer algo así, a menos que el Todopoderoso lo quiera.

Se echa a llorar y sus asistentes y ministros lo observan espantados. Ninguno de ellos es capaz de contener las lágrimas. Nunca han visto al emperador Francisco José sin su férreo autocontrol y, sin embargo, allí está, llorando. Sus sollozos son tan desgarradores que temen que se ahogue, su cuerpo entero se estremece con cada uno de ellos. Los asistentes juran que entre las lágrimas lo oyen murmurar:

—Nadie sabrá nunca lo mucho que nos quisimos.



El emperador Francisco José sobrevive al golpe como ha sobrevivido a todos los golpes anteriores. Días más tarde recibe el cuerpo de su mujer asesinada, la emperatriz Isabel, y se encarga de los preparativos para el funeral de Estado y el entierro, en la cripta imperial de la iglesia de los Capuchinos de Viena. La Reina de las Hadas de los Habsburgo recorre por última vez las grandes avenidas de la capital, en esa ocasión sin los vítores del gentío, tan multitudinario como de costumbre, ni el esplendor que acompañaba siempre a su paso. Mientras entierran a Sissi al lado de Rodolfo, cerca del lugar donde el emperador sabe que descansará algún día, en Viena las banderas ondean a media asta. Las casas se adornan con crespones negros, al igual que las iglesias y los edificios públicos. En Budapest y en toda Hungría, la gente se sume en una profunda tristeza por la pérdida de su reina, de la Habsburgo más

querida que jamás se haya sentado en su trono de la colina.

Francisco José reina durante dieciocho años más. Recibe un nuevo siglo pero conserva las viejas tradiciones y la forma de vida que tan denodadamente defendió durante sus primeros cincuenta años de reinado. Mantiene su firme alianza con Alemania, pero su amistad con Rusia flaquea.

Dieciséis años después del asesinato de su mujer, cuando su sobrino y heredero, el archiduque Francisco Fernando, es asesinado en Sarajevo por el anarquista Gavrilo Princip, Francisco José declara la guerra a Serbia. Alemania, su aliada, lo apoya declarando la guerra a la aliada de Sarajevo, Rusia. Los aliados de Rusia, Francia e Inglaterra, entran en el conflicto y así da comienzo la Primera Guerra Mundial. Esta guerra fue el conflicto más devastador que el mundo había contemplado hasta la fecha, costó más de dieciséis millones de vidas y sumió a Europa en una depresión económica durante décadas. Las heridas de la Gran Guerra crearon una serie de circunstancias catastróficas en todo el mundo que dieron lugar al nacimiento de los movimientos sociales radicales, al malestar, a brutales dictaduras y, finalmente, a la Segunda Guerra Mundial.

El emperador Francisco José, que murió a los ochenta y seis años, no sobrevivió a la Primera Guerra Mundial. Tampoco lo hizo el imperio de los Habsburgo.

Nota histórica de la autora

Menuda experiencia ha sido bucear en el mundo imaginario de una emperatriz encantadora, esquivia y veleidosa; una emperatriz a la que resulta que todo el mundo quiere. Añadid a eso a las personas que conformaban el círculo de Sissi, un elenco dinámico y cautivador que incluye al estoico, devoto e infatigable emperador; a un conde húngaro idealista y apasionado; a un príncipe heredero desgraciado, obstinado y adicto a las drogas; y a un soñador atormentado que reinaba desde las cumbres de sus montañas bávaras rodeado por un esplendor etéreo. Y eso solo es una pequeña muestra de los personajes secundarios.

Como escritora de ficción histórica lo he dicho muchas veces: es imposible inventarse todas estas cosas. Solo hay que buscar en las páginas de la historia para encontrar el material más extraordinario, más inspirador, más delicioso y más dramático con el que dar forma a un relato. Con Sissi y su mundo de los Habsburgo, he tenido la impresión de que eso se multiplicaba por cien.

Escribir este libro ha sido una increíble cura de humildad por muchas razones, pero sobre todo porque estos personajes y los acontecimientos que se desarrollan a su alrededor parecen enormes. Son épicos. La Primera Guerra Mundial, los vales de Strauss, unos castillos que parecen sacados de una película de Disney, la edad de oro de la Viena imperial, una emperatriz que montaba a caballo y que se dejó crecer su legendaria melena hasta el suelo... Un cuento de hadas mezclado con una tragedia de Shakespeare, una comedia de la televisión y una saga mitológica.

Si algo no se puede exagerar en este drama y esplendor es el impacto que estos individuos tuvieron no solo durante su vida sino en el curso de la historia. Los libros que tratan sobre los Habsburgo deberían llevar la advertencia: «Tratar con cuidado». Es un material de peso, significativo y asombroso. ¡Y todo sucedió en la realidad!

Ninguno de nosotros puede saber realmente qué supuso cada uno de estos momentos para Sissi o para cualquiera de los personajes implicados. Durante más de cien años, numerosos historiadores meticulosos y experimentados han estudiado a estos individuos y estos acontecimientos y han hilado un relato

complejo y polifacético, surgido de innumerables fuentes y perspectivas que han estado disponibles a lo largo de los años: cartas, diarios, descripciones de testigos, artículos periodísticos, documentos gubernamentales y muchos otros.

Como escritora de ficción histórica he tenido la gran suerte de beneficiarme de todo ese trabajo de investigación. Los planos están ahí. Esta historia y estos personajes son los hilos, fuertes y coloridos, con los que he tejido mi relato. Con, a mi espalda, los hechos históricos y personajes inspiradores como el viento, he trazado un rumbo imaginario y he ofrecido una visión ficticia de cómo podrían haber sido dichas escenas vistas desde el interior. Cómo sería visitar esos salones con Sissi y experimentar esos momentos, unas escenas tan importantes y a la vez tan conmovedoramente íntimas.

Sissi fue un personaje que trascendió su propia vida. La amada y controvertida emperatriz inspiró durante su vida mitos y leyendas. La prensa escrita publicó ríos de tinta relatando sus idas y venidas, sus tribulaciones reales y sus exagerados escándalos. Las personas se congregaban por miles para verla pasar. Las mujeres aspiraban a vestirse y a peinarse como ella. Fue uno de esos excepcionales titanes que pasan por este mundo como un mortal cercano y agradable y que al mismo tiempo consigue un lugar en el panteón de los inmortales más brillantes e indefinibles. Así pues, ¡qué afortunados somos, como aficionados a la ficción histórica, de poder pasar cientos de páginas con ella! No podría haber deseado una protagonista más fascinante, intrigante y seductora como fuente de inspiración.

Puesto que este es un trabajo de ficción histórica, y teniendo en cuenta que Sissi inspiró historias reales y fábulas, en ocasiones, a efectos de argumento y desarrollo, he tergiversado los datos históricos utilizando la licencia creativa que se nos permite a los escritores; así de afortunados somos. Cada uno de esos momentos ha sido el resultado de una profunda deliberación. Decidir cuándo y cómo tomarme la libertad de escribir una historia de ficción es con toda probabilidad el reto más grande al que me enfrento y me obliga a negociar con cada nuevo tema, novela y escena que abordo.

Dicho lo cual, habría sido ridículo no basar en los datos reales mi relato sobre Sissi y su increíble vida entre los Habsburgo. Todo el material en bruto que se necesita para crear (lo que espero que sea) una novela fascinante está ahí, en los libros de historia.

Tomemos como ejemplo el personaje del príncipe heredero Rodolfo. La suya es la historia trágica y verídica de un alma perdida y de un espantoso

desastre familiar. Sí, es cierto que Sissi intervino cuando descubrió el abuso al que era sometido su hijo por parte del sádico tutor militar, el conde Leopold Gondrecourt. Los terribles métodos que cito en la novela (los esfuerzos de Gondrecourt para «fortalecer» la «constitución débil» del príncipe) son verídicos, y también lo son las palabras del ultimátum que Sissi le lanzó a Francisco José: «O se va Gondrecourt o me voy yo». Francisco José y la archiduquesa Sofía consideraban que los métodos del conde eran necesarios y apropiados, pero cuando Sissi descubrió, gracias a los asistentes y al personal del palacio, los duros métodos que se empleaban y los problemas de salud que su hijo sufría como consecuencia, intervino y reemplazó al conde Gondrecourt por el coronel Joseph Latour.

Los episodios más problemáticos relacionados con Rodolfo en la novela son ciertos. Disparó al gato montés del zoológico a sangre fría. Le disparó a su padre y falló por poco durante una cacería. Los apuntes sobre su consumo abusivo de opio y alcohol, así como sus hábitos de mujeriego empedernido, proceden directamente de los archivos históricos. De la misma manera que los detalles relacionados con la tensión entre padre e hijo, empeorada por las duras críticas hacia su padre que Rodolfo publicaba en los periódicos. Francisco José ordenó que su policía secreta siguiera al heredero, y hubo testigos que afirmaron haber oído que en ocasiones perdía la paciencia, momentos en que le gritaba: «¡No eres digno de ser mi heredero!». Cuando Rodolfo se suicidó y asesinó a su amante, María Vetsera, dejó un par de notas para su madre y su hermana, no así para su padre.

Resulta inquietante, y al mismo tiempo terriblemente frustrante y desconcertante, la aparente negativa de Sissi a involucrarse cuando estaba claro que su hijo era muy inestable. Tras intervenir en la crisis educacional de Rodolfo cuando era pequeño, parece que la emperatriz permaneció extrañamente distante de los sucesivos problemas de su hijo. Tampoco mantuvo relación alguna con su hija mayor, Gisela. Ya fuera porque creía en su propia ineptitud, por el resquemor que le quedó tras la herida que le dejó su suegra cuando le arrebató a los niños, por egoísmo, depresión u otro motivo, este aspecto del personaje de Sissi me resulta trágico y frustrante. Sissi fue testigo de la infelicidad del matrimonio de Rodolfo con Estefanía y, aunque no se quedó corta a la hora de criticar a la novia de su hijo (algunas afirmaciones al respecto que aparecen en el libro son citas exactas), no trató de ayudarlos. Afirmaba que, a diferencia de su suegra, ella no intervendría en sus asuntos domésticos. La desgarradora ironía de todo esto es que Sissi, que se parecía más a Rodolfo que cualquier Habsburgo por su carácter sensible y

su fuerte temperamento, era tal vez la única persona que podría haber entendido y ayudado a su atribulado hijo.

Por desgracia, la escena en la que se narra el escaso aprecio que Sissi demostró cuando Rodolfo le regaló las cartas de Heine para su cumpleaños está sacada directamente de los archivos históricos. Sissi estaba tan consumida por la noticia del compromiso de su querida Valeria con el archiduque Francisco Salvador que apenas hizo caso al considerado regalo de su hijo. Es cierto que Rodolfo rompió a llorar aquella noche, la última Nochebuena que pasó en este mundo.

El personaje de María Larisch también es real. María Festetics e Ida Ferenczy, las leales damas de compañía de Sissi durante años, detestaban a la joven y se quejaban de su presencia en el séquito de la emperatriz. Una desconfianza que demostraría ser fundada cuando se descubrió que la condesa Larisch había hecho de intermediaria entre Rodolfo y María Vetsera para organizar su fatídico viaje a Mayerling, donde llevaron a cabo su pacto de suicidio. Los detalles de ese macabro suceso también son reales. Como también lo son las circunstancias que se produjeron tras la muerte del príncipe heredero, la confusión inicial por lo que había pasado realmente, los esfuerzos del palacio por ocultar que había sido un suicidio y la proliferación de artículos difamadores en los que Sissi aparecía como una madre trastornada que llevaba en brazos un cojín al que acunaba y cantaba como si se tratara de un bebé. Aunque Sissi estaba demasiado afectada para asistir con Valeria y Francisco José al funeral del príncipe heredero, sí que visitó sola y de noche la cripta imperial donde se encuentra su tumba, tal como ha quedado recogido en la novela. Y Francisco José se puso del lado de su mujer y le prestó su apoyo cuando la prensa y la corte criticaron a la emperatriz durante los lúgubres días de duelo.

Sissi no fue la misma desde la muerte de Rodolfo. Tras una vida llena de aflicciones, ese fue el golpe del que la emperatriz jamás se recuperó. El hijo cuyos problemas Sissi había evitado se convirtió en un fantasma que la acompañó hasta el día de su trágica muerte. No puedo evitar preguntarme en qué sentido habría cambiado la historia si Rodolfo hubiera sido un miembro más efectivo y funcional de los Habsburgo. Si hubiera disfrutado de una relación armónica con sus padres y hubiera ocupado su lugar en la familia. Él, que defendía una alianza con Inglaterra en vez de con Alemania, y que hablaba de aumentar las libertades y en favor de las reformas modernas y de una sociedad más liberal, ¿podría haber influido en las políticas de su padre? ¿Podría haber evitado la Primera Guerra Mundial, haber salvado millones de

vidas, haber evitado una catástrofe global? Nunca lo sabremos, pero de todas formas podemos llorar por la espantosa tragedia y la absurda pérdida que supuso. Yo desde luego he derramado muchas lágrimas por Rodolfo, por su familia, por todo el dolor excesivo e innecesario que sufrió.

Y ya que hablamos de almas atribuladas, el personaje del rey Luis de Baviera merece unas líneas. Los detalles relativos al castillo de Neuschwanstein que construyó Luis son verídicos. Además, he usado muchas de las citas exactas que el rey pronunció refiriéndose a Richard Wagner, a sus disputas con el gobierno, a su compromiso fallido con Sofía Carlota, a sus reflexiones sobre la vida, la belleza, la monarquía y el arte. El primer viaje de Sissi a Neuschwanstein en la novela no está basado en una visita real llevada a cabo en ese momento exacto, pero Sissi sí realizó múltiples visitas a los distintos y magníficos castillos de su primo. En la relación de Luis y de Sofía Carlota, Sissi se descubrió entre la espada y la pared. Se veía como un espíritu afín al Rey Loco, y ciertamente sufrió mucho durante la época de su destronamiento y su misteriosa muerte, un acontecimiento que aún hoy suscita teorías conspiratorias e investigaciones independientes. Sissi creía que su primo no estaba lo bastante loco para que lo encerraran pero estaba demasiado loco para vivir cómodamente en este mundo. Algunos artículos aseguran que Sissi describió haber tenido una extraña pesadilla en la que se le aparecía Luis, empapado y en plena noche, meses antes de su muerte, y en la que predijo que pronto se reuniría con él y con otra mujer (cuya descripción se parecía bastante a la hermana pequeña de Sissi, Sofía Carlota) en el paraíso.

Con respecto a la díscola y problemática relación entre Sissi y su suegra, es cierto que la archiduquesa Sofía intervino en el matrimonio de su hijo y le arrebató a Sissi las riendas de la crianza de sus tres hijos mayores. Sofía presidía sobre todos los aspectos de la vida en la corte de los Habsburgo (mucho más que Sissi), como si fuera la legítima emperatriz y la matriarca de la familia. Los diarios y las cartas de Sissi dejan bien claro que consideraba a Sofía una de las principales antagonistas, si no la principal, de su matrimonio, de su familia y de su vida en la corte. Pero también es cierto que Sissi lamentó muchísimo la muerte de su suegra y que veló a la archiduquesa durante sus últimos días, hasta que murió. No puedo evitar preguntarme qué hizo que Sissi suavizara su postura respecto a la anciana después de tanta lucha y de tanta animosidad. ¿Comprendió que había dos caras en esa trágica relación y que tal vez su suegra había tenido razones de peso para comportarse como lo hizo? Y aunque la novela está narrada desde el punto de vista de Sissi, ¿no

merecía la archiduquesa Sofía tener la última palabra?

Esas preguntas hicieron que se me ocurriera la idea de que Sissi encontrara el diario de Sofía y descubriera algunos de los pensamientos más íntimos y de los sentimientos de su rival. La archiduquesa cayó enferma, efectivamente, mientras escribía sentada a su escritorio. Las citas que he incorporado en la escena de la muerte de Sofía están sacadas de su fascinante diario, como también el desconcertante detalle de que las páginas en las que hablaba de Sissi son las más señaladas y desgastadas. El descubrimiento de ese hecho hizo que me diera un vuelco el corazón y ablandó mi actitud hacia la anciana. No sé si Sissi supo alguna vez lo que pensaba y escribía su suegra sobre ella, pero yo necesitaba que mis lectores conocieran esa otra parte de la historia. Y el hecho de que Sissi hiciera algo tan diametralmente opuesto a lo acostumbrado, velar a su suegra noche y día en el lecho de muerte hasta desfallecer de puro agotamiento, significa que debió de comprender que la archiduquesa no era la entrometida malvada por la que ella la había tenido la mayor parte de su vida.

La lectura de las entrañables palabras que la archiduquesa escribió acerca de su hijo y de su nuera convirtió a Sofía en una figura más compleja y humana para mí. Con su último aliento expresó el amor que sentía por su hijo y la esperanza de que cumpliera con su deber, y me alegró comprobar que murió acompañada por ambos, por el devoto Francisco José y por Sissi. Dicho esto, aunque Sissi pareció sinceramente apenada por la muerte de la archiduquesa, tuvo que enfrentarse (tal como sucede en la novela) a crueles artículos periodísticos y habladurías, relatos que hablaban del egoísmo de la emperatriz y su ineptitud, y que analizaban al detalle su larga enemistad con su suegra, una Habsburgo más loable y capacitada. La buena voluntad que pudiera haber albergado Sissi después de demostrar semejante afecto en el lecho de muerte de Sofía fue olvidada pronto, y lo que se recordó fue lo hostil que había sido siempre su relación con ella.

Además, la muerte de Sofía no fue el único momento en que la prensa austríaca castigó a Sissi. El artículo «La mujer rara» incluido en esta novela está sacado directamente de los periódicos, al igual que el artículo del aniversario en que se dice: «Veinticinco años que debería haber pasado en casa en vez de montando a caballo». El conde Bellegarde expresaba sus críticas hacia la emperatriz abiertamente y sin disculparse, como hacían asimismo el conde Grünne y el conde Crenneville.

Sissi también sufrió momentos de escasa popularidad entre el pueblo, a menudo como resultado de sus frecuentes y costosos viajes, que la alejaban de

su marido y de la corte. La ironía es la siguiente: cuanto más la criticaban sus pares, digamos, por viajar, menos inclinada se sentía a permanecer en Viena, en una corte hostil (que era lo que ella percibía). Si Sissi, que era una persona en extremo sensible, sospechaba que la estaban criticando, por leve que fuera dicha crítica, veía desaprobación y antagonismo en todos lados, aunque no los hubiera. De manera que cuanto más criticaban sus ausencias, más viajaba. Los comentarios sobre su incapacidad para criar a sus hijos la llevaron a alejarse de ellos. Las críticas a su vanidad la impulsaron a refugiarse aún más en la familiaridad y el consuelo de sus tratamientos de belleza. Hay quien dirá que es un caso claro de ¿qué fue primero, la gallina o el huevo? pero a escala imperial.

Algunos de los momentos más alegres y entretenidos —escenas tan estrafalarias que deben de ser ficticias o, al menos, exageradas— están sacados de la propia historia. Por ejemplo, en el capítulo dedicado a la Exposición Universal de Viena, los coloridos detalles de la visita del sha de Persia proceden de los archivos históricos. Al igual que la historia del príncipe de Gales arrojando una silla por la ventana durante un baile, el hecho de que la emperatriz alemana se ganara el sobrenombre de «Sirena», que los rusos exigieran un protocolo tan rígido y demás. Por otra parte, fue durante la Exposición Universal de Viena cuando Sissi descubrió la costumbre inglesa de la caza del zorro, aunque se debió a una conversación con el príncipe de Gales y no con la princesa Victoria.

Lo que nos lleva a la época de Sissi en Gran Bretaña y al deportista temperamental y pícaro de la chaqueta roja, el capitán Bay Middleton. Las críticas que Bay traslada a lord Spencer sobre Sissi antes de que esta llegue a Inglaterra son verídicas. Como también lo son los hechos de que cambiara de opinión cuando fue testigo de su belleza y su habilidad como amazona. La química entre ellos fue instantánea e innegable. Los detalles sobre las propiedades que alquilaba Sissi, sus experiencias en las jornadas de caza inglesa, sus caídas del caballo, la carrera de obstáculos y el largo compromiso de Bay con Charlotte Baird también son ciertos. El hecho de que Bay visitara Hungría, su rivalidad con Esterházy y la desastrosa excursión a Budapest también están basados en hechos reales, incluso el detalle de que una prostituta le robara. También son reales los detalles sobre la tensa relación y las visitas de Sissi a la reina Victoria, así como la controversia generada por el afecto que Sissi profesaba a Irlanda y por las ofensas accidentales en las que incurría al pensar que podía viajar de incógnito. Hasta el hecho de que llegara demasiado pronto al castillo de la reina Victoria, obligando a la contrariada

matriarca a abandonar la misa, es real.

He salpicado la narración con tantos rumores históricos graciosos como he podido, porque hay muchos y porque espero que sean interesantes e informativos para los lectores. Lo de los «dobletes imperiales» de la servilleta es real, de hecho era un secreto que pasaba de forma oral a unos cuantos elegidos cuando se consideraba oportuno. ¡Era una cuestión de suma importancia! Los detalles sobre la etiqueta en la mesa, como que Francisco decidiera quién podía hablar, qué podían servirse de qué bandeja y cuándo, y demás, también son ciertos. Los detalles sobre la música de Strauss, el trabajo de Klimt y los edificios de la Ringstrasse están sacados de los archivos históricos. Como también lo está el hecho de que el káiser alemán declarara en repetidas ocasiones que no podía mirar a Sissi mucho rato sin que sus pasiones se inflamaran.

¿Y qué hay de nuestra contradictoria, quimérica y esquiva protagonista? Sissi fue tan inteligente, educada, temperamental, encantadora, intrépida y compleja como podríamos pensar. Le encantaba leer y era capaz de recitar a Shakespeare, a Heine y algunas epopeyas griegas. Sus tratamientos de belleza y su proceso para arreglarse eran tan complicados como los he descrito. Tardaba horas en lavarse y en peinarse el pelo, que le llegaba hasta el suelo. Las extremas medidas a las que se sometía para preservar su legendaria belleza también son verídicas. Estaba tremendamente preocupada por su peso y por mantener un físico juvenil. Comía poquísimo, se ejercitaba de forma vigorosa y se apretaba tanto el corsé que hoy, viendo sus vestidos, sorprenden sus medidas después de haber sido madre en cuatro ocasiones.

Le aterrizzaba envejecer, perder su famosa belleza, y se enfrentaba a su cuidado físico con el entusiasmo de un científico que buscara el elixir de la juventud. Me encantó recorrer sus aposentos en los palacios de Hofburg y de Schönbrunn y ver las recetas que escribió a mano de distintos ungüentos naturales para nutrir la piel y domar su abundante melena ondulada. Tal vez mis dos secretos de belleza favoritos son que dormía con un filete de ternera crudo en la cara para prevenir las arrugas y que se ataba el pelo con un cordel que luego colgaba del techo para aliviar el peso de sus complicados peinados.

Además de montar a caballo, de sus tratamientos de belleza y de sus estudios, viajar se convirtió en otra de sus obsesiones y de sus pasatiempos preferidos. Durante sus últimos años, la obsesión de escapar, de encontrar entretenimientos y de viajar la llevó a tantos lugares que me ha sido imposible incluirlos en su totalidad. El libro habría dejado de ser una novela para convertirse en una guía de viajes, y ahora mismo nos daría vueltas la cabeza

por la vida tan itinerante que llevó. Viajó desde Amsterdam hasta El Cairo y recorrió las más lejanas islas griegas. Los detalles de su extenso palacio en Corfú, el Aquileón, son reales, así como también lo es la frustración que sintió Francisco José cuando Sissi abandonó su nuevo palacio griego poco después de que estuviera terminado.

Mientras Sissi viajaba, Katharina Schratt, «la amiga», mantenía contento a Francisco José en su hogar imperial. Por extraño que parezca, he narrado las circunstancias que rodean a este triángulo tal como las he encontrado en los archivos históricos. Francisco José se fijó en Katharina Schratt mientras ella interpretaba a Kate en *La fierecilla domada*. Frau Schratt también viajó a Moravia para entretener a los participantes del encuentro de la *Kaiserbund*. El zar ruso se encaprichó de la joven actriz y le hizo regalos, tal como aparece en la novela, provocando de esa manera los celos de Francisco José. Sissi, que se percató del interés de su marido, se dio cuenta de que frau Schratt podía ser la respuesta al callejón sin salida en el que se había convertido su matrimonio con Francisco. De modo que se esforzó por establecer una amistad con la actriz, dejándoles más que claro tanto a ella como a su marido que la joven era bienvenida a su hogar y a su círculo más doméstico. La relación con Katharina Schratt seguramente fuera mucho más intensa en la vida real de lo que parece en mi novela. «La amiga» pronto obtuvo una villa en Bad Ischl adyacente a la *Kaiservilla* del emperador, y Francisco José la visitaba todas las mañanas cuando estaba allí. Aunque los historiadores debaten si entre ellos hubo algo físico, no puede negarse que tuvieron una relación larga y fiel, y que se profesaban un amor profundo. Y tampoco puede negarse que Sissi jamás demostró ni un ápice de celos por la presencia diaria de frau Schratt en la vida de su marido. De hecho, pareció mejorar la armonía del matrimonio imperial. Las cartas que Francisco José le enviaba a Katharina Schratt están plagadas de declaraciones de amor hacia ella y también de poéticas palabras sobre el amor inquebrantable que sentía por su hermosa y esquiva esposa. Tal como he dicho, es imposible inventarse este tipo de cosas.

A medida que nos acercábamos al fatídico 10 de septiembre de 1898, me sentía cada vez más apenada por Sissi y Francisco José. He descrito las actividades y la agenda de Sissi durante los últimos días que pasó en Suiza tal cual sucedieron. Es cierto que visitó a la baronesa Rothschild y que declinó el ofrecimiento del yate privado. También declinó una escolta policial, pese a las repetidas advertencias de que Ginebra era un nido de actividad criminal y de anarquistas. Se sospecha que alguien del hotel o cercano al hotel Beau Rivage filtró la noticia de la visita de Sissi, porque la ciudad descubrió su presencia

pese a la identidad falsa que usaba. Luigi Luccheni, que había ido a Ginebra para asesinar al duque de Orleans, cambió sus planes y puso en el punto de mira de su puñal a la emperatriz de Austria-Hungría. Es cierto que el abundante pelo de Sissi amortiguó el golpe y que ni ella ni quienes fueron testigos del encontronazo fueron conscientes de que la habían apuñalado con un estilete en el pecho. Irma y ella siguieron caminando y subieron al barco, y Sissi comentó, tal como sucede en la novela, que tal vez el hombre pretendía robarle el reloj. Nadie se dio cuenta de que sangraba y de que había sido víctima de un apuñalamiento que sería letal hasta que se desmayó en el barco.

En esta novela tan llena de tristeza como de alegría, tal vez nada me haya conmovido tanto como las tiernas y proféticas palabras que Francisco José escribió a Sissi en su última carta: «Te dejo en las manos de Dios, mi amado ángel». He descrito el desconsuelo con que Francisco José recibió la noticia de la muerte de su esposa tal cual sucedió porque, realmente, no le faltó ni un solo detalle emotivo y conmovedor. El emperador se enteró de la muerte de Sissi a través de un telegrama que recibió mientras trabajaba en su gabinete, rodeado de retratos de la mujer a la que adoraba. Pese a todo, Francisco José jamás había dejado de adorar a Sissi. Y en ese momento, después de su separación y del sufrimiento que se habían provocado, el estoico líder demostró una angustia sin precedentes al enterarse de que la esposa que tanto añoraba y a la que llevaba años echando de menos jamás regresaría a casa, a su lado. Protestó a Dios y es cierto que dijo: «¿Acaso no he sufrido ya bastante?», y también murmuró entre lágrimas: «Nadie sabrá nunca lo mucho que nos quisimos».

Con lágrimas en los ojos, decidí terminar el libro con un poco de paz y esperanza, segura de que Sissi se había reunido por fin con los seres queridos a los que había perdido. Nuestra heroína por fin encuentra la paz en el más allá, ese por el que siempre había rezado y que había deseado, y en el que, por fin, Francisco José y ella se reunieron en perfecta armonía, la misma que los eludió en vida.

Una nota sobre las fuentes bibliográficas

Escribir esta novela ha sido un viaje exquisito que me ha cambiado la vida y que ha requerido de muchos viajes reales. He viajado de Budapest a Gödöllő; de los palacios de Schönbrunn y Hofburg, en Viena, a las colinas de Salzburgo; de Munich a Madeira y más lejos. Seguir los pasos de Sissi fue la mejor inspiración para entrar en su mundo e imaginar lo que debió de ser. He saboreado muchos momentos, como, por ejemplo, caminar por el mismo pasillo de la iglesia donde se casó, o mirar por la ventana de su dormitorio para contemplar lo que ella veía todos los días, o examinar su reluciente mesa de comedor y su escritorio e imaginarla sentada delante de su tocador.

Quiero dar las gracias a los incontables y magníficos historiadores, conservadores e investigadores que han mantenido los palacios imperiales tan bien conservados y que honran a esos iconos de los Habsburgo ya desaparecidos por permitirnos que veamos su mundo tal como ellos lo habitaron. Estoy asimismo en deuda con todos aquellos eruditos que han recopilado incontables periódicos, revistas, cartas y descripciones de testigos, que han traducido, destilado e insuflado vida a los pensamientos, las palabras y las experiencias de Sissi.

El trabajo bibliográfico que existe sobre Sissi y los Habsburgo es inconmensurable, rico y digno de explorar. Además de mis viajes a las residencias imperiales y de las conversaciones con los historiadores del lugar, me he basado exclusivamente en trabajos de no ficción, todos los cuales cuentan con extensas bibliografías y referencias a las fuentes. Mi agradecimiento a esos brillantes historiadores por haber convertido mi trabajo en una delicia y por inspirarme a seguir descubriendo. Aunque esta lista no es ni mucho menos exhaustiva, los lectores que estén interesados en saber más sobre la vida de esta extraordinaria emperatriz pueden disfrutar con los siguientes títulos:

Crankshaw, Edward, *The Fall of the House of Habsburg*, Penguin, 1963.

Hamann, Brigitte, *Sissi, emperatriz contra su voluntad*, Editorial Juventud, Barcelona, 1989.

- Haslip, Joan, *Sissi, la emperatriz solitaria*, Ediciones Picazo, Barcelona, 1974.
- Hofbauer, Renate, *Empress Elisabeth of Austria 1837-1898*, Austria Imperial Edition, 2002.
- McIntosh, Christopher, *The Swan King: Ludwig II of Bavaria*, I. B. Tauris & Company, 2003.
- Morton, Fredric, *A Nervous Splendor: Vienna 1888-1889*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1982.
- Owens, Karen, *Franz Joseph and Elisabeth: The Last Great Monarchs of Austria-Hungary*, McFarland & Company, 2013.
- Palmer, Alan, *Twilight of the Habsburgs: The Life and Times of Emperor Francis Joseph*, Atlantic Monthly Press, 1997.
- Schorske, Carl E., *La Viena de fin de siglo (política y cultura)*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2011.
- Taylor, A. J. P., *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A History of the Austrian Empire and Austria-Hungary*, Penguin, 1941.
- Welcome, John, *The Sporting Empress: The Story of Elizabeth of Austria and Bay Middleton*, Michael Joseph, 1975.

Agradecimientos

Aunque escribir es un trabajo solitario, el proceso de convertir esos escritos en un libro es todo lo contrario. Estoy muy agradecida a todas las personas que han ayudado a dar vida a Sissi.

Gracias en especial a mi agente literaria, Lacy Lynch, y a todo el equipo de Dupree Miller & Associates; a mi editora, Kara Cesare, y a Susan Kamil, Avidah Bashirrad, Leigh Marchant, Sally Marvin, Nina Arazoza, Allyson Pearl, Gina Centrello, Loren Noveck, y a todo el equipo de The Dial Press and Random House; a Lindsay Mullen, Katie Nuckolls, Alyssa Conrardy, y al equipo de Prosper Strategies; y a Beth Adams, Jonathan Merkh, Carolyn Reidy, y a todo el equipo de Simon & Schuster/Howard Books, gracias por empezar este viaje conmigo y por seguir siendo unos compañeros inestimables.

Gracias a los incontables historiadores, conservadores, traductores y biógrafos que han desenterrado a Sissi de la historia y han permitido que cobrara vida en mi imaginación. Jamás podré expresar con palabras lo agradecida que me siento.

Y por supuesto gracias a mis padres, mis hermanos, mi familia política y mis amigos. Todos y cada uno de vosotros me habéis apoyado y animado, habéis alimentado no solo mi pasión por Sissi, sino también la pasión por la vida, por la escritura y por contar historias.

Y gracias también a mi marido, mi mejor amigo y cocreador, Dave. Me inspiras todos los días. No me imagino la vida sin ti a mi lado.